



MAPOCHO

BIBLIOTECA NACIONAL

SANTIAGO DE CHILE

SUMARIO

- Luis Orrego Luco*: RUBÉN DARÍO EN CHILE ● *Rubén Darío*: CANTO EPICO A LAS GLORIAS DE CHILE ● *Jorge Hourton P.*: DIÁLOGO CATÓLICO-MARXISTA ACERCA DE LA RELIGIÓN ● *Rafael Santibáñez*: UNA HAZAÑA EN LA ANTÁRTIDA ● *Pierre Rousseau*: VIDA Y MUERTE DE LOS INVENTOS ● *Carlos Vicuña Fuentes*: DISCURSO SOBRE LA PARALÓGICA ● *Salvador Reyes*: ¡QUÉ DIABLO! LA VIDA ES ASÍ... ● *Sergio Vodanovič*: LA GENTE COMO NOSOTROS ● *Harold Blakemore*: LOS AGENTES REVOLUCIONARIOS CHILENOS EN EUROPA, EN 1891 ● *Juan Uribe Echevarría*: YO SOY DUEÑO DEL BARÓN ● *Ricardo Cox Balmaceda*: DESARROLLO Y MENTALIDAD SUBDESARROLLADA ● *Fernando Uriarte*: ASPECTOS DE LA NOVELA HISPANOAMERICANA ACTUAL ● *Ernesto Murillo Costa*: UNA FLOR EN EL CEMENTO ● *Estuardo Núñez*: RICARDO PALMA Y LOS VIAJES ● *Luis Oyarzún*: COSAS DE COLLIGUAY Y CERRO VIEJO ● *Gerald Warner Brace*: LA ESENCIA DE LA NOVELA ● *Eleazar Córdova-Bello*: EL JACOBINISMO EN AMÉRICA: LA REVOLUCIÓN HAITIANA ● *Agustín Álvarez Sotomayor*: CANCIONES POPULARES RELIGIOSAS DE CHILOÉ Y VERSOS DE LOS ÁNGELES ● *Héctor Fuenzalida*: DEL CRIOLLISMO AL REALISMO DE EDESIO ALVARADO ● *Homero Bascuñán*: EL COMPAÑERO MONARDES ● *Fernando Campos Harriet*: LAS MISIONES DE ALVAREZ CONDARCO EN LA EMANCIPACION AMERICANA ● *William Frederick Sater*: ARTURO PRAT, SÍMBOLO DE IDEALES NACIONALES ANTE LA FRUSTRACIÓN CHILENA ● *William I. Oliver*: MI PUNTO DE VISTA SOBRE EL "MARAT-SADE" ● *Udo Rukser*: SOBRE LA CRÍTICA FILOSÓFICA ● *R. W. B. Lewis*: LA NOVELA NORTEAMERICANA ACTUAL: PÍCARO Y PEREGRINO ● *Ariel Dorfman*: EN TORNTO A "PEDRO PÁRAMO" DE JUAN RULFO ● *Ramón Domínguez*: NUESTRO SISTEMA DE INQUILINAJE EN 1867 ● EXTENSIÓN CULTURAL DE LA BIBLIOTECA NACIONAL ● NOTAS BIBLIOGRÁFICAS ●
● *Noticias bio-bibliográficas sobre los colaboradores de la revista*

Organo de la Extensión Cultural

Dirección de Bibliotecas,
Archivos y Museos

Guía de los Servicios

y

Publicaciones del Servicio para el
Canje Internacional y Bibliografía
de las obras editadas por la
Biblioteca Nacional
1854 - 1965

Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos

GUIA DE LOS SERVICIOS

*Director de los Servicios y de la
Biblioteca Nacional:*

Prof. GUILLERMO FELIU CRUZ

Av. B. O'Higgins 651. Teléfonos: 380461
381151. Santiago de Chile

Secretario Abogado de la Dirección:

ERNESTO GALLIANO MENDIBURU

1

REVISTA MAPOCHO

Director: *Guillermo Felú
Cruz*

Secretario de Redacción:
Juan Uribe Echevarría
1.er piso. Teléfono 381922

1. VISITACION DE BIBLIOTE- CAS E IMPRENTAS

Dependen de este servicio
511 bibliotecas asistidas por
la misma visitación.

Visitador: *Ulises Bustamante
Gallardo*

Encargada: *Teresa García
Ortiz*

Pabellón Moneda, 2º piso
Teléfono 383373

BIBLIOTECA PARA LA ENSEÑANZA MEDIA

Encargada: *Eliana Cerda
Kreff*

Compañía 1579. Teléfono
67484

Horario de atención: Lunes
a viernes, de 13 a 20,30 hrs.
y sábado de 9 a 12,30 hrs.

2. REGISTRO DE LA PROPIE- DAD INTELECTUAL

Jefe: *Ernesto Galliano M.*

Encargado: *Francisco Ben-
tami Ubilla*

1.er piso

3. EXTENSION CULTURAL

Encargado: *Armando Gon-
zález R.*

2º piso. Teléfono 380676

4. OFICINA DEL PRESUPUESTO

Encargada: *Luisa Acevedo
Gatica*

2º piso. Teléfono 381891

II

BIBLIOTECA NACIONAL

*(Fundada el 19 de agosto
de 1813)*

Av. B. O'Higgins 651. Pabellón Moneda: Moneda 650. Horario de atención: Lunes a viernes, de 9 a 20,30 hrs. y sábado, de 9 a 12,30 y de 15 a 18,30 hrs. Domingos y festivos, de 15 a 18 horas.

SERVICIOS DEPENDIENTES:

1. SALON CENTRAL DE LECTURA

2. SECCION CHILENA
Jefe: *Augusto Eyquem Biat*

3. ANEXO: DIARIOS, PERI-
DICOS Y REVISTAS CHILENAS

Encargado: *Mario Medina
Acuña*

1.er piso. Teléfono 380676

4. SECCION AMERICANA

Jefe: *Maria Silva Portales*

Encargada: *Silvia Cumplido
Ponce*

2º piso

5. ANEXO SALA AMERICANA

Encargada: *Joyce Pye*

2º piso. Sec. Americana

6. SECCION DE FONDO GENERAL

Jefe: *Julia Parga Rojas*

2º Encargada: *Fredes*

Alegria Rodríguez

2º piso. Teléfono 380676

7. ANEXO: SALA EUROPA (Diarios y revistas franceses, ingleses, alemanes e italianos).

8. SECCION DE LECTURA A DOMICILIO

Jefe: *Juan Cavada Bórquez*

Encargado: *Lucino Fariña
Ortega*

1.er piso. Teléfono 381301

9. BIBLIOTECAS AMERICANAS J. T. MEDINA Y DIEGO BARROS ARANA

*(Seminarios para las investi-
gaciones de historia de Chile
y de América)*

Conservador: Prof.

Guillermo Felú Cruz

Encargado: *Manuel*

Cifuentes Arce

2º piso. Teléfonos 380461-
381151

10. SEMINARIO ENRIQUE MATTIA VIAL

*(Sala para investigadores en
general)*

Encargada: *Zulema Aranci-
bia.*

1.er piso

11. SEMINARIO DE LECTURA
EN MICROFILM GERMAN
TERPELLE
Encargado: *Ricardo
Dartnell*

12. OFICINA DE CONTROL,
CATALOGACION Y REFERENCIAS
BIBLIOGRAFICAS
Jefe: *Elvira Zolezzi
Carniglia*
Encargada: *Inés Escobar
Castillo*
1.er piso. Teléfono 383206

13. OFICINA DE CANJE
INTERNACIONAL
Encargada: *Marta Bustos*
Pabellón Moneda. Moneda
650, 3.er piso

14. TALLER DE REPROGRAFIA
Encargado: *Rodolfo
Bustamante*
Pabellón Moneda, 4º piso

III

BIBLIOTECAS DE PROVINCIAS:

BIBLIOTECA PUBLICA
SANTIAGO SEVERIN
Conservador: *Guillermo
Garnham López*
Encargada: *Mariana
Martínez Contreras*
Plaza Victoria. Teléfono
3375. Valparaíso
Horario de atención: Lunes
a viernes, de 9 a 12,30 y de
14,30 a 20 hrs. Sábado, de
9,30 a 12 y de 15,30 a
20 horas.

IV

ARCHIVOS

ARCHIVO NACIONAL
Conservador: *Juan
Eyzaguirre Escobar*
Encargada: *Estela Iturriaga
Donoso*
Av. B. O'Higgins 651. 1.er
piso. Teléfono 381922
Horario de atención: Lunes
a viernes, de 9 a 12 y de
15 a 18,30 hrs. Sábado, de
9 a 12 hrs.

V

MUSEOS

a) De Santiago de Chile:

1. MUSEO NACIONAL DE
HISTORIA NATURAL
Conservador: *Grete Mostny
Glaser*

Encargado: *Rodolfo A.
Philippi B.*
Quinta Normal. Teléfono
91206

Horario de atención: Martes
a sábado de 9 a 12 y de
14,30 a 18 hrs. Domingos
y festivos de 15 a 18 hrs.

2. MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES

Conservador: *Luis Vargas
Rosas*

Encargado: *Ernesto
González Correa*
Palacio de Bellas Artes,
Parque Forestal. Teléfono
30655. Horario de atención:
Martes a sábado, de 9,30 a
12,30 y de 15 a 18,30 hrs.;
Domingos y festivos de 15
a 18 hrs.

3. MUSEO HISTORICO NACIONAL

Conservador: *Carlos Larrain
de Castro*

Encargado: *Walterio Millar
Castillo*
Miraflores 50. Teléfono
381411

Horario de atención: Martes
a sábado, de 9 a 12,30 y de
15 a 18 hrs. Domingos y
festivos, de 15 a 18 hrs.

4. MUSEO PEDAGOGICO DE CHILE Y BIBLIOTECA INFANTIL

Conservador: *Luis Morales
Gallegos*

Encargado: *Raúl Vizcarra S.*
Dieciocho 145. Teléfono
80850. Horario de atención:
Lunes a Jueves, 12,30 a 20
hrs. Viernes, 12,30 a 20,30
hrs. Sábado de 8 a 13 hrs.

5. MUSEO BENJAMIN VICUÑA MACKENNA

Conservador: *Germán
Orrego Vicuña*
Av. Vicuña Mackenna 94.
Teléfono 392996

Horario de atención: Martes
a sábado, de 9 a 12 hrs. y
de 15 a 18 hrs. Domingos,
10 a 13 horas.

b) De provincias:

6. MUSEO ARQUEOLOGICO DE LA SERENA

Conservador: *Jorge Iribarren
Charlín*

Encargada: *Hilda Vera
Quiroga*

Cordovez s/n. Teléfono 778,
La Serena

Horario de atención: Martes
a sábado, de 9 a 12 y de
15 a 19 hrs. Domingos y
festivos, de 15 a 19 hrs.

7. MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE VALPARAISO

Conservador: *John Jüger
Silver*

Encargada: *Deolinda Ovalle
Escobar*

Gran Bretaña 1083. Teléfono
3877. Playa Ancha.

Valparaíso

Horario de atención: Martes
a sábado, de 9 a 12 y de
15 a 19 hrs. Domingos y
festivos, de 15 a 19 hrs.

8. MUSEO DE LA PATRIA VIEJA

Conservador: *Héctor
González Valenzuela*

Calle Estado, Rancagua.

Horario de atención: Martes
a sábado, de 9 a 12 y de
15 a 19 hrs. Domingos y
festivos, de 15 a 19 hrs

9. MUSEO DE BELLAS ARTES DE TALCA

Conservador: *Bernardo
Mandiola Cruz*

Talca

Horario de atención: Martes
a sábado, de 9 a 12 y de
15 a 19 hrs. Domingos y
festivos, de 15 a 19 hrs.

10. MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE CONCEPCION

Conservador: *Eduardo
Brousse Soto*

Casilla 1054. Teléfono
25691. Concepción

Horario de atención: Martes
a sábado, de 9 a 12 y de
15 a 19 hrs. Domingos y
festivos, de 15 a 19 hrs.

11. MUSEO ARAUCANO DE TEMUCO

Conservador: *Eduardo Pino
Zapata*

Andrés Bello 785. Teléfono
33616. Casilla 481. Temuco.

Horario de atención: Martes
a sábado, de 9 a 12 y de
15 a 19 hrs. Domingos y
festivos, de 15 a 19 hrs.

Bibliografía de las Publicaciones de la Biblioteca Nacional

1854 - 1965



Año 1854

García Huidobro, Francisco. *Catálogo por orden alfabético de los libros que contiene la Biblioteca Nacional*. Santiago, 1854. (Primer catálogo publicado por la institución).

Año 1860

Arlegui, Vicente. *Catálogo alfabético y por orden de materias de las obras que contiene la Biblioteca Nacional Egaña*. Santiago, 1860. (Segundo catálogo editado por la Biblioteca).

Biblioteca Nacional. Primer suplemento al Catálogo General impreso. Anexo 2º al expresado suplemento, comprensivo únicamente de las obras que pasaron de la exhibición del Gobierno a la Nacional en 1872. Santiago. Imprenta Nacional. 1873.

Biblioteca Nacional. Segundo suplemento anual al Catálogo General impreso, correspondiente a 1873. Santiago. Imprenta Nacional.

Biblioteca Nacional. Tercer suplemento anual al Catálogo General impreso, correspondiente a 1874. Santiago. Imprenta Nacional.

Biblioteca Nacional. Octavo suplemento anual a los

dos Catálogos Generales, impresos en 1854-60. Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1876.

Biblioteca Nacional. Noveno suplemento anual a los dos Catálogos Generales, impresos en 1854-60. Santiago de Chile. Imprenta Nacional, 1877.

Biblioteca Nacional. Décimo suplemento anual a los dos Catálogos Generales, impresos en 1854-60. Santiago de Chile. Imprenta Nacional, 1878. En su parte primera contiene el catálogo de las obras legadas por Monseñor José Ignacio Víctor Eyzaguirre y Portales, p. 3-114.

Año 1877

Anuario de la Prensa Chilena (Libros, folletos y hojas sueltas).

- 1877 - 1885. Santiago, 1952.

- 1886. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1887.

- 1887. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1888.

- 1888. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1889.

- 1889. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1890.

- 1890. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1891.

- 1891. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas, Santiago, 1892.

- 1892. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1894.

- 1893. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1895.

- 1894. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1897.

- 1895. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1897.

- 1896. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1899.

- 1897. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1900.

- 1898. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1903.

- 1899. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1903.

- 1900. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1903.

- 1901. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1904.

- 1902. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1905.

- 1903. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1905.

- 1904. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1911.

1905. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1911.

- 1906. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1911.

- 1907. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1912.

1908. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1912.

- 1909. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1912.

- 1910. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1913.

- 1911. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1913.

- 1912. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1913.

- 1913. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1914.

- 1914. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1924.

- 1915. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1924.

- 1916. Santiago, 1927.

- 1917-1921. Stgo., 1963.

- 1922-1926. Stgo., 1963.

- 1927-1931. Stgo., 1963.

- 1932-1936. Stgo., 1963.

- 1937-1941. Stgo., 1963.

- 1942-1946. Stgo., 1963.

- 1947-1951. Stgo., 1963.

- 1952-1956. Stgo., 1963.

- 1957-1961. Stgo., 1963.

- 1962. Stgo., 1963.

- 1963. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Stgo., 1964.

- 1964. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas Chilenas. Inscripciones en el Conservatorio de la Propiedad Intelectual (1964). Publicaciones Oficiales (1964). Santiago, 1965.

Año 1886

Biblioteca Nacional. *Cuadro sinóptico periodístico completo de los diarios y periódicos en Chile publicados desde el año de 1812 hasta el de 1884 inclusive, que la Biblioteca Nacional conserva empastados.*

Tirada aparte de los *Anales de la Universidad.*

Completa hasta 1884 la bibliografía de los periódicos chilenos que trae la *Estadística Bibliográfica* de Briseño.

Año 1887

Biblioteca Nacional. *Lectura a domicilio. Catálogo primero de las obras que comprende esta sección precedido del Reglamento que rige el préstamo de los libros.* Santiago de Chile. Imprenta Gutenberg. 1887.

Año 1889

Biblioteca Nacional. *Lectura a domicilio. Catálogo segundo de las obras que comprende esta sección precedido del Reglamento que rige el préstamo de los libros.* Santiago de Chile. Imprenta Gutenberg. 1889.

Año 1891

Frontaura y Arana, José Manuel. *Catálogo de los manuscritos relativos a los antiguos Jesuitas de Chile,*

que se custodian en la Biblioteca Nacional. Santiago, 1891.

Año 1892

Biblioteca Nacional. *Lectura a domicilio. Catálogo tercero (por orden alfabético de autores) precedido del Reglamento que rige el préstamo de los libros.* Santiago de Chile. Imprenta y Encuadernación Barcelona. 1892.

Año 1897

Biblioteca Nacional. *Lectura a domicilio. Catálogo cuarto (por orden de materias) precedido del Reglamento que rige el préstamo de los libros.* Santiago de Chile. Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1897.

Año 1898

Laval, Ramón A. *Biblioteca Nacional. Bibliografía musical chilena.* Santiago, 1898.

Biblioteca Nacional. *Bibliografía musical. Composiciones impresas en Chile.* 2.a parte. 1886-1896. Santiago, 1898.

Salas Errázuriz, Juan y Pizarro, Baldomero. *Biblioteca Nacional. Catálogo de autores griegos y latinos.* Santiago, 1898.

Año 1901

Boletín de la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile. *Correspondiente a los años de 1901-1911.* Santiago, 1901. Director: Luis Montt.

Año 1902

Biblioteca Nacional. *Catálogo de la Sección Americana. América en general.* Santiago, 1902.

Año 1903

Henrion, Hipólito y Thayer Ojeda, Tomás. *Biblioteca Nacional. Catálogo del Archivo de la Real Audiencia.* Santiago, 1903. 3 vols.

Año 1910

Laval, Ramón A., *Memoria del Subdirector del Servicio*. Santiago, 1910. Anexo al Boletín de la Biblioteca correspondiente a 1909.

Año 1912

Blanchard-Chessi, Enrique. *Catálogo de la Exposición retrospectiva de la Prensa Chilena*. Santiago, 1912.

Revista de la Biblioteca Nacional. Continuación del Boletín. Director: Carlos Silva Cruz. Santiago, 1912.

Año 1913

Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera. (1913-1918). Director: Emilio Vaisse. 7 vols. Santiago, 1913.

Homenaje de la Biblioteca Nacional de Chile al ex Director de la de Madrid Dn. Marcelino Menéndez y Pelayo, Discurso de Dn. Juan Agustín BARRIGA. Santiago, Imprenta Universitaria, 1913.

Biblioteca Nacional, *Sección Lectura a Domicilio. Catálogo de los libros y músicas existentes en la Sección. Primera parte. Lista alfabética de autores con enumeración completa de sus obras*. Santiago de Chile. Soc. Imprenta y Litografía Universo, 1913.

Año 1914

Thayer Ojeda, Tomás. *Guía para facilitar la consulta del Archivo de Escribanos*. Santiago, 1914.

Biblioteca Nacional de Chile. *Estadística Bibliográfica de 1913. (Extracto del "Anuario de la Prensa Chilena")*. Santiago de Chile. Imprenta de Meza Hnos. 1914.

Biblioteca Nacional. *Publicaciones Periódicas Chi-*

lenas recibidas en 1914. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1913.

Año 1915

Laval, Ramón A. *Bibliografía de bibliografías chilenas*. Santiago, 1915.

Vaisse, Emilio. *Bibliografía General de Chile*. Primera Parte: Diccionario de Autores y Obras (Biobibliografía y bibliografía.) Santiago, 1915.

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Extranjeras que se reciben en la Biblioteca Nacional y que están a disposición del público*. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1915.

Año 1916-1963

Anuario de Publicaciones Periódicas Chilenas. (Diarios, periódicos y revistas)

- Año 1916 - Santiago, 1916.

- Año 1917 - Santiago, 1917.

- Año 1918 - Santiago, 1918.

- Año 1919 - No se publicó.

- Año 1920 - Santiago, 1921.

- Año 1921 - Santiago, 1922.

- Año 1922 - No se publicó.

- Año 1923 - Santiago, 1923.

- Año 1924 - Santiago, 1925.

- Año 1925 - Santiago, 1926.

- Año 1926 - Santiago, 1927.

- Año 1927 - Santiago, 1928.

- Año 1928 - Santiago, 1930.

- Año 1929 - Santiago, 1930.

- Año 1930 - Santiago, 1931.

- Año 1931 - Santiago, 1932.

- Año 1932 - Santiago, 1933.

- Año 1933 - Santiago, 1934.

- Año 1934 - Santiago, 1934.

- Años 1935 y 1936. No se publicaron.

- Años 1937 y 1938. No se publicaron.

- Años 1939 a 1951. No se publicaron.

- Año 1952 - Santiago, 1952.

- Año 1953 - Santiago, 1954.

- Año 1954 - Santiago, 1955.

- Año 1955 - Santiago, 1956.

- Año 1956 - Santiago, 1957.

- Año 1957 - Santiago, 1958.

- Año 1958 - Santiago, 1959.

- Año 1959 - Santiago, 1960.

- Año 1960 - Santiago, 1961.

- Año 1961 - Santiago, 1962.

- Año 1962 - Santiago, 1963.

Música de autores chilenos que existen en la Sección Lectura a Domicilio de la Biblioteca Nacional. Santiago, 1916. Atribuido a Rafael Larraín, Jefe de dicha sección entonces.

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1916. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1916.

Año 1917

Biblioteca Nacional. *Sección Canje.* Santiago, Imprenta Universitaria, 1917.

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1917. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1917.

Año 1918

Allende, Pedro Humberto. *Conferencias sobre música.* Santiago, 1918.

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1918. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1918.

Año 1921

Biblioteca Nacional. *Memo-ria presentada por el Director al señor Ministro de Instrucción Pública en 1920. Con un anexo que comprende la nómina de las Revistas, Diarios y Periódicos chilenos que se publicaban el 31 de diciembre del mismo año.* Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1921.

Biblioteca Nacional. *Memo-ria presentada por el Director al señor Ministro de Instrucción Pública en 1921. Con un anexo que comprende la nómina de las obras depositadas en la Biblioteca para obtener propiedad literaria durante el año 1920.* Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1921.

Año 1922

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1921. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1922.

Año 1923

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1923. Santiago de Chile. Imprenta Cervantes. 1923.

Año 1924

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1924. Santiago de Chile. Imprenta Cervantes. 1924.

Año 1925

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1924. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1925.

Año 1926

Catálogo breve de la Biblioteca Americana que obsequia a la Nacional de Santiago J. T. Medina. 9 vols. Distribuidos en la siguiente forma:

- *Libros Impresos,* por José Toribio Medina. 2 vols. Santiago, 1926.

- *Suplemento,* por Guillermo Feliú Cruz. 2 vols. Santiago, 1953-1954.

- *Manuscritos.* Tomo preliminar. Índice general de la Colección de documentos inéditos para la Historia de Chile, por Víctor M. Chiappa. Santiago, 1930.

- *Manuscritos.* Tomo I. Documentos inéditos para la Historia de Chile (1535-1720), por Guillermo Feliú Cruz, Santiago, 1928.

- *Manuscritos.* Tomo II. Documentos inéditos para la Historia de Chile (1720-1827), por Guillermo Feliú Cruz, Santiago, 1930.

- *Manuscritos Originales.* Tomo III, por José Toribio Medina. Santiago, 1929.

- *Manuscritos.* Tomo IV, Documentos inéditos para la Historia de Chile (1501-1900), por Guillermo Feliú Cruz. Santiago, 1951.

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1925. Santiago de Chile. Dirección General de Talleres Fiscales de Prisiones Sección Imprenta. 1926.

Año 1927

Revista de Bibliografía Chilena (1927-1929). Director: Emilio Vaisse. Santiago, 1927.

Biblioteca Nacional de Chile. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1926. Imprenta Nascimento. Santiago - Chile. Concepción. 1927.

Año 1928

Biblioteca Nacional. *Índices del año 1918 de la Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera.* Tirada aparte de la Revista de Bibliografía Chilena. Santiago de Chile. Dirección General de Talleres Fiscales de Prisiones. Taller de Imprenta. 1928.

Biblioteca Nacional de Chile. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1927. Santiago de Chile. Dirección General de Talleres Fiscales de Prisiones. Taller Imprenta. 1928.

Año 1929

Boletín de la Biblioteca Nacional (1929 - 1937), Segunda época. Directores: Raúl Silva Castro y Guillermo Feliú Cruz. Santiago, 1929.

Feliú Cruz, Guillermo. *Informe presentado al Director General de Bibliotecas, Archivos y Museos*

sobre la organización de la Biblioteca Americana Diego Barros Arana, por el Conservador de ella don Guillermo Feliú Cruz. Santiago, 1929.

Año 1930

Colección de Historiadores de la Independencia de Chile. 1930-1966.

Vols. publicados por la Biblioteca Nacional.

Vol. 27.— Santiago de Chile. Dirección General de Talleres Fiscales de Prisiones. Taller de Imprenta. 1930. Introducción de Guillermo Feliú Cruz. *El Monitor Araucano*. Tomo I - Tomo II.

Vol. 28.— Santiago de Chile. En la misma Imprenta. *Ultimos Días de la Reconquista Española.* (Proceso seguido de orden del Virrey del Perú a los Jefes y Oficiales del Ejército Real derrotado en Chacabuco). Introducción de Guillermo Feliú Cruz.

Vol. 29.— Santiago de Chile. Talleres Gráficos Cónдор. Manuel Antonio Talavera. *Revoluciones de Chile.* Discurso histórico. Diario Imparcial de los sucesos memorables acaecidos en Santiago desde el 25 de mayo de 1810 hasta el 20 de noviembre de 1811. Con un Apéndice que contiene la descripción del baile en la Casa de Moneda en septiembre de 1812. Lo publica completo por primera vez, precedido de una biografía del autor escrita sobre documentos inéditos, Guillermo Feliú Cruz.

Vol. 30.— Santiago de Chile. Talleres Gráficos La Nación. *Proceso seguido por el Gobierno de Chile en 25 de mayo de 1810, contra don Juan A. Ovalle, José A. Rojas y el doctor don Bernardo de Vera y Pintado, por el delito de conspiración.* Lo publica por primera vez cotejado el original con la copia de dicho proceso existente en el Archivo de Indias de Sevilla, Guillermo Feliú Cruz. Con una Introduc-

ción acerca del principio de la Revolución de 1810 y el proceso de la idea de la emancipación de Domingo Amunátegui Solar.

Vol. 31.— Santiago de Chile. Imprenta de los Talleres Gráficos de La Nación. *Expediente relativo al desgraciado suceso de las Armas Reales en Maipo el 5 de abril de 1818.* Lo publica por primera vez, copiado del original. Existente en el Archivo de la Biblioteca Diego Barros Arana de la Nacional de Santiago, Guillermo Feliú Cruz.

Vols. 32, 33, 34.— Santiago de Chile. Imp. Cultura. *Historia de la Revolución y Guerra de la Independencia del Perú desde 1818 hasta 1826.* Por don José Rodríguez Ballesteros, Coronel de los Ejércitos en las Campañas de Ecuador, Alto Perú, Chile y Chiloé. Introducción biográfica de Guillermo Feliú Cruz.

Vols. 35, 36 y 37.— Santiago de Chile. Imprenta Cultural, 1950-1953 y 1954. *Escritos y Documentos del Ministro de O'Higgins, doctor José A. Rodríguez Aldea, y otros documentos concernientes a su persona.* Publicados Guillermo Feliú Cruz.

Vols. 38, 39 y 40.— Santiago de Chile. Imprenta Cultural, 1955, para el Vol. 38. Editorial Nascimento para los Vols. 39-40, 1957 y 1959, respectivamente. *Biógrafos e Historiadores del Ministro de O'Higgins, Dr. José A. Rodríguez Aldea.* Publicados con una Introducción y una Bibliografía concerniente a este mismo individuo, por Guillermo Feliú Cruz.

Vol. 43.— Santiago de Chile, 1966:

— *Procesos instaurados a los hermanos José Miguel, Juan José y Luis Carrera y contra otros miembros de la familia y sus parciales,* tomo LXIII. Introducción de Guillermo Feliú Cruz.

Volúmenes en preparación:

— *Mémoire Historique de la Revolución de Chile, de Fray Melchor Martínez,* tomos LXI y LXII.

Biblioteca Nacional de Chile. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1928. Santiago de Chile. Imprenta Cervantes. 1930.

Biblioteca Nacional. *Revistas, diarios y periódicos chilenos que recibe actualmente la Biblioteca Nacional y que están a disposición del público.* 1929. Santiago de Chile. Imprenta "La Tracción". 1930.

Chiappa, Víctor M. *Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la Historia Nacional.* Índice Bibliográfico. Santiago, 1930.

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Disposiciones vigentes.* Santiago, 1930.

Elgueta de Ochsenius, Herminia. *Suplemento y adiciones a la Bibliografía de Bibliografías chilenas,* que publicó en 1915 don Ramón A. Laval. Santiago, 1930.

Feliú Cruz, Guillermo. *Barros Arana, erudito y bibliógrafo.* Santiago, 1930.

Feliú Cruz, Guillermo. *Bibliografía de los libros, folletos y artículos de revistas publicados por don Gabriel René - Moreno.* Santiago, 1930.

Feliú Cruz, Guillermo. *Homenaje de la Biblioteca Nacional a don Diego Barros Arana en el centenario de su nacimiento.* Santiago, 1930.

Feliú Cruz, Guillermo. *Notas bibliográficas.* Bibliografía de don José Toribio Medina. Santiago, 1930.

Silva, Luis Ignacio. *La Imprenta en la América Española.* Santiago, 1930.

Silva Castro, Raúl. *Bibliografía de Rubén Darío*. Santiago, 1930.

Silva Castro, Raúl. *Rubén Darío en Chile*. Santiago, 1930.

Año 1931

Biblioteca Nacional. *Anuario de las Publicaciones Periódicas Chilenas que recibe actualmente la Biblioteca Nacional y que están a disposición del público*. 1930. Santiago de Chile. Imprenta "La Tracción". 1931.

Chiappa, Victor M. *Una página para la biografía de don José Toribio Medina. Los Honores*. Santiago, 1931.

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Memoria del servicio 1930*. Santiago, 1931.

Feliú Cruz, Guillermo. *Ensayo de una bibliografía de las obras de don Benjamín Vicuña Mackenna*. Santiago, 1931.

Feliú Cruz, Guillermo. *Interpretación de Vicuña Mackenna, el Historiador*. Santiago, 1931.

Looser, Gualterio. *Don José Toribio Medina y las Ciencias Naturales y Antropológicas*. Stgo., 1931.

Thayer Ojeda, Tomás. *Relaciones entre Chile y Uruguay. Discurso del Director General de Bibliotecas, Archivos y Museos*. Santiago, 1931.

Año 1932

Biblioteca Nacional. *Publicaciones Periódicas Chilenas. Anuario 1931*. Santiago de Chile. Imprenta "Cervantes". 1932.

Feliú Cruz, Guillermo. *Ensayo de una bibliografía de las obras de don Benjamín Vicuña Mackenna. 1851-1931*. Santiago, 1932.

Año 1933

Biblioteca Nacional. *Publicaciones Periódicas Chilenas. Anuario 1932*. Santiago de Chile. Imp. Lagunas & Quevedo, Ltda. 1933.

Año 1934

Biblioteca Nacional. *Publicaciones Periódicas Chilenas. Anuario 1933*. Santiago de Chile. Imp. Lagunas, Quevedo y Cía. Ltda. 1934.

Año 1935

Biblioteca Nacional. *Publicaciones Periódicas Chilenas. Anuario 1934*. Santiago de Chile. Imp. "La Tarde". 1935.

Mayorga Uribe, Luis. *Bibliografía de las obras sobre Socialismo, Comunismo y Fascismo, existentes actualmente en la Sección Fondo General*. Santiago, 1935.

Año 1936

Biblioteca Nacional. *Don Julio Vicuña Cifuentes (1865-1936)*. Stgo., 1936.

Biblioteca Nacional. *Homenaje a la memoria de don Rafael Díaz Lira*. Santiago, 1936.

Biblioteca Nacional. *Homenaje de la Biblioteca Nacional a D. Emilio Vaisse*. Santiago, 1936.

Biblioteca Nacional. *Inauguración de la Sala Norteamericana*. Santiago, 1936.

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Memoria de la Dirección General, sobre la marcha de los servicios de su dependencia durante el año 1935, enviada al Ministerio de Educación Pública, por Gabriel Amunátegui*. Santiago, 1936.

Año 1937

Biblioteca Nacional. *Publicaciones periódicas chile-*

nas. Anuarios de 1935 y 1936. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1937.

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Memoria correspondiente a 1936, elevada al Ministerio de Educación Pública por Gabriel Amunátegui*. Santiago, 1937.

Año 1938

Archivo Nacional. *Índice del Archivo Hidrográfico "Vidal Gormaz"*. Santiago, 1938.

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Memoria de la Dirección General sobre la marcha de los servicios de su dependencia, durante el año 1937, enviada al Ministerio de Educación Pública por Gabriel Amunátegui*. Santiago, 1938.

Año 1939

Biblioteca Nacional. *Publicaciones Periódicas Chilenas. Anuarios de 1937 y 1938*. Santiago de Chile. Imp. y Lit. Universo S. A. 1939.

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Memoria correspondiente a 1938 que eleva a conocimiento del señor Ministro de Educación Pública el Director del Servicio. Gabriel Amunátegui Jordán*. Santiago, 1939.

Oviedo Martínez, Benjamín. *Bibliografía masónica chilena*. Santiago, 1939.

Año 1940

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Disposiciones legales y reglamentarias vigentes para el servicio de la Visitación de Imprentas y Bibliotecas*. Santiago, 1940. Publicaciones de la Visitación de Imprentas y Bibliotecas. Serie A, N° 1.

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Memoria de la Visitación de Imprentas y Bibliote-*

cas correspondiente a 1939. Santiago, 1940. Publicaciones de la Visitation de Imprentas y Bibliotecas. Serie A, N.º 1.

Año 1943

Cruzat Vera, Manuel. *Ensayo de una bibliografía de la Historia de Francia*. Santiago [1943].

Año 1944

Archivo Nacional. *Catálogo de la Colección de Manuscritos de D. José Ignacio Víctor Eyzaguirre*. Santiago, 1944.

Año 1946

Archivo Nacional. *El Archivo Nacional. Antecedentes de su fundación y reseña de la labor realizada desde 1927 a 1945*. Santiago, 1946.

Año 1949

Egaña, Juan. *Escritos inéditos y dispersos. Reunidos por Raúl Silva Castro*. Santiago, 1949.

Silva Castro, Raúl. *Bibliografía de don Juan Egaña (1768-1836)*. Santiago, 1949.

Año 1950

Feliú Cruz, Guillermo. *Cervantes en la Biblioteca Nacional. Ensayo bibliográfico*. Santiago, 1950.

Año 1951

Colección de Antiguos Periódicos Chilenos. 1951-1966. 18 vols.:

Vol. 1. *¡Viva el Rey! Gazeta del Gobierno de Chile. Ilustración araucana sacada de los Arcanos de la Razon. El Augurio Feliz*. 1813-1817. Introducción de Guillermo Feliú Cruz. Tomo I. Santiago, 1952.

Vol. 2. *¡Viva el Rey! Gazeta del Gobierno de Chile*. Introducción de Guillermo Feliú Cruz. Tomo II. Santiago, 1954.

Vol. 3. *¡Viva la Patria! Gazeta del Supremo Gobierno de Chile*. N.os 1 a 16.

Semanario de Policía. Clamor de la Justicia. El Amigo de la Ilustración. Introducción de Guillermo Feliú Cruz. 1817. Santiago, 1951.

Vol. 4. *Gazeta Ministerial de Chile*. N.os 1-37. 1817. Santiago, 1952.

Vol. 5. *Gazeta Ministerial de Chile*. N.os 38-72. 1818. Santiago, 1952.

Vol. 6. *Gazeta Ministerial de Chile*. N.os 73-100. 1819. Santiago, 1954.

Vol. 7. *Gazeta Ministerial de Chile*. Tomo II. N.os 1-55. 1819-1820. Stgo. 1958.

Vol. 8. *Gazeta Ministerial de Chile*. Tomo II. N.os 56-78. 1820-1821. Santiago, 1963.

Vol. 9. *Gazeta Ministerial de Chile*. Tomo II. N.os 79-100 y Tomo III. N.os 1-68. 1821. Santiago, 1964.

Vol. 10. *Gazeta Ministerial de Chile*. Tomo III. N.os 17-38. 1821-1822. Santiago, 1966.

Vol. 11. *El Argos de Chile. El Duende de Santiago. El Chileno. El Sol de Chile*. 1818. Santiago, 1955.

Vol. 12. *El Telégrafo. Cartas Pehuenches*. 1819. Santiago, 1958.

Vol. 13. *El Censor de la Revolución*. 1820. *Colección de Noticias*. 1821. *La Miscelánea Chilena*. 1821. *El Independiente*. 1821. *El Mercurio de Chile*. 1822-1823. Santiago, 1960.

Vol. 14. *El Cosmopolita. Diario de la Convención de Chile. El Observador Chileno*. 1822. *El Tizón Republicano. El Clamor de la Patria*. 1823. *Apéndice: Correspondencia seguida entre la Junta Gubernativa y el Mariscal de Campo D. Ramón Freire*. 1823. Santiago, 1962.

Vol. 15. *El Imparcial de Chile. El Interrogante y Respondente. El Corres-*

ponsal del Imparcial. El Amigo de la Verdad. El Amigo de los Militares. El Despertador Araucano. El Nuevo Corresponsal. El Apagador. El Redactor del Senado. Actas del Senado. Actas del Senado Conservador y Legislador. El Observador de Chile. El Observador Eclesiástico. 1823. *Apéndice: Respuestas a varios periódicos*. Santiago, 1963.

Vol. 16. *El Liberal. El Redactor de Sesiones del Soberano Congreso. Notas de las operaciones del Congreso de Chile 1823-1824*. Santiago, 1965.

Vol. 17. *El Correo de Arauco. Registro Oficial de la Suprema Junta Interior Gubernativa*. 1824-1825. Santiago, 1965.

Vol. 18. *Examen instructivo sobre la Constitución Política de Chile. El Acosador Chileno. El alcornoque sin hojas, a la sombra del Acosador Chileno. Cartas familiares de C., a un amigo residente en... Redacción concisa de las Actas y Diarios del Congreso de Chile. Boletín de Policía. El Pensador Político - Religioso*. 1824-1825. Santiago, 1966.

Archivo Nacional. *Catálogo fondo varios*. Santiago, 1952.

Feliú Cruz, Guillermo. *Catálogo de la Exposición Bibliográfica de las obras de José Toribio Medina*. Santiago, 1952.

Año 1953

Archivo Nacional. *Censo de 1813. Levantado por don Juan Egaña, de orden de la Junta de Gobierno formada por los señores Pérez, Infante y Eyzaguirre*. Santiago, 1953.

Feliú Cruz, Guillermo. *José Toribio Medina, historiador y bibliógrafo de América*. Santiago, 1953.

Año 1957

Feliú Cruz, Guillermo. *Catálogo de la Exposición Bibliográfica e Iconográfica de Diego Barros Arana con motivo del cincuentenario de su muerte. 4 de noviembre de 1957.* Santiago, 1957.

Año 1959

Barrios, Eduardo y Feliú Cruz, Guillermo. *Exposición Bibliográfica e Iconográfica de Alejandro Humboldt.* Santiago, 1959.

Año 1961

Exposición Bibliográfica sobre la Guerra del Pacífico (1879-1884). Santiago, 1961.

Vaisse, Emilio. *Estudios críticos de Literatura Chilena. Homenaje de la Biblioteca Nacional al autor en el Centenario de su nacimiento (1860 - 1960).* Santiago, 1961.

Año 1962

Gay, Claudio. *Correspondencia de Claudio Gay.* Recopilación, prólogo y notas de Guillermo Feliú Cruz y Carlos Stuardo Ortiz. Santiago, 1962.

Año 1963

Archivo Nacional. *Catálogo del Archivo de Claudio Gay.* Santiago, 1963.

Biblioteca Nacional. *Chile: su futura alimentación.* Ciclo de conferencias. Santiago, 1963.

Biblioteca Nacional. *Impresos chilenos. 1776 - 1818.* Edición Monumental de los incunables chilenos, hecha para conmemorar el Sesquicentenario de la Biblioteca Nacional. Introducción y Bibliografía sobre la imprenta de Guillermo Feliú Cruz. Santiago, 1963, 2 vols.

Biblioteca Nacional. *Lista de publicaciones del Servicio de Canje Internacional.* Lista N° 1. Santiago, 1963.

Biblioteca Nacional. *Sesquicentenario de la Fundación. 1813 - 19 de agosto 1963.* Homenajes. Historia. Crónica. Recuerdos. Album de la Biblioteca. Edición de la revista "Mapocho". Santiago, 1963.

Cartilla Elemental de Catalogación y Clasificación. Santiago, 1963.

Cartilla Elemental sobre el Vocabulario del Bibliotecario. Cartilla N° 2. Santiago, 1963.

Castillo, Homero. *La Literatura Chilena en los Estados Unidos de América.* Santiago, 1963.

Feliú Cruz, Gmo. *El Problema Bibliotecario Nacional.* Santiago, 1963.

García Lyon, Virginia, y Vicuña Fuentes, Carlos. *Centenario de "Los Miserables" de Victor Hugo. (1862 - 1962).* Conferencias. Santiago, 1963.

Año 1964

Cejador y Frauca, Julio. *Epistolario de Escritores Hispanoamericanos.* Recopilación y notas de Sergio Fernández Larrain. Prólogo "La Integración de la Literatura Hispanoamericana en la Castellana". por Guillermo Feliú Cruz. 2 vols. Santiago, 1964.

Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. 1. *Guía de los servicios.* 2. *Publicaciones de la Biblioteca Nacional.* 3. *Publicaciones del Servicio de Canje Internacional.* 4. *Publicaciones del Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina.* Santiago, 1964.

Feliú Cruz, Guillermo. *Las Publicaciones de la Biblioteca Nacional. 1854-1963.* Informe elevado al Ministerio de Educación. Santiago, 1964.

Rivas Vicuña, Manuel. *Historia política y parlamentaria de Chile. 1891-1920.* Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. 3 vols. Santiago, 1964.

Revista "Mapocho". Organó de la Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional. Director de la Revista: Guillermo Feliú Cruz. Secretario de Redacción: Juan Uribe Echevarría. Concesionario y Distribuidor: Editorial Universitaria, San Francisco 454. Tomo I: 3 números, 1963. Agotado. Tomo II: 3 números, 1964. Tomo III: 3 números, 1965. Tomo IV: 2 números, 1965.

Ediciones de la Revista "Mapocho":

Ciudad, Mario. *"La Repetición Creadora" en Pascual.* 1963. Tomo I, N° 1.

Díaz G., Jorge. *El velero en la botella.* 1963. Tomo I, N° 1.

Martínez Chacón, Elena. *Una comedia "chilena" de Lope de Vega.* 1963. Tomo I, N° 1.

Rukser, Udo. *Heine en el Mundo Hispánico.* 1963. Tomo I, N° 1.

Uriarte, Fernando. *Temas y problemas de dos novelistas: Hesse y Pérez de Ayala.* 1963. Tomo I, N° 1.

Araya, Guillermo. *Hombre y lenguaje.* Tomo I, N° 2, julio de 1963.

Catalán de Aranedá, Hilda. *Censura cinematográfica.* Tomo I, N° 2, julio de 1963.

Concha, Jaime. *Interpretación de "Residencia en la tierra" de Pablo Neruda.* Tomo I, N° 2, julio de 1963.

Lastra, Pedro. *Notas sobre el Cuento Hispanoamericano del siglo XIX.* Tomo I, N° 2, julio de 1963.

Rojas Piña, Benjamín. *La Sociedad y la Educación de Chile según los viajeros del período 1740 a 1850.* Tomo I, N° 2, julio de 1963.

Sieveling, Alejandro. *Animas de día claro.* Tomo I, N° 2, julio de 1963.

- Uribe Echevarría, Juan. *La Tirana de Tarapacá*. Tomo 1, Nº 2, julio de 1963.
- Bande, Jorge. *¿Adón, dónde estás?* Tomo 1, Nº 3, octubre de 1963.
- Escudero, Alfonso M. *Pedro Antonio González. Bibliografía*. Tomo 1, Nº 3, octubre de 1963.
- Neruda, Pablo. *Poesía. Oda al Mapocho*. Tomo 1, Nº 3, octubre de 1963.
- Orellana Rodríguez, Mario. *Las pinturas rupestres del alero de Ayquina*. Tomo 1, Nº 3, octubre de 1963.
- Rivano, Juan. *Dialéctica y situación absoluta*. Tomo 1, Nº 3, octubre de 1963.
- Sabella, Andrés. *Retratos quiméricos*. Tomo 1, Nº 3, octubre de 1963.
- Sievers, Hugo K. *La expansión urbana de Santiago y sus consecuencias, 1541-1960*. Tomo 1, Nº 3, octubre de 1963.
- Silva, Jaime. *La princesa Panchita. Teatro*. Tomo 1, Nº 3, octubre de 1963.
- Uriarte, Fernando. *Xavier Zubiri en el problema de la realidad*. Tomo 1, Nº 3, octubre de 1963.
- Uribe Echevarría, Juan. *El romance de Sor Tadea de San Joaquín sobre la inundación que hizo el río Mapocho en 1783*. Tomo 1, Nº 3, octubre de 1963.
- Vial E., Carlos. *Radioscopia de una enferma. La Alianza para el Progreso*. Tomo 1, Nº 3, octubre de 1963.
- Abalos, Carmen. *Carlos Drummond de Andrade y Cecilia Meireles, dos poetas del Brasil*. Tomo 1, Nº 1, de 1964.
- Aguirre, Isidora. *Los papeles. Teatro*. Tomo 1, Nº 1, de 1964.
- Araya G., Guillermo. *Dimensiones semánticas del lenguaje*. Tomo 1, Nº 1, de 1964.
- Barros, Raquel y Dannemann, Manuel. *Guía metodológica de la investigación folklórica*. Tomo 1, Nº 1, 1964.
- Camurri, Antonio. *La estructura física del Universo*. Tomo 1, Nº 1, 1964.
- Ferreccio P., Mario. *La Real Academia Española. Teoría e historia*. Tomo 1, Nº 1, 1964.
- González Cinouves, Ignacio. *Reflexiones acerca de la misión universitaria*. Tomo 1, Nº 1, 1964.
- Labarca, Amanda. *El arte y la ciencia de ser maestro*.
- Pereira Salas, Eugenio. *Amanda Labarca, maestra*. Tomo 1, Nº 1, 1964.
- Orrego Barros, Carlos. *Alberto Orrego Luco. Pintor Chileno*. Tomo 1, Nº 1, 1964.
- Rivano, Juan. *La América ahistórica y sin mundo del humanista Ernesto Grassi*. Tomo 1, Nº 2, 1964.
- Bindis, Ricardo. *La pintura contemporánea chilena*. Tomo 1, Nº 2, 1964.
- Fernández Larrain, Sergio. *Algo de Unamuno a través de un epistolario*. Tomo 1, Nº 2, 1964.
- Morales, José R. *Prohibida la reproducción. Teatro*. Tomo 1, Nº 2, 1964.
- Muñoz, Luis. *La muerte, tema poético de Antonio Machado*. Tomo 1, Nº 2, 1964.
- Salas Vía, Vicente Tomás. *Luis de Victoria*. Tomo 1, Nº 2, 1964.
- Segall, Marcelo. *Biografía de la Ficha Salario*. Tomo 1, Nº 2, 1964.
- Stahl, Gerold. *Análisis científico de la religión*. Tomo 1, Nº 2, 1964.
- Teillier, Jorge. *Los trenes de la noche y otros poemas*. Tomo 1, Nº 2, 1964.
- Tienken, Arturo. *Las obras históricas de Shakespeare*. Tomo 1, Nº 2, 1964.
- Uribe Echevarría, Juan, Arturo Alcayaga Vicuña: *Poesía y pintura del supercosmos*. Tomo 1, Nº 2, 1964.
- Carvacho, Víctor. *Camilo Mori*. Tomo 1, Nº 3, 1964.
- La Biblioteca Nacional y Pablo Neruda*. (Discursos de Guillermo Feliú Cruz y Pablo Neruda. Artículos de: Diego Muñoz, Filebo, Hugo Montes, Jaime Giordano, Nelson Osorio T., Mario Rodríguez Fernández, Alfonso M. Escudero. Tomo 1, Nº 3, 1964.
- Marín Madrid, Alberto. *Un viejo problema: el caso fronterizo del río Encuentro*. Tomo 1, Nº 3, 1964.
- Rousseau, Pierre. *En las avanzadas de la vida*. Traducción de Carlos Krum S. Tomo 1, Nº 3, 1964.
- Uribe Echevarría, Juan. *Cancionero de Alhué. Folklore*. Tomo 1, Nº 3, 1964.
- Vodanović, Sergio. *Los fugitivos*. Tomo 1, Nº 3, 1964.
- Feliú Cruz, Guillermo. *El Instituto Pedagógico bajo la dirección de Domingo Amundégui Solar, 1892-1922*. Tomo 1, Nº 1, 1965.
- La Biblioteca Nacional y Miguel de Unamuno*. (Artículos de Paulino Garagorri, Fernando Uriarte, Carla Cordua, Eladio García, Guillermo Ferrada, Armando González Rodríguez). Tomo 1, Nº 1, 1965.
- Latcham, Ricardo A. *Una crónica del barroco his-*

- panoamericano: "El Carabero" de Juan Rodríguez Freile. Tomo III, N° 1, 1965.
- Mac Hale, Tomás P. *Notas sobre Luis Alberto Heiremans. Luis Alberto Heiremans Buenaventura*. Tomo III, N° 1, 1965.
- Hourton P., Jorge. *Teilhard de Chardin: ¿Ciencia o Filosofía?* Tomo III, N° 2, 1965.
- Jaramillo Barriga, Rodolfo. *El abate Juan Ignacio Molina, primer evolucionista y precursor de Teilhard de Chardin*. Tomo III, N° 2, 1965.
- Oroz, Rodolfo. *El Instituto de Chile*. Tomo III, N° 2, 1965.
- Sáez Sáez, Raúl. *El ingeniero y el desarrollo de los pueblos*. Tomo III, N° 2, 1965.
- Terpelle P., Germán. *El asilo diplomático en la historia de Chile*. Tomo III, N° 2, 1965.
- Zapater Equioiz, Horacio. *Las culturas indígenas de América durante la dominación española*. Tomo III, N° 2, 1965.
- Anzoátegui, Víctor y Sanhueza Beltrán Enrique. *Vulgarización de Lacunza y el Lacunismo*. Tomo III, N° 3, 1965.
- Decker, Donald M. *Raúl Silva Castro Historiador-Crítico de las letras chilenas*. Tomo III, N° 3, 1965.
- Díaz, Jorge. *El lugar donde mueren los mamíferos*. Tomo III, N° 3, 1965.
- Kayser, Wolfgang. *Origen y crisis de la novela moderna*. Tomo III, N° 3, 1965.
- Rousseau, Pierre. *¿Está habitado el universo?* Traducción de Carlos Krumm S. Tomo III, N° 3, 1965.
- Bultmann, Rudolf. *Mitología y Nuevo Testamento*. Tomo IV, N° 1, vol. 10 de 1965.
- Debesa, Fernando. *El Guadapelo*. Tomo IV, N° 1, vol. 10 de 1965.
- Del Río, Sótero. *La medicina social en Chile*. Guzmán, Leonardo. *Labor social de la medicina en Chile y la contribución del Dr. Sótero del Río*. Tomo IV, N° 1, vol. 10 de 1965.
- García, Lautaro. *Romance-ro de pájaros*. Tomo IV, N° 1 vol. 10 de 1965.
- Ortega y Gasset, José. *Temas del Escorial*. Tomo IV, N° 1, vol. 10 de 1965.
- Romero, Hernán. *La salud mental en la vida social contemporánea*. Tomo IV, N° 1 vol. 10 de 1965.
- Salas Errázuriz, Juan R. *El primer canto de la Divina Comedia*. Tomo IV, N° 1, Vol. 10 de 1965.
- Zamorano, Manuel y Barría, Myriam. *El crimen como destino*. Tomo IV, N° 1 vol. 10 de 1965.
- Encina, Francisco Antonio. *Estudios. I. Cien años de la vida económica e independiente de Chile (1912). II. La capital de Chile y las provincias*. Tomo IV, N° 2 Vol. 11 de 1965.
- Eyzaguirre, Jaime. *Breve historia de las fronteras de Chile*. Tomo IV, N° 2, vol. 11 de 1965.
- Feliú Cruz, Guillermo. *Francisco Antonio Encina historiador*. Tomo IV, N° 2 vol. 11 de 1965.
- Oyarzún, Luis. *Rafael Mañuel*. Tomo IV, N° 2, vol. 11 de 1965.
- Ruiz Urbina, Antonio. *Las clases sociales en América Latina*. Tomo IV, N° 2, vol. 11 de 1965.
- Uriarte, Fernando. *La novela proletaria en Chile*. Tomo IV, N° 2, vol. 11 de 1965.
- Uribe Echevarría, Juan. *Folklore de Colliguay*. Tomo IV, N° 2, vol. 11 de 1965.
- Vodanovic P., Sergio. *El delantal blanco*. Tomo IV, N° 2, vol. 11 de 1965.
- Grases, Pedro. *Bibliografía sumaria de Andrés Bello*. Tomo IV, N° 3, vol. 12, 1965.
- Bello, Andrés. *Teresa*. Tomo IV, N° 3, vol. 12, 1965.
- Vicuña Fuentes, Carlos. *Andrés Bello gramático de nuestra lengua*. Tomo IV, N° 3, vol. 12, 1965.
- Fernández Larrain, Sergio. *José María Blanco White y Andrés Bello*. Tomo IV, N° 3, vol. 12, 1965.
- Rodríguez B., Orlando. *El significado de Andrés Bello en el teatro chileno*. Tomo IV, N° 3, vol. 12, 1965.
- Lira Urquieta, Pedro. *Las poesías de Andrés Bello*. Tomo IV, N° 3, vol. 12, 1965.
- Jiménez B., S. J., Julio. *Andrés Bello visto en cuanto a filósofo*. Tomo IV, N° 3, vol. 12, 1965.
- Eyzaguirre, José María. *Andrés Bello y el sentido jurídico de la nación chilena*. Tomo IV, N° 3, vol. 12, 1965.

- Fueyo Laneri, Fernando. *Reforma de nuestro Código Civil bajo la inspiración de Andrés Bello*. Tomo IV, N° 3, vol. 12. 1965.
- Morales Pettorino, Félix. *Actualidad de la Gramática de Andrés Bello*. Tomo IV, N° 3, vol. 12. 1965.
- Márquez Bretón, Bernardo. *La obra internacional de Andrés Bello*. Tomo IV, N° 3, vol. 12. 1965.
- Márquez Bretón, Bernardo y Gamboa Correa, Jorge. *Andrés Bello en la guerra de la Confederación Perú-Boliviana*. Tomo IV, N° 3, vol. 12. 1965.
- Abdel Badi, Lutfi. *Un dramaturgo egipcio: Tawfik al-Hakim*. Tomo V, N° 1, vol. 13. 1966.
- Espinosa Moraga, Oscar. *El precio de la paz chileno-argentina*. Tomo V, N° 1, vol. 13. 1966.
- Godoy, Juan. *Sombras*. Tomo V, N° 1, vol. 13. 1966.
- Grases, Pedro. *Las ideas fundamentales de Mariano Picón-Salas*. Tomo V, N° 1, vol. 13. 1966.
- Huerta, Eleazar. *Semana Santa en Tobarra*. Tomo V, N° 1, vol. 13. 1966.
- Krumm S., Carlos. *Viajes espaciales: tiempo y relojes*. Tomo V, N° 1, vol. 13. 1966.
- Marchant, Patricio. *Esencia y existencia en la ontología de Nicolás Hartmann*. Tomo V, N° 1, vol. 13. 1966.
- Molleto, Enrique. *La confesión*. Tomo V, N° 1, vol. 13. 1966.
- Plath, Oreste. *Folklore alimentario*. Tomo V, N° 1, vol. 13. 1966.
- Quiñones Alvear, Guillermo. *Balada de la Galleta Marinera*. Tomo V, N° 1, vol. 13. 1966.
- Ortiz Veas, Hilda. *Contribución al estudio del surrealismo en Chile*. Tomo V, N° 1, vol. 13. 1966.
- Uriarte, Fernando. *El criollismo alucinante de Alejo Carpentier*. Tomo V, N° 1, vol. 13. 1966.
- Viel, Benjamin. *Algunos cambios sociales derivados del crecimiento poblacional*. Tomo V, N° 1, vol. 13. 1966.
- Atropos. *El inquilino en Chile. Su vida. (Un siglo sin variaciones, 1861-1966)*. Tomo V, N° 2-3, vol. 14. 1966.
- Debesa, Fernando. *Los Net-zukes*. Tomo V, N° 2-3, vol. 14. 1966.
- Denegri Luna, Félix. *Los primeros años del Mariscal Andrés de Santa Cruz*. Tomo V, N° 2-3, vol. 14. 1966.
- Hanke, Lewis. *La Historia de la Villa Imperial de Potosí y Bartolomé Arzans de Orzúa*. Tomo V, N° 2-3, vol. 14. 1966.
- Fuenzalida, Héctor. *Uslar Pietri. Reportaje a una pasión venezolana*. Tomo V, N° 2-3, vol. 14. 1966.
- Méndez García de la Huerta, Alejandro. *Inconstitucionalidad de las leyes y la Corte Suprema de los Estados Unidos*. Tomo V, N° 2-3, vol. 14. 1966.
- Orrego Lugo, Luis. *De sus memorias inéditas*. Tomo V, N° 2-3, vol. 14. 1966. "Un idilio nuevo" y "Casa grande".
- Rivera, Raúl. *Poemas*. Tomo V, N° 2-3, vol. 14. 1966.
- Romero, Hernán. *La ciudad, organismo vivo*. Tomo V, N° 2-3, vol. 14. 1966.
- Stevekin, Alejandro. *El Che-ruce*. Tomo V, N° 2-3, vol. 14. 1966.
- Staiger, Emil. *El estilo épico*. Tomo V, N° 2-3, vol. 14. 1966.
- Uriarte, Fernando. *Julio Cortázar, novelista de Buenos Aires*. Tomo V, N° 2-3, vol. 14. 1966.
- Uribe Echevarría, Juan. *Tipos y cuadros de costumbres en la poesía popular del siglo XIX*. Tomo V, N° 2-3, vol. 14. 1966.
- Vodanovic, Sergio. *La gente como nosotros*. Tomo V, N° 4, vol. 15. 1966.
- Dario, Rubén. *Canto Epico a las Glorias de Chile*. Tomo V, N° 4, vol. 15. 1966.
- Oyarzún, Luis. *Cosas de Colliguay y Cerro Viejo*. Tomo V, N° 4, vol. 15. 1966.
- Santibáñez, Rafael. *Una Hazaña en la Antártida*. Tomo V, N° 4, vol. 15. 1966.
- Rousseau, Pierre. *Vida y muerte de los inventos*. Tomo V, N° 4, vol. 15. 1966.
- Murillo, Ernesto. *Una flor en el cemento*. Tomo V, N° 4, vol. 15. 1966.
- Rukser, Udo. *Sobre la crítica filosófica*. Tomo V, N° 4, vol. 15. 1966.
- Vicuña, Carlos. *Discurso sobre la Paralogica*. Tomo V, N° 4, vol. 15. 1966.
- Reyes, Salvador. *¡Qué diablos! La vida es así*. Tomo V, N° 4, vol. 15. 1966.

Núñez, Estuardo. *Ricardo Palma y los viajes*. Tomo v, N° 4, vol. 15. 1966.

Uribe E., Juan. *Yo soy dueño del Barón*. Tomo v, N° 4, vol. 15. 1966.

Uriarte, Fernando. *Aspecto de la novela hispanoamericana actual*. Tomo v, N° 4, vol. 15. 1966.

Oliver, William E. *Mi punto de vista sobre el "Marat-Sade"*. Tomo v, N° 4, vol. 15. 1966.

Córdoba, Eleazar. *El jacobinismo en América: La Revolución Haitiana*. Tomo v, N° 4, vol. 15. 1966.

Frederic K., William. *Arturo Prat, símbolo de idea-*

les nacionales ante la frustración chilena. Tomo v, N° 4, vol. 15. 1966.

Blackmore, Harold. *Los agentes revolucionarios chilenos en Europa en 1891*. Tomo v, N° 4, vol. 15. 1966.

Cox B., Ricardo. *Canções populares religiosas de Chiloé y versos de Los Angeles*. Tomo v, N° 4, vol. 15. 1966.

MAPOCHO

DIRECTOR: GUILLERMO FELIU CRUZ

SECRETARIO DE REDACCION: JUAN URIBE ECHEVARRIA

Con este volumen 15, tomo V, Nº 4, que corresponde al cuarto trimestre de 1966, dejan la dirección de la revista D. GUILLERMO FELIÚ CRUZ, Director, y D. JUAN URIBE ECHEVARRÍA, Secretario de Redacción

COLABORADORES:

Abalos, Carmen	Garagorri, Paulino	Orellana Rodríguez, Mario
Abascal Brunet, Manuel	Garbarino, Humberto	Orrego Barros, Antonio
Aguirre, Isidora	García C., Eladio	Orrego Barros, Carlos
Aicardi L., Raúl	García, Lautaro	Oyarzún, Luis
Aldunate Phillips, Arturo	Giannini, Humberto	Palazuelos, Juan Agustín
Alliende González, Felipe	Giordano, Jaime	Pereira Salas, Eugenio
Alvarez, Roberto	González Ginouvés, Ignacio	Reyes, Salvador
Anzoátegui, Víctor	González Rodríguez, Armando	Rivano, Juan
Araya Goubet, Guillermo		Rivera, Raúl
Araya Novoa, Luis	Guzmán, Leonardo	Rojas, Benjamín
Arriagada Herrera, Julio	Guzmán, Marta Rosa	Romero, Hernán
Assunção, Fernando O.	Herrera Cajas, Héctor	Rosenthal, M. L.
Balbín Lucas, Rafael de	Huerta, Elcazar	Rossel, Milton
Bande, Jorge	Ibérico, Mariano	Rousseau, Pierre
Barreñechea, Julio	Ibáñez L., José Miguel	Rukser, Udo
Barros, José Miguel	Iglesias, Augusto	Sabella, Andrés
Barros, Raquel	Jaramillo, Hernán	Salas, Adalberto
Bindis, Ricardo	Kayser, Wolfgang	Salas Viú, Vicente
Briseño González, Roberto	Keller, Carlos	Sandoval Grünberg, Noemí
Bueno, Salvador	Krumm S., Carlos	San Martín, Hernán
Camurri, Antonio	Labarca, Amanda	Santiván, Fernando
Camus, Emilio	Laín Entralgo, Pedro	Segall, Marcelo
Carvacho, Víctor	Lamberg, Fernando	Sieveking, Alejandro
Catalán de Araneda, Hilda	Lastrá Salazar, Pedro	Sievers, Hugo K.
Ciudad, Mario	Lavín Cerda, Hernán	Silva Castro, Raúl
Concha, Jaime	Leavitt, Sturgis E.	Silva, Jaime
Cordua, Carla	Lefebvre, Alfredo	Solar, Claudio
Chaigneau, Raimundo	Lihn, Enrique	Soler, Francisco
Dannemann, Manuel	Lira, Germán	Stahl, Gerold
Debesa, Fernando	Loyola, Hernán	Teillier, Jorge
Délano, Poli	Mac Hale, Tomás	Tienken, Arturo
Denegri, Félix	Marchant, Patricio	Uriarte, Fernando
Díaz, Jorge	Márquez B., Bernardo	Uribe Arce, Armando
Doddis, Antonio	Martínez Chacón, Elena	Uribe Echevarría, Juan
Edwards, Jorge	Matte, Ester	Varas, José Miguel
Escudero, Alfonso M.	Muñoz, Diego	Vial E., Carlos
Feliú Cruz, Guillermo	Muñoz G., Luis	Vial Izquierdo, Alfredo
Ferrada Partarrieu, Guillermo	Murena, Héctor A.	Vicuña Fuentes, Carlos
Ferreccio Podestá, Mario	Navarro, Eliana	Vodanovic, Sergio
Fuenzalida, Héctor	Neruda, Pablo	Yankas, Lautaro
Galliano, Ernesto	Neves, Eugenia	Zamudio, José

La revista solicita las colaboraciones.

No es responsable de las ideas emitidas por los autores.

Las colaboraciones deben ser dirigidas a la Dirección de la Biblioteca Nacional, Avenida Bernardo O'Higgins Nº 651, lo mismo que los impresos que se le remitan

No se devuelven los originales.

MAPOCHO

REVISTA DE INVESTIGACIONES Y ENSEÑANZA

La distribución
nacional e internacional de la

REVISTA MAPOCHO

está a cargo de la

EDITORIAL UNIVERSITARIA, S. A.
San Francisco 454, Casilla 10220
Santiago, Chile



MAPOCHO

BIBLIOTECA NACIONAL

SANTIAGO DE CHILE

SUMARIO

- Luis Orrego Luco*: RUBÉN DARÍO EN CHILE ● *Rubén Darío*: CANTO EPICO A LAS GLORIAS DE CHILE ● *Jorge Hourton P.*: DIÁLOGO CATÓLICO-MARXISTA ACERCA DE LA RELIGIÓN ● *Rafael Santibáñez*: UNA HAZAÑA EN LA ANTÁRTIDA ● *Pierre Rousseau*: VIDA Y MUERTE DE LOS INVENTOS ● *Carlos Vicuña Fuentes*: DISCURSO SOBRE LA PARALÓGICA ● *Salvador Reyes*: ¡QUÉ DIABLO! LA VIDA ES ASÍ... ● *Sergio Vodanović*: LA GENTE COMO NOSOTROS ● *Harold Blakemore*: LOS AGENTES REVOLUCIONARIOS CHILENOS EN EUROPA, EN 1891 ● *Juan Uribe Echevarría*: YO SOY DUEÑO DEL BARÓN ● *Ricardo Cox Balmaceda*: DESARROLLO Y MENTALIDAD SUBDESARROLLADA ● *Fernando Uriarte*: ASPECTOS DE LA NOVELA HISPANOAMERICANA ACTUAL ● *Ernesto Murillo Costa*: UNA FLOR EN EL CEMENTO ● *Estuardo Núñez*: RICARDO PALMA Y LOS VIAJES ● *Luis Oyarzún*: COSAS DE COLLIGUAY Y CERRO VIEJO ● *Gerald Warner Brace*: LA ESENCIA DE LA NOVELA ● *Eleazar Córdova-Bello*: EL JACOBINISMO EN AMÉRICA: LA REVOLUCIÓN HAITIANA ● *Agustín Alvarez Sotomayor*: CANCIONES POPULARES RELIGIOSAS DE CHILOÉ Y VERSOS DE LOS ÁNGELES ● *Héctor Fuenzalida*: DEL CRIOLLISMO AL REALISMO DE EDESIO ALVARADO ● *Homero Bascuñán*: EL COMPAÑERO MONARDES ● *Fernando Campos Harriet*: LAS MISIONES DE ALVAREZ CONDARGO EN LA EMANCIPACION AMERICANA ● *William Frederick Sater*: ARTURO PRAT, SÍMBOLO DE IDEALES NACIONALES ANTE LA FRUSTRACIÓN CHILENA ● *William I. Oliver*: MI PUNTO DE VISTA SOBRE EL "MARAT-SADE" ● *Udo Rukser*: SOBRE LA CRÍTICA FILOSÓFICA ● *R. W. B. Lewis*: LA NOVELA NORTEAMERICANA ACTUAL: PÍCARO Y PEREGRINO ● *Ariel Dorfman*: EN TORNO A "PEDRO PÁRAMO" DE JUAN RULFO ● *Ramón Domínguez*: NUESTRO SISTEMA DE INQUILINAJE EN 1867 ● EXTENSIÓN CULTURAL DE LA BIBLIOTECA NACIONAL ● NOTAS BIBLIOGRÁFICAS ● ● *Noticias bio-bibliográficas sobre los colaboradores de la revista*

Organo de la Extensión Cultural

...penetró el gobernador hasta el valle de Mapocho, que halló poblado de infinita jente, por ser tan anchuroso, tan capaz y apacible, y regarse casi todo él con el río de su nombre, tan liberal y pródigo con la tierra que, desangrándose por varias partes, por regarla y fertilizarla se desustancia y deshace, de manera que a pocas leguas desaparece, no para hundirse del todo, sino para repararse y salir más pujante y caudaloso, como sale, dos o tres leguas más adelante y mejorado en sus aguas, porque trayéndolas de ordinario turbias de su nacimiento, en su renacimiento sale claro y puro como de cristal.

¹Colección de Historiadores de Chile y de documentos relativos a la Historia Nacional, tomo XII. *Histórica Relación del Reino de Chile*, por Alonso de Ovalle, tomo I, Santiago, Imprenta Ercilla, 1888, pág. 263.



...por la banda del norte baña a esta ciudad un alegre y apacible río, que lo es mientras no se enoja, como lo hace algunos años cuando el invierno es muy riguroso y llueve, como suele porfiadamente, cuatro, ocho y tal vez doce y trece días sin cesar; que en estas ocasiones ha acontecido salir por la ciudad y hacer en ella muy grande daño, llevándose muchas casas, de que aún se ven hoy las ruinas en algunas partes. Para esto han fabricado por aquella banda una fuerte muralla o tajarar donde quebrando su furia el río, echa por otro lado y deja libre la ciudad.

De este río se sangra por la parte del oriente un brazo o arroyo, el cual dividido en otros tantos cuantas son las cuadras que se cuentan de norte a sur, entra por todas ellas, de manera que a cada cuadra corresponde una acequia, la cual entrando por cada una de las orientales va atravesando por todas las que se le siguen a la hila y consiguientemente por todas las calles transversales, teniendo en éstas sus puentes para que puedan entrar y salir las carretas que traen la provisión a la ciudad; con que no viene a haber en toda ella cuadra ni casa por donde no pase un brazo de agua y muy copioso que barre y lleva toda la basura e inmundicia del lugar dejándolo muy limpio; de que también se sigue una gran facilidad en regar las calles cuando es necesario, sin que sean menester los carros y otros instrumentos que se usan

en otras partes, porque no tienen sino sangrar la acequia por la calle, lo que basta para que salga un arroyuelo que la riega y alegra en el verano con gran comodidad, sin ningún gasto. Todas estas acequias desaguan al poniente y salen a regar mucha cantidad de huertas y viñas que están plantadas por aquella parte, y la agua que sobra pasa a regar los sembrados o vuelve a la madre, que es una gran comodidad para todos; no beben de esta agua que pasa por las casas, sino los caballos y demás animales domésticos, porque aunque de suyo es muy buena, como pasa por tantas partes, no va ya de provecho para la jente, y así la traen para esto del río o de los pozos, que la dan muy buena y muy fresca, y los que quieren beberla más regalada, se proveen de los manantiales y fuentes, que hay muchas en la vecindad y comarca regaladísimas y suavísimas.

²Colección de Historiadores de Chile y de documentos relativos a la Historia Nacional, tomo XII. *Histórica Relación del Reino de Chile*, por Alonso de Ovalle, tomo I, Santiago, Imprenta Ercilla, 1888, págs. 266-267.



...plantó Valdivia su campo en el valle de Mapocho, que propiamente se llama Mapuche, que quiere decir Valle de gente, por la mucha que en él avia, y de ay tomó el Río esse nombre: mas los españoles y el tiempo a corrompido el vocablo y en lugar de Mapuche le llaman Mapocho. Dio vuelta al valle mirando los assientos y la hermosura de sus campañas y llanura, que es de los mejores y más fértiles valles del Reyno, fecundado de un río que liberal reparte sus aguas por diferentes sangrías para que todos rieguen sus sembrados.

³*Historia General de el Reyno de Chile*, Flandes Indiano, por Diego de Rosales. Edición de Benjamín Vicuña Meckenna, Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1877 pág. 384.



Río de tierras libres, caudillo mal domado, / preso te ves de pronto; piensas que es un mal sueño, / y entre tus vencedores pasas precipitado, / prietos los puños, turbia la cara, duro el ceño.

⁴*Imagen del Mapocho*, por Enrique Díez Canedo.

Luis Orrego Luco: Rubén Darío en Chile*

LA PRIMERA VEZ que oí su nombre fue en una noche de verano. Hallábame en 1887, charlando en la redacción de "La Epoca", diario del cual formaba parte desde la edad de diecisiete años. Era una habitación estrecha, de techo bajo, con ventanas que daban a la calle del Estado. Ahí se llegaba por angosta escalera, en la cual dormían, hechos un ovillo, los "suplementeros" o muchachuelos que vendían el diario. La Imprenta estaba a cuatro pasos de "Papá Gage", donde cenábamos las más de las noches, y no muy lejos del Club de la Unión, de donde nos llegaban noticias políticas de última hora.

Charlábamos, como iba diciendo, en torno de la gran mesa de Redacción, sobre la cual se escribían sueltos de gacetilla, a la par que terribles artículos de ataque. Manuel Rodríguez Mendoza levantó la cabeza, alzó la pluma, y nos dijo con voz grave y pronunciación enfática que le caracterizaban: "—Mañana tendremos entre nosotros un nuevo compañero que viene a formar parte del diario... acaba de llegar a Valparaíso y trae cartas de Edwards para Eduardo Mac Clure y Carlos Toribio Robinet... Viene de Centroamérica, recomendado por el General Cañas, antiguo Ministro del Salvador en Chile, como gran poeta".

—¿Cómo se llama? —preguntamos a un tiempo Valenzuela, Pedrito Balmaceda y yo.

—Se llama Rubén Darío, nombre propio o pseudónimo persa, no sé bien.

—Bonito nombre y ¡tan original!...

—Viene huyendo, unos dicen por lances de amor, otros de persecuciones políticas.

Recuerdo la impresión de sorpresa que nos produjo nombre tan extraño, mezcla de judaico y de persa... Rubén Darío... Rubén Darío... pero resonaba como toque de clarín en campamento militar, armonioso y agudo. Los que alguna vez hemos formado parte del Ejército, jamás podremos olvidar esas notas prolongadas y melancólicas de la retreta y de la diana. El nombre del nuevo compañero nos parecía original, armonioso y extraño. Era nombre que anunciaba mucho. Creíamos encontrarlos en presencia de algún aventurero, descendiente de los conquistadores del Darién, alto de cuerpo y recio de miembros.

Al día siguiente, al penetrar a la imprenta, en la tarde, me topé con Rodríguez en la puerta. —Ahí está Darío... le hemos dado la pieza de la escalera para que se aloje; es la única disponible... —¿Qué te ha parecido? —Me ha parecido indio triste, me replicó Rodríguez.

Momentos después penetrábamos a la humilde covacha que servía de asilo al que habría de ser, en breve, el gran poeta americano, innovador atrevido, creador de nuevos moldes artísticos, Rubén Darío cuyo nombre resonaría, andando el tiempo, en todo el continente americano, en España, en Francia; estaba sentado sobre una vieja maleta y revisaba diarios franceses, tiritando de frío, a pesar de que nos hallábamos en primavera. La cama estaba cubierta de periódicos norteamericanos extendidos, con los cuales se abrigaba de noche. Al verlos exclamó alguno de nosotros: "—Ahora comprendo que la prensa sirve de algo..."

*De las Memorias inéditas de D. Luis Orrego Luco. La Dirección de la revista lamenta que en el capítulo de dichas Memorias, *Un Idilio Nuevo y Casa Grande*, publicado en el Vol. 14, Año IV, Tomo V, se hayan deslizado algunos errores por descuido en la copia de los manuscritos.

En la mesa de redacción de "La Epoca"

Aún creo ver la hermosa cabeza de Rubén Darío tal como surge al través de mis recuerdos. No tenía la belleza ni las proporciones de Apolo —pues la raza indígena se manifestaba patente— pero tenía la expresión hermosísima de la bondad entretijada con talento y refinada, desde los primeros albores, por miserias y padecimientos de la vida. Muchos inviernos, desde entonces, han dejado caer sobre mí la tristeza de sus lluvias, y, sin embargo, creo ver todavía la dulzura de la sonrisa y la tristeza melancólica de Rubén Darío, su expresión de grandeza resignada ante las amarguras de la vida, resuelto a ser misero bohemio, paria, desdeñado por la vanidad insolente de los ricos de la tierra, vago errante de la caravana que pasa, pero, convencido, al mismo tiempo, de que habría de ser gran poeta, de que llevaba en sí el tesoro de un genio inmenso.

El físico de Darío

Si en lo físico era muchacho débil y raquítico, de traza decaída y pobre que hiciera prorrumpir a Manuel en su despiadada ironía de llamarlo "indio triste", en lo moral e intelectual, era legítimo descendiente de Hernán Cortés y Vasco Núñez de Balboa. Su espíritu conquistaría para el arte, nuevos países y mares desconocidos a las almas.

El primer artículo de Darío

Lo primero que publicara en Chile Darío fue su magnífico artículo sobre Vicuña Mackenna, fallecido justamente el día de su llegada a Valparaíso y aparecido en "El Mercurio" del puerto.

Pocos días después aparecía en "La Epoca" su primer artículo. Recuerdo que Alfredo Yrarrázaval y Alberto Zañartu me detuvieron en la calle para preguntarme, entusiasmados, cosas de Rubén Darío. ¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿Por qué causa se hallaba entre nosotros? Todo lo ignorábamos de él, pues sólo hablaba en monosílabos, misteriosamente y con tan honda pena y cansancio, que no atinábamos a interrogarle de miedo a ser crueles. Nos daba a entender que su vida había comenzado de manera dolorosa. Pero su extraño nombre se abría paso entre las multitudes con fuerza de bala de cañón y sus primeros artículos —sobre todo sus primeros versos— eran aplaudidos con entusiasmo y recitados por esa noble juventud, llena de generosidad exenta de envidia y de emulaciones y llena también de talento, en la cual brillaban entonces Pedro Balmaceda Toro, Alberto Blest Bascuñán, Alfredo Yrarrázaval, Narciso Tondreau, Alejandro Silva de la Fuente y tantos otros que sería largo enumerar ahora. No quisiera repasar la dolorosa lista de la hora del crepúsculo, en campos de batalla, cuando se hace recuento de muertos y desaparecidos.

Darío llega a Chile desde Nicaragua

¿De dónde venía el nuevo escritor centroamericano y qué brisas le trajeron a nuestras playas? Venía de Nicaragua, en donde había nacido, emigrando luego a San Salvador, en donde encontrara la amistad cariñosa de un poeta que había residido en Chile, el General Cañas. Por aquellos años, las revoluciones eran por allá el pan de cada día. Un escritor español refería que el actor español Thuillier, en una de sus funciones, había tenido la honra de conocer al Presidente de la República, quien le invitó a tomar té en su palco, después del último acto. Terminada su tarea, el actor se encaminó al palco presidencial. Su sorpresa fue grande al encontrarse, en vez del caballero chico y gordo, que era el Presidente, con otro señor alto y flaco que llevaba terciada la banda presidencial. ¿Qué había sucedido? Pues nada, que entre el primero y cuarto acto se había verificado una revolución y había nuevo mandatario. Y en todas pasaba lo mismo. En su autobiografía, refiere Darío una anécdota exquisita y pintoresca, respecto de aquellas repúblicas y la vida que en ellas se hacía.

Una anécdota de Darío

Hallándose en San José, fue invitado al Fuerte por el General Toledo, Presidente de la República, hábil hombre de letras pero todavía más eximio en el arte de cocina, pues era gastrónomo y preparaba guisos que acaso le valieron más ascensos que sus

hazañas en el campo de batalla. La cena en el Castillo de San José fue espléndida y se menudearon los más exquisitos vinos y champañas. Terminada la cena, subieron a la terraza. La noche era hermosísima y la luna iluminaba la ciudad, destacándose las torres de la Catedral, a lo lejos. El General Cayetano Sánchez, jefe de la plaza, se dirigió a sus compañeros: "—¡Qué hermoso blanco para fuego de artillería!" exclamó, señalando la torre iluminada por la luna. Y, luego, dirigiéndose a un oficial, exclamó: "—Que carguen la pieza Krupp". Había bebido como Pantagruel.

Los invitados se miraron afligidísimos unos a otros: la ciudad iba a ser despertada, a las dos de la mañana, con inesperado bombardeo. Uno de ellos, el Cónsul de Inglaterra, sin perder la sangre fría, dijo: "—Está bien, pero bebamos antes un poco para celebrar la belleza de la noche". Trajeron botellas de coñac, y media hora más tarde, el General don Cayetano Sánchez rodaba debajo de la mesa. La ciudad se había salvado mediante la acción benéfica de una botella de alcohol. Por todas partes dominaban la dictadura y el caudillaje. Por cierto que semejante medio no era el más apropiado para la cultura del espíritu, ni para desarrollar nuevas tendencias literarias. El propio Rubén Darío había debido abandonar su casa el día mismo de la boda, para evitar que le llevaran preso como revolucionario. Reinaban los terribles hermanos Ezeta, uno de los cuales acababa de matar a un campesino de un tiro de revólver porque no le saludara en un sendero de campo, según contaba el poeta.

El medio que pedía su espíritu para crecer debía ser distinto, más reposado, de país gobernado regularmente, en el cual imperasen la paz y el orden y las leyes fueran respetadas. Necesitaba clima de cultura superior, donde ciencias y letras fueran cultivadas sistemáticamente y en el cual la vida estuviera a cubierto de las tempestades centroamericanas de entonces. El General Cañas nos había conocido en aquellos tiempos gloriosos de la Guerra del Pacífico, en las horas de nuestros triunfos militares que nos llenaban de prestigio. Vio la victoria coronando a un pueblo que se mantenía en régimen regular de Gobierno y creaba ejércitos con grande economía y probidad, sin derroches, dentro del parlamentarismo. Acaso la admiración de Cañas por nuestra tierra fue lo que trajo a nuestro país a Rubén Darío, al cual se lo señalaba como tierra de promisión para la cultura y para las letras. Así emprendió su viaje el joven poeta, sin más bagaje que sus versos, una maleta vieja con clavos, que guardaba debajo de la cama y unas cartas de recomendación de su amigo.

Pero la trasplantación de esa planta exquisita fue, sin duda, dolorosa. Más de una vez le oí suspirar por las palmeras de su tierra, y hasta recordar los caimanes de sus ríos. Aún le veo friolento, envuelto en una manta de castilla, suspirando por el sol, en su estrecho zaquisami de "La Epoca", sometido a los caprichos del Director Eduardo Mac Clure que se empeñaba en que le hiciera párrafos de crónica y gacetillas, de hechos diversos, descontento con las poesías y artículos del poeta que nunca pudo apreciar en su valor literario. Es verdad que a la mejor poesía de Homero el Director del diario hubiera preferido un bistec jugoso o un asado al palo.

El medio en que hubiera de formarse el espíritu de Rubén Darío habría de ser medio de cultura superior, en el cual ciencias y letras fuesen cultivadas libremente y donde la vida intelectual estuviera a salvo de tempestades políticas. En Chile existía ese ambiente.

Es interesante estudiar cómo se formó ese medio, cómo fue creada la atmósfera literaria de Chile, tal como la encontrara a su llegada Rubén Darío.

Tenemos en común con las demás Repúblicas hispanoamericanas el elemento básico de raza española; somos descendientes de castellanos que por espacio de

ochocientos años lucharon en perpetua cruzada con los moros desde la derrota de la llanura de Jerez, en que pereciera don Rodrigo hasta la conquista de Granada en 1492.

La raza española tomó consistencia y fuerza en esa lucha, formándose las características con la unidad del idioma, del sistema político, del sentimiento religioso y del concepto de patria. La lucha encarnizada en contra de la media luna despertó los extremos de pasión que al fanatismo conducen; y el principio de autoridad, extremado, llevó al concepto absolutista y a la tiranía monárquica, al principio de autoridad extrema que degenera en tiranía. De aquí las cualidades y los defectos de la raza y de los pobladores de América. El reparto de la tierra, hecho al galope del caballo, trajo consigo el sistema de "Encomiendas" en que repartía indios junto con las tierras. De ahí, preocupaciones de casta y de raza, predominio del dinero, formación de oligarquías, fanatismo religioso y autoritarismo político. De aquí, también, la carencia de libertades públicas y derechos ciudadanos.

Al conquistar, en 1810, la Independencia, sólo cortamos lazos políticos que a España nos ligaban, sin arraigar entre nosotros instituciones republicanas, pues nuestra revolución de Independencia había sido hecha por clases superiores, sin participación del pueblo, que aún no estaba suficientemente instruido para tomar parte en la vida republicana.

La política, en Chile, ha estado siempre, como en todas partes, íntimamente unida con formas literarias y manifestaciones de vida intelectual. Por eso, al comenzar los gobiernos de tendencias liberales, su primera manifestación fue la de crear atmósfera más amplia, una mayor cultura. Lozier, sabio y académico francés, fue puesto a la cabeza del Instituto Nacional, que era, entonces, el primer establecimiento de cultura del país, y sus enseñanzas tendieron a implantar entre nosotros una cultura esencialmente científica. La influencia de don José Joaquín de Mora —español— fue igualmente ejercida en sentido liberal; liberal, y muy amplia fue la tendencia de nuestra joven cultura.

Con el triunfo del partido pelucón o conservador, que le siguió, y del principio autoritario, la enseñanza tomó rumbos de cultura clásica y esencialmente literaria; la forma, antes que el fondo mismo del pensamiento es la preocupación dominante en el maestro. Hasta las leyes fueron enseñadas en latín, aprendiéndose de memoria, en este idioma muerto, los rudimentos del Derecho Romano.

Mas la reacción liberal se inició precisamente en este campo de las letras. Don José Victorino Lastarria, uno de los más eminentes escritores y publicistas del país, emprendió la campaña en contra de la enseñanza clásica y todo su exclusivismo absorbente.

Mientras en Chile se iniciaba un movimiento tímido todavía, tuvo lugar un suceso de inmensa trascendencia literaria y política: la llegada a nuestra tierra de una emigración argentina, si no muy numerosa, compuesta de espíritus superiores y esencialmente cultos, de inmensa valía intelectual. En 1841, huyendo de la tiranía de don José Manuel de Rosas —el tipo del caudillo gaucho fundador de la nacionalidad argentina— llegaron a Chile unos cuantos jóvenes, mozos aún, y desconocidos, que en el transcurso de breves años debían ocupar los más altos puestos de su patria argentina, por sus dotes sobresalientes de espíritu y de cultura. Entre ellos figuraban don Domingo Faustino Sarmiento, Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López, Juan B. Alberdi, Piñero, Rodríguez Peña y Bartolomé Mitre. Venían huyendo de la tiranía de Rosas, los unos; de caudillejos de provincia, los otros, en busca de atmósfera más amplia de libertad, para expresar sus ideas libremente.

Comprendían, todos ellos, la necesidad de fundar la república sobre amplia base de cultura moderna. Por otra parte, los espíritus sentían necesidad de patria americana común, fuente de verdadera ciudadanía americana creada en los corazones por la lucha común de independencia.

Para esto, juzgaban indispensable desarraigar prejuicios y costumbres españolas y coloniales, falsos conceptos económicos, y fanatismos religiosos.

Entre esos jóvenes figuraba como uno de los más preclaros, don Domingo Faustino Sarmiento que debía ser Presidente de la República Argentina y fundador de su futuro sistema educacional, así como fuera en Chile uno de los que más trabajaron por el progreso de nuestra enseñanza primaria y por nuestro desarrollo literario. Junto con él, aparecía en Chile la figura, también genial, de don Bartolomé Mitre.

Faustino Sarmiento y Bartolomé Mitre

Sarmiento era hijo de sus propias obras. Se había educado a sí mismo leyendo en sus horas libres tras del mesón del tenducho en que trabajaba durante el día. Era personalidad extraordinaria, espíritu vigoroso, forjado para la lucha como poderoso gladiador intelectual. Su espíritu era acerado y sarcástico, su voluntad poderosa, su alma sana, su inteligencia amplia y de vastísimos horizontes intelectuales. Veía lejos en el porvenir de nuestra raza en América.

Comprendía que la República sólo podría ser realidad mediante el esfuerzo necesario para destruir viejas preocupaciones heredadas de España y mantenidas en el fondo mismo de la raza. Quería libertades públicas, y junto con ellas, libertad en el arte. La forma, para él, era cosa baladí que no debía preocupar a los espíritus americanos: lo principal era tener ideas, era pensar, era hacer la conquista del mundo espiritual para aprender a observar el ambiente americano y proponer medios de seguir adelante en el camino del progreso y de las libertades públicas. Sarmiento, al igual que sus amigos argentinos, nos repetía a cada instante —y no sin razón— que no teníamos literatura y que no seríamos capaces de poseerla, mientras no reformáramos nuestro concepto del arte y de las letras. Necesitábamos romper con el clasicismo, eximirnos de latinos y clásicos castellanos y abandonar la escuela purista que entre nosotros predominaba, esa obra de don Andrés Bello.

No dejaron de despertar recelos tales ideas, entre los hombres del Gobierno, entre los vencedores *pelucones*, partidarios, en todo, de la escuela conservadora, con sus aspiraciones e ideales.

Hizo Sarmiento dilatada y enérgica campaña de opinión en contra de las reglas del sistema clásico, en todos los terrenos, así políticos como literarios: era una prolongación, en América, de la lucha iniciada en Francia por Víctor Hugo en pro del romanticismo. Hablando de la inutilidad de seguir "los eternos y admirables modelos", exclamaba: "—¿A qué atribuir la esterilidad de nuestra producción literaria? ¿Al clima que hiela las almas? ¿A la atmósfera que embota la imaginación? No es eso... *son los admirables modelos*, el temor de infringir las reglas, lo que tiene agarrotada la imaginación de los chilenos, lo que hace desperdiciar sus bellas cualidades y alientos generosos. No hay espontaneidad, hay una cárcel guardada a la puerta por el inflexible culteranismo que da, sin piedad, de culatazos al infeliz que se le presenta en esta forma; pero cambiad de estudios, y en lugar de ocuparos de la forma, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de la frase, de lo que dijo Fray Luis de Granada o Cervantes, adquirid ideas, de dondequiera que vengan, nutrid vuestro espíritu con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminaires de la época, y cuando sintáis que vuestro pensamiento, a su vez, se despierta, echad miradas observadoras sobre vuestra patria,

sobre el pueblo, sobre sus costumbres, las instituciones, las necesidades actuales y en seguida escribid con amor, con corazón, lo que se os alcance, lo que se os antoje, y eso será bueno en el fondo aun cuando su forma sea incorrecta, agrada- rá al lector aunque rabie Garcilaso . . .”

La corriente iniciada por los argentinos cobró pronto vigoroso vuelo, y a su contacto, no siempre blando, desplegó sus alas nuestra literatura joven. Fundáronse dos revistas literarias: *El Museo de América* de García del Río, escritor colombiano y la *Revista de Valparaíso*, redactada por Sarmiento, Alberdi, Mitre y demás argentinos. Más tarde apareció el *Semanario*, revista de la cual debían manifestarse brillantemente las plumas de Irisarri, Sanfuentes y el célebre satírico Vallejos o *Jotabeche*, y tantos otros.

Con motivo del romanticismo, atacado por Vallejos, Sanfuentes y otros clásicos, tuvo lugar una polémica en la cual Sarmiento y los argentinos abrieron paso a sus tendencias literarias de libertad en el arte, combatiendo, sin tregua, en contra del clasicismo que aplastaba la inteligencia del país. La corriente liberal joven les acompañaba enérgicamente. De aquí nacieron los rumbos de las letras chilenas, la atmósfera que hoy en día todavía fecunda nuestro arte nacional y la que debía predominar cuando Rubén Darío llegara a Chile.

*Panorama li-
terario chi-
leno*

El ambiente literario de Chile había sufrido trascendental transformación antes de que Darío pisara nuestras playas. La nueva escuela iniciada por Sarmiento y continuada por Lastarria cuarenta años atrás, al salir de la crisálida colonial, se había transformado, ampliándose y depurándose. Abandonaba moldes clásicos españoles y su sendero purista, tomando de modelo a los escritores franceses, quería mayor precisión en el estilo, más sencillez y naturalidad, huía de la afectada imitación clásica, de su amaneramiento. Evitaba la tiesura académica, el anquilosamiento, como le llamaba Rubén Darío. Declaraba que los clásicos no sólo pertenecían al pasado sino que debía aceptarse como clásico a los escritores del día, en especial a los franceses, que anhelaban, ante todo, nuevas formas de arte y corrientes innovadoras de pensamiento. En suma, habrían de plasmarse en el estilo, formas modernas, sencillez, naturalidad, armonía, claridad, precisión. Los escritores españoles nos parecían amanerados, oscuros, engolados como viejos retratos de Pantoja, de pensamiento atrasado y fondo vetusto. Queríamos algo que nos procurara el destello de gracia y de elegancia incomparable de los escritores franceses, transparentes, sencillos y nuevos como Verlaine, Mallarmé, Hugo, Flaubert, Zola, Maupassant, Merimée.

Nuestras ideas y planes literarios se parecían, no poco, a los que habría de diseñar más tarde, en España, la llamada generación del 98, con Azorín a la cabeza. El nuevo concepto de arte y de prosa, había triunfado en Chile por el año 70, con la generación de Justo y Domingo Arteaga Alemparte, Isidoro Errázuriz, Augusto Orrego Luco, Rafael Egaña, Fanor Velasco y Eduardo de la Barra. Nuestra joven literatura poseía caracteres propios, distintos de los de herencia española. Si bien en la literatura chilena se mantenía una escuela clásica, de representantes vigorosos y notables como Zorobabel Rodríguez y Rómulo Mandiola, Enrique Nercasseau y Morán, eran como retoños caducos de la vieja literatura colonial ya moribunda, débiles lazos del pasado muerto.

Tal era el panorama literario chileno cuando arribó a Chile Rubén Darío, allá por el año 1887.

Recuerdo que Rubén Darío tenía aspecto adusto y taciturno, su mirada parecía perderse *hacia adentro*, contemplando su mundo interior, en vez de explorar el mundo que le rodeaba. De cuerpo delgado, el color cobrizo, nariz ancha, labios gruesos, nada tenía de apolíneo, pero sí mucho de original y de interesante: era

todo menos vulgar. Su conjunto era simpático y atrayente, con oscuridades de misterio y poder de sugestión que acaso hiciera recordar a los fakires de la India, la indiscutible sugestión del genio, que aún no se había revelado, pero que pronto habría de transformar la poesía castellana y los moldes literarios de América. Hablaba poco, era tímido y orgulloso. Se conocía, estaba cierto de su fuerza íntima y de la hondura de su pensamiento, pero no era hombre de charla ni de salón y se encontraba, de pronto, en compañía de los más chispeantes "causeurs" que hubiera tenido Chile, don Carlos Luis Hübner, Alberto Blest, Carlos Gregorio Ossa, Vicente Grez. Todos ellos se distinguían como admirables y finos charladores, sin contar a uno de los más brillantes ingenios que haya tenido este país: Alfredo Yrarrázaval, poeta satírico de gracia chispeante que hacía recordar a Quevedo. En medio de grupo tan selecto, enmudecía el poeta centroamericano, entre receloso y tímido. Todos le acogimos con los brazos abiertos. Allí le visitaron en el periódico "La Epoca", los jóvenes que se iniciaban por aquel entonces en tareas literarias. Era juventud desinteresada y generosa. Aún recuerdo el entusiasmo con que me hablara de Rubén Darío, al leer sus primeras poesías, Alfredo Yrarrázaval. Recitaba sus versos de memoria. "Es todo un poeta" me decía, "un gran poeta". Voltaire, en uno de sus encantadores cuentos, refería una cena entre literatos en París, hablaba de sus envidias, de sus odios, de su egoísmo: "Se miraban con recelo, ponían cara larga cuando alguno acertaba con un chiste; hablaban mal de todos los del oficio y sólo alababan dos especies de personas: a los muertos y a sí mismos..." Entre nosotros pasaba lo contrario. Todos se hacían lenguas al nombrar a Darío, admirándole de corazón.

Rubén Darío hizo más tarde recuerdos cariñosos de nosotros en su *Autobiografía*. Le cedemos la palabra:

"Por recomendación de un distinguido caballero, entré inmediatamente en la redacción de "La Epoca", que dirigía el señor Eduardo Mac Clure, y desde ese momento me incorporé a la joven intelectualidad de Santiago. Se puede decir que la *élite* juvenil santiaguina se reunía en aquella redacción, por donde pasaban graves directivos personajes. Allí conocí a don Pedro Montt, a don Agustín Edwards Ross, a don Augusto Orrego Luco, al doctor Puga Borne, actual Ministro de Chile en Francia, y a tantos otros que pertenecían a la alta política de entonces.

"La falange nueva la componía un grupo de muchachos brillantes que han tenido figuración y algunos la tienen, no solamente en las letras, sino también en puestos de Gobierno. Eran habituales a nuestras reuniones Luis Orrego Luco, Pedro Balmaceda, hijo del Presidente Balmaceda, Manuel Rodríguez Mendoza, Jorge Huneeus Gana, Alfredo y Galo Yrarrázaval, Narciso Tondreau, el pobre Alberto Blest, ido tan temprano, Carlos Luis Hübner y otros que animaban nuestros entusiasmos con la autoridad que ya tenían. Por ejemplo, el sutil ingenio de Vicente Grez.

"Luis Orrego Luco hacía presentir ya el escritor de emoción y de imaginación que debía triunfar con el tiempo en la novela. Manuel Rodríguez Mendoza era entendedor de artísticas disciplinas y escritor político muy apreciado. A él dediqué mi colección de poesías *Abrojos*. Jorge Huneeus se apasionaba por lo clásico. Galo Yrarrázaval murió, no hace mucho, de diplomático. Alfredo, que por aquel tiempo tenía el cetro de la poesía alegre y festiva, es ahora Ministro en el Japón. Tondreau hacía versos gallardos y traducía a Horacio. Todos los demás han desaparecido, muy recientemente el cordial y perspicaz Hübner.

"La impresión que guardo de Santiago en aquel tiempo podría reducirse a lo siguiente: vivir de arenque y cerveza en una casa alemana para poder vestir y alternar elegantemente como correspondía a mis amistades aristocráticas. Terror

Autobiografía de Darío, recuerda a Chile

del cólera que se presentó en la capital. Tardes maravillosas en el cerro Santa Lucía. Crepúsculos inolvidables en el Parque Cousiño. Horas nocturnas con Alfredo Yrarrázaval, con Luis Orrego Luco, o en el silencio del Palacio de La Moneda, en compañía de Pedrito Balmaceda y del joven conde Fabio Saminiatelli, hijo del Ministro de Italia.

"Debo contar que, en una tarde, en un lunch, que ahí llaman hacer *onces*, conocí al Presidente Balmaceda. Después debía tratarle más detenidamente en Viña del Mar. Fui invitado a almorzar por él. Me colocó a su derecha, lo cual, para aquel hombre lleno de justo orgullo, era la suprema distinción. Era un almuerzo familiar. Asistía el canónigo doctor Fontecilla, que fue más tarde Obispo de La Serena y el General Orozimbo Barboza, a la sazón Ministro de Guerra.

"Era Balmaceda, a mi entender, el tipo del romántico político, y selló con su fin su historia. Era alto, garboso, de ojos vivaces, cabellera espesa, gesto oriental, palabra insinuante, al mismo tiempo autoritaria y meliflua. Había nacido para príncipe y para actor. Fue el rey de un instante de su patria y concluyó como un héroe de Shakespeare. ¿Qué más recuerdos de Santiago que me sean intelectualmente simpáticos? La capa de don Diego Barros, la tradicional figura de los Amunátegui.

"Y ahora quiero evocar al triste, malogrado y prodigioso Pedro Balmaceda. No ha tenido Chile poeta más poeta que él. A nadie podría aplicarse mejor el adjetivo de Shakespeare: "dulce príncipe". Tenía una cabeza apolínea sobre un cuerpo deforme. Su palabra era insinuante, áurea, conquistadora. Se veía también en él la nobleza que le venía por linaje. Se diría que su juventud estaba llena de experiencia. Para sus pocos años tenía una sapiente erudición. Poseía idiomas. Sin haber ido a Europa, sabía detalles de bibliotecas y museos. ¿Quién escribía en aquel tiempo sobre arte sino él? ¿Y quién daba en aquel instante una vibración de novedad de estilo sino él?"

Para comprender la génesis de la obra de Darío y de como fue penetrando en su cerebro la idea de la reforma de la poesía castellana, desde aquel medio incipiente chileno en el cual se anudaban entonces los principios básicos de arte, en forma desconocida aún en España, es interesante oírle cuando analizaba la obra de Narciso Tondreau, poeta de los nuestros, inspirado en nuestro medio que podría denominarse "la Musa joven", de aquel Tondreau que había conocido en nuestras reuniones literarias.

"La originalidad de Tondreau, dice Rubén Darío en su prólogo al libro *Asonantes*, de aquel poeta, consiste en la novedad de la imagen, en el dominio del adjetivo, en la pasión plástica y eufónica, en la aplicación del colorido y en la libre y familiar manifestación de la idea, aristocratizando todos los vocablos.

"Luego aplica al verso castellano ciertos refinamientos del verso francés. Hay en este idioma ciertas exquisiteces y secretos artísticos que introducidos en el español, lengua armónica y rítmica, por excelencia, forman una novedad bella, un conjunto de incrustaciones, de giros, de arabescos preciosos. Aquí lo exótico no salta a la vista; ambas lenguas tienen un mismo origen, y florecen en un solo tronco. Sin ser decadente, en algunas de sus creaciones, sin llegar a las orquestaciones poéticas, se acerca algo a esa nueva y brillante escuela que un escritor de París ha llamado propiamente la escuela del cerebralismo. Busca la idea rara, la comparación bizarra y escoge las joyas de la lengua, las más rítmicas frases que se vocalizan en el recinto de la musa, y hace de sus estrofas cuadros, bajorrelieves y sobre todo pone el sagrado temblor de la armonía".

En semejante concepto de la lírica, tal como entreveía entre nosotros, se encuentra

concentrada lo que habría de ser el triunfo de la poesía dariana, y la influencia posterior de poesía de Darío en España y América.

De lo dicho se infiere la impresión profunda que causara, tanto en su vida como en sus tendencias de artista, la atmósfera intelectual en que viviera entre nosotros. Voy a insistir en el salón de Pedrito, editor de su primer libro *Abrojos*.

Estaba situado este salón en el Palacio de La Moneda en el ala derecha. Era una pieza espaciosa dividida por un cortinaje en dos, y separándola de la alcoba. Había revestido las paredes de tapiz rojo y de colgaduras y abanicos japoneses —puestos en boga por los Goncourt— porcelanas de Sevres, cuadros de Valenzuela Puelma, de Pedro Lira y de Alberto Orrego, donados por los amigos. Era una habitación elegante y original. En el rincón se alzaba el piano parado, algo antiguo, en el cual tocaba delicadas melodías de Schumann, Alberto Blest y nuestro amigo Jorge Huneeus solía improvisar de manera desafortunada y extraña, sin dar pie con bola en materia de música, mientras nosotros charlábamos de arte. Allí, en ese salón, o en el viejo aposento del Ministerio en donde yo trabajaba de archivero, leíamos a los Goncourt, a Barbey D'Aureville, poesías de Verlaine o de Mallarmé, de Ranville y Sully Prudhomme. Darío ignoraba por completo la poesía francesa que le dimos a conocer. Le dimos a leer todos los escritores franceses modernos, le imbuimos de nuestra estética, esencialmente modernista, pues éramos revolucionarios en arte. Gracias a nosotros comprendió los nuevos moldes y ensayó sus reformas de la métrica corriente. Superó inmensamente a los viejos poetas chilenos que nosotros pisoteábamos con desenfado, y a los grandes poetas españoles que el vulgo admiraba, como Zorrilla, Núñez de Arce, Arolas, Gustavo Adolfo Becquer. En reemplazo de estos dioses caídos, con nosotros conoció a Dante Gabriel Rosseti, Swinburn, Verlaine, Poe, Oscar Wilde. Adoró a Verlaine y de entonces data el nuevo rumbo dado a la poesía castellana por el genio de Rubén Darío. Y superó inmensamente a todos nuestros poetas, así a los antiguos como a los jóvenes, que le contemplaron con admiración y sin envidia.

El crítico Andrés González Blanco expresa que con el *Azul* se inicia la revolución en el arte de la métrica española. Este libro fue publicado en Chile, allá por el año de 1887. Cuando Darío estuvo por primera vez en España todos nosotros sabíamos de memoria sus hermosas poesías de "Invernal", "Anturantal", etc. Tengo en mi poder algunos de los manuscritos de las poesías del *Azul* y recuerdo que una tarde, que fue a visitarme al Archivo, le entregué unas poesías francesas que transportó maravillosamente fundiéndolas en propias, entre otras "El pensamiento de Otoño" que aparece en ese libro.

El propio Darío, hablando de su segundo viaje a España, dice: "Y sobre todo, gracias sean dadas a Dios, esparciendo entre la juventud los principios de libertad intelectual y de personalidad artística que habían sido la base de nuestra vida nueva en el pensamiento y en el arte de escribir hispanoamericano, y que causaron allá espanto y enojo entre los intransigentes".

Me parece contemplar la figura inmóvil de Rubén Darío, mientras Tondreau recitaba el "César Borracho". La luna filtraba su luz al través de los altos ventanales de hierro de los enrejados, mezcla de palacio y cárcel. Darío se echaba atrás en el sillón oriental, silencioso, mientras contemplaba el humo azulado de los pebeteros de plata. Diríase que se abrían las puertas de la poesía que el poeta habría de divulgar, en breve, en España, como innovador castellano.

Estábamos en plena bohemia. Al llegar a Chile nuestro amigo Darío vestía traje tan inverosímil que la gente se detenía a contemplar su pantalón a cuadros plomos y su chaqueta café. El poeta se figuraba ingenuamente que era el home-

naje de admiración a sus primeros artículos. Creía, con la fe del carbonero, en la bohemia de Murger, en Mimi y en Rodolfo, el de la fastuosa melena. Halló, con sorpresa, en Chile, que los intelectuales jóvenes tenían horror a la melena, llevaban frac y corbata blanca, andaban elegantísimos, fumaban "Águilas Imperiales", derrochaban el dinero junto con el ingenio y contemplaban la vida sonriendo. De la bohemia de Murger sólo teníamos dos cosas: el amor y los veinte años.

La primera diligencia de Alfredo Yrarrázaval, cuando le presentaron al gran poeta que tanto admiraba, fue ponerlo en relaciones con su sastre, e instándole para que le dejara presentable. Ya no existía la bohemia de corte antiguo. Recuerdo que una noche, comiendo en el Parque Cousiño, nuestro amigo Darío descubrió, emocionado, al poeta Prendes, que usaba melena —la única en Chile— y fue a él para darle en la frente el ósculo de paz, la *acolade* de los generales franceses. Pedro Balmaceda le costeó la publicación de sus primeros versos de *Abrojos* y Eduardo Poirier le demostró admirable y afectuoso cariño, procurándole albergue, comida y dinero en sus horas amargas, cuando don Eduardo Mac Clure le suprimió su sueldo de "La Epoca", por economía, aun cuando seguía consignándolo en los libros de Caja.

Por aquel tiempo también le ayudó mucho Manuel Rodríguez Mendoza, nuestro compañero de la prensa. Asistía a las reuniones literarias de Rodríguez, en donde se encontraba el poeta con Julio Bañados Espinoza, lleno de entusiasmo y de fuego, orador y escritor que pronto fue Ministro de Balmaceda y le acompañó en la hora de su caída; con Alcibiades Roldán y Domingo Amunátegui Solar, ambos intelectuales de categoría, Vicente Grez de chispeante ingenio y Samuel Ossa Borne.

Alguna vez lo invitó a comer al Club de la Unión el inolvidable Carlos Toribio Robinet, otra de las personas que más sirvieron a Darío en Chile. Era Robinet intelectual y hombre de mundo, elegante y simpático, poeta y escritor en sus horas perdidas, de espíritu cáustico y fino, temido en las Cámaras y en la política; solía escribir crónicas mundanas en los periódicos y había sido amigo íntimo del poeta español Augusto Ferrán, de quien dejó una semblanza llena de colorido.

Nombrado *Pesador de Aduana*, para darle pan, el poeta emigró a Valparaíso, en donde llevó vida apagada, sumido en la bohemia triste del puerto. Allí encontró la amistad del poeta don Eduardo de la Barra, brillantísimo periodista, polemista y escritor, quien, a pesar de su culto por lo clásico, supo comprender a Darío y trató de libertarle de sus nuevos amigos de bohemia cruda, periodistas sin periódico y trasnochadores vulgares que no estaban a la altura de su gran talento. Por aquel tiempo conoció Darío a Galleguillos, doctor en Medicina, sin diploma y curandero de pobres entre los cuales ejercía noble apostolado como verdadero evangelista. Rubén ha descrito en sus *Memorias* algunas de las correrías que juntos hicieron por los cerros del puerto, metidos en antros peligrosos de bandoleros y personajes temibles del hampa, a la cual le condujo alguna vez Galleguillos para enseñarle algunos aspectos de la vida que los escritores generalmente ignoran y de los cuales los estadistas no tienen la menor idea: aquellos de la miseria humana.

Refiere, Rubén Darío, en sus *Memorias* un incidente curioso: "Una ocasión me dijo el doctor Galleguillos: ¿Quiere Ud. acompañarme a una visita que tengo que hacer por los cerros? Los cerros de Valparaíso tenían fama de peligrosos en horas nocturnas, mas yendo con el doctor Galleguillos me creía salvo de cualquier ataque y acepté su invitación. Tomó su pequeño botiquín y partimos. La noche era oscura y cuando estuvimos a la entrada de la estribación de la serranía,

el comienzo era bastante difícil, lleno de barrancos y hondonadas. Llegaba a nuestros oídos, de cuando en cuando, algún tiro más o menos lejano. Al entrar a cierto punto, un farolito surgió detrás de unas piedras. El doctor silbó de un modo especial, y el hombre que llevaba el farolito se adelantó a nosotros. —¿Están los muchachos?, preguntó Galleguillos. —Sí, señor, contestó el rotito. Y sirviéndonos de guía comenzó a caminar y nosotros tras él. Anduvimos largo rato hasta llegar a una especie de choza o casa en donde entramos. Al llegar hubo una especie de murmullo entre un grupo de hombres que causaron en mí vivas inquietudes. Todos ellos tenían traza de facinerosos y en efecto lo eran. Más o menos asesinos, más o menos ladrones, pues pertenecían a la mala vida. Al verme me miraron con hostiles ojos, pero el doctor les dijo algunas palabras y ello calmó la agitación de aquella gente desconfiada. Había una especie de cantina o de boliche, en que se amontonaban unas cuantas botellas de diferentes licores. Estaban bebiendo según la costumbre popular un "ponche" matador, en un vaso enorme que se denomina potrillo y que pasaba de mano en mano y de boca en boca. Uno de los mal entrazados me invitó a beber, yo rehusé con asco instintivo, y se produjo un movimiento de protesta furiosa entre los asistentes.

—Beba pronto, me dijo por lo bajo el doctor Galleguillos, y déjese de historias.

"Yo comprendí lo peligroso de la situación y me apresuré a probar aquel licor infernal. Con esto satisfacé a los rotos. Luego llamaron al doctor y pasamos a un cuarto interior. En una cama y rodeado de mujeres se encontraba un hombre herido. El doctor habló con él, le examinó y le dejó unas cuantas medicinas de su botiquín. Luego salimos, acompañados entonces de otros rotos que insistieron en custodiarnos porque, según decían, había sus peligros esa noche. Así, entre las tinieblas, apenas alumbrados por un farolito, entramos de nuevo a la ciudad".

Luego pasaron a otra casa en el camino, a manera de restaurant. Allí había personajes de cataduras peligrosas. Cruzaron por un patio húmedo.

"Aquí hay enterrados muchos, me dijo el doctor a media voz".

Al día siguiente conocía a un grande escritor chileno, a don Victorino Lastarria, que le daba cartas de recomendación al general Mitre, lo que le dio entrada a "La Nación" de Buenos Aires, en donde debía escribir artículos brillantes que le hicieron famoso. Los amigos reunieron dinero para costearle el pasaje de regreso. Uno de ellos, me contaba que pocos días después, el poeta, bohemio incorregible, le pedía dinero prestado, que le facilitó con gusto, pues según decía, había gastado todo el de su pasaje a Costa Rica. Cual no sería mi sorpresa, me contaba, cuando al entrar esa noche a la cantina del Teatro, me vi llamado por Darío para invitarme a beber una copa de champaña.

Darío en
Buenos Aires

Luego tomaba el vapor surcando nuevamente el Pacífico. En Chile, Rubén Darío había llevado una vida estrecha y difícil, pero alcanzó aquí sus primeros grandes triunfos, vio agrandados sus horizontes literarios, y divisó esos primeros albores de gloria que según la frase de Pascal, son tan dulces como los primeros rayos del sol naciente.

Aún me parece ver a Darío, silencioso, retraído, con los ojos vagos, como si viviera en región de ensueños, en compañía de la Reina Mab que cantara en sus versos admirables. Hacía versos al margen de un periódico, en mesas de café, cogiendo al vuelo la idea o la anécdota que brotaba de la charla de los ingenios que le rodeaban. Darío no servía para la vida práctica, ni en forma que exigiera existencia regular y metódica. De "La Epoca" pasó a la Aduana de Valparaíso; allí se enfermó. Su naturaleza no resistía el peso rudo del trabajo a que se encuentran sometidos los que se ocupan en Chile de bellas letras. Vivía a salto de mata, unas veces en casa de Poirier, con quien escribió la novela *Emelina*; otras,

en la de Galleguillos, en cuya compañía se hizo demócrata con ribetes socialistas. En Santiago, los amigos sin fortuna le invitaban y le daban dinero que recibía con indiferencia y gastaba en segundos; en cambio, los extraños recibían sus artículos sin pagarlos. La explotación del talento ajeno ha sido siempre recurso provechoso.

Los espíritus cultos, en cambio, abrían los brazos a Darío; Eduardo de la Barra le proclamaba gran poeta, antes que lo hiciera don Juan Valera en España. Se le discernía el premio del Certamen Varela por su "Canto a las Glorias de Chile". Don José Victorino Lastarria firmaba un informe en que se le ponía por las nubes. En sus últimos tiempos de vida entre nosotros, arrastraba su existencia en cafetines de barrios apartados, en compañía de personajes raros. De tarde en tarde, alguna estrofa revelaba que aún vivía. No frecuentó la sociedad y andaba desastrado y a mal traer. Un buen día llegó la noticia en que don Juan Valera, príncipe de los ingenios españoles, le proclamaba gran poeta. Ya había conocido los primeros aplausos, el cariño abnegado de unos cuantos y también la miseria... Cruzaba la vida magníficamente, como soñador que no contaba el dinero y vivía de incienso como un Buda.

Continúa Darío sus peregrinaciones

Un día la golondrina tendió el vuelo, en busca de climas tibios y de nuevos cielos. Darío partió, volvió a su tierra, estuvo en Buenos Aires y continuó sus peregrinaciones y sus luchas.

Pasé largos años sin verle y hasta creo que anduvo algo enojado conmigo por unos artículos mal interpretados, pues siempre le admiré y le quise. Pero se le quemaba demasiado incienso y tuve la mala ocurrencia de recordarle que era hombre.

Volvimos a encontrarnos algunos años más tarde en España en donde fui Cónsul General y Encargado de Negocios. Darío representaba a Nicaragua, nos dimos un abrazo estrecho. Era otro hombre ya.

Al día siguiente, fuimos a almorzar, junto con Rubén Darío, representante diplomático de Nicaragua, Francisco A. de Icaza, Secretario de la Legación de Méjico y poeta y crítico de nota, Aramburu, Secretario del Perú y hermano del gran periodista del mismo nombre y el futuro Duque de Almodovar, hijo del Diplomático tan conocido en Chile y que debía ser más tarde Ministro de la Monarquía de Alfonso XIII, retando a duelo al Dictador Primo de Rivera. Estábamos en el Restaurant de Lhardy, el mejor de la coronada villa. Nuestra comida fue tan alegre como opípara y corrió abundantemente el champaña. Se discutieron cosas de letras, recitándose versos. Los de Darío, no eran aún apreciados en su altísimo valer, pues Icaza, al recitar algunas de sus poesías de corte clásico, recibió aplausos de las mesas vecinas, que habían escuchado los del gran Darío sin parar mientes. Tanto agradaron a nuestros amigos que uno de ellos —un capitán de bizarro uniforme de Húsares de la Princesa— se acercó a saludar al de Méjico. Era el Capitán Juan Prim, hijo del famoso "Prim, Libertad" asesinado en la calle del Turco en tiempo del Rey Amadeo, mozo apuesto y bizarro, de mediana estatura y figura simpática. Venía acompañado del Conde de San Antonio, casado con la hija de la Duquesa de Latorre, de quien se había separado después de un proceso ruidosísimo. Durante la charla, manifesté mi admiración por don Marcelino Menéndez y Pelayo y mi deseo de conocerle. Quedamos de visitarle en compañía de Icaza y Rubén Darío, que ya era íntimo amigo suyo.

En efecto, a las diez de la mañana siguiente, previo anuncio, fuimos a verle. Habitaba en un hotelillo de mala muerte denominado de "Las Cuatro Naciones". Subimos por la calle de Alcalá hasta la Puerta del Sol, a esa hora cruzada de innumerable público, en que se codean chulos, mozos de café, personajes ilus-

tres de la política y de las letras, cómicos, damas elegantes, títulos de Castillo, mozos de cordel, vendedores de periódicos, toreros, grandes personajes y gente humilde. Las puertas de los cafés se abren y se cierran entre rumores de clamoreo humano, con algo de comedia improvisada y zumbido de colmena. El hotel en que vivía Menéndez y Pelayo era de cuarto orden, de entrada modestísima, sórdida, oscura, mezquina. Tras de recorrer unos corredores sombríos como socavones de mina, llegamos a las habitaciones del gran crítico y polígrafo. Bien distinto era, por cierto, de las casas lujosas, llenas de bibelots y de cuadros y objetos de arte de los escritores franceses ya célebres, y casi todos inferiores al gran escritor español. Habitaba unos cuantos aposentos de murallas empapeladas con papel barato; la mesa de escribir era ordinaria, el sofá desvencijado. De semejante marco monacal se desprendía la fisonomía plácida, modesta y alegre de Menéndez con desenfado cariñoso. Estaba anunciada ya nuestra visita y esperaba con júbilo a esos dos grandes escritores que eran Rubén Darío y Francisco Icaza, destacados entre los escritores madrileños.

Menéndez y Pelayo era de estatura más bien baja que regular, de patilla negra, blanqueada con hilos de plata, tenía ojos negros y hermosos que resaltaban sobre su tez pálida y amarillenta, como apergaminada. Su mirar era suave y denotaba plácida tranquilidad, a la vez que manera ascética de contemplar la vida —en lo cual nos engañábamos del todo. Estaba su habitación enteramente tapizada de libros. Los había por todos lados, llenaban varias mesas, varios estantes, se alzaban como montañas o pirámides sobre el suelo, en los rincones, por el camino, que era casi intransitable. Había que saltar sobre ellos. Ya en mi libro *Pandereta*, he recordado en todos sus detalles aquella mi primera visita al grande escritor, y la impresión que tuve entonces es la misma que se ofrece ahora a mis recuerdos y pensamientos. Me parece, por lo tanto, excusado insistir en ella. Advertí que comprendía bien la fuerza de renovación artística de Rubén Darío, considerándole como el más alto de los valores hispanoamericanos.

A la salida, experimenté nuevamente la impresión producida por el aspecto monacal y adusto de Menéndez, su aparente tranquilidad de espíritu, distante de pasiones y ambiciones humanas.

¿Cree usted?, me interrogó burlescamente Icaza. Pues en ese hombre hay un *doble*, que a primera vista no aparece. Menéndez tiene pasiones, su espíritu es ardiente, sabe querer, sabe entusiasmarse por mujeres *que le hablan por dentro*. Hace pocos años estuvo muy enamorado de la Condesa de G....., hermosísima dama de quien estaba también prendado el actor Rafael Calvo. Cierta vez se encontraron juntos en casa de esa Condesa de G..... El gran actor español se creía con títulos posesorios y no admitía rivales. A la salida, bajaron juntos y al llegar a la calle dijo Calvo a Menéndez, en tono perentorio: "Suba . . . , le conduciré a su casa . . ." —"Gracias, prefiero caminar a pie . . ." "¡Subal!", insistió imperiosamente el actor, abriendo la portezuela de su carruaje particular, regiamente puesto, y le empujó adentro. Cerró la portezuela, y cogiéndole de pronto le administró una de golpes tan feroces que casi le deja por muerto. Le condujo a su casa y le hizo bajar por el lacayo, pues no podía tenerse de pie.

La narración de Icaza no dejó de impresionarnos, aun cuando pusiéramos en duda la autenticidad del caso. Más tarde me tocó hallarlo en actitud de requerir de amor a otra hermosa sevillana, algo entrada en carnes y un poco en años.

Muchas veces tuve ocasión de verme con Rubén Darío, volviendo a nuestra vieja y estrechísima amistad. Constantemente recordaba los años pasados en Chile, país al cual había tributado su hermoso himno a las Glorias Chilenas. Sus recuerdos volvían al pasado con dejo de *saudades* cariñosas para nuestros amigos comunes. Su pobreza

y su vida bohemia de aquellos tiempos volvían a su memoria con la pátina dorada de la juventud que se iba. En las *peñas* de los Cafés nos encontrábamos con periodistas jóvenes y con algunos ya maduros, como Ramón Rodríguez Correa, tipo, según se afirmaba, del Diógenes de la novela *Pequeñeces* del Padre Coloma, algo cinica y eternamente espiritual, con quien había yo simpatizado especialmente por ser ambos algo mancos de la mano derecha. Contábamos que en la batalla de Alcolea se encontraba escondido en compañía de Pedro Antonio de Alarcón, célebre autor de *El Escándalo*. "¿Tienes miedo, Perico? ¿Yo?, ¡qué ocurrencia!... no tengo miedo sino... terror". Rodríguez Correa andaba siempre en círculos de tono y tiraba del bigote a los duques y grandes de España, acompañándose con alguna burla más o menos pesada. También formó parte de nuestra tertulia el periodista Ortega y Munilla, de quien se refería que habiéndose apagado la luz en una sala de Teatro, se puso de pie sobre su butaca, gritando con voz de trueno: "—Discutamos, señores, que de la discusión nace la luz...".

Me tocó ir en la expedición al Puerto de Palos, especialmente invitados por la Reina Cristina, durante las festividades del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América. Ibamos en el *Conde de Venadito*, nave pequeña de guerra, todos los Delegados Americanos, la corte, la Reina y los Ministros, de uniformes, así como los miembros del Cuerpo Diplomático de que formábamos parte. Cánovas del Castillo estaba con el Embajador de Italia, el Ministro de Estados Unidos y el de México, General Riva Palacio, distinguidísimo historiador y escritor. La llegada a Palos fue imponente. El río parecía cinta de plata arrojada entre vastos arenales y en su fondo se divisaban bosques en franja de verdura. A un lado corría el río al pie de alto corte de cerro, en cuya cumbre se divisaba el Convento de la Rábida, que recorrimos lentamente. Hallábase abandonado, las piezas eran bajas y pequeñas, en completo estado de ruina y soledad. Allí durmió Colón la víspera de partir al descubrimiento de un mundo nuevo. Tres buques, "La Santa María", "La Pinta" y "La Niña", maravillosamente reproducidas, tal como fueron, se hallaban ancladas en el río, y sentíamos la ilusión emocionante de retroceder cuatrocientos años al pasado inolvidable.

Tuvimos un almuerzo al aire libre, en una explanada al pie del Convento. Allí estábamos, en grupo, Ricardo Palma —el autor de las Tradiciones—, Rubén Darío, el célebre escritor y Ministro de Costa Rica, don José María de Peralta y el poeta uruguayo Zorrilla de San Martín, que pronunció un brindis magnífico, revelándose grande escritor. El autor de *Tabaré* supo hablar con tan magnífica elocuencia que trajo lágrimas a los ojos de Cánovas del Castillo. La "Santa María", la "Pinta" y la "Niña", resucitadas, escuchaban su discurso allá abajo, fondeadas en el río y todos sentíamos en nuestras almas la emoción de aquellos cuatrocientos años... el descubrimiento, la conquista..., la independencia.

La última vez que tuve ocasión de ver a Rubén Darío, en víspera de su partida, fue en casa de la Condesa de Pardo Bazán que nos había invitado a tomar "una taza de chocolate". En esa casa encontré aquella noche los más eminentes escritores españoles de la época. Núñez de Arce, don Juan Valera, Cánovas del Castillo, don José Echegaray y, también por primera vez, al más grande orador de habla castellana: don Emilio Castelar. Vi a don Federico Balart, crítico y poeta de nota, autor de *Dolores*, doña Soledad Acosta de Samper, viuda del ilustre poeta colombiano, Ricardo Palma, Darío, Emilio Bobadilla, Blanca de los Ríos, Riva Palacio y otros representaban las letras americanas. Había algunos títulos de Castilla de los cuales me acuerdo, entre otros, el Marqués de Valdeiglesias y el Conde de Casa Valencia, cuñado de Cánovas. Fue aquella una noche inolvidable y que ya la he referido en mi libro *Pandereta*.

Aún creo sentir la impresión que me produjo el Orfeón Bilbaíno que daba una serenata en honor de la señora Pardo Bazán y de sus glorias literarias. Una vez anunciado, se abrieron todas las ventanas de la casa situada en la calle Ancha de San Bernardino. Poco a poco, fue apareciendo una procesión de antorchas, con fulgores de incendio. La noche era cerrada y oscura de invierno. El incendio se fue acercando, y una vez al pie de las ventanas, en las cuales tiritábamos de frío, se oyó el coro magnífico, digno de los grandes concertistas alemanes. Escuchamos antiguas y tradicionales canciones vascongadas, himnos en que todas las voces parecían concertarse en estilo wagneriano; algunas voces imitaban el violín, otras la flauta, unas de tenores, de bajos o barítonos las otras. Darío disertaba sobre los poetas romanistas, desconocidos entonces en España; Echegaray hablaba de los trágicos del Norte, suecos y daneses. Y Castelar charlaba en su maravilloso lenguaje, que parecía un largo monólogo, brillantísimo, con bordados de viejas casullas y penachos de pedrería dibujados por orfebres.

Rubén Darío fue recibido en España como Príncipe de las bellas letras americanas. Recuerdo que don Antonio Cánovas del Castillo, a la sazón Presidente del Consejo de Ministros, dio, como de costumbre, una magnífica comida. Poco antes, me había tocado conocer —en casa de la señora Marquesa de la Puente Sotomayor, para quien llevaba carta de presentación del Conde de Vista Florida, sobrino suyo— a su hija la señora de Cánovas del Castillo. La Marquesa, ya muy anciana, le pidió que me atendiera a nombre suyo y fui invitado a su Palacio de la Fuente Castellana, precisamente ese lunes. Cánovas dio a Rubén Darío el asiento de honor, junto a su mujer. Otros grandes personajes, como el Duque de Tamames, ocuparon puesto secundario, junto al Duque del Infantado y otros que no tenían más mérito que su nombre.

El grande estadista estuvo sumamente amable con los americanos. Terminada la comida había gran recepción. Recorrimos en compañía de Cánovas, los magníficos invernaderos de La Huerta, llenos de helechos y plantas tropicales. Poseía una curiosa colección de papagayos de hermoso plumaje, unos blancos, otros amarillos, otros con plumas de todos colores y retozaba con ellos como si fuera niño. —Paco, decía a uno de ellos, blanco y de magnífico plumaje. . . ¿Conoces a estos caballeros? . . . aquí está el poeta Darío que viene de su patria y canta. . . ¿Lo reconoces? . . .

Y el gran Rubén reía como loco, lo más feliz que se puede ser en este mundo. Luego Cánovas nos presentaba a lo más ilustre de las letras, de la política y de la aristocracia española. El gran político, jefe indiscutido entonces de los conservadores españoles, restaurador de la monarquía, parecía decir con el inmenso orgullo que llenaba su alma: "Hay algo que vale más que la alcurnia, los títulos, la vieja nobleza y los millones: son las ideas que se albergan en la cabeza de un hombre de talento". Así era Cánovas. Cuando la Reina quiso hacerlo Duque de Cánovas, no aceptó: "Si fuera Duque, decía a sus íntimos, nadie me reconocería. Mientras tanto, conocen todos, hasta los cesantes, a Cánovas del Castillo."

El Presidente del Consejo de Ministros se divertía arrojando la punta de su pañuelo a los papagayos; un grupo de bellísimas mujeres le rodeaba, entre otras las hermosas chicas Ida Sickles —la más famosa de Madrid—, Silvia Xiquena, hija del Conde de Xiquena, Grande de España y nieta del General Concha, Marqués de La Habana, casado con una señora Luco. También estaban la Duquesa de Santo Mauro y la de Sierra Bullones y en medio de las figuras más interesantes de la alta sociedad española, como el dios Buda de una mesa de figurillas de porcelana de Sajonia o de Sevres, veo la máscara de bronce, altiva y severa de Rubén Darío. Sus versos comenzaban a ser conocidos en España, produciendo revolución literaria. No había conseguido pisar nuestros saloncillos criollos más pretenciosos que los del faubourg

Saint Germain; en cambio le saludaban con respeto las damas en el primero de los salones de Madrid, en el del ilustre Cánovas del Castillo. Junto a la rubia condesita de San Luis, se destacaban las figuras de Ricardo Palma, don Juan Zorrilla de San Martín, Campoamor, el General Martínez Campos y Emilio Castelar. Recuerdo que en esa ocasión me tocó presentarle a la Marquesa de Esquilache, cuya casa visitaba, y que gozaba la merecida fama de ser la mujer más espiritual e ingeniosa de la coronada villa.

Mi amistad con Darío era íntima; junto solíamos cenar donde Fornos, en compañía de Vital Aza, de don Manuel del Palacio, y otros reconocidos valores intelectuales. Ya comenzaba a predicar mi amigo su cruzada del verso libre, de los nuevos metros y de las nuevas formas; eran sus ídolos Verlaine, Moreas y Mallarmé, Swinburn y los prerrafaelistas ingleses, Albairt Samain, Khan, Maurice y tantos otros desconocidos en España. Luego Machado, Marquina, Díaz Canedo y otros se lanzarían por sus huellas. Había renovado los moldes de la poesía castellana.

La sociedad española le abría los brazos; le vi a menudo en casa de la Pardo Bazán, y en la de don Juan Valera, leyendo versos a la encantadora hija del gran crítico y las deliciosas chicas de Saavedra, hijas del Duque de Rivas que le enderezaban bromas ingeniosas, confundiéndole. Juntos volvimos a visitar a Menéndez y Pelayo, entre sus montañas de libros y su escritorio cubierto de manchas de tinta. También volvimos donde Cánovas y cruzamos ese hall cubierto de tapices maravillosos y de lienzos de maestros, con grandes firmas; en los rincones se alzaban espléndidas armaduras de acero de Milán, cinceladas como encajes. Allí encontramos al gran pintor Zorolla —que obtuvo ese año el primer premio de la Exposición de Pinturas— y también al escultor Benlliure. Aún me parece ver al poeta sentado junto a doña Joaquina de Osma, la señora de Cánovas. Había sido el suyo un poema de amor. Cánovas la amaba, pero sus padres, los marqueses de La Puente, se oponían al enlace. Se retiró y no volvió a cruzar ni una sola palabra más con ella —sólo se dirigían miradas silenciosas en los bailes en que se encontraban. Ella permanecía fiel. Los años transcurrieron hasta que Cánovas llegó a ser el Restaurador de la Monarquía de Alfonso XII y su Primer Ministro, era ya una gloria. El Marqués de la Puente le hizo haber que las puertas de su hogar le estaban abiertas. Cánovas contestó, por intermedio de un amigo, que sólo volvería cuando fuera invitado personalmente y rogado por el señor Marqués. Así se hizo y se concertó el matrimonio. Ambos se adoraban. Sus padres le regalaron, como dote, el Palacio de La Huerta, en la Castellana, y vivieron largos años felices.

¿Quién me diría que algunos años más tarde hubiera de contarle yo a Darío, apesadumbrado, la noticia del asesinato de Cánovas en Santa Agueda, a donde había ido en busca de reposo, terminando en esa forma el idilio de su vejez gloriosa, de grande orador, escritor y crítico y político eminente? Habían pasado los años y Rubén Darío escribía crónicas primorosas para "La Nación", de Buenos Aires. En una de ella recordó el hecho y refirió la leyenda final: la señora de Cánovas, desesperada, perdió la razón y vagaba por el Palacio, cerradas sus puertas y ventanas; vagaba vestida de novia, toda de blanco, esperando la vuelta del amado ausente que no podría volver. Y concluye la leyenda con que una noche salió doña Joaquina de su casa, sin que nadie la sintiera. Era cruda noche de invierno, y amaneció helada sobre un banco de mármol en el jardín de su parque, donde vagara tantas veces en compañía de don Antonio. Y la nieve la cubría como el manto armiño que corresponde a las reinas de amor.

Darío la recordaba en una de sus crónicas —y debió recordar, también, aquellas horas que juntos pasamos en La Huerta, en noches de recepción o de baile, en medio de una concurrencia de mujeres hermosas y de grandes hombres.

Nos separamos y ya no volví a verlo. En cambio, de tarde en tarde recibí tarjetas postales tuyas de distintas partes del mundo, y una invitación para colaborar, en una magnífica revista fundada por el escritor argentino Guido en París, a la cual envié varios artículos que fueron publicados.

Rubén Darío pensaba retornar a Chile, pero la muerte vino a impedirlo. Aquí está la última carta que me enviara:

*Muerte de
Rubén
Darío*

"Señor

"Don Luis Orrego Luco,

"Santiago.

"Mi querido Lucho:

"Al través de tanto tiempo y de tanta distancia, hemos guardado un largo silencio. Mi afecto por Chile se ha conservado el mismo después de tan largos días, y han revivido siempre en mí aquellas pasadas horas.

"Han desaparecido viejos amigos, entre los cuales hay aquellos que la gloria chilena debe coronar, bastaría con recordar a nuestro querido Pedro Balmaceda Toro, a Vicente Grez, a Carlos Luis Hübner y los que están aún en la actividad de su talento de los compañeros de entonces, entre los cuales los Huneeus, Alfredo Yrarrázaval y Ud. mi querido Lucho, que ha producido una de las novelas más interesantes de los últimos tiempos, y que si se hubiese traducido a un idioma internacional como el francés, le habría dado mucho renombre y provecho.

"Después de veinticinco años vuelvo a Chile. Bien sabido es que allí publiqué mi libro *Azul*, es decir, el libro de ilusiones y ensueños que había —con el favor de Dios— de conmover a la juventud intelectual de dos continentes.

"Nunca podré olvidar que allí pasé algunas de las más dulces horas de mi vida, y también de las arduas, pues en Chile aprendí a macizar mi carácter y a vivir de mi inteligencia.

"Va esta carta, mi querido Lucho, como un saludo íntimo, pues el saludo nacional está escrito hace tiempo en mi *Canto a las glorias de Chile*.

"Y mi abrazo,

"Rubén Darío".

Ese viaje que Darío proyectaba no pudo realizarse, pues el camino de la Cordillera de los Andes quedó súbitamente interrumpido y tuvo que volverse a Europa sin habernos dado el saludo que acaso hubiera sido el del último adiós. Dos años más tarde, caía gravemente enfermo y volvía a su patria, con el ala herida, para morir en ella. Grandes ovaciones de la juventud centroamericana le esperaban para embellecer con ráfagas de gloria sus últimos momentos.

Las generaciones pasan y se suceden, los siglos siguen en ronda eterna —todo muda y se cambia—, sólo se perpetúa eternamente joven el sentimiento del arte, que, como el amor, es eterno e inmortal, porque significa la renovación de la vida en lo bello. Rubén Darío, artista insigne, vivirá siempre.

Rubén Darío: Canto Epico a las Glorias de Chile

¡OH PATRIA! ¡oh Chile! pues que
[altiva ostentas

Tras de luchas sangrientas
Tus victorias de paz por todas partes;
Puesto que tus baluartes
Brillan inmaculados;
Puesto que tras los choques de la guerra
Tus bravías legiones de soldados
En fecundas tareas productoras
Hieren la negra tierra
Con sus corvos arados;
Pues que tus naves de cortantes proras
Llevan tu nombre a puertos dilatados;
Puesto que bajo el cielo azul, inmenso,
Te brindan como espléndido tesoro
Las fábricas su incienso,
El mar sus aguas y los montes su oro;
Puesto que los cañones
Descansan, y los bravos adalides;
Puesto que escrita está en los corazones
La vasta historia de tus vastas lides;
Puesto que tu bandera
Flamea al sol, y el mundo americano
Ve cual cubre la erguida cordillera
Y el profundo océano;
Da ¡oh Patria! luz y aliento
Para cantar tus glorias inmortales;
Que ha llegado el momento
En que suenen al viento
Los clarines sonoros y triunfales.

Los viejos griegos, cuando audaz vol-
[vía,

Líricamente erguido, sobre el carro
De oro del triunfo el vencedor bizarro,
En heroica alegría,
Al eco de las arpas victoriosas
Ponían en su casco la guirnalda
De laurel, y la palma de esmeralda
Al caballo de guerra
Que iba pisando rosas
Regadas por la tierra.
Si sucumbía en el feroz combate,

En los labios del vate
Estaba la epopeya, y en el sacro
Empuje del cincel el simulacro.
Nosotros los chilenos,
Cual los viejos helenos,
Dimos nuestras guirnaldas y canciones
A aquellos indomables batallones
Que tornaron serenos
De luchar y vencer como leones,
Y de salvar la patria como buenos.
Saludamos a Condell cuando vino
Bello como un dios joven y triunfante,
Ciñéndole el destino
En la frente radiante
Los lauros del guerrero y del marino.

¡Oh, y los rudos y bravos granaderos,
Con sus velocidades
Y sus arrojados fieros;
Mitad centauros y mitad guerreros!
Fueron sus escuadrones tempestades
En medio de los campos forasteros
Con vuelo de huracán. ¡Y qué hora
[aquella,

Cuando en montes peruanos
Dejó la media luna de su huella
El casco de los potros araucanos!
¡Y qué hora la sagrada de aquel día
En que, de las montañas y desiertos
La gran infantería
Volvió, y firmes y altivos
Los que llegaron vivos

Nos trajeron memorias de los muertos!
¿Qué voz chilena no bendice ufana
Las banderas del Buin? ¿Quién no re-
[nombr

A Ramírez, que asombra
En su muerte espartana?
Y todos, los infantes,
Los leales caballeros,
Los audaces marinos,
Los que murieron antes
Que rendirse, los bravos artilleros,

Pechos adamantinos,
 Que cual Riquelme el fuerte,
 A las fijas miradas de la historia
 Penetran en la muerte,
 Saludando con salvas a la gloria.
 ¡Y Prat!... He aquí la cumbre;
 He aquí la sacra lumbre
 Inmortal, la epopeya en el abismo,
 El valor soberano;
 Leyenda de heroísmo
 Sobre el hondo océano,
 Prat resplandece, inspira
 Implacable y soberbio; tuvo el soplo
 Sagrado; a él, pues, entonces
 Los trémulos bordones de la lira,
 Y el himno que el escoplo
 Arranca de los mármoles y bronce.

Arturo era el marino,
 Arturo era el guerrero
 Humilde que el destino
 Tornara digno de la voz de Homero.
 No era el hercúleo y fuerte
 Adalid de alta talla
 Y músculos de acero;
 Antes noble garzón a quien la muerte
 En medio del fragor de la batalla
 Convirtiera en coloso.
 La gloriosa bandera
 Con su estrella de luces soberanas
 Flota sobre el penol; el borrascoso
 Ponto cruza ligera,
 Y el tricolor de Chile va orgulloso
 En la barca de Arturo, mar afuera.

¡Oh, la vieja corbeta
 Con sus velas al sol! Ave rendida
 Que sobre la onda inquieta
 Bajo la luz vibrante y encendida
 Las alas desplegaba al mar bravío.
 Brotaba de ella un soplo de victoria,
 Soplo vasto del viejo poderío
 Y de la antigua gloria;
 Pues del viento al arrullo
 Y al ronco son del trueno,
 Aún sostenía en alto el santo orgullo
 Del pabellón chileno.
 Cuando en Iquique Prat halla la muerte
 El héroe se convierte
 En semidiós; el cielo constelado
 De la chilena gloria, se ilumina

Con luz de sol; el astro tiene su orto
 Y surge immaculado.
 Cuando cayó la encina
 La floresta tembló. Pero cayendo
 El árbol con estruendo,
 Al mundo americano dejó absorto.
 ¡He aquí la suprema
 Inspiración, el tema
 Altísimo, la gloria
 Más grande y pura en la chilena historia!

¡Oh, las antiguas arpas de los troncos
 De las inmensas selvas primitivas,
 Cuerdas sonantes y bordones roncós
 Para músicas altas y expresivas!
 ¡Oh, el relámpago vivo y subitáneo
 Que del hondo infinito se desprende,
 Que el corazón enciende
 Y que ilumina el cráneo!
 ¡Oh, los heroicos ritmos! ¡Oh, la nota
 Y el estremecimiento de la lira!
 ¡Oh, el aliento de Dios que sólo flota
 Sobre aquel escogido a quien inspira!
 ¡Oh, la expresión de las hercúleas razas
 Y las himnicas pompas
 Que con ruido de yelmos y corazas
 Al son brotaron de las áureas trompas!
 Bajo el blanco fulgor del firmamento
 Hoy resuenan al viento
 Los clarines sonoros y triunfales.
 ¡Patria! ¡canta mi acento
 La mayor de tus glorias inmortales!

I

Iquique despertaba. Era la hora
 De los primeros ecos de la tierra
 Y los primeros himnos de la aurora.
 Dos navíos de guerra
 Que llevan arbolada
 La bandera de Chile, al rumoreo
 Del nuevo día, listos en la rada
 Están para el bloqueo.
 Chile se alza, e inicia
 Así las grandes luchas en que noble
 Llevará como enseña la justicia.
 Contra enemigo doble
 Envía sus ardientes escuadrones
 A los campos guerreros;
 Y desplegando al viento sus pendones,
 Aprestan sus cañones

Y se lanzan al mar sus marineros.
 Esas dos naves que al nacer el día,
 De Iquique en la bahía,
 Dora el reflejo pálido
 De un sol de rayos tenues y dudosos,
 Son aquella *Esmeralda*,
 Vieja como un inválido
 De los tiempos gloriosos,
 Y *Covadonga*, débil y pequeña,
 Más viva y zahareña.
 Esas dos naves solas
 Rigen dos capitanes
 Hechos a oír bajo sus pies las olas
 Y sobre sus cabezas huracanes.
 ¡Prat! ¡Condell! ¡Qué guerreros
 Para cantos de *Ilíadas*
 Y estrofas de futuros romancesos!
 Mas ¿por qué con mirada escrutadora
 Y contemplando el horizonte, alerta
 Están sobre cubierta
 Los marinos? Al brillo de la aurora
 Vense llegar terribles
 Dos naves del Perú. *Huáscar*, primero,
 El fuerte monitor, e *Independencia*;
 Ambos irresistibles,
 Con la enorme potencia
 De su espolón de acero;
 Ambos colosos más que paladines,
 Ambos de férreos, poderosos cascos,
 Raudos como delfines,
 Duros como peñascos.

En tanto que los buques que ostentan
 [taban

La bandera chilena
 Sus armas aprestaban,
 El *Huáscar* llega altivo. No resuena
 Aún la voz de sus cañones ruda.
 Grau, del veloz navío
 Capitán, deja muda
 La tempestad del bronce. Poner miedo
 En los débiles piensa. ¡Miedo a aquellos
 Ciclópeos paladines,
 Transfigurados, bellos
 Al clamoroso son de sus clarines!
 Por fin el *Huáscar* lanza
 Su primer cañonazo
 A la vieja corbeta.
 Mientras Prat, que ilumina
 Con patriótico fuego y esperanza
 A Condell, alma audaz, mente de atleta,

Sobre la ola marina,
 "Seguid mis aguas", a decirle alcanza
 Con el eco el inmortal de su bocina.

Antes de comenzar la gran pelea
 Arturo habló a los suyos. De tal guisa
 Su faz era la faz de un dios homérico.
 Su voz creció sonora y gigantea.
 Sus cabellos tocados por la brisa
 Hacían de su espléndida cabeza
 Una cabeza heroica de inspirado.
 Las cornetas marinas han sonado,
 Arturo a hablar empieza:
 "¡Muchachos! Desigual es la contienda,
 Más nuestro pabellón nunca se ha arria-
 [do

Delante el enemigo.
 Yo la esperanza abrigo
 De que hoy no sea la ocasión de hacerlo.
 Mientras yo viva, os juro, esa bandera
 Flameará en su lugar; y si yo muero,
 Sabrán mis oficiales,
 Cumplir con su deber". Brotó a raudales
 En los pechos ardor. ¿Qué labio calla
 Si se desborda como inmenso río
 El entusiasmo? El corazón estalla
 En la gente chilena.
 ¡Viva Chile! gritó llena de brío,
 Al ruidoso chocar de la metralla
 Que en los aires resuena.
 Había comenzado la batalla.

Delante el enemigo
 Los chilenos se miran en sus puestos.
Covadonga al abrigo
 Del pueblo que atalaya
 La lucha desigual desde la playa;
Esmeralda en la liza. Así dispuestos
 Estaban los audaces.
 A sus mil repetidas explosiones,
 Ya la vieja *Esmeralda* pierde, agota
 Su vigor; salta, brota
 El agua a borbotones
 Por su caldera rota.
 Lenta va. Puede aún de la ribera
 Al lado de occidente,
 Cerca llegar. Se siente
 Resonar por doquiera
 Sordo rugir de tempestad; se escucha
 El cañoneo de la inmensa lucha.
 Es que empieza magnífico,

Bello, terrible, de grandeza homérica,
El combate más vasto que dio América
Sobre las anchas olas del Pacífico.

Mientras que la *Esmeralda* respondía
Con sus escasas fuerzas al ataque,
La débil *Covadonga* recibía
Un grueso proyectil. A las rompientes
Acercóse después de la cercana
Isla, que la veloz *Independencia*
Venía con violencia,
Ostentando sus fuegos imponentes
Pujante y soberana.
Y la *Esmeralda* entonces,
Que apercibida estaba
Resistiendo del *Huáscar* a los bronces,
De su puesto estratégico lanzaba
Carteros cañonazos;
Mas iban a caer a los aguajes
Las granadas deshechas en pedazos
Del navío al chocar en los blindajes.
El poderoso monitor, que yerra
Los bruscos tiros que al chileno lanza,
Con sus fuegos alcanza
A los suyos en tierra.
Y los de tierra entonces en su saña
A la *Esmeralda* viendo aún más fiera,
Con seguros cañones de campaña
La atacaron también de la ribera.
Y la humeante corbeta resistía,
Y en su cubierta, que era
Incendio, se luchaba y se moría
Al pie de la bandera.
Oculto el enemigo
Ataca en tierra. La *Esmeralda* luego
Avanza al norte, por quedar del fuego
De la costa al abrigo.
Un proyectil que vino
Del *Huáscar* disparado,
Alcanzóla rugiendo en el camino,
Y con fragor le destrozó el costado.
Retumbando el cañón a cada instante
Y entre lluvias de fuego y de metralla
Al esplendor del cielo, áureo y brillante,
Seguía la batalla.

II

¡Y Prat! Vérselo pudo en el terrible
Trance siempre impasible,
La espada en la cintura, la marina

Gorra cuyos galones
Chispean a la luz, puesta de lado,
Y la ronca bocina
En la diestra, inspirado
Al áspero tronar de los cañones.
Había algo de olímpico en la altiva
Frente de aquel soldado.
¿Sopló un viento sagrado
Sobre aquella cabeza pensativa?
¿Bajó acaso de la alta
Región, de la infinita
Cumbre, la luz que exalta,
El soplo que los montes decapita,
El rayo que de hogueras divinales,
Con fulgores intensos
Va a encender los espíritus inmensos
De los heroicos hombres inmortales?

¡Sí!... Pasó sobre Arturo
Un ala apocalíptica y enorme,
Y tuvo la visión de lo futuro.
Vio como entre una luz increada, in-
[forme,

El misterioso porvenir: la Historia
Dando a su patria el lauro de victoria,
Y señalando en su imborrable juicio
Para él el sacrificio,
Para Chile la gloria.
Vio a Latorre vengándole el primero
Con el *Huáscar* en guerra,
Y llevando a las playas de su tierra
Encadenado al Leviatán de acero;
En San Francisco vio fuerzas hermanas
De los triunfos solemnes en las horas,
Y dando al aire sus marciales dianas
Las vibrantes cornetas vencedoras.
Vio en Pisagua los patrios pabellones
Sublimes al rugir de los cañones.
Y vio a Vergara y su legión de sables
En sus caballos de orgullosa estampa,
Vencer con sus tropeles formidables
En las sierras abruptas de Jaspampa.
Vio surgir al invicto Baquedano;
Y aquel grupo de impávidos mineros
Que asaltando la cumbre inaccesible
En los Angeles, fueron al peruano
Como invasión de cóndores ligeros
De vuelo colosal e irresistible.
Vio luego en el Alto de la Alianza
Contra doble enemigo combatiendo,
Dominante al estruendo

Del horrible clamor de la matanza.
 Y a sus osadas huestes
 En Arica elevar sobre las rocas
 De las cumbres agrestes
 Del Morro sus enseñas,
 Tomar del enemigo los cañones
 Y amordazar sus bocas
 Aventando en pedazos sus cureñas.
 Al son de las patrióticas canciones.
 Vio de Lurín la hazaña:
 Del gran Pachacamac junto a la ruina
 La bandera chilena que domina
 Flotar sobre las tiendas de campaña.
 Y vio Morro Solar, San Juan, Chorrillos;
 La sangre, el hierro, el fuego.
 Y apareció Patricio Lynch. Y luego
 Llegó aquella santa hora
 En que en nombre de Chile bendecido
 Recibiera la mano vencedora
 La espada del vencido.
 Y vio allá en Miraflores
 A los chilenos siempre triunfadores,
 Luego ¿qué contempló?... Su pecho late
 En vivas conmociones;
 En la oscura humareda del combate
 Halla el aire que ensancha sus pulmo-
 [nes.

¡Oh transfiguración! Mirase fuerte
 Al borde del profundo precipicio;
 Su patria será grande con su muerte,
 Y él se apronta al sublime sacrificio.
 ¡Vio que en triunfal desfile
 Entraba a Lima, la opulenta y bella,
 El poderoso ejército de Chile;
 La Victoria en las palmas de su carro
 Al llegar a los duros campamentos;
 Y al fin, izada por la vez tercera
 Sobre el regio palacio de Pizarro
 A las caricias de los cuatro vientos,
 Como un himno inmortal, nuestra ban-
 [deral...
 Y la visión cesó.

III

Grau ha advertido
 Que el viejo barco a balas de cañones
 No puede ser vencido.
 Retrocedió. Las ígneas explosiones
 Cesaron. Pone ahora
 A la *Esmeralda* la ferrada prora.

El agudo espolón en el empuje
 De la rauda carrera
 Se ha hundido en el navío, y se abre y
 [cruje
 El casco de madera.
 El tosco acero penetró en lo interno
 De la vieja corbeta desgarrada,
 Como toro feroz que clava el cuerno
 Y el vientre rompe de la res cansada.

Entonces ¡oh grandeza!
 Asido a la baranda, en la toldilla
 Inclinada, está Prat. Ved. Algo brilla,
 Ciñendo como un nimbo su cabeza.
 Relampagueante brota
 De sus ojos un algo de sublime,
 Llama que se comprime
 Y ardiendo salta de su cárcel rota.
 Veía al *Huáscar* férreo, poderoso,
 Con su espolón clavado
 En el débil costado
 De su barco glorioso;
 Y así, resplandeciente de coraje,
 Lanzado por empuje sobrehumano,
 Lleno de augusto brillo,
 Gritando "¡al abordaje!"
 Cayó sobre el castillo
 Del monitor peruano.
 Fue salto de león que se acorralla
 Con la ira y el rugido dentro el seno,
 Vuelo de cóndor que despliega el ala
 Y va a la nube que fulmina el trueno.

La voz del héroe se apagó en el crudo
 Resonar de la humeante batería.
 Más no está solo. Pudo
 Aldea, el bravo Aldea,
 Acompañar a Prat en aquel día
 En su hazaña grandiosa y gigantea.
 Era el vivaz sargento
 Espíritu y aliento,
 Músculo y corazón; el soberano
 Compuesto que al calor de nuestros soles
 Aduna a sangre y nervios españoles
 La médula de león del araucano.
 Era el *roto* bravo,
 Pecho de caballero
 Que pelea con brío
 Y sucumbe altanero.
 Prat está sobre el *Huáscar*. La cubierta
 Del férreo monitor mira desierta;
 Y así avanza atrevido,

La frente tempestuosa y admirable;
Y blandiendo la espada, el brazo erguido,
Como héroe apercebido
Para lucha sangrienta y fomedable.
Pero ¿con quién luchar? Nadie aquel

[reto]

Aceptó mano a mano y frente a frente,
Ante el cielo y el mar. Y de repente
Las balas de un blindado parapeto
Arrancaron la vida del valiente.
De la luz meridiana a los fulgores,
Al águila altanera
Fusilaron así los cazadores,
Trémulos de pavor en su trinchera.
Aldea, que a aquél grito
De ¡abordaje! saltó firme y seguro,
Siguiendo siempre al capitán Arturo,
Se hundió también con él en lo infinito.

Muerto Prat, es Uribe quien el man-
[do]

Del navío recibe,
Mientras se sigue sin cesar luchando.
El arrogante Uribe
Llamó a sus oficiales a consejo.
¡Todos piensan como él! Piensan que
[el viejo]

Barco en la hora postrera
Al poderoso vencedor confunda,
Y ostentando en el tope su bandera
Que se incendie o que se hunda.
Aún no habían tornado
A sus puestos los fieles campeones,
Cuando el *Huáscar* lanzado
Al fogoso vigor de sus pulmones,
Dio a la *Esmeralda* una segunda herida
Con el recio espolón. A la embestida,
Sintiendo hervir su sangre de chileno,
De Prat con el ejemplo sobrehumano,
Saltó el audaz Serrano
Y murió como bueno
Al abordar el monitor peruano.
Y quedó junto a Prat, todo sangriento,
Cadáver de luz trágica y ceñuda,
Como protesta muda
Bajo el azul del hondo firmamento.
¡La *Esmeralda* se hundía!
Exhausta ya de fuerza y de soldados
Sólo de cuando en cuando respondía

Del *Huáscar* a los tiros redoblados.
¡Qué cuadro! Por doquiera
Sangre, muerte y horror. ¡No hay quien
[vacile!

Todos persisten con audacia fiera
Bajo el sagrado pabellón de Chile.
¡Ah, ved a Crispín Reyes, el impávido,
Al bronce del corneta que ha caído,
Presta su aliento, y ávido,
Epicamente bello
De venganza, pujante, enfurecido,
Toca a plenos pulmones a degüello!
A aquel marino de alma extraordinaria
En profundos ardores encendida,
Una bala contraria
Le arrancó la corneta con la vida.
La *Esmeralda* se hundía
Deshecha y humeante,
Y el monitor triunfante
Cañoneaba al cadáver todavía.
Entonces fue cuando Riquelme, brazo
Heroico, alma de luz, la muerte viendo,
Hizo repercutir el ronco estruendo
Del postrer cañonazo.
El horizonte límpido y sereno
Puebla el eco sonoro que retumba
Como un último trueno
En el profundo seno
De un monte colosal que se derrumba.

El *Huáscar* se lanzó por vez tercera,
Y al golpe del acero áspero y frío
Se sintió traquetear la nave entera.
¡Por fin, se hundió el navío
Que a Chile glorias sin iguales diera!
Primero el casco, fúnebre y sombrío,
Y después, siempre al tope, la bandera.

En la región de las inmensas almas
Debe haberse sentido en esas horas
Como un ruido de palmas
Y un despertar de auroras.
¡Oh, Patria! ¡Oh, Chile!... ¡Así acabó,
[magnífico,
Solemne, hermoso, de grandeza homé-
[rica,
Sobre las anchas olas del Pacífico
El combate más vasto que vio América!

Jorge Hourton P.: Diálogo católico-marxista acerca de la religión

LA "MANO TENDIDA" en 1937 por Maurice Thorez a los católicos franceses quedó estirada. No se vio claramente qué tipo de acción podían emprender juntas dos manos dirigidas por pensamientos tan diferentes. Esas manos, sin embargo, empuñaron las mismas armas cuando llegó la hora del "maquis" y de la lucha por la Liberación: allí actuaron, sufrieron y murieron, tanto "el que creía en el cielo, como el que no creía".

Casi treinta años después, las cosas han cambiado. No nos proponemos estudiar aquí los múltiples aspectos de este cambio global (como p. ej. la renovada potencia de las sociedades industriales, el movimiento nacionalista de los pueblos rejuvenecidos del Asia y del Africa, la coexistencia pacífica exigida por la amenaza del potencial nuclear, etc.), sino considerar solamente las nuevas actitudes que se ven conducidos a asumir unos con respecto a otros, católicos y marxistas, en el plano intelectual. Porque, ya se parta de la "praxis", ya de las creencias, es inevitable que ambas partes lleguen a un confrontamiento progresivamente esclarecido diríamos, a alto nivel, es decir, en el plano en que se debate y juega la noción que el hombre forma de sí mismo, de su acción y de su destino. El marxismo no es ni quiere ser una ideología, sino —según uno de sus más autorizados intérpretes contemporáneos— "una metodología de la iniciativa histórica"¹. El cristianismo, por su parte, tampoco es una filosofía, sino —al decir de uno de sus más destacados teólogos católicos, es "la religión del porvenir absoluto"². Ambos, sin embargo, no pueden dejar de encontrarse y confrontarse en el plano de sus filosofías implícitas, esto es, de sus antropologías. Allí hay una oportunidad para dialogar, oportunidad que en nuestros días va cristalizando cada vez más.

Pensamos hacer una labor útil de información y de reflexión al comentar aquí dos diálogos recientes entre católicos y marxistas; uno, en el Centro de intelectuales católicos, celebrado en París en marzo de 1965; el otro, en Salzburgo, en abril de 1965, al que siguió la publicación del libro de Garaudy recién citado, que comentaremos en la segunda parte de este artículo.

I El marxismo y el hecho religioso

La anual *Semaine des Intellectuels Catholiques* se realizó el año pasado acerca del tema *Dios, hoy día* y a ella fueron invitados dos intelectuales marxistas para participar en el diálogo³. El tema que se les propuso fue *El marxismo y el hecho religioso*. Se acordó plantear el tema en dos planos sucesivos: el de la historia y el de la filosofía. En cada uno de estos planos, un marxista expuso primero su punto de vista y en seguida un católico.

¹Roger Garaudy, *DE L'ANATHEME AU DIALOGUE*, Plon, 1965, p. 63. Lo destacado está en el texto.

²Karl Rahner, en su conferencia de Salzburgo, publicada en *Informations Catholiques Internationales*, del 15-6-65. La expresión significa que el cristianismo es una energía de acción en el tiempo y en referencia al Absoluto trascendente que está situado fuera de lo temporal.

³Las intervenciones de este debate se encuentran reunidas en el volumen *Dieu aujourd'hui*, N° 52 de *Recherches et Débats*, Desclée De Brouwer, Paris, septiembre de 1965.

Jean Bruhat, profesor de Historia en la Sorbona, comenzó exponiendo cómo concebía este diálogo desde el punto de vista marxista:

"Es una empresa nueva, impuesta por un movimiento que se produce entre ustedes y entre nosotros. Me impresiona la cantidad y la calidad de los estudios del marxismo hechos por católicos. Hay en nuestro tiempo una marxología católica y se me concederá también que por el lado marxista se ha hecho un esfuerzo para reflexionar más hondamente sobre el catolicismo. No digo que hayamos llegado al nivel de una vaticanología marxista, pero nos acercamos a ello"⁴.

Para Bruhat, el diálogo con los católicos consistirá en "presentarnos unos a otros, creyentes y marxistas, tales cuales somos, arrancando de nuestros rostros las máscaras que los desfiguran, sin reticencia y sin hipocresía". Esfuerzo de sinceridad, por tanto, esfuerzo moral que condiciona el camino de la comprensión mutua.

PLANO DE LA HISTORIA

Entrando en materia con la perspectiva de historiador, Jean Bruhat señala que se situará en tres niveles sucesivos. Ante todo, el nivel de lo observable y mensurable, esto es, las manifestaciones exteriores e históricas de la creencia en Dios. Competencia de la historia de las religiones y, para la actualidad especialmente, de la sociología religiosa. Conviene —sostiene Bruhat— que esas investigaciones sean emprendidas en colaboración, a nivel científico, tanto por creyentes —porque más expertos en dár su sentido exacto a las manifestaciones culturales, como por incrédulos— porque más sagaces para detectar sus conexiones con factores sociales no específicamente religiosos. A este respecto, Bruhat reclama que se estudie también científicamente la sociología de la incredulidad y no sólo de las manifestaciones religiosas. "¿Por qué no se nos haría el honor de una investigación científica?"⁵.

Pero el estudio histórico de las manifestaciones de las creencias como de la incredulidad no pueden limitarse a lo exterior. Es necesario acceder al segundo nivel, el de la comprensión exacta de las experiencias personales de unos y de otros. Aquí es donde Bruhat considera que *el aporte del creyente es una fuente indispensable para la investigación histórica*. Posición de abertura y de audiencia, que el creyente no puede dejar de subrayar: el historiador marxista se dispone a no interpretarlo todo en función de esquemas preconcebidos, sino a oír al creyente en la explicación de su experiencia personal, en la inteligencia de su fe y en la lógica de sus articulaciones. No para discutir, sino para comprender (aunque no toda discusión sea inútil). A modo de ejemplos, Bruhat formula en seguida algunas preguntas acerca de cosas incomprensibles para un incrédulo: "Si la Revelación es esencialmente una sola verdadera, ¿por qué en la historia se han dado varias? Si Dios es absoluto y trascendente, ¿por qué en la historia ha variado tanto su

"Vaticanología" es a todas luces un término inadecuado, expresión de humor más que de rigor: no es el Vaticano sino el hecho religioso el que los católicos quisieran que los marxistas estudiaran mejor. Aunque todavía escasas —como lo reconoce—, obras como *Perspectives de l'homme* de Garaudy demuestran que es posible tomar en serio al catolicismo y las cosmovisiones que se inspiran en él. Otro síntoma alentador es que a las recientes Semanas de los Intelectuales Marxistas han sido invitados a hablar los filósofos católicos, PP. Jolif y Dubarle O. P.

⁴Cosa que los católicos no han dejado de hacer, tanto en el plano de la historia de las ideas (*El drama del humanismo ateo* del P. De Lubac) como en el de la psicología (*Psicoanálisis del ateísmo* de Ignace Lepp), como en el plano pastoral-sociológico (*En busca de la ausencia de Dios* de I. Rosier).

1. Punto de
vista marxista

idea entre los diferentes pueblos y en consonancia con las distintas situaciones en que se han encontrado esos pueblos?".

Por último, en la interpretación de las experiencias personales de los creyentes, aparece el tercer nivel de reflexión, el de "explicar la existencia misma de la idea de Dios". Al tomar nota de sus múltiples variedades, en el tiempo como en el espacio, Jean Bruhat no deja de ponerse la pregunta por una explicación global de esta creencia, pero concluye que debe rehusar "todo carácter divino a una revelación que es para mí una predicación humana, históricamente fechada". Imposible es señalar más claramente la insuficiencia de la sola historia para justificar el valor de una revelación. Lo mismo decía Blondel, en la época del modernismo, contra el "extrinsecismo" y contra el historicismo que querían edificar o comprometer la fe con el solo testimonio de signos históricamente probados. La historia puede mucho, pero no puede, ella sola, probar científicamente que Dios ha hablado o no. Se requiere una filosofía que preceda a los datos históricos y que descubra la espera y el anhelo del hombre. Sólo así los hechos de la historia cobran significación teológica. Pero el marxismo no tiene ni quiere otra filosofía que aquella que desprende de la misma interpretación inmanente de la historia. No porque el marxismo comporte una dogmática definitivamente establecida: Jean Bruhat explica así su fidelidad marxista:

"Tampoco me remito a Marx como a una especie de autoridad suprema de la que, por deducción, desprendería el sentido de la historia. No. En cuanto hombre preocupado por comprender la historia de los hombres, desemboco en el deseo de una explicación global que no rechace el hecho religioso sino que lo inserte en una totalidad"⁶.

Esta "explicación global", sin embargo, para el marxismo, debe excluir la trascendencia por fuerza de su mismo método, por su "hipótesis de trabajo" que pronuncia una exclusión a priori de toda trascendencia discernible. El ateísmo no está en la conclusión, sino en las premisas. No queda entonces otra cosa que explicar los hechos religiosos, como lo hace Bruhat, como "expresión —no digo reflejo— de una realidad social"... "expresión de una angustia real frente a una naturaleza todavía rebelde y frente a relaciones inhumanas entre los hombres". Pero no sólo expresión, sino también —siguiendo a un célebre texto de Engels— "protesta contra la angustia real".

Observemos sólo, por último, que esta interpretación recibe toda su verosimilitud del subyacente presupuesto antropológico según el cual el hombre es sólo "ser-para-la-naturaleza", "para-los-demás" o "para-sí". Pero reconozcamos también que esta interpretación del hecho religioso lo ilumina a los ojos marxistas con una luz más favorable: ya no sería "opio del pueblo", sino "expresión y protesta" contra las alienaciones de todo tipo, índice positivo de liberación. Queda una pregunta que hacer al marxismo: ¿es ésta la esencia específica del hecho religioso o es sólo un aspecto exterior, común a la literatura, las artes y los movimientos sociales?

2. Punto de vista católico

René Rémond, profesor en la Facultad de Letras de la Universidad de París, convino de buenas ganas en que no se puede demostrar la existencia de Dios ni la verdad de alguna religión por la sola historia, pero se puede describir la persistencia del sentido religioso entre los hombres. Además, aunque atienda principalmente a los fenómenos religiosos colectivos, la historia no se desinteresa de las experiencias personales, al menos, en cuanto a sus consecuencias sociales. No pertenece al

historiador tampoco, el pronunciar juicios de valor sobre las distintas religiones, sino tratarlas a todas como manifestaciones del "hecho religioso" genérico.

No obstante lo dicho por Bruhat en cuanto a su dependencia de Marx, Rémond señaló aquí una diferencia entre las situaciones en que están el historiador marxista y el cristiano: el primero "encuentra en su convicción un sistema de explicación global", desde el momento en que el marxismo quiere ser ante todo una interpretación de la historia; el cristiano, en cambio, no recibe de la Revelación una explicación de la historia sino algunos índices con los cuales debe forjarla por cuenta propia y bajo su responsabilidad.

En cuanto a los hechos, el historiador cristiano no desconoce la objetividad de los datos invocados preferentemente por el marxismo. Son tres principales: a) cierto condicionamiento de los fenómenos religiosos a las situaciones económico-sociales; b) múltiples variaciones de los fenómenos religiosos y no sólo en detalles sino en cosas sustanciales ("evolución del dogma"), y c) aumento de la incredulidad, a medida que avanza la historia.

Pero ¿es esa *toda* la realidad?

Con no menor objetividad, observa Rémond, aparecen al historiador cristiano otros datos que deben completar a los primeros: a) la universalidad del hecho religioso, atestiguado por todas las sociedades y las culturas conocidas del pasado; b) la persistencia y la capacidad de durar que exhibe el hecho religioso y muy especialmente el cristianismo a través del Imperio, de los reinos bárbaros, de la sociedad feudal, de la monarquía absoluta, de las sociedades liberales, de las democracias modernas y aún de las "populares"; c) evolución con una constante "vuelta a las fuentes" y al mismo tiempo con una confiada seguridad en el futuro que le impide ver en el progreso del ateísmo una predicción de su propia muerte.

Allí donde el marxista ve lo religioso sólo como resultante, producto, expresión relativa a una situación histórica determinada, el historiador católico descubre universalidad, persistencia, adaptación e irreductibilidad del hecho religioso a sus infraestructuras. Son dos lecturas diferentes de la misma historia. Conclusión que corrobora la que ya hemos encontrado: no en la historia debemos buscar el esclarecimiento, sino en su interpretación filosófica, es decir, en las antropologías subyacentes a las dos lecturas. Ya es tiempo que analicemos las posiciones filosóficas.

PLANO FILOSOFICO

Gilbert Murry trazó las líneas esenciales de la explicación filosófica marxista del hecho religioso: las creencias y ritos religiosos hunden sus raíces en la frustración de las relaciones reales entre el hombre y la naturaleza, entre el hombre y los hombres. Más profundamente todavía, el *animismo* ha creado otra esfera de seres espirituales más allá de los materiales, originando la sacralización de la naturaleza.

El cristianismo, sin embargo, revoluciona el sentimiento religioso al apartar su atención de la naturaleza para concentrarla en las relaciones humanas: una única divinidad hace estallar los particularismos locales, pero sigue trasponiendo al lenguaje mítico la realidad efectiva de las relaciones humanas concretas (que se fundan originalmente en que el hombre es ante todo un productor y que su trabajo y fruto del trabajo son comercializados y convertidos en dinero). Por tanto, inconsciente de estas efectivas relaciones humanas concretas, "el cristia-

I. Punto de
vista mar-
xista

nismo es una religión específica de un mundo en el que la economía permanece mercantil”.

Pero no sólo es *expresión*, sino *protesta*. Y aquí Mury se extiende en el análisis de la doble forma, conservadora y renovadora, que presenta el cristianismo en múltiples horas de su vida, particularmente en la actualidad. Y cita el conocido ejemplo de la sublevación de los campesinos alemanes capitaneados por el anabaptista Munzer, en el siglo XVI, animados por el deseo de hacer triunfar la justicia divina, en quienes Engels veía a los antepasados del comunismo. Signos actuales son: “Pacem in terris”, “el liberalismo del Concilio”, el movimiento social del catolicismo francés, la evolución de la C.F.T.C., etc. Todo lo cual muestra que bajo su aparente unidad, el catolicismo cubre dos sectores socialmente muy antagónicos: “...en él se enfrentan una estructura poderosamente reaccionaria y una corriente que viene de la base, objetivamente orientada hacia la democracia y el socialismo”. De esta visión marxista del catolicismo, Mury extrae nuevas lecciones: primero, “la insistencia en la tesis marxista tradicional según la cual la religión es asunto privado respecto al Estado” (es decir: la revolución comunista no comporta esencialmente la persecución religiosa); segundo, “toda alienación religiosa no es necesariamente el reflejo de una alienación económica”⁷, es decir, aunque el capitalismo y el régimen de clases hayan sido hasta ahora fuentes del sentimiento de impotencia que se expresa ideológicamente en la religión, no es posible predecir que toda forma religiosa desaparecerá con el advenimiento de un mundo justo y del “hombre total”.

Concluye Mury:

“Nosotros, marxistas, consideramos que este hombre crecido en un mundo justo ya no sentirá la necesidad de entregarse a las manos de Dios. Creador de sí mismo, brotado de la naturaleza por su esfuerzo de trabajo, liberado de la lucha de clases por el duro combate del proletariado y de sus aliados contra el explotador común, el hombre será espontáneamente ateo”⁸.

¡Perfecta profesión de fe atea! Después de constituir un presupuesto subyacente, el ateísmo ya no es aquí una consigna de lucha sino una apuesta, un desafío, una creencia. Desafío acompañado de una invitación a los creyentes: “Construyamos juntos un mundo más justo para mañana y veremos entonces si el hombre sigue creyendo en Dios o no”.

2. Punto de vista católico

Si la última palabra del marxista es una nueva fe, esto es, la sustitución de la creencia en Dios por la fe en el Hombre, el católico, por su parte, no se contenta con oponer la suya a la del ateo. El P. Wackenheimer, de la Facultad de Teología

A propósito de la “alienación” —concepto hegeliano reducido y disociado por Marx— es preciso comprobar que ha sido de tal manera empleado por marxistas y no-marxistas en tan diversas acepciones que ha llegado a ser “la fórmula *passé-partout* del mal del siglo, el lugar común de las imprecaciones políticas y de los análisis psicosociales”, como dice Domenach en un artículo titulado *Para acabar con la alienación* (ESPRIT, diciembre de 1965). Dentro del mismo marxismo, la alienación ha sido recientemente muy discutida: Lukács la valoriza como solidaria del “humanismo” marxista, Althusser la minimiza como “concepto ideológico y premarxista”, Henri Lefebvre previene contra el abuso de esta noción que tiende a justificar una visión mística o una especulación metafísica. Al perder su determinación, el concepto de alienación pierde también el carácter de acerba denuncia que tenía en Marx y deviene “un policlínico en el que todas las enfermedades del siglo tienen un lecho”. A tal punto que, es posible preguntarse con Edgar Morin: “¿En qué medida la concepción de un hombre que debe sobreponerse sin cesar a sus alienaciones no ha venido a ser ella misma una alienación?”.

⁷ *Dieu aujourd'hui*, p. 103.

de Strasburgo, no emprendió la "explicación" de la fe cristiana para contraponerla a la explicación marxista: habría sido un diálogo entre sordos. Apuntó hacia los "fundamentos de la fe" marxista, esto es, su crítica de la religión y señaló dos cuestiones:

a) En primer lugar, ante la pretensión marxista de ser una explicación científica de la religión, se pregunta: "¿Qué extraño método es éste que condena al mismo tiempo que explica? En efecto, en los autores marxistas, antiguos y recientes, la descripción del fenómeno religioso va acompañada de una negación apasionada". En otras palabras, el ateísmo juega un doble papel: no sólo es la "hipótesis de trabajo" inicial del historiador que no puede recurrir a causas trascendentes sino que adquiere los ribetes de una teoría y verdad absoluta, ontológica, una vehemencia desusada en la mera ciencia;

b) En seguida, ¿qué entiende el marxismo por "fenómeno religioso"? Bajo este único rubro, la crítica marxista agrupa tanto las religiones primitivas, mágicas, animistas, cultos tribales, como el cristianismo en sus variadas formas protestantes, católica u ortodoxa. No las confunde, pero las considera homogéneas: todas ellas son variadas manifestaciones de una común "alienación". Es decir que el marxismo peca, en materia religiosa, por un cierto abstractismo que le resulta impuesto por su principio antropológico fundamental: "sólo la existencia social de los hombres es real, consistente, liberadora; el universo religioso sólo posee una realidad delegada, derivada, ilusoria, ya que se alimenta con las contradicciones de una sociedad inhumana".

Estas dos observaciones convergen en mostrar que el marxismo tiene una antropología subyacente, desde la cual juzga que todas las religiones tienen por igual otra antropología común, contraria a la marxista. Ahora bien, el solo hecho de las apasionadas luchas entre las diversas religiones a lo largo de la historia (no todas causadas por el orgullo o el fanatismo), bastaría para mostrar que están animadas por diferentes antropologías. Subyacente al cristianismo hay una antropología que no tiene nada que ver con la de las religiones primitivas o del paganismo romano. La antropología fundamental subyacente al cristianismo puede resumirse simplemente en esta afirmación: el hombre es persona, es decir libre y trascendente: su fe religiosa es el consentimiento a la iniciativa divina que quiere irradiar el amor entre los hombres.

Por eso el cristiano no se reconoce en el retrato que de él pintan los pinceles marxistas. En lugar de sentir que su fe lo hace desinteresarse del mundo y de los demás, se siente tan vinculado, como cualquier otro, al mundo y a la historia. "Creemos en la tierra y en el hombre porque creemos en la resurrección y no en un cielo abstracto. Reconocemos que no poseemos la verdad integral del devenir humano: la Palabra de Dios no es una ideología confortante al modo del marxismo, sino una promesa de vida y de luz para el camino"⁹. Ni siquiera tiene una garantía de un triunfo en el camino o al cabo de él, cuando recuerda la inquietante frase de Jesús: "¿Pensáis que cuando vuelva el Hijo del Hombre encontrará todavía fe sobre la tierra?" (Luc. 18, 8). Desconfía de todo proyecto de establecer el reino de Dios sobre la tierra y considera como una herejía a todo milenarismo. Con los marxistas, sin embargo, siente dolorosamente toda "alienación" humana, pero cree que la peor de todas es la enfermedad de la libertad, esto es, el pecado. También tiende con todas sus fuerzas a mejorar la condición del hombre y alcanzar su destino aún más allá de la muerte. Pero este misterio humano tan real nada significa para el marxismo.

⁹Dieu aujourd'hui, p. 110.

Conclusiones

1. El método marxista, atento a detectar los múltiples aspectos y condicionamientos de los hechos religiosos, aporta una positiva contribución —no hay inconveniente en reconocerlo— al discernimiento y caracterización de esos hechos, pero peca por su excesiva estrechez y unilateralidad al querer reducir el hombre a productor y la religión a expresión de la realidad social.

2. Hay un desacuerdo fundamental entre cristianismo y marxismo que proviene de dos antropologías irreductibles. Según el marxismo, para que el hombre sea, es necesario que Dios no sea; para el cristiano, en cambio, ser al margen o contra el amor divino participado es la peor alienación que deshumaniza al hombre al privarlo del corazón de su libertad.

II
"Desde el
anatema al
diálogo"¹⁰

El diálogo católico-marxista no iría tal vez más allá de esta esencial divergencia si ambas partes no estuviesen animadas por un sincero y profundo anhelo de comprenderse mutuamente y por una aguda y penetrante capacidad para asumir, cada una para sí, la parte de razón que tiene el interlocutor. El catolicismo ha hecho un evidente esfuerzo en ese sentido y el título del libro del intelectual marxista francés Roger Garaudy demuestra que lo percibe. "Desde el anatema al diálogo", significa que en lugar de condenar intelectualmente la teoría marxista, el catolicismo no se contenta con permanecer en la esfera de lo *nocional* sino que atiende a la *historia concreta* en que se juega la vida de los pueblos y acepta allí el diálogo. Actitud que podrá ser superficialmente tachada de débil, oportunista o hipócrita —y en la que inevitablemente no participarán todos los personeros del catolicismo—, pero de cuya sinceridad se percatarán aquellos que consientan en adoptar la misma actitud. Garaudy lo hace y enumera, en un largo capítulo, los principales esfuerzos hechos por los cristianos para "volver a pensar su fe en las perspectivas del mundo moderno". Como ejemplos de este "aggiornamento" señala: la teología de la "desmitologización" de Bultmann, la obra científico-religiosa de Teilhard de Chardin¹¹, en el campo de la acción: la lucha social militante de importantes movimientos católicos, el abandono del anticomunismo negativo y la ruptura de las connivencias con los intereses capitalistas y conservadores por parte de las fuerzas cristianas más representativas.

Garaudy publicó esta obra poco tiempo después de haber participado en el Encuentro de Salzburgo, el 19 de mayo de 1965, acerca del cual conviene decir dos palabras.

La Paulus Gesellschaft, asociación de intelectuales católicos abierta a todos los horizontes no católicos y no-cristianos, tomó la iniciativa de invitar a varios pensadores marxistas de diferentes nacionalidades para dialogar con un grupo de teólogos. Una sesión semejante había tenido lugar ya en Colonia en 1964, a la que asistió Adam Schaff, miembro del Comité Central del Partido Obrero de Polonia y Presidente de la Academia de Ciencias de Varsovia, quien había declarado que aunque aceptaba el diálogo, debía rechazar la idea de una coexistencia ideológica en el sentido de una yuxtaposición de verdades que poseen iguales derechos; había agregado además que hasta ahora el marxismo no ha

¹⁰De *L'Anathème au dialogue. Un marxiste s'adresse au Concile*, coll. Les débats de notre temps, Paris, Plon, 1965.

¹¹Obras que, sin embargo, presentan una inspiración y una proyección muy diferentes, si no opuestas: la *Desmitologización* de Bultmann, en efecto, se inspira en la fenomenología existencial de Heidegger y concluye en un mayor distanciamiento entre la racionalidad pura y la existencia creyente. La obra de Teilhard de Chardin, en cambio, parte no de una ideología sino de una síntesis de las ciencias y conduce a una mayor convergencia entre el saber científico y el creer cristiano.

desarrollado una antropología y que no deben considerarse como definiciones cerradas aquellas que presentan al hombre como producto de una situación social dada.

A la sesión de Salzburgo no asistió Schaff ni representante alguno de la URSS o de algún país de la órbita comunista, con la excepción del filósofo Polokarov, de Bulgaria y de una delegación de Yugoslavia. En cambio, concurrieron marxistas italianos Lombardo-Radice y Luporini, el austriaco Hollitscher (que enseña en Berlín del Este) y el francés Roger Garaudy. Por parte de los católicos intervinieron los PP. Wetter y Calvez, el P. Dubarle o. p., el teólogo Karl Rahner y Don Vincenzo Miano, brazo derecho del Cardenal König. Este último, también invitado, no concurrió.

Los marxistas italianos y Garaudy tomaron abiertamente partido en pro de la coexistencia ideológica. Lombardo-Radice declaró que una sociedad marxista moldeada por el marxismo actual significaría una uniformidad espantosa que debería ser compensada por factores cristianos. Garaudy pidió a los cristianos que comprendieran "la función de purificación" (la "catharsis") que hasta ahora ha desempeñado el marxismo. Abundó en elogios hacia la elevación de la espiritualidad cristiana y reconoció que ni Marx ni Lenin han tratado de la religión como tal, sino de sus formas históricas.

La conferencia más profunda fue la de Karl Rahner acerca del *Porvenir cristiano del hombre*. Parecía responder al desafío marxista acerca del espontáneo ateísmo de la humanidad "desalienada". "El cristianismo, explicó Rahner, no es una ontología estática del mundo y del hombre, sino la proclamación de la realidad de un devenir histórico que desemboca en un porvenir absoluto; respecto a los planes de porvenir terrestre el cristianismo es neutral, pero el amor de Dios ha probado ser una fuerza operante decisiva para la dignificación del hombre y la fraternidad universal. "Nada prevalecerá aquí abajo contra el cristianismo" porque la persona sigue creciendo en valor y porque siempre permanecerán los problemas humanos fundamentales acerca del sentido de su existencia y de su muerte".

Este subtítulo del libro de Garaudy —un poco publicitario tal vez— expresa que su contenido trae la respuesta de un marxista a las cuestiones planteadas en Salzburgo e implicadas en el acontecimiento estrictamente religioso que fue el Concilio Vaticano II. En síntesis responde: los marxistas apreciamos la seriedad de las cuestiones allí planteadas y, por nuestra parte, también queremos comprender al hombre total en su exigencia de trascendencia.

Veámoslo en detalle.

El pensamiento marxista ha sentido también la necesidad de operar un verdadero retorno a las fuentes y, en particular, de repensar su teoría acerca de la religión. Tres acontecimientos urgen esta revisión: el rapidísimo desarrollo de las ciencias y de las técnicas, la extensión del socialismo a un tercio del globo y el auge de los movimientos de liberación nacional en Asia, Africa y América Latina.

1. El desarrollo de las ciencias impulsa a acentuar algunos rasgos de la "metafísica" marxista tal vez oscurecidos por el materialismo dialéctico (que Garaudy se esmera, una vez más, en mostrar sustancialmente diferente al materialismo del siglo XVIII y cientificista). "Lo que distingue al marxismo de todas las formas anteriores de materialismo es que toma como punto de partida *el acto creador del hombre*"... subraya "el aspecto activo del conocimiento". Las ciencias crecen, pero no en forma lineal "desde datos inmutables hacia conclusiones definitivas y excluyentes", sino "desde la hipótesis rectificada hacia la hipótesis rectificable",

"Un marxista habla al Concilio"

orientada por un "proyecto", apoyada en un "modelo" propuesto por el investigador. Hay que reconocer por tanto que el conocimiento y el pensar científico y filosófico (que estábamos acostumbrados a creer meras "superestructuras") constituyen también un "proyecto", un anticipo de lo dado, una trascendencia respecto a la naturaleza. El pensamiento no es mero "reflejo" sino sobre todo "proyecto" sobre la naturaleza.

Observaciones interesantísimas que, a nuestro entender, matizan el conocido desprecio del marxismo clásico por las "ideologías" y los "idealismos", menosprecio apresurado y cómodo que ningún pensador serio puede permitirse, salvo que la libertad de su pensamiento esté enajenada por la pasión social o los intereses políticos escogidos previamente.

2. La extensión del socialismo puso en evidencia, sobre todo después de la destalinización, "la posibilidad y necesidad de una pluralidad de modelos del socialismo" (p. 73). Consecuente con lo anterior, Garaudy confía en que "después de un cuarto de siglo de esclerosis intelectual del marxismo" (p. 74), los marxistas serán capaces ahora de responder válidamente a las eternas y más profundas cuestiones del hombre —acerca de su destino— que fueron mejor atendidas por los existencialismos de Heidegger y de Sartre y que hallaron más eco en la juventud.

3. Por último, los movimientos nacionalistas de tres continentes piden al marxismo una ampliación de sus perspectivas: habría que "deseuropeizarlo" y "desoccidentalizarlo". "El marxismo, al querer ser heredero de toda la cultura del pasado, no puede reducir esta cultura sólo a las tradiciones estrictamente occidentales de la filosofía clásica alemana, de la economía política inglesa, del socialismo francés, del racionalismo griego y del tecnicismo originado en el Renacimiento" (p. 75-6). Así es como los marxistas se ven llevados a "repensar y revivir su teoría de la religión" (p. 76).

¿En qué consiste propiamente el ateísmo marxista?

Evidentemente, como ya hemos dicho, ni la historia, ni la ciencia, ni la filosofía pueden probar la inexistencia de Dios y la radical falsedad y vana ilusión de toda religión. No queda al marxismo más que proponer una "fenomenología" religiosa en la que la hipótesis Dios resulte ilusoria, "alienadora"¹². Se sabe con cuánta vehemencia ha sido llevada en ciertos períodos en Rusia la campaña antirreligiosa, con el epíteto popularizado de "opio del pueblo". Garaudy no vuelve sobre aquello y muestra, al contrario, que la religión no sólo ha sobrevivido en regímenes comunistas, sino que ha crecido notoriamente, como es el caso de Polonia. Más aún, juzgando la política de la mano tendida propuesta por Thorez en 1937, dice

¹²Encontramos rápidamente repetida esta crítica en un artículo del Sr. Juan Rivano, titulado *Religión y seguridad*, publicado en la Revista MAPOCHO, N° 8 (T. III, N° 2), pp. 165-173. Encontrándola, sin embargo, insuficiente, se propone "completarla" tratando de detectar cuál es "el momento positivo de la religión". Le parece que es el dar al hombre el "estar situado, estar orientado, tener ruta por delante y consumación a su término". En seguida consulta a la historia de la Filosofía y, a grandes brochazos, ve en ella un proceso de desintegración de las afirmaciones religiosas que culmina en Hegel con la total absorción de Dios en la Idea. Liquidación rubricada por Marx. "Pero rápidamente cambió Marx de terreno" y dedicó sus esfuerzos al terreno de la economía y a combatir la enajenación material, proponiendo un nuevo sentido realista y concreto al anhelo de seguridad. Hasta aquí el artículo que resumimos. Comprobamos por tanto que la crítica de la religión en Marx es un elemento hegeliano. Y no podemos dejar de preguntarnos qué lógica permite al marxismo ser hegeliano para su crítica de la religión y simultáneamente antihegeliano para su crítica de la realidad total, del pensar, de la historia y del hombre. A no ser que el ateísmo sea en Marx un resabio idealista y especulativo del que no se ha purgado todavía suficientemente.

que "ha sido a menudo interpretada de manera estrecha y restrictiva como si se entendiese: Tendemos la mano a los trabajadores católicos como *trabajadores* y no como *católicos*", lo que "era desconocer la posibilidad y la realidad de aportes efectivos del cristianismo como tal, para la elaboración de la cultura universal y aun del movimiento revolucionario de las masas oprimidas" (p. 77). Es decir que el marxismo contaría con el aporte cristiano, en lo que tiene de propio, para la liberación del hombre. Garaudy va todavía más lejos en este esfuerzo "ecuménico" y, a propósito de Aragon recuerda "esta verdad capital de que el marxismo se empobrecería si San Pablo, San Agustín, Santa Teresa de Avila, Pascal y Claudel, si el sentido cristiano de la trascendencia y del amor se le hicieran extraños" (p. 82). En Salzburgo, Garaudy habría dicho, según la crónica de un diario alemán¹³, que no ha encontrado la formulación más alta del amor en Marx sino en Teresa de Avila y en Juan de la Cruz. Y también, que "la vida y la muerte de Jesús representan para él el más elevado tipo de naturaleza humana, de libertad y de amor, de su abertura sobre el infinito".

¿Qué es entonces lo que el marxismo puede valorizar y aceptar en el cristianismo? En una palabra puede contestarse: aceptaría su filosofía, pero no su teología. Es decir, el marxismo puede y debe atender, según Garaudy, a la metafísica de la inquietud humana, a la pregunta sería por el sentido de la vida y de la muerte, de la acción y de los valores, pero no puede aceptar las respuestas cristianas afirmativas, fundadas en la fe en una revelación sobrenatural.

"Si la grandeza de la religión estriba en su exigencia de responder a esas preguntas, su debilidad y su falla es la pretensión de dar una respuesta dogmática, porque queda siempre ligada a cierto estado de los conocimientos; se da por definitiva y aun sagrada, siendo así que lleva el estigma de las insuficiencias provisionarias de una época" (p. 82).

Se admite la seriedad de las preguntas y aspiraciones metafísicas, se critican y rechazan las respuestas afirmativas de la trascendencia divina. Para ser posible esta posición en buena lógica, habría que sostener también una de estas dos condiciones: —o que esas preguntas no tienen respuestas posibles (escepticismo), —o que sólo tendrán respuesta "en un ser humano lejano" ("la trascendencia es para un marxista una dimensión del acto del hombre que se sobrepasa hacia su ser lejano", p. 87). Esta última es la condición presupuesta e implicada por el marxismo. Pero entonces, a la pregunta que me hago aquí ahora acerca de la trascendencia, no recibo otra respuesta sino la exhortación a creer en un "porvenir humano": ésa es toda la trascendencia. Pero, ¿no resulta pura y simplemente una nueva fe en la inmanencia, es decir, una forma refinada de religión immanentista? Sí, el marxismo quiere serlo integralmente.

"Si rehusamos hasta el nombre de Dios, es porque implica una presencia, una realidad, siendo así que nosotros vivimos sólo una exigencia jamás satisfecha de totalidad y de absoluto, de omnipotencia respecto a la naturaleza y de perfecta reciprocidad amorosa de las conciencias.

"Esta exigencia podemos vivirla, actuarla, pero no concebirla, llamarla, ni esperarla; aun menos, hipostasiarla con el nombre de trascendencia. De esta totalidad puedo decirlo todo salvo: es. Ya que precisamente está siempre aplazada y siempre en crecimiento, como el hombre mismo" (p. 89-90).

Y agrega estas palabras:

¹³*Badische Zeitung* de Freiburg, del 8 de agosto de 1965, artículo del Dr. Herbert Vorgrimler.

“Si queremos darle un nombre, no será el de Dios, porque no puede concebirse a un Dios que estuviese siempre haciéndose, siempre naciendo” (p. 90).

Observemos, en primer lugar, que Garaudy rechaza el nombre de Dios apoyándose en su idea de Dios: precisamente porque lo piensa como una “presencia”, una “realidad”, algo que “no puede concebirse como siempre haciéndose y siempre naciendo”, por eso tiene una idea de Dios como un Trascendente Absoluto. En seguida, se apoya en esta idea para negar que se identifica con la inquietud humana metafísica, la trascendencia relativa del hombre. Y con razón, porque no es Dios, sino la huella, la promesa, las arras del Dios Vivo. También el creyente vive “una exigencia jamás satisfecha de totalidad y de absoluto” mientras camina por esta vida. Tampoco él puede “concebirlo” distintamente ni “hipostasiarla” en un lejano cielo, sino que la vive y la actúa paso a paso. Pero, precisamente porque ella no es una totalidad sino que está “siempre aplazada y siempre creciendo”, por eso se pregunta por la significación y el sentido de esta “exigencia de totalidad y absoluto”. Y al ver que ella apunta hacia horizontes ilimitados, no reducidos a los contornos de una causa civilizadora, social o política —a un “porvenir relativo”— convendrá, sin ofender a la lógica racional, que puede y debe pensar a ese Absoluto como un In-finito, como algo que es más plenamente que el hombre, puesto que se experimenta *en tensión hacia él*, como Alguien a quien no puede nombrar pero cuyas facciones adquieren los relieves de Persona en el mismo momento en que admite la posibilidad de no estar solo en el mundo y de que haya Otro sobre sí. Tanto más cuanto que algunas señales le muestran que Dios no lo quiere esclavizar sino humanizar más plenamente: no permanece en las alturas inaccesibles del cielo empero, sino que desciende a su historia y adquiere presencia en una carne mortal para dar las más sublimes lecciones acerca del amor, de la justicia, de la libertad, de la paz, que tan hondamente repercuten en el corazón aun de quienes quisieran ignorarlo. Y así Él mismo acepta esta condición humana de estar “siempre haciéndose” y “siempre naciendo” —a despecho de una idea excesivamente racional y “científica”— y entrega a los hombres la responsabilidad de “edificar su propio cuerpo”, “hasta la estatura de un varón perfecto”.

Es imposible forzar y penetrar en ese recinto íntimo e inviolable donde los hombres se deciden frente a Dios. Ni el perseguidor con el terror, ni el creyente con argumentos, pueden sustituirse al hombre libre en la opción inevitable que debe hacer. Si el marxista consiente en que la mayor humanización lleve consigo la mayor libertad —la de optar frente a Dios— entonces justifica y demuestra plenamente esa “exigencia de absoluto y de totalidad” que lo anima. El diálogo con el católico se convierte entonces en un canto común de esperanza.

POST - S C R I P T U M

Redactado este artículo, hemos tenido noticias del Coloquio cristiano-marxista organizado, también este año, por la PAULUS GESSELSCHAFT y celebrado entre el 28 de abril y el 2 de mayo en Chiemsee (Baviera). Nos parece interesante comunicar aquí las informaciones que recogemos en “Le Monde” (Sélection hebdomadaire), Nº 916 (11.5.1966), en “Informations Catholiques Internationales”, Nº 264 (15.5.1966) y en la “La Documentation Catholique”, Nº 1.473 (19.6.1966).

Este año concurren representantes de confesiones cristianas no católicas: el Dr. Thielicke, de Hamburgo, el prof. Hromadka, de Praga, y los anglicanos Oestreicher y A. O. Dyson, de Oxford. Por el lado marxista concurren otra vez R. Garaudy y Luporini y además un español, Manuel Azcárate, que dirige una revista comunista que se publica en Italia, y el prof. Szigeti, de Budapest. No hubo dialogadores rusos ni polacos, menos aún de la línea pekinense.

En cuanto al contenido del diálogo, cada interlocutor renovó sus esfuerzos por presentar una definición de sus ideas que fuera comprensible y admisible por su contrario, al mismo tiempo que subrayar los aspectos del contrario que no le resultan aberrantes desde su propio punto de vista. Por el lado católico, el P. Rahner y el Dr. Metz reafirmaron sus posiciones de Salzburgo según las cuales el cristianismo no es, propiamente hablando, un humanismo, sino que los relativiza a todos en pro de la fe en un destino absoluto y trascendente para el hombre. No por eso, sin embargo, considera este mundo como una mera sala de espera para la eternidad, sino como una promesa de Dios que se cumple a medida que el hombre orienta su acción en el sentido de la construcción de la Jerusalén celestial. Todo humanismo queda por eso abierto al porvenir divino y no hay por tanto oposición irreductible entre "la humanidad cristiana y el humanismo marxista" (que era el tema del diálogo para este año).

Por parte marxista, Garaudy debió primero rehusar vigorosamente las críticas del Dr. Thielicke, quien encontraba que en el marxismo no hay lugar para la persona y la libertad. Insistió en los textos en los que Marx no hace del hombre un simple efecto de las fuerzas económicas y sociales, sino que destaca el acto creador con que el hombre labora su propio destino. Elogió la abertura demostrada por Vaticano II, y reconoció que "la experiencia cristiana milenaria constituye un aporte insustituible que debe ser asimilado" ("Seré mejor marxista cuando haya integrado las verdades que ustedes me aportan"). Reconoció también que "el drama del cisma chino obliga al marxismo a dialogar, so pena de convertirse en un provincianismo" y que "es necesario renunciar a la tesis staliniana, en favor del pluralismo y de la libertad democrática e incluso de la propaganda religiosa". Concluyendo con un llamado a la unión de los esfuerzos, expresó: "Creamos la federación de las esperanzas".

Con un tono de amistosa cordialidad, el P. Dubarle —conocido por su competencia científica y sus estudios de filosofía de la naturaleza— manifestó su acuerdo fundamental con el humanismo de Garaudy. "Pero, añadió, el gran problema es el de la realización política de este humanismo. No somos sólo intelectuales. Nuestros anhelos están lejos de las realizaciones". Parecía aludir a la dificultad de extender al cuerpo social que cada uno representa esta voluntad de diálogo y de comprensión mutua, sin entrar en conflicto con él. Cada uno, cristiano y marxista, debe ser solidario de sus respectivas comunidades, a pesar de las carencias y crímenes de éstas. "Debemos cambiar los vasos de barro en que están contenidos nuestros tesoros y reemplazarlos por uno más grande que nos contenga a todos". Queda planteada así la cuestión de la acción concreta que prolongará y dará envergadura real al diálogo de las ideas.

El P. Girardi, salesiano italiano y consultor del secretariado conciliar para los no creyentes, apuntó al mismo intento de concretar el diálogo cuando señaló que la tarea de cada bloque consiste en superar sus respectivos conservatismos y estrecheces. Hizo un llamado al marxismo que sonó a desafío: "El marxismo debe poder correr el riesgo de la libertad. Un régimen que no fuera aceptado por el pueblo no puede considerarse verdaderamente marxista. Es tiempo de presentar a la humanidad un marxismo verdaderamente adulto". Halló eco inmediato en el prof. Luporini, una de las más relevantes personalidades del marxismo italiano, quien replicó que formulaba votos por la maduración tanto de marxistas como de cristianos. "El marxismo no quiere una sociedad sin Dios, afirmó, sino una sociedad en la que el hombre no sea explotado. La conciencia religiosa no debe considerarse por tanto como un obstáculo a la colaboración".

La suerte de estos diálogos, en suma, parece depender del eco que encontrarán en sus respectivas comunidades. Tal vez haya todavía un largo camino que recorrer. Sin embargo, hay síntomas que no permiten desesperar: el Cardenal Ottaviani —conocido por sus posiciones conservadoras en el Concilio— declaró en Roma a un periodista español: "Los hombres de ciencia y los teólogos que llevan este diálogo son personalidades que tienen un espíritu, una inteligencia y una prudencia demostrada; su actitud es ejemplar". Por su parte, la Agencia soviética TASS declaraba el año pasado: "La declaración hecha en Salzburgo respecto a la utilidad y a la posibilidad del diálogo entre católicos y marxistas aparece como un documento de primerísima importancia".

Rafael Santibáñez*: Una hazaña en la Antártida

I
Hace 50 años

EN ESTA "tierra de océano" como llamara a Chile Benjamín Subercaseaux, cada paso que se da, o tiene un comienzo o un fin en el mar, es por eso que al volver una página cualquiera del libro de nuestra historia, nos encontraremos siempre con algún episodio, con algún recuerdo, de esos que dejan en la mente una confirmación de la tradición marinera de nuestra raza que nos empuja inconteniblemente hacia el mar y que nos hace ver, cuando se mira hacia el futuro a través del inmenso ventanal de nuestras costas, que esta tradición se transforma en un destino, un destino que CHILE no ha querido jamás comprender.

Sólo ayer, en 1916, en medio de un brumoso otoño austral, a fines del mes de agosto, se desarrolló un episodio que tuvo por escenario los canales del extremo sur, el lejano mar de Drake y los nevados picachos de la Antártida, marco apropiado, escenario propiciatorio para la hazaña marítima que hoy estamos conmemorando.

Un pequeño barco de trescientas toneladas, inapropiado y viejo, sin calefacción, sin siquiera luz eléctrica, sin radiotelegrafía, de borda baja, sin doble fondo, la escampavía "Yelcho", de la Armada Nacional, de dotación en Punta Arenas, se enfrentó al océano glacial y sorteando los témpanos, viendo cerrarse tras su estela el pack de hielo, arrebató de las islas Elefantes, en la Antártida misma, a 22 naufragos de una expedición polar inglesa y los trajo salvos al Continente.

Ese barco que no tenía para el cumplimiento de su misión otros atributos que el coraje y la pericia de sus hombres, llevaba sobre sus mástiles la bandera de Chile y sobre sus cubiertas una tripulación chilena.

Su Comandante, el Piloto 29 don Luis A. Pardo Villalón, figura descollante en este relato, nos ha dejado una herencia que se agranda en la perspectiva del tiempo, en una disímil comparación de medios, de lo que se disponía ayer y lo que el avance de la técnica pone hoy a nuestro servicio para vencer en esa lucha desigual contra los elementos.

El coraje y el valor, la decisión y la pericia son las armas de Luis Pardo, dignas de esos navegantes pioneros del mar austral que dejaron sus buques y su vida clavados en las rocas y en los hielos, por entregar al mundo un continente. Con ellas triunfará y su triunfo ha de llegar hasta nosotros en esta sala, cincuenta años después, con el valor de un bello ejemplo.

Lo vemos inclinado sobre el puente de su barco escudriñando el brumoso horizonte en el instante mismo en que se recortan en lontananza los picachos nevados de las islas Elefantes, lo vemos regresar cumplida su misión, sereno, estoico y austero, sin siquiera medir la magnitud de su hazaña; su parte de viaje es el corriente, su sencillez, extrema: ha cumplido una vez más con su deber.

Sir Ernest Shackleton, figura cumbre de la época heroica de las exploraciones antárticas inglesas, en su búsqueda desesperada de medios para salvar a sus hombres dejados en las islas Elefantes, después del naufragio de su barco el "Endurance", dio con este hombre singular y pudo apreciar de un golpe el temple de su recia personalidad de marino, la pericia con que manejaba su barco, el valor de su tripulación y desde ese mismo momento puso todo su empeño y su esperanza en conseguir la "Yelcho" para emprender su rescate. Ante sus solicitudes reiteradas, el Gobierno

*Contralmirante (R.).

de Chile, a través del jefe máximo de la Armada Almirante Muñoz Hurtado, pone a su disposición el barco y Shackleton que sabía que tenía en sus manos las cartas del triunfo, no vacila un momento y se lanza en la empresa.

Hoy las islas Elefantes llevan un nombre en las cartas chilenas de la Antártida: islas Piloto Pardo; hoy un buque antártico de la Armada Nacional, lleva su nombre: "Piloto Pardo", monumento vivo con que se honra a un héroe de la paz, a un marino que arriesgando su barco, su vida y la de sus hombres, salvó de la muerte segura a 22 naufragos en una misión humanitaria que tuvo repercusiones mundiales.

Hace 50 años, cuando todavía el polo Sur y la Antártida toda, eran casi desconocidos, cuando los conquistadores de sus secretos se lanzaban en valerosas y pujantes empresas a través de la inmensidad helada, un pequeño barco de la Marina de Guerra de Chile hacía acto de presencia en esas apartadas latitudes y junto con el histórico flamear de su bandera en la Antártida, cumplía un labor humanitaria de grande alcance.

A los nombres de los pioneros de la Antártida como Cook, Smith, Weddell, Bellingshausen, Dumont d'Urville, Ross, se agregan los más modernos como Gerlach, Scott y Shackleton.

Vamos a ocuparnos de éste último. Sir Ernest Shackleton realizaba su penúltima exploración; había concebido la audaz empresa de cruzar de mar a mar el continente antártico, del mar de Weddell al mar de Ross. El se internaría por el mar de Weddell con el "Endurance", un velero mixto de tres palos, de trescientas toneladas, con máquina a vapor, y acondicionado para misiones polares y otro barco, el "Aurora", que debía zarpar desde Australia, recibiría a los expedicionarios al cruzar sobre el hielo, al otro extremo, en el estrecho de Mac Murdo, inmediato al mar de Ross.

En julio de 1914, poco antes de la declaración de guerra, la expedición polar estaba lista para zarpar desde Inglaterra. La declaración de guerra misma estuvo a punto de detener su partida, pero Churchill, a la sazón Primer Lord del Almirantazgo, determinó "continuar", y la expedición zarpó a Buenos Aires.

El 26 de octubre de 1914 lista la expedición para iniciar sus labores, abandonó Buenos Aires en dirección al archipiélago de las Georgia del Sur, desde donde el "Endurance" se dirigió directamente hacia los hielos, con rumbo a las Tierras del Rey Leopoldo, penetrando en el mar de Weddell por el Este, zona que se presentaba más favorable para las operaciones a realizar. El comienzo del año 1915 fue anormal y extremadamente más crudo que de costumbre en la Antártida. Ya el 18 de enero de 1915 los hielos del pack se cerraron alrededor del "Endurance", para no abrirse más.

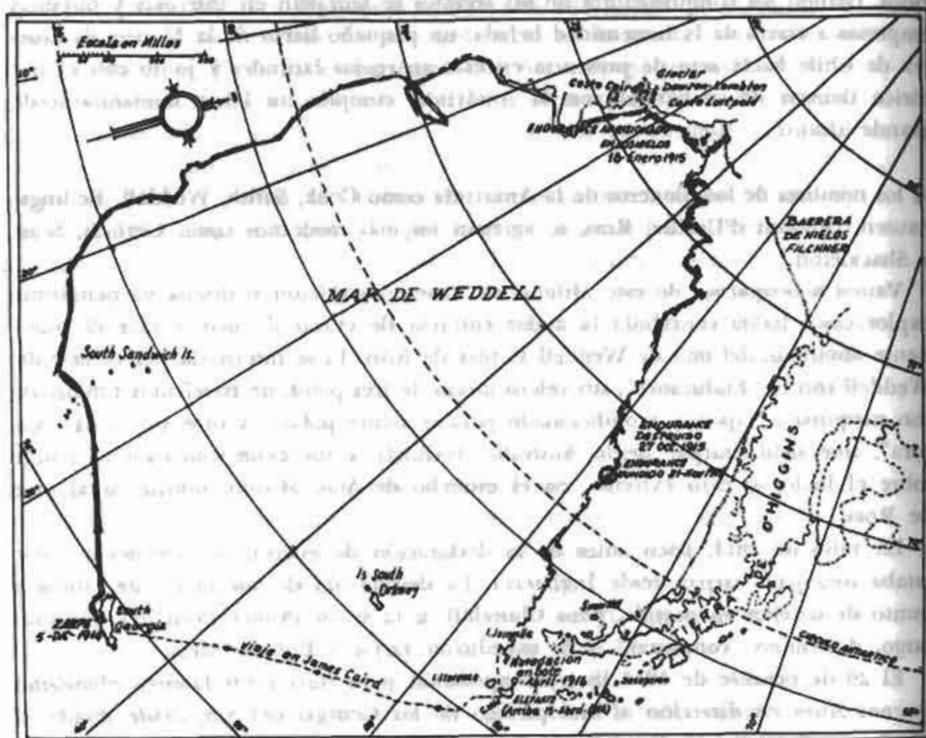
El "Endurance" una vez detenido y aprisionado por el pack comenzó a derivar con los hielos hacia el Norte, después de haber alcanzado un punto próximo a la costa e inmediato a las tierras del Rey Leopoldo. En agosto de ese año (1915) comenzó a pensarse en la posibilidad de tener que abandonar el buque y el 25 de octubre el barco se montó sobre un témpano, quebrándosele el timón y la popa y después la quilla.

Los expedicionarios hubieron de acampar a un costado del buque con todos sus equipos y provisiones retiradas sólo unos días antes. Dos días más tarde el "Endurance" se destrozaba bajo la enorme presión del pack, sus palos cayeron sobre el hielo y se consumaba un naufragio en medio del océano polar a los 69 grados de latitud Sur y 52 grados aproximadamente de longitud Oeste, a 346 millas marinas de la tierra más cercana (Tierra de O'Higgins, entonces tierra de Graham). El 21 de noviembre el "Endurance" se hundía total y definitivamente.

II Shackleton y su empresa

La situación era trágica, los naufragos eran capaces de llevar consigo con los elementos disponibles hasta 50 días de víveres y acaso necesitarían el doble de este tiempo para llegar a la tierra más próxima, donde los esperaría también el hambre y tal vez la muerte.

Shackleton con su experiencia polar, decidió montar un campamento en el hielo, sobre un témpano, confiado en que las corrientes continuarían alejándolo del polo y llevándolo hacia el Norte y así ocurrió, pero el témpano que les servía de refugio a los naufragos derivaba apenas a razón de 60 millas por mes.



Se hizo un intento de marcha sobre el hielo, pero fue un fracaso, la fatiga los rindió tras cinco días de marcha sin haber avanzado más de 4 ó 5 millas. Acampados sobre otro témpano, derivaron durante los meses de enero, febrero y marzo de 1916 y después de 6 meses desde el naufragio llegaron el 9 de abril de 1916 a un punto donde pudieron embarcarse en las tres chalupas que habían arrastrado como trineos, logrando alcanzar por fin, ya al término de la resistencia humana, el 15 de abril de 1916, las islas Elefantes en los 61 grados de latitud Sur, después de una travesía por el mar helado de casi 100 millas. Allí en una cueva abierta sobre el hielo y bajo las chalupas puestas boca abajo, lograron establecerse precariamente, en espera de un auxilio improbable que no sabían de dónde podría llegar.

Shackleton, irreductible ante la adversidad, concibe el audaz proyecto de lanzarse al mar en busca de auxilio y el 24 de abril de 1916 deja las islas Elefantes, con cinco de sus compañeros en una chalupa de 6 metros de eslora, en demanda de la estación ballenera de las Georgia del Sur, distante 750 millas marinas, teniendo por delante el mar abierto, el océano polar, el pack con todas sus acechanzas y peligros y después de 16 días de lucha incesante y fiera, consigue llegar a su destino, en una hazaña digna de su temple y su audacia.

En la estación ballenera de las Georgia del Sur, logra Shackleton arrendar un pequeño vapor llamado el "Southern Sky" con el cual inicia la dura batalla del rescate de sus náufragos. Pone proa a las islas Elefantes, pero fracasa en su intento de cruzar el pack que las rodea como un anillo impenetrable; son muchas las embestidas, pero otros tantos los fracasos, hasta que el combustible se termina y tiene que regresar a la base de donde partiera, donde tampoco hay más carbón. No pudiendo continuar en su empeño, arrienda un cutter y se dirige a las islas Malvinas, desde donde pide auxilio a su Patria y a los países americanos.

Poco puede hacer Inglaterra agobiada bajo el peso de dos años de cruenta guerra, pero su s.o.s. tiene un eco en Montevideo y el gobierno uruguayo pone a su disposición el ballenero "Instituto de Pesca N° 1", al mando del Teniente Ruperto Echiviri Behety. Con este barco de 80 toneladas zarpa esperanzado hacia el Sur, pero ya a los 60 grados de latitud Sur comienzan las dificultades al tropezar con los hielos. Después de tres días de infructuosa lucha, estima que es una temeridad y un imposible seguir adelante, el combustible comienza también a escasear y tiene forzosamente que desistir de su empresa. Ante estas circunstancias y viendo que nada más puede hacer en las Malvinas, parte con su segundo Tom Grean a Punta Arenas, por el vapor "Orita" de la P.S.N.C.

En este puerto, en tres días, la Colonia Británica consigue £ 1.500 para fletar la goleta "Emma", de 70 toneladas, con la cual se lanza de nuevo al océano, pero esta vez la escampavía "Yelcho" remolca y escolta a la goleta hasta dejarla en aguas libres sin haber consumido combustible, para así prolongar su radio de acción. Es esta la ocasión en que Shackleton toma contacto y conoce al Piloto Pardo.

La goleta "Emma" no tiene mayor éxito que los barcos anteriores, el pack impenetrable e inaccesible la detiene y en su obstinada lucha es averiada por los hielos debiendo regresar a puerto. A su bordo junto con Shackleton va el Piloto 2º León Aguirre Romero, chileno, conocedor de la zona que había sido embarcado expresamente para cooperar en esta empresa.

En esta angustiosa situación y desesperado Shackleton, consciente de que sus náufragos de Elefantes estarían en el límite de sus ya escasísimas provisiones, decide su última gestión, solicitar la "Yelcho" y para ello se dirige al entonces Director General de la Armada, Almirante don Joaquín Muñoz Hurtado, a quien había conocido a su paso por Port Stanley, cuando este jefe regresaba de Londres para hacerse cargo de su alto puesto. El Almirante solicitó al Gobierno la autorización correspondiente, que le fue concedida y transmitida al Almirante Luis V. López, a la sazón a cargo de la base en Punta Arenas, quien puso este barco de la Armada a las órdenes del explorador.

Los únicos barcos de la Armada en Punta Arenas, eran el "Yáñez" y la "Yelcho". Ninguno de los dos era apropiado para cumplir una misión de esta naturaleza, pero de los dos se prefirió la "Yelcho", dándosele el mando al Piloto 2º don Luis Pardo Villalón, hombre experimentado y fogueado en el duro batallar de la vida marinera de la zona.

El buque fue alistado con los medios de que se disponía y en él se embarcaron Shackleton y Grean. Lo que faltaba a la "Yelcho" había que suplirlo con el valor humano de su Comandante y de su gente. Como segundo iba el Piloto Aguirre, que acababa de regresar del viaje en la goleta "Emma"*.

*En 1916 las tripulaciones de los barcos auxiliares de la Armada que cubrían el servicio de faros y balizamiento en el Sur, estaban integradas por un núcleo de personal de planta de la Institución y el resto por personal no militar contratado por la Dirección del Territorio Marítimo, hoy Dirección del Litoral.

III

El rescate de los náufragos del "Endurance"

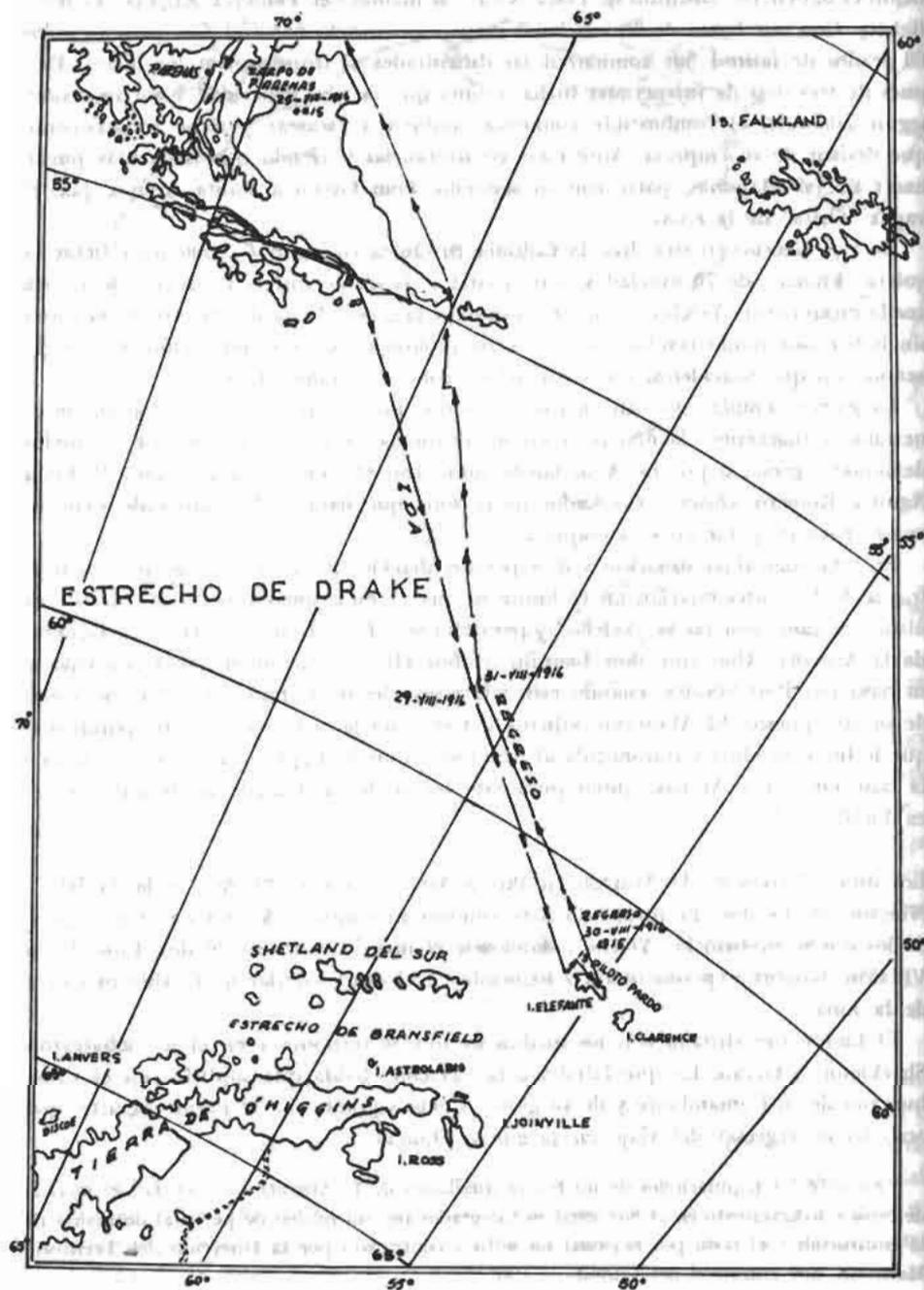
IV

La "Yelcho" en misión a las Islas Elefantes

A las 12.15 horas de la noche del día viernes 25 de agosto de 1916, la "Yelcho" zarpó de Punta Arenas en demanda del canal Magdalena en la ruta al Beagle; en la tarde fondeó en caleta Burne y al día siguiente a la misma hora, en Ushuaia, donde Shackleton fue muy bien recibido, regresando a bordo satisfecho de las atenciones de que había sido objeto.

Al día siguiente, domingo, al mediodía, la "Yelcho", fondeaba en Caleta Banner, isla Picton, para rellenar sus carboneras y aprovisionarse al máximo de combustible que llevaría en cubierta. Terminada la faena a las 15.30 horas, el buque zarpó directamente a alta mar con buen tiempo, barómetro alto y firme.

Este día y el siguiente fueron de buen tiempo; la temperatura de 3 grados centí-



grados en un comienzo, descendió a 9 y 10 grados bajo cero. Las neblinas corrientes en la zona con este tiempo, comenzaron a manifestarse cada vez más espesas, pero el viento suave permitía observar en parte el horizonte y divisar los témpanos que comenzaban a aparecer cada vez en mayor cantidad. A las 11.30 de la noche de este segundo día de navegación, la cerrazón fue total, obligando a reducir el andar a sólo 3 millas y a establecer vigilancia especial.

Al amanecer del tercer día la brisa matinal despejó un tanto el horizonte y pudo reponerse el andar de 10 millas horarias mantenido durante los dos primeros días. La visibilidad era escasa, los témpanos rodeaban el horizonte e iban creciendo en tamaño a medida que el buque avanzaba hacia el Sur. El Comandante decidió, sin embargo, mantener el andar para recalar de día y a buena hora a las islas.

A las 10.40 de la mañana del día miércoles 30 de agosto, navegando en plena zona del pack, aparecen a la vista las primeras rompientes del extremo norte de las islas Elefantes y se reconocen las rocas Seal a $2\frac{1}{2}$ millas de distancia. Los témpanos se acercan, dice Pardo, como manchas negruzcas de intensa niebla que sólo se definen a corta distancia. Se comienza a rodear la isla, hasta que a la 1.30 de la tarde, con gran regocijo de todos, se avistan los náufragos que estaban ubicados en un bajo, teniendo por un lado un enorme ventisquero y por el otro los altos picachos de la isla. Se dirige la proa a este punto aproximándose a tierra lo más posible.

En tierra la situación era ya de resignación y desesperanza, Frank Wild a cargo del grupo había decidido esperar hasta octubre y en caso de no llegar auxilio dirigirse en las chalupas a la estación ballenera de isla Decepción, donde el clima era más propicio para subsistir y había una mayor probabilidad de recibir auxilio.

Diariamente se observaba el pack que aprisionaba a la isla y que impedía el acceso.

El día 28 un fuerte viento del Sur oeste había roto el pack y aclarado en parte el acceso y el día 30 cuando nadie lo esperaba, a la hora del almuerzo, que era sólo de lapas y de algas, cuando se encontraban la mayor parte de los náufragos sentados en su refugio, se escucharon los gritos de júbilo de dos de ellos, Huley y Horston, que habían permanecido afuera y que gritaban a todo pulmón: ¡Un buque! ¡Un buque!, era la "Yelcho" que se aproximaba y que en esos momentos hacía sonar su sirena anunciando su llegada.

Aguantándose sobre las máquinas se arrió rápidamente una chalupa, en la cual se embarcaron Shackleton y Grean y cuatro hombres, quienes se dirigieron de inmediato a tierra, desde donde ya se oían hurras, se agitaban pañuelos y hasta se había prendido un fuego para señalar con humo la posición exacta donde se encontraba el grupo.

Antes que Shackleton hablara, ya se había gritado: ¡todos estamos bien! Esta chalupa regresó con algunos bultos y 12 de los náufragos, volviendo de inmediato por los demás y por el equipaje de la expedición, que se había guardado celosamente, por contener todas las cartas, mapas, observaciones, estudios, fotografías, películas, etc., de la expedición.

Todo a salvo después de una hora de arduo trabajar, se izó la chalupa, apegando a esta maniobra todos los tripulantes incluso los náufragos, la "Yelcho" zarpó de inmediato, eran las 2.30 de la tarde cuando se puso rumbo al Norte. Se había cumplido una misión de un profundo significado humano, y para ello, como sucede en el mar, se había puesto en la balanza del destino un número igual de vidas humanas.

A las 4 de la tarde la "Yelcho" cruzaba airosa a la cuadra de las rocas Seal y a las 9 ya se había dejado atrás la zona más peligrosa; el tiempo se mantenía igual, neblina, chubascos de nieve, barómetro alto y temperaturas muy bajas.

Al día siguiente el viento rondó al sw, el barómetro comenzó a bajar y aparecieron nubes más oscuras y ya en la noche la mar estaba gruesa y el mal tiempo co-

menzaba a declararse y hacerse general en la zona. Se pretendió recalcar al Beagle, pero la cerrazón hizo más prudente enmendar rumbo y seguir por el estrecho de Le Maire y por fuera en demanda del Estrecho.

Este tramo de la navegación fue duro y más duro aún para este pequeño barco, pero el amanecer del tercer día recompensó en parte las horas de vigilia, al avistarse el faro de punta Dungeness a las 6. A. M.

No fue posible por el estado de la mar y viento, enviar bote a tierra en Dungeness, para dar por telégrafo al Almirante el aviso del regreso, por lo que se continuó por el Estrecho hasta fondear en Río Seco a las 4 P. M. del domingo 2 de septiembre, desde donde se dio la grata nueva del regreso y la salvación de los 22 náufragos de la isla Elefante a la Comandancia de la Base Naval. "Misión cumplida", fue la frase que el teléfono trasmitió desde Río Seco.

Al día siguiente se zarpó a Punta Arenas a las 10.30, fondeando en dicho puerto a las 11.30 horas.

V El regreso de la Antártida

Las 500 millas que separan la Antártida del extremo sur del Continente habían sido cubiertas a la ida y al regreso con extraordinaria precisión. Las determinaciones marineras y de navegación habían sido inteligentes y atinadas, la recalada a las islas exacta y a la hora conveniente, se habían aprovechado las condiciones favorables del tiempo con habilidad y sin vacilaciones, era entonces natural esperar como resultado, el éxito en la difícil comisión. Los náufragos que habían sufrido largos diez meses de extraordinarios rigores, sin más alimentos, en su última etapa de Elefantes, que las escasas raciones que aún les quedaban, la carne de lobo y de los perros de la expedición que se vieron obligados a sacrificar, durmiendo apretujados para darse calor, en cuevas y bajo los botes, llegaron a bordo sucios, impregnada su ropa y sus cuerpos de aceite de lobo, pero con un destello de esperanza en sus ojos al verse reintegrados a la vida y a la civilización. Habían sufrido no sólo privaciones de todo orden sino incluso congelaciones, llegando en algunos casos a la amputación de los dedos de los pies, como le sucedió a dos de ellos, Blackborrow y Hudson.

Todos sin excepción no se cansaban de agradecer a Chile y a sus autoridades y a la Marina de Chile en especial, su existencia y su salvación.

Una de las primeras preguntas al llegar a bordo fue: ¿Cuándo terminó la guerra? Y la guerra no había terminado, debía durar dos terribles años más antes de ver su fin, sin embargo, habían sido salvados y esto era lo inmediato. Estos hombres habían permanecido dos años alejados del mundo y sin noticia alguna.

La llegada a Punta Arenas constituyó una sorpresa para náufragos y tripulantes, para Pardo y para Shackleton. Se había vivido en tierra la odisea de la expedición y el naufragio; se conocían sus detalles y el sentimiento humano había hecho latir los corazones aceleradamente; no era extraño entonces que el pueblo se volcara a las calles a compartir el regocijo de los salvados, no era extraño que muchos esperaran con ansiedad la llegada de la "Yelcho", que había zarpado una noche cualquiera rumbo a parajes desconocidos y que volvía triunfante cumplida su misión que todos sabían difícil y peligrosa.

Las autoridades también habían pesado su responsabilidad y sentían satisfacción por el éxito obtenido. Había dos figuras que se destacaban nítidas en el ambiente: Shackleton, el explorador inglés, valiente, decidido y audaz, incansable en su empeño de salvar a sus hombres y Pardo, el comandante chileno, realizador, consciente y capaz del salvataje, que regresaba aureolado de un bien ganado prestigio.

El homenaje público fue extraordinario, la Colonia Inglesa en masa compartió el recibimiento, las autoridades esperaban en el muelle, había formaciones de instituciones públicas y cada cual quería manifestar mejor su entusiasmo por el éxito. Las atenciones se multiplicaron, Shackleton y Pardo recibieron las felicitaciones del

Gobierno de Chile, de la Armada y los abrazos calurosos de amigos y simpatizantes. Al elevar el Parte de Viaje a la Superioridad Naval, el Almirante López propone el ascenso del Piloto 2º don Luis Pardo como un justo premio a su destacada actuación.

Un día después Shackleton era informado de que el Gobierno, había puesto la "Yelcho" a su disposición para conducir a Valparaíso a los componentes de su expedición.

El 20 de octubre de 1916 la "Yelcho" zarpó de Punta Arenas rumbo al Norte en cumplimiento de su nueva misión.

La recepción en Valparaíso alcanzó caracteres excepcionales. La prensa había estado informando durante días de las alternativas del salvamento y todos esperaban el momento de la llegada de Shackleton y sus hombres, de la "Yelcho", de su Comandante y su tripulación.

El día 27 de octubre de 1916, la escampavía "Yelcho" hacía su entrada triunfal al puerto, llegó con empavezado completo y una gran bandera chilena en el palo mayor, como los barcos que regresan de largas comisiones, cruzó entre los buques de la Escuadra que la saludaban con sus tripulaciones formadas en cubierta, una verdadera nata de embarcaciones menores que había salido a recibirla, la escoltaron en su ruta al fondeadero. Los muelles, los cerros y cuanto sitio tenía visibilidad a la bahía estaba lleno de gente. Sonaban las sirenas y el buque avanzó lentamente en medio de este ambiente de fiesta y regocijo hasta que largó el ancla frente al muelle Prat.

Al fondear, recibe los saludos de las autoridades, el cónsul británico señor Alan Mac Lean y el Ayudante del Director General de la Armada, capitán de corbeta señor Luis Díaz Palacios, son los primeros en subir a bordo, los siguen un grupo de periodistas y destacados miembros de la Colonia Británica.

Después de los saludos oficiales a bordo, bajan a tierra Shackleton y sus compañeros de exploración y el Comandante de la "Yelcho", Piloto Pardo. En el muelle Prat los esperaban el Intendente de la provincia don Aníbal Pinto Cruz y el Alcalde de Valparaíso, Almirante don Jorge Montt y respetables vecinos. Fue un momento emocionante de este encuentro en medio de los ensordecedores vivas y el público que se avalanzaba hacia ellos.

La comitiva se dirigió al Círculo Naval, que se encontraba próximo, donde se les ofreció una sentida manifestación en su honor. El público exigió la salida a los balcones del edificio, de Shackleton y Pardo, donde recibieron una clamorosa ovación pública.

El capitán de navío don Carlos Ward ofreció la manifestación, dando en conceptuosas frases la bienvenida a Sir Ernest Shackleton, quien agradeció emocionado, expresando su admiración y sus agradecimientos por la Marina de Chile, a quien debía el salvamento de sus compañeros. En seguida, dirigiéndose al Piloto señor Luis A. Pardo, el Comandante Ward le dijo: "El Círculo Naval se complace en recibirle y le tributa su aplauso cariñoso por la brillante labor que acaba de cumplir; Ud. ha sabido seguir la huella trazada en nuestra institución por sus más grandes figuras, honrando así a la Armada Nacional".

Pardo contestó agradeciendo el homenaje de que era objeto en frases sencillas y sentidas.

Las manifestaciones continuaron, Pardo fue obsequiado por la Colonia Británica de Valparaíso, con un hermoso reloj de oro, grabado con una mención recordatoria de su hazaña. El Cuerpo de Salvavidas de Valparaíso le otorgó una hermosa medalla, la Liga Marítima de Chile y la Liga Patriótica Militar hicieron otro tanto, como lo había hecho antes la Municipalidad de Punta Arenas. La Armada Nacional solicitó su ascenso al grado superior e hizo dejar constancia de su actuación y de la de todos

los tripulantes de la "Yelcho" en sus hojas de servicios. El Gobierno, después, por Ley N° 3.368, de 19 de mayo de 1918, le concedió por gracia un abono de 10 años para los efectos de su retiro y dispuso que se le computara su pensión tomando como base el sueldo íntegro asignado a su empleo.

Al día siguiente y mientras se recibían las congratulaciones de gobiernos y entidades extranjeras, Shackleton y el Piloto Pardo se dirigieron a Santiago, donde fueron recibidos por S. E. el Presidente de la República don Juan Luis Sanfuentes aprovechando Shackleton esta oportunidad para agradecer al gobierno las atenciones que había sido objeto y el haberle facilitado la "Yelcho".

El 7 de septiembre de 1916 Pardo había sido ascendido al grado de Piloto 19.

El 2 de octubre de 1916, la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, en el salón de Honor de la Biblioteca Nacional, en una brillante recepción, hizo entrega al explorador Sir Ernest Shackleton, de los documentos que le daban el carácter de Miembro Correspondiente de la Sociedad. En esa ocasión hizo uso de la palabra don Alberto Edwards.

El 5 de noviembre de 1916, la misma Sociedad y en el mismo local hizo entrega de una medalla de oro, que le había concedido al Comandante de la "Yelcho" Piloto señor Luis Pardo, haciendo uso de la palabra esta vez el señor De Montessus de Ballore, quien manifestó que era la primera vez que la Sociedad Chilena de Historia y Geografía concedía una medalla para premiar hechos atrevidos o heroicos en lugar de trabajos intelectuales que era su modalidad. La contestación sencilla y noble de Pardo, puso en alto relieve su personalidad modesta, pero definida y firme, sosteniendo que dentro del concepto que le informan sus deberes de marino y de chileno sólo siente satisfacción por el deber cumplido y si se ha estimado que había algo de gloria en su acción, ella pertenecía a la Marina de Chile.

VI Figuras ejemplares

Los hechos relevantes del pasado tienen siempre un sitio de honor en el recuerdo de los pueblos.

Esta vez es la hazaña en la Antártida que ejecutara el Piloto 29 de la Armada Nacional, don Luis Alberto Pardo Villalón, lo que ocupa nuestro pensamiento y nuestro recuerdo al cumplirse los 50 años de su realización.

Pardo nació en esta tierra chilena el 17 de noviembre de 1882 y a los 18 años su vocación de muchacho lo llevó a la Escuela Náutica de Pilotines, que a cargo de la Armada, preparaba personal para nuestra Marina Mercante. El 26 de julio de 1900 fue aceptado como alumno de esta Escuela y el 9 de octubre de 1903, al terminar brillantemente sus estudios, fue contratado por la Armada como Piloto 39 náutico, sirviendo en diversos buques con eficiencia y distinción hasta que en agosto de 1916 fue nombrado por elección del Comandante en Jefe, Comandante de la Escampavía "Yelcho", para ir en salvamento de los naufragos de la expedición Shackleton.

Casi tres años después de su histórico viaje a la Antártida, por voluntad propia y con gran sentimiento de sus jefes, dejó la institución para dedicarse a actividades particulares. Durante su retiro por designación del Gobierno sirvió más de cuatro años el puesto de Cónsul Chileno en Liverpool.

Casado con la señora Laura Ruiz, tuvo cuatro hijos: Fernando y Ricardo, ambos oficiales de la Fuerza Aérea, muerto este último en un trágico accidente aéreo, además Fresia y Roberto.

Falleció en Santiago, de muerte natural, en 1935, a la edad de 54 años, siendo sus restos sepultados en el Cementerio General.

Héroe de la paz, su vida dejó una estela cuyo brillo resplandece en la conciencia de sus conciudadanos como un ejemplo. Sus virtudes no se dan con tanta frecuencia como la Patria lo quisiera. El profundo sentido del deber, el equilibrio innato

en sus actuaciones, el temple valeroso de su espíritu y el alto concepto de la moral institucional, alzaron su figura más allá de los límites corrientes para destacarse con nítida belleza en los anales de la Armada y en el país. Baste sólo recordar un hecho que lo honra y que lo eleva, el Gobierno Británico deseando premiar su maravillosa acción, le ofreció una cuantiosa recompensa en dinero, que en esos años y hoy significaba una fortuna, Luis Pardo, siendo sólo un marino, un hombre sin más medios que su sueldo, la rechazó, porque estimaba que su actuación, no merecía más premio, más satisfacción que la que ofrece el deber cumplido. . .

Su compañero de salvataje, el gran explorador Shackleton, había muerto antes que él, el 5 de enero de 1922, también de muerte natural, a bordo de su buque el "Quest", en las islas Georgia del Sur, cuando se preparaba para lanzarse al polo en una nueva expedición.

En una colina de Grytviken en South Georgia, una piedra vertical que enfrenta la entrada del puerto, muestra la tumba de este hombre excepcional, valeroso y audaz, pionero de los hielos, un marino de la flota mercante inglesa, que dejó en su estela valores para la ciencia y gloria para Inglaterra.

Sin duda, entre estos dos hombres que se unieron en un común destino, a pesar de su discrepante posición, había algo de común: para los dos desde muy jóvenes su vocación los llevó al mar, los dos se alistaron para servir a la Marina Mercante de sus patrias respectivas, los dos sirvieron bajo patrocinio de sus Armadas, en los dos se observa un temperamento recio y una voluntad realizadora, decidida y fuerte, los dos tenían un sentido romántico de la vida que atraía y subyugaba, los dos se unieron en el infinito del recuerdo, el Explorador y el Comandante, para dejar una huella de luz a las futuras generaciones.

APENDICE

PARTE PASADO POR EL PILOTO 2º, SR. LUIS A. PARDO VILLALON, COMANDANTE DE LA ESCAMPAVIA "YELCHO", SOBRE SU VIAJE A ISLA ELEFANTE EN AUXILIO DE LOS NAUFRAGOS DE LA EXPEDICION SHACKLETON, COMO ASIMISMO, RELACION DEL PERSONAL SALVADO Y DEL QUE FORMABA PARTE DE LA TRIPULACION DE DICHO BUQUE

PUNTA ARENAS, 6 de septiembre de 1916. Adjunto tengo el honor de elevar a la consideración de us. el parte pasado por el Piloto 2º señor Luis A. PARDO VILLALÓN, Comandante de la Escampavía "YELCHO", sobre su viaje a Isla Elefante en auxilio de los naufragos de la Expedición Shackleton, acompañando una relación del personal salvado y otra del que formaba la tripulación del "YELCHO".

Al elevar a us. el parte citado, me hago un deber en recomendar calurosamente a la consideración de us. la forma altamente satisfactoria en que este Oficial ha cumplido tan difícil comisión, demostrando en todo momento gran entusiasmo, energía y una preparación profesional digna de todo encomio, según se ha servido expresármelo verbalmente Sir Ernest Shackleton, quien se muestra agradecidísimo por el auxilio prestado y por la forma en que el Piloto Pardo desempeñó su difícil cometido.

Al felicitar a us. sinceramente por el feliz éxito de esta expedición, que pone tan en alto, ante el mundo entero, el buen nombre de nuestra Marina, me permito insinuar a us. la idea que como justo premio a sus servicios se le conceda al Piloto Pardo el ascenso a Piloto 1º, ya que es el primero del Escalafón con sus requisitos cumplidos y con seis años en el grado. Saluda a us. (Fdo.) LUIS V. LÓPEZ, Contralmirante Comandante en Jefe.

Al Sr. DIRECTOR GENERAL DE LA ARMADA, VALPARAÍSO.

ES COPIA FIEL DEL ARCHIVO DE LA DIRECCIÓN GENERAL DEL PERSONAL DE LA ARMADA. VALPARAÍSO.

ESCAMPAVÍA "YELCHO". PUNTA ARENAS, septiembre, 5 de 1916. Tengo la honra de dar cuenta a US. de la comisión efectuada por esta Escampavía a Isla Elefante en socorro de los náufragos de la Expedición Shackleton.

El viernes a las 12.15 A. M. zarpó de ésta con rumbo a Picton, tomando al amanecer el Canal Magdalena y demás pasos hasta fondear a las 5 P. M. de esta misma tarde sin novedad en puerto Burno.

El sábado a las 6½ A. M. se continuó viaje con buen tiempo fondeando a las 5 P. M. sin novedad en Ushuaia.

En este puerto fueron muy bien atendidos Sir Ernest Shackleton y sus dos compañeros, los que regresaron muy satisfechos a bordo.

El domingo a las 6½ zarpó rumbo a isla Picton donde fondeó sin novedad a las 11.15 A. M.

Se mandó Guardián y equipaje a tierra, principiando inmediatamente después de la faena de carbón; embarqué trescientos sacos, se rellenaron carboneras y resto quedó en cubierta.

A las 3½ terminó esta faena y zarpé inmediatamente a alta mar, por cuanto el tiempo era muy bueno y el barómetro se mantenía muy alto y firme.

El lunes se navegó sin novedad, a diez millas constante. El tiempo se presentaba inmejorable; el barómetro continuaba alto y viento fresquito del S.W.

A mediodía se hicieron las observaciones astronómicas correspondientes continuando viaje sin alterar el rumbo. La noche se presentó estrellada y el horizonte bastante claro; el barómetro se mantenía sobre 762 y la temperatura de 3 grados, siendo la corriente del S.E.

El martes se continuó la navegación en iguales condiciones que el día anterior, después de haber hecho las observaciones astronómicas se comprobó que no había necesidad de alterar el rumbo.

La temperatura fue bajando sucesivamente hasta ser media noche de 9 a 10 grados bajo cero; la corriente continuaba en la misma dirección. A las 5 P. M. entramos en la zona peligrosa de las neblinas, las que por lo general no son continuas; pues, a pesar de ser permanentes en esa región, corren según la dirección del viento, dejando siempre algunos minutos de claridad, con lo cual el horizonte se hace más visible a 2 ó 5 millas.

A las 11½ P. M. la neblina fue espesa y constante, por lo cual hube de disminuir el andar a tres millas, ésta continuó en iguales condiciones hasta las 5 A. M. del miércoles, hora en que era menos espesa, que dejaba visible un horizonte, de una milla por lo que se puso la máquina a toda fuerza.

Aunque nos encontramos en la zona peligrosa, tanto por las rompientes y bajos conocidos, como por la neblina o témpanos, se prefirió continuar navegando en esta forma por considerar ser menos peligroso que el no poder llegar ese día al campamento de la Isla, con lo cual nos habría sorprendido la noche y desorientado.

A las 8 A. M. encontramos los primeros témpanos; a las 9½ A. M., en la zona de los grandes témpanos y a las 10.40 A. M., divisamos los primeros Brakers del extremo norte de la Isla Elefante. A las 11.10 A. M. se reconocieron las Seal-Rks, a las 2½ millas de distancia aproximadamente.

Se extremó la vigilancia en todo el buque para avisar a tiempo los grandes témpanos, que en forma de neblina negruzca y de doble altura se divisaban por la proa y costado, vistos en esta forma debido a la neblina y a la refracción solar combinada.

En esta forma se continuó rodeando la isla hasta la 1½ P. M., hora que con gran regocijo de todos se avistaron los náufragos que estaban ubicados en un bajo, teniendo por un lado un grande y notable ventisquero y por el otro notables picos nevados muy característicos en esa Isla.

Al acercarnos al punto indicado se oían las manifestaciones de regocijo y los hurras de estos náufragos.

Se mandó chalupa a tierra a las órdenes de Sir Ernest Shackleton, el que fue recibido por ellos con grandes aclamaciones de júbilo. Regresando el primer bote a bordo que traía la mitad de la gente y algunos bultos, aclamaron a Chile y a su Gobierno.

El segundo bote, que fue por el resto de la gente, hizo otro tanto.

A las 2.25 P. M. se tenía toda la gente a bordo e izado el bote; dándose a esta hora rumbo al norte.

A las 4 P. M. teníamos Seal-Rks a la cuadra y a las 9 P. M. salíamos de la zona peligrosa, siempre con neblina, barómetro alto y temperatura baja.

El jueves a las 8 P. M. el viento rondó al NW y el barómetro principió a bajar, durante la noche la mar fue gruesa, resolviéndose en un mal tiempo que nos molestó bastante y el cual nos acompañó hasta la entrada del estrecho.

El viernes la neblina nos impidió tomar el Canal Beagle, por lo que resolví seguir viaje y tomar el Estrecho.

El sábado a las 6 P. M. avistamos el Faro Dungeness y Vírgenes; puse rumbo a Dungeness a fin de anunciar nuestra llegada. Una vez cerca de éste, vi que era imposible enviar bote a tierra, debido al fuerte viento del W y mar gruesa, por lo cual continué viaje fondeando sin novedad a las 4 P. M. del domingo en Río Seco, de donde anuncié a us. nuestro arribo sin novedad y trayendo los 22 náufragos sin novedad.

A las 10.30 A. M. zarpó con rumbo a ésta, fondeando sin novedad a las 11.30 en este Puerto.

Me permito hacer llegar a us. de que esta comisión se llevó a feliz término por la eficaz cooperación de los oficiales que me acompañaban, del encargado de la contabilidad, que cooperó con entusiasmo, para poder atender debidamente a las 29 personas que se arranchaban en la Cámara de Oficiales, que por su poca comodidad se hacía difícil su atención y otro tanto puedo decir a us. del encargado de las máquinas, que en todo momento se encontró en su puesto y cumplía fielmente las órdenes impartidas.

Respecto de la tripulación, que en su mayor parte era del YÁÑEZ y que acompañó voluntariamente, su entusiasmo y celo en el servicio es digno de encomio y se ha hecho acreedor a la felicitación de sus jefes.

Pongo término a ésta con una nómina de los 25 náufragos de la Expedición de Sir Ernest Shackleton.

Saluda a us.

Señor Comandante en Jefe del Apostadero de Magallanes. L. A. PARDO, Piloto Comandante.

ES COPIA FIEL DEL ARCHIVO DE LA DIRECCIÓN GENERAL DEL PERSONAL DE LA ARMADA.

ESCAMPAVIA "YELCHO". NOMINA DEL PERSONAL NAUFRAGO QUE FORMABA PARTE DE LA EXPEDICION SHACKLETON, EL CUAL VENIA EN EL ESCAMPAVIA "YELCHO" DE LA ISLA ELEFANTE:

Sir Ernest Shackleton
Sr. Francisco Worsky
Sr. Tomas Gream
Sr. Franck Wild
Sr. W. Backewell
Sr. P. Blackeborow
Sr. A. Cheetham
Sr. R. S. Clark
Sr. C. Green
Sr. L. Green Street
Sr. E. Holmess
Sr. W. How

Sr. H. Hadson
Sr. T. Hurley
Sr. L. Hussay
Sr. A. Keerr
Sr. I. Olees
Sr. H. Maklin
Sr. G. Marston
Sr. J. Mc. Leod
Sr. L. Rickinson
Sr. W. Stevenson
Sr. J. M. Bordie
Sr. R. W. James

PUNTA ARENAS, septiembre 5 de 1916.

L. A. PARDO, Piloto 2º Comandante.

ES COPIA FIEL DEL ARCHIVO DE LA DIRECCIÓN GENERAL DEL PERSONAL DE LA ARMADA.

ESCAMPAVIA "YELCHO". NOMINA DEL PERSONAL QUE FORMABA PARTE DE LA DOTACION DEL ESCAMPAVIA "YELCHO", EN EL VIAJE EFECTUADO A LA ISLA ELEFANTE, PARA EL SALVAMENTO DE LA EXPEDICION SIR SHACKLETON:

Piloto 2º	Sr. Luis A. Pardo	Comandante
Piloto 2º Cont.	Sr. León Aguirre Romero	C/cargo
		Contabilidad
Mast. Viv. Mayor	Sr. Jorge L. Valenzuela Mesa	C/cargo
Maquinista Mayor	Sr. José Beltrán Gamarra	C/cargo Máquinas

Personal de la Armada

Mecánico 1º	Nicolás Muñoz Molina
id. 1º	Manuel Blackwood
Guardián 1º	Manuel Ojeda
Marinero 1º	Pedro Pairó
Marinero 1º	José del C. Galindo

Personal del territorio marítimo

Contramaestre 1º	José Muñoz Téllez
Herrero 1º	Froilán Cabañas Rodríguez
Cabo 1º Fogonero	Pedro Soto Núñez
id. id.	Heriberto Cariz Cárcamo
id. id.	Juan Vera Jara
id. id.	Pedro Chaura
id. id.	Luis Contreras Castro
Guardián 1º	José Leiva Chacón
id. id.	Ladislao Gallego Trujillo
Guardián 1º	Hipólito Aries C.
id.	Antonio Colín Parada
id.	Florentino González Estay
Marinero 1º	Clodomiro Agüero Soto
Mozo 1º	Bautista Ibarra Carvajal

PUNTA ARENAS, septiembre 5 de 1916.

L. A. PARDO, Piloto 2º Comandante.

ES COPIA FIEL DEL ARCHIVO DE LA DIRECCIÓN GENERAL DEL PERSONAL DE LA ARMADA.

Pierre Rousseau: Vida y muerte de los inventos*

TODO EL MUNDO ha visto en los alrededores de las grandes ciudades esos cementerios de vehículos donde lamentables esqueletos acaban por enmohecer y dislocarse a todos los vientos. Para cada uno de estos cadáveres los inventores han gastado tesoros de ingenio; ingenieros han palidecido sobre sus planos, químicos se han entregado a experimentos interminables para determinar los mejores materiales y las mejores gasolinas. El último recorrido de estas máquinas ha terminado ahí, en estos cementerios de vehículos muertos a donde los comerciantes de chatarras vendrán mañana a buscar su provisión.

Hay, sin embargo, otro cementerio, más desolado aún, en el cual nos proponemos pasear hoy al lector. Un cementerio extraño donde los muertos no son cadáveres medio desarticulados o motores sin aliento, sino máquinas nuevas listas para girar y llevadas por su constructor al último grado de la perfección. Es el cementerio de los inventos muertos —muertos por su perfección misma y por el hecho de que no eran susceptibles de perfeccionar. Un invento es un poco como un ser vivo que nace, que vive, que crece o que no se desarrolla y muere.

Tomemos como imagen una de esas especies animales que revela la paleontología, que aparecen en una cierta época geológica: se desarrollan, invaden el mundo, luego se encogen, se extinguen y por fin no quedan sino los fósiles.

Si no es sino un perfeccionamiento de lo que existe, procede a menudo de un simple paso racional; el espíritu avanza lentamente a partir de lo conocido y va de deducción en deducción, a la manera del albañil que eleva el muro, capa por capa. Es la manera más lógica de inventar, y no es otra la usada por Edison cuando dio al mundo la lámpara incandescente (partiendo de la que el inglés Swan había ya inventado), el fonógrafo (realizado según el proyecto del francés Cros) o el telégrafo Multiplex (nacido de una idea del austriaco Gintl). El mismo paso gobierna a menudo el descubrimiento científico. Es el camino real, el método cartesiano de Claude Bernard y de Berthelot.

Pero como escribía en una oportunidad en esta Revista, el profesor Pasteur Vallery-Radot, el razonamiento no es el único medio de acceder al conocimiento: hay también la imaginación. Y a la imaginación se deben algunos de los más grandes descubrimientos y de los más sonados.

Ella puede, en efecto, revelar que todo no es perfecto, aquí o allá un problema se plantea. Si muchos creen en el progreso, es de una manera vaga, teórica y casi mística; habituados al ritmo familiar de la vida cotidiana, no se representan los problemas técnicos que puede promover y no imaginan sino confusamente los progresos que podría recibir. Sólo un espíritu inventivo es capaz de discernir en el sector de la vida profesional, por ejemplo, aquí un procedimiento para hacer una máquina más rentable, allá una dificultad práctica por vencer o un vacío por llenar.

*Traducción de Carlos Krumm S.

Cementerios
de vehículos

¿Cómo nace
el invento?

A fines del siglo XVIII no se sabía conservar la carne sino secándola, salándola o ahumándola. Esto bastaba a la mayoría de los consumidores y sólo los marinos regañaban, cuando durante días y días recibían su sempiterna ración de pemmican¹. Tentar de conservar la carne guardándole sus cualidades originales era una quimera que no cabía en la mente de ningún hombre sensato. Uno, entre ellos, sin embargo, se planteó el problema y lo resolvió, el francés Appert que, como se sabe, inventó las conservas.

Así, la primera condición para inventar es de no dormirse en la rutina.

*Los primeros
automóviles*

Cuando hacia 1900, se propagaron los primeros automóviles era necesario cambiar el juego de neumáticos al cabo de algunas centenas de kilómetros: en 1906, en la carrera de 1.239 kilómetros del Gran Prix, ¡el piloto Rougier debió cambiar cuatro veces neumáticos! Casi todos los conductores consideraban esta servidumbre como ineluctable, la contrapartida impertinente de los agrados de la motorización y muy pocos buscaban el medio de esquivarla. Felizmente, ingenieros dotados de imaginación y anticonformistas se propusieron resolver el problema cambiando no el neumático sino la rueda misma.

Bien entendido no basta representarse un problema para estar en condiciones de resolverlo. Es necesario estar en posesión de todo lo adquirido, de todo el saber relativo al problema estudiado. He aquí una condición del invento. Ni Appert, ni los inventores de la rueda amovible abordaron de improviso la cuestión que les interesaba. Su imaginación no impedía a estos investigadores asimilar todos los conocimientos técnicos concernientes a la cuestión, y profundizarlos suficientemente para discernir los resultados posibles.

*Receptor de
radio de T.
S. H.*

Recordemos el imponente aparato que acompañaba, hacia 1922, a un receptor de radio —de T.S.H., como se decía en ese tiempo, con sus pilas y sus audífonos. Sin duda muchos de los usuarios se preguntaban cómo deshacerse de esos accesorios embarazosos. René Barthélemy fue el primero en dar la respuesta, porque hombre de imaginación, era al mismo tiempo un sabio ingeniero investigador. Habiendo sondeado el problema a fondo, había tenido la idea simple, pero genial de enchufarlo a la línea eléctrica del sector.

El invento no puede, pues, nacer sino de una larga reflexión, de un trabajo intelectual, paciente y minucioso. Se debe entender en tal sentido la famosa definición de Buffon, "el genio es una larga paciencia", y la respuesta de Newton a quien preguntaban un día como había llegado a descubrir la gravitación universal: "Pensando siempre en ella". A fuerza de estudio y de meditación, llega un momento en que el espíritu se satura completamente del problema que le ocupa. Conoce todos sus aspectos, ha examinado todas sus fases. Es el momento propicio en que manejando todos esos elementos, brota el invento esperado.

Y sin embargo, no es generalmente a consecuencia de este trabajo de reflexión consciente y voluntaria en que se muestra la idea. En este momento, en efecto, el subconsciente entra en escena y toma la tarea; por lo demás de él únicamente depende que se ponga o no en movimiento la inspiración.

La inspiración: la palabra puede sorprender al aplicarse a un ingeniero que persigue el perfeccionamiento de una máquina, a un físico en la utilización práctica de algún fenómeno o a un matemático en busca de un método analítico nuevo.

Pero como decía hace un año Jacques Rueff en su discurso de recepción en la Academia Francesa: "Pienso, con Jean Cocteau, que Braque es un poeta de la pin-

¹Pemmican. Alimento de carne seca con ingredientes imputrescibles.

tura, Stravinsky un poeta de la música, y que Einstein, Niels Bohr o Luis de Broglie, son los poetas de la física moderna". En muchos casos, por lo demás, el don de creación científica hace buena pareja con el don de la creación artística. Pensemos en Leonardo da Vinci, que tuvo renombre, en su tiempo, como gran sabio y gran mecánico; pensemos en Galileo que, a la inversa, comenzó mostrándose como un pintor de porvenir al punto que "los artistas más célebres estimaban suficientemente la pureza de su gusto para recibir y buscar su consejo (Joseph Bertrand). Pensemos en Ampère, fundador de la electrodinámica y poeta lamartiniano; en Charles Richet, fisiólogo de primera magnitud, hombre de teatro, poeta y fabulista; pensemos todavía entre muchos otros, en nuestro contemporáneo Pius Servien, muerto, casi desconocido en 1959, autor de trabajos sobre el cálculo de probabilidades y la teoría de los quanta, de versos, que le valieron la amistad de Paul Valéry, y de piezas musicales de talento.

Por lo demás, sea en Arquímedes, en Musset, Watt, Henri Poincaré, Wagner o Zenobio Gramme, la inspiración se abre paso en las mismas condiciones y con la misma aparente fantasía. Después del trabajo de preparación intelectual intenso de que hemos hablado, el invento madura en el subconsciente, luego, un buen día, después de algún fenómeno exterior fortuito, surge de golpe en la conciencia clara. Acordémonos de Arquímedes saltando fuera de su baño gritando "Eureka"; de James Watt paseándose en un jardín público de Glasgow y súbitamente iluminado por la visión de la máquina de vapor moderna; de Henri Poincaré, subiendo a un ómnibus y sorprendido por la definición de ciertas funciones matemáticas que había buscado en vano en su mesa de trabajo. Inspiración pariente estrecha de la que Musset recibía ciertas noches o que dictaba a Wagner el preludio del Oro del Rhin, bajo la influencia, cuenta él, de una pesadilla provocada por la disentería y el mareo. ¿Y la conservación de la energía, no se impuso al espíritu de Robert Masyer en el curso de un viaje a Batavia a consecuencia de reflexiones sobre las modificaciones del metabolismo debidas al calor de los trópicos? Y un ejemplo reciente, ¿no nos muestra al físico americano Townes vagando, una mañana de 1952, en una calle de Washington, esperando una cita, soñando en problemas de su especialidad, bruscamente sorprendido por la intuición de un mecanismo de amplificación electrónica derivado de un trabajo de Einstein en 1917 —y fue ni más ni menos el invento del laser?

Todos estos hechos muestran que se nace inventor y que el don de invención, salido de una imaginación vigorosa, no se cuida de grados académicos ni de calificaciones sociales. ¿Por qué la dinamo, madre del alternador, fundamento de la producción energética moderna, salió de las manos de un maestrillo autodidacta que no había, sin duda, oído jamás hablar de Ampère ni de Faraday, y no del cerebro de uno de los físicos distinguidos que en esa época se esforzaban en la misma investigación? ¿Por qué Gramme y no Pacinotti? Probablemente porque Gramme, ignorando —y con razón— las dificultades científicas de la empresa, se lanzó en ella con intrepidez; en tanto que Pacinotti, intimidado por estas dificultades, reputadas infranqueables para la ciencia de la época, se dejó atemorizar y paralizar por ellas. Por la misma razón la teoría de la relatividad restringida fue descubierta, no por Henri Poincaré, de la que estuvo a dos dedos, sino por un joven investigador desconocido, de instrucción matemática rudimentaria en comparación con la de Poincaré y que barrió los obstáculos en que éste se había empantanado y que se llamaba Einstein.

Una de las características más singulares de la inspiración es la de surgir de im-

*Inspiración
de los inven-
tores*

proviso. Mozart lo reconocía, lo mismo que Helmholtz². El primero escribía: "Cuando me siento bien y estoy de buen humor, o que viajo en coche, o que paseo después de una buena comida, o en la noche cuando no puedo dormir, los pensamientos me vienen en tropel y con gran facilidad", y el segundo: "Debe haber una hora de renovación física y de expansión tranquila antes de que las buenas ideas me aparezcan. Ellas estaban a menudo allí cuando me despertaba. Pero les gustaba también hacer su aparición cuando me paseaba tranquilamente en las colinas boscosas en tiempo asoleado".

Sería aquí el lugar de hablar de los inventores que dan todo a sus ideas, hasta sus vidas, y de los cuales la historia de las técnicas ha registrado sus nombres. Contémoslos con citar entre muchos otros, y para no hablar sino de franceses, los de Beau de Rochas, creador del ciclo de cuatro tiempos, de Tellier, inventor del frío artificial, de Thimonnier, inventor de la máquina de coser y de Michaux, inventor del velocípedo, los cuatro muertos de miseria. Agreguemos a la lista los de Leblanc, fundador de la industria química, que se dio la muerte como lo hiciera Pénaud, preinventor del avión moderno (¡hace cerca de cien años!) y hace sólo tres años Pierre Bossu, pionero del arranque eléctrico y del sistema de alumbrado del automóvil.

Pero no hablaremos de las tribulaciones del inventor y continuaremos interesándonos sólo en su obra. En efecto, el rayo de la inspiración no está en todas partes: no es sino una intuición que debe desarrollarse, precisarse, materializarse. Para poner la idea en ejecución no es a la imaginación, a la fantasía, a la vivacidad del espíritu que debe recurrirse, sino al buen sentido, a la reflexión y al saber.

Únicamente la ciencia es capaz de fecundar la idea primitiva y darle un cuerpo. Sin la intervención de los sabios, la máquina de Gramme habría quedado como un aparato rudimentario, derrochador de energía sin perfección posible, como la "bomba de fuego" de Newcomen y el carricoche de Cugnot sin Watt y sin Bollée. Pero en esa segunda fase del invento el inventor debe plegarse a estrictas reglas científicas, las de las matemáticas, de la física, de la mecánica, de la resistencia de materiales.

Muchos de los iluminados por la inspiración se muestran incapaces de abordar esta segunda etapa. Ahí es donde aparece la distancia que separa la idea original, más o menos vaga, humosa, de un proyecto serio formado por la inteligencia racional. Se comprende que muchos se queden en la primera etapa. Por otra parte a los otros, a los que llegan a hacer pasar su proyecto en el plano práctico, el éxito no está por esto garantizado porque, aun cuando impulsen sus ventajas hasta la comercialización, queda por saber si el público ratificará.

El inventor puede haber realizado el más bello invento del mundo, no será nada si la sociedad no lo adopta. Y no adopta sino aquel invento que corresponde a una necesidad. Son legiones los ejemplos de esta verdad: ¿cuántas realizaciones de calidad se perdieron porque no correspondían a ninguna necesidad de la época, a ninguna demanda del público? Recordemos el caso del barco de vapor que fue un fracaso en 1778 con Jöuffroy d'Albans porque en el estado primitivo de la técnica este género de propulsión no significaba casi ninguna superioridad sobre la vela; tuvo éxito treinta años más tarde con Fulton; recordemos todavía el caso del cinemascopio desarrollado en 1837 por Henri Chrétien, del que las gentes del cine no hicieron caso alguno. La industria del cine estaba entonces en plena prosperidad y ofrecieron sólo en 1953 un arreglo a Chrétien a fin de reconquistar un público que abandonaba el cine por la televisión.

²Helmholtz, gran físico alemán (1821-1894), que influyó en los progresos de la termodinámica, la acústica, la fisiología del ojo, etc.

Es por lo demás, el don de los grandes inventores de adivinar las necesidades de sus contemporáneos para prepararles el invento que reclaman. Era el de Bessemér y de Edison que tenían un sentido tan agudo de sus necesidades que no se lanzaban en un trabajo sin estar seguros de su éxito. Este don explica también que ciertas creaciones sean simultáneas. Es así como el invento del teléfono fue inscrito el mismo día, a dos horas de intervalo, por Bell y por Gray; análogos son los casos de la fotografía en colores por Cros y por Ducos du Huron, de la licuefacción del aire por Cailletet y Pictet, del helicóptero por Cornu y Richet, etc.

Acabamos de detallar extensamente el nacimiento del invento. Nos falta hablar de su vida. Puede definirse por una fórmula muy simple: aún perfeccionado al más alto grado, el invento no dura sino el tiempo en que continúa respondiendo a la necesidad inicial. Superada ésta, perece y termina por ceder su lugar a otros. El alumbrado eléctrico de arco, por ejemplo, persistió mientras se trataba de alumbrar faenas, plazas públicas o hipódromos. Los particulares quisieron también usarlo. Muchos electricistas como el ruso Jablochkoff, se ingeniaron en perfeccionarlo. Pero la lámpara de arco no era en absoluto perfectible y otros inventores atraparon el problema por la vía, totalmente diferente, de la incandescencia. Fue así como, consecuencia de los trabajos de W. de la Rue, de Grove, de Staite, de Swan y de Edison, apareció la nuestra familiar ampolla eléctrica.

Alumbrado
eléctrico

En el dominio de la navegación transatlántica, para responder también a una necesidad —la de transportar rápidamente mercaderías caras, como el té, el opio... y los negros—, el americano Mac Kay lanzó hace cerca de cien años el tipo de velero clipper. Era tan rápido que tuvo a raya a los vapores hasta fines del siglo. Del mismo modo en el sector de las telecomunicaciones, donde por necesidades del tráfico telefónico a larga distancia el físico servio Pupin inventó hacia 1900, un procedimiento que se usó mientras no se impuso una técnica más moderna.

Estos dos últimos ejemplos hacen aparecer una circunstancia capital en la vía del invento: para responder al deseo de navegar más ligero o de telefonar más lejos, se perfecciona en primer término el sistema en uso, haciendo del tres mástiles ordinario un clipper y agregando a los cables telefónicos dispositivos de *pupinización*. La eficacia del sistema se ha llevado al máximo, pero el invento llegado así a su término, deja por lo mismo de ser perfectible. Las necesidades continúan evolucionando y no pueden seguirle y es forzoso que los investigadores se tornen hacia técnicas completamente diferentes —el vapor en el primer caso, la electrónica en el segundo.

Comprobación curiosa: el invento desaparece de la escena cuando ha llegado a su más alto punto en rendimiento y perfección.

La historia de las técnicas es la de los inventos que aparecen en toda su magnificencia y, después de una existencia más o menos prolongada se eclipsan discretamente. Y ya que hablábamos de los clippers, cuántos no se acuerdan aún de los grandes veleros de comienzos del siglo, como el *France II*, gloria de la armada francesa, que un día batió las 420 millas a una velocidad media de cerca de 18 nudos³, otro de los inventos que desapareció un poco antes de esta época en el apogeo de su progreso: el telégrafo Chappe. Se sabe que este aparato con sus grandes brazos móviles, no necesitaba sino dos minutos para transmitir un despacho de Lille a París y veinte solamente de París a Tolón. La velocidad comercial actual no es mayor, pero las comunicaciones no están a merced de la noche o del mal tiempo.

³420 millas: 778 km, 18 nudos: 33 km/hora.

El carruaje a vapor

Otra tumba aún en el cementerio de las técnicas: la del carruaje a vapor. El último, el de Serpollet (hacia 1900) no tenía nada en común con el de Cugnot o de Bollée. La caldera era un serpentín calentado con petróleo y la puesta en presión se efectuaba en algunos minutos. El motor era de cuatro cilindros y la velocidad podía alcanzar los 120 Km/h. Una máquina cuya concepción óptima no deja ya lugar al progreso y que debía fatalmente desaparecer frente al coche a gasolina.

Por otra parte, es necesario comprobar que la máquina de vapor clásica de Watt, de pistones y movimiento alternativo, ha desaparecido también casi por completo. El taller del gran ingeniero, en Birmingham, fue demolido en 1956; de su máquina no subsiste en nuestros días sino el condensador; y la locomotora de vapor que era el prototipo más familiar y conocido, está a punto de dar el último suspiro. Lo da en belleza y en la cima de su potencia, pero desde ahora el 70% del tráfico ferroviario francés lo hace su rival eléctrica.

Estas son muertes lentas, laboriosas y progresivas. Al contrario, en el dominio militar, la muerte de los inventos es rápida, acelerada y espectacular. La del acorazado, por ejemplo. El gran navío de línea salido de la tradición del Dupuy de Lôme y al llegar al sumum de la potencia de fuego, ha sido abandonado, y cambiado por los portaviones o navíos con cohetes: el gran avión de hélices está relegado a empleos secundarios y basta citar los nombres de Caravelle y Concorde para apercibirse que el desastre de la hélice ha alcanzado al sector civil. Pero, ¿no pasa lo mismo con el cañón y la artillería clásica, suplantados por el cohete?

Un paseo por el cementerio de los inventos muertos es tan pintoresco y variado como melancólico. Junto al lugar donde se ha comenzado a cavar la tumba del avión de hélice, se encuentra ya cubierta de hierba, la del dirigible. Más allá la de la pluma de escribir. La pluma metálica, debida al francés Arnoux en 1750 y vulgarizada luego de la difusión del acero por Bessemer, está a punto de reunirse con los restos de la pluma de ganso, y proclama su derrota ante la estilográfica.

No terminaríamos de inventariar todos los inventos que sucumben actualmente bajo la presión de las novedades, nacidas del incremento continuo de las necesidades. ¿Debemos hablar de la imprenta con caracteres móviles cuya larga existencia (desde Gutenberg), está amenazada por procedimientos fotográficos del género Lumitype? ¿Del motor de explosión de pistones, tan perfecto hoy, cuyo reino está en peligro de abreviarse considerablemente a la vez por el motor de reacción y por un motor rotatorio del cual ya se habla? ¿De las materias naturales cuyo imperio se acaba cuando se levanta el de las materias sintéticas? Pero más que todos estos inventos, probablemente la desaparición de la rueda está llamada a hacer noticia en el mundo.

La rueda, el último de los grandes hallazgos de la humanidad prehistórica, es tal vez lo más importante de todos los tiempos.

Los especialistas fijan su lugar de nacimiento en el medio oriente y su origen hacia el año 4500 a. de C., aun cuando el movimiento circular haya sido conocido desde fines del Neolítico. Se sabe la buena suerte que conoció, desde el torno de alfarero y el carro (hacia 3500 antes de J. C. en Mesopotamia): no solamente llegó a ser el elemento indispensable de los transportes terrestres, sino que tomó la misma importancia en toda la mecánica, desde el molino de viento hasta las máquinas más modernas. ¡Sin rueda, no hay máquina, por consiguiente no hay industria!

Pero he aquí que la todopoderosa rueda se debilita y en muy diversos dominios su presencia cesa de ser necesaria. El motor de avión no usa la hélice y recurre a una tobera; la máquina de calcular repudia las ruedecillas en uso desde Pascal y se sirve de tubos electrónicos; la rueda del vehículo está a punto de ser suplantada por un cojín de aire. Después de setenta y cinco siglos de hegemonía, la rueda ve apuntar la aurora de una larga agonía.

Sin duda, su desaparición no está próxima —existirán durante siglos aún carretillas, bicicletas, volantes de motor, pero su supremacía desde ahora ya no es total ni indiscutida. La rueda ya no aparece como la herramienta indispensable de la industria humana; se revela reemplazable y mortal.

Habíamos creído este artificio, antinatural, tan durable como la civilización misma. Tal vez dentro de siglos, nuestros descendientes irán a examinar sus especímenes al cementerio de los inventos muertos, donde ella, la rueda, se habrá reunido con la máquina de Pascal, la silla de manos y el murciélago de Ader.

Carlos Vicuña Fuentes: Discurso sobre la Paralógica

I Unidades energéticas

LOS SERES que verdaderamente existen, esto es que son individuales y concretos, existen porque constituyen *unidades energéticas*, y sólo subsisten mientras esa unidad energética se mantiene.

Las partículas mínimas de energía o de materia, que cada ser pierde minuto a minuto mientras dura, van a integrar otros seres, otras unidades. El ser de que esas partículas fugitivas formaban parte, tiende siempre a reconstituirse, asimilando partículas del medio. Cuando no puede ya asimilar nuevas, se disgrega definitivamente: su unidad energética desaparece y él mismo muere o deja de existir.

La muerte de los seres vivos es sólo una primera fase, porque el cadáver conserva algo de la unidad que caracterizaba al ser vivo. Empieza entonces una segunda muerte de los seres que creemos muertos, los que padecen una disgregación más profunda, atómica o molecular. Sólo esta última disgregación constituye la muerte definitiva de los seres.

La posibilidad de que esas partículas que dispersó la vida o que dispersó la muerte, se congreguen de nuevo y restablezcan la misma antigua unidad energética, es nula.

No hay resurrección ni para los vivos ni para los muertos. Ni las flores, ni las mariposas, ni los hombres, ni los soles ni las estrellas, ni las galaxias, una vez desintegrados, vuelven a su ser primero.

El *devenir*, la sucesión indefinida de los seres, es irreversible.

El hombre singular, y su madre, la Humanidad, que a cada minuto lo crea, lo cría y lo recrea, lo transforma y lo destruye, son de esas unidades energéticas, en eterna lucha contra la desintegración, que lo borra, lo ha borrado y lo borrará de la superficie de este amado planeta, que tampoco es inmortal.

Los amigos de la sabiduría de la estirpe de Pitágoras, que se apellidan a sí mismos filósofos, se han empeñado desde hace siglos en ver en el hombre, no una unidad energética, análoga a la que advierten en la piedra, en la mariposa, en la pepa de la manzana, en el sol o en los planetas, sino una *dualidad*: dos unidades, rivales o amigas, que no sólo conviven, sino que, separándose, una de ellas, la grande, la concreta, la fuerte, la fecunda, muere, y la otra, la tímida, la vencida, la impalpable, se escapa viva y eterna, inmortal y libre de toda contingencia.

Esta concepción dual de la existencia de los hombres es lo que separa de los positivistas a todos los demás filósofos y sabios, fetiquistas, metafísicos o científicos, y a la turba de vagabundos nebulosos que confunden la fantasía con el pensamiento.

Toda doctrina fundamental, toda ciencia sistemática parte de algunos *postulados*, es decir de proposiciones afirmativas simples, elementales, cuya evidencia no discutimos porque la sentimos que nace de una experiencia primaria, inmediata y directa, superior a toda duda.

Seguramente muchos postulados son falsos, o por lo menos no son suficientemente generales ni reversibles; pero los admitimos porque son la base del encadenamiento filosófico o científico. Sin ese encadenamiento no hay ciencia ni filosofía, sino ideas dispersas, meramente empíricas, que no pueden formar doctrina.

Pienso, luego existo, el postulado cartesiano, es suficiente para probar la existencia real de los seres pensantes; pero los que no piensan, y aun los que piensan, pero sin claridad, la fuerza y la lógica de Renato Descartes, ¿acaso no existen?

Existir realmente, existir como individualidad concreta, no supone necesariamente pensar: sólo supone que la unidad sinérgica funcione, o por lo menos, resista, si no funciona activamente. Mi postulado es que los seres existen en la medida en que conservan su unidad energética. Por eso no forman parte de los seres las excrecencias parásitas que pueden ser eliminadas sin detrimento.

Pero volvamos al principio: así como la unidad del cosmos es inconcebible si partimos del postulado teológico de un dios inmaterial anterior al cosmos, que lo haya creado de la nada, en un momento dado de la existencia de ese mismo dios creador, que hoy convive con su creación, es también inconcebible para la mente positiva la premisa arbitraria de un alma espiritual distinta del cuerpo, que conviva con él en el hombre, lo gobierne, lo ilumine, le dé vida, y lo mate al final, separándose de él, para seguir viviendo sola, sin materia ni energía.

Postulamos los positivistas la unidad energética del hombre, análoga a la que advertimos en la piedra, en el perro, en la mariposa, en la *Viola odorata* de Linneo. El alma es el cuerpo, el cuerpo es el alma; el uno y la otra son manifestaciones de una sola unidad energética.

Manifestaciones diferentes, como lo son el ojo y la mano, la palabra y la respiración, que no pueden subsistir separadamente, sino como partes muertas, disgregadas, o reliquias.

La experiencia cotidiana inmediata nos demuestra la existencia de los fenómenos subjetivos, internos o íntimos: sentimientos, emociones, pasiones, nociones, juicios, estados de conciencia, decisiones voluntarias de la mente, en suma toda una enorme carga explosiva, que tiende a proyectarse hacia el mundo exterior.

La reflexión y la meditación nos imponen la evidencia de que tales fenómenos subjetivos son, para el hombre, fundamentales, trascendentales, subordinantes en su vida, avasalladores, y son los únicos que nos permiten darnos cuenta de la existencia de los otros, de los objetivos o exteriores, y por esta vía, conocerlos, clasificarlos, dominarlos y advertir que los seres vivos están en un eterno antagonismo, caótico, con el medio físico, el que a menudo los aplasta y los destruye, y otras veces los nutre y los protege.

Porque es también un postulado que ese medio físico, ese mundo exterior, existe, aunque la mente humana no se gobierna por él, sino por las imágenes y demás reacciones que él provoca y determina en ella.

La mente, el cerebro del hombre, es el órgano creador del mundo subjetivo, su sede propicia, su madre protectora, que lo nutre y lo educa o modifica.

¿Cómo nace, cómo se desarrolla, cómo funciona ese órgano esencial del mundo subjetivo? ¿Qué elementos lo constituyen? ¿Cómo se organizan? ¿Cómo sucede que ese mundo subjetivo sea lo principal del hombre vivo, su dicha suprema o su mayor desgracia, y no sólo del hombre singular, sino también de su creación más grandiosa y benéfica, la Humanidad, continua, milenaria, indefinida, maestra y esperanza del hombre?

Para dominar estos problemas de la crítica filosófica debemos seguir el único camino que se trazaron y siguieron los verdaderos sabios que han llegado a dominar las demás disciplinas científicas o morales: observar, experimentar, analizar, meditar.

Este método presenta un problema previo muy grave: el mundo del espíritu está dentro de nosotros mismos, y el instrumento que tenemos para observarlo, experimentarlo, analizarlo y para meditar sobre él, es ese mismo mundo subjetivo, es nuestro propio pensamiento. ¿Cómo podrá él actuar eficazmente siendo a la vez la

materia de estudio y el observador, el experimentador, el analista y el coordinador meditativo de los datos de su experiencia y de los métodos y resultados de sus análisis?

Cuando en el siglo XIX creyeron los metafísicos haber descubierto la Psicología, tomaron intrépidamente un camino equivocado: creyeron que el método de la *introspección* iba a darles todas las luces necesarias, y sólo consiguieron extraviarse en un dédalo de divagaciones.

Para estudiar los procesos subjetivos y formular respecto de ellos una doctrina cierta y coherente, hay que observarlos fuera del investigador mismo: en los demás hombres, en los niños, en los animales, en las reacciones de la materia viva, y sobre todo, en los productos o resultados que ellos dejan en el mundo exterior, en el lenguaje, en las obras de la ciencia, del arte, de la industria, de la política. Sólo este método objetivo nos dará nociones positivas y claras, como las que sacan los arqueólogos de las huellas y artefactos que excavan de las ruinas.

Un hecho decisivo salta a la vista: los seres vivos, animales o plantas, reaccionan enérgicamente ante el mundo exterior. Lo eluden, lo devoran, lo aprovechan, lo dominan, lo vencen, o son víctimas de su masa abrumadora, y caen vencidos, aplastados, aniquilados por él. En ese certamen, en esa lid eterna, los guía o los extravía la *noción* que tienen de él, su experiencia individual o atávica, el eco instintivo de la experiencia ancestral, que sirve al individuo efímero para prolongar su vida precaria en la vorágine del medio.

Esta experiencia del mundo, esta imagen subjetiva de lo que pasa o debe pasar fuera de nosotros, es lo que llamamos *pensamiento*, que es sólo una actividad celular de la central nervioso-cerebral provocada por la acción del mundo sobre ella. Los seres vivos toman así conciencia del mundo exterior y guardan de él una imagen, una noción, una emoción, un impulso voluntario.

En el hombre la imagen visual, la más fuerte y nítida de todas, se manifiesta como un cuadro mental, que suponemos un trasunto fiel de lo que sucede *realmente* fuera de nosotros.

Ninguna certeza directa tenemos de la fidelidad de tal cuadro mental, de que él corresponda efectivamente a lo que pasa fuera, de que él registre o copie la realidad objetiva, de cuya existencia estamos ciertos; pero esa noción, ese pensamiento, es la realidad suprema de nuestro espíritu, el lazo que liga la mente con el mundo.

Esa certeza subjetiva autorizó a Descartes para afirmar, sin duda alguna, su propia existencia: *Cogito, ergo sum*; pienso, luego existo.

La voz pensamiento, como casi todas las palabras de contenido semántico, tiene muchos significados particulares, acepciones o matices. En el postulado cartesiano significa solamente *actividad mental*.

El hombre, y especialmente el sabio, es muy ambicioso de nociones y ávido de su propia actividad mental. Se diferencia en este punto de los demás animales inteligentes, el perro, el caballo, el elefante, el asno, los cuales se contentan con conocer las cosas inmediatas, la comida, el agua, el amo, la compañera, la querencia, la ciudad, y a veces los regimientos y su música, y tal vez los coroneles.

El hombre va mucho más lejos: quiere conocer el cosmos, el sistema planetario, la tierra toda, su flora, su fauna, sus entrañas, sus montes y sus mares. Quiere entender al pueblo, saber de las naciones extrañas, investigar las leyes naturales del mundo y penetrar las causas de las cosas.

Esto último es su suprema ambición: *vere scire est per causas scire*, el verdadero saber es el saber a través de las causas. Lo demás es erudición concreta, intrascendente. Ya lo había dicho Virgilio:

¡Felix qui potuit rerum cognoscere causas!

¡Feliz quien pudo conocer las causas de las cosas!

Lenta y penosamente el pensamiento del hombre, su mecánica y humilde actividad mental, al comienzo en todo semejante a la del pájaro o a la de la mariposa, crece, crece y se complica, hasta llegar a ser un mundo más grande que el otro, porque lo desborda y lo puebla de nuevo con la fantasía creadora, que se caracteriza porque prescinde atrevidamente de la realidad y de la experiencia, y se hace señora del alma. Lo que no existe objetivamente toma cuerpo y se agiganta, y guía o amedrenta a los míseros mortales, incapaces, a menudo, de separar la realidad del ensueño, los mundos objetivos de las creaciones del espíritu.

Miríadas de nociones, de juicios, de emociones, de conjeturas, de hipótesis, de fantasmas, de seres irreales, de sueños, se agitan en el alma del hombre, y a todos ellos, lógicos, ilógicos, paralógicos, reales, irreales, claros, oscuros, ciertos, erróneos, absurdos, geniales, obtusos, fabulosos o quiméricos, los llamamos también *pensamientos*.

De un hombre a otro, tomado al azar, hay verdaderos abismos mentales, mayores tal vez que los que puedan distanciar la mente de ciertos hombres de la de algunos animales. Hay perros que piensan como sus amos, y hombres que no lograrán nunca pensar como un sabio, como un poeta o como un filósofo.

Toda la infinita y caótica actividad mental de los seres humanos puede y debe estudiarse en sus proyecciones al mundo exterior: lengua, nociones, enseñanza, ciencia, poesía, técnica, arte, religión, filosofía, política, consejos, folklore, mitos, supersticiones, delirios, fábulas, costumbres, construcciones, productos industriales, artesanado, edificación, herramientas, armas, joyas, juguetes, etc., todos los cuales son un trasunto objetivo del pensamiento del hombre.

En esa muchedumbre hay un corto número de pensamientos que se consideran de valor definitivo para la Humanidad misma, la cual, mejorándolos y depurándolos constantemente, va formando con ellos la técnica, la ciencia, la política y la filosofía, que constituyen el mayor tesoro del hombre social, porque su conjunto favorece la convivencia, aumenta el bienestar, consolida el orden, estimula el progreso, fortalece la paz y garantiza la victoria del hombre sobre la tierra.

La característica más valiosa de este pensamiento superior, depurado y resistente, es que él es *lógico*, es decir coherente, verdadero, adaptado a la experiencia demostrativa y subordinado a los hechos reales del mundo exterior.

No siempre la palabra *lógico* ha significado esta subordinación de la mente a los hechos, de las construcciones subjetivas a los materiales objetivos.

Para los griegos, que adoptaron primero esta expresión, enriqueciéndola, *logos* (λογος) era la palabra, el lenguaje, el discurso, la proposición, la noticia, la fama, el relato, el apólogo, la historia, la prosa, un libro en prosa, es decir encerraba una multiplicidad de acepciones, relativas todas a la manifestación verbal, externa, de cualquiera actividad mental. Y su adjetivo *logikos*, *logiké* (λογικός, λογική), también significaba "relativo al discurso", "elocuente", y por extensión, "razonable" o "hábil para razonar", y de allí, "lógico", "demostrativo" o "concluyente".

En griego los numerosos derivados de estas voces siempre aluden a la palabra, al discurso hablado o escrito.

Ya en Platón, sin embargo, la raíz *logos* significa pensamiento. En su *Apología de Sócrates* pone en boca de éste el neologismo *logofobia* con el sentido de *horror a la verdad*.

Para los modernos la *lógica*, el adjetivo *lógico* y los abundantes derivados de esta voz, se refieren preferentemente al *pensamiento* y en especial a un tipo de

pensamiento superior, científico, verdadero, coherente, que registra con seguridad la experiencia y demuestra la verdad.

Durante siglos, entre estas dos acepciones extremas, la griega limitada al verbo y la moderna relativa al pensamiento maduro, una lenta evolución semántica ha dado al término sucesivamente el sentido de *razonado*, de *concatenado*, de *riguroso*, de *natural*, de *científico*, de *deductivo*, de *evidente*.

Hoy mismo, para la gente que habla o escribe despreocupadamente, dando a las palabras su significado natural y obvio, esto es espontáneo o repetido inconscientemente por el vulgo, la palabra *lógico* sirve para expresar varias nociones distintas.

Veamos algunas:

a) *Lógico* se aplica a cualquier encadenamiento que creamos plausible de las proposiciones del razonamiento. Basta que en una narración los hechos se sucedan cronológicamente para que digamos que está hecha con *lógica*; basta que los actos narrados correspondan a las reacciones pasionales de los personajes, para que reconozcamos que en ellos hay *lógica*.

b) Llamamos especialmente *lógico* el encadenamiento legítimo de las proposiciones, y principalmente el encadenamiento *deductivo*, de premisas generales a conclusiones particulares. Este encadenamiento deductivo puede ser falso; pero su error no le quita que sea *lógico*, si se aceptan las premisas erróneas o insuficientes: la propiedad es un robo; los ricos son propietarios de los bienes corporales; luego son ladrones. Los ladrones deben ser despojados de las cosas robadas y éstas, devueltas a sus dueños; los dueños de las cosas de los ricos son los pobres; luego hay que despojar a los ricos para enriquecer a los pobres.

Estos sofismas y otros semejantes, que se anidan en las mentes paralógicas, se apoyan en premisas falsas. Su encadenamiento es lógico, pero las conclusiones son erróneas. Los niños, los locos, los ignorantes, los que hablan o escriben sin haber pensado suficientemente, usan a menudo de esta *lógica* aparente, la cual en la época de la metafísica magistral estuvo en gran honor.

c) También *lógico* significa *necesario*: la venganza es *lógica* consecuencia de la ofensa; el castigo lo es del delito; el accidente, a su vez, lo es del descuido o negligencia.

d) También significa *natural*: el incendio destruyó *lógicamente* lo que era más combustible: la leñera y la biblioteca.

El incendio no razona; no saca consecuencias de los hechos del mundo; pero se desarrolla de una manera *natural*, que llamamos *lógica*, como si ese incendio fuese un razonador y eligiera, razonando legítimamente, lo que debía consumir primero.

e) También para nuestra mente es *lógico* todo hecho indudable, evidente, que se impone al espíritu. Todos los postulados nos parecen *lógicos*; todos los hechos de la naturaleza, la salida y la puesta del sol; los fríos del invierno, los calores del verano; las flores de la primavera y los frutos maduros del estío.

f) También es *lógica* toda experiencia personal directa, indudable. Pesa ella sobre nuestra mente más que todo razonamiento, y ninguno es capaz de destruirla. Al que vio por sus propios ojos que Pedro mató a Juan, no lo convencerá ningún abogado, ninguna sentencia judicial, ningún argumento, de la inocencia de Pedro. Es la suya una certidumbre *lógica*.

Para la filosofía positiva el significado más legítimo de la palabra *lógico* es el de *subordinado a la experiencia*. La *lógica* positiva es la subordinación de la mente a los hechos, de las construcciones subjetivas a los materiales objetivos.

Cuando hay conflicto o discrepancia entre lo que pensamos y lo que realmente sucede, entre la mente y los hechos, los hechos tienen la razón, y la mente debe

modificar su apreciación de ellos, porque se encuentra ante una irrefutable *demonstración*.

El pensamiento positivo es así intelectualmente humilde: debe renunciar a su vieja y orgullosa soberanía y aceptar que los hechos del mundo valen más que sus más atrevidas especulaciones.

Este pensamiento humilde, sometido a la demostración de los hechos, es el único pensamiento soberano, el único que puede hallar la verdad científica, filosófica o moral; el único digno de gobernar la mente, la conciencia, el corazón y la conducta de los hombres verdaderos.

¿Qué parte cuantitativa de nuestra actividad mental es el pensamiento lógico o positivo, el pensamiento maduro, depurado, sabio, cierto, subordinado a los hechos del mundo, tales como ellos objetivamente se suceden, dentro y fuera del hombre?

En verdad el pensamiento lógico, ese maravilloso instrumento del hombre para dominar el mundo, es infinitamente pequeño en cantidad con respecto a la catara sin bordes de las demás actividades del espíritu.

Si a ellas las llamamos también *pensamientos*, es indispensable hacer una separación neta entre esa vorágine caótica y el pensamiento positivo.

Éste está constituido por las nociones o conocimientos experimentales que sacamos de nuestra investigación inquisitiva y rigurosa del mundo; por las categorías generales, abstractas, que extraemos de esa misma experiencia; por los juicios definitivos y ciertos sobre las leyes naturales que el análisis de los hechos y la meditación nos permiten formular; por el enunciado sistemático de las constancias estáticas o dinámicas que logramos comprobar en los fenómenos del universo; por los postulados y principios científicos, filosóficos o morales, que el estudio del mundo nos permite formular como base segura de nuestros raciocinios y cálculos, y por las consecuencias o conclusiones que inferimos legítimamente de todo ese bagaje mental.

Fuera de este microcosmos limitado, pero maravillosamente fuerte, no hay pensamiento lógico o positivo, a lo menos para los fines de esta disertación, que no es dogmática, sino meramente analítica, destinada a poner de relieve los problemas de la paralógica.

La mente humana sólo ha llegado al pensamiento lógico después de una lentísima evolución de siglos y milenios, y está lejos, muy lejos, de limitarse a él. Al contrario, sólo llegan verdaderamente a él las inteligencias mejor dotadas, y éstas mismas no abandonan totalmente la muchedumbre de ideas previas, falaces y contradictorias, que invaden y desbordan el espíritu.

No sólo antes de haber llegado el hombre al pensamiento lógico, plenamente demostrativo y satisfactorio, sino aun después de haberlo conseguido, y de haber comprobado su soberanía, sigue con su mente llena de construcciones arbitrarias, de fantasías, de errores, de conjeturas, de interpretaciones atrevidas, de supersticiones, de fábulas, y de mitos. No sólo el niño, el viejo, el enfermo, el débil mental y el psicópata tienen la mente encendida por un caleidoscopio de ideas paralógicas, sino también ello sucede al sabio, al filósofo, al hombre maduro, de criterio sólido y sensato.

El estudio de los productos mentales no deja duda sobre esta riqueza anárquica y a menudo vacía del mundo subjetivo, cuyo origen está en las primeras reacciones de los centros nerviosos ante el espectáculo del mundo.

II
*Pensamiento
lógico o po-
sitivo*

Todos los animales, desde los gusanos más rudimentarios o desde las más primitivas gástrulas, sacan de sus contactos con el mundo nociones o cuadros mentales, estados nerviosos o de conciencia, que son la necesaria reacción de los seres vivos frente a los fenómenos del mundo exterior. Es muy posible que las células mismas de los vegetales, de sus hojas, sus raíces o sus flores, tomen conciencia de los fenómenos exteriores que las afectan.

No llamamos *pensamiento* a esta reacción primaria, elemental, meramente biológica; pero esa reacción es la raíz, el impulso inicial del pensamiento propiamente dicho, el que claramente se manifiesta en los animales superiores, y que es análogo al de muchos individuos de la especie humana, privados por la naturaleza o por el accidente de un pensamiento propiamente lógico o maduro.

Los niños, los ancianos, los dementes, los cretinos, los bárbaros, los salvajes, son muy a menudo incapaces de juicios maduros y válidos, de pensamientos propiamente lógicos; pero no carecen de nociones ni de emociones, ni de decisiones de la voluntad.

Poseen un fertilísimo y exuberante mundo subjetivo, de nociones aproximadas o trucas, de fantasías, de errores, de supersticiones, de ideas aprendidas, de reacciones mentales mecánicas, las que a pesar de su insuficiencia y de su incoherencia, les permiten desenvolverse en el mundo y alternar con los demás en el necesario intercambio de emociones y de nociones propios de la vida social.

Este pensamiento primario, alucinante, variadísimo, rico de emociones y de fantasía, necesariamente erróneo en mucha parte, que pudiéramos llamar pensamiento animal, contiene cuadros que van desde la conciencia confusa de los propios instintos hasta las más temerarias fantasías.

Todos los fenómenos internos o externos, que excitan la actividad de la central nervioso-cerebral de los animales vivos y provocan en ella emociones, nociones, decisiones volitivas, estados de conciencia, placer, dolor, angustia, inquietud, curiosidad o miedo, tienen una respuesta subjetiva, que puede y debe llamarse también *pensamiento*.

Yo llamo a esta caótica actividad cerebral *pensamiento paralógico*, porque se desarrolla y funciona fuera de la lógica positiva, aunque sea su fervor la base necesaria elemental de la verdadera actividad lógica.

Si el estudio del pensamiento lógico se llama *Lógica*, el estudio del pensamiento paralógico debe llamarse *Paralógica*.

Solamente el pensamiento lógico o positivo es verdaderamente fecundo o creador. Sólo él es verdaderamente erudito, científico, técnico, político, filosófico o moral. Él es lo único que da al hombre su preeminencia soberana sobre el planeta, no sólo sobre sus elementos muertos o inertes, sino también sobre su flora, su fauna, y aun sobre los pueblos mismos.

El pensamiento paralógico es casi intrascendente para la vida social: se forma y se desvanece en el individuo que lo concibe; cuando ya rebasa hacia la comunidad, principalmente en sus formas estéticas, empieza a hacerse lógico y da nacimiento al lenguaje social.

El pensamiento lógico es esencialmente social. Es el instrumento más eficaz, mediante su más grandiosa creación, que es la lengua, de la vida social. Sin él la natural batalla destructora de los animales entre sí, sería eterna, aun entre hermanos. Los instintos solidarios, las nociones útiles, los estados de conciencia propicios a la armonía social y su expresión por el lenguaje, permiten la creación durable de los núcleos sociales, la familia, la tribu, el clan, las hordas, los pueblos, las naciones y la Humanidad misma, que acabará por cobijarlos, ampararlos, protegerlos y endoc-

trinarlos a todos, gracias a su pensamiento superior, libre de prejuicios, de fanatismos y de necedades.

Las sociedades humanas naturales o espontáneas ven estimulada y sistematizada su solidaridad por el pensamiento lógico y por el lenguaje lógico, que lo traduce y transmite, y creada también su mayor virtud de permanencia, de continuidad indefinida, que permite a las generaciones sucesivas aprovechar los tesoros acumulados por siglos y siglos de evolución humana.

Esta maravilla sin par del pensamiento lógico, filosofía, ciencia, política, técnica, estética superior y principios morales, hunde sus raíces profundas en la paralógica, es hija de ella, es sólo la flor fecunda, preñada de frutos, de la actividad mental caótica y anárquica de los animales, de los niños, de los salvajes y de los bárbaros.

Sin salir de nuestra especie, los niños, desde que ven la luz, reaccionan instintivamente ante los cambios o fenómenos que los afectan, que les plantean sucesivos problemas, problemas que al cabo de algunas experiencias, entienden y dominan. El frío, el calor, la humedad, la luz, el sonido, el hambre, la sed, el dolor, el placer, parecen danzar junto a ellos y pronto ellos *se familiarizan* con esas contingencias y las *conocen* y *reconocen*. El conocimiento no es sino la familiaridad del espíritu con los fenómenos del mundo.

Esta familiaridad es un placer, así como el desconocimiento, la novedad, provoca a menudo el malestar, la angustia y el miedo.

Ese primer placer aumenta la actividad de la mente; la lleva a crear y a combinar imágenes, a desarrollar impulsos, a tomar decisiones; le suscita dudas o inquietudes, que van llenando la cabecita del niño de todo un mundo absorbente y mágico.

Su curiosidad se multiplica: desea saber, andar, salir, gustar, experimentar, pasar sustos y miedos, y todo ello le procura imágenes y más imágenes, casi todas las cuales, aunque nacidas de sus experiencias reales, chisporrotean de fantasía.

Todo ese inextricable mundo mental infantil es paralógico. Sólo por excepción el niño rectifica y comprueba sus imágenes del mundo o busca la certidumbre positiva. Le basta y le satisface el placer de fantasear, y por ello su actividad preferida es el *juego*, eminentemente paralógico, extraño a la realidad y a la utilidad, imitación lejana de lo que él mismo considera la realidad.

El adolescente modifica paulatinamente esa selva mental, introduciendo en ella a tientas el rigor del pensamiento lógico. La primera positividad de su espíritu no le viene de su genialidad propia, sino que lo abrumba desde el medio social: sus mayores, padre, madre, tíos, parientes, amigos, maestros, y aun el mundo anónimo de la calle y la letra escrita, rectifican a cada paso sus errores y fantasías. Le dan una ciencia positiva a menudo segura, pero extraña a las creaciones de su mente.

Cuando ya maduro, o prematuro, se atreve a pensar lógicamente por sí mismo, a buscar por su cuenta experiencias metódicas, a analizarlas y a meditar sobre ellas, ya tiene instalado en su mente un vasto mundo positivo ajeno, hijo de la vieja Humanidad, que lo ha precedido en el descubrimiento de la tierra y del cielo, mundo de nociones positivas que se adueña como soberano de la mente del hombre y encadena su fantasía.

Muchos, muchísimos, son los mortales de nuestra especie que se quedan durante toda la vida limitados a ese bagaje mental positivo ajeno, heredado, impuesto por el medio social, patrimonio de la Humanidad acumulado por la experiencia de los siglos.

Ese acervo positivo valiosísimo está, sin embargo, plagado de errores, de conjeturas, de hipótesis atrevidas, provisionarias, de ideas paralógicas, que se estiman, por un consenso general, como la sabiduría mayor, como el soberano buen sentido, sensato

y seguro, que nos empeñamos cada día en incrementar y en conservar como un patrimonio permanente, como si él fuera el saber definitivo de la especie humana.

De ese contenido vastísimo se nutre la enseñanza pública y se fabrica el andamiaje cerebral de policías, jueces, legisladores, magistrados, empresarios, gerentes, profesores, profesionales, periodistas y predicadores, empeñados todos en guardar para el futuro ese tesoro invaluable, cuyas primeras joyas se acumularon en las cavernas que protegieron al hombre hace millones de años.

En ese vasto mundo subjetivo tradicional, que tenemos por positivo, que cada generación enseña a sus vástagos, pululan las ideas paralógicas. No tenemos medios, ni aproximados, para estimar la proporción numérica entre ellas y las estrictamente positivas; pero se puede asegurar que las paralógicas las inundan y desbordan minuto a minuto, y las alteran y deforman. Las ideas verdaderamente positivas quedan así en una minoría ínfima de sobrevivientes heroicas, en el aluvión torrencial de las paralógicas; pero así y todo, son ellas las únicas eficaces para la conservación, desarrollo y felicidad del hombre, porque constituyen el lazo más esencial y sólido de las familias y patrias, y lo único que permitirá más tarde la unidad universal o religiosa de la especie humana.

La evolución filosófica permite atribuir al término *positivo* un contenido semántico que encierra siete connotaciones esenciales: las ideas positivas son a la vez *reales, útiles, ciertas, precisas, orgánicas, relativas y simpáticas*.

La realidad subjetiva es la conformidad de la imagen mental con los materiales objetivos o exteriores, de cuya experiencia proviene. El divorcio o separación de esa imagen de los fenómenos del mundo que pretende representar, es lo que llamamos *quimera*. Los centauros, las ninfas, los ángeles, el diluvio universal son quiméricos. A la misma categoría paralógica deben asimilarse muchos de los errores que pueblan la mente.

La utilidad de las ideas es su condición de servir para el beneficio del hombre social. Las ideas aritméticas, geométricas, astronómicas, físicas, técnicas, son útiles a la Humanidad. En cambio las nociones científicas sobre la bomba de hidrógeno hasta hoy sólo hacen posible la destrucción de los pueblos débiles en beneficio de los más poderosos.

La certidumbre es la seguridad que el espíritu adquiere de que sus ideas correspondan sin duda alguna a los fenómenos que representan. Le da esa seguridad la reiteración analítica de la experiencia, o la demostración lógica de ella que se apoya en premisas experimentales. La conjetura, la hipótesis, la duda, restan certidumbre al pensamiento y disminuyen su carácter positivo.

Tampoco pueden tenerlo los conceptos negativos, cuyo valor lógico es meramente metódico. Sirven en la investigación para ir descartando las hipótesis erróneas y las conjeturas atrevidas, desmentidas por la experiencia.

Muy a menudo las ideas vagas, inciertas, conjeturales o puramente negativas, pueblan la cabeza de los hombres maduros, determinan sus juicios, deciden su conducta y aún justifican su imperio sobre los demás. La medicina empírica y, durante siglos, la industria y la política han dado palos de ciego dirigidas por ese mundo paralógico.

No puede haber certidumbre sin afirmación. La afirmación identifica los elementos binarios de los juicios y conceptos. El teorema de Pitágoras, por ejemplo, identifica la superficie del cuadrado de la hipotenusa con la superficie de la suma de los cuadrados de los catetos.

Afirmar es identificar; negar es distinguir.

Cuando decimos que la presión atmosférica *equilibra* la columna barométrica, declaramos *la identidad* de esa presión con la fuerza que mantiene elevada la columna de mercurio en la cámara del barómetro.

Cuando pretendemos que la moralidad pública *no depende* de las doctrinas religiosas reveladas, declaramos que la moralidad pública y las doctrinas religiosas reveladas son *distintas*.

La ciencia sistematiza afirmaciones; no meras negaciones.

La negación deja al espíritu en su misma vieja ignorancia de los hechos reales. A veces, para rectificar nociones o disipar errores, hay que empezar por la negación: la mosca doméstica no tiene nada que ver con la fiebre amarilla ni con el paludismo; el subnitrito de bismuto no cura el cólera morbo, etc.

Estas precauciones lógicas no son la ciencia; son sólo artificios metódicos, o mejor pedagógicos; pero con ellos no puede formarse doctrina.

Para su completa certidumbre las ideas positivas deben ser *claras*, de intelección inmediata, indudable, que permita trabajar con ellas, sin vacilaciones mentales, como navega de noche el marino sabio guiado por las estrellas.

La claridad depende en parte de la elaboración experimental o lógica de las ideas; pero también, en parte muy principal, del desarrollo intelectual del que las concibe y del que pretende assimilarlas.

Se llega a la máxima claridad mediante otra característica de las ideas positivas. Deben ellas ser *precisas*. La precisión consiste en que sean nítidas, definidas, depuradas de ideas parásitas, secundarias, lógicas o paralógicas, que provocan la confusión, como se advierte en casi todas las simples opiniones políticas, religiosas, sociales y morales.

El prototipo de la precisión aparece en las ideas matemáticas, en los cálculos aritméticos o algebraicos, en los teoremas de la geometría y en los principios de la mecánica.

La precisión nos lleva a la *exactitud*, que no debe confundirse con la verdad. Un cálculo puede ser muy exacto matemáticamente, pero erróneo, si se ha hecho sobre la base de medidas o datos equivocados.

Las ideas positivas son *orgánicas* o sistemáticas. Se agrupan en ramas del saber y forman entre ellas una jerarquía de conceptos. Las dispersivas, meramente eruditas o anárquicas, como lo son las hijas de la fantasía o los hallazgos aislados del saber concreto, no pueden llamarse positivas, aunque sirvan de base a investigaciones más coherentes, que puedan incorporarlas más tarde, en cierta medida, a la positividad.

Pero la calidad lógica fundamental de las ideas positivas es su *relatividad*. "Todo es relativo: he ahí el único principio absoluto".

Todas las ideas son relativas al hombre; son experiencias de su cerebro, cuadros que éste concibe, y naturalmente dependerán necesariamente de la capacidad y calidad de éste, y ya sabemos que es un órgano imperfecto, perecedero, sujeto a alteraciones anatómicas, fisiológicas o patológicas, necesariamente limitado y ayudado por muy escasos e imperfectos instrumentos de investigación y de comprobación. Las mejores y más profundas ideas nunca serán un trasunto perfecto del mundo exterior: serán necesariamente relativas a la débil inteligencia humana.

Además el universo es muy vasto, complejo y caótico; sus fenómenos infinitos, grandes o pequeños, escapan en proporción inconcebible a los sentidos y a la atención del hombre, cuya inteligencia no se interesa siquiera sino por una parte mínima de ellos. Esta inmensa vastedad del universo hace muy relativa la intelección del hombre.

Estamos ciertos de que todo depende de todo. Ni la materia que creemos inerte, ni la energía activa, que parece ser una forma de esa misma materia, se pierden en el universo: se suman, se restan, se degradan, y están eternamente produciendo, por choques ya grandes, ya infinitesimales, nuevos y nuevos fenómenos, nuevos y

nuevos cambios, que escapan no sólo a la mente del hombre, sino a sus más finos y perfeccionados instrumentos artificiales de investigación.

Y si de los espacios siderales bajamos a la tierra para mirar de cerca los innumerables microcosmos que somos nosotros mismos y los fabulosos seres vivos y muertos que nos rodean, nos daremos cuenta del radio limitadísimo de nuestra ambiciosa inteligencia.

Por eso el hombre, cuerdamente, debe limitarse a un saber relativo, que le sirva para asegurar la felicidad de la especie humana en el planeta.

Filosóficamente las ideas positivas deben ser *simpáticas*, esto es, propicias a la armonía de la Humanidad, ser colectivo, indefinido en su devenir, superior moral del hombre singular, madre y maestra de este ser efímero que le debe la vida, la efusión moral y el tesoro sin par del pensamiento.

El pensamiento estimulado por el amor, por la fraternidad, por la generosidad, por el anhelo de justicia, es el único que sirve a su gran destino, procurar la felicidad del hombre sobre la tierra.

Muchas ideas científicas, valiosas para el mero conocimiento del mundo, no sirven, sin embargo, para ese fin supremo, porque estimulan el odio, la explotación del hombre, la guerra, la iniquidad o la perversión. No merecen el título glorioso de positivas, y se hace bien criticándolas, condenándolas y demostrando su daño para la convivencia pacífica.

Muy pocos hombres en el pasado y en el presente tienen una mente tan segura y lúcida, tan penetrante, sensata y criteriosa, que puedan servir de guía a los demás, y aun dirigirse a sí mismos, en el torbellino de la vida, y aun esos mismos albergan junto a su filosofía superior, una muchedumbre de ideas negativas, dispersas, quiméricas, fantásticas, erróneas, amén de prejuicios, fanatismos y supersticiones, conjeturas y pretendidas intuiciones, anhelos y sueños, cuya gravitación incalculable decide la mente, inflama las pasiones, y polariza las voluntades. Tales ideas paralógicas no gobiernan las mentes superiores, pero agitan y arrastran el corazón tempestuoso del común de los mortales.

Ese mundo paralógico es parte vital de nuestra mente, es la masa resistente de nuestro yo profundo, la materia prima bruta de que están hechas nuestras más altas concepciones, que se han ido elaborando penosamente de esas mismas experiencias y resabios mentales.

Como toda unidad energética, como todo sistema estático o dinámico, ese mundo paralógico, vastísimo y anárquico, resiste a la modificación y tiende a conservarse. Esta resistencia, esta inercia ineludible, hace difícil la lucha por el imperio de la razón positiva y de sus hijos mejores, la fraternidad, la justicia, el progreso y la paz.

Y no sólo resiste: trabaja y crea. Ese mundo de quimeras y falacias, de emociones y de fantasía, dio origen a la lengua, a las religiones, a la industria primitiva, a la poesía y al arte. Su creación más estupenda, valiosa y perdurable, fue sin duda la palabra, primero hablada, después escrita, que traslada con su carga explosiva de ideas, pasiones y voluntades, todo el mundo subjetivo de unos hombres al mundo subjetivo de otros, y les infunde una vida nueva que tiende a reproducirse indefinidamente.

La palabra y las demás formas del lenguaje, subyugan la mente, la deslumbran y fascinan, la conquistan para la verdad y la razón, o la arrastran a la ilusión, a la fantasía y al delirio, apartándola del mundo real en que el hombre vive y se desvive.

La fantasía enciende y domina las almas, y es tan fecunda que llena mucho más el mundo ilimitado del espíritu que las nociones más ciertas, los juicios más sensatos, los conceptos más científicos, las preocupaciones más cotidianas y las más sólidas convicciones morales.

Es la fantasía como un motor incansable que nos anima y nos impulsa, y ella, la ciega, la loca, la idealista, la temeraria, para la cual no existen ni prevalecen las cuerdas reflexiones ni las demostraciones matemáticas, flamea como una bandera gloriosa en nuestros desatinos amorosos, políticos, industriales, militares y estéticos.

La fantasía creadora, la gran paralógica, es la madre del arte, del florecimiento estético, de ese mundo de imágenes arbitrarias, que se dispara y se aleja conscientemente de la realidad, de la experiencia y de la cordura, y que, sin embargo, gobierna las almas desprevenidas, estimula el trabajo, atiza las pasiones, y engendra las catástrofes políticas, nacionales e internacionales.

El niño vive en un mundo puramente estético, divorciado de la realidad. Para él no existe sino el juego, fantasía quimérica, imitación ilusoria de la vida.

Es el juego un placer tan absorbente que ni madurando queremos abandonarlo, y ya hombres preferimos seguir jugando durante toda la vida, ya que no con muñecas de cartón, caballos de madera y soldaditos de plomo, con muñecas de verdad, caballos del Club Hípico y soldados de carne y hueso.

Pero al hombre que se cree maduro no le basta el juego para el placer y el descanso de su mente: busca y cultiva otras actividades paralógicas, que cree más serias, y entre ellas el *sofisma*, que es un artificio paralógico del espíritu para demostrar la verdad de los errores. Gran parte del andamiaje de las ideas públicas o convencionales, de que alardean gobernantes, ministros, diputados, embajadores, jueces, abogados, policías, periodistas, frailes y profesores, reposan sobre distingos, definiciones artificiosas, falacias, ficciones y argumentos de ninguna consistencia positiva, encadenados con lógica de hierro, de formas impecables, que a menudo seduce y convence.

Más fuerte que el sofisma frío, y más paralógico y vehemente, es el fanatismo, que ofusca los espíritus y parece como enraizado en los instintos más profundos. Hay fanatismo religioso, racial, político, científico, estético, y aun meramente instintivo. Es como una bestia delirante que aúlla y paraliza la razón. ¿Y quién no es fanático por algún capítulo?

Hermano suyo menor es el *prejuicio*, posición mental irreflexiva, adoptada voluntariamente, contra la razón y la experiencia, que se sostiene por inercia mental, por vanidad, por esnobismo, y que nos hace injustos, estúpidos y obcecados.

No todo el mundo paralógico es inferior o regresivo. Hay una paralógica superior, eminente, que encanta, embellece e idealiza la vida.

Es la poesía, la creación de seres y de mundos, de dramas y de historias, que nunca existieron, pero que viven con una vitalidad ejemplar, que fascinan la mente y encienden los anhelos más íntimos y sublimes.

En cada uno de nosotros hay un poeta, un artista, un creador, un encantador, un arquitecto de mitos y de fábulas, que goza con su fantasía y transmite sus delirios a los demás, para embelesarlos, sacudirlos y entusiasmarlos.

Poetas, pintores, escultores, músicos, cantores, actores y danzarines se agitan conscientemente fuera de los mundos cotidianos, y no pretenden engañar, como los sofistas o los políticos, sino sólo hacer revivir las imágenes bellas y las emociones superiores, y lo consiguen porque el arte y la poesía dominan los corazones y las inteligencias.

Lejos, muy lejos, me llevaría enumerar los principales de los inauditos recursos paralógicos de la actividad estética, que señorea la parte más constante del alma humana, la emoción redentora, siempre preñada de ese mundo alucinante, que nos hace a menudo olvidarnos del otro, del mundo frío y sensato buscador de la verdad, indispensable, como lo reconoce un gran poeta,

*para andar esta jornada,
sin errar.*

Los hombres de genio, los grandes corazones, las máximas conciencias morales, los sabios y filósofos más claros y penetrantes, las más generosas voluntades constructoras, vienen luchando con sacrificio santo desde los tiempos primitivos, para hacer prevalecer la verdad, la positividad científica y moral en el gobierno de los espíritus, de los corazones y de las conciencias, para llegar a la paz y a la felicidad del hombre sobre la tierra.

Este pequeño pero invencible impulso de verdad, de heroísmo y de santidad, necesita sobreponerse al infinito mundo paralógico, espléndido y caótico, que lo asalta y desborda en la vigilia y en el sueño, y para alcanzar esa victoria imprescindible, debe cada día crecer y depurarse, para así poder arrebatarse a la muchedumbre ignara y ciega, la dirección de los espíritus.

Tal es el imperativo categórico de los verdaderos pensadores.

Deben seguir el ejemplo resplandeciente de San Pablo, que sabía sacar la esperanza de la desesperanza: *in spe contra spem*, y no halagar a la muchedumbre ignara, hogaño como antaño ofuscada por su inveterada logofobia.

Salvador Reyes: ¡Qué diablos! La vida es así...

(Fragmentos de unas Memorias)

*La vida... sus penas... Chochees de antaño.
Se vive, se vive. ¿Por qué? Porque sí...
Se vive, se vive. Y así pasa un año...
Y otro año... ¡Qué diablos! La vida es así.*

C. PEZO VÉLIZ.

NO TENGO NINGUN recuerdo anterior al del mar. Aunque nacido en Copiapó, como ya lo he contado, fui llevado tan pequeño a Antofagasta, que con la visión del mar, adquirí la conciencia de existir. ¿Cuándo lo vi por la primera vez? Lo ignoro exactamente. Me parece que el mar nunca me fue extraño.

Mi propia vida se me reveló con el tumultuoso oleaje verde, con las amenazadoras franjas de espuma sobre nuestras cabezas en la barra de Antofagasta. Me veo niño muy pequeño, hecho un ovillo entre las bancadas de una chalupa, disparado fuera del mundo por la violencia de la ola y deslizándome después por abismos giratorios. Mi padre se mantenía tranquilo, sentado a popa; mi madre y mi abuela murmuraban oraciones y se golpeaban el pecho. "¡Santo, santo, santo!..." Yo chillaba y me cubría los ojos, atenazado por una terrible crispación en el estómago cada vez que la embarcación descendía vertiginosamente. Pero la tentación era más fuerte que mi terror y, a través de mis dedos, atisbaba el caos que nos sacudía. Era una agua verde, de una deslumbrante transparencia y de una vida más poderosa que cualquiera otra de este mundo. Yo tenía miedo, pero presentía de manera oscura, que aquel miedo era el tributo que debía pagar a la fuerza del mar y que cuando hubiera saldado mi cuenta, él me compensaría con generosidad.

Atisbando a través de mis dedos, veía a un hombre moreno, con la camisa abierta sobre el pecho y el pelo revuelto, que se mantenía de pie en el espejo de popa, impertérito, por brutales que fueran las sacudidas y por vertiginosos que fueran nuestros descensos y ascensiones en las olas de crestas blancas. Estaba siempre en su sitio. A veces su silueta se recortaba en el cielo, a veces tenía por fondo el cuenco de la ola. Empuñaba un largo remo y guiaba la embarcación, fuerte y tranquilo como si impusiera su voluntad a las aguas. Aquellos patrones fleteros de Antofagasta fueron héroes de mi infancia.

Pasar la barra con mar tranquilo era una oportunidad que se ofrecía en muy raras ocasiones. Como los barcos tenían su itinerario fijo, no había más que embarcarse, aunque en el mástil de la Gobernación Marítima dos bolas negras anunciaran la violencia de la que en el Norte llamamos "braveza de mar". Cuando ésta alcanzaba demasiada furia, era necesario ir a embarcar o desembarcar a Caleta Coloso, pero sólo en caso extremo, pues en aquellos tiempos se trataba de un viaje largo y dificultoso a causa de los equipajes.

Con atravesar la barra, no terminaba la prueba: llegábamos al costado del vapor y entonces era necesario esperar el momento propicio para agarrarse a la escala, la cual quedaba, chorreando agua, por encima de nuestras cabezas. Producía una impresión tremenda mirar hacia arriba y ver la muralla altísima del casco negro. De pronto se hinchaba la ola y la chalupa emprendía una ascensión endiablada. El peligro estaba en que se volcara el ser cogida bajo la escala. El patrón y sus hombres tenían un trabajo rudo: unos empujaban con los bicheros, otros se prendía a los cabos, otros aguantaban con los remos. En el instante propicio, alguien me cogía en vilo y me pasaba a un tripulante del vapor, como un bulto cualquiera. Me subían así hasta el portalón por la larga escala, al pie de la cual mi familia seguía ejecutando inverosímiles maromas.

I
*La visión del
mar y mi
existencia*

Desde cubierta, los botes se veían ridículamente pequeños y las posturas de los pasajeros que saltaban a bordo nos hacían reír a los que ya habíamos pasado el susto y nos sentíamos seguros. Las señoras, con las largas faldas de la época, tenían dificultades infinitas. Daban chillidos espantosos, pero nunca ninguna se desmayó, sin duda porque sabían que no era el momento propicio. Tras ellas subían los fleteros, llevando en su rudas manos con muchas precauciones, un pájaro disecado o una larga pluma, desprendidos de los vastos sombreros de esas elegantes.

No sé por qué razón, mi familia estaba continuamente de viaje. Supongo que no faltaban pretextos: mi abuela debía ver a su hija residente en Copiapó, mi padre debía realizar un negocio en Valparaíso. En un momento las maletas estaban listas y ¡zas!... vamos andando. Algunas veces aparecían grandes bultos de camas, envueltos en arpillera y en los cuales se leía el nombre de mi padre y el lugar de destino. Así, creo que más de una vez por año, ejecutábamos las complicadas maniobras de embarque y desembarque en Antofagasta que por mucho tiempo fue nuestro puerto de amarre. Tan pequeño era yo cuando me inicié en esta vida un poco vagabunda (a la cual he tratado de permanecer fiel a través de los años), que mis primeros recuerdos son muy confusos y creía, como ya he contado, que la subida al vapor no era más que un descanso. Grande debió ser mi sorpresa al ver que esa ciudad flotante (en la cual había de todo, hasta plantas en maceteros de bronce, a la entrada del comedor) se ponía en movimiento.

Zarpábamos de noche. A lo lejos se divisaban las luces llorosas en la desolación de la costa. Mugidos de sirenas y de reses, timbres del telégrafo de máquinas, órdenes breves, llantos más o menos sofocados, golpear de cadenas en los escobenes... El brillo de los bronce y de las maderas me fascinaba. Los antiguos vapores tenían *boiseries* de caoba, de palo de rosa y de otras maderas preciosas en las cuales espejeaban las luces eléctricas. Se veía pasar a los oficiales galoneados de oro y a los *stewards* con sus chaquetillas blancas o azules y las banderas de las compañías bordadas en las solapas. Yo contemplaba todo aquello con admiración y con no sé qué angustia secreta, a medida que iba tomando conciencia de mi existir. Sentía en mí el viaje como una dulce enfermedad, la lejanía como un mal delicioso, que me entregaba todas las bellezas del mundo. No sabía nada. Presentía con una intensidad alucinante.

En aquella época no existía el ferrocarril longitudinal ni menos las carreteras a lo largo del país, de modo que era mucha la gente que viajaba por mar. Esta afluencia de pasajeros se mantuvo por largos años, pues más tarde el viaje en ferrocarril, en un largo trayecto, resultaba muy pesado. Los vapores *de la carrera*, de Valparaíso a Guayaquil "y puertos intermedios", cargaban pasajeros como fardos. Los de tercera clase se amontonaban en la toldilla, protegidos por lonas. Tendían sus colchones sobre el puente e instalaban sus equipajes como podían. Muchos de primera clase no obtenían camarotes. Después de la cena, los *stewards* tendían las camas en el suelo del salón del comedor y del *smoking-room*. Algunas veces nosotros viajamos en esas condiciones.

Una vez, cuando dormíamos en el salón, le oí decir a mi madre que una señora que no hallaba donde acostar a su hijita de más o menos mi edad, le había propuesto meterla en mi cama. Mi madre rechazó la proposición escandalizada. Más tarde le oí contar varias veces aquello como una cosa chocante. No le di importancia; sólo andando los años comprendí lo que había perdido.

Los viejos barcos de la Sudamericana, tan finos de casco y con tanta obra muerta, rolaban de manera terrible, pero nunca sufrí malestar alguno, aunque hubo travesías difíciles. Recuerdo que en una ocasión, al pasar de día las famosas "alturas de Coquimbo", hallándome tendido en la litera superior, con la puerta del camarote abier-

ta, fui bañado por una ola enorme. Yo no imaginaba que se podía naufragar. No tenía miedo; al contrario: el balance me divertía.

Esos barcos, a los cuales llamaban yates, por sus baupreces y altos mástiles, llevaban los camarotes en las cubiertas. Por la claraboya yo atisbaba el fascinante mar nocturno, veía brillar las luces de los puertos (cuando partíamos tarde) y el reflejo lívido de las olas. Sentía una especie de angustia agradable, de inquietud.

Me dormía mecido por los fuertes bandazos y oyendo el mugido triste de los bueyes, amarrados cerca de las escotillas. Al día siguiente, al despertar muy temprano, abría la claraboya y me entretenía observando como subía y bajaba la línea del horizonte. Venía luego el delicioso desayuno en el comedor revestido de maderas preciosas, el perfume del pan tostado y de la mermelada de naranja, tan especial a bordo. Después el paseo por los puentes recién lavados, el trepar y descender por escalerillas de madera bien barnizada y de cobres brillantes. Aquellas mañanas de sol y viento en el mar, me han dejado una impresión tan profunda, que aún ahora me basta un pequeño esfuerzo de imaginación para recobrar algunos destellos de aquella infancia alegre.

Mapocho, Aisén, Palena... ¡Cuántos nombres de la c.s.a.v. evocan para mí hasta ahora, después de tantos años y de tantos países, la poesía de los viajes y la eterna juventud del mar! Otros nombres de vapores ya desaparecidos se unen a esos: *Taltal*, de Braum y Blanchard, *Flora...* En el *Taltal* partí una noche negra, apretando sobre el corazón una carta y un pañuelo perfumado... ¡Primeros amores, primeros adioses!... Cursaba entonces mis primeras humanidades de viajero.

La P.N.S.C. y la Kosmos también me contaron entre sus clientes, con medio pasaje. El *Orcoma*, el *Orbita...* De los alemanes conservo una colección de menús succulentos. Siendo muy pequeño partí con mi madre en uno de estos últimos vapores, desde Antofagasta para Taltal, no en la tarde, como era costumbre para amanecer en el puerto de nuestro destino, sino por la mañana para llegar en la noche. Llegamos, en efecto, pero un oficial vino a nuestro camarote a avisarnos que el barco zarparía inmediatamente. "Mañana Coquimbo" era todo lo que aquel hombre sabía decir en castellano. Mi madre, asustadísima, trataba de hacerle comprender que nosotros debíamos desembarcar en Taltal. "Mañana Coquimbo" repetía obstinadamente el alemán. La llegada de mi padre que venía a buscarnos, nos sacó del apuro. Desembarcar de noche, entre las luces marítimas y el reflejo del mar, era fascinante, pues había un largo trayecto en bote desde el vapor al muelle.

Las escalas de Antofagasta al sur, me sorprendían y encantaban siempre. No hablo de Taltal, porque no fue escala sino surgidero de mi alma. Me gustaban los faluchos de Chañaral que venían a amarrarse al costado del vapor, como desprendiéndose del cerro mismo. Navegando al sur, tocábamos de mañana en ese puerto; al regreso, tocábamos de noche. Los reflectores del barco iluminaban la faena de la descarga de los fardos de pastos, de las maderas, de las frutas y de grandes jabas con verduras. Los nortinos hincaban dientes de lobos en la pulpa roja de las sandías.

Caldera, con sus dunas blancas y doradas, tiene una poesía clara, de niña. A mí, acostumbrado al mar de Antofagasta, me aombraba esa bahía apacible. En ese puerto, mi preocupación principal era visitar la farmacia del señor Gigoux sabio paternal, que con infinita paciencia, me enseñaba su colección de aves embalsamadas. A veces nuestro viaje marítimo terminaba allí porque tomábamos el tren para Copiapó.

Otra escala llena de emociones era Huasco. Subían a bordo vendedores de higos secos y de pasas. Se presentaban estas frutas en cajitas de madera blanca, muy bien trabajadas. Subían también unas niñas morenas, vestidas de rosado y de celeste, que tocaban el piano en el salón del vapor. Me gustaría escribir unos versos sentimentales sobre los viejos pianos de los vapores de la carrera. ¡Cuántas despedidas lloraron!

En Coquimbo empezaba el mundo vegetal, asombroso para nosotros, los nortinos. Hace años que desapareció el antiguo embarcadero de ese puerto. Había allí unos árboles que nos daban el primer saludo del sur. Creo que aún se conserva algunos de los viejos hoteles de esa placita. Allí íbamos a tomar un café y a comer alguna golosina.

Por fin Valparaíso abría ante nuestros ojos su panorama incomparable. En aquellos años la bahía tenía un movimiento enorme y todas las naves fondeaban a la gira, de modo que al acercarnos salían a nuestro encuentro los cascos impresionantes de los transatlánticos y las altas arboladuras de los *clippers*. Avanzaba nuestro barco lentamente, en un silencio extraño; empezábamos a detallar los cerros con sus extensiones verdes y sus manchas de tierra rojiza. Pasábamos muy cerca de los buques de guerra, silenciosos y grises en el aire fresco donde ondeaban sus banderas y gallardetes. Eran muchos, pues en aquellos años poseíamos una bella y poderosa escuadra. Divisábamos las calles con su hormiguelo novedoso. En la infancia uno absorbe los colores, no sólo con los ojos sino con todos los sentidos. La atmósfera de Valparaíso, más delgada y fría que la del Norte, me cosquilleaba deliciosamente la piel.

Podría continuar inventariando imágenes de mi infancia marítima. Fuera de los del mar, casi no tengo recuerdos. De aquellos años —que parecen tan largos— yo sólo veo la ola del Pacífico, arqueándose en las bahías de Antofagasta y Taltal, recostándose mansamente en la vasta playa de Caldera, inundando las noches y entrando hasta el fondo de mi alma.

Creo que la mayor felicidad es el haber conocido el mar de niño y de muchacho. Su substancia y su color vivientes nos acompañan después a lo largo de la vida; nos alimentan siempre con su misteriosa juventud.

Hace años que dejó de existir la barra de Antofagasta. Ese decorado, como tantos otros de mi infancia, ha desaparecido. Es la ley de la vida y no vale la pena lamentarse. Además, los puertos con alma y carácter como Antofagasta no pierden nunca sus elementos emotivos: los renuevan. Si para nosotros hubo la barra, la isla con su varadero de faluchos y su farito, frente al Hotel Mauri (desaparecido también), y tantos otros rincones de aventuras y de fantasías, para los niños de hoy existirá seguramente otro mundo, tan apasionante como fue el nuestro. Y se me ocurre que el antiguo muelle de pasajeros, transformado ahora en caleta de pescadores, con sus redes tendidas, sus chalupas de vivo colorido y sus enormes alcatraces, es un paraje mágico en que otros niños —parecidos a los que fuimos nosotros— coleccionan las imágenes que darán forma a su destino.

Taltal, abandonado por la fortuna, ha cambiado también porque ha perdido su actividad playera. Pero su sortilegio se mantiene intacto, revestido de melancolía y de abandono.

Vivir una infancia marítima es un privilegio. Pero el mar es aún más generoso: nos compensa de la veloz fuga del tiempo; sigue soplándonos su aliento de libertad y de fantasía; sigue dándonos como un impulso para ir cada vez más lejos, romper lo cotidiano, arriesgar la última esperanza. Joseph Conrad habló del "espejo del mar". Espejo sí, en el cual el rostro de nuestros bellos años parece fijado para siempre.

II Antofagasta, mi ciudad

¿A qué edad llegué a Antofagasta por la primera vez? Debe haber sido a los dos o tres años, por lo cual, cuando digo que esa es *mi ciudad* no miento, ya que mi familia se instaló en ella y no volvimos a Copiapó sino por breves vacaciones. A pesar de tan corta edad guardo una impresión muy viva de una mañana (que supongo la primera), en que me vi en el viejo muelle de pasajeros, entre la Gobernación y la Aduana, contemplando estupefacto la agitación que allí reinaba. Entre las piernas de los que iban y venían, divisé la ancha calle Bolívar, perdiéndose en una confu-

sión de vehículos, y me acuerdo de una victoria que nos llevó hasta una casa de la misma calle, próxima a Condell. Siento aún el perfume del café con leche preparado para recibirnos. Ese perfume, en el aire picante y en la luminosidad de las mañanas nortinas, saturó todos los viajes de mi infancia y quedó incorporado a los estímulos sensoriales que, a lo largo de la vida, van resucitando fugazmente escenas dispersas y vagas que, después de todo, forman la única continuidad de la existencia.

Aquella mañana del segundo o tercer año de mi instalación en este planeta, cuyos agradados empezaba a entrever, la victoria nos condujo a una casa con un primer patio irregular, cercado por corredores a un nivel más alto y en el cual florecía un jardín cuyo principal ornamento lo constituía un bananero magnífico. Durante años admiré las hojas deshilachadas de este simpático vegetal, pues más tarde esa misma casa fue habitada por don Ramón Fuenzalida, padre de los dueños del diario "El Industrial" y *partenaire* de mi abuela en el juego de rocambor, a quien yo iba a dar recados con frecuencia.

Yo debía ser un chico muy fastidioso en la época en que vivimos en aquella casa, pues, según parece, pasaba el tiempo pidiéndole a mi tío Aníbal que me hiciera *tonguillos*. Estos eran monigotes recortados en papeles de colores y ensartados en hilos a través del *living* y del patio en todas direcciones. Mi tío, hombre muy paciente y que debió tenerme simpatía, era maestro en el recorte de siluetas originales que quedaban balanceándose a la brisa, al compás de las hojas del bananero.

La paciencia de mi tío llegaba hasta llevarme a pasear por la ciudad. Con frecuencia íbamos al muelle de pasajeros por la tarde, cuando ya había pasado la gran actividad, pero donde se encontraba siempre alguna distracción. De esos paseos resultó una anécdota que me valió las burlas de mi familia hasta que llegué a hombre: en una ocasión, don Aníbal, que era goloso, compró pasteles y los comimos en el muelle. Después mi tío tiró al agua el papel que los había envuelto. El papel fue alejándose sobre las ondas tranquilas de la poza hasta encontrarse con un falucho que volvía al fondeadero. Al ver aquello prorrumpí en gritos y llantos: "¡Pobre papel! ¡Pobre papel! ¡El lanchonazo lo echó a pique!". No sé si mi buen tío logró calmarme o tuvo que llevarme a casa convertido en una Magdalena. Lo cierto es que, hasta que llegué a hombre, oí repetir esta historia como una demostración de mi extravagancia y de mi estupidez. Más tarde no he sabido si, en realidad, recordé la escena o si terminé por imaginarla en todos sus detalles, a fuerza de oírla contar.

En todo caso, a mí me parece reveladora, no tanto de los defectos que mi familia me atribuyó por su causa, como de otro peor: una sensibilidad morbosa de la cual he tenido que defenderme, pero que tal vez no he logrado dominar por completo. A pesar de haber recibido, como todos, eso que llaman *lecciones de la vida*, me apiado, no sólo de personas y animales, sino también de cosas, que, en cierto modo, me parecen representar la soledad y debilidad humanas frente a las crueldades de la naturaleza y de la sociedad. Un objeto viejo y abandonado al cual se le da un puntapié en la acera, suele aparecérseme como algo dotado de sensibilidad con que yo fuera solidario, ser humano vencido, como la representación de la fugacidad de la existencia y del fatal destino de todo lo terrestre, hombres y cosas.

Este sentimiento incierto y enfermizo, me llevó hace años a comprar montones de diarios y revistas a una viejecilla instalada en una esquina. No sabía qué hacerme con tanto papel impreso y llegué a sentirme encadenado por una absurda piedad a esa pobre vieja que debió —con razón— tomarme por un maniático. Así también he hecho esfuerzos desesperados por salvar de la destrucción algunos humildes objetos.

Si me he curado —por lo menos en gran parte— de esa debilidad, el sufrimiento de los animales me sigue resultando insoportable hasta el punto de no poder oír

ni leer el relato de una cacería. Me parece que en este terreno, yo soy normal y que el anormal es el que se deleita torturando o matando a bestias que, casi siempre, son más hermosas y más inteligentes que el hombre que las persigue. Dos veces he asistido a corridas de toros y he salido horrorizado, claro que sin hacer aspavientos ni ponerme a chillar como a causa de aquel papel embestido por un falucho antofagastino.

De la calle Bolívar creo que pasamos a Prat, a una casa de dos grandes patios, el primero con jardín y el segundo con unas bodegas al fondo. Allí me ocurrieron dos pequeñas aventuras de las cuales me acuerdo muy bien y que acaso relataré en otra parte de estas memorias. Veo en aquella casa a mi padre muy enfermo de pulmonía y me veo yo mismo, en cama también, víctima de la bronquitis, mal que me persiguió durante una época de mi infancia. Veo también a mi abuela en el patio, ante su caballete, pintando paisajes imaginarios, retratos de Manuel Rodríguez con una bandera chilena al fondo o la silueta de una japonesa en kimono, copiada de alguna revista; oigo a mi tío Francisco Figueroa comentando la guerra ruso-japonesa, pronunciando el nombre musical y ya evocador de Port-Arthur.

No sé cuánto tiempo vivimos allí antes de mudarnos a la casa que mi padre hizo construir en calle Manuel Antonio Matta (entonces Angamos), entre Prat y Sucre. Era una casa de planta baja y piso, con un largo balcón sobre la calle, como se usaba entonces. Se entraba por un pasillo entre dos salones a un *living* rodeado de piezas. El piso alto, que cubría sólo la parte delantera del edificio, estaba habitado por mi tío Francisco, antiguo coronel de Ejército, veterano de la guerra del Pacífico, de quien conservo una imagen muy imprecisa.

Aquella casa estaba embrujada. Por las noches se oían golpes en el *living* y arrastrar de muebles en el comedor. Toda la familia se levantaba, se encendían las luces y se hacía una minuciosa inspección. Pero se encontraba los muebles en su sitio y ninguna señal de presencia extraña. Apenas mi gente volvía a la cama, recomenzaban los ruidos misteriosos. De ahí provenían noches en vela y nerviosidades bien justificadas. En pleno día se oían silbidos y llamados. A veces mi abuela y mi madre creían que procedían del piso superior. Acudían pensando en un llamado de mi tío, para encontrarse con que éste dormía la siesta o había salido a la calle. La casa tenía una puerta de servicio hacia Prat. Una noche mi abuela y mi madre fueron a pasearse por la vereda y encontraron que aquella puerta estaba entreabierta, lo que les hizo suponer que alguna empleada andaba pelando la pava. No sé cuál de las dos señoras se quedó vigilando, mientras la otra fue a inspeccionar las piezas del servicio. Volvió diciendo que todo el mundo dormía y cuando ambas examinaron de nuevo la puerta la hallaron cerrada con llave.

Otros fenómenos no menos inexplicables se producían en esa casa. ¿Puedo dar testimonio de ellos? No. Como en el caso del papel náufrago, tanto oí repetir esas historias, que bien ha podido producirse una transposición de la realidad y resultar que mis recuerdos son sólo imaginarios. La verdad es que mi gente copiapina, influida por el ambiente legendario que saturaba en aquellos años a la región minera, contaban muchas historias de ánimas y de fantasmas, propicias a aguijonear la imaginación. Yo atisbaba la noche en busca de fuegos fatuos y tendía el oído a los ruidos sobrenaturales. Después, de joven, tuve interés por el ocultismo y la magia, leí gran cantidad de libros, generalmente pintorescos y algunos de ellos apasionantes; discutí con místicos y brujos y deseé, con todas las fuerzas de mi voluntad, ser testigo de algún hecho revelador de lo que llaman el más allá. Pero como nunca comprobé ninguno, mi curiosidad por lo esotérico fue debilitándose hasta extinguirse. Ver para creer.

Vivíamos desde hacía muy poco tiempo en aquella casa que todavía no estaba completamente terminada (me acuerdo que se estaban colocando los papeles murales en el salón), cuando estalló la huelga de 1905, declarada por los trabajadores portuarios (*lancheros* se decía entonces) y creo que por algunos elementos del ferrocarril. Vi desde el balcón pasar grupos vociferantes y soldados a pie y a caballo. Una atmósfera de terror se extendió rápidamente en la ciudad. Un día circuló la noticia de que un español había disparado contra los huelguistas y otro día supimos de una tragedia atroz: los huelguistas habían confundido al joven Ricardo Rogers, que trabajaba en Ingles Lomax y Co., con el español autor del disparo y un grupo de ellos lo había asesinado a palos cerca de la Plaza Colón. Fuimos conociendo detalles: el joven se había ofrecido para ir a dejar la correspondencia al correo porque la persona encargada de hacerlo tenía temor de acercarse al sitio donde se manifestaban los huelguistas. Ya muy herido, Rogers intentó refugiarse en la casa habitada por unos bolivianos, los cuales lo arrojaron nuevamente a la calle donde fue ultimado. Cuando ya estaba moribundo, los huelguistas se dieron cuenta de que no era la persona de quien querían vengarse, y huyeron. Se dijo que un oficial de Ejército había ultimado al joven de un balazo para evitarle mayores sufrimientos. Este hecho nos aterró y cubrió de duelo a la ciudad entera. Cuarenta y cuatro años más tarde, yo debía trabajar en Londres con el hermano de aquel infortunado muchacho, Santiago E. Rogers, de quien, si sigo escribiendo estos recuerdos, tendré que volver a hablar, pues me liga una amistad profunda a este hombre, uno de los más distinguidos, inteligentes y simpáticos que he hallado en mi vida. Santiago me contó que su hermano, que vivía en Tocopilla con la familia, había ido a Antofagasta para no separarse de los compañeros de trabajo que iban a cumplir el servicio militar. No habiendo sido sorteado, se empleó, esperando regresar a su pueblo con el grupo de amigos y murió a los veintinueve años en las atroces circunstancias que he relatado. Más tarde se efectuó una investigación judicial, pero resultó imposible identificar a los asesinos en la masa de los huelguistas. Sólo los bolivianos que por odio al chileno o miedo de represalias, lo habían arrojado a la muerte (un hombre y una mujer), fueron condenados a dos años de presidio.

Vivíamos horas de angustias, pues, además de la noticia de este horrible episodio, llegaban hasta nosotros los ecos de los tumultos callejeros. Creo que fue al día siguiente de la tragedia de Ricardo Rogers cuando, por la tarde, mi tío Francisco se precipitó en el *living* dando la alarma y gritándonos que huyéramos inmediatamente. Los huelguistas habían prendido fuego a una tienda de la calle Prat con Angamos y las llamas ya alcanzaban al techo de nuestra casa. Mi abuelo y mi madre me cogieron de las manos y salimos corriendo hacia Sucre, desde donde los soldados del Esmeralda disparaban contra los huelguistas. Corríamos entre descargas de fusilería, gritos, humaredas y sonar de campanas. Un muchacho que corría cerca fue alcanzado por una bala y rodó por el suelo. Unos hombres lo recogieron y se alejaron más rápidos que nosotros, llevándolo en brazos. Las llamas eran inmensas y los bomberos contemplaban impotentes el desastre, pues los huelguistas cortaban las mangueras a hachazos.

De todo esto conservo una impresión bien clara. ¿Cómo pueden olvidarse escenas tan terribles que marcan profundamente el espíritu de un niño?

No sé cómo llegamos a casa de mis tíos Aníbal y Carolina Campbell, quienes se hallaban ausentes. Pasamos allí la noche sobre colchones tirados en el suelo. Dormí poco, sobresaltado por el ruido que producían los cascos de la caballería que patrullaba la ciudad.

Días después mi tío Francisco me llevó al sitio en que se había alzado nuestra casa.

Había ardido casi toda la manzana y sólo se hallaban en pie unos palos carbonizados. Encontramos entre los escombros la cabeza de hierro de mi caballo de balance.

Perdimos absolutamente todo, pues habíamos huido, como se dice, *con lo encapillado*. Como la casa estaba siendo terminada, muchos muebles, pedidos a Santiago por mi padre, se hallaban aún en sus jabas. Mi padre, supongo que desalentado por tanto daño, vendió el terreno y partimos a Taltal. Poco tiempo después recibimos allí la noticia del fallecimiento de mi tío Francisco.

Cuando regresamos, no sé cuántos años más tarde, nos instalamos en Sucre, entre Matta y Condell, en casa de mi tío Agustín Figueroa, médico del regimiento Esmeralda, del Ferrocarril y del Lazareto. Este doctor salía a caballo por las mañanas a visitar esos sitios.

¿Cómo era Antofagasta en aquellos años? Desde el barco se veía una gran extensión gris sobre la costa color de león. Corrían trenes y humeaban chimeneas de fábricas y fundiciones denunciando la gran actividad del puerto. El ancla pintada en el cerro era un tatuaje revelador de la virilidad y de la inquietud de ese cuerpo que se desarrollaba cada día. El sol producía ampollas en la pintura de mala calidad de las fachadas y en esas ampollas anidaba el polvo, lo que daba a muchas calles un aspecto sucio. Altos postes telefónicos, con un sinfín de hilos, se alineaban a lo largo de las veredas. Allí se enredaban nuestras cambuchas, lo que ponía flecos por todas partes. En Matta cerca de Prat, se hallaba la central de teléfonos y frente a ella se perfilaba un poste más gordo y elevado que los otros, con una especie de ancha cofa en lo alto. Los vendedores de pescado pregonaban su mercancía por la mañana. Llevaban sobre el hombro una vara de cuyas extremidades pendían fantásticos congrios, corvinas, suculentos trozos de albacora... Ofrecían canastos desbordantes de erizos, locos, lapas y jaivas a precios que hoy no son creíbles. "¡Congrio colorado y fresco!", era el pregón que alegraba las calles antofagastinas y anunciaba caldillos como nunca he vuelto a saborear.

Los *carritos de sangre* recorrían varias calles. Me parece recordar que había uno que bajaba por Sucre, doblaba por Matta y seguía a lo largo de la avenida Brasil. Allí vivía la familia Julio, que si no me equivoco, era la empresaria de aquellos carritos. La casa existe aún, sin cambio alguno, a lo menos exterior.

Mi tío Agustín, el médico, tenía como asistente un soldado, muchacho simpático y habiloso llamado Juan Leiva, del cual nunca más tuve noticias. Vestía aún el antiguo uniforme de la infantería, con chaqueta azul y cuello rojo. En las tardes de algunos domingos, Juan me llevaba a pasear a la avenida Brasil, que por aquellos años era cancha de carreras y tenía por los lados unas barandas de madera sin pintar. A la entrada de la avenida se levantaba una casa de tres pisos, especie de fonda, llamada "Las delicias del canario", acaso porque su dueño era español de las islas Canarias. No sé qué deprimente y siniestro emanaba para mí de ese edificio que sin embargo, era un lugar de jolgorio. Hasta ahora me ocurre volver a recibir la impresión de aquellas "Delicias" cuando me hallo en casas de aspecto sórdido.

En algunas ocasiones nuestros paseos nos llevaron hasta el cuartel del regimiento Esmeralda, pero aquellas eran para mí excursiones de largo aliento. Tenía la sensación de haber recorrido la mitad de la tierra. Para ciertas festividades, las familias antofagastinas iban a tomar onces a Playa Blanca y aquellas también eran fiestas en un país lejano.

Con Juan Leiva leíamos la *Historia de Chile*, de don Ismael Valdés Vergara, con una bandera tricolor impresa en la tapa cartonada. Esta lectura nos producía gran entusiasmo y releíamos sin cesar los episodios de la Colonia y de las guerras de la Independencia. Claro está que nuestro héroe era Manuel Rodríguez, representado

gallardamente en los cuadros pintados por mi abuela. Juan Leiva protagonizó en nuestra casa otras aventuras menos intelectuales y menos patrióticas que tal vez contaré en otro capítulo.

El comercio y el movimiento de la calle Prat me fascinaban. Cerca de la Plaza Colón se hallaba la dulcería Capella, con una ancha vitrina cargada de tentaciones; después la joyería Palavresich; más allá el Club de la Unión, en cuya puerta, por las tardes, se lucían las figuras imponentes de don Julio Pinkas y de otros caballeros principales. En la esquina, el Almacén Español desparramaba sus reflejos. En la acera de enfrente, cerca de la Plaza existía la cigarrería de don José Quiroga, cuya puerta era sitio de reunión de señores más jóvenes que los del Club. Más allá estaba la librería del Señor Rossi. La célebre librería de don Justo Arce, donde tantas maravillas encontré más tarde, se hallaba, según mi recuerdo, cerca de Matta. Nuestros vecinos, hacia Condell, eran unos señores de apellido Zuleta. Uno de ellos tosía de manera tan estruendosa que una vez mi madre le recomendó un pectoral. El caballero rechazó la receta diciendo: "¡Esta es tos de hombre, señora!".

Seguía la casa del doctor Le Fort, de cuyos hijos, especialmente de Roberto, me hice muy amigo. El doctor era un caballero de perita blanca y mejillas sonrosadas. Hacía sus visitas en una hermosa victoria que llevaba una cadena brillante en el extremo de la vara, entre dos fogosos caballos. La cadena tintineaba, anunciando desde lejos la llegada del doctor. Al oír aquel tintineo, cuando jugábamos en la calle, nos eclipsábamos.

Me hice también gran amigo de Mario Bonat, mi vecino, del lado de Matta. El padre de Mario poseía una imprenta. Era un caballero alto y delgado —como después debía ser su hijo. Vestía siempre de negro y nos inspiraba también —como el doctor Le Fort— un santo terror. Creo que jamás me atreví ni siquiera a saludar a estos varones, que debían ser buenísimos, pero que formaban un mundo misterioso y amenazante.

A Mario le ocurrían percances. Una tarde, desde el patio de mi casa, lo contemplaba cómo encumbraba un volantín en el techo de la suya, cuando de pronto lo vi desaparecer. Tiranteaba Mario con maestría y retrocedía para dar hilo, hasta que, al llegar al bordé del tejado, cayó desde una altura respetable. Felizmente, como era tan flaco, no sufrió más que el susto. Otra vez, cuando corríamos de noche por los jardines interiores de la Plaza, no vio a tiempo una pequeña laguna y se dio un chapuzón formidable. En el prefacio, tan cariñoso y simpático que escribí para *Valparaíso, puerto de nostalgia*, recuerda Mario ese pequeño accidente. Me parece aún ver a mi amigo corriendo por medio de la calle Sucre, hecho una sopa, con su sombrero de paja bajo el brazo y haciendo glu-glu con los zapatos llenos de agua. El señor Guzmán era severo y Mario temía que las iras paternas se desencadenaran cuando se presentara en tan lamentable estado. Felizmente, las hermanas de mi amigo evitaron el encuentro y remediaron instantáneamente su desastre vestimentario.

Como es tradición, los del barrio formábamos una banda de palomillas, entregados con fervor a molestar a los vecinos. Por la noche, por medio de hilos hábilmente disimulados, tocábamos los eslabones de las puertas y arrojábamos barro a los letreros de tiendas y almacenes. Una noche, cuando Mario se hallaba absorbido, bombardeando con excelente puntería la muestra de un zapatero, éste salió brusca-mente y capturó a mi amigo. Lo llevó a su tienda y lo acosó a preguntas para saber si había sido enviado —como él lo sospechaba— por un competidor. Mario recobró su libertad confesando todo lo que el zapatero quiso. Aquel hombre había olvidado su infancia hasta el punto de no poder darse cuenta del encanto que tiene para un niño bombardear un letrado.

Seguramente, yo era menos audaz que Bonat y por eso no tuve tan peligrosas aventuras.

Al mismo tiempo íbamos —maravillados— descubriendo Antofagasta. Los domingos emprendíamos largas caminatas a través de la ciudad que siempre nos reservaba alguna sorpresa. El mar cabrilleaba bajo el sol al extremo de Sucre y nosotros corríamos a su llamado.

La isla —ahora ya embancada y desaparecida— que se encontraba frente al Hotel Mauri, era campo predilecto de nuestras correrías. Había allí una casa de madera sobre pilotes y un varadero de faluchos con un pequeño faro. Se respiraba la sal de alta mar que el viento nos arrojaba a la cara con violencia, el olor de los huiros y del alquitrán. Las rocas y las pozas, guardadas de negros cangrejos, las rompientes en las que aparecía de pronto la cabezota de un lobo, y las siluetas de los barcos lejanos, entrevistas a través de los muelles y de los viejos galpones, formaban el decorado que respondía exactamente a las exigencias ya apremiantes, de nuestras almas vagabundas. Con agilidad de cabros corríamos por las rocas que el luche hacía resbaladizas y nos equilibrábamos en las aristas donde rompía, y a veces nos bañaba, la ola. En el prefacio de que ya he hablado, Mario contó una de nuestras aventuras, en la isla: una tarde la alta marea nos sorprendió en un arrecife y estuvimos en apuros hasta que, ya muy tarde, un pescador, alertado por nuestros gritos, vino a rescatarnos con su bongo. Nos deleitaba también vagabundear por los muelles salitreros, observando los remolcadores y faluchos, dormidos en la pereza del domingo. Ahora los molos y la mecanización han suprimido todo lo pintoresco del puerto que, por lo demás, ha cambiado de lugar. En aquellos años era un abigarrado dibujo de cascos, de mástiles, de chimeneas. Los vericuetos se sucedían en los muelles a lo largo de los fondeaderos, entre enormes rumas de sacos y fardos. El golpe de la resaca, el grito de las sirenas y de las gaviotas agitaban el aire quieto del domingo y nos arrastraban en sus ecos alucinantes.

Otra de nuestras diversiones favoritas era acompañar a los bomberos en sus ejercicios. Los seguíamos con entusiasmo y discutíamos con pasión sus proezas. Eramos *quintinos* por vivir en la vecindad de esa compañía. Una vez los bomberos se hicieron retratar alineados junto a sus carros y nosotros aparecimos en la fotografía. Tal vez ella existe aún entre los recuerdos bomberiles de ese tiempo.

También íbamos por otros lados, a través de una ciudad que nos parecía misteriosa. Mario Bonat ha escrito sobre el banco de cemento que descubrimos en una esquina, frente al obligado despacho italiano, y que nunca más pudimos encontrar¹.

Hacíamos grandes dibujos con lápices de colores y nos los cambiábamos cuando nos reuníamos a jugar por la tarde. Mario ya dibujaba bien, mientras que yo no era más que un mamarrachero. Nuestro tema preferido era el combate de Iquique. Presentábamos la "Esmeralda" hundiéndose con el pabellón en alto, frente al "Huáscas", que hacía fuego con todos sus cañones.

Yo frecuentaba en aquella época un colegio mixto que mantenían varias hermanas entradas en edad o que así me parecían, pero a quienes su madre, con muy natural ternura, llamaba "las niñas". De los condiscípulos sólo recuerdo a Andrés Garafulic, que llegó a ser un notable arquitecto y que falleció muy joven.

Uno de los acontecimientos que más me interesaban era el entierro de los bomberos. Se efectuaban estas ceremonias de noche, con música y a la luz de antorchas. Desfilaban los voluntarios de todas las compañías con sus uniformes de parada y un grupo de ellos arrastraba el "gallo" (carro destinado a las mangueras), sobre el cual iba el ataúd cubierto de flores. Con estupor y miedo veía pasar los estandartes y los

¹Prólogo de Valparaíso, puerto de nostalgia. Ediciones Zig-Zag.

casos que brillaban a la luz de las antorchas. Desde pequeño sentí el horror de la muerte. En el embrujo de la casa que se incendió, me asaltaba por las noches la idea de que vería morir a mis padres. Con angustia pedía a Dios que me quitara la vida al mismo tiempo que a ellos. En alguna parte he descrito a un niño que contemplaba las armas de una pasada guerra y se creía destinado a morir en una batalla. Ese niño fui yo y esas armas las que mi tío Francisco conservaba².

¡El miedo!... De niño y de hombre lo he sentido ante la fatalidad de la muerte y la amenaza de las enfermedades. Sin embargo, en varias circunstancias peligrosas, he tenido una sangre fría que me ha asombrado a mí mismo. En aquellos años Antofagasta era asolada por las epidemias de viruela y bubónica, importadas de Asia por los barcos que traían sacos para el envase del nitrato. El doctor Figueroa era médico del Lazareto y yo oía contar que allí no disponían ya de camas y que acostaban a los enfermos en el suelo de los pasillos. Estas epidemias se produjeron periódicamente durante varios años, pues ya muchacho me acuerdo haber leído aún en los diarios las atroces estadísticas de enfermos y muertos. A pesar de las vacunas nos sentíamos envueltos en la atmósfera pestilente y trágica. En la casa había grandes cantidades de sueros y vacunas, algunos de los cuales se presentaban en envases de madera, muy adecuados para jugar. Mi tío llegaba precipitadamente y partía con grandes cantidades de esos productos. Se le veía preocupado y deprimido.

Otro elemento del miedo era el incendio. Cuando sonaba la campana de alarma, sentíamos revivir los momentos dramáticos de la calle Angamos. Veíamos pasar los "gallos" y las máquinas de las compañías de bomberos, éstas arrastradas por caballos fogosos. Las máquinas, destinadas a producir presión para levantar el agua, despedían espesa humareda por una brillante chimenea de bronce. Las compañías se disputaban el honor de llegar la primera y armar su material. Pero las casas de madera reseca ardían rápidamente, formando inmensos braseros que con frecuencia devoraban manzanas enteras. En varias ocasiones, después del incendio de la calle Angamos, tuvimos listos colchones y atados de ropa para huir en vista de un incendio que se propagaba en la vecindad. Al día siguiente íbamos a contemplar con tristeza los montones de escombros renegridos.

La nuestra fue así una infancia amenazada. Bajo el brillante cielo y junto al maravilloso mar, pródigo en elementos poéticos, se elevaban los miasmas de las terribles epidemias y las humaredas de los incendios. Antofagasta, hoy tan limpia, carecía entonces de elementales servicios de salubridad. La riqueza del salitre no protegía nuestras vidas, sino que, al contrario, las hacía peligrar a causa de motines, huelgas y sangrientas represalias. Hasta la ciudad llegaban los ecos de los dramas de la pampa, donde la explotación del hombre por el hombre alcanzaba a límites ahora inconcebibles. Nuestra sensibilidad infantil presentía el combate sin piedad que libraban los mayores y al cual parecíamos destinados. ¿Cómo endurecerse? ¿Cómo adquirir audacia para dominar tantas fuerzas hostiles?

No creo que en ese tiempo yo fuera un chico muy travieso ni bullicioso. Pero un tío mío declaró en cierta ocasión que me pagaría una chaucha por cada hora que yo estuviera fuera de casa los días domingos. La proposición me pareció excelente y, llegado el momento, me fui a la calle una vez terminado el almuerzo. Cuando Mario Bonat tuvo que volver a su domicilio, después de haber vagado todo el día, me encaminé donde mi amigo Felipe Ravinet y pasé hasta la noche en su hermoso jardín. Al regresar encontré gran revuelo en mi casa. Habían ido a preguntar por mí en todos los sitios donde suponían que pudiera encontrarme

III
"Niño todo
quebrado"

²Copiapó. Novela corta. Editorial Zig-Zag.

y habían salido a la calle en mi busca. Fui reprendido sin mucha severidad y no se me pagó la suma que honestamente había ganado.

Nunca sufrí castigos de ninguna especie ni tampoco disfruté de mimos. Vivía en medio de una amable indiferencia, cómoda para mí. Mi padre, que siempre andaba de viaje, solía, de tarde en tarde, tomarme de la mano y sacarme a pasear por las calles de Antofagasta. Cuando se encontraba con algún amigo, el diálogo era siempre el mismo:

—¿Este es su hijito? —preguntaba el amigo.

Sí, éste —respondía mi padre—; el pobre está todo quebrado.

—¡Ah, qué desgracia! —exclamaba el caballero. Y él y mi padre se ponían a contemplarme compasivamente.

A mí, que me sentía bien y tan ágil como cualquier otro chico de mi edad, estas frases no me producían ningún efecto. No hacía caso de las miradas piadosas y el paseo continuaba agradablemente, porque yo tenía gran cariño por mi padre.

Yo estaba ya acostumbrado a las burlas y a las exageraciones sobre mi persona. Me daba cuenta de que se me tenía por un caso irremediable y había tomado mi partido de no dar importancia a nada de eso. Tal vez con otro carácter, se me habría formado un complejo o, andando el tiempo, me habría convertido en un cinico. Pero era más bien tímido, distraído y sin ninguna afición a preguntar y discutir. El que mi padre afirmara que estaba todo quebrado no me producía ningún sentimiento de inferioridad, porque no sentía dolores ni impedimentos. A pesar de mi cariño, me daba cuenta de que mi padre no me entendía, de que había una gran distancia entre él y yo. ¿Cómo salvar tal distancia? Era tarea demasiado difícil para un niño y ni siquiera se me ocurría intentarla.

La verdad es que yo no había tenido más accidente que los que sufre la mayoría de los chicos. En Taltal me había quebrado la nariz al golpearme contra una mampara, corriendo a gran velocidad; en Copiapó, durante unas vacaciones, tal vez me tricé la tibia izquierda, al saltar sobre una piedra. Tuve unos dolores atroces y una doctora estuvo durante muchos días envolviéndome la pierna en unos paños calientes. Me era imposible caminar. Fui llevado al colegio de los padres alemanes, donde había un aparato de rayos x, seguramente muy rudimentario. No supe lo que el padre vio con su aparato. El hecho es que seguí sufriendo. Como el caso no parecía arreglarse, mis padres me llevaron a Santiago. Fue un viaje triste porque estuve postrado en el camarote, sin correr por los puentes, como era mi costumbre. En Valparaíso, un fletero me desembarcó en brazos y en el Hotel Oddo anduve muchos días arrastrándome por el suelo y luego saltando en un pie. No recuerdo qué tratamiento se me aplicó, pero al fin los dolores desaparecieron y volví a estar firme sobre mis piernas.

Tales accidentes me valieron la reputación de un "niño todo quebrado", la que, sin duda, agravaba mi fealdad.

Porque este fue otro de los temas que más oí tratar en mi infancia. Yo estaba sin duda, lejos de ser uno de esos amorcillos gorditos y rosados que revolotean en telas de Fragonard y de Wateau. Era larguirucho y tenía, seguramente, un aire estúpido. Un tío me puso el sobriquete de *labio péndulo*. Estuve durante algún tiempo deseando llegar pronto a hombre para dejarme crecer un grueso mostacho que ocultara el grosor de mis labios. Pero, como en el caso de las quebraduras, pronto dejé de prestar atención a esta particularidad.

"El feísimo lentejilla"

Entre los cuentos de Calleja que leía en aquella época, había uno titulado *El feísimo lentejilla*. Cuando el cuento cayó en manos de mi tío pasé a ser "Lentejilla". Esto tampoco me inquietó. No tenía una idea muy clara de la belleza mas-

culina y mis preocupaciones iban por otro lado. Me interesaban ya las chicas y me pasaba algunas tardes arrobado contemplando a las vecinitas que se asomaban al balcón o a la puerta. Ignoraba que para conquistar a las mujeres hay que ser un tipo apuesto, y creía que mi destino sería realizar una cantidad de hazañas como las que leía en los cuentos y estaba seguro de que aquello bastaría para que Toya, Yolanda y Rosita cayeran en mis brazos.

Tal vez sea un buen método educativo el burlarse de los niños y criticarlos con desdén. No es que yo pretenda presentarme ahora como una demostración de las bondades de esa pedagogía. Pero me parece que el sistema le hace comprender a uno, desde pequeño, que no puede esperar gran cosa de los demás y que es necesario aprender a aguantar los chaparrones, *savoir encaisser*, como dicen los franceses.

Mi fealdad no me creó pues, inquietudes; acepté el hecho fatal y me acomodé con él, hasta olvidarlo. Andando el tiempo, volvió a presentarse de manera curiosa. En uno de los viajes a Santiago, cuando debía lindar los dieciocho años, empecé a cortejar a una muchacha vecina de la calle Lord Cochrane. Una tarde me paseaba con ella, cuando unos chicos que jugaban en la vereda, interrumpieron su juego para mirarnos pasar y uno de ellos exclamó:

—¡Chitas, que son feos estos dos!

Sentí una vergüenza tremenda, no por mí sino por mi compañera. Me pareció ser algo así como responsable del agravio y testigo indiscreto de su bochorno. No sé lo que pasó por ella, pero el resultado fue que no quiso juntarse más conmigo.

Andando el tiempo, comprobé que ni los labios gruesos ni la calvicie son motivos para que a uno le vaya más mal que a otros en cuestiones amorosas. En mi adolescencia luché durante algunos pocos años contra la calvicie y cuando comprobé que ningún tratamiento daba resultado, suprimí el problema. La calvicie, por su parte, también debió aburrirse, pues no he merecido definitivamente el sobrenombre de "pelado".

En estas materias hay que ser realista y practicar el *fair play*.

Una vez, en una fiesta de año nuevo, en Madrid, me puse a cortejar a una chica muy guapa. Me fue bien, tan bien que me entregó la llave de su departamento (vivía sola). Después apareció un tipo grande, con cabellera de Tarzán y sonrisa de bestia alegre y fornida. Este personaje también empezó a cortejar a la misma muchacha. Observé como se desarrollaban las cosas y le dije a la chica: "Toma tu llave, niña. ¿Cómo voy a disputarte a ese tío?"

Ella se rio, se guardó la llave y, terminada la fiesta me marché sin amargura, pensando que todo es cuestión de suerte. Si aquel señor hubiera tardado media hora en llegar, yo habría empezado el año más agradablemente.

Me parece que uno puede estar contento con la vida, si es realista y se pone de acuerdo consigo mismo, según sus posibilidades. Si uno ambiciona cosas para alcanzar las cuales no tiene condiciones, se amarga y desespera; si uno da importancia a las vanidades y empieza a creerse un personaje interesante, termina abrumado de rencores, a menos de ser un imbécil, cegado por la vanidad. A mí me han producido pánico ciertas personas que he visto pavonearse con aire de triunfadores y que luego, en la intimidad, me han revelado un alma ulcerada y vacilante. Esa gente debe sufrir un suplicio cotidiano y tener noches tremendas.

Si uno es realista y prudente para mantenerse dentro de su propio terreno, puede defenderse muy bien de golpes grandes y chicos, de eso que algunos, con grandilocuencia, llaman la *ingratitude humana*, de las críticas injustas, de las burlas y de otras cosas. ¿Qué importancia tiene al fin que ése, a quien uno creyó amigo,

termine estafándole unos pocos pesos? ¿Qué importancia tienen el *pelambre* y la intriga, si no fructifican y no crean problemas materiales? Ninguna.

Me parece que el niño "todo quebrado" que yo fui, el "labio péndulo", el "feísimo Lentejilla" me han servido mucho. Me dieron, desde pequeño, cierta capacidad de aceptación y de olvido, una gran dosis de indiferencia ante la incompreensión o la maldad. Cuando me he enterado de cosas malévolas que se han dicho de mí, me ha dado cólera en el momento, pero luego las he olvidado. Al cabo de pocos días, me he quedado estupefacto al no poder recordar en qué consistió el chisme o quien fue el autor. A veces, he saludado amablemente a un tipo y luego me he dicho: "¡Diablos! ¡Si éste habló mal de mí y me había jurado no saludarlo más!"

No digo esto para presentarme como un ejemplo de virtudes cristianas, como un asiduo practicante del precepto que recomienda el olvido de las injurias. No. Es posible que en el fondo, no sea más que un egoísta que no quiere molestar con rencores inútiles ni ambiciones imposibles. Egoísta, frívolo, indiferente, olvidadizo... Uno está más lleno de defectos de lo que cree.

Ahora que, cuando un amigo hace una mala trastada, me parece que la amistad se terminó para siempre. En este caso hago desaparecer hasta el recuerdo de tal amigo con la misma limpieza con que el prestidigitador hace desaparecer el conejo en el sombrero de copa.

IV

Remate del Hotel Oddo

Estaba yo en Santiago cuando apareció la bandera del remate sobre la puerta del Hotel Oddo y empezaron a demoler el edificio. Sentí una puntada en el corazón. El Hotel Oddo había representado para mí los fastos del gran mundo y el embrujo de la vida viajera. Yo habría puesto esa bandera a media asta, pues, cuando la vi flamear, aunque ya conocía los Ritz de París, Londres y Madrid; el Waldorf-Astoria de Nueva York, el Excelsior de Roma, el Mammounia de Marrakech (donde iba a invernar Sir Winston) y hasta el Pera de Estambul (tan prestigioso a través de las novelas de Loti y Farrère), el Hotel Oddo seguía representando para mí el refinamiento y la deliciosa frivolidad del cosmopolitismo.

No guardo, por cierto una imagen clara y continuada de ese establecimiento. Veo largos pasillos alfombrados, un vasto comedor de techo artesonado y me parece que vuelvo a sentir el aire que se respiraba al abrir las ventanas: un aire frío, vivo, desconocido para el niño del Norte que yo era. De un primero o segundo viaje en 1906 conservo el recuerdo de ciertas sensaciones: la claridad dudosa de las luces eléctricas encendidas en plena mañana (lo que hubiera sido disparate en mi tierra de sol) y las rejas del ascensor, tan heladas, cosquilleándome la piel; veo la victoria que mi padre alquilaba por toda nuestra estada, con su cochero de sombrero hongo, trotando por la Alameda, bajo el cielo gris y entre una bruma transparente. Me sentía en otro mundo, transplantado a tierras exóticas, con árboles estampados por la neblina, todas asombrosas novedades para quien estaba habituado a la luz bárbara del Norte.

El ascensor del Hotel Oddo, en aquellos tiempos, se movía por medio de un cable del cual tiraba el ascensorista, con la mano protegida por un trozo de gamuza. Yo subía y bajaba cien veces al día, en compañía de personas desconocidas y maletas cuyo perfume de cuero fino, filtraba en mi alma las primeras sensaciones de lo que Gómez Carrillo llamó "la amarga voluptuosidad de viajar".

Otras de mis actividades favoritas en el Hotel Oddo, era salir por la ventana del cuarto y marchar sobre los costados cubiertos de cinc del techo del pasaje Matte. Hicé algunas de estas excursiones en compañía de René Gérard, hijo del dueño del Hotel, muchacho alto y simpático, algo mayor que yo y cuya amistad

buscaba, pues siempre, de joven, me agradó la compañía de los mayores. René murió en la Primera Guerra Mundial, defendiendo a su patria.

Estas exploraciones se verificaban en las tardes de invierno, cuando el pasaje Matte enviaba sus iluminaciones a través de los cristales empavonados del techo. Caminábamos bordeando una inmensa claridad difusa que subía hacia el misterio de la noche, cargada de esplendores. Recibíamos los ruidos de la gran ciudad, los ecos de su agitación. A mí me parecía ir volando sobre toda esa actividad desconocida y, por lo mismo, fascinante.

Mi madre hacía traer unos helados riquísimos desde la pastelería Camino, que se hallaba en la esquina de Compañía y Ahumada. Nunca más he paladeado helados tan deliciosos como aquellos, como tampoco, nunca más he comido un manjar blanco tan exquisito como el que vendía una viejita en el portal Mac Clure. ¿Es que con los años el paladar pierde su frescura, su sensibilidad? Mistinguette, en sus memorias, cuenta que su abuela la llevaba los domingos a comer langostinos en un *faubourg* parisiense, y que a través de los años ha perseguido el sabor de esos langostinos, sin volverlo a encontrar.

En aquel 1906 y también en 1911, año de otro viaje a Santiago, desde el dormitorio del Hotel Oddo, aguzaba el oído para percibir los ruidos de la ciudad. Me fascinaba el golpear acompasado de los cascos de los caballos en el pavimento. Era un ritmo evocador de no sé qué de refinado, de airoso. Me gustaba también el sonar de la campana de los tranvías. Era una gran campana de bronce que el maquinista llevaba en la misma palanca del freno. Al tomar la curva, los tranvías lanzaban prolongados chillidos. Los rumores de la capital elegante y misteriosa encontraban un eco profundo en el alma de un niño, atraído oscuramente por la melancolía sensual del cosmopolitismo.

Pero también había las sensaciones del color, no menos agudas. En realidad, la niñez es la película virgen que capta todas las reacciones de los sentidos, con una nitidez que no consigue la edad adulta. Así los pequeños detalles valen más que los grandes cuadros para reconstituir la atmósfera de la infancia. Los grandes cuadros se borran, pero una sensación de sabor, de olor, de color, perdura a lo largo de la vida y se manifiesta ante ciertos reactivos.

Recuerdo los coches particulares detenidos frente al Hotel Oddo o que pasaban al trote de magníficos caballos. Recuerdo las libreas de los cocheros. La escarapela azul y oro en el sombrero de copa de éstos, me producía una sensación aguda, que no puedo definir. Esa combinación de colores respondía sin duda a algún centro muy especial de mi sensibilidad, pues también me producía el mismo efecto al verla en los uniformes y mandiles de un regimiento que a veces veía pasar desde las ventanas del Hotel y cuyo nombre ignoré siempre. ¡Azul marino y oro viejo!... Hasta ahora esos colores resucitan mis sensaciones infantiles. Son para mí algo así como la *madeleine* para Proust. Don Pío Baroja, que tanto se reía de la famosa *madeleine*, diría, tal vez, que yo tengo una sensibilidad de sombrero de copa o de mandil militar. Pero estas son reacciones inexplicables del desconocido que va dentro de nosotros. Lo cierto es que muchos, muchos años después, yo gustaba pasar frente a un hotel de Londres cuyo portero llevaba en su sombrero de copa, la misma escarapela oro sobre azul, con un pequeño penacho negro y sedoso. Una rápida mirada sobre esa combinación de colores me hacía respirar la atmósfera del Hotel Oddo.

Estuve alojado allí no sé cuántas veces, con mi padre y mi madre. Me acuerdo de nuestras temporadas de 1906 y 1911. El edificio me parecía enorme, imposible de explorar en todos sus recovecos. El último piso, *mansardé*, fue un territorio mágico en el mundo de mi infancia, con sus escaleras de madera brillante y sus

pequeñas ventanas desde las cuales se divisaba un océano de tejas, otra novedad para el norteño, habituado a los techos de calamina. Yo me deslizaba entre una humanidad fastuosa: damas con grandes *toilettes*, señores habitualmente de chaquet, pero también a veces de levita y sombrero de copa. ¡Y aquellas libreas de colores brillantes y sombríos a la vez!

El millonario antofagastino don Julio Pinkas se alojaba también en el Oddo. Su lujoso carruaje lo esperaba a la puerta. Una noche mecidos por los muelles resortes de ese vehículo y arrastrados por fogosos caballos, fuimos a comer a un restaurant que se encontraba en la esquina de Estado con Merced y que, si no me equivoco, se llamaba "Palacio de Cristal". El edificio de hierro, puro estilo 1900, existe aún en el momento en que escribo. Don Julio era un gran señor, creo que de nacionalidad brasileña, pero avecindado en Antofagasta desde largos años. De aquella cena sólo recuerdo un barco de hielo cargado de deliciosas frutillas.

Mis padres me llevaron a las tandas del teatro Santiago y recuerdo dos cortas operetas o comedias musicales, "La gatita blanca" y "El palacio de cristal" (acaso confunda ese título con el nombre del restaurant). También, por esa época, había visto "La viuda alegre". El Hotel Oddo reunía para mí los salones del restaurant Maxims y los del palacio del príncipe Danilo. Esa atmósfera ligera y embriagadora destilaba esencias de una calidad literaria que hasta ese momento yo ignoraba.

En el sitio donde se levantó el Hotel Oddo construyeron después un edificio que en nada recuerda aquella fachada de tipo francés, con su bohardilla y sus adornos *fin de siècle*. Me he preguntado a veces si el decorado en el cual mi alma palpité tan intensamente existió o si no lo creó mi imaginación de niño, exaltada por los poderes secretos de una gran ciudad. Hay en el hombre una zona incierta en la cual se destacan ciertas sensaciones con nitidez, sobre un fondo sombrío y vago. Quien es sensible a ese fenómeno tiene la certeza de haber vivido con gran realismo, pero no puede asegurar si el mundo que lo rodeó en esos momentos, existió también para los demás. Tampoco le interesa asegurarlo. Lo importante es sentir y hacer sentir. Feliz quien cumple ese trabajo. El puede decir que es un artista.

Muchos años después de mis emociones en el Hotel Oddo, un día, en la calle Ahumada, frente a otro hotel, me habló una persona.

—Yo lo conozco a usted me dijo. Usted es Fulano de Tal y venía con su padre al Hotel Oddo. Yo era camarero allí. Me llamo Luis García Olivares.

Estreché con emoción la mano de este amigo que me tendía con ella un trozo de lejano pasado. Hablamos de aquellos tiempos y me dio noticias de la familia Gérard, ya disminuida y dispersada por los años. Ahora, cada vez que paso por la calle Ahumada, me detengo a saludar a mi amigo García Olivares, dueño de una cigarrería. Siempre volvemos a lo mismo: el Hotel Oddo. Mi amigo recuerda hasta el número de la última pieza que habité con mis padres. En nuestras conversaciones reconstruimos los comedores, los salones, los pasillos cubiertos de gruesa alfombra roja y, a través de ese decorado inexistente, nuestros pasos no hacen ruido porque en él no somos nada más que fantasmas.

V
Publicación
de una revis-
ta literaria:
"Letras"

En 1928, Luis Enrique Délano venía a buscarme a la sórdida oficina de Morandé, donde yo trabajaba y nos íbamos alegremente al paseo del centro. Los escritores más prestigiosos y más activos de aquella época, se reunían en la puerta de la Librarie Française, en Huérfanos, al llegar a Ahumada, es decir en el eje del deslumbrante carroussel de lindas muchachas, que lucían elegancia y gracia, en tal número que aquello parecía fabuloso. Nosotros, fascinados por el espectáculo, íbamos lentamente de esquina a esquina, procurando que no se nos escapara

ningún detalle de tanta seducción. Ahora, al cruzar de prisa las calles del centro santiaguino, me pregunto dónde ha ido a parar todo eso.

Muy raramente nos uníamos al corrillo de escritores y saludábamos al pasar a Mariano Latorre, Carlos Préndez Saldías, Alberto Romero, Ricardo E. Latcham, Jenaro Prieto y otros. Alcanzábamos a escuchar frases en que sonaban los nombres de Azuela, Güiraldes, Gallegos y Ribera, ya consagrados como cumbres americanas. A veces nos encontrábamos con Manuel Eduardo Hübner, Hernán del Solar y Angel Cruchaga Santa María, con quienes nos reuníamos infaltablemente cada tarde o noche en "La Nación" o en algún cine, cuyo administrador era nuestro amigo.

No sé cuál de nosotros fue el primero en lanzar la idea de publicar una revista literaria. Esto se nos ocurrió, más que todo, como un divertimento, sin ningún propósito de sentar principios, ni difundir una tendencia determinada. Eramos gente de buen humor y el proyecto fue tomando forma entre chistes y chirigotas. Después de discutir festivamente y de proponer los nombres más estrambóticos, escogimos el muy simple de *Letras*. Manuel Eduardo Hübner y yo, que teníamos contacto con algunas firmas importadoras de films, nos encargamos de recolectar avisos para financiar la impresión, la cual se hizo en los talleres de obras de "La Nación" y que resultó barata. Como yo trabajaba en las proximidades de ese rotativo, al cual, por mis obligaciones iba varias veces al día, me encargué de la compaginación. Los demás producían artículos y traducciones. Déllano se preocupó de la difícil tarea de enviar la revista a provincia.

Un día de mayo de 1928 salió a luz el primer número de *Letras*, con doce páginas, tamaño 89 y una presentación original, más cercana a la del diario que a la de la revista. En la primera página, bajo el título con gruesos caracteres, presentamos uno de los dibujos que Luis Menéndez había realizado para la edición de *Los Rubayatas*, junto a un artículo de crítica. En la parte inferior de la página aparecían versos del poeta norteamericano Alfred Kreiborg.

No teníamos vanidad ni sectarismo y nuestras palabras de presentación fueron modestas. Tal vez demasiado modestas, ya que no es esa virtud la que domina en la vida literaria. Sin grandes ilusiones llevé 50 ejemplares de *Letras* a la Librería Nascimento y 50 a la Librería Salvat. Con gran estupefacción, a las pocas horas recibí llamados urgentes de esos libreros amigos, pidiéndome que les llevara, sin pérdida de tiempo, más ejemplares. Mucha gente exigía y esperaba nuestra revista. Aquel primer número, cuyo tiraje no recuerdo, se agotó en un solo día.

Este éxito nos alegró, naturalmente, pero no nos envaneció. Preparamos el número de junio con no pocas dificultades. Los avisos y la venta cubrían el valor de la impresión, que era cuanto ambicionábamos, pero la gran dificultad estaba en obtener las colaboraciones, ya que no disponíamos de dinero para pagarlas. Gran número de escritores nos ayudaron con desinterés, pero por falta de tiempo y acaso por olvido, muchos también nos prometían artículos que nunca llegaban. La distribución en provincia era difícil. Déllano enviaba paquetes y cartas, sin lograr respuesta de los agentes; los kioscos de periódicos se negaban a vender nuestra revista, y esto complicó mucho nuestra labor cuando los clientes dejaron de pedirla en las librerías con el entusiasmo que lo habían hecho al principio. Además, como cada uno de nosotros tenía que ganarse la vida, el tiempo escaseaba para dedicarlo a esta empresa, pequeña, pero abundante en detalles que exigían numerosas diligencias.

Andando el tiempo, algunos críticos que han recordado a *Letras*, han querido presentarla como el órgano del grupo *imaginista*. Eso proviene de la manía de los críticos por poner etiquetas y agrupar a la gente. No existió jamás tal grupo *imaginista* y *Letras* ofreció sus páginas a todos los escritores de ese entonces.

La primera época de nuestra revista en tamaño 89 duró dos años y tuvo 17 números, pues al correr del tiempo no alcanzamos a recolectar material ni avisos para publicarla mensualmente. Hojeando los ejemplares de esa primera época encuentro las firmas de los siguientes escritores nacionales: Fray Apenta (Alejandro Baeza), Marta Brunet, Alfredo Gandarillas Díaz, Mario Bonat, Raúl Silva Castro, María Monvel, Alberto Rojas Jiménez, Julián Sorel (Domingo Melfi), Juan de Luigi, Mariano Latorre, Amanda Labarca, Carlos Préndez Saldías, Julio Talanto (Augusto Iglesias), Jorge González Bastías, Fernando Binignat, Augusto Santelices, Rosamel del Valle, Jacobo Danke, Lautaro Yankas, Zaida Surah (Olga Acevedo), Alfonso Reyes Messa, Alberto Romero, A. Molina La-Hitte, González Vera, Juvencio Valle, Augusto d'Halmar, Raúl Cuevas, Oreste Plath, Caupolicán Montaldo, Juanario Espinoza, Jacobo Nazaré, Tomás Lago, Benjamín Morgado.

Esta lista es elocuente para testimoniar que nuestra revista no era la de una capilla ni tenía limitación de una escuela determinada. Pero se puede agregar que en aquella primera etapa de *Letras* publicamos entrevistas a Juan Guzmán Cruchaga, Joaquín Edwards Bello, "Alone", María Monvel, Marta Brunet, González Vera, Alberto Guillén (escritor peruano que fue entusiasta colaborador), Mariano Latorre, Roberto Aldunate, Tomás Lago, Jacobo Nazaré y Juanario Espinoza. En la "Hora de los poetas muertos" rendimos homenaje a Domingo Gómez Rojas, María Antonieta Lequesne, Raymundo Echavarría Larrazábal, Romeo Murga, Juan Egaña y María Peralta. Poco más tarde, a nuestro querido amigo Armando Ulloa y a Carlos Mondaca, a quien dedicamos la primera página con gran retrato y casi toda la segunda del número de noviembre-diciembre de 1928. En la sección "Los Nuevos" presentamos a varios poetas jóvenes y dimos una selección de sus versos. Entre ellos estaban Juvencio Valle, Jacobo Danke, Augusto Santelices, etc. Un escritor extranjero, pero al cual considerábamos nuestro por su larga residencia en Chile y sus vinculaciones, Mariano Picón Salas, fue entusiasta colaborador de *Letras*.

¿Qué mayor amplitud? Jamás nos negamos a publicar la colaboración que se nos entregaba y mi personal tolerancia llegó a tal punto que, como compaginador de la revista, no tuve inconveniente en publicar una crítica de Domingo Melfi en que trataba con poca simpatía un libro mío.

Los inconvenientes editoriales se fueron acumulando más y más. Nos cansamos de correr para un lado y otro; la curiosidad del primer momento se esfumó y los compradores empezaron a escasear; la distribución en provincia había fracasado. Entonces don Luis Salvat se ofreció a financiar la revista. La redujimos a tamaño 169. Luis Enrique Délano se retiró y Rosamel del Valle vino a reemplazarlo. Durante un veraneo, cuando me marché al Norte, Alberto Rojas Jiménez se encargó de la compaginación. Pero yo estaba fatigado de este trabajo al cual podía consagrar muy poco tiempo. No recuerdo cuántos números de *Letras* formaron el segundo período, porque no he conservado la colección, pero la vida de nuestra revista debe haberse prolongado aún por espacio de más de un año. Un día don Luis Salvat y yo decidimos terminar con ella y así *Letras* desapareció sin que casi nadie lo notara. Siguió la suerte de todas las revistas literarias en Chile. Fue, sin duda, una de las que más duró.

Nos divertimos bastante con esta publicación. En cierto momento, antes de que la financiara el señor Salvat, un amigo nuestro, Ramón Herrera Lira, se ofreció para administrarla. Con gran regocijo lo nombramos gerente y resolvimos hacer una función teatral en beneficio de *Letras*. Con una de las compañías importadoras con que teníamos contacto Hübner y yo, obtuvimos una película y hablamos a varios artistas que nos ofrecieron colaboración. Don José Martínez, empresario del cine Nacional, nos brindó su sala. Llegó la noche de la gran función. Estábamos

nerviosos, pues no veíamos aparecer a ninguno de los artistas que figuraban en el programa. Pasó la película y ¡nada!... El público, que lo había en gran número, empezó a protestar y nosotros a correr por la avenida Independencia para divisar y traer en vilo a los retrasados artistas. Pero estos no aparecían por ninguna parte y nuestra angustia tomó proporciones patológicas. En ese momento, el poeta Augusto Santelices, que era un muchacho muy serio y tranquilo, dio orden de levantar el telón, salió a escena y recitó una parodia de la "Sonatina" de Rubén Darío, titulada "Mi botella". Fue un éxito clamoroso. El público aplaudió a rabiar y Augusto recitó aún otras poesías jocosas de su cosecha. Se produjo lo que los gacetilleros llaman "una tempestad de aplausos" y cuando bajó el telón, cada cual se fue muy contento a su casa.

Nosotros sacamos en andas al poeta que nos había librado del desastre y para reponernos de la conmoción nerviosa, resolvimos emplear una parte de la suma obtenida, en un *week-end* marítimo. Tomamos el tren para San Antonio y pasamos allá dos días de risa y de jolgorio. Nuestro egoísmo de jóvenes era tal, que no invitamos a Augusto Santelices.

Sergio Vodanovic: La gente como nosotros*

UN CLARO al margen del camino de Viña del Mar a Limache. Algunos troncos cortados y algunos arbustos son los únicos elementos escenográficos. Es de noche. Al abrirse el telón, la escena esta vacía.

Después de un momento entran el Señor y la Señora. Ella, de aproximadamente cincuenta años, viste un abrigo de verano y lleva su bolso en la mano. Su actitud general es de fría indiferencia. El Señor viste terno oscuro y se le observa molesto por las circunstancias en que se halla.

Luego entra Freddy, 23 años, con paso displicente y las manos en los bolsillos. Viste con rebuscada elegancia, sus modales y gestos revelan cierta ordinariéz.

Después de Freddy entrará Carola, 18 años, su actitud es de concentración en sí misma.

FREDDY ¡Bien! Aquí podremos esperar que el chofer arregle la "pana". Menos mal que hay luna... Estos taxis colectivos son una calamidad; desde que salí de Viña me di cuenta que algo andaba mal. (*Mira su reloj y comprueba que está detenido*). ¿Qué horas son? (*Nadie le contesta. Se dirige directamente al Señor*). ¿Podría decirme la hora?

EL SEÑOR (*Quien, junto a la Señora, se ha apartado de los otros dos*). Las dos y cuarto.

FREDDY (*Pone su reloj a la hora*). No es hora para hacer picnic. ¿Creerán ustedes que esto me pasa de puro tonto? Pude haberme vuelto a Limache en un Impala de un amigo, pero no quise. El se enojó, pero yo soy porfiado. A los amigos hay que demostrarles que es uno el que manda, de lo contrario se está frito. ¿No es cierto? (*Nadie le responde. Freddy se amohina y principia a silbar un ritmo bailable mientras inspecciona el lugar. De vez en cuando mirará a Carola como tratando de reconocerla*).

LA SEÑORA No me gusta ese tipo.

EL SEÑOR No podía elegir a los demás pasajeros.

LA SEÑORA Si nos quisieran asaltar...

EL SEÑOR ¡Bah!

LA SEÑORA Tú te empeñaste en ir a Viña en el auto a pesar de que sabías perfectamente de que estaba fallando.

EL SEÑOR Hace meses que fallaba.

LA SEÑORA Y, justamente, tuvo que pararse esta noche. Justo a la salida del Casino... Yo no quería venir.

EL SEÑOR No vuelvas a empezar.

*Premio Municipal de Teatro, 1965. Obra estrenada en el Teatro Callejón en junio de 1964. Pertenece a la trilogía *Viña*. Tres comedias en traje de baño: *El delantal blanco*, *La gente como nosotros...*, *Las exiladas*.

El delantal blanco fue publicado en el N° 11 de la Revista "Mapocho". Tomo IV, Año 1965.

- LA SEÑORA ¿Yo volver a empezar? Yo no hablo. Hace tiempo que no hablo. Perdí la costumbre.
- FREDDY (A Carola) ¡Ya está! Ahora me acuerdo. (Se acerca a Carola y la indica maliciosamente con su índice) En "La Ronda" ¿No es cierto? (Carola hace como si no hubiera oído y mira hacia otro lado) ¡No hay de qué avergonzarse!
- CAROLA ¡Yo no me avergüenzo!
- FREDDY ¿Y por qué no me contestas?
- CAROLA No tengo ganas.
- FREDDY (Imitándola desabridamente) ¡No tengo ganas! Las ínfulas que te das y pensar que te he visto en pelota. (El Señor y la Señora miran extrañados hacia Carola).
- CAROLA ¡Media gracia!
- FREDDY ¿O no hablas con desconocidos? Si es por eso, me puedo presentar. (Le extiende la mano) Freddy Salamanca, a sus órdenes. (Carola le toma la mano y vuelve a mirar en otra dirección). ¿Y tú? ¿Cómo te llamas? Creo que ni siquiera te anunciaron.
- CAROLA Carola.
- FREDDY (Riéndose abiertamente, de súbito) Dime... ¿Te dolió mucho?
- CAROLA ¿Qué?
- FREDDY Cuando te quité la silla y te caíste.
- CAROLA (Reaccionando enojada) ¿Fue usted?
- FREDDY ¡Eso sí que estuvo buena! (Se dirige al Señor y la Señora) Oigan, oigan esto que es bien bueno. Yo estaba con Tito en "La Ronda". Tito es mi amigo del Impala, feo como el demonio, pero podrido en plata, y, de pronto, aparece en la pista, en medio del show, nuestra amiga (Indica a Carola) para hacer un *striptease*. Nosotros estábamos en primera fila, justo detrás de ella, y cuando Carola se fue a sentar para bajarse los calzones yo, con el pie, quité la silla y Carola fue a dar al suelo... ¡La que se armó! ¡Fue de película! (A Carola) ¿Te enojaste mucho?
- CAROLA (Molesta) No.
- FREDDY ¿No estás enojada conmigo?
- CAROLA No.
- FREDDY Los artistas tienen que soportar todo. Se deben a su público. Después de todo, lo pasan hartos bien.
- CAROLA ¡Mejor lo pasan ustedes!
- FREDDY ¿Nosotros? ¿Y quiénes somos nosotros?
- CAROLA Usted lo sabe bien.
- FREDDY ¿Qué quieres decir?
- CAROLA Antonio, el anunciador, me dijo quiénes eran ustedes, los que me habían quitado la silla.
- FREDDY ¿Antonio? Que se calle ése que también tiene su historia.
- CAROLA Yo no sé para qué van al *striptease*... Si fueran hombres siquiera los que se desvistieran...
- FREDDY (Picado) ¿Crees que no soy hombre?
- CAROLA ¡Claro que no!
- FREDDY Te podría mostrar cien señoras que te podrían decir cómo soy yo.
- CAROLA (Despectiva) ¡Señoras!
- FREDDY Señoras, sí, y señoras decentes... ¿O crees tú que me voy a estar gastando con señoritas?

- CAROLA ¿Por qué no?
- FREDDY Se enamoran, se quieren casar; en cualquier momento uno les hace una guagua... ¡Y se terminó Freddy! Además..., con las señoritas ni ná ni ná...
- CAROLA Ni ná ni ná ¿qué?
- FREDDY *(Hace con los dedos como si contara billetes)* ¡Money! *(Lo pronuncia en español igual como se escribe)* ¿O tú crees, también, que las mejores cosas de la vida son gratis? No, señor. Hay que pagarlas y a mí me pagan. No debo ser tan inservible, entonces.
- CAROLA *(Desafiante)* ¿Los hombres también?
- FREDDY *(Igual)* También.
- CAROLA Debiera darle vergüenza siquiera. *(Freddy la mira y sonríe irónicamente. Enciende un cigarrillo y se aleja tratando de no mostrar su molestia. En el diálogo anterior, el Señor y la Señora han permanecido inmóviles, sin mirar a Freddy y Carola, pero obviamente han escuchado su conversación).*
- LA SEÑORA Anda a ver si el chofer arregló la pana.
- EL SEÑOR ¿No lo ves desde aquí? Todavía está metido de cabeza en el motor.
- LA SEÑORA Nunca en mi vida oí tanta indecencia junta.
- EL SEÑOR Ni yo.
- LA SEÑORA La gente como nosotros...
- EL SEÑOR Sí.
- LA SEÑORA ¿Sí, qué?
- EL SEÑOR Lo que tú dijiste: "La gente como nosotros..."
- LA SEÑORA Yo no terminé mi frase.
- EL SEÑOR De todos modos, tenías razón.
- LA SEÑORA Una tiene que quedarse en pana en un camino y de noche, para enterarse de las obscenidades que ocurren al lado nuestro.
- EL SEÑOR Otra cosa es verlo en películas, o en el teatro, o en los diarios.
- LA SEÑORA ¿Qué diarios?
- EL SEÑOR Esos con letras rojas que se ven en los kioskos. Yo no los leo.
- LA SEÑORA Haces bien.
- EL SEÑOR La gente como nosotros...
- LA SEÑORA Sí. Tienes razón.
- FREDDY *(Acercándose nuevamente a Carola en plan de cordialidad)* ¿Por qué estás enojada? ¿Te ha ido mal?
- CAROLA *(Después de una pausa)* Sí.
- FREDDY Tal vez yo te podría ayudar. "La Ronda" no es el único cabaret de Viña. Yo soy amigo de un señor que es dueño de dos en el puerto. Si quieres te recomiendo.
- CAROLA Parece que no sirvo.
- FREDDY ¿No sirves? Eres joven, tienes buen cuerpo... ¿por qué no ibas a servir?
- CAROLA No sé. No les gusto. Me silban.
- FREDDY ¿Vives en Limache?
- CAROLA Cerca. Casi al llegar.
- FREDDY ¿Y qué hacías antes?
- CAROLA Nada. Mi papá es viudo. Se pierde por meses. Yo cosía, pero no me gusta coser. Quiero viajar, salir en las revistas, ser alguien... ¿Y qué posibilidad tenía para lograrlo? Un día fui a Viña a ver a un amigo,

le conté lo que me pasaba y me llevó donde Antonio. Me contrató para el verano... me pareció que era fácil...

FREDDY Dime... ¿No te dio vergüenza la primera vez?

CAROLA Más vergüenza me daba cuando me veían en Limache con el vestido viejo y parchado. (*Mostrando su ropa*) Esto me lo compré con el primer sueldo. Es bonito. ¿No es cierto?

FREDDY (*Guiñándole un ojo*). Toca esta tela. Es *palm beach* inglés. Cuesta como ochenta escudos el metro. (*Se queda un momento pensativo*) Sí. Yo sé lo que es eso. Andar con los pantalones parchados y que la gente te mire y no te vea.

CAROLA Pero a ti te va bien. Te pagan.

FREDDY ¿Y a ti no? ¿Te empelotas, acaso, por bolitas de dulce?

CAROLA Pero no les gusto, me pifian. Todas las noches me pifian. Y se rien de mí, como lo hiciste tú cuando me quitaste la silla.

FREDDY ¡No es para tanto!

CAROLA ¡No es para tanto! ¿Y qué es para tanto? Tú no sabes lo que es tener que desvestirse todas las noches delante de gente que tú ni sabes quiénes son. Y, al final, agacharte a recoger tu ropita del suelo y salir a pote pelado en medio de la gente que conversa y bebe... ¡Y a nadie le importa! ¡Ni miran siquiera! Y hay esas mujeres elegantes que te observan con curiosidad, como si uno fuera un monstruo o algo así, como si ellas no estuvieran desnudas debajo de sus vestidos. ¡Tú no sabes lo que es! (*Esconde la cara en las manos por un momento*).

FREDDY Tú crees que a ti te sucede lo peor porque no sabes nada. A ti, al menos, te humillan en tu piel. Nadie se mete dentro de ti. Te usan, sí, pero para exhibirte en una vitrina. A mí me revuelven por dentro, me sacan todo, me registran, me humillan... y me pagan.

CAROLA Pero te quieren.

FREDDY ¿Me quieren? ¿Quiénes?

CAROLA Tu amigo el del Impala... las señoras esas, las decentes.

FREDDY ¡Las señoras decentes! Las señoras decentes me usan como un trapo viejo, mientras yo tengo que fingir que las admiro, que me gustan, que las deseo. Ellas no necesitan fingir. Ellas pagan. Y Tito sabe que él es el dueño del Impala, que es él quien me compra los ternos de cuarenta escudos el metro. Y a él no le importa que un día yo tenga asco, o que esté cansado, o que sienta necesidad de aire puro, de respirar y de vivir... El es el dueño del Impala, él es el que tiene la plata. Es feo, feo como el diablo, pero tiene el Impala y tiene la plata.

¿Sabes lo que pienso hacer? Juntar yo mi platita, tener yo mi auto y después, ser yo el que pague a muchachos como yo, a los que vea con buena pinta y con los pantalones parchados o a chiquillas como tú, bonitas, pero con la falda descosida.

CAROLA Mi papá decía algo parecido...

FREDDY ¿Qué tu papá también...?

CAROLA ¡No! Cómo se te ocurre. Es que me acordé de cuando era chica. Mi mamá vivía todavía. Mi papá era un artista. Tallaba figuras en madera, un huaso bailando, una lavandera, cosas así. Lo que tallaba papá se lo compraba un gringo para venderlo en Santiago. El gringo vivía lo más bien de lo que ganaba con el trabajo de mi papá, pero

como era inteligente le pagaba poco, lo suficiente para que pudiéramos comer. Así no había ninguna posibilidad de que mi papá se fuera a Santiago a vender sus figuras en la misma parte que las vendía el gringo.

FREDDY ¿Y eso qué tiene que ver?

CAROLA Que mi papá quería ahorrar, tener algo de plata para poder ir a Santiago, pero no pensaba trabajar más, sino que iba a contratar a otros para que hicieran las figuras. Y también les iba a pagar poco y él se iba a dar la gran vida, igual que el gringo.

FREDDY ¿Y?

CAROLA No le resultó. Se puso a tomar, el gringo se aburría y por ahí anda el viejo. Hasta preso ha estado...

FREDDY No la supo hacer.

CAROLA No. No es eso. Uno cree que puede hacerlo, pero no... Hay gente que nace para aprovechar y otros para que los aprovechen... ¡Qué daría yo por tener harta plata, sentarme en la mesa de un cabaret y hacer que todas las señoras que van a divertirse viéndome a mí, se fueran sacando la ropa una a una! ¡Esa sí que sería fiesta! Pero no, es lindo pensarlo, pero no sucederá. A muchas de ellas, sólo la han visto desnudas el marido y el doctor.

FREDDY El marido, el doctor... ¡y Freddy!

CAROLA No todas son como las que conoces.

FREDDY Todas son iguales.

CAROLA ¡Qué sabes tú!

FREDDY Sí no lo sé yo... ¿Quién?

CAROLA Tal vez sea como tú dices, sería un consuelo para uno, pero mucho más consuelo es pensar que no es así, que las hay diferentes... *(Baja la voz)* Oye... Mira esa señora... ¿crees tú...?

FREDDY ¡Seguro!

(La Señora, quien junto al Señor, han estado oyendo en silencio, fingiendo no interesarse en la conversación de los jóvenes, vuelve la vista hacia ellos al sentirse aludida, en digna actitud, para volver luego a su posición de fingida indiferencia). X

CAROLA ¡Chito! Parece que está oyendo.

(Freddy y Carola siguen hablando en voz baja).

LA SEÑORA ¿Y tú permites?

EL SEÑOR ¿Qué?

LA SEÑORA Tú oíste.

EL SEÑOR Yo no oigo.

LA SEÑORA Oíste.

EL SEÑOR Oí, pero no tienen por qué saber que oí.

LA SEÑORA Me han insultado.

EL SEÑOR Haz cuenta que no has oído.

LA SEÑORA Pero oí.

EL SEÑOR La gente como nosotros...

LA SEÑORA ¿Qué hay con la gente como nosotros?

EL SEÑOR No saben de esas cosas. Es otro mundo.

LA SEÑORA ¿Te parece?

EL SEÑOR ¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

- LA SEÑORA No debieras estar tan seguro.
- EL SEÑOR ¿Seguro de qué?
- LA SEÑORA De que ese hombre no me ha reconocido.
- EL SEÑOR ¿Quién? ¿Ese? Si es la primera vez que te ve.
- LA SEÑORA ¿Cómo lo sabes?
- EL SEÑOR Lo sé... ¡Y basta!
- LA SEÑORA No me habrían faltado motivos para solicitar sus... sus servicios.
- EL SEÑOR ¿Vas a empezar?
- LA SEÑORA ¿Empezar qué?
- EL SEÑOR Lo de siempre.
- LA SEÑORA ¿Te he dicho algo alguna vez?
- EL SEÑOR No.
- LA SEÑORA ¿Por qué dices "lo de siempre", entonces?
- EL SEÑOR
- LA SEÑORA ¿Por qué? A ver... ¿Por qué?
- EL SEÑOR No es necesario que lo hayas dicho. Me bastaba tu mirada. Tu silencio.
- LA SEÑORA Tú no me has satisfecho nunca (*Pausa*). He dicho: Tú no me has satisfecho nunca.
- EL SEÑOR Ya oí.
- LA SEÑORA ¿Y qué me dices?
- EL SEÑOR No tengo nada que decir. No tengo por qué discutir asuntos íntimos a las tres de la madrugada en medio del camino.
- LA SEÑORA ¿Por qué no? Ellos lo han hecho.
- EL SEÑOR La gente como nosotros...
- LA SEÑORA La gente como nosotros no discute sus intimidades. Es de mal gusto. ¿Eso quieres decir?
- EL SEÑOR Eso.
(El Señor y la Señora guardan silencio permaneciendo dignamente inmóviles. En los últimos parlamentos de su discusión no han podido evitar elevar algo sus voces, lo que ha atraído la atención de Freddy y Carola).
- FREDDY Parece que se han enojado.
- CAROLA Pero no se pelean. Son ricos. Saben comportarse. Sólo cuando se curan dicen groserías. Me gustaría ser como esa señora. Debe sentirse tan segura.
- FREDDY ¿Tú como ella?
- CAROLA Poder mirar así, sintiéndose la dueña...
- FREDDY Yo he estado en la cama con más de veinte señoras como ésa.
- CAROLA Pero estoy segura que hasta en la cama siguen siendo las dueñas.
- FREDDY Sí. Tienen plata. Pueden comprar y uno sólo sabe vender. Y el que compra siempre está en ventaja. Sabe regatear y hasta puede devolver la mercadería.
- CAROLA Eso no te debe haber pasado a ti.
- FREDDY ¡Claro que no! ¿Cómo me van a devolver?
- CAROLA Oye... si uno se comportara igual que ellos, sentiría lo mismo.
- FREDDY ¿De dónde sacaste eso?
- CAROLA ¿No has hecho la prueba con una sonrisa?
- FREDDY ¿Te está fallando...?

- CAROLA Es una cosa que me enseñó una señora viejita que estuvo de allegada en mi casa. Mira, cuando tú estás triste, lo mejor es sonreír, sonreír aunque no tengas ganas. Y resulta que uno principia a sonreír y la sonrisa se contagia por dentro y la pena se va y te sientes contenta.
- Yo creo que, a lo mejor, si los imitamos a ellos, hasta podremos sentirnos iguales.
- FREDDY ¡Las cosas que se te ocurren...!
- CAROLA Hagamos la prueba. Ponte así.
(Imitan la posición estatuaria del señor y la señora. Freddy se tienta de la risa y contagia a Carola).
- CAROLA No. Sin reírse. A ver quien aguanta más.
(Se mantienen erguidos e inmóviles en una caricatura del Señor y la Señora.
La Señora se separa súbitamente de su marido y da un paso en dirección a Freddy).
- EL SEÑOR *(Deteniéndola).* ¿Dónde vas?
- LA SEÑORA Voy a hablar con él.
- EL SEÑOR ¿Qué le vas a decir?
- LA SEÑORA Quiero anotar su número de teléfono.
- EL SEÑOR ¿Estás loca?
- LA SEÑORA ¿No has pagado tú, acaso?
- EL SEÑOR Pero...
- LA SEÑORA No es mía la culpa.
- EL SEÑOR ¿Mía?
- LA SEÑORA Sí.
- EL SEÑOR Bien. Hablemos.
- LA SEÑORA Si te cuesta tanto...
- EL SEÑOR Hablemos.
- LA SEÑORA Te escucho.
- EL SEÑOR No hablaré sólo yo. Tú también.
- LA SEÑORA Yo ya te lo dije.
- EL SEÑOR ¿Y qué más?
- LA SEÑORA *(Después de una breve pausa, abriendo lentamente la represión de tanto tiempo)...* día a día, noche a noche, veinte años han pasado. No, veinticinco. Veintiocho, para ser más exacta. Yo esperaba. Sabía que el matrimonio no era sólo eso. Pero sabía también, que el matrimonio era eso. Eso principalmente. Y quedaba esperando. Tenías excusas: dolor de cabeza, cansancio, sueño. Y el tiempo pasaba. A veces, sucedía. Así como una obligación que hay que cumplir. Igual que pagar impuestos o hacer un trabajo tedioso. Pero nunca te entregaste al amor, nunca supe lo que era sentirse en los brazos de un hombre que me hacía olvidar... olvidar que era yo misma. Tú, a veces, llegabas tarde. Yo sabía donde andabas y me preguntaba qué era lo que te hacía ir a otras mujeres, qué podías aspirar de ellas, qué te daban.
- (Con un leve gesto hacia Freddy y Carola).* A éstos, al menos, les pagan por ser humillados. Yo no recibí pago alguno. Lo reclamo ahora.

- EL SEÑOR No has dicho nada nuevo.
- LA SEÑORA ¿Lo sabías?
- EL SEÑOR ¿Cómo no iba a saberlo?
- LA SEÑORA ¿Por qué no me hablaste nunca, entonces?
- EL SEÑOR La gente como nosotros...
- LA SEÑORA Sí, ya sé. ¡Qué triste es ser como nosotros!
- EL SEÑOR ¿Tengo necesidad yo de decir mi parte?
- LA SEÑORA ¡Ah! ¿También tienes algo que decir?
- EL SEÑOR ¿No lo sabes?
- LA SEÑORA No.
- EL SEÑOR En eso te llevo ventaja. Al menos, yo conocía tu discurso.
- LA SEÑORA Di el tuyo, entonces.
- EL SEÑOR Un hombre necesita dar su amor, necesita que su amor sea deseado, buscado. Yo esperaba, esperaba un signo, una señal, algo que me dijera que me estabas esperando. Pero ahí estabas tú, reclamando un derecho, con tu camiseta, tu pelo en desorden, tu vientre impudicamente inflado. Ningún gesto. Nada. Tenías marido y él debía cumplir con su deber. Y yo llegaba hasta ti con la frustración de sentirse una presa y no un hombre; un funcionario y no un amante. Y yo cumplía. Tarde y mal, pero cumplía. Pero nunca me deseaste. ¡Tú no sabes lo que es sentir que no se tiene necesidad de uno!
- LA SEÑORA *(Lentamente después de una pausa)* ¿Era necesario que se nos echara a perder el auto y que tuviéramos que tomar este taxi colectivo y que el taxi quedara en pana y que esta gente dijera lo que dijeron para que nosotros, después de veintiocho años, habláramos de estas cosas?
- EL SEÑOR Era necesario.
- LA SEÑORA Hemos perdido nuestras vidas.
- EL SEÑOR Tugal, tugal... salir a buscar.
- LA SEÑORA Muy tarde ya. ✕
(Freddy y Carola, cansados de su posición, prorrumpen en risas)
- FREDDY ¡Tú te reíste primero!
- CAROLA No. Fuiste tú.
(Ambos rien. Súbitamente Freddy calla y luego, algo temerosa, calla Carola).
- FREDDY ¿Sabes?
- CAROLA ¿Qué?
- FREDDY Tú me gustas. Tienes lo mismo que yo, lo que yo tengo muy adentro.
- CAROLA Yo no soy siempre así.
- FREDDY Yo tampoco.
- CAROLA Me hubiera gustado conocerte cuando tenías los pantalones parchados.
- FREDDY Y yo a ti, con el vestido descosido.
- CAROLA *(Tocando el palm beach de Freddy)*. Ochenta escudos el metro.
- FREDDY *(Tocando el vestido de Carola)*. Lo pagaste con tu primer sueldo por bailar desnuda.
- CAROLA Es tarde ya.
- FREDDY Sí. Muy tarde.

CAROLA ¿Qué podemos hacer?

FREDDY Seguir, seguir igual.

(Ambos quedan pensativos, en silencio).

EL SEÑOR ¿Qué podemos hacer?

LA SEÑORA Seguir, seguir igual.

(Ahora son los cuatro que permanecen pensativos).

CHOFER *(Fuera)* ¡Eh, vengan, ya está listo el auto!

(Ninguno parece oírlo, nadie se mueve de inmediato. El señor se vuelve y cabizbajo hace mutis y luego, igual, lo hacen la señora y, después de ella, Carola. Freddy queda un instante solo, se vuelve para iniciar el mutis y desaparece mientras silba una triste melodía).

TELON

Harold Blakemore: Los agentes revolucionarios chilenos en Europa, en 1891*

LA REVOLUCION chilena de 1891 ha sido tema de extensa literatura y de considerable controversia entre los historiadores¹. Sin embargo, todavía deben esclarecerse algunos aspectos importantes de la guerra civil entre los balmacedistas y los congresales, entre ellos el papel representado por los agentes del Parlamento en Europa durante 1891. Sus actividades, en un análisis final determinaron el resultado de la lucha en Chile mismo².

Podría ser útil, al comienzo, considerar brevemente el prolegómeno de estos acontecimientos. El conflicto, de larga maduración, entre el Presidente José Manuel Balmaceda y la mayoría del Congreso de Chile, culminó el 5 de enero de 1891, cuando Balmaceda inconstitucionalmente decretó que el presupuesto para 1891, que el Congreso había rechazado, fuera igual al de 1890. Dos días después, como respuesta al llamado de líderes parlamentarios, y desafiando las órdenes de Balmaceda, casi toda la flota chilena levó anclas en la bahía de Valparaíso para dar comienzo no sólo a la revolución de 1891 sino que también a una de las más extrañas guerras de la historia moderna. Siguió un largo período de virtual equilibrio debido a que Balmaceda contaba con la lealtad del ejército cuando, en febrero-marzo de 1891, los revolucionarios tomaron control de la provincia salitrera de Tarapacá y establecieron sus cuarteles generales en Iquique. Por un lado, a Balmaceda le faltaban los buques necesarios para transportar su gran ejército al norte, en cambio, los congresales, a pesar de sus transportes adecuados y protección naval, se encontraban igualmente impotentes para llevar la guerra hacia el sur, pues, ellos necesitaban un adecuado ejército y suficientes materiales militares para hacer frente a la superioridad numérica del enemigo en su terreno. Entre los antagonistas, se extendía el obstáculo del desolado desierto de Atacama. Así, podía aplicarse la clásica metáfora de "la ballena y el elefante", y a fines de junio de 1891, el embajador británico en Chile, J. G. Kennedy, no veía razón para que "no se prolongara indefinidamente este extraño conflicto en que los rivales se encuentran a mil millas de distancia"³. Cuando se escribían estas palabras, sin embargo, se desarrollaban acontecimientos de los que no tenían conocimiento Kennedy ni la gran mayoría de los chilenos, lejos del terreno de las acciones

*Traducción de Carlos Pantoja Gómez.

¹Ver mi artículo siguiente "The Chilean Revolution of 1891 and Its Historiography", *Hispanic American Review* (citado más adelante como HAHR).

²Material pertinente aunque no se encuentra tratamiento sistemático, en un gran número de informaciones contemporáneas. En el lado balmacedista, la más compleja información entremezclada con otro material, está en *Balmaceda, su gobierno y la revolución*, de J. Bañados Espinosa (2 vols. París, 1894), II, 347-355, 384-434. La fuente impresa más importante es el informe hecho por los comisionados del Congreso en Europa, A. Matte y A. Ross, Memoria presentada a la excelentísima junta de gobierno (París, 1892).

³Kennedy a Lord Salisbury, 23 de junio de 1891. Public Record Office, Londres, Oficina de asuntos extranjeros, Chile (citada más adelante como F. O. 16), vol. 265, N° 61, Diplomático.

bélicas mismas, pero que eventualmente decidirían su resultado. Mientras prevalecía este estado de equilibrio militar en Chile, en el extranjero se decidían guerras civiles en microcosmos entre los representantes y defensores de Balmaceda y los agentes y aliados de la Junta del Congreso de Iquique, campañas de propaganda, diplomacia e intriga. La derrota de la causa balmacedista en el extranjero fue el preludio de su destrucción en el país.

Ambos bandos empleaban agentes especiales y enviados, y eran ayudados por simpatizantes en el extranjero. Mientras la tarea de los agentes de la junta era enrolar la simpatía foránea, procurar el reconocimiento de beligerancia por los gobiernos extranjeros para la junta y adquirir municiones para su ejército, la de los balmacedistas era hacer fracasar estos propósitos y obtener ellos mismos tan pronto como fuera posible los barcos que Balmaceda necesitaba desesperadamente, tanto como fondos que le compensaran la seria pérdida de ingresos por embarque de salitre. La junta envió agentes especiales a los países vecinos de Argentina, Perú y Bolivia, países que podrían ser importantes como fuentes de alimento y otros suministros, como también a Estados Unidos y Europa. En el hecho, las actividades en Europa resultaron las más importantes. Tradicionalmente la fuente de fondos y armamentos chilenos, Europa fue el escenario de las más vehementes actividades de los representantes de la Junta, en parte, por el hecho de que los saldos extranjeros de Chile estaban depositados en Alemania y Gran Bretaña y también porque, al empezar la guerra, el gobierno chileno ya tenía dos cruceros, el *Errázuriz* y el *Pinto*, en construcción en los astilleros franceses. Su futuro era de consecuencias decisivas para los balmacedistas. Además, fue en Europa que los agentes tuvieron sus más notables éxitos, que contrastaban fuertemente con sus fracasos en otras partes, y especialmente en Estados Unidos. Allí, el "incidente del *Itata*" no sólo privó a los congresales de una fuerte cantidad de armamento, sino que también dejó un legado de resentimiento entre ellos y los Estados Unidos⁴.

Focos de la actividad balmacedista

Las embajadas chilenas eran los focos de la actividad balmacedista, aunque no todos los diplomáticos chilenos en el extranjero se mantenían leales al presidente. Se sospechaba dudosa la lealtad en marzo de 1891, del embajador en París, Carlos Antuñez, y el gobierno en Santiago designó a un agente especial, Joaquín Godoy, con facultades autorizadas para reemplazarlo si la sospecha resultaba verdadera⁵. Francisco Gandarillas, embajador en Berlín, se pronunció de parte del Congreso tan pronto se declaró la revolución⁶. En París un grupo influyente de expatriados se juntaron inmediatamente en apoyo de la Junta y dos de ellos decidieron actuar como sus agentes sin esperar siquiera la sanción oficial⁷. Ambos eran figuras importantes en la vida pública chilena. Augusto Matte era miembro de una de las grandes familias de banqueros de Santiago y político de renombre⁸. En 1888, sirvió

⁴El *Itata* fue fletado por los comisionados del Congreso en los EE.UU. para llevar un cargamento de armas a Iquique, pero los balmacedistas aseguraron la intervención americana para impedir su zarpa desde San Diego. El *Itata*, eludió la vigilancia y llegó a Chile, pero fue perseguido y devuelto a jurisdicción americana con su carga intacta, por el U.S.S. *Charleston*. Ver O. Hardy, *The Itata Incident*, *BAHR*, v (1922), 195, 226. En su informe sobre la materia, Ministro Kennedy se refirió al "fuerte sentimiento de desazón (pensar) ... ambos conversados por el partido de oposición en el norte y por sus simpatizantes. Kennedy a Salisbury, Stgo., 25 mayo 1891, F. o. 16/265, N° 49, Diplomático, Confidencial.

⁵E. Veloso, *La revolución de 1891; memoria* (Stgo. 1941), 227.

⁶Matte y Ross, op. cit., VII.

⁷*Ibid.*, v.

⁸V. Figueroa, *Diccionario histórico y biografía de Chile* (5 vols. in 4, Stgo., 1925-1926), IV & v, 222-223.

como ministro de relaciones por un corto período, y también se le consideró un posible candidato a la presidencia como sucesor de Balmaceda⁹. Su confederado en Europa, Agustín Ross, no menos brillante representante de la aristocracia chilena, estaba relacionado por matrimonio con la famosa familia chilena de banqueros Edwards. Ross era publicista y economista y también había representado un papel prominente en la vida política¹⁰. Fue singularmente afortunado para la Junta tener estos dos hombres como sus agentes en Europa.

La tarea más importante desde el comienzo fue la propaganda y, en efecto, el éxito de sus otras actividades derivó en parte de su victoria en este campo; la opinión pública europea pronto se convenció que Balmaceda era un aspirante a tirano y que la causa del Congreso era justa. Al principio, la prensa y la opinión pública consideraron a la revolución chilena como otro ejemplo de la inestabilidad política manifiestamente endémica en Sud América¹¹. Esta opinión pronto se disipó. La propaganda congresal, con el propósito de destruir el poder de Balmaceda, hizo uso de argumentos principalmente constitucionales para explicar a la opinión europea y, en esta forma, asegurar respetabilidad para los revolucionarios. Los agentes escribieron copiosamente artículos y cartas a personas influyentes, explotando habiliosamente la falta de conocimiento detallado en Europa del sistema constitucional chileno. Los periódicos europeos, frente al extraordinario espectáculo de beligerancia entre los poderes legislativo y ejecutivo, fácilmente se convencieron que el Congreso chileno era un parlamento de tipo británico y el ministerio chileno, un gabinete que dependía de la voluntad del legislativo¹². Se estaba, por lo tanto, muy próximo a considerar a Balmaceda como un opresor despótico y al Congreso como defensor de las libertades de la nación. La prensa liberal dio su apoyo a la causa del Congreso, entre ellos *La Justice*, diario radical francés de Georges Clemenceau, y también *La République Française* y *L'Autorité*¹³. Los diarios españoles, alemanes e italianos hicieron lo mismo¹⁴. Esto se debió principalmente al hecho de que los periodistas de estos países tomaron una posición antibalmacedista, o bien porque estaban convencidos de los argumentos de los agentes, o porque tenían menos razones altruistas para apoyarlos. De estas personas, el más importante era R. L. Thomson, corresponsal de *Times* de Londres, a quien los agentes de la junta describían como "el principal defensor de la causa congresal en la prensa inglesa"¹⁵.

Thomson había estado en Chile en 1890. Aunque en Santiago se conducía ostensiblemente como periodista, "el verdadero objeto de su visita", según pensaba el embajador británico, era conseguir contratos del gobierno para firmas británicas,

⁹Nota sin firmar en el reverso del Consul General Newman a Salisbury, Valpo. 6 de julio 1889, F. o 16/256, N° 3, Política.

¹⁰Figueroa, op. cit., iv, & v, 716.

¹¹Matte y Ross, op. cit., 19 Of., la opinión del Capitán Británico de la Escuadra de su Majestad en aguas del Pacífico: "Soy de opinión de que el problema es de elecciones, las cuales rara vez se realizan en estos países sin disparos e intervención militar", Almirante Hotham al Almirantazgo, Warspite en Panamá, 13 de enero 1891, Public Record Office, Archivos del Almirantazgo, Pacific Imp. Lettres, 1891, Casilla 1/7068/v, Letra general 16.

¹²Ver Blakemore, op. cit.

¹³Matte y Ross, op. cit., 22-23. Ver también A. Fagalde. *La prensa extranjera y la dictadura chilena* (Stgo. 1891), 29-31-67-70-71, de extractos de representativos artículos en estos periódicos.

¹⁴Fagalde, *ibid.*, xiii.

¹⁵Matte y Ross, op. cit., x, Fagalde dedicó su libro a Thomson.

La propagan-
da en contra
de Balmace-
da

en lo que tuvo poco éxito¹⁶. La antipatía de Thomson hacia Balmaceda se remonta probablemente a esta época, pero el comienzo de las hostilidades en Chile lo encontraron en Lisboa de donde escribió, el 12 de enero de 1891, que Balmaceda había caído en las manos de una pandilla aristocrática que defendía "el abuso inconstitucional de un poder dictatorial usurpado"¹⁷. Pronto, una semana después, se advierten nuevas expresiones de ataque al describir, Thomson, al presidente como "vano e irascible en un grado extraordinario y, excitado, capaz de llegar a cualquier extremo para ocultar alguna debilidad de su carácter"¹⁸.

A medida que pasaba el tiempo, Thomson se hacía más avasallador y a los lectores de *Times* se les presentaba un cuadro del régimen de Chile como un reinado de terror en el que nadie estaba seguro y Balmaceda aparecía como un tirano sanguinario contra quien se habían levantado, por sus excesos, todas las fuerzas de la decencia y el patriotismo¹⁹.

Debido a los ataques virulentos, que aumentaban en volumen, lanzados por Thomson, el *Times* mostró creciente disposición a aceptar su punto de vista, aunque con considerable mesura en el lenguaje empleado. La opinión de un editorial del 4 de junio se había generalizado ya en los periódicos europeos.

"Hay (decía) un cuerpo de evidencia que demuestra que, cualesquiera que sean los aspectos constitucionales de la lucha, ha sido enfrentado por el lado de Balmaceda con absoluta falta de escrúpulo y decidida crueldad...

"No hay tiranía más allá de lo concebible que la del hombre que hace caso omiso de la autoridad constituida, excepto la propia para utilizarla con el objeto de armar al populacho en una guerra de botín contra la sociedad... Ha atacado no sólo un partido, una institución, la Constitución de Chile, cualquier entidad política u orden, sino que la estructura íntima misma de la organización social"²⁰.

Matte y Ross sostuvieron más tarde que la actitud del *Times* había contribuido en gran parte al éxito de sus otras actividades²¹. Este punto de vista es, en verdad, compartido por un historiador moderno²². Es bastante extraño, pero la situación podría haber sido diferente si el corresponsal especial de *Times*, Maurice H. Hervey, no hubiera obrado tan ligeramemente al asumir una posición probalmacedista tan pronunciada hasta el punto de poner en ridículo a su diario. Sobrepassando a Thomson por su apoyo vehemente a la causa que había abrazado, Hervey dio ocasión para que se sospechara que había sido comprado por los balmacedistas, en particular, debido a que sus informaciones se reñían con las otras fuentes del diario²³. Esta sospecha debe haberse reforzado en la mente de sus empleadores por el hecho de que Hervey no tenía experiencia de Chile, en tanto que uno de sus detractores, R. L. Thomson, ciertamente la tenía²⁴. En todo caso, el llamado

¹⁶Kennedy a Sir Thomas Sanderson, Stgo., 30 de septiembre 1890, F.O. 16/259, Privada, Sanderson era Subsecretario Ayudante para Asuntos Extranjeros.

¹⁷Londres Times, 12 de enero 1891.

¹⁸Ibid., 19 de enero 1891.

¹⁹Ibid., 28 de febrero, 25 de abril, 14 de julio, 1891.

²⁰Ibid., 4 de junio 1891.

²¹Matte y Ross, op. cit., 21.

²²E. Frei Montalva en *Historia de los partidos políticos chilenos*, de E. Frei Montalva y A. Edwards (Stgo. 19-9), 129.

²³Para Hervey, ver Blakemore, op. cit.

²⁴Matte y Ross, op. cit., 22, dio a Thomson el crédito para asegurar la revocación de Hervey, pero no hay testimonio de esto en los archivos del Times, Londres, Imprenta House-Square. Velasco, op. cit., 580-582, lo atribuye a la influencia de una señora Ana Swinburhe de Valpo., quien escribió largos informes para el diario contradiciendo a Harvey.

a Hervey para que regresara a su país, privaba a Balmaceda del apoyo del único corresponsal europeo de influencia y, a medida que el *Times* demostraba mayor hostilidad a Balmaceda, sus defensores llegaban a la convicción de que los propietarios del diario habían sido, a su vez, sobornados para apoyar a la Junta²⁵. No hay comprobación de este hecho y es muy improbable que así sea, pero no hay duda de que el *Times* y muchos otros periódicos, fueron usados engañosamente por Thomson y los agentes de la Junta en Europa. El embajador de Estados Unidos en Chile, Patrick Egan y el almirante MacCann, jefe del escuadrón americano en aguas chilenas, se quejaban de que aparecieran en los diarios americanos y europeos, cuadros completamente falsos de Balmaceda²⁶. Balmaceda se vio obligado a telegrafiar a Reuters en junio de 1891, protestando contra las maliciosas noticias de los acontecimientos en Chile que aparecían en los diarios extranjeros²⁷; y posteriormente, el embajador británico expresaba que los agentes de la junta habían influido mucho en la opinión pública europea²⁸. Kennedy también acusaba a Thomson de publicar "relatos exageradamente absurdos de las crueldades... de Balmaceda"²⁹. Ya a principios del verano de 1891, se había causado el daño esperado: los agentes congressionalistas habían tenido una aplastante victoria en la guerra propagandista.

Matte y Ross también trataron de persuadir a los gobiernos europeos para que ayudaran a la revolución. En Francia convencieron a un ilustre grupo de políticos —Casimir Perrier, Georges Clemenceau, Jules Ferry y León Say— para que abogaran por la causa en el Quai d'Orsay³⁰. En Inglaterra, se pidió con insistencia a personajes del comercio y de la política que presionaran al Ministerio de Relaciones para favorecer a la Junta. Aquí, nuevamente el incansable R. L. Thomson estuvo en actividad: al mismo tiempo que se entregaba a escribir artículos tendenciosos, hacía uso también de sus conexiones en Londres para ayudar a la causa revolucionaria. Escribió un número de cartas a un conocido suyo, un tal Mr. Fitzroy Stewart, quien las hacía llegar al Hon. E. E. Barrington, Secretario Privado de Lord Salisbury, en ese entonces, Secretario de Relaciones Exteriores y Primer Ministro al mismo tiempo. En estas cartas, resaltaban las consideraciones de política nacional cuando Thomson trataba de demostrar que era aconsejable que el gobierno británico concediera derechos a la Junta beligerante. Escribiendo a Stewart en junio, argüía que "por intermedio de Chile podemos dominar toda la costa occidental de Sud América... Sería una lástima (continuaba) si Chile que, hasta ahora, ha sido en esta costa un baluarte contra la interpretación de Blaine de la

Matte y Ross
abogan por
la revolución

²⁵Velasco, op. cit., 436-437.

²⁶Ministro Egan a James G. Blaine, Stgo., 16 de julio 1891. Papers relating to the Foreign Relation of the United States, 1891 (departamento de Estado, Washington, 1892), 146, Almirante Mc Cann al Secretario de Marina, Baltimore en Iquique, 25 de mayo 1891, *Executive Documents of the House of Representatives for the 1st Session of the 52nd Congress, 1891-2*, Vol. 34, Nº 91 (Washington, 1892), 263.

²⁷London Times, 12 de junio 1891.

²⁸Memorándum de la Revolución Chilena, Kennedy a Sanderson, Burton, Inglaterra, 24 de septiembre 1892, F.O., 16/280, Diplomático, Varios, Kennedy se iba entonces.

²⁹Kennedy a Sanderson, Viña del Mar, 22 de enero 1892, F.O., 16/276, Diplomático.

³⁰Matte y Ross, op. cit., 39. Cf., A. Matte, al Sr. Procter, París, 25 de mayo 1891 (Copia, F.O., 16/272, Diplomático, Varios), donde Matte dice "Los hombres públicos más importantes en Francia a quienes yo he visto personalmente tales como Jules Ferry, León Say, G. Clemenceau, Casimir Perrier... se han manifestado muy en pro del Congreso". Para Protec, vea más abajo.

Doctrina Monroe, se convirtiera, por despecho a nosotros, en *Blainista*³¹. En la carta que acompañaba dirigida a Barrington, Thomson describía al bando congresal como "formado principalmente de amigos de Inglaterra"; comparado con Balmaceda quien, según él, había llevado adelante una campaña de propaganda contra los intereses ingleses y había entregado concesiones rompiendo compromisos previos. La política, por lo tanto, exigía sin mayor demora, un embargo de cualquier barco británico, armas y hombres destinados a Balmaceda. Si en Chile "se llegara a una solución", declaraba Thomson, "mientras Inglaterra ocupa su presente posición insatisfactoria en relación con el gobierno congresal... esta paz será alcanzada a costa de los intereses ingleses en el comercio"³².

Semejantes argumentos de conveniencia e interés constituían el tenor de un número de cartas dirigidas al Ministerio de Relaciones, muchas de ellas inspiradas directamente por los agentes congresales. Estas emanaban en gran parte de hombres de negocio en Inglaterra con intereses en Chile. Es un hecho de que Matte y Ross elegían estos intermediarios debido a su conocida o probable enemistad hacia Balmaceda: eran personas que podrían tener a lo menos una razón a priori para abogar en defensa de la junta ante su gobierno³³. Así, en mayo, Matte y Ross trataron de conseguir el apoyo de John Thomas North, "el Rey del Salitre", quien era considerado antagonista de Balmaceda³⁴ en la época de la revolución y en la subsiguiente. Le pidieron a él a sus "amigos influyentes que convencieran al Gobierno británico que ellos trataban de ser neutrales" al conceder reconocimiento a la Junta y al poner embargo sobre las armas destinadas a Balmaceda. La cuestión de interés especial en este caso era que la firma británica de Armstrong tenía contrato para equipar con seis grandes cañones al acorazado *Pinto*, que estaba en ese momento en Francia y los agentes estaban usando todos los medios para evitar que este barco y su gemelo, el *Errázuriz*, llegaran a Chile para uso de Balmaceda. North, según esto, escribió a Lord Salisbury, adjuntando una copia de la carta de los agentes y expresando la esperanza de que el gobierno británico se encontrara justificado por las leyes de la neutralidad al poner embargo sobre los armamentos³⁵. El mismo día, Ernest Spencer, miembro del parlamento y prominente capitalista del salitre, envió una carta semejante³⁶. Spencer, en efecto, fue mucho más enfático: "Sin estos cañones", decía, "es muy improbable que los barcos sean despachados, en cambio, si son armados, el resultado será, sin duda, sumamente serio para los intereses británicos en Chile, los cuales, con toda probabilidad, se mantienen o bajan según las circunstancias en que se encuentra el partido congresal"³⁷. El Ministerio de Relaciones replicó a North y Spencer que el gobierno no tenía por qué intervenir en asuntos comerciales, a menos que hubiera una prohibición general, como medida para la defensa de Gran Bretaña³⁸.

Hubo también otros hombres de negocio británicos que pidieron al Ministerio

³¹Thomson to Stewart, Lisboa, 18 de junio 1891, F.O., 16/272. La cursiva es de Thomson.

³²Thomson a Barrington, Lisboa, 18 de junio 1891, F.O., 16/272.

³³Ver Blakemore, op. cit.

³⁴Matte y Ross a North, París 15 de mayo 1891, Copia F.O., 16/271. La carta está escrita en tono formal.

³⁵North a Salisbury, Londres 15 de mayo 1891, F.O., 16/271.

³⁶Spencer a Salisbury, Londres, 15 de mayo 1891, F.O., 16/271. Spencer era socio de North en la Compañía Salitrera Paccha y Jazpampa, y el principal promotor. De la Compañía Salitrera de Tarapacá.

³⁷Spencer a Salisbury, loc. cit.

³⁸Foreign Office a North, Londres, 23 de mayo 1891; idem to Spencer, 19 de mayo 1891, F.O., 16/271.

de Relaciones apoyo para los congresales, aunque no existe evidencia en estos casos de que Matte y Ross hubieran estado en contacto con ellos. F. H. Evans, otro capitalista salitrero y miembro del Parlamento, presionó al gobierno para que reconociera a la Junta como beligerante, a fin de acortar la guerra civil en Chile, pero pedía al mismo tiempo que se mantuviera en secreto su iniciativa en caso de que sus intereses en Chile se vieran afectados con ello³⁹. Por otro lado, el representante legal de la Compañía Ferroviaria Salitrera, que había llevado adelante, durante años, un complicado juicio con el gobierno de Balmaceda con motivo de la concesión de la compañía en Chile, visitó el Ministerio de Relaciones en junio para expresar su alarma ante la posibilidad de que Balmaceda obtuviera armamentos en Inglaterra que podría bombardear los puertos salitreros de Pisagua e Iquique⁴⁰.

Matte y Ross tenían también otros contactos, uno de ellos en el servicio de relaciones británico. Era éste, Sir Charles Mansfield, embajador en Perú, que estaba con permiso en Inglaterra. Mansfield se había encontrado con Matte en Lima el año 1889, cuando ambos estaban ocupados en las negociaciones para resolver la disputa entre los accionistas peruanos y el gobierno chileno⁴¹. Tratando de hacer uso de ese contacto fortuito, Matte escribió a Mansfield, diciendo que el gobierno francés, que ya se encontraba con buena disposición hacia la Junta, sólo esperaba una indicación del Ministerio de Relaciones para conceder reconocimiento de beligerancia⁴². Mansfield envió al Ministerio de Relaciones una traducción de esta carta, pero, fiel a su profesión, se abstuvo de comentarios personales⁴³. Matte también escribió en tono semejante a John Procter, quien había sido agente de los tenedores de bonos peruanos en Perú, preguntándole retóricamente: ¿"No sería acaso inexplicable que Gran Bretaña dejara a un lado toda consideración y no reconociera al partido congresal como beligerante, siendo que ella ha mediado en el conflicto y además tiene muchos millones de libras pertenecientes a sus súbditos establecidos en Tarapacá?"⁴⁴. Esta y otras cartas dirigidas a Procter fueron entregadas al Ministerio de Relaciones por Henry Labouchère, prominente miembro liberal del Parlamento y editor del periódico *Truth*⁴⁵.

En sus esfuerzos de acercamiento directo a los gobiernos, los agentes hicieron

³⁹Evans a Sanderson, Londres, 22 de junio 1891, F.O., 16/272. Evans era un director de la Compañía Salitrera Santa Luisa y Lautaro, promotor de la Compañía Salitrera del Tamarugal. Dato del Burdett's Official Intelligence, loc. cit.

⁴⁰Notas sin fecha, marcadas con las iniciales de Sr. Thomas Sanderson, en F.O., 16/272. Para el Ferrocarril del Salitre, ver J. R. Brown, *The Chilean Nitrate Railways Controversy*. HAHR, XXXVIII (1958), 465-481.

⁴¹No hay historia de esta complicada y prolongada disputa del Perú en Europa, en 1880 y 1890 reclamaban por mucho tiempo que el Perú les había hipotecado las áreas salitreras. Cuando Chile llegó a ser propietario de estas áreas, después de la Guerra del Pacífico, los accionistas que tenían los bonos argumentaron que Chile tenía la obligación para con ellos. Buscaron continuamente el apoyo de su propio gobierno para sus reclamos, siendo los accionistas británicos los más numerosos y los más reclamadores. El gobierno chileno, que resistió a estos reclamos, naturalmente, en vista de las continuas luchas de los accionistas. Un informe de la disputa, basado en material no publicado, puede ser encontrado en mi tesis doctoral en la Universidad de Londres, "The Chilean Revolution of 1891: A Study in the Domestic and International History of Chile" (1955), 74-95 y sig. en varios pasajes.

⁴²Matte a Mansfield, París 25 de mayo 1891, Copia traducida, F.O., 16/271.

⁴³Mansfield a Sanderson, Londres, 29 de mayo 1891, F.O. 16/271.

⁴⁴Matte a Procter, París, 29 de mayo 1891, Copia F.O. 16/272.

⁴⁵Notas a Salisbury, sin fecha y sin firma, en F.O. 16/2.

uso de los argumentos expuestos por los simpatizantes de la revolución en Gran Bretaña, en favor del embargo y el reconocimiento de la Junta como beligerante. En efecto, un embargo a las armas destinadas para Balmaceda sería equivalente a una declaración de neutralidad y ésta, a su vez, implicaba reconocimiento del status de beligerancia de los revolucionarios. Así, los agentes no sólo pedían que se procediera en casos específicos para evitar que llegaran armas a Balmaceda, sino que también ejercían presión para que se reconocieran sus especulativos derechos. En cuanto a los gobiernos afectados, las circunstancias eran, en verdad, peculiares: en Chile, los poderes gubernamentales estaban en guerra y, podría argüirse que un poder legislativo que se levantaba en armas contra un ejecutivo como la única manera de asegurar reformas deseables, no era estrictamente revolucionario y que ambos rivales estaban en el derecho de ser calificados como beligerantes⁴⁶. Los gobiernos francés y británico tenían, por cierto, que dar respuesta a persistentes suplicantes como Matte y Ross.

La Junta pide a Francia la detención de los barcos de guerra

En los primeros días de abril de 1891, la junta pidió al gobierno francés que detuviera a los barcos de guerra que se estaban construyendo en Francia para el gobierno chileno⁴⁷. Un mensaje semejante dirigido a Londres pedía que el gobierno británico prohibiera la exportación de armamentos a Chile⁴⁸. Y como ironía, el gobierno chileno mismo ya había solicitado al Ministerio de Relaciones que publicara un decreto balmacedista que prohibía la importación no autorizada de armas a Chile, y el aviso, conforme a esto, había sido insertado en la *Gazette* de Londres⁴⁹. Pero no había contradicción en la acción de la Junta ni en su propio deseo de conseguir armas: a toda costa, tenía que evitarse que Balmaceda equipara su futura marina. La Junta tenía sus propios planes secretos para embarcar sus necesidades bélicas de Europa a Iquique. El Ministerio de Relaciones, sin embargo, no estaba dispuesto a acceder a la petición de la Junta: cuando el gobierno francés pidió informes sobre la actitud británica ante la posibilidad de que los barcos de Balmaceda buscaran armas en Gran Bretaña, el Ministerio de Relaciones sencillamente repitió la opinión de los funcionarios juristas de la Corona, quienes habían expresado que no había suficiente razón para que el gobierno de Su Majestad iniciara alguna acción⁵⁰.

Mientras tanto, en París, el Ministro de Relaciones francés, M. Ribot, había informado al embajador británico, Lord Lytton, en marzo, que se demorarían tres semanas para equipar uno de los barcos de guerra, el *Errázuriz*, y esperaba que la situación se aclarara un poco más con el tiempo, agregando que, en todo caso, el gobierno francés prohibiría que se ocuparan tripulaciones francesas en el barco⁵¹. Lytton sospechaba que Francia no estaba "en absoluto, favorablemente inclinado hacia el gobierno de Balmaceda", en vista de que este último había tratado con desprecio a una misión especial enviada en 1890 a Chile en favor de los tenedores franceses de bonos peruanos y también consideraba que el gobierno francés ayudaría

⁴⁶Ver J. F. López, *Neutralidad y partidos beligerantes en la guerra civil de Chile* (París, 1892), 48.

⁴⁷Junta de Iquique al gobierno francés, 12 de abril 1891, en Matte y Ross., op. cit., 125. Ver también *ibid.*, 30-31.

⁴⁸Junta de Iquique al Foreign Office, 22 de marzo 1891, F. O. 16/270, Diplomático, Varios. No impreso en Matte y Ross, op. cit.

⁴⁹Londres Gazette, 24 de febrero 1891.

⁵⁰Comunicado verbal. Con notas fechadas, 7 de abril 1891 en F. O. 16/270. Los intercambios con los funcionarios de la ley están también en este volumen.

⁵¹Lytton a Salisbury, París 29 de marzo 1891, Public Record Office, Foreign Office Archives, Francia (F. O. 27) vol. 3038, N° 97, Diplomático.

a los congresales tanto como le fuera posible si la Junta se encontraba en posición de arreglar en parte el asunto de los tenedores de bonos⁵².

Muchas personas participaban de este pensamiento. El mismo día en que comenzaba la revolución, Morla Vicuña, primer secretario de la legación chilena en París, expresó el temor de que "con el fin de ejercer presión en conexión con las pretensiones de Dreyfus, el gobierno francés podría embargar los buques de guerra que se están construyendo para el gobierno chileno"⁵³. Semejantes temores eran corrientes en Santiago⁵⁴; en efecto, cuando se retrasó la partida de los barcos en el verano de 1891, estos temores cristalizaron en sentimientos bien definidos. Así, en mayo el Ministro de Relaciones chileno, Ricardo Cruzat, acusó al gobierno francés de retener los barcos deliberadamente, a pesar de que ya se habían pagado, y agregaba que su gobierno nunca más colocaría órdenes en Francia⁵⁵. Por último, se informó que Balmaceda mismo creía las verdaderas influencias que actuaban en este retraso eran "círculos salitreros" y "tenedores judíos de bonos peruanos"⁵⁶.

Cualesquiera que puedan haber sido los sentimientos oficiales de adhesión de Francia, ellos no se manifestaban tan abiertamente. Al principio, Ribot fue cauteloso en su trato con Matte y Ross, cuyo carácter privado creaba dificultades para una práctica diplomática normal y, aún después de sus designaciones por la junta, la posibilidad de una victoria balmacedista era suficiente para evitar un reconocimiento francés⁵⁷. Aún más, el gobierno francés no estaba dispuesto a tomar cualquiera iniciativa y otros estados tampoco⁵⁸. En definitiva, fue precisamente el rechazo francés de dar algún paso respecto de los buques de guerra lo que llevó a los agentes a iniciar otras actividades para mantenerlos en aguas francesas.

A principios de abril, el embajador británico informó que se esperaba dentro de poco el equipamiento con cañones, del Errázuriz en Le Havre⁵⁹. Fue este hecho el que galvanizó a los agentes en una acción más firme que la de escribir notas al gobierno francés. Como habían fracasado en un acercamiento directo con la compañía que construía los barcos, la *Compagnie des Forges et Châtiers de la Méditerranée*, Matte y Ross solicitaron a los tribunales el 29 de abril una orden de secuestro provisional de los barcos⁶⁰. Como consejero emplearon al celebrado futuro ministro de Francia Waldeck Rousseau, hombre "no sólo de gran inteligencia y de reconocida habilidad profesional, sino que también, figura muy influyente en los círculos políticos y sociales del gobierno"⁶¹. M. Claussel de Cousserges apareció en representación de la *Compagnie*⁶². El 30 de mayo, el juez del Tribunal del Sena dictaminó en favor de los agentes congresales que los barcos debieran ser secuestrados previo pago de dos millones de francos hecho por ellos a la *Compagnie* por

Equipamiento con armas al "Errázuriz"

⁵²Ibid.

⁵³Record Office, Foreign Office Archives, Francia (F.O. 61), vol. 390. Peticiones de los accionistas de bonos, vol. 12, N° 10, Diplomático. Dreyfus era el jefe de los accionistas peruanos.

⁵⁴Velasco, op. cit., 197.

⁵⁵Kennedy a Salisbury, Santiago, mayo 21, 1891. Diplomático.

⁵⁶Maurice H. Hervey, *Dark Days in Chile* (London, 1891-92).

⁵⁷Matte y Ross, op., 37-38.

⁵⁸Matte a la Junta, París, julio 27, 1891. Arancibia, op. cit. 266.

⁵⁹Lytton a Salisbury, París, abril 4, 1891. F.O. 27/3038, N° 105, Diplomático.

⁶⁰Matte y Ross, op. cit., 89-92.

⁶¹Matte a la Junta, París, julio 27, 1891. Arancibia, op. cit., 266.

⁶²Bañados, op. cit., II, 425.

daños que resultaren de la orden, hecho que hizo evidente al ministro de relaciones chileno que el juez había sido sobornado por Matte y Ross⁶³. El principal ministro de Balmaceda tuvo subsiguientemente la misma opinión⁶⁴.

Este giro de los acontecimientos tomó por sorpresa al Quai d'Orsay, según informó el embajador británico: Ribot se encontraba bastante desconcertado ante la falta de consulta al gobierno en que incurrió el tribunal pero, él ahora tenía que respetar su resolución⁶⁵. Su desconcierto encontró expresiones en el *Journal des Débats* del 11 de junio, el cual condenaba el fallo basándose en el hecho de que los agentes congresales no tenían *locus standi* en Francia y que las relaciones comerciales franco-chilenas muy bien podrían sufrir a causa del hecho⁶⁶. El desconcierto del gobierno era probablemente sincero. Aunque sus simpatías no reveladas pueden haber estado de parte de la revolución, no tenía deseos, por cierto, de exponerse a los ataques Balmacedistas que no podía refutar fácilmente. Sin embargo, aunque al principio fue embarazosa, la decisión judicial ayudó al gobierno: contribuyó a la causa congresal pero no responsabilizó al gobierno francés por haberse procedido así.

La consecuencia fue que significó a los balmacedistas un retraso más de seis semanas. Joaquín Godoy y Carlos Morla Vicuña trataron de sacar clandestinamente al *Errázuriz* de Le Havre, pero los espías de la junta estaban en todas partes. Y una reclamación de Matte y Ross al ministro de justicia francés tuvo como consecuencia que el barco fuera puesto bajo vigilancia francesa⁶⁷. Lo que la ley había hecho, podía deshacerlo sólo ella; por consiguiente, la compañía constructora fue llevada a apelar contra la decisión de la corte, la apelación fue confirmada en julio, los barcos fueron entregados a la compañía e inmediatamente transferidos a la autoridad de Godoy⁶⁸. Pero fue una victoria pírrica, ya que el desafortunado *Errázuriz* estaba destinado a sufrir otras tribulaciones a manos de los agentes congresales y sus partidarios.

El primer acercamiento serio hecho por los agentes al gobierno británico también se refería a los buques de guerra pero antes de esto, junto con otras potencias europeas, había recibido una nota de Matte y Ross en mayo. Esta presentaba por primera vez el caso de beligerancia oficialmente, los agentes pretendían que el alcance de la jurisdicción territorial y la justicia de la causa la autorizaba "para ser considerada como ocupando una posición internacional y por lo tanto, debía ser aceptada en tal sentido"⁶⁹. En efecto, estos puntos ya habían sido considerados por el Ministerio de Relaciones a principios de 1891, cuando el embajador británico en Chile emitió un memorándum que ordenaba neutralidad a los súbditos británicos en este país y establecía, incidentalmente, que el partido del Congreso no podía esperar que se le reconociera como beligerante a menos que ocupara y hasta que ocupara una gran parte de Chile⁷⁰. Comentando esto, el consejero legal del Ministerio de Relaciones distinguía entre conveniencia diplomática y derecho teórico: si los revolucionarios poseyeran la mayor parte de Chile y la elección de un nuevo presidente fuera inminente, éstas podrían ser buenas razones prácticas para acordar derechos

⁶³Kennedy to Salisbury, Santiago, junio 23, 1891, f. o. 16/265, N° 64.

⁶⁴Bañados, op. cit., II, 426.

⁶⁵Lytton to Salisbury, París, junio 4, 1891, f. o. 27/3039, N° 190, Diplomatic.

⁶⁶Recortes incluidos en la Carta a Salisbury, París, junio, f. o. 27/3039, N° 209, Diplomatic.

⁶⁷Matte y Ross, op. cit., 93-94.

⁶⁸Ibid., 95-96. Cf. Bañados, op. cit., II, 425-430.

⁶⁹Matte y Ross a Foreign Office, París, mayo 7, 1891, f. o. 16/271.

⁷⁰Memorándum de 15 de enero 1891, Carta incluida en Memoria a Salisbury, Santiago, enero 1891, f. o. 16/264, N° 10, Diplomatic.

de beligerancia, pero ellas no autorizarían legalmente a la junta para pretender tal reconocimiento⁷¹. Sir Thomas Sanderson, subsecretario ayudante de relaciones exteriores, agregó que la posesión de una mayor parte de Chile no era condición esencial para reconocimiento⁷². Finalmente, Lord Salisbury, tomando nota de "la opinión de Mr. Kennedy... de que la justicia de la revolución tiene que ver algo con el carácter de beligerancia", comentaba que esa era "una doctrina completamente nueva"⁷³. Estas opiniones, expresadas al comienzo de la revolución, formaban el tipo de política británica frente a la junta⁷⁴.

En mayo de 1891, la junta de Iquique telegrafió una petición a Salisbury para que oyera a Matte y Ross sobre el asunto de los armamentos. Se envió un mensaje semejante a la Reina Victoria⁷⁵. Tres días antes, Matte y Ross también habían enviado una nota al Ministerio de Relaciones sobre otro punto referente a armas⁷⁶. La lentitud con que la compañía constructora francesa estaba armando los barcos balmacedistas había obligado a los agentes del Presidente a buscar en otra parte, y en mayo contrataron a Armstrongs para que proveyera los cañones⁷⁷. Matte y Ross, por lo tanto, parecen haber apelado ante el Ministerio de Relaciones para evitarlo, pero la nota, si es que fue recibida, no fue tomada en cuenta⁷⁸.

En junio se hizo un esfuerzo más sostenido para detener los barcos de guerra. En esta época, éstos habían sido paralizados por procedimientos legales, pero si los agentes perdían el caso de la apelación, los barcos podrían libremente dirigirse a Inglaterra y recibir sus piezas de artillería; aún más, Matte y Ross habían oído que Balmaceda estaba comprando otro barco en Inglaterra, el 25 de mayo, que había sido ordenado a Armstrongs por Argentina, pero cuya orden había sido cancelada a causa de las dificultades financieras de Argentina⁷⁹. Ante esto, Ross viajó a Inglaterra donde fue presentado al Ministerio de Relaciones por Sir Charles Mansfield⁸⁰. Salisbury permitió a Sanderson que lo recibiera en el estricto entendimiento de que la reunión era privada y extraoficial; después de la entrevista, que se refirió al tema del 25 de mayo y al equipamiento de armas de los otros buques de guerra en Inglaterra, Salisbury pidió una información escrita que Ross entregó inmediatamente⁸¹.

El ministerio de Relaciones, sin embargo, no tomó ninguna decisión en favor de los congresales. En una entrevista posterior, el 19 de julio, Sir Philip Currie, subsecretario permanente, desvió el propósito de Ross, quien había sostenido que "era muy importante para los intereses comerciales ingleses que el partido del Congreso tuviera éxito lo más pronto posible... el Presidente Balmaceda estaba bajo la influencia de Mr. Egan (embajador americano) y era hostil a los comerciantes británicos", contestándole "en términos generales, y refiriéndose a las dificultades de la situación y al deseo del Gobierno de su Majestad de adoptar

⁷¹Notas iniciales de W. E. en el reverso del despacho anterior.

⁷²Notas iniciales a Sanderson in *ibid.*

⁷³Notas iniciales a Salisbury in *ibid.*

⁷⁴Junta a Salisbury, Iquique, mayo 16, 1891, F. O. 16/271.

⁷⁵Idem dirigida a la Reina Victoria, Iquique, mayo 16, 1891, F. O. 16/271.

⁷⁶Matte y Ross en Oficina extranjera, París, mayo 13, 1891. A Matte y Ross, 152-153.

⁷⁷*Ibid.*, N. Amengual, *Episodios de la revolución chilena* (Buenos Aires, 1892), 56, Amengual era segundo comandante del barco de guerra balmacedista, "El Pinto".

⁷⁸No hay rastros de la nota en la oficina de archivos extranjeros... por lo tanto puede cometer una injusticia la F. O. diciendo que su nota fue ignorada.

⁷⁹Matte y Ross, *op. cit.*, 45.

⁸⁰Mansfield to Sanderson, London, junio 13, 1891, 16/272.

⁸¹Notas de Sanderson y Salisbury en F. O. 16/272.

una actitud estrictamente neutral frente a los bandos rivales⁸². Matte y Ross expresaron más tarde que el gobierno británico tenía poca fe en el triunfo definitivo de su causa y, ellos consideraban, con toda razón, que la actitud del Ministerio de Relaciones estaba condicionado por el deseo de no ofender a Balmaceda con las posibles consecuencias perjudiciales a los intereses británicos en Chile⁸³. En efecto, cuando F. H. Evans, Ministro Plenipotenciario, dio los pasos para tal efecto y Salisbury rehusó categóricamente usar la amenaza de reconocimiento de la Junta como palanca sobre Balmaceda. "Si intervenimos", escribía en junio, "en favor de cualquier bando —sin llevarlo a término— expondremos la propiedad británica sin ninguna ventaja neutralizante ... al mismo tiempo que impondremos al gobierno británico obligaciones que no puede cumplir"⁸⁴. Cuando, un mes después, J. A. Duncan, Ministro Plenipotenciario, pidió al Ministerio de Relaciones una declaración de lo que llamaban "no intervención", se le informó que Lord Salisbury creía "que nuestra política de absoluta abstención será suficientemente señalada por los hechos actuales"⁸⁵.

Naturalmente que Matte y Ross aplicaron un sentido diferente a la posición oficial británica. Para ellos, el Ministerio de Relaciones "no actuaba en perfecta conformidad con la práctica y principios internacionales aceptados, y no mostraba la misma buena disposición con que eran recibidas nuestras peticiones por otros gobiernos de Europa y América"⁸⁶. A pesar de todo, algunos escritores contemporáneos creían que el gobierno británico estaba del lado de la revolución⁸⁷. No hay prueba de esto y, aun en sus comunicaciones más informales, el Ministerio de Relaciones no daba muestras de sus simpatías: tratar su actitud, según parece haberlo un prominente historiador, como la misma del *Times* no sólo es erróneo en el hecho sino que también ilustra la creencia corriente en el extranjero de que el *Times* era, y es, un órgano gubernamental⁸⁸.

Fracaso de detener barcos de guerra balmacedistas

Habiendo fracasado por medios diplomáticos y legales en detener los barcos de guerra balmacedistas en Europa, los agentes del Congreso recurrieron, entonces, a métodos directos. El *Errázuriz* partió de Le Havre hacia Falmouth a mediados de julio. En respuesta a un informe del inspector de aduanas de puerto de que el barco esperaba enrolar seis fogoneros, el Ministerio de Relaciones declaró que no podía hacerse nada para evitar esto, según el Foreign Enlistment Act⁸⁹. Sin embargo, la opinión en Inglaterra estaba activa: interrogado en la Cámara de Representantes sobre los pasos que se proponía dar el Ministerio de Relaciones para evitar el enrolamiento de tripulación inglesa, el subsecretario parlamentario de relaciones exteriores replicó que el Ministerio de Relaciones no tenía la facultad para intervenir ya que la Junta no se reconocía como beligerante⁹⁰. La presión

⁸²Salisbury a Kennedy, julio 6, 1891, F. O. 16/263, N° 59, Diplomatic. No hay otros registros de las publicaciones en los archivos.

⁸³Matte y Ross, op. cit., 48-49.

⁸⁴Notas que datan del 24 de junio, 1891, 16/272.

⁸⁵Sanderson a Duncan, julio 18, 1891, Copia. F. O. 16/272.

⁸⁶Matte y Ross, op. cit., 55.

⁸⁷E. g., W. A. Smith *Temperate Chile* (London, 1891), 22 Hervey, op. cit., 130.

⁸⁸F. A. Encina in *Historia de Chile* (20 vols. Santiago, 1940-1952), xx, 217.

⁸⁹El Ministerio de Relaciones Exteriores a la Junta de Comercio, julio 17, 1891, 16/272.

⁹⁰Parliamentary Debates (Hansard), Commons, 3rd. series, vol. 356, cols. 126-127, julio 23, 1891.

continuó: el omnipresente Thomson telegrafió su desaprobación desde Madrid⁹¹, y al mismo tiempo, informó a los lectores del *Times* que si se enrolaban tripulaciones en Inglaterra, "las consecuencias para los intereses ingleses podrían ser permanentemente desastrosas"⁹². Ross también escribió, urgiendo al gobierno británico a que prohibiera el contrato de tripulantes⁹³. Los agentes también tenían un número de partidarios en Falmouth quienes trataron de ejercer su influencia en la tripulación del *Errázuriz*⁹⁴.

De Falmouth, el hostigado barco procedió a Lisboa, llegando a ese puerto el 26 de julio⁹⁵. Siguiendo el ejemplo de Francia, España e Italia, el gobierno portugués había prohibido a todo ciudadano prestar sus servicios al barco; avisos de advertencia aparecieron en la prensa y patrullas oficiales vigilaban la bahía⁹⁶. En este momento, intervino nuevamente Thomson. El 24 de julio, preguntaba en el *Times*: "¿El gobierno británico no debería telegrafiar instrucciones al chargé d'affaires inglés, Mr. Goschen, para verificar oficialmente si los ingenieros presos y llevados por el *Errázuriz* eran súbditos británicos, y si así sucedió, obtener su libertad en este puerto antes de que les suceda lo peor?"⁹⁷. La misma noticia falsa, pues Thomson estaba haciendo uso de rumores infundados, fue tema de un telegrama a Barrington al día siguiente⁹⁸. El Ministerio de Relaciones se vio forzado a actuar, sin embargo Goschen, que había sido instruido para hacer la investigación, descubrió que las quejas no tenían base y no merecían, en verdad, tomarlas en cuenta⁹⁹. Indudablemente que la táctica dilatoria de Thomson, aunque tuvo un éxito limitado, no hizo nada por mejorar la moral de la tripulación del *Errázuriz*.

La mala fortuna también persiguió al *Pinto*, otra de las esperanzas marítimas de Balmaceda. Partió de Toulon el 24 de julio, pero viéndose envuelto en un misterioso accidente con el cañonero griego, el *Spezzia*, encalló en un banco de arena y tuvo que regresar a Toulon para su reparación¹⁰⁰. Se desconoce la verdad del incidente, pero hay fundamentos para no concordar con el *Times* que "la explicación más natural y benigna es que se debió a malas maniobras"¹⁰¹. Sabotaje fue la explicación del segundo comandante de la desafortunada nave en sus memorias de la época¹⁰². Esto también fue insinuado por otro marino, cierto capitán Armit, oficial naval retirado que había buscado empleo al lado de los balmacedistas: informó al *Times* que, cuando estaba en París el 24 de julio, se le había acercado un inglés "que había vivido toda su vida en Chile" y le había ofrecido 500 libras pagadas inmediatamente y una promesa de 5.000 si se las ingeniaba para hacer naufragar al *Pinto*¹⁰³. Matte y Ross, naturalmente, no hacen referencia

La mala fortuna del "Pinto"

⁹¹London Times, julio 21, 1891.

⁹²London Times, julio 21, 1891.

⁹³Ross a Salisbury, London, julio 20, 1891, F. o. 16/272.

⁹⁴Matte y Ross, op. cit., 99-100.

⁹⁵El Imparcial, Madrid, julio 27, 1891.

⁹⁶London Times, julio 27, 1891.

⁹⁷Ibid., julio 25, 1891.

⁹⁸Thomson a Barrington, Madrid, julio 25, 1891, F. o. 16/272.

⁹⁹Chargé d'Affaires Goschen to Salisbury, Lisboa, julio 27, 1891, Archivos de la Oficina de Relaciones Exteriores, Portugal (F. o. 63), Vol. 1227, Telegráfico.

¹⁰⁰London Times, julio 27, 1891.

¹⁰¹Ibid, julio 30, 1891.

¹⁰²Amengual, op. cit., 93.

¹⁰³Letter in The Times, julio 25, 1891.

al asunto, sino que simplemente declaran que, cuando han fracasado todos los medios legales y diplomáticos, sólo quedan "métodos directos de carácter más secreto"¹⁰⁴. Fue el 4 de agosto antes de que el *Pinto* pudiera partir de Toulon por segunda vez, y después de un largo viaje por Italia, España, Las Baleares y Gran Bretaña, que finalmente llegó a Kiel donde se iban a embarcar las armas ordenadas a Inglaterra¹⁰⁵. El *Pinto* estaba todavía en Kiel a fines de agosto; una orden del gobierno alemán no permitía que recibiera a bordo material bélico alemán o extranjero¹⁰⁶. Aunque el *Errázuriz*, por fin, dejó las aguas portuguesas a fines de julio, fue, sin embargo, demasiado tarde para que cualquiera de los dos barcos de guerra fuera de alguna utilidad a Balmaceda, ya que, mientras el *Errázuriz* cruzaba el Atlántico y el *Pinto* navegaba por las costas de Europa, su ejército era derrotado en forma decisiva en batallas que no se habrían efectuado si él hubiera poseído una flota.

La victoria en la guerra propagandista y sobre los barcos de guerra de Balmaceda no terminaron con los triunfos de los agentes europeos de la junta. También se esforzaron con bastante éxito en evitar que los representantes de Balmaceda obtuvieran fondos¹⁰⁷. Cuando empezó la revolución, el gobierno chileno tenía un saldo a favor en el extranjero de alrededor de 600.000 libras en Europa, en las casas bancarias de Rothschild, el Banco Alemán y Mendellsohn. Esta suma era la parte no girada de los préstamos contratados por Chile en 1886-1887 y 1889¹⁰⁸. Los saldos estaban nominalmente bajo el control de la embajada en París y, aunque los agentes de Balmaceda obtuvieron parte de ellos, los bancos retuvieron sumas considerables para pago de intereses por los préstamos. En el verano de 1891, Rothschild retenía 170.000 libras para este propósito y el Banco Alemán y Mendellsohn, 80.000 libras¹⁰⁹. Esta decisión de los bancos demostraba que ellos no estaban dispuestos a arriesgar que Balmaceda dejara de cancelar los cupones de julio, aunque, en el hecho, no hay prueba de que él no lo hubiera hecho¹¹⁰. Algo aún más significativo: Balmaceda de contratar otros préstamos en Europa y en este caso un factor importante fue probablemente la declaración de la Junta del Congreso de que ella rehusaría reconocer préstamos contratados para Chile en nombre de Balmaceda¹¹¹.

Aunque es imposible decir con exactitud que el curso de la acción seguida por los bancos europeos estaba dictado por otra cosa que la prudencia, algunos balmacedistas creían que estos bancos retenían los fondos para ayudar a la revolución¹¹². Cualquiera que sea la verdad del asunto, el hecho es que los agentes

¹⁰⁴Matte y Ross, op. cit., 99.

¹⁰⁵Amengual, op. cit., 95-109.

¹⁰⁶Chancellor Caprivi to the Oberpräsident of Schleswig, Berlin, August 26, 1891 (Die Vorgänge in Chile (Berlin, 1891), 175. Este Libro Blanco alemán de correspondencia Oficial referente a la revolución contiene algunos puntos de información sobre las actividades de los agentes.

¹⁰⁷Ver Matte y Ross, op. cit., 65-85, passim.

¹⁰⁸F. W. Fetter, *The Chilean Debt Payments of 1891. Economic History*, II (1933), 610 and notes.

¹⁰⁹Ibid., 612-614.

¹¹⁰Ibid., 614-615.

¹¹¹La Declaración, de fecha 21 de abril de 1891, está impresa en Matte y Ross, op. cit., 191-192. Ver también London Times, abril 24, 1891.

¹¹²De este modo el Ministro de Relaciones chileno informó al Diplomático Británico en Stgo. Kennedy a Salisbury, Stgo., mayo 21, 1891.

del Congreso declaraban que Balmaceda había sufrido un revés porque el dinero fue retenido, precisamente, en la época en que él lo necesitaba¹¹³.

No menos importante para el resultado de la revolución fue la adquisición de armas para las fuerzas de tierra de la Junta, inadecuadamente equipadas; para ellas estas armas significaban el poder de llevar la guerra al enemigo. En este aspecto se organizó en Europa una acción decisiva, aunque, inevitablemente, algunos de los detalles de los hechos permanecen oscuros.

Ya en marzo de 1891, el cónsul general británico en Hamburgo informó que creía, con seguridad, que los agentes de los revolucionarios chilenos habían estado comprando armas en ese lugar y probablemente los embarcarían de Amberes¹¹⁴. Por consiguiente, el cónsul general en Amberes fue notificado e instruido para no dar ningún paso a menos de que le planteara el problema alguno de los representantes de las empresas navieras británicas¹¹⁵. El mismo mes, la firma británica de Walford and Co. en Amberes pidió informes al cónsul general acerca de la actitud del gobierno británico si ellos proveían a los congresistas con "carbón u otras mercaderías". Como a la firma se le había informado del decreto chileno que prohibía la importación de armas y no había tenido noticias de nada al contrario, ella dio por aceptado que el gobierno británico no objetaría la transacción contemplada¹¹⁶. Walford and Co., por lo tanto, fletó el vapor británico *Wandle* para llevar un cargamento de Cardiff y Amberes a las Islas Falkland. Un señor Délano estaba a cargo de este transporte¹¹⁷.

El *Wandle* partió de Amberes el 5 de mayo y llegó cerca de las Falkland el 11 de junio¹¹⁸. Llevaba 500 toneladas de carbón de Cardiff, 5.000 rifles Gras y 2.000.000 de cartuchos para ellos, aproximadamente 2.000.000 de cartuchos para rifles Männlicher, 6 cañones Krupp y 2.700 granadas¹¹⁹. Cinco días antes de que el *Wandle* llegara a su destino, el *Maipo*, barco armado de los congresales, arribó a la Bahía Stanley en las Islas Falkland¹²⁰. En este lugar, se permitió al *Maipo* una corta estada para repararse y tomar carbón, pero el gobernador se dio cuenta del verdadero propósito del barco y sus temores se vieron confirmados cuando su médico informó del aire de secreto que invadía todo el barco con ocasión de su ida a bordo para inspección de cuarentena¹²¹. Por consiguiente, informó al capitán, F. Gómez, que el barco debía partir de Stanley el 10 de junio puesto que él no estaba en conocimiento de que la Junta gozara de los derechos de beligerancia según su gobierno y, si no lo hacía, una estada más prolongada del *Maipo* sería

El "*Wandle*"
y el "*Maipo*"

¹¹³Matte y Ross, op. cit., 73.

¹¹⁴Cónsul General Dundas a Salisbury, Hamburgo, 4 de marzo de 1891. Archivos de Relaciones Exteriores de Alemania (F. o.) 54. Vol. 1260, N° 3, Political.

¹¹⁵Oficina de Relaciones Exteriores a Cónsul General Perry, 16 de marzo 1891, Archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores Bélgica.

¹¹⁶Walford & Co. to Perry, Aug., 1, 1891, Encl., N° 2. En Perry a Salisbury, Antwerp, Aug. 3, 1891, F. o. 10/570. N° 20, Consular. Esa carta resumía los primeros acontecimientos.

¹¹⁷Walford a Perry, loc. cit.

¹¹⁸Captain Kirkwood a Messrs. Walford, Wandle at Montevideo, julio 1891, Copia incluida de Perry a Salisbury, loc. cit.

¹¹⁹Matte y Ross, op. cit., 7.

¹²⁰Governor Goldsworthy a Lord Knutsford, Stanley, 9 de junio 1891, Publicaciones anotadas en la Oficina de Registro de la Colonia y en las Oficinas de Falkland Islands (c. o. 78), Correo N° 81, Carta 74. Knutsford era Secretario de la Colonia.

¹²¹Hamilton a Goldsworthy, 6 de junio 1891, Copia incluida. D. in Goldsworthy a Knutsford, loc. cit.

contrario a la práctica internacional¹²². El barco, al efecto, partió el 11 de junio. Rodeando un promontorio, se unió con otro buque, pero la tripulación de ambos barcos no se dio cuenta de la observación a que estaban sometidos por el piloto de puerto de Stanley quien, por instrucciones del gobernador, había seguido al *Maipo* en una pequeña goleta¹²³. El piloto informó después que los barcos estuvieron en contacto durante hora y media, pero no pudo identificar la nave desconocida ya que no llevaba izada ninguna bandera y, aún más, su nombre había sido borrado¹²⁴.

Este barco era el *Wandle*: se supo después que, para apartarse de las aguas territoriales británicas, los dos buques se dirigieron hacia alguna bahía en el Estrecho de Magallanes y allí transbordaron el cargamento del *Wandle*¹²⁵. El *Maipo*, en seguida, tomó rumbo al norte y el *Wandle* regresó a las Falkland donde el capitán después de negar que tenía conocimiento de la clase de cargamento que llevaba, admitió por último que, a menudo, se le empleaba en "esta clase de negocios": el gobernador, que había pasado un tiempo en estado de nerviosismo preguntándose si las Falkland iban a ser invadidas y para tal efecto ya había empezado a enrolar voluntarios para su defensa, multó al capitán en 50 libras por borrar el nombre del barco, puesto que él dudaba de la palabra del capitán quien sostenía que la tripulación había sido demasiado celosa en su cometido¹²⁶.

El *Maipo* llegó a Iquique el 3 de julio: hasta ese entonces, la Junta había poseído 2.500 rifles de diferentes clases y 4.500 rifles Männlicher, que habían capturado a los balmacedistas en febrero, pero no tenían municiones para ellos; ahora podía equiparse un ejército de 10.000 hombres¹²⁷. En agosto, el embajador británico informó que la Junta admitió estos hechos y que ahora podía equipar un ejército que, acompañado del elemento sorpresa, podría muy bien equiparar la superioridad numérica de las fuerzas balmacedistas¹²⁸.

Si el valor material del cargamento del *Maipo* era grande, su valor psicológico fue inapreciable: el arribo sin novedad del barco sucedió un mes después del debacle del *Itata* e indudablemente hizo mucho para restablecer la moral de los congresales sacándola de la depresión en que había caído.

En esta forma, a fines de julio de 1891, Balmaceda no había recibido ni los fondos en que había puesto sus esperanzas, ni la flota que necesitaba para tomar la iniciativa; los revolucionarios, por el contrario, habían conseguido armas suficientes para lanzar un ataque contra el valle central de Chile. Igualmente importante, la moral de las fuerzas de la Junta era alta, comparada con la de los balmacedistas, y esto se debía en gran parte al trabajo de los agentes de la Junta. No derivaba solamente de sus exitosas actividades armamentistas, sino que también del hecho de que habían frustrado las esperanzas de los balmacedistas, particularmente, al evitar que el *Errázuriz* y el *Pinto* entraran a su servicio. En el verano de 1891 se dio la noticia, en forma continuada, de que los buques de guerra

¹²²Goldsworthy a Gómez, 8 de junio 1891, Copia incluida. G. in *ibid*.

¹²³Goldsworthy to Knutsford, Stanley, 19 de junio 1891, c. o. 78/81, N° 79.

¹²⁴J. Campbell a Goldsworthy, junio 12 de 1891, Copia incluida D. de Goldsworthy a Knutsford del 19 de junio, loc. cit.

¹²⁵Captain Kirkwood a Messrs. Walford, vide supra, note 118.

¹²⁶Goldsworthy a Knutsford, Stanley, 10 de julio 1891, c. o. 78/81, N° 87. El incidente creó una agitación en el Almirantazgo y la Oficina Colonial como Goldsworthy señaló que si en el *Maipo* hubiera habido algún intento hostil, él había podido hacer muy poco.

¹²⁷Encina, op. cit., xx, 229.

¹²⁸Kennedy to Salisbury, Santiago 17 de agosto, 1891, f. o. 16/265, N° 86.

estaban en camino a Chile¹²⁹. Las esperanzas del gobierno descansaban tanto en la llegada sin novedad de estos barcos, que hubiera parecido a un observador acucioso como si esto sólo fuera lo que mantenía la fe de los partidarios de Balmaceda¹³⁰. En junio, el embajador británico todavía creía que el gobierno obtendría un fácil triunfo si tuviera acorazados, pero su desilusión aumentaba de día en día en vista de que los barcos no llegaban de Francia¹³¹. Aunque muchos otros factores contribuyeron a la erosión de la moral de los balmacedistas en 1891, sin duda que éste fue el de mayor efecto.

Poco después del transporte de armas de Europa a Iquique, la guerra civil en Chile entró en su fase final con los desembarcos congresales en Quinteros en agosto y las sangrientas batallas de Concón y Placilla el 21 y 28 del mismo mes, batallas en que las tropas de Balmaceda fueron completamente aniquiladas por las fuerzas del Congreso, numéricamente inferiores pero mejor armadas, entrenadas y dirigidas¹³². El suicidio de Balmaceda tres semanas después puso un sello trágico al triunfo definitivo de la revolución.

Después de la guerra, Matte y Ross fueron muy alabados por su labor y sus hazañas fueron resumidas por uno de los principales diarios chilenos en estas palabras: "Si los éxitos militares de las improvisadas fuerzas constitucionales han sido maravillosas, la colosal campaña y victorias alcanzadas por los agentes de la revolución en el campo de la diplomacia no son menos dignas de admiración y elogio"¹³³. Aunque hay hipérbola en el lenguaje, no hay exageración de la contribución de Matte y Ross al triunfo definitivo del Congreso: el reconocimiento del papel desempeñado por ellos en la revolución de 1891 es esencial para la comprensión de los acontecimientos importantes en que participaron y a los cuales contribuyeron para dar forma.

La guerra civil en su fase final

¹²⁹Hervey, op. cit., 145 and note.

¹³⁰Velasco, op. cit., 345, 371, 391, 396.

¹³¹Kennedy a Sanderson, Santiago 9 de junio 1891, F.O. 16/265, Private.

¹³²En esta batalla el rifle Männlicher de repetición, con el cual 4.000 tropas del Congreso fueron equipadas y a las cuales Matte y Ross habían provisto de municiones, fue un arma decisiva. "El rifle Männlicher fue mortal y ayudó inmensamente", escribió Kennedy a Sanderson, 4 de septiembre de 1891. F.O. 16/266. Ver también J. Sears y B. W. Wells, *The Chilean Revolution of 1891* (Washington, 1893), encabezaba: "Notas sobre el uso del rifle Männlicher. El mejor estudio detallado de la fase final de la guerra. J. Díaz Valderrama, *La guerra civil de 1891* (2 vols. Santiago, 1942), II, passim.

¹³³El Ferrocarril (Santiago), 11 de octubre 1891, traducido y reimpresso en el Chilean Times, Valparaíso, un recorte del cual fue incluido en Kennedy a Salisbury (Santiago), noviembre 11 de 1891, F.O. 16/266, N° 126.

Juan Uribe Echevarría: Yo soy dueño del Barón

*Yo soy dueño del Barón
porque soy un caballero;
me subo por Calaguata,
me bajo por Los Lecheros.*

I

SONABA AÚN el trezado campaneo que anuncia el mes de María en la Iglesia de los Doce Apóstoles y ya el Inspector Municipal, escoltado por un ágil muchacho que hacía sonar una diminuta campanilla, iniciaba su recorrido dando término a la feria libre de aquel sábado en la Avenida Argentina.

La señal estimulaba las ventas más rápidas y decisivas. Los feriantes de la población Briones, los de Las Zorras y Las Ramaditas, se apuraban en hacer las rebajas finales a las taimadas caseras de última hora.

Los silenciosos vendedores de libros y discos viejos eran los primeros en desaparecer. Tras ellos los horchateros y vendedores de la chicha de piña; los gritadores de los téis milagrosos; los "fierros" con sus botones militares, fichas de las salitreras, cobres peruanos, y esas antiguas medallas de primera comunión que atraen a los numismáticos; el hombre de los anillos hechos con balas de heroico bronce; los presumidos corbateros. Todos trataban de interesar a algún comprador rezagado mientras iban recogiendo con desgano su complicada mercancía.

La inestabilidad de la feria se avenía a las maravillas con sus tendencias de pacotilleros errantes. Comercio de dos días a la semana, sin local, sin capital casi, con el resto de la semana para el descanso u otros "rebusques". Y a cambio de ello, un título de prestigio entre los conocidos: comerciante.

Con la proximidad de la noche el vendaval de gritos y ofertas premiosas iba en aumento. Un penetrante olor a mariscos y a legumbres pisoteadas se hacía por momentos más intenso con el viento que soplaba desde las masas de contornos oscuros de los cerros, acribillados de luces bajo un cielo todavía celeste, en el que lucían las primeras estrellas.

Ahora eran los chiquillos los que daban gritos plañideros y exigentes, en tanto los mayores hacían paquetes y cargaban sus mercancías a hombro o en burritos y carretelas.

Los pregones finales se sucedían:

—¡A sesenta los medios! ¡A sesenta!

—¡A peso los ramos!

—¡Arvejas arrugadas! ¡De las buenas, caserita!

—¡A dos pesos las seis cebollas! ¡A dos pesos!

—¡Mire las cebollas! ¡Madama, mire!

—¡A las trenzas de ajo!

—¡Y vendo este par de patos, baratos!

Nadie superaba las roncas voces de los pescadores.

—¿Quién va a querer las cabinzas? ¡Vivas las diablas! ¡Revuelven los ojos, mueven la cola y saltan p'arriba!

—¡Vengan a ver las pescadas espinelas! ¡Los lindos jureles!

—¡Muchas vivas! ¡Muchas vivas para el arroz y la sopa!

Sorteando los grupos iban los niños que llevan paquetes, los vendedores de sacos y los peligrosos "veleros", más atentos a los bolsillos ajenos que a la venta de las velas.

Multitud de burros y caballitos flacos desembocaban por todas las esquinas. Los cargadores del cerro Polanco y del cerro Molino, traían sus cabalgaduras pobres para que aprovecharan los restos de las verduras botadas a lo largo de la avenida mientras se negociaba alguna carga.

Los pajareros, con ese su gesto de sabios que se han procurado explicando a los curiosos los nombres y geografías de las aves, encendían lámparas de susurrante carburo junto a las jaulas repletas de cometocinos, catitas australianas, canarios de La Serena, loros tropicales, yales o plateados, cardenales y gallinetas del Brasil.

En una esquina de la feria, frente al *Almacén Nueva Rancagua* y a la *Pensión Siempre mi Vida*, se podía ver a los charlatanes gesticulando sobre taburetes improvisados.

Un público desigual compuesto de escolares, obreros, viejas silenciosas y atorrantes en busca de calles y plazas alegres, gozaba del pequeño circo gratuito que proporcionaban los anunciadores de yerbas milagrosas y desmanchadores totales, los vendedores de horóscopos, los mágicos y prestidigitadores. Sus voces de fingida entonación extranjera —entre argentina y peruana—, dominaban la algarabía de los vendedores.

Aquel sábado, como de costumbre, reunía más público el hombre de las culebras, un mocetón moreno, de anteojos ahumados, que exhibía doblada sobre su cuello una enorme serpiente muerta de frío.

—Esta serpiente es brasileña, señores, y muy jovencita, aunque mide más de dos metros. Por las vértebras podemos calcular que ha cumplido apenas los dos años. En el Brasil llegan a medir hasta doce metros. Aquí donde la ven, hace dos días que no come porque va a cambiar de camisa. Esta piel vieja que bota es muy nombrada porque dicen que da la suerte. A los que creen en el asunto les puedo regalar a continuación, un pedacito de piel de culebra brasileña... ¿Y qué come esta serpiente importada se preguntarán ustedes...? Tiene su manjar preferido que es el cogote de gallina... Se come por docenas los cogotes de gallina... No se rían... Ahora van a ver ustedes la hermana chilena de esta culebra brasileña... A ver secretario, ábrame esa cajita... Así... Muy bien...

El secretario, un palomilla vivaz, casi desnudo, había levantado la tapa de una caja pequeña. El mago tocó un pito deportivo y al sonido levantó la cabeza un pequeño reptil de viña, culebra chilena.

El charlatán, con su público asegurado, fue cambiando insensiblemente de asunto. La voz subía de tono; haciéndose cada vez más seca y elocuente. El payaso iba cediendo su lugar al hombre de ciencia.

—...Sí, señores, pregúntenles a los veteranos de la guerra del 79, si se conocía en Chile el ataque cardíaco. No, mis amigos, no se conocía... ¿Y ahora?... A los cuarenta años el hombre ya no tiene fuerzas, y a los cuarenta y cinco se pone tapitas de papa en las sienas... ¿Es que la gente tomaba menos vino?... No, la gente de antes bebía más vino, pero vino mejor, no vinos químicos como los de ahora... Pero no está ahí la cosa, compañeros... Lo que sucede es que entonces no se conocía esta abundancia de boticas de los tiempos presentes. Y las personas se curaban con yerbas... Chile es el país más rico en pastos milagrosos. Los extranjeros se llevan los buques cargados de yerbas medicinales y después los devuelven en remedios caros e importados... Una sociedad naturista chilena me ha encomendado, sin espíritu de lucro, que haga la propaganda patriótica de un producto que está revolucionando nuestra medicina popular. Un producto que contiene en proporción única y especial-

mente calculada, yerbas como el poleo y la yerba del platero, para el estómago; la sanguinaria y la zarzaparrilla para la sangre; la cachanagua para los dolores de costado; la cresta de gallo para los zarpullidos y granos; el pila-pila para los cólicos; la yerba santa para las llagas; el alfilerillo para las úlceras, y además la flor de la violeta, el boldo chileno y la jarilla argentina, la yerba Colombo... ¿Y cuánto creen ustedes que vale este cúralotodo? Cada paquete envasado sólo tres pesos, y dos por cinco pesos. Además, se les regala de llapa un pedacito de piedra imán, con la oración de la piedra imán polarizada que aleja de los hogares a los malos espíritus, dando la paz y la felicidad. La piedra imán se debe llevar en el bolsillo en los casos siguientes: cuando solicite un empleo o un aumento de sueldo; cuando concurra a una cita amorosa, a las carreras o las carpetas de juego; cuando inicie viaje y desee que le vaya bien; cuando...

A esta altura del discurso, los buenos atorantes se iban desplazando hacia otros grupos.

Como adivinando el momento, a escasos metros del hombre medicinal, un viejo alto y macizo, de barbas entrecanas, iniciaba un alegato inusitado, enarbolando en una mano un puñado de hojas impresas.

Había dejado en el suelo una canasta rectangular, pintada de verde, de la que retiraba cartones y lienzos toscamente dibujados con lápices de colores, y los iba colgando de un pequeño trípode. Cada pedazo de saco harinero exhibía una alegoría patriótica con el escudo nacional. En una de las telas se mostraba a un hombre con los pantalones arremangados y de bonete amarillo, luchando, cuchillo en mano, con un enorme pájaro. Al pie del dibujo, y en letras desiguales, se podía leer: *El minero peleando con el cóndor*. En otra, la más sorprendente, se veía un sacerdote con fantástica corona en la cabeza, dando la bendición, mano en alto, a dos parejas: una de huaso y huasa, y otra de caballero y dama, que bailaban la cueca.

—Esta es *La cueca en Roma* —explicaba el viejo. Su voz ronca y fatigada trataba de empinarse por sobre el murmullo de la feria y los gritos de los charlatanes.

—Vengan a ver *La cueca en Roma*, y a oír los versos de Patricio Miranda sobre lo que dijo el cóndor chileno al águila americana; versos a lo divino y a lo humano. *El crimen del cerro Toro*, *Las avecillas chilenas* y *La historia de San Felipe*. Este caballero que aparece aquí fumándose el puro, es el Embajador de Chile. Los extranjeros ya tenían medio conseguido que la cueca chilena fuera excomulgada, pero nuestro Embajador en Roma obtuvo que el Santo Padre la viera bailar antes de decidir su fallo inapelable. El Papa encontró que era un baile fino, distinguido y patriótico, y la bendijo por los siglos de los siglos... Ahora va a oír, el distinguido público, versos a lo humano y de literatura. Versos a dos razones, al estilo de los que se cantaban en la República, por Bernardino Guajardo, la Rosa Araneda, el *Gata Loca*, Casas Cordero, Nicasio García y tantos otros poetas populares... Aquí tenemos en esta hoja *El libro de los siete sellos apocalípticos*, a lo divino y para cantores autorizados... Oigan ahora:

*Juan vio veinticuatro ancianos,
cuatro animales que hablaban,
sin descanso pronunciaban
santo, santo, al soberano.*

Y más acá dice:

*Relámpagos se veían,
Juan observó, desde luego,
siete lámparas de fuego
que al lado del trono ardían.*

*Muy grandes truenos se oían,
que a la tierra se lanzaban;
trompetas de oro vibraban
cuando el libro fue mostrado.
Gloria al cordero inmolido,
sin descanso, pronunciaban.*

La voz del viejo poeta iba ganando volumen y se acompañaba, en una entonación solemne y antigua, a los versos de sus décimas.

—Y ahora, mis amigos, les voy a decir los versos cómicos de esta hojita. *La historia de San Felipe*, compuesta especialmente para su centenario. Esta poesía se las voy a recitar entera y si tuviera mi guitarrón también se las cantaba... Primero las cuatro palabras.

*Quesitos de Putaendo,
los calabazos de aji,
en casa del falte León:
chicha, vino y chacolí.*

*Cincuenta años ya van
en que fui sanfelipeño,
de huasito lugareño,
fui choro en esta ciudad.
Recuerdo en lejana edad,
parece que estoy oyendo,
cuando decía: —Les vendo
aves, cebollas y arvejas.
Y traigo, para las viejas,
quesitos de Putaendo.*

*Por otra calle venía
otro gritando frutillas,
píropeando a las chiquillas,
las veteranas de hoy día.
Otro gritaba, en seguida:
traigo huevos de perdiz;
placentero y muy feliz
otro gritaba el pescado;
y del Cariño Botado,
los calabazos de aji.*

*También la "gallá" minera
de la mina Descubridora,
cangallaba sin demora
por debajo de la culera.
Fue una vieja zorzalera
en San Felipe, patrón;
allá en la calle Cajón
vendían ponche muy rico;
lo mismo que en Puente Chico,
en casa del falte León.*

*Quando me daba por niña
y me tincaba la copucha,
me iba donde misiá Lucha
a la calle Traslaviña.
No me importaba ni piña
meter boche a todo brio;
éramos los más temidos
con Domingo, el pequenero;
nos llamaba los bolseros,
la ñata Rosario Ríos.*

El corrillo se reía de buenas ganas con los versos de don Patricio, y una viejecita muy peinada y pulcra, con aire de lavandera de cerro, inició la compra de la primera hoja.

—¿Quién va a querer los versos?... A cuarenta cobres, no más... Ayuden a un hombre que ha sido minero y obrero municipal aquí, en Valparaíso... Se los van a celebrar en la casa... Estos versos son muy apreciados por las futuras suegras que tienen niñas bonitas... Uno por aquí y otro por acá... Compren los que van p'al campo... Los huasos se arrebatan mis versos y los mineros, también.

El hombre de las culebras obsevarba irónico desde su grupo, y pronto a reiniciar el número, gozaba con el escaso éxito comercial de su competidor...

II

Era la hora próspera en los bares de la Avenida Argentina, y sobre todo para *La Felicidad Completa*, el más original y adornado del barrio.

Una serie ininterrumpida de patrones italianos había decorado el local en forma extraordinaria e inolvidable. Tras el mesón iluminado con ampolletas de colores —rojas, azules y verdes—, se levantaban, en los extremos, dos bacantes de madera pintada, semidesnudas, con túnicas azules ceñidas a las caderas. Las cabezas adornadas con pámpanos dorados. En el fondo, sobre el espejo, en un cuadro rectangular de notable corrección, se veía dos mesas de festín ocupadas por caballeros de levita y cuellos antiguos, a quienes acompañaban elegantes señoras en traje de baile, bebiendo en copas champañeras. Sobre la máquina registradora, un puerco espín marino, de ojos estrábicos, surtía de imágenes alucinantes a los bebedores.

La clientela de aquel sábado se reforzaba, por momentos, con un número apreciable de comerciantes de la feria que llegaban con sus guardapolvos blancos, de esos que sólo usan ellos, los colegiales católicos y algunos peluqueros. Los obreros pedían de pie, acodados sobre el mesón, como que se van a ir, pero no se van. Los feriantes se encaminaban a los reservados del fondo, para beber sin sobresaltos y comentar a su gusto las incidencias de la jornada.

Por el largo corredor que separa el negocio de la calle apareció el viejo de los versos.

Alguien lo llamó estrepitosamente desde uno de los reservados. La cara adusta del poeta, cruzada por fea cicatriz, se desarrugó un poco al oírse solicitado con tanta alegría. A la luz cruda de la cantina se le podía observar con más detención. Sus ropas le quedaban chicas, y el sombrero, grande y roto, tenía todos los verdes y amarillos de la intemperie.

Aceptó la invitación. Se sentó con algún desgano e hizo desaparecer de un trago la copa que le habían ofrecido.

Sus amigos eran tres comerciantes sin nada de particular, y con los cuales no simpatizaba en absoluto. El versero los trataba desde tiempo atrás y sabía a qué atenerse. Eran buenos para el vino y... nada más. Nunca le habían comprado una hoja ni sentían la menor piedad por sus aflicciones. El de más edad, muy gordo, estaba acompañado de su hijo, un muchacho silencioso y malcarado que acomodaba su sonrisa y conducta a las de su padre. El tercero, muy flaco, tenía un bigote largo, antiguo, caído sobre los labios.

Eran puesteros fuertes del Mercado del Cardonal, que destacaban un socio barato en la feria libre.

—¿Cómo lo ha tratado la suerte, don Patricio? —le preguntó el más gordo, con espíritu conciliador.

—Mal —apuntó el versero, sin cambiar su expresión derrotada—. No compran versos en esta feria... No hay comparación con la Plaza Echaurren, para mí... Los charlatanes me corren y aleonan a los borrachos para que me griten. Hay un mágico de esos que venden cueros de culebra para la suerte, que me ha salido tigrillo. Todavía no vendó un par de hojas, y ya me manda palomillas a hacerme travesuras... Pero el día menos pensado va a conocer manos de minero... No se quieren convencer que los versos son míos, y dicen que se los compro al *Ruiseñor Curicano*, y a otros cantores del sur... Yo que he cantado mano a mano con los mejores poetas en los bodegones de Santiago, hace cuarenta años... Cantaba por puro gusto, sólo por lucir mi inteligencia, porque yo la plata la he conocido desde chico... He sido comerciante de la Feria Ureta, en Santiago. Vendía quesos al por mayor. Me daba el gusto de matar gallina todos los días, y de alimentar hasta de a dos y tres sobriños... Y antes que nada soy minero y descubridor de calerías. He vendido mucha cal en este mundo, y ahora que estoy viejo y decaído, vendo versos, porque los sé hacer y a nadie que se los compro o se los imito...

Y él sabía lo que era ser comerciante, y por eso era amigo y apreciaba a los comerciantes —terminó el viejo, como otras veces, admirado de que sus auditores no se dieran cuenta de que la botella de vino estaba vacía.

Sus tres amigos se sabían mercaderes de algo práctico, positivo, y despreciaban a los demás feriantes que no vendían aves, flores o verduras, y muy en especial a los charlatanes y nigrománticos. Al veterano de los versos le asignaban un lugar intermedio en su escalafón, por debajo de ellos, naturalmente, y al nivel aproximado de los vendedores de sopaipillas que había en la feria. Pero tenían el vino triste. Bebieran poco o mucho, no lograban soltar la lengua. El versero, por el contrario, a cambio de algunas copas de vino, contaba un sinfín de historietas y crímenes, o les recitaba versos antiguos. Guardaban con el viejo un pacto no confesado. Ellos respondían del consumo y don Patricio de la conversación.

Se renovaban las botellas y el poeta popular iba desarrugando la frente y el caudal de sus recuerdos. Nunca se daban cuenta, cuando el viejo, con su charla voluble, y en franca complicidad con el vino tinto, los iba interesando en alguna historia fantástica.

—Sí, pues, don Villa. Había entonces, al lado de la Plaza del Cardonal, una cantina muy famosa que la llamaban *Cajón de Muerto*. Ahí se veían los porteños a pata pelada y con los pantalones arremangados, porque eran casi todos playeros y cargadores.

Y nadie pedía licor por menos de un decálitro. Se pedía por decas y medios decas. La gente del barrio era, por aquel entonces, muy ganadora de plata. Una vez me había venido yo medio borracho de la capital, por el tren nocturno, y entré sin ni un cobre al *Cajón de Muerto*. Ligerito no más me saludaron algunos amigos que me conocían y pidieron su deca para gozar con las noticias de Santiago, que yo se

las decía hasta en verso, en un dos por tres. Con tanto trago y conversa me quedé dormido y vine a recordar cuando me estaban sacando los zapatos recién comprados que traía. Le pregunté al intruso qué era lo que le pasaba con mis zapatos. Te saqué el zapato —me respondió—, para ver si eran cosidos.

Yo tomé la manopla, que nunca me faltaba en el bolsillo del pantalón, e hice correr al mañoso. Por ahí pasé la noche de cualquiera manera. Pero yo traía mi plan desde Santiago... A la mañana siguiente, muy temprano, me fui cerro arriba, cortando caminos, por la Quebrada Azul; de Las Zorras, para adentro. Muy arriba encontré unas plantas rústicas que imitaban a los troncos de helechos de la Isla de Juan Fernández, muy cotizados entonces. Saqué dieciocho troncos, les corté las ramas, los metí en mi canasto, y en la tarde me dirigí a la Población Chorrillos de Viña del Mar. Era población muy nueva entonces, y estaba poblada únicamente por extranjeros. Tocaba el timbre y salían las gringas.

—¿Qué decía Ud.? —me preguntaban.

—Le traigo troncos de helechos, madamita, de la Isla de Juan Fernández...

En ese tiempo un tronco de la isla, de treinta y cinco centímetros de alto, valía sus cuarenta y cinco pesos. Estaban cubiertos de una corteza como de pelitos de buey, muy bonitos. Los míos también eran troncos, pero no tenían tanto mérito.

Rieron los tres comerciantes.

—¿Y cuánto pide por ellos? —me preguntaban.

Yo estudiaba la bondad de las gringas y les hacía la pedida: veinte, quince o diez pesos. Y después de una pequeña discusión comercial, se los vendía al precio que se terciara. La primera vez me vino a salir el día como a setenta pesos, en aquellos tiempo en que un artesano ganaba un peso veinte.

Seguí mi negocio, y era el más voltario para gastar por decas y medios decas en la cantina *Cajón de Muerto*... *Yo era el dueño del Barón*. Todos los borrachos tenemos la clave segura, de que siendo para derrochar, en lo que pongamos la mano nos va bien... Así como me vieron gastar tanto y mostrar los billetes por fajos, una noche desgraciada me sacaron el secreto, tocándome el amor propio. Entonces fue lo bueno. A todos los comerciantes de la calle les dio por vender troncos de helechos. Caballería e infantería. Llamábamos de caballería a los hargueneros. Y los de canasta formaban la infantería... Hasta que una mañana pasó un comerciante a ofrecer los troncos a una casa del Cerro Alegre, donde vivía el que pagaba la contribución por el negocio, y tenía monopolizado este trabajo en la isla. La sirvienta dio parte al caballero. Por suerte el comerciante anduvo sospechando que algo raro sucedía y arrancó a perderse, dejando los troncos botados...

El futre dio parte al comisionado. Yo tenía entonces la costumbre de leer el diario antes de salir a trabajar, y una mañana me noticié de lo siguiente: "Los hombres que venden los falsos helechos de la isla de Juan Fernández deben ser entregados a la justicia"... Nos fueron a buscar al *Cajón de Muerto*. Cayeron presos unos cuantos comerciantes y yo empaqueté cincuenta troncos que tenía en la casa de Natalio Farfán, en el Cerro Barón, y me dirigí a tomar el tren a Viña del Mar... Llegué a Santiago muy inocente, y en la capital vendí mis helechos, a mejor precio que nunca, a un florista muy famoso llamado Cucho Arredondo. Y con el mismo Arredondo partimos al sur, a la Quinta de Caylloma, una gran vega que está cerca de Curicó, donde había muchos troncos de helechos en ramas, e inventamos la tremenda mercadería con que se han enriquecido después tantos floristas...

Hoy traen hasta de Puerto Montt el helecho en ramas para las coronas de los difuntos. Estos son los inventos de un comerciante fantástico, y así han resultado tantos jardineros y floristas millonarios...

El viejo narrador apreció de soslayo el efecto de su historia. Los tres comerciantes sonreían complacidos.

Don Patricio apuró la copa y remató su cuento, dirigiéndose al más joven de los presentes, al hijo de don Villalobos, con inconfundible entonación pedagógica.

—...Y esto lo cuento para que la juventud de hoy día vea lo que es la inteligencia a medias con la borrachera. Ahora que una corona para los muertos vale hasta ochocientos pesos, y yo que he sido, y me considero vivo, no puedo vender mis versos a cuarenta cobres la hoja...

—¿Y cómo dicen que los ciegos ganan tanto? —terció el comerciante flaco.

—Así es —terminó don Patricio—. No hay ciego de tren que no tenga fábrica de escobas en la casa... Son muy unidos. Tienen una sociedad que se llama "Santa Lucía"... Cuando se muere uno en Santiago se juntan hasta unos cincuenta ciegos en el cementerio, con estandarte propio, y le tocan marchas al difunto... Conozco mucho a los ciegos del Barón... Ven la hora con el dedo, en unos relojes que se mandan hacer, y juegan brisca con naipes especiales. Yo soy muy amigo del ciego Juan que toca el acordeón, y perdió la vista con la peste... Antes cantaban desde el Barón hasta el Salto; pero ahora alcanzan a Peñablanca y Limache, y de ahí se vuelven en el tren que viene de Santiago... El ciego Juan tiene una mujer jovencita... Ellas creen en la fidelidad de los ciegos... Hoy la República le da mucho mérito a los que no ven y a los tullidos que cantan canciones extranjeras, y yo que soy el último poeta popular autorizado que va quedando me veo correteado por los charlatanes... Pero algún día me voy a topar con alguien que me ayude a beneficiar mi mina de cal... Entonces volveré a ser el de antes...

—Así me gusta, y porque así sea —dijo el comerciante, con el potrillo lleno de vino en la diestra—. Salud, don Patricio.

—Salud, pues...

Ricardo Cox Balmaceda: Desarrollo y mentalidad subdesarrollada

Simplificación engañosa y sus causas

SI UNO LEE los discursos, actas de congresos, editoriales y hasta opiniones eclesiásticas sobre el desarrollo le es imposible escapar a la idea de que este proceso es un movimiento mundial de carácter técnico, uniformemente hacedero en todas partes en un plazo menor o mayor según la distancia a que se encuentre cada país del objetivo y que conduce a nivelar la forma de vida de los hombres en todo el mundo borrando más o menos rápidamente la diferencia entre naciones ricas y pobres.

Más aún, si uno desea hacer figura de individuo avanzado y visionario no tiene más que revestir estas imágenes de las virtudes de una creencia, infundiéndoles ese exclusivismo que las hace invulnerables y ese pasionismo que las convierte en ideas-fuerzas y las hace operantes.

Un convencido de estas ideas, interesado además en ellas, por ejemplo, como alto funcionario, es capaz de repetir el mismo discurso todas las veces que se le presente la ocasión, sin dar el menor signo de hartazgo y, lo que es más admirable, haciéndose aplaudir siempre ceremoniosamente por la siempre renovada concurrencia y comentar con solemnidad por los editorialistas de peso.

Tratándose de funcionarios internacionales, hay aquí mucho de deformación profesional. Todo lo que sea servir el desarrollo y combatir el hambre es una profesión tan extraordinariamente lucrativa que no ya la participación en ella, sino las migajas de ella concitan un gran número de voluntades e inhibiciones favorables.

Pero tampoco la deformación profesional es todo en esta ideología, ni mucho menos. Hay, incluso entre funcionarios internacionales, y de los más distinguidos, quienes creen sinceramente en la fabricación del desarrollo y se ingenian en consecuencia por cooperar en ella. Y lo mismo sucede con gente la más alejada de los negocios temporales, como son los teólogos, sin hablar de clérigos y prelados. También muchos de ellos creen en el desarrollo de confección y en consecuencia se ocupan de las ventajas atribuibles al proceso y de la importancia que reviste en tesis.

Tal creencia es indudablemente muy plausible en un sentido, por decirlo así, serio.

Pero, desde que es favorable a las esperanzas, expectativas y deseos de los pobres, que son la inmensa mayoría, no puede menos de constituir, para cuantos la profesan, una especie de credencial de acción útil en muchos planos interesados y desinteresados.

A los políticos les interesa esta credencial como medio de captación de voluntades y votos. A los editores de periódicos, como elemento de difusión en el público. A los apóstoles, como la medicina a los misioneros, no para atraer tan sólo, sino para curar con eficacia, según piensan.

Es pues en cierto sentido normal para cada uno participar en la fe de todos. Y a la inversa, la actitud reticente es mal mirada, enjuiciada con una especie de menosprecio, de superioridad moral hacia quienes se marginan del diapasón común.

En esto último hay también un fenómeno un tanto ajeno al asunto, pero que

lo influye mucho. Es la propaganda. Cuando los políticos, periodistas, radiodifusores, funcionarios, no hablan de otra cosa durante años, se produce lo que los franceses llaman con mucha propiedad un pliego mental. Todos terminan por hablar de lo mismo, usar los mismos términos, bailar al mismo compás y lo que es mejor todavía encontrar muchos en el ritmo común una especie de placer abúlico y desenfrenado.

Lo más curioso del caso es que esta propaganda se genera no poco a sí misma. No se explica porque haya entidades que la costeen, como se hace con un producto de tocador. Es que viene a llenar un inmenso, un incommensurable vacío, que es el abismo del distraído embeleso público que hay que colmar sin descanso y sin tema por todos los medios de información actuando en competencia.

Es esta necesidad de crear temas la que efectivamente los lanza, pero esta vez sí como un producto comercial de buena venta, tal la Coca Cola, de la cual no se puede prescindir, según está demostrado, después de tantos meses de anuncio.

Costó lanzar el tema del desarrollo. Y no fue la prensa que lo lanzó, sino los funcionarios internacionales cuando lograron audiencia del Departamento de Estado y éste del malogrado Presidente Kennedy, autor de la Alianza para el Progreso. Ese fue el impulso inicial y no sólo en y para América Latina sino, por similitud y simpatía, en todo el resto del mundo, maduro naturalmente para tal novedad. Pero al apoderarse del tema la propaganda informativa, lo ha convertido, puede decirse involuntariamente, en una obsesión generalizada que arrastra a la misma prensa.

Ahora bien, quienes ansían y sienten el desarrollo con fe creen esta obsesión fecunda, precisamente en desarrollo. Y este es el punto débil y equívoco del asunto pues el mundo sería muy diferente de lo que es si los sueños se realizaran con sólo evocarlos. Lo que va a salir de los artilugios de los magos puede ser algo muy diferente de lo que sueñan los idealistas.

Todos conocemos más o menos el caso de nuestro país y concebimos que pueda ser muy distinto al de otros pueblos. Pero en todos ellos la pasión, el deseo, la urgencia, el compromiso en blanco de los gobiernos con sus electores, son malos antecedentes para una política de desarrollo. Esta no tiene nada que ver con mesianismo y propaganda y a la inversa tales impulsos la desvían del camino más llano y corto para llegar a la meta.

En toda empresa humana la fe es una gran ventaja. Pero nada pierde con ser discreta, prudente y bien colocada. Es muy conveniente que un gobierno se proponga lograr el desarrollo de un país y tenga fe en el éxito. Pero otra cosa es la propaganda anticipada del resultado, o el dogmatismo de los medios y fines, o los impulsos irracionales envueltos en consignas atrayentes. Es el caso de decir que no es para tanto. Y lo mismo sucede con el coro universal que escribe, irradia y repite cada día desarrollo, ¡desarrollo!, ¡desarrollo!

Un estado de psicosis colectiva no es por cierto el ambiente más favorable para tomar medidas acertadas. La gente, cuando se excita, corta para donde está vuelta. ¿Quién se propuso, durante las Cruzadas, impulsar a los niños de Alemania a salir de sus casas formando hordas innumerables, con el místico propósito de libertar a Jerusalén? Evidentemente cuanto oyeron en púlpitos, plazas y hogares no estaba destinado a ellos. Pero el impulso colectivo los tomó, los indujo a ponerse en movimiento por espíritu de emulación y los destinó a perecer por millares en las montañas alpinas.

En esto no es enorme la diferencia entre los niños y sus mayores tomados

*De la fe a la
psicosis*

colectivamente. La psicosis colectiva son realidades destructivas, no creadoras. Y con esta afirmación no pretendemos zanjar el debate relativo a la fecundidad de la revolución que es demasiado amplio para evocarlo aquí. Queremos decir solamente que aún dentro de un proceso revolucionario creador, la psicosis es el elemento destructivo, así como la idea es el elemento constructivo.

Al menos digamos que algo nuevo se puede edificar sobre las ruinas de lo antiguo cuando detrás del impulso destructor hay una idea fecunda. Pero el desarrollo no es una idea, es un tema. Y si este tema se convierte en una psicosis, cobra su aspecto destructivo y dificulta o imposibilita el planteo racional y eficaz de la temática. Muchos pueden pensar que no existe incompatibilidad alguna entre el propósito de arrasar cualquier obstáculo que se oponga al desarrollo y el planteo perfectamente racional del mismo. Pero esta es una inadvertencia. Pues el desarrollo es un proceso vital de carácter normal y sólo hasta un punto muy limitado se parece a una empresa externa al sujeto o a un esfuerzo extraordinario del sujeto.

Por eso también el planteo del desarrollo, lo que se llama la planificación, no es solamente un sistema racional de ecuaciones. Ni siquiera es conducente que se reduzca a eso porque en tal caso pierde la espontaneidad vital propia de la naturaleza del proceso. Pasa a ser una especie de imitación de la vida y del progreso que jamás puede llegar a expresar la vida misma en forma auténtica.

También por lo mismo la idea de que el desarrollo es una especie de guerra o lucha cruenta con sacrificios, bajas, peligros, crueles derrotas y gloriosas victorias es, en el fondo, ya no gratuita solamente, sino desviada, ajena a la realidad.

El poder, no el desarrollo, como resultado de la revolución rusa

Muchos creen que el caso de Rusia y algún otro país socialista demuestra todo lo contrario. Es a saber, que efectivamente el desarrollo es una guerra interna, una guerra civil o revolución en que la sangre y el sacrificio son el antecedente necesario de una espléndida victoria.

Pero hay aquí una confusión. Lo que Rusia ha obtenido, medio siglo después de la revolución, es un formidable desarrollo científico, tecnológico y de poderío militar y nacional. Pero el bienestar que ha logrado en la forma de vivir de la población no guarda relación ninguna con aquellos avances. Todavía la inmensa mayoría de los rusos viven hacinados en habitaciones sórdidas y aunque disponen de lo necesario a cambio del trabajo universal, el poder adquisitivo de la inmensa masa en bienes de consumo es muy bajo comparado con cualquier país occidental de primer plano.

No es el esfuerzo lo que ha faltado. Este ha sido, al contrario, muy grande, sea que se le tome en el aspecto de la implantación del sistema por métodos desprovistos de toda consideración y respecto al hombre y a los principios de convivencia, sea que se le considere como esfuerzo de producción y consumo de bienes. Es esto último lo que ha fallado: la relación entre remuneraciones y precios. Y esta falla proviene del régimen mismo, de los obstáculos artificiales que opone el sistema a una economía de bienestar.

Que esta es la causa del mediocre nivel de vida ruso —peor en lo espiritual que en lo material— lo demuestran ampliamente las medidas de liberalización del sistema que se proponen introducir en la economía rusa el principio de la competencia y del precio de mercado, dogma número uno del sistema capitalista contra el cual se hizo la revolución.

Así pues, asistimos a la paradoja de que el régimen comunista con más facilidad alcanza la luna que el bienestar. Y en el fondo no es raro, porque es más fácil dominar la materia inerte que el delicado mecanismo del hombre en sociedad.

Lo curioso del caso es que al admitirse el prestigio comunista en bloque se

fundamenta o se refuerza la creencia en el beneficio socioeconómico de la revolución, sin considerar que no había ninguna necesidad de una enorme masacre y dictadura para desarrollar la tecnología y que en cambio aquel mal fundamento es lo que impide el desarrollo del bienestar dentro del mundo comunista.

Incluso los informantes de la opinión norteamericana y mundial, cuando se ocupan del régimen ruso, destacan la miseria del pueblo bajo los zares, dando a entender con complacencia que conceden a la revolución el honor de haber sacado a Rusia de un estado abyecto. Y sin embargo, el progreso industrial, comercial y económico de Rusia, aunque se inició con un retardo de un siglo con relación a Inglaterra y de unas décadas menos con relación a Alemania, tomó desde el comienzo, alrededor de 1880, un ritmo muy rápido, de modo que era comparativamente considerable al iniciarse la Primera Guerra Mundial.

Con todo, en 1914 no podía compararse todavía con el que habían alcanzado los imperios centrales. Por esta causa, la Primera Guerra Mundial fue para Rusia extremadamente cruel y sangrienta puesto que no disponía del personal técnico suficiente para improvisar a la medida de las necesidades los implementos bélicos requeridos por el armamento moderno en las cantidades insospechadamente inmensas que suponía la nueva forma de batalla permanente en un frente de miles de kilómetros.

Recordamos este antecedente para explicar la médula de la política revolucionaria: fue esencialmente una política de poder, de invulnerabilidad del gobierno revolucionario en la nación y de la nación en el mundo. Ha sido esta política de poder inspirada en la lección de la derrota militar a que tanto contribuyeron los propios revolucionarios, la que explica los avances gigantescos de la tecnología bajo el régimen comunista.

El rearme ruso durante la primera postguerra se inició con varios años de anticipación a cualquier otro país de Europa ya que data de 1928. Ese rearme fue más enorme que eficaz. Así, por ejemplo, en la primera guerra con Finlandia, Rusia sufrió contrastes increíbles. Todavía en 1941, cuando el sanguinario dueño de Alemania anunció a su experto en tanques, el general Guderian, su propósito de atacar a Rusia, este último objetó que tal operación le parecía excesivamente arriesgada puesto que él había visitado hacía pocos meses una fábrica de carros blindados en Moscú que producía más unidades a la semana que todas las del Reich juntas. Y efectivamente la superioridad rusa en unidades blindadas al iniciarse el ataque hitleriano era aplastante. No obstante, los alemanes lograron destruir y construir suficiente cantidad de carros para equilibrar por dos años aquella superioridad inicial.

Nueva experiencia perfectamente aprovechada. No todo es cantidad en el poder. La redada de "sabios" en todo el Este de Alemania a raíz de la ocupación que siguió a la segunda guerra —y que recuerda por su espíritu las ansiedades tecnológicas de Pedro el Grande exhibidas en forma tan pintoresca en sus viajes al extranjero—, tuvo por objeto superar el plano de la cantidad para adentrarse en el otro de la calidad. De esa preocupación cualitativa por el poder de la ciencia nació no solamente la original empresa que es la Universidad de Moscú dentro del mundo comunista, sino la primera bomba atómica rusa, después la bomba de hidrógeno, luego la cohetaría y por fin la navegación espacial, aparte de muchas otras novedades.

El norte y el logro del régimen han sido el poder de la revolución, no es bienestar material y espiritual de la comunidad, supeditados desde luego a la victoria de la ideología.

En esto, por otra parte, la revolución rusa se parece a todas las otras.

Planteo revolucionario del desarrollo en la Alianza para el Progreso

Así pues, la idea que el desarrollo es en sí mismo un proceso revolucionario, cruento, lleno de sacrificios, peligros, enemigos, contrastes y victorias, como lo decíamos más atrás, es una visión apriorística, equívoca y falsa de la realidad. Pues, si bien es cierto que en algunos procesos revolucionarios como el comunista se persigue también el desarrollo, no lo es menos que no es este el fin y fundamento básico y propio de la revolución, la cual persigue esencialmente la creación integral del hombre por el hombre y para el hombre. Dentro de este propósito, el desarrollo del bienestar es un subproducto muy secundario y bastante rebelde por lo demás, pero también desprovisto de importancia y de prestigio, en comparación de los verdaderos fines de toda revolución más o menos auténtica.

El planteo del desarrollo como revolución no es enteramente original de la Alianza para el Progreso, puesto que surgió de ciertos círculos avanzados de Latinoamérica y fue acogida en Washington y lanzado desde allí en la forma brillante y detonante que ponía en sus actuaciones el malogrado Presidente Kennedy.

Con todo, no está demás destacar la paradoja que ese planteo representa en su versión norteamericana.

Los norteamericanos se creen revolucionarios porque, siendo igualitarios y rebeldes a toda jerarquía social exclusivista en virtud de una tradición muy antigua, asocian desde la escuela a este sentimiento, tanto la revolución de la independencia contra la monarquía, como la guerra contra el sur separatista, aristocrático y esclavista. Así pues, el igualitarismo y democratismo propiamente "yankee" se estima a sí mismo surgido de una revolución en dos actos, la independencia y la guerra de secesión. De donde resulta que el igualitarismo y democratismo que caracteriza en realidad a los norteamericanos les aparece a ellos mismos como el fruto de sus revoluciones.

Pero esto es cierto solamente en el mismo sentido legendario y mítico en que la independencia de Atenas fuera el resultado de la lucha de Teseo contra el Minotauro. La realidad es inversa: fue el igualitarismo democrático de las colonias, de origen personalista muy antiguo, a la vez medieval y protestante, el que imprimió su propio sentido y su tinte mesiánico a las crisis históricas en que se vieron envueltas primero esas colonias y después la nación que formaron.

Existe hoy mismo una poderosa asociación femenina, entre las innumerables que genera aquella sociedad fecunda en agrupaciones voluntarias, que se llama de las "Hijas de la revolución americana". En una de sus manifestaciones de hace tiempo, conocida por la prensa, se podía apreciar la mentalidad de esa agrupación. Corresponde a lo que entre nosotros se entiende por mentalidad reaccionaria. La sociedad norteamericana, como toda civilización vigorosa, es hasta ahora profundamente conservadora de su propio "way of life".

Y esta es la paradoja. Los norteamericanos no practican ni conciben otra revolución que la industrial. Pero se creen revolucionarios. Y por tal motivo, simpatizan por principio con los revolucionarios del exterior, a la vez que excomulgan a los propios.

Esta paradoja es particularmente violenta con relación a Iberoamérica. Que los Estados Unidos apoyasen con toda su simpatía la causa de la independencia, es cosa de lo más natural por muchas razones obvias. Pero que apoyase no sin pasionismo la revolución mexicana, por ejemplo, proceso que es superfluo calificar para quienes conservan algún recuerdo de su desarrollo o disponen sobre él de alguna información objetiva, es un motivo de asombro para quienquiera que admita que existe una cierta solidaridad natural frente a la causa de la civilización.

Fue ésta una de las manifestaciones más antiguas y típicas del sentimiento de mesianismo revolucionario de puertas afuera por el cual los norteamericanos expresan su disconformidad con las formas de vida y cultura que difieren de la propia. Forma

parte, también, de este complejo, la creencia de que la democracia igualitaria al propio estilo debe verse favorecida en el extranjero por su correspondiente revolución, como sucedió en la propia historia, reducida mentalmente a la era independiente.

No hablaremos de los contrastes de esta mentalidad en cada una de las guerras mundiales y particularmente en cada ocasión en que se enfrentó al espíritu revolucionario encarnado de verdad. Diremos sólo, volviendo a la Alianza para el Progreso, que esta iniciativa no está concebida inicialmente como un esfuerzo conjunto y objetivo de carácter pacífico y técnico sino más bien como un reformismo revolucionario de índole socioeconómica destinado a arrebatarle la bandera de la lucha social al comunismo.

Ya el Presidente Roosevelt cuando se trató de poner de acuerdo a los aliados frente a los problemas derivados de la segunda guerra proclamó en Casablanca como objetivo de las operaciones militares el mismo que había inspirado al general Grant en la guerra civil frente a los confederados: la rendición incondicional. Efectivamente se trataba de imponer, no tanto como una exigencia de fuerza, sino como un bien supremo, la "paz americana", vale decir la democracia. Del mismo modo la Alianza para el Progreso fue rodeada, incluso por el desaparecido Presidente, pero sobre todo por una serie de personajes oficiales y oficiosos, de una oleada de comentarios destinados a destacar su mesianismo político llevado a la estructura interna de los países a que estaba destinado. Los más llamativos de estos tópicos eran la concepción de la Alianza como una etapa revolucionaria; un reformismo interno bastante amplio exigido como condición de ayuda; una cierta desconfianza y menosprecio hacia los círculos dirigentes de estos países tomados en general, y el establecimiento de una relación de tipo mecánico entre la pobreza y el extremismo.

Todos sabemos que en Chile por lo menos el efecto de semejante impulso fue poderoso políticamente y en este sentido puede considerarse como un gran éxito para el malogrado Presidente Kennedy, su promotor. Ni siquiera hubo la reacción que era de esperar dentro de nuestras tradiciones ante una presión política desacombrada entre naciones independientes. Nuestros dirigentes se limitaron a no darse por aludidos de las opiniones foráneas que señalaban el peligro de que los beneficios de la ayuda exterior no llegaran al pueblo al cual estaban destinados.

El país, sin detenerse en susceptibilidades políticas, acogió la iniciativa con toda seriedad y decisión, como es sabido.

Pero, entretanto, ¿qué relación guarda esta mentalidad de exportación con el criterio interno norteamericano aplicable al propio desarrollo económico? Para ser breve, prácticamente ninguna. Y la razón de esta aparente incoherencia es simple.

Una iniciativa tal como la Alianza para el Progreso pretende expresar en términos generales aquello que los gobernantes norteamericanos intentarían hacer si se encontraran en el lugar de los nuestros.

Se trata pues de una disposición política, no de un programa concreto. Esta misma disposición vale para ellos con relación a su país. Pero allá la misma disposición se enfrenta a otro ambiente y a otra clase de problemas de lo que ellos saben, creen o suponen que existen aquí. La economía norteamericana es un torrente tan formidable como delicado de relaciones que se gobiernan en forma autónoma y del cual los políticos apenas tienen conocimientos superficiales. Mientras hay prosperidad los políticos ceden aún en sus prejuicios para no perturbar en nada el bien de todos. Sólo se agitan cuando hay crisis o amenazas de tal y lo hacen con un espíritu realista de cooperación y de servicio que busca derechamente el resultado favorable, de ningún modo la satisfacción doctrinaria. Esta les es ajena porque ellos tienen ideales y prejuicios, pero no teorías.

*Conciencia
de lo propio;
conciencia de
lo ajeno*

Dada, pues, la disposición política común a los dirigentes del norte y del sur del continente, el realismo que inspira a los primeros en su política interna debería acreditar entre los últimos la verdad del adagio "Más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena". Las intenciones de conquista de la opinión popular latinoamericana mediante un proceso de desarrollo libre patrocinado por los Estados Unidos son plausibles siempre que conduzcan al desarrollo económico de estos países y no solamente a un entendimiento político de tipo partidista con la superpotencia del norte dirigido contra la penetración del comunismo y fundado en una especie de pretexto.

Ahora bien, para lograr el desarrollo es preciso superar ciertos obstáculos no ya externos sino internos, relacionados con la mentalidad particular que reina en los países subdesarrollados y que dificulta enormemente la tarea de convertirlos en medios propicios a la vida económica moderna.

El desarrollo ¿es aplicación de la técnica a la vida social?

No tendremos en vista para nada —como es habitual en los funcionarios internacionales— el mundo subdesarrollado en su totalidad o siquiera Latinoamérica en conjunto, sino sólo nuestro país, que nos es conocido. Y entonces con relación a él, nos podemos hacer ciertas preguntas de esas que brotan solas cuando se piensa en el progreso que todos le deseamos.

¿Por qué ciertas naciones tienen disposiciones al progreso material y otras no? ¿Por qué lo que llamamos desarrollo es fenómeno espontáneo en un cierto grupo de pueblos y al contrario forzado en otros, y en otros más, una pura intención? ¿Es ésta una cuestión de razas, de naturaleza, de circunstancias históricas? Preguntas infantiles si se quiere, demasiado someras y ambiciosas; preguntas también indiscretas puesto que implican actitudes de juicio sobre factores inalterables a voluntad. Pero también preguntas legítimas y útiles, no ilegítimas ni discriminatorias como parece desprenderse del hecho de que jamás salen al público, quedando confinadas a la intimidad de las personas junto a los demás pensamientos censurables que se pueden albergar, pero no expresar.

No hay duda que en el desarrollo juegan esos factores y otros más y sería perder el tiempo discutir la opinión de que el desarrollo es igualmente accesible a todos los hombres sin excepción bajo cualquier clima y circunstancias por el solo hecho de ser tales. Con todo no avanzaremos mucho con describir las cosas por fuera y comparar por ejemplo dos países parecidos geográficamente, pero muy distanciados en punto a desarrollo económico-social como son Nueva Zelanda y Chile. Lo que en cambio nos interesa a nosotros los chilenos es un concepto un poco objetivo de lo que el desarrollo es, considerado en sí mismo, visto por dentro, aislado en los impulsos que lo promueven.

Pues el gran defecto de nuestro criterio es decir y creer sin sombra de vacilación que el desarrollo consiste en la aplicación de la "técnica" a la vida social. En esto no hacemos más que seguir la corriente convencional de pensamiento vacío que tuvo su origen en la propaganda de guerra y que sirve de medio de expresión entre los políticos norteamericanos hablando al exterior y en los organismos internacionales de las Naciones Unidas. El lenguaje internacional debe combinar el activismo norteamericano con el autoritarismo ruso a fin de no perturbar las presumidas bases de la paz.

La verdad es que la técnica no puede aplicarse a la vida social en la forma externa y concreta en que se aplica una inyección a un enfermo. La razón de esto es que la técnica siendo la mejor forma de hacer las cosas tiene necesariamente miles de agentes y no uno solo, el Estado. Es inútil que éste pretenda abarrotar

todas las iniciativas, pues tal empresa conduce a un tipo de desarrollo ficticio, rígido, infecundo y hasta sombrío, puesto que es incompatible con la libertad.

No cabe la menor duda de que toda política de desarrollo consiste en ofrecer a la colectividad condiciones favorables al progreso espontáneo. La alternativa es concebir el desarrollo como una empresa directa del gobierno, idea errónea porque conduce necesariamente a planificarlo, reglamentarlo, dirigirlo, burocratizarlo y politizarlo todo, con grave daño de las posibilidades de progreso material y civilización.

Pero es imposible concebir siquiera lo que puedan ser las condiciones favorables al desarrollo sin previamente formarse alguna idea de cuáles son los impulsos o tendencias en las personas que dan por resultado el progreso material de la colectividad.

Entretanto, ¿cómo haremos para aislar los móviles en la conducta humana que dan el desarrollo por resultado? Evidentemente, no existe ningún antecedente científico en qué apoyarse para avanzar opiniones sobre una materia tan fluida. Cuando Francisco Encina achaca nuestra inferioridad económica a la doble herencia aborígen y española emite una simple opinión, por lo demás muy difundida en su tiempo. Hay infinidad de testimonios de esta índole y aunque pocos tienen valor y muchos corresponden a prejuicios simplistas y erróneos por ignorancia de las circunstancias de tiempo y lugar, indispensables para configurar opiniones valederas, hay un hecho visible y que no ofrece duda alguna. Existe un cierto número de naciones que han manifestado, desde el inicio de la Revolución Industrial, una aptitud evidente y espontánea hacia el progreso material o desarrollo, que las ha destacado a mucha altura sobre los demás pueblos en este aspecto.

He aquí ahora, con relación a este hecho, algunas precisiones de que no se puede prescindir para encararlo con alguna aproximación.

El desarrollo espontáneo, es decir, logrado por el libre trabajo de la población y no por acción directa y positiva de los gobiernos, es hasta ahora un fenómeno local y circunscrito, no universal y general. Desde el comienzo de la Revolución Industrial, para no remontarnos más allá de lo indispensable, podemos pensar que todo el mundo progresa y particularmente en los últimos tiempos. Pero ese progreso es como la difusión, diversamente atenuada, de un impulso activo y potente originado en un cierto sector del mundo.

Ese sector, donde el progreso material se genera entre la población como un resultado de la forma de vivir de la gente, no ha cambiado ni se ha extendido mucho en muchas décadas. Digamos que comprende, someramente, los pueblos ingleses, alemanes y escandinavos, Francia, algunas zonas de España, los Países Bajos, Suiza, el norte de Italia, Checoslovaquia, tal vez las antiguas zonas bálticas de Rusia hasta Finlandia. Aparte de esto el Japón se incorporó al grupo de naciones progresistas despertando al desarrollo hace un siglo. De Rusia y el mundo comunista actual no podemos decir que participen del progreso espontáneo, puesto que han elegido otro camino incompatible con él y que lo sustituye sin ventaja.

La zona del mundo apta al desarrollo está indudablemente favorecida por la naturaleza. Precipitaciones regulares, ni escasas ni excesivas, mantienen constantemente la humedad necesaria a la fecundidad del suelo; las estaciones bien marcadas someten la vida natural a un ritmo estimulante y favorable para los hábitos humanos; y por último los grandes recursos energéticos, minerales y maderables ofrecen la materia prima del desarrollo industrial. Todo esto facilita ciertamente la adaptación de las poblaciones a la civilización industrial.

Sin embargo, no podemos olvidar que la adaptación es pasiva, en tanto que lo que interesa es la aptitud, que es activa. Más adelante discutiremos la importancia del

*El desarrollo
espontáneo:
localización
y causas*

factor naturaleza en el desarrollo. Pero antes de hacerlo es útil desechar ciertas opiniones demasiado simplistas que se suelen adoptar como alternativas de la importancia de la naturaleza en el proceso. Son las que se refieren al factor humano. Esas simplificaciones excesivas consisten en sostener, o bien que la aptitud al desarrollo es inherente en diverso grado solamente a ciertas razas o bien, a la inversa, que todos los hombres sin excepción son igualmente aptos al desarrollo.

No se puede desechar ambas opiniones por la misma causa, pues de ser una falsa es cierta la otra. Así, es falso a todas luces que todos los hombres o todos los pueblos sean igualmente aptos al desarrollo económico. Es claro que los pigmeos no lo son puesto que el desarrollo no tiene ni siquiera sentido dentro de las condiciones ambientales en que vive esa gente, condiciones por lo demás a las que están adaptados de una manera insondablemente profunda. El desarrollo, por último, no es el Evangelio, que vale lo mismo para todos los hombres. Si se les fuera a aplicar a los esquimales, no parece que les hiciera ningún bien, suponiendo que pudieran adaptarse a la calefacción y otras comodidades que nos parecen apropiadas a su caso.

Pero de ahí se suele desprender que la aptitud al desarrollo, por estar circunscrita a ciertos pueblos en un grado variable, es una condición inherente a ellos en el sentido de que llevan en la sangre una especie de instinto ciego que da por resultado el bien vivir. Esta opinión no merece acogerse por dos motivos.

El primero es su exterioridad y superficialidad. Las actitudes que dan por resultado el desarrollo económico y social no son un instinto comparable al de la araña que nace sabiendo tejer su tela. Son motivos racionales y conscientes, impulsados y orientados por la propia y común conveniencia tomada en un sentido amplio. Son pues discernibles, imitables, susceptibles de perfeccionamiento y, en suma, abiertos a todos quienes se interesen en el desarrollo.

Así, el error racista no está en comprobar diferencias notorias entre los hombres, las cuales son simplemente interesantes, sino en creer que los grupos colocados en los primeros tramos de la prosperidad o poder lo están, no por sus hábitos adquiridos, prácticas deliberadas y acciones conscientes, que todo ello es materia de crítica objetiva, sino por el llamado ciego del instinto u otras causas irracionales, como la fuerza bruta, que a la inversa que no sólo dispensan de calificar los móviles que impulsan a esos hombres, sino que prohíben hacerlo.

El otro motivo por el cual no es digno de acogerse el criterio racista relativo a la aptitud al desarrollo es que no tiene interés práctico. Las actitudes capaces de promoverlo ya dijimos que son racionales, susceptibles de imitación crítica y abiertas a todos. Pero si se olvidan estos caracteres nos sustraemos a la ventaja de estudiar esa aptitud en sus móviles y por tanto de entenderla con fines de aplicación.

En lugar de ello nos dejaremos llevar por un escepticismo absoluto en las posibilidades de muchos pueblos que no han entrado de lleno en el proceso, pero bien pudieran acceder a él en el futuro.

En suma, tanto las opiniones racistas como igualitarias a ultranza son malas consejeras en esta materia, unas por externas y superficiales y otras por falsas. Desechándolas se puede entrar a considerar con libertad de espíritu la aptitud al desarrollo.

Un testimonio notable sobre el impulso al desarrollo en los EE. UU.

Existe un testimonio directo, singularmente interesante sobre este tema. Es el de Alexis de Tocqueville. En su famoso ensayo sobre "La democracia en América", que tiene cerca de siglo y medio, el joven viajero nos dice cosas extraordinarias por la novedad de entonces y la actualidad de hoy, que las hace proféticas; y por la penetración y admirable riqueza y ajuste de las observaciones y juicios.

Es imposible en pocas líneas dar una idea más o menos exacta de una obra

tan rica y extensa. En un resumen muy breve podemos plantear la semejanza del norteamericano de entonces, sin perjuicio de remitir al lector al texto original.

Los caracteres de la civilización americana de entonces, Tocqueville demuestra que no se deben tanto al ambiente, sino más a las leyes y básicamente a las costumbres de la población, que comprenden lo que llamamos mentalidad. El régimen democrático en Estados Unidos es más completo que en parte alguna, puesto que incluye la elección de los jueces del hecho o jurados. Este sistema democrático influye de manera importante sobre la mentalidad y las costumbres: propia estimación, interés por el servicio público, aprecio y hábito de la libertad de acción, por una parte; por la otra, imperio de la mayoría una vez definida en cualquier materia no sólo política, sino también de opinión y hasta de gustos y ambiciones personales, las cuales tienden a la uniformidad y medianía.

Sin embargo, la inversa, o sea, el influjo de la mentalidad y las costumbres sobre el régimen, es no menos notable. La democracia es un complejo de igualdad y libertad y en los Estados Unidos la igualdad es un dogma irrestricto y una pasión activa, desprovista de cualquiera limitación teórica. Esto era así 35 años antes de la guerra civil. Pero el temperamento y mentalidad del norteamericano exigen también la libertad y por esta razón el régimen igualitario se equilibra al mismo tiempo que se vigoriza.

Esto proviene de que el norteamericano es activo, emprendedor, ardiente en su pasión de conseguir el bienestar, de prosperar, de disfrutar de toda clase de pequeñas comodidades y agrados arrancados a su esfuerzo. En su afán de lograr el mejoramiento material, el norteamericano pone no sólo actividad sino una especie de heroísmo. Así —en aquella época— ofrece fletes más baratos que los europeos, pagando mejor las tripulaciones. Es aventurero, innovador, inquieto. El es el colono, no el inmigrante y no sólo hacia el Oeste sino hacia el Norte, donde compra por nada tierras remotas, en tanto que el canadiense francés no sale de un cierto ámbito estrecho donde se le crean insolubles problemas de subsistencia.

Al temperamento responde una mentalidad. Que la Providencia ha dado a cada uno el grado de razón necesaria para dirigirse en los asuntos que exclusivamente le conciernen, he ahí el principio implícito que sirve de base a la soberanía popular. Efectivamente hay más proximidad de la que se cree entre el cuidado de los bienes temporales y del alma, pues, a diferencia de los animales, el hombre confía a su alma la regulación, organización y elevación de los deseos que tienen por objeto los bienes materiales, en tanto que el descuido de éstos afecta la economía de aquélla.

El americano necesita de la libertad democrática para desenvolver su genio peculiar, no solamente en provecho propio sino en múltiples objetivos colectivos en que recurre infatigablemente a la asociación libre y en los varios planos de la actividad pública que corresponden a cada ciudadano. Tanto la libertad social de acción como la prosperidad que resultan de este temperamento y mentalidad contribuyen a su vez a afianzar la democracia.

Esta estrecha síntesis, donde falta mucho, tal vez permite apreciar el extraordinario interés del cuadro que Tocqueville descubre en América en aquella época viniendo de Europa. A él le sorprende como una novedad imprevista pues, según dice, los resabios aristocráticos de otros tiempos, aún tenaces en las costumbres y mentalidad europeas, impiden formarse una idea del porvenir vertiginoso que se abre ante los Estados Unidos. Y como al otro lado del mundo otro pueblo hasta entonces oscuro, Rusia, se levanta a su vez como una marea, regida, sí, por principios opuestos, el ensayo termina pronosticando que ambas naciones dominarán un día cada una la mitad del mundo.

En busca de la raíz del desarrollo espontáneo: ¿está en la naturaleza?

El interés de este ensayo no está para nosotros solamente en este acierto increíble a más de un siglo de distancia de los hechos. Está en que explica la prosperidad norteamericana, el desarrollo, como decimos ahora, por su raíz percibida directamente a través de una observación penetrante, sumamente rica en ángulos y matices y fina de ponderación. No cabe la menor duda de que Estados Unidos es sin comparación el país más próspero del mundo. Ello no se debe al territorio y ya Tocqueville lo demuestra comparándolo a la América del Sur, entonces también virgen en parte. No se debe ello a las leyes, puesto que éstas son iguales en México y no dan resultados favorables. Se debe pues, al temperamento y mentalidad del norteamericano. Ya entonces era el país del mundo donde se veían menos ociosos. Pero esta actividad laboral no era tan sólo el fruto de la necesidad, sino, en una parte mayor que en cualquier pueblo contemporáneo, a la preocupación general de todos por el bienestar y la independencia, al empuje y amplitud del esfuerzo, tenacidad e iniciativa individual.

Estos caracteres de la población se aplicaban en aquella época a un medio muy favorable: el territorio de los Estados Unidos. Pero a poco andar la prosperidad se extendió igualmente a todos los pueblos europeos de donde venía el grueso de la población americana. Y ellos se desarrollaron también espontáneamente en forma revolucionaria y superando las mayores paradojas en cuanto a ventajas naturales o institucionales.

Por ejemplo, Suiza no tiene mar, no tiene ninguna materia prima, es reducida en extremo agrícolamente, puesto que la mayoría de su pequeño territorio son montañas; está excluida de las Naciones Unidas y con o sin Mercado Común Europeo hace mucho tiempo que no tiene nada que envidiar a ningún otro país en cuanto a nivel de vida popular. Al otro lado del mundo está Japón: un hormiguero de gente en un pequeño archipiélago. Gunther, el periodista, cuenta que hace 30 años se encontró en Bombay con camisas japonesas que competían con las de confección india rebasando la fuerte protección aduanera y luchando con una mano de obra por demás barata. La explicación del enigma de tan bajos precios la encontró en una fábrica situada en las afueras de Tokio que le fue dado visitar. Allí, en medio de un parque primorosamente tendedo, funcionaban los talleres, accionados por 700 muchachas contratadas por 3 años en remotas aldeas. Trabajaban ahorrando para casarse; recibían en la fábrica, donde vivían, toda clase de educación y hacían un excelente trabajo a ínfimo precio.

¿Dónde está pues el secreto del desarrollo espontáneo? ¿Está en la naturaleza? ¿Está en las instituciones? ¿Está en las actitudes originadas en el temperamento y la mentalidad? La respuesta a estas preguntas tiene mucha importancia para la orientación de nuestros esfuerzos hacia el desarrollo.

El propio Tocqueville pronostica que algún día cambiará también el signo en la América del Sur y este subcontinente se plegará al progreso. Pero, ¿cuál signo es ese que le ha de servir de emblema?

¿En qué sentido podemos decir que el desarrollo depende de las condiciones naturales de un país determinado? Únicamente en el sentido de la cantidad de población de un cierto nivel de vida que ese país puede sostener. Es claro que Holanda no podría alimentar actualmente en la misma forma el doble o triple de los habitantes que contiene. Si se trazara un cuadrado en medio del Sahara no habría forma de poblarlo de manera estable. En el delta del Ganges la población agrícola excede de los mil habitantes por kilómetro cuadrado. Es claro que el cultivo del yute no puede proporcionar un alto nivel de vida a tanta densidad de gente.

Que el suelo o subsuelo sean ricos o pobres no implica nada en materia de desarrollo, sino tan sólo de capacidad de sustentación. Así, por ejemplo, la India,

Indonesia y China, con enorme capacidad de sustentación, no son ciertamente ejemplos de desarrollo. El petróleo en Venezuela, el cobre en Chile son medios de intercambio o sea de sustentación, pero no son ellos mismos factores de desarrollo. Una población miserable puede producir enormidad de divisas e importar alimentos, ropa y menaje con ellas. A la inversa, una población altamente desarrollada puede exportar bordados hechos a la luz de la lámpara bajo la nieve, como en Saint Gall (Suiza) y aprovechar esas divisas para comprar carbón y vender maquinarias.

¡Cuántas expectativas erróneas e iniciativas pueriles se habrían evitado en el pasado y se evitarían en el futuro si los políticos lograran ver con claridad que los recursos naturales en su totalidad son solamente elementos del desarrollo, pero no son desarrollo en sí mismos! Muy elocuentemente lo demuestra la historia económica de nuestro país, que era aventurero, industrial, marino, comerciante hasta que logró el monopolio del salitre. Desde entonces, dueño de una fuente en cierto modo gratuita de divisas se transformó en consumidor de importaciones y tuvo que esperar 50 años hasta la Segunda Guerra Mundial y sus penurias para iniciar decididamente una política de desarrollo industrial.

No es demasiado sencillo elaborar una idea más o menos somera de la influencia de la naturaleza en el desarrollo. Es indudable que el medio natural influye desde luego y de una manera directa sobre la magnitud de la población que un territorio es capaz de sustentar. Es también indudable que esa mayor o menor capacidad de sustentación carece prácticamente de influencia sobre el grado de desarrollo económico que la población puede alcanzar. Tanto es así que existe consenso actualmente en que un exceso de población es factor negativo con relación al desarrollo. Si nosotros llamamos subdesarrollado a nuestro país, con mucho mayor razón lo son India, Indonesia, China, a pesar de la enormidad de población de esas naciones y, de manera decisiva, en razón misma de ese exceso de densidad.

Uno de los defectos de la Reforma Agraria en gestación en Chile es que promueve necesariamente, sin proponérselo, la sobrepoblación del agro, que es peligro grave. Así, por ejemplo, hasta en Japón la agricultura y población agrícola escapan irremediablemente al desarrollo porque hay demasiados agricultores. En cambio en los Estados Unidos los agricultores disminuyen rápidamente y se mecanizan al máximo.

El caso inverso al de los países de mucha capacidad de sustentación y subdesarrollados lo ofrece Escandinavia, como Suiza y varios otros países altamente desarrollados y de escasa población, cuyos recursos naturales son muy limitados.

Es pues cierto que la magnitud de los recursos naturales del suelo y subsuelo no es por sí misma determinante de desarrollo. Sin embargo, no quiere decir eso que las condiciones naturales no tengan influencia alguna sobre el proceso. Esta es una exageración insostenible. Por un lado hay ambientes evidentemente adversos al desarrollo económico, como son las regiones árticas y antárticas, desiertos, estepas desérticas y tórridas y selvas ecuatoriales que cubren en conjunto la mayor parte de la superficie del planeta. Por otro lado no hay duda que las regiones actualmente desarrolladas deben mucho a las condiciones naturales que rodean la existencia de las poblaciones. El solo tema de sostener una forma regular de vida en condiciones *exteriores regularmente variables, es un desafío fecundo, al cual responden una serie de ventajas para encararlo.*

El caso de Chile es muy interesante considerado en sus virtualidades naturales. Estas son muy variadas, muy originales y en ninguna parte de su territorio, muy favorables. El nuestro es un país llamado por la naturaleza a un tipo de desarrollo basado en la calidad del trabajo y de la producción. Por eso Chile debe aspirar a la competencia y no a las formas económicas internas y externas que la eluden y limitan. Pues, marginado del acicate del perfeccionamiento continuo y exigente que

sólo la competencia puede estimular e imponer, corre el riesgo de frustrar por completo sus posibilidades de desarrollo y hundirse en un infradesarrollo irremediable.

¿Son las instituciones las que comandan el desarrollo? Este es el dogma implícito del mundo político, tan excesivamente poblado en nuestro país. Todos los grupos o partidos y su cuantiosa clientela creen que el desarrollo depende exclusivamente de la aplicación de ciertos principios de acción pública, por lo demás diversos en los distintos grupos. La única idea común es que el gobierno puede hacer cosas en proporción directa a los poderes que reivindique y ejercite. De aquí resulta, a la inversa, que la peor falla de un gobierno es la omisión, la inhibición y no intervención en lo que sea.

Esta alternativa es, por supuesto, inexistente. Si no reinara en los medios políticos y partidistas la fe, en parte ciega y en parte interesada, en la acción de la autoridad como única condición del progreso social, a nadie se le ocurriría plantear la base de la política económica y social en términos de acción e inacción. Lo que dice la teoría racional es que la acción del Estado por naturaleza está limitada por los derechos innatos de las personas y sus genuinas manifestaciones; y que en lo demás las funciones de coordinación, ayuda y suplencia propias del Estado deben inspirarse empíricamente en un conocimiento ajustado y experimentado del dinamismo económico.

Dentro de la relatividad de los términos es un hecho histórico notorio que la libertad de acción económica y la prosperidad corren parejas. Dondequiera ha existido el desarrollo espontáneo, coincidió con la libertad económica, sin que pueda afirmarse, a la inversa, que la libertad traiga el desarrollo por sí sola.

Es el hecho que los casos notables de prosperidad, como fuera el de los fenicios, griegos, cartagineses y hasta romanos en la antigüedad confirman todos el principio, aunque dentro de las ideas antiguas, que ignoraban el fuero de la persona. En cierto modo esta comprobación es una especie de petición de principio, porque en los estados navegantes y comerciantes la máquina institucional concurre a favorecer y facilitar la actividad de la cual depende la común subsistencia.

No hay caso más ilustre en la materia que el de Venecia, empujada a la navegación comercial por haber perdido su territorio a manos de los bárbaros. Este primitivo refugio insular que llegó a ser el emporio urbano más poblado, comerciante, industrioso y brillante de Europa con la sola excepción poco europea de Constantinopla, fue una república aristocrática más o menos cerrada, pero que se confundió con una inmensa factoría de empresas particulares navieras, comerciales e industriales guiadas exclusivamente por la necesidad y afán del lucro.

En Florencia, donde gobernaban los propios gremios comerciantes y fabricantes, primero los llamados mayores y después los menores, el caso era el mismo de Venecia, pero con instituciones mucho más populares.

A propósito de la Edad Media no está de más precisar lo que se entendía entonces por privilegios o fueros. No eran éstos precisamente beneficios sino más bien actas de reconocimiento de determinadas actividades y especialidades extendidas en favor de quienes las practicaban y quienes por esta causa se sustraían al derecho común feudal. Los gremios eran celosos de su autonomía y la ejercían crudamente en beneficio del propio interés.

Este mismo espíritu en manos del Estado dio origen a la era mercantilista que surgió con el Absolutismo. Entonces los monarcas iniciaron políticas propias de fomento, producción industrial, extracción de metales preciosos, patentes de navegación y corso, proteccionismo aduanero y otras iniciativas estatistas de monopolio y control. Existe una coincidencia casi exacta entre el inicio de la revolución indus-

El desarrollo espontáneo ¿está en las instituciones? Variaciones sobre la libertad económica y nuestro mercantilismo recurrente

trial y la decadencia del mercantilismo en favor del librecambismo externo e interno. Esta coincidencia fue al principio muy local. Durante un buen tiempo Inglaterra, Holanda y Portugal eran los únicos países casi del todo librecambistas en lo exterior. ¿Y por qué? Pues eran los países navegantes y comerciales. Al desarrollarse el industrialismo se extiende también la libertad de tráfico tanto externo como interno, a pesar de las defensas aduaneras de Alemania y Estados Unidos a título de estímulo de la propia industria.

En Latinoamérica la mentalidad mercantilista se sobrevive por mucho tiempo y más que eso, renace constantemente. En Chile el liberalismo es tardío aparte de inoportuno porque se impone en los políticos precisamente cuando había que favorecer el desarrollo industrial que se hace muy difícil con abundancia de divisas para importar y ausencia de protección para la manufactura nacional.

Lo peor es que el liberalismo es juzgado, adoptado o rechazado en bloque, como idea o doctrina abstracta. Por este motivo tiene partidarios y adversarios ciegos para quienes el intervencionismo del Estado es discutida en términos de sí y no. En los países aptos al desarrollo económico el pensamiento clásico es tomado siempre como un método racional de análisis de los hechos, susceptible de encauzar eficazmente la acción del Estado. Tal es, entre otros, el caso de Inglaterra, Japón, Estados Unidos y la Alemania Federal. Así, la economía de mercado de Erhard pretende básicamente realizar ciertos supuestos de la economía clásica, como la libre competencia, objetivo que supone el respeto de la disciplina de pensamiento propiamente científico originado en Quesney, Adam Smith, Stuart Mill, pero no agotado con ellos ni nunca, mientras esté en honor la facultad analítica.

En suma, la libertad económica es inherente al desarrollo espontáneo. La negación de ella por los mil expedientes ya fracasados de la era mercantilista y que se pretende organizar ahora científicamente mediante los métodos socialistas de la planificación, las reformas de estructuras, el dirigismo y el control burocrático, sólo conducen a un colectivismo mediocre y oscuro que puede resultar funesto para los países subdesarrollados.

Con todo, la simple libertad, aún muy racionalmente regulada, no da por resultado en todas partes el desarrollo económico. Este es fruto de un impulso y no puede producirse si el impulso no existe. Lo que conviene afirmar es que este impulso no se traduce en desarrollo si consiste solamente en la actividad deliberada del Gobierno, del Estado. El Estado activo en un pueblo pasivo produce solamente islotes industriales y otros donde puede existir buena renta para un cierto número de trabajadores y empleados. Pero no produce desarrollo si no existe en la colectividad el impulso de hacerla avanzar toda entera en el plano de la molécula social.

Entretanto la verdadera ventaja de una política racionalmente libre en un país de limitado impulso al desarrollo se funda en el hecho de que la población encierra siempre una proporción variable de elementos activos o creadores potenciales y de pasivos que son solamente trabajadores y consumidores. Es pues de capital importancia para el desarrollo del país que la política del Gobierno respete las bases uniformes de derecho común que permiten el surgimiento y prosperidad de los activos cuyo éxito hace mancha de aceite y suscita una emulación que no puede medirse anticipadamente.

La ventaja de estar discurriendo exclusivamente para Chile está en que estas ideas generales ofrecen un asidero seguro. Importa escasamente el motivo: el hecho es que en la población chilena hay bastante elemento activo que llega a la más alta calidad y que incluso hasta surge directamente del pueblo. Esto es antiguo, de todo tiempo. Nuestra historia económica está llena de verdaderas gestas de pioneros: el

regadío, la navegación, la colonización del sur, la puesta en valor del desierto nortino, el alto progreso agrícola, la grande y moderna industria particular, el gran comercio al menudeo. Pero ¿adónde habría llegado el activismo económico de origen espontáneo si nuestros gobiernos se hubieran interesado básicamente en promoverlo, en lugar de interesarse en un activismo estatista desorbitado y excluyente?

El desarrollo espontáneo ¿está en las actitudes originadas en el temperamento y la mentalidad? Ilegitimidad del desarrollo forzado

Así llegamos a la última pregunta. ¿Está el desarrollo implícito en las actitudes originadas en el temperamento y mentalidad de la población? Ya lo vimos: tales actitudes nunca serán uniformes, pero pueden ser predominantes y apreciadas socialmente, como a la inversa pueden ser poco difundidas y desprovistas de prestigio. La cuestión está en señalar cuáles son esas actitudes y rasgos mentales que conducen al desarrollo espontáneo.

Después de todo lo que hemos visto podemos tomar una fórmula cualquiera y examinarla. Digamos que el desarrollo espontáneo se produce cuando existe en la población un deseo activo de mejorar de condición.

Es claro que si un deseo similar no existe no puede haber desarrollo espontáneo. En tal caso no puede haber mejoramiento sino forzando la gente a trabajar. Esta idea sencilla es en parte el fundamento de las esperanzas que se cifran en el estatismo colectivista aplicado a los países subdesarrollados. Se cree que no todos los pueblos pueden progresar por los mismos métodos y que donde está demostrado por los hechos que no hay progreso espontáneo éste debe ser forzado.

Hay aquí un error de concepto. Es claro que no se puede moralmente convertir a un país en un campo de concentración a pretexto de desarrollo. Para qué decir a un país civilizado. En este sentido, está de más calificar regímenes como el de Fidel Castro o Paz Estenssoro, por los cuales tanta gente nacida en un país libre como el nuestro manifiesta una grotesca simpatía. El trabajo forzado es ilegítimo en sí mismo, no tan sólo en cuanto practicado por los nazis.

Otro aspecto de la cuestión es estimular los deseos de mejoramiento de la población a cambio de la abdicación incondicional del destino popular en manos del Gobierno. No otra cosa es lo que vemos en el comunismo popular, sea en Vietnam o en tales o cuáles sierras latinoamericanas. Como estamos hablando del desarrollo y no de otros problemas, diremos que tal abdicación, fundada en una esperanza o sentimiento de una simplicidad pueril, conduce directa y necesariamente, y obliga al Gobierno que la estimula, aunque sea anticomunista, a la regimentación. Es ésta una variante, apenas atenuada, del caso anterior y una tendencia política ilegítima.

En Chile, afortunadamente habría que trabajar mucho para conseguir un apoyo enteramente pasivo para cualquier régimen. Además, sería ridículo decir que en Chile no hay progreso. Este es más lento y menos homogéneo que en el sector más rico del mundo, pero muy efectivo, propaganda aparte. Podría ser mayor, eso sí, no por la pendiente colectivista, que tiene limitaciones y negaciones drásticas, pero sí por una economía libre bien llevada. Lo que estamos examinando viene a ser el fundamento psíquico de una tal economía libre.

La aptitud al desarrollo en los sujetos económicos pasivos y activos

En Chile el deseo de mejoramiento existe y es bastante difundido. Pero lo único que interesa es que este deseo sea activo, es decir, generador de una actividad por la cual la persona logre vivir mejor a la medida de sus recursos. Veamos más de cerca en qué consiste este deseo activo. Observamos que es siempre un suplemento de actividad con relación a la necesaria para la simple forma de subsistencia actual, cualquiera que ella sea.

Pongámonos en el caso de la gente pobre, no digamos miserable, que es diferente. Dado un cierto ingreso que permite comprar subsistencias y otros artículos por deter-

minada suma hay mucha diferencia entre la persona de espíritu económicamente positivo o negativo. En el primero puede no haber mayor capacidad, ni imaginación, ni iniciativa. Pero hay algunos rasgos más valiosos, que no siempre van juntos, tales como decencia y cuidado de la presentación; continuidad de propósitos y autodomínio; afición a la familia, lo suyo, lo propio; al trabajo y exactitud en él; al orden y regularidad en las cosas y actividades; autoestimación, deseo de hacerse valer y de responder; sentido de la honradez y verdad así como del respeto; deseo de independencia, etc.

Llamemos éstas y otras más las virtudes básicas del sujeto económico, aun cuando este sujeto esté afectado de insuficiencia en sus capacidades personales o en su ingreso. Que ellas tienen un gran valor social, no solamente como elementos de la vida civilizada, sino desde el estricto punto de vista económico, no cabe la menor duda, siendo suficiente para demostrarlo la gravedad e inferioridad que significa para el pobre y para el país todo el apartarse de ellas una masa de gente. Basta pensar un poco en esta alternativa, para darse cuenta de la importancia económica de aquellas actitudes.

Consideremos ahora entre los pobres a los mejor dotados, más activos, imaginativos, inteligentes. Diremos acerca de ellos dos cosas. La primera es la inmensa importancia de que estas capacidades estén impregnadas también en ese mismo tipo de virtudes básicas señaladas más arriba. Ellas valen para todos. Pero, como inspiradoras de los individuos mejor dotados se transforman en un mar de pequeños progresos continuos en multitud de familias y otros ambientes. Todo lo que sea limpiar, arreglar, acondicionar, ayudar, aprender, completar, adornar, mejorar, cooperar y otra serie de actuaciones expresadas en verbos por el estilo, son, en todos los países avanzados, el resultado de un suplemento de actividad de la gente económicamente pasiva por sus limitados ingresos.

Entonces se tiene esta doble y enorme ventaja: 1º que esa gente, grande en cantidad, no malgasta y desemplea sus posibilidades originando diversos atrasos sociales, y 2º que al emplearlas bien no sólo contribuye a disminuir su propia pobreza o salir de ella por mil evasiones lucrativas que incluso pueden conducir a los más altos destinos, sino que además y desde luego transforman el propio ambiente de la vida pobre en algo que no tiende a lo sórdido y deprimente, sino que dentro de ciertos límites es por el contrario amable y civilizado.

Si consideramos ahora la minoría económicamente activa por su ingreso vemos que hay también entre esta gente elementos de temperamento y mentalidad activa y también pasiva. Las mismas virtudes del pobre les convienen igualmente y por los mismos motivos. Así, por ejemplo, no importa socialmente que alguien pierda su situación o fortuna por cualquiera contingencia, pero es malo socialmente que alguien disipe viciosamente su haber.

Del mismo modo hay no poco tema ético, como es sabido, en la actividad empresarial y de gestión y es claro que el respeto de las normas por todos, la vigencia de ellas por la presión de todos, contribuyen por su lado a encauzar la creación económica.

No es racional, como se ha estado repitiendo a propósito de la Reforma Agraria, exigirle a cada empresario de alguna importancia una grande eficiencia como garantía de su propiedad. Lo único que se le puede exigir es que cumpla con sus obligaciones bajo la sanción específica que corresponda a la infracción. La eficiencia general no se obtiene por la compulsión sino por la emulación, sin perjuicio de imponer obligaciones especiales como de administración calificada en casos de incapacidad.

*Resúmenes
sobre aptitud
al desarrollo
y otras ca-
racterísticas
del proceso*

En resumen, vemos que el deseo activo de mejorar de condición es una fórmula más bien limitada para expresar las actitudes y mentalidad favorables al desarrollo. Ella vale indudablemente sin reservas para quienes tienen medios de acción ya sea personales o materiales. Pero la gran masa de los económicamente pasivos por su ingreso o condiciones personales concurre al desarrollo más bien por medio de un cierto tipo de adaptación a la vida de trabajo. Ese cierto tipo de adaptación la hemos descrito y podemos resumirla en dos ideas. Primero: que es una adaptación de tipo cultural donde va comprometida el alma más aún que el espíritu. Gracias a ella el sujeto se acoge al trabajo no como si fuera un mal menor sino un bien que le permite obtener muchos otros bienes. Segunda: que esa adaptación es activa porque es preferencia constante, aun cuando no sea actualmente realizable, por ciertos bienes de afecto con relación a otros bienes de apetito igualmente accesibles; y además porque en mucha escala se traduce en un suplemento de actividad que tiende a incrementar esos bienes de afecto con la participación personal.

Quedaremos, pues, en esta idea: la actitud y mentalidad que promueve el desarrollo espontáneo es una adaptación cultural y activa a la vida de trabajo como medio de obtener bienes de afecto por encima de los bienes de apetito.

Podemos resumir ahora en breves palabras cuanto hemos dicho sobre el desarrollo. Primeramente hay una sola vía integral para lograrlo: es la que excluye por principio los métodos estatistas, dirigistas y colectivistas que no pueden lograr un alto nivel de vida y bienestar material y que además comprometen bienes superiores al propio desarrollo, como es una cierta libertad social auténtica, o estatuto integral de la persona, sin la cual no hay cultura ni destino nacional.

En segundo lugar, el impulso de base del desarrollo es una adaptación cultural y activa a la vida del trabajo, difundida en la población y que se propone conseguir bienes de afecto preferidos a los bienes de apetito. No existe un factor más fecundo en una política integral de desarrollo que el hacer intervenir decisivamente a la escuela primaria en la formación mental y moral de esta conciencia en el educando. A la inversa, si el espíritu de la escuela es colectivista, impulsa a la niñez sin defensa hacia la servidumbre social, presentándole el trabajo como explotación y al Estado como libertador.

En tercer lugar, el objeto del desarrollo es la economía privada y de las empresas públicas montadas por vía de suplencia. El fin básico del desarrollo es la prosperidad y expansión de la economía, que supone la libertad racional de ella. Así pues, la política de desarrollo consiste esencialmente en la coordinación, ayuda y suplencia de la economía libre.

*Encaramos
el desarrollo
con la men-
talidad pro-
pia del sub-
desarrollo*

Cabe preguntarse entonces qué relación guarda la orientación nacional en materia de desarrollo con lo que esta política debería ser de acuerdo con su naturaleza. Esa relación en lo fundamental es prácticamente nula porque los principios imperantes desde hace mucho tiempo en nuestro país van por otras rutas que se alejan más y más de las que siguen las naciones avanzadas aleccionadas por muchas experiencias.

Lo que se observa en nuestro país es que los propósitos de desarrollo en lugar de encararse con la mentalidad que corresponde al objetivo perseguido al contrario se enfocan con una mentalidad adaptada al subdesarrollo y que podemos llamar mentalidad subdesarrollada. El caso, por cierto, no es peculiar de Chile. Es prácticamente general en América Latina. Pero al menos en Chile sabemos a cuáles circunstancias responde esta mentalidad y cómo ha prevalecido el criterio político de la época del subdesarrollo en medio de los esfuerzos por salir de él.

La característica más esencial en el estado de subdesarrollo es la deficiencia de recursos con relación a la magnitud de la población. Esto equivale a decir que sub-

desarrollo es pobreza y, claro, tal afirmación pecaría de perogrullesca si pretendiéramos darle otro alcance que la descripción de un hecho. En este sentido nuestro país y toda América Latina son subdesarrollados, ahora que tienen mucho menos tierra por habitante que en el pasado, sin compensaciones positivas suficientes.

Toda población estrecha sus recursos agrarios a medida que aumenta. Hace mucho tiempo que no hay tierras vírgenes. Es cierto que la producción unitaria del agro también crece, siendo variable la relación entre ambos factores. Con todo, la característica de nuestra época es la difusión de la revolución industrial a un sector del mundo cada vez más vasto fuera del ámbito donde estaba confinada un siglo atrás.

Por lo mismo, podemos llamar también subdesarrollado todo país en el cual la industria manufacturera carece de importancia. Esto no es siempre exacto porque diversos países y zonas evitaron la pobreza o subdesarrollo, incorporándose económicamente a mercados desarrollados y restringiendo al mismo tiempo la natalidad. Tal el caso de Dinamarca, por ejemplo. Pero dondequiera que esta compensación no se produjo, la falta de industria significó necesariamente un estado de subdesarrollo.

Tal fue el caso de nuestro país hasta después de la Segunda Guerra Mundial, porque antes de esa época los esfuerzos industriales tuvieron muy poco éxito en comparación de los fracasos y se vieron dramáticamente dificultados por la falta de divisas originada en la caída del salitre hacia 1930. Cuando el país tuvo ya una necesidad imprescindible de industrializarse en forma sistemática, lo hizo lógicamente dentro de la mentalidad imperante en la época. Y esta mentalidad entre los dirigentes que no ha hecho más que afirmarse hasta ahora, y desde mucho antes, tuvo dos rasgos bien claros: profana con relación al proceso que se trataba de impulsar y subordinada a los prejuicios socioeconómicos o doctrinas políticas predominantes en la opinión y decisivas en la lucha por el poder. Hubo entre nuestros gobernantes económicos personajes eminentes. Hicieron obra aislada. El medio ambiente no era favorable a la construcción, que desde luego exige continuidad.

Es curioso, es paradójico en un país poco poblado y en estado de expansión encontrar una buena mayoría de dirigentes políticos y administrativos ajenos y extraños a una concepción si no técnica, al menos sensatamente orientada y medianamente ilustrada en una materia de interés popular tan inmediato como es la economía. ¿Cómo se explica esta carencia, que por cierto no nos es privativa en Latinoamérica?

Se explica a nuestro modo de ver por más de una causa. La primera es una cierta inclinación mental que nos hace conformarnos con las generalidades, las abstracciones, el formalismo verbal y que nos aleja de la observación, del interés por lo concreto, de la inteligencia exigente de las cosas. De aquí proviene en el país la muy escasa vocación científica, el poco espíritu de investigación y también una concepción de la técnica tan crédula, superficial y ajena a su naturaleza que llega a parecerse a la noción primitiva de magia.

Dos ejemplos breves de épocas distantes entre ellas. Las primeras leyes y normas de fomento en nuestro país, avanzada la primera mitad de este siglo, manifestaron de parte del legislador un desconocimiento tan completo del pensamiento económico que no podrían calificarse sino de pueriles. Actualmente las normas técnicas de explotación perfecta que figuran en el proyecto de Reforma Agraria son inaplicables a los terrenos regados de escasa calidad, pues no solamente ocasionarían pérdidas en lugar de utilidades, sino que destruirían el suelo en vez de mejorarlo.

Para resumir este estilo de pensamiento lo llamaremos intelectualista, que también se suele designar como teórico. El pensamiento intelectualista se complace en sí mismo en lugar de dirigirse al conocimiento y la acción. Es subjetivista y fabrica o fabula la realidad en vez de dejarse moldear por ella. Se paga de palabras evocadoras

Nuestra mentalidad intelectualista, teorizante y utopista

de imágenes y puede ir desde el formalismo de la letra hasta el mesianismo de los símbolos y mitos. Se satisface de puntos de vista simples y omnicomprendivos, las doctrinas políticas que meten el mundo en una nuez; y los esmalta de prejuicios libertarios y autoritarios según defienda sus medios o sus fines. De él resultan, para hablar sólo de lo que tiene vigencia actual, las varias formas del socialismo y los elementos uniformes de esta tendencia: fetichismo y providencialismo del Estado, burocratismo, demagogismo y cesarismo.

No parece que el simple estado de subdesarrollo caracterizado por la falta de industrias haya influido para configurar y reforzar esta mentalidad. Porque si bien es cierto que hoy día una parte sustantiva de la renta de las personas viene de la industria, 50 años atrás no era insignificante el ámbito abierto a las actividades económicas, aparte la agricultura: minería, comercio, transporte, profesiones liberales. Y la gente con conocimientos mínimos era relativamente escasa.

La parte de la educación en la formación del espíritu nacional

En cambio, lo que influyó sin duda sobre nuestra mentalidad en esa época distante fue el espíritu de la educación pública, ampliamente difundido por la institución de la gratuidad en todos sus grados, en una época en que un tal estímulo era desconocido en las mayores naciones industriales. La clase ilustrada que fue formando la educación fiscal de una centuria a esta parte se desarrolló de padres a hijos bajo la égida del Estado. El Estado-poder bajo la forma del Estado-docente con respecto a ella desempeñó el mismo papel de la Iglesia medieval con relación a la clerecía. Junto con tomar al niño de la mano desde la edad de la razón para darle educación, le daba también con ella un destino para toda la vida, como profesional libre titulado o habilitado por el estudio suficiente para el periodismo, letras, artes, o bien como maestro o empleado público.

Obsérvense todos estos destinos. Tienen un contacto precario y en cierto modo incongruente con todas las formas de vida derivadas de la producción de bienes. Con excepción de algunas profesiones liberales que guardan con ciertos negocios establecidos algunas relaciones de distinto carácter todos estos destinos constituyen servicios ajenos a la producción. Dentro de ésta hay también servicios como el transporte, comercio, etc, pero son servicios anexos y muy ligados a ella, a su mentalidad y a sus exigencias. Pero estos otros no tienen nada que ver con el proceso económico. Son servicios de otro tipo, en general independientes de la vida económica y ajenos a ella, mediocres cuando no muy precariamente remunerados, pero que en cambio se bastan a sí mismos porque encuentran toda su temática en el espíritu de la persona. Están basados en un cierto renunciamiento que no exige mayor esfuerzo y que puede encontrar su compensación en una vocación auténtica.

Esta clase diversamente ilustrada, pero sólidamente cimentada en su ilustración y formada desde muy antiguo, constituyó desde luego el cuerpo del Estado a través de los funcionarios administrativos, escaló los primeros puestos políticos dentro de los partidos y guarneció los grandes servicios a medida que éstos se desarrollaban, desde las fuerzas armadas hasta la previsión. Así, poco a poco, por diversos conductos ha llegado a generar a los gobernantes en su gran mayoría. Forma, pues, la conciencia viva de nuestra democracia, que es lo mismo que decir que esta conciencia está sumamente desvinculada por su origen mismo del proceso económico que se trata de desarrollar.

Nos queda por decir solamente que es muy difícil decidir si el intelectualismo casi inverosímil de nuestra educación proviene de nuestra mentalidad intelectualista o si a la inversa esta última es el resultado del espíritu de la educación.

Pues el estatismo básico de la educación oficial, concretado en el principio del Estado docente bien pudiera ser, como es nuestra opinión, que no podemos explayar

aquí, el elemento inicial y concreto del intelectualismo educacional desarrollado como tendencia dominante del espíritu de la educación pública. Desde ahí la devoción y anhelo estatista han informado a la gran masa de los dirigentes nacionales influidos no sólo por la educación oficial sino también particular, que ha carecido de autonomía. En tal caso, lo que llamamos mentalidad intelectualista no sería atribuible a factores psíquicos congénitos, sino a instituciones basados en principios erróneos detectados por la experiencia.

Sea cual fuere el origen último de la mentalidad intelectualista, teórica, formalista y verbalista que hemos descrito más arriba, es el hecho que ella domina con mucho en la docencia, en la administración y entre la gran mayoría de los dirigentes políticos propuestos a la elección de la ciudadanía. La consecuencia es que los círculos facultados para plantear la temática del desarrollo no pueden hacerlo en forma realista y adecuada porque en su gran mayoría son ideólogos desconectados totalmente del proceso de creación económica.

Con relación a ese mundo, en el cual no participan y que en su mayoría ignoran por completo, se mantienen en una actitud de amarga crítica. Ahora bien, toda crítica es comparación con un cierto patrón. Y ese patrón, salido en su totalidad de la mente, como Venus de la concha, es irrefutable, no se presta a la menor duda, excepto en el grado de su perfección.

No todas las concepciones del mundo ideal coinciden. Existen discrepancias importantes entre ellas. Pero todas se parecen en esto, que postulan para la colectividad bienes verbales, llamados principios doctrinarios, a los cuales los bienes concretos están subordinados. Por eso el desarrollo para ellos no es otra cosa que la implantación de la utopía social dentro de la cual la fabricación administrativa del bienestar de todos es, por decirlo así, el aspecto material.

Por cierto que tal concepción no conduce al desarrollo, sino al contrario lo limita desde la partida y al amenazar al mismo tiempo el imperio del derecho común y orden institucional, incurre en otros peligros no tan sólo graves sino completamente inútiles y regresivos.

El criterio intelectualista de los ideólogos aplicado al desarrollo económico justificadamente puede calificarse de mentalidad subdesarrollada por dos razones: la primera, porque frustra el desarrollo; la segunda, porque es manifestación de una inferior inteligencia de las cosas.

La mentalidad intelectualista instalada en el Gobierno, cualquiera que éste sea, frustra el desarrollo porque lo subordina a una serie de prejuicios y exigencias surgidos de una imaginaria abstracta, no del conocimiento, observación y experiencia surgidos de la vida económico-social en sí misma. Cualquiera que sea el conocimiento científico de la economía que exista entre los especialistas del Gobierno, la política de éste se distancia de las posibilidades de éxitos en la misma medida en que se crea a sí misma problemas ficticios de carácter doctrinario que constituyen otros tantos obstáculos al expedito y seguro avance social y económico.

Quando este avance es lento, que es lo que entendemos por estado de subdesarrollo, se transforma en negativo si se le agregan dificultades artificiales. Esas dificultades, por lo demás, las opone permanentemente la mentalidad intelectualista y teórica al avance social en los llamados países subdesarrollados y es en gran parte responsable del subdesarrollo. Pero desde el momento que un Gobierno se encuentra en las condiciones políticas excepcionales que le permiten plantear una política de desarrollo, esa mentalidad lo desvía del objetivo y lo lleva por un laberinto de caminos aventurados en que resulta difícil reconocer tal propósito.

Por qué esta mentalidad merece el calificativo de subdesarrollada

La mentalidad intelectualista y teórica manifiesta una inteligencia inferior de las cosas porque se paga de palabras, se deja llevar por las imágenes que ésta evocan, se aleja de la observación y experiencia concreta y se complace en un mundo subjetivo e irreal que no es el de la Creación.

Este tipo inferior de inteligencia no es falta de inteligencia, sino desviación de ella hacia la conceptualización fácil hilvanada por la lógica. Tal hábito mental de superficie no es adecuado al conocimiento de las cosas de primera importancia y por eso mientras más se ejercita en ese campo más desvía al sujeto hacia la vana, engañosa y peligrosa mitología de las palabras.

Por mucha que sea la agudeza y penetración del sujeto en su afán de saber, hay por lo menos para él dos limitaciones básicas.

Una es el conocimiento de las cosas en que no interviene el estudio y experiencia personal. Es el caso de los intelectuales y artistas con relación a las doctrinas políticas que no forman parte de su temática especializada. Las juzgan a través de los móviles personales que atribuyen a sus corifeos, que es un aspecto de ellas ciertamente muy verdadero, pero no en el sentido doctrinario.

También hay en el conocimiento otra limitación más importante. Es el que tiene lugar cuando el objeto del conocimiento es la vida misma. No existe ninguna duda de que la sociabilidad es vida, la economía es vida, y por tanto el desarrollo es un proceso vital. Ahora bien, en las Universidades y laboratorios trabajan muchos miles de sabios y lo que aprenden y encuentran cada día, agregados a tantos días hacia atrás, en biología y especialidades anexas a la vida orgánica constituye un acopio inmenso de conocimientos. Pero la vida misma es de todas maneras un misterio impenetrable, vale decir, algo para lo cual nuestra inteligencia no está hecha, o dicho de otra manera, que nuestra inteligencia no puede penetrar directamente.

De ahí la necesidad de brillar con múltiples precauciones los problemas de la vida social, de modo de formarse sobre ellos juicios siempre provisorios y humildes, con el fin de dejar hablar la experiencia y la imaginación que permiten avanzar en ellos. De ahí también la flaqueza del intelectualismo teorizante y utopista que da por conocido lo que en realidad ignora y se da a la tarea de fabricar al hombre en sociedad mientras su actitud lo aleja del conocimiento de esa misma arcilla que pretende modelar.

Fernando Uriarte: Aspectos de la novela hispanoamericana actual

Novela y vida urbana

EN EL AMBITO de la novela hispanoamericana de los últimos años se ha hecho notorio un cambio muy significativo del punto de vista, o "punto de hablada", desde el cual manejan la narración sus cultivadores. El registro selectivo que practica la novela en torno a la vida real, y su transposición a un orden ficticio, pero verosímil como reflejo de su desarrollo, no ha logrado todavía retener la fluencia total, ni siquiera en los límites de un solo personaje. La novela elige un aspecto, magnífica determinados temas y problemas, desatiende otros. La novela, es decir, los novelistas que auscultan la variación continua de la vida, determinan las alzas y las bajas de las situaciones vitales, decretan su rango y ubicación; a veces, también, su existencia en ese correlato parcial que es la narración. Al señalar una variación en el punto de vista, estamos aceptando que el novelista ha encontrado una nueva perspectiva, un horizonte, un repertorio de panoramas, tensiones y palpitaciones desconocidas de la vida, vedadas hasta este instante al conocimiento que toda literatura es, y cuyo advenimiento ha de estimarse como un cambio histórico del género.

Retrocediendo desde aquí, se debe admitir que el cambio en la forma novelesca supone un cambio en el novelista, en su vida y en la vida que el novelista indaga. Efectivamente, desde hace unos treinta años el habitante de hispanoamérica se encuentra en una nueva situación, de la que día a día tiene conciencia más nítida. Una nueva situación del hombre es, antes que nada, un problema no resuelto, desbordante de apremios, incógnitas y exigencias vitales, siendo la primera y más perentoria exigencia la de vivir el problema que la nueva situación le plantea. Así, a la zaga de un problema, surge el tema novelesco.

Si la novela hispanoamericana muestra hoy peculiaridades imprevistas, que sorprenden; si luce densidad y fuerza; si, además, se la escribe con soltura y lenguaje auténticos es porque está toda ella adecuadamente referida a una situación real aceptada sin titubeos.

Al decir que la novela hispanoamericana es ahora original y auténtica podría suponerse que, tácitamente, la contraponemos a la de algún período anterior en que nuestra ficción literaria careció de tales atributos y fue reflejo, no de la vida propia, sino de otra, foránea y falsificada, tomada como modelo. A mi juicio, en el cuadro de escritores importantes que hemos tenido la suerte de tener en el continente, desde *El Matadero*, de Echeverría, hasta cualquiera de los que publicaban en la década del treinta —son muchos para nombrarlos— esto no ha sucedido.

Intrínsecamente la novela es lo que ha sido la vida que reflejó. Toda realidad es generosa para una pupila adecuada. Desde Cervantes hasta Alejo Carpentier, no ha habido situación, cualquiera fuese su rango, que no haya merecido la excelencia, el afecto de un observador de genio. La resonancia y el éxito son otra cosa: necesitan que la vida novelada coincida con la vida que interesa de verdad al lector.

Se ha pretendido, últimamente, que la gran novela cuaja al conjuro de acontecimientos de importancia pública como son las revoluciones, las convulsiones socio-económicas, las guerras, etc. El argumento refutador de tal afirmación está a la mano. La vida menos gallarda y riesgosa, es tan vida como la convulsa y audaz;

basta que el novelista la acepte en su integridad para que desde su oscuro acontecer emerjan narraciones que el lector no olvida. Mirada con ojos heroicos parecerá mínima la vida de Proust en los salones del *faubourg Saint Germain*; la de *Oblomov*, el nihilista de alma crepuscular, que concibió Iván Goncharof; la *Pepita Jiménez*, que Juan Valera dramatizó en las tertulias de un poblacho andaluz. De sonriente normalidad están saturadas las páginas soberbias del *Pickwick*; y el joven *Sorel*, jugando a Napoleón de alcoba, no es más temerario que *Juanito Santa Cruz*, burlando a *Fortunata* en el piso cuarto de la Plaza Mayor de Madrid, justo encima del Arco de Cuchilleros.

La novela no necesita del gran acontecimiento que la estremezca; le basta con aceptar radicalmente la vida que hay.

Desde que, a mediados del siglo XIX, se afirma el género en Sudamérica, la novela ha captado con puntualidad lo más significativo del laberinto existencial donde fuese que éste alentaba: en la ciudad, en el villorrio, en la desmesura del paisaje americano. Unas veces la novela ha caminado al ritmo con que se formaban las grandes capitales: *La Gran Aldea*, de Lucio V. López; *Martín Rivas*, de Blest Gana; otras, el novelista se ha plantado ante la violencia de la naturaleza, los vendavales revolucionarios, como el mejicano, o las vidas casi inalcanzables que transcurren en el difícil *hinterland*, simbolizadas en figuras como *Doña Bárbara*, *Don Segundo Sombra* o *José Pedro Valverde*.

No se trata de citar obras y personajes con la intención de destacar eminencias, porque una lista con pretensiones de inventario de grandes novelistas hispanoamericanos pasaría fácilmente de los cincuenta nombres, cincuenta nombres en un siglo que los puede tener Europa seguramente, e Hispanoamérica, y nadie más.

Los temas de la novela hispanoamericana actual surgen en la ciudad, donde la vida se ha densificado y la fricción interindividual multiplica las situaciones. El vértigo de colmena fascina a los pobladores del agro y provoca el trágico nomadismo en busca de la aglomeración enajenante, que va dejando las tierras abandonadas. Julio Caro Baroja en un artículo de *Revista de Occidente* se refirió al trágico fenómeno que termina en la subasta pública de aldeas completas, incluyendo la iglesia del lugar, abandonadas por habitantes que quieren televisión, salarios industriales y una comunicación humana permanente y más rica. Al calor del mundo urbano el hombre rural ha tomado conciencia de su soledad.

En la urbe se concentra la vida de nuestras repúblicas: lo heroico y lo pintoresco; lo normal, lo anormal, el delito, la virtud, la tristeza, las posibilidades de evasión en un escenario fácil, próximo, al alcance de la mano y continuamente renovado, como las vitrinas de los grandes almacenes. Toda la vida en medio de la calle, como un congreso de personajes. Parodiando una observación de Max Aub, en su excelente novela de la guerra civil española —*Campo del Moro*— (“no a todo el mundo le traen el frente a la cama, como si fuese el desayuno”), podemos decir que al novelista hispanoamericano de los últimos veinticinco años le han llevado la novela a la mesa de trabajo.

Temas y problemas

Con algunas diferencias de matiz e intensidad, los problemas que afectan a las naciones hispanoamericanas, incluyendo Brasil, son comunes. Analogía y comunicabilidad de problemas que trascienden las fronteras y quedan referidos al continente; problemas que son, sin más, hispanoamericanos o iberoamericanos. A pesar del entusiasmo nacionalista que se mantiene sin desfallecer, lo cierto y palpable viene a ser que desde la década de las respectivas independencias —otro acontecimiento común y continental que se concretó en un quinquenio; hablando históricamente, en un instante— la variación inmanente a la vida se ha cumplido como en un sistema sin-

tónico que espontáneamente regulara las voces, las entradas, los silencios, los *tutti* del vasto coro de naciones.

Así, apenas iniciada su vida independiente, las naciones hermanas se las arreglan para inaugurar puntualmente sus presupuestos monetarios desfinanciados, los laboriosos himnos patrios, la siempre creciente dependencia económica con Norteamérica, el tenaz y pintoresco antihispanismo. Cada paso parece concertado; no debe extrañar, por tanto, que en el área literaria problemas similares generen temas afines.

Cuando el novelista hispanoamericano salía a campos y montañas a captar latidos de vida desconocidos, estilos verbales y actitudes que, sumadas de aquí y de allá, daban en conjunto el tono inconfundible de lo "real maravilloso" que tanto ha entretenido la pluma de Alejo Carpentier, el que salía era un escritor de Ciudad de Méjico, de Bogotá, de Caracas, de Buenos Aires, de Santiago de Chile, de Lima, etc., el mismo año, con las mismas intenciones, casi el mismo escritor, que se doblaba luego en veinte o más variaciones de sí mismo.

No caben dudas de este sincronismo que se nutre en la domesticidad clandestina y da el aire familiar a las narraciones. Problemas y temas comunes que conducen las modas cíclicas del nativismo, del criollismo, de las dos cosas a la vez. Resulta ocioso recordar el oleaje multiplicado que movieron logros como *Don Segundo Sombra*, *Doña Bárbara*, *La Vorágine*, novelas solidarias de las que Latorre, Durán y Barrios escribieron en Chile. A los que no han sido favorecidos por una revolución como la mejicana —rica cantera de temas y situaciones— les quedan, en compensación, las ciudades, las capitales sudamericanas, manaderos de vida original que ahora granan, literariamente, en ficciones de calidad inesperada.

Críticos de oficio, y también novelistas, han mostrado entre nosotros cierta preocupación por el brillante momento que vive la novela en Argentina y Méjico, donde la levantada parece colectiva, y por los aciertos individuales de Carpentier y Vargas Llosa. Nadie ahorra elogios a Cortázar y a Carlos Fuentes; casi nadie se ha abstenido, en rito masoquista, de menospreciar la producción chilena con apresuramiento y frivolidad. En el transcurso de este ensayo veremos de enfrentar la cuestión.

Por lo pronto el novelista hispanoamericano se ha decidido a recrear el laberinto de la vida personal sin temor y con el mismo desparpajo que lucieron los maestros europeos al reflejar las singularidades vitales, sin miedo a que no fueran comprendidas. Cuando el novelista presenta la realidad, sin explicaciones, sabe que los lectores aportarán esas explicaciones y otras que nunca imaginará.

"Una novela, en su valoración literaria, es lo que las sucesivas generaciones de lectores van haciendo de ella" escribió Pérez de Ayala en el prólogo a *Troteras y Danzaderas*. La novela es, al mismo tiempo, conocimiento y modo de conocer; a veces, el epígono de un gran maestro es el encargado de completar las posibilidades inexpressas de una tendencia.

No todas las provincianas europeas eran exactamente como *Emma Bovary*, por eso pudo Leopoldo Alas, sin salirse del tema y asumiendo las exigencias esenciales del personaje, dar existencia literaria a *La Regenta Ana Ozores*, en *Vetusta* —Oviedo—, capital de provincia con su espléndida catedral, el mundillo casinero y la presión clerical. Una *Bovary* española, novelera y triste en una narración lenta; cuidadosa reproducción magistral de la *intrahistoria* provinciana de los tiempos de Amadeo. A falta de un *Homais*, encontramos en *La Regenta*, certeramente caracterizado a *Don Víctor*, para quien el progreso consistía, al revés que para el boticario francés, en la vuelta a los achaques de honor calderoniano, hasta el extremo de que "todas las noches antes de dormir se daba un atracón de honra a la antigua".

La frecuencia de ciertos temas, denuncia su existencia en la vida social. Flaubert,

descubrió el de la provinciana adúltera. Del mismo modo, la aparición de un tema nuevo delata cambios mayores en la estructura de la vida.

La situación en que se encuentra el habitante sudamericano está referida radicalmente a los problemas que le plantea la vida urbana. Conocíamos esta situación a través de las novelas europeas que, naturalmente, se ocupan del hombre europeo. Ahora nos pasa a nosotros, reiterando la perfecta asincronía que existe entre Europa y Sudamérica, según el preciso atisbo de Guillermo de Torre en *Revista de Occidente* (Nº 38, mayo de 1966).

Europa tiene docenas de estas novelas; en ellas se encuentra la más alta cuota de genialidad que el género puede exhibir: *La Educación Sentimental*, *Fortunata y Jacinta*, la saga de los *Forsythe*, *Los Thibault*, *La Lucha por la Vida*, etc. La conversión de un tema de villorrio en tema urbano, fue descrita magistralmente por Ramón Pérez de Ayala, escritor difícil y minoritario, culto, libresco, profundo, amenerado, soberano del estilo, a quien nadie estudia porque para eso, para lucirse y estar a tono, basta con Sartre o Durrell. *Tinieblas en las Cumbres*, *La Pata de la Raposa*, *A. M. D. G.*, *Troteras y Danzaderas*: el villano y la villana de *Pilares* se urbanizan lentamente; los problemas del pueblo se deforman y complican al contacto con la colmena madrileña.

Siempre se trata de cambios. La estructura de la vida es cambio (Ortega). No tiene sentido hablar de cambios de estructura por orden del Estado. A lo más se puede suprimir una institución porque ha perdido su eficacia, pero esto atañe a la organización externa de la sociedad (Dilthey). La vida no obedece a decretos, los dicta.

La vida hispanoamericana ha caído en la cuenta de la continentalidad de sus problemas en desmedro del acusado particularismo nacionalista del siglo XIX que los creía exclusivos y peculiares de cada país, siendo, en verdad, problemas de todos, aunque no se sabía.

¿Qué linaje de cosas, fenómenos, sentimientos, acciones y reacciones; qué vida, en una palabra, acoge esta literatura que le ha permitido situarse en la primera fila de la escena literaria contemporánea? ¿En qué consiste esa riqueza en algunos casos portentosa?

Los temas que produce la vida son innumerables. El novelista los elige o los vive, y las novelas serán épicas, vistas, o *ectoplasmas autobiográficos* como los de Hermann Hesse, al decir de Ernst Robert Curtius.

Todo tema de novela ha sido antes problema vital. El *Werther*, que inaugura el suicidio romántico, traduce una posibilidad afortunadamente fallida de la juventud de Goethe. A la vuelta de un siglo, Baroja recurre a la farmacopea para borrar de la vida a *Andrés Hurtado*. Se trata de sucesos que deciden una situación vital límite. A parte de Goethe y Baroja, antipodas ejemplares, las diferencias las pone la vida. Los temas parecen los mismos: morir por propia voluntad. Pero ha cambiado la vida.

No creo que el novelista sea aventajado por nadie en su admiración por la vida. Olfatea los problemas en todos los rincones; descubre y magnifica las situaciones más oscuras, y deja su brillo natural a las luminosas. Asume, antes que nadie, el estilo de una época, sumergido en la complicación imprevisible que depara el azar. Es el primero en el conocimiento de lo real; lo acomete en el *fieri* de la vida personal. Supremo interés tiene el estudio de la organización de un tema nuevo de novela, vía insustituible para acceder al secreto que alienta en todo cambio de la vida histórica.

Entre los caracteres que se observan en la novela hispanoamericana actual son ya evidentes la temática continental, el escenario urbano y un cierto tipo de referencias pormenorizada al sitio mismo de la acción.

Son sintomáticas las indicaciones sobre plazas y calles, que refuerzan la verosimilitud de los relatos y constituyen lo que podría denominarse realismo topográfico urbano. El escritor necesita que su lector se haga cargo con exactitud de los lugares que le señala. Sobran los ejemplos.

Julio Cortázar, inicia su carrera literaria con *Bestiario*, libro de cuentos. El primero de ellos —*Casa Tomada*—, pequeña obra maestra especialmente significativa por girar en torno a uno de sus temas básicos —*la amenaza latente*—, tiene al comienzo la siguiente referencia: "El comedor, una sala con gobelinos, la biblioteca y tres dormitorios grandes quedaban en la parte más retirada, la que mira hacia Rodríguez Peña".

El escritor necesita consignar con precisión a qué calle mira un sector de la casa en que juega su cuento. Vargas Llosa, en *La ciudad y los perros*, adjunta un plano de los barrios de Lima a fin de que el lector se percate bien de las idas y venidas de sus personajes; sobre todo la situación exacta de Lince, barrio en que ocurren sucesos tempestuosos, anegados de retorcida sentimentalidad. Enrique Lafourcade, en *Novela de Navidad*, exige del lector un conocimiento de calles y lugares santiaguinos accesible sólo al habitante de nuestra ciudad.

La computación de analogías no tendría fin. Son novelas que revelan, con una transparencia vedada a las técnicas estadísticas del muestreo, y a los informes de expertos en viajes y grandes hoteles, que nuestras repúblicas no tienen ya su propio problema porque eso es un excepcional lujo histórico del pasado. Toda situación, por muy peculiar que parezca, está determinada por otra situación mayor que la obliga y desborda. Al estar el hombre condicionado por circunstancias que le sobrepasan, se acentúa su desorientación y queda a merced del arrebató fanático, de la desesperación, del escepticismo o de la violencia. Las constantes temáticas de la novela continental hacen de la originalidad un atributo muy raro. Por otro lado el mínimo es hoy muy alto; la industrialización, que inunda el mercado con productos sugestivos, acepta codiciosa las apariencias de grandes obras que simulan con engañosa perfección el gesto, las formas y perfiles de las buenas novelas.

La personalidad de la novela hispanoamericana actual es un hecho indisputable que contrapesa esa genialidad receptiva y rapidez de digestión de toda clase de influencias que caracterizó su periplo por más de un siglo. Le ha bastado al novelista con dar salida, sin enmienda, con el mayor desparpajo estilístico, al hervor de intimidades que sólo por estos lados y en nuestra circunstancia se pueden dar. Se desdeña ahora toda preocupación por la inteligibilidad de nuestro laberinto. ¡Qué entiendan lo que puedan! pudo decirse James Joyce cuando construía *Ulysses*. Se ha terminado con la timidez y el formalismo expresivo: la novela hispanoamericana con la desverguenza de las más grandes literaturas ha puesto toda su ropa en el balcón.

Todos prefieren dragar en la intimidad clandestina, encubierta hasta hace poco por el monumental paisajismo, primitivismo, ruralismo, sustancia de las novelas a lo Gallegos, Güiraldes, Rivera, etc. Se presentan los asuntos críticamente desde una facción o bandería, y no siempre se explican las razones que fundamentan determinada postura. En el extremo de esta fiebre de sinceridad ha asomado la grosería, recurso tan desacreditado como viejo con el que algunos escritores —bien respaldados desde Quevedo a Cortázar— soslayan notorias insuficiencias.

Resumiendo: el repertorio de problemas y temas que dinamizan la novela actual en Sudamérica, proviene de la vida urbana, material preferente de la narrativa. Se trabajan los más espontáneos y vitales medios expresivos y se valorizan los recovecos del lenguaje más íntimo. Se acepta, como artísticamente válida, la propia realidad, sin explicaciones ni disculpas; se mira de frente el contexto social, sus matices cul-

turales y políticos, la vida entera de nuestros días alentando en barrios, oficios, instituciones, en cualquiera de los compartimentos que dividen y subdividen hasta el infinito el ámbito de nuestras grandes ciudades devoradoras.

Naufragio y crisis

Edwards Bello, denuncia en *El Roto* los usos sociales transformados en abusos. El novelista describe la vida de la barriada pobre; calibra la importancia del prostíbulo en la decadencia de la raza: el alcohol, el juego, la coima, la tristeza irreversible. Es el tono general de lo que se ha llamado novela naturalista, avalada por una tesis que debe resolverse demostrativamente en la narración. Las acusaciones de Edwards Bello no consiguen más que llamar la atención de la gente sobre el hecho. La gente sigue viviendo, y el novelista también; la barriada pobre y sus lacerantes desgracias son partes integrantes del sistema. Si miramos con cautela advertimos que, en la denuncia, el sistema no ha sido atacado. Se trata de una crisis parcial, localizada, que no afecta su estructura. No hay naufragio. El pasado tiene su prestigio y se le quiere. Nuestro novelista dedica en otra obra —*Valparaíso, la Ciudad del Viento*—, algunas páginas emocionantes a las figuras de padres y abuelos de robusta condición moral, disciplinados, buenos constructores de familias. Edwards Bello, ha hecho, sin disimulo, la apología de sus antepasados porteños. La justicia que postula para la clase popular puede fundamentarse en el progreso de esas virtudes del pasado, en su culto colectivo. La historia es tardigrada, avanza con lentitud.

Al comienzo de los años treinta empieza a configurarse un cambio en la actitud frente al pasado; se tiene conciencia de que los fundamentos han entrado a fallar. No se trata, ya, de corregir un abuso o de una mera protesta. En todos los cuadros de la vida social hincan su diente el análisis crítico, persiguiendo una conducta secular; se repara en la falsedad de ciertos gestos largo tiempo prestigiosos. La primera reacción ante el naufragio inminente es estirar la mano hacia afuera buscando algo en qué agarrarse. Estos agarraderos son las grandes doctrinas que se disputan el porvenir de Europa. Y allí vimos cómo la gente, con mucha rapidez y sin gran convicción, se hacía marxista, fascista o tomista; otros buscaban calmar en la metafísica, recién importada, algunas necesidades borrosas que posteriormente no llegaron a aclararse. Se sorprende la oculta tartufería de ciertas generaciones famosas, como la del veinte. La necesidad de cambio es apremiante: primero, tendría que hacerse más rápido, pero esto no basta. Se requieren brincos, vuelcos. Nuevos adanes quieren empezar desde cero y hacer vertiginosamente todas las experiencias. La pelea no consiste en hacer la revolución, sino en determinar a quién corresponde hacerla.

A principios de 1930 se pone en marcha la demolición. Treinta años después, treinta y cinco, el ciclo está terminado. Se vive el epílogo, el epílogo de *la vida desilusionada* que Ortéga puso a continuación de *El Ocaso de las Revoluciones*. El documento inmediato, reflejante de este azaroso proceso que remeció el fondo de la vida, es la novela. Sale goteante, empapada por los acontecimientos, dándoles la primera forma inteligible y descubriendo sus ecos en la penumbra de la vida personal.

Un par de generaciones hispanoamericanas han tenido que tragar acontecimientos de insólita envergadura y significación: revolución mejicana, caudillismos semimonárquicos en el Caribe, Getulio Vargas, Frente Popular en Chile, Perón y, ahora, Castro. De importación tuvimos una guerra mundial de seis años, precedida por la guerra civil española que resonó en las entrañas del continente. Como para naufragar... Resultado literario de tamaña conmoción es el actual tipo de novela realista, de gran rigor y exactitud en la vivencia, envolvente, densa, estructurada

con tecnicismo desorientador y complicado, múltiple en *puntos de hablada*, es decir, en perspectivas sobre la vida y los matices de su cambio.

Una literatura muy reciente ha manifestado cierto desagradable rastacuerismo intelectual en la consideración del pasado. El cuidado de la barba, de los pantalones abombillados y del pelo feminoide no les ha dado tiempo para enterarse de hasta qué punto los grandes cambios de la sociedad se originan siempre en la meditación de un hombre que, paradójicamente, no podría subsistir, o le sería muy doloroso, en el sistema que su meditación postula. El marxismo proviene de la meditación burguesa; Picasso, supone la historia de la pintura occidental; *Madame Bovary* y *Pickwick* muestran su indeleble cervantismo. Todo tiene raíces, historia y prehistoria; el gesto de desprecio del joven rastacuero es escena lamentable que no carece de frecuencia.

Observadores más sutiles como Carlos Fuentes, descubren en las instituciones y modos de vida que genera la revolución huellas de un pasado que no ha muerto y que se reedita solapadamente. En *La Región más Transparente* constata la vigencia de los hábitos más suntuosos del *porfirismo*; Beatriz Guido, en *El incendio y las Visperas*, nos muestra una delegación de robustas mujeres peronistas, esposas de dirigentes descamisados, transidas de reformismo, comportarse con el empaque pretencioso de las burguesas de la barriada norte de Buenos Aires.

En estos grandes revoltijos la gente pierde. El que no quiere perder busca la evasión, naufragar o huir. La huida es, a veces, una posibilidad de naufragio mayor. Estas han sido las opciones del escritor en el trastorno revolucionario de los últimos cuarenta años. El ejemplo más próximo, por su virulencia e irreversibilidad en el ámbito de la vida personal, es la guerra civil española. Unamuno tuvo que salirse de la vida; Ortega aguantó el mazazo pero a costa de malograr no sabemos qué porción de su pensamiento; García Morente se refugia en un convento, y Baroja, después de peregrinar por Francia y Suiza, se recluye en un piso tercero junto al parque del *Retiro*. Américo Castro, Pedro Salinas, Juan Ramón Jiménez, Ramón Gómez de la Serna tendrán que clamar desde el extranjero. Azorín queda intacto, porque Azorín está siempre un poco fuera del tiempo, y la revolución que lo quebrantara pudo acontecer en el siglo XVII.

Gran quebrantador de destinos y vocaciones el tiempo convulso.

Un novelista argentino evadido es buen ejemplo de cómo se absorbe el bandazo del reformismo dictatorial y revolucionario.

El crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal (*El Juicio de los Parricidas*), da como fecha clave de la generación de Julio Cortázar el año 1945 (las generaciones no son sólo literarias, lo abarcan todo, hasta las enfermedades).

Una fecha y un gran accidente: Perón. Rodríguez Monegal percibe dos fracciones en la generación de escritores de 1945: "Unos se van a encerrar en sí mismos, a cultivar su jardín, cada vez más desinteresados en la realidad circundante; van a viajar a Europa, van a medir endecasílabos, van a repetir las fórmulas aparentemente escapistas de Borges. Otros se van a hundir en la realidad, van a recorrer su contorno, van a querer llegar a la raíz. Esos dos grupos (independientemente de que hayan asomado a la vida literaria en 1940 o en 1950) son los que determinan la existencia de una generación, y no de dos: la nueva promoción argentina".

Si lo comparamos con un co-generacional —Murena—, Cortázar parece un hombre sin apuro en definirse o en asumir actitudes. Por años acumula vivencias, no publica manifiestos, mira, se abre interiormente, sorbe todo lo que puede. La convulsión social no es visible con facilidad en su primera ni en su última obra. Ca-

Cortázar:
amenaza y
evasión

libra con cuidado la importancia de algunos antecesores como Borges y Mallea; los sigue con respeto, hasta ganar el turno y desalojarlos. A pesar de su engañosa impavidez ante el grave acontecimiento social que estremece su patria, el novelista, ese hombre de rincón que, según Baroja, es el novelista, no pierde detalle esencial; los transforma rápidamente en símbolos menos peligrosos, de indefinible carácter metafísico, que explican lejanamente las formas agudas de la agresión. Un descarnado buen sentido le lleva a comprender que las cosas son como son y que, por ello, las masas obreras no leerán ni entenderán jamás a Sartre. Cortázar percibe que la vida no va bien en su tierra, que conviene irse. Se va, pues, a París y se lleva prendida en el alma la añoranza de su propia argentinidad frustrada.

Pongamos atención a ciertas situaciones que con significativa frecuencia aparecen en la narrativa de Cortázar y que, a mi juicio, encubren la marca que dejó la dictadura peronista en la vida de un sujeto, al parecer impasible, refinado y difícil jugador literario.

Para desarticular el *peronazo*, Cortázar recurre a una forma de magia ingenua que controla de soslayo la agresión concreta, la reduce a misterio en un juego de disimulo comprometido. Se trata de vivir la amenaza como una categoría normal del acontecer; contar con ella resignadamente como resultado de una culpabilidad colectiva. En *Casa Tomada* —cuento de *Bestiario*— describe Cortázar la casa en que viven los dos protagonistas. Nos da una idea cabal de la planta, de los interiores donde pretenden vivir, en paz y felicidad, la hermana que teje, el hermano que lee y, tal vez, traduce literatura francesa. Pero un buen día: "Tuve que cerrar la puerta del pasillo. *Han tomado la parte del fondo*".

Ahora empieza a funcionar la mala conciencia. Se vive en media casa porque alguien poderoso, oscuro, la ha ocupado; alguien a quien no se resiste ni, en definitiva, se intenta conocer. No hay tregua; el invasor no se detiene y otro buen día:

"Desde la puerta del dormitorio (ella tejía) oí ruido en la cocina; tal vez en la cocina o tal vez en el baño porque el codo del pasillo apagaba el sonido. A Irene le llamó la atención mi brusca manera de detenerme, y vino a mi lado sin decir palabra. Nos quedamos escuchando los ruidos, notando claramente que eran de este lado de la puerta de roble, en la cocina y el baño, o en el pasillo mismo donde empezaba el codo casi al lado nuestro. No nos miramos siquiera. Apreté el brazo de Irene y la hice correr conmigo hasta la puerta cancel, sin volvernos hacia atrás. Los ruidos se oían más fuerte pero siempre sordos, a espaldas nuestras. Cerré de un golpe la cancel y nos quedamos en el zaguán. Ahora no se oía nada.

"—Han tomado esta parte —dijo Irene.

"—¿Tuviste tiempo de traer alguna cosa?

"—No, nada.

"Estábamos con lo puesto..."

El novelista de la generación de 1945 también tiene su casa tomada y se va con lo puesto a París. Lo puesto es una experiencia argentina, muy decisiva, como toda experiencia generacional cuyo sedimento conservan los años: la peripecia del ser argentino como objeto de un apremio amenazante.

En otros relatos de ese primer libro se siente la presencia de un poder oscuro, cuya índole nadie explica, aunque se cuente con su presencia subterránea, acechando, presionando la vida del argentino de estos cuentos, resumen del argentino de todo el territorio.

Omnibus, cuento de atmósfera fúnebre, se desarrolla dentro de un vehículo colectivo que pasa junto al cementerio de la *Chacarita*. Se palpa una actitud solidaria, masiva, fascista en todos los pasajeros, contra unos pocos, contra dos.

Bestiario, último relato del libro, muestra, con exageración que bordea el hu-

morismo y la caricatura, una casa de verano llena de gente, y habitada, a la vez, por un tigre. Todos cuentan con el tigre; a veces está en el comedor, otras en la sala de música o en la biblioteca; deja rastros en los baños. El tigre está latente dentro de la casa. Los habitantes deben conocer con precisión su ubicación exacta para eludirle y sobrevivir. Equivocadamente alguien afirmó: "está en el estudio del Nene".

El Nene, por no poder usar su estudio se va a leer a la biblioteca. Mala información: el tigre, en la biblioteca, devora al Nene.

A quince años de la publicación de *Bestiario* (1951), publica Julio Cortázar su libro de cuentos *Todos los juegos el juego* (1966) que reproduce punto por punto el esquema del poder oculto, amenazando la normalidad de la vida personal. *Instrucciones para John Howell*, se titula el relato en que cierto concurrente distraído ocupa una butaca de un teatro londinense para presenciar la comedia del día. En seguida es cortésmente invitado, con una voz casi inaudible, a pasar entre bastidores. "Sin demasiada sorpresa pensé que la dirección del teatro debía estar haciendo una encuesta, alguna vaga investigación con fines publicitarios..." La complicación posterior, manejada diestramente por Cortázar, alcanza contornos dramáticos: el espectador es obligado a ingresar a escena y allí sabe que la primera actriz está amenazada de muerte. Situación insólita, vertiginosa, insostenible. El espectador consigue, finalmente, huir. Asedio, amenaza, huida: tres temas endémicos de la narrativa de Cortázar, no sólo de sus cuentos, también de, a mi juicio, su mejor novela: *Los Premios*.

Desde antes de subir al Malcolm, barco de la *Magenta Star*, una completísima delegación de ciudadanos bonaerenses se ve cogida en las redes invisibles de un poder tenebroso. Luego, en el interior del barco, durante el viaje, las tinieblas se manifiestan con más energía pero sin revelar el misterio que ocultan. No es el único caso en la literatura argentina de inclinación a simbolizar, mediante fuerzas ocultas, una realidad social que imperó en el país durante diez años. Ernesto Sábato juega con túneles imaginarios o imagina organizaciones mundiales, como la de los ciegos, que ejercen un dominio aterrador sobre la vida de las grandes capitales. No sabemos cómo ha resuelto Sábato su vida no literaria; Cortázar, al naufragar, se abrió rumbo a París con la maleta llena de estupenda argentinidad. Desde allí no hace otra cosa que recordar y recrear la vida de Buenos Aires sin que la Europa de adopción deforme la singularidad de su decir. Buenos Aires lo invade, no le es posible contener el aluvión de añoranzas. En *El Otro Cielo* conjugaba autobiográficamente las analogías de dos pasajes urbanos: La *Galerie Vivienne* de París, adivinada desde Buenos Aires, y la *Galería Güemes* de su adolescencia inquieta, recordada desde París. Juego poético que balancea la irreductible melancolía del fugitivo: "...esa Galerie Vivienne a un paso de la ignominia diurna de la rue Réaumur y de la Bolsa (yo trabajo en la Bolsa), cuánto de ese barrio ha sido mío siempre, desde mucho antes de sospecharlo yo era mío cuando apostado en un rincón del Pasaje Güemes, contando mis pocas monedas de estudiante, debatía el problema de gastarlas en un bar automático o comprar una novela y un surtido de caramelos ácidos en su bolsa de papel transparente, con un cigarrillo que me nublaba los ojos y en el fondo del bolsillo, donde los dedos lo rozaban a veces, el sobrecito del preservativo comprado con falsa desenvoltura en una farmacia atendida solamente por hombres, y que no tendría la menor oportunidad de utilizar con tan poco dinero y tanta infancia en la cara".

La vida argentina, maginificada nostálgicamente a la distancia, no tiene desperdicio para Cortázar. Sabe encontrar la miga y la gracia en mínimas situaciones y recoger con garbo el aroma de la vida que alguna vez ocurrió: "Vino la pelea

Firpo-Dempsey y en cada casa se lloró y hubo indignaciones brutales, seguidas de una humillada melancolía casi colonial"¹.

La vida desilusionada

Ortega decía no haber conocido en la historia épocas de reacción; el alma revolucionaria que agota sus impulsos es sustituida por un alma desilusionada.

Marta Lynch (Marta Frigerio Lynch, argentina) escribe en 1965 la novela *Al Vencedor* que revela la desolación de lo cotidiano al término de una dictadura revolucionaria. Libro capital, entresacado de la espesura urbana y abandonado a la postre en la intemperie pampina, en un poblacho que recibe, amortiguados, los ecos de la intensa vida del puerto. Marta Lynch se cuida de no atropellar a sus personajes imponiéndoles cualidades, lucubraciones, sentimientos o inquietudes *ad hoc* que faciliten luego deducciones trascendentes. Se parecen a los "banderómanos" de Louis Ferdinand Céline, definitivamente indefensos, como residuos de la ciega molienda vital. Un campesino que durante catorce meses ha cumplido el servicio militar en la *colimba* de Buenos Aires, sale a la calle como en una primera salida a la vida, roto, endurecido, medio hambriento, sin destino. Sale del regimiento con un *Tulio*, argentino reciente y dueño de las mil *vivezas* necesarias para explotar a su acompañante.

De entrada, Marta Lynch da el tono asordinado de la vida sin esperanza: "Yo creí que podría desprenderme de Tulio ya en la puerta del cuartel. Pero no fue así. Trotaba a mis espaldas como viniera haciéndolo desde que los dos entramos en la colimba, el verano anterior, hace ya catorce meses y casi nos parece una vida. Cualquiera hubiera dicho que habíamos pasado allí un tiempo demasiado largo, y eso ocurría, aunque yo recordase siempre lo que me esperaba y también lo que dejara atrás. Lo recordaba de una manera especial como seguramente ahora recordaba el cuartel, la sala de guardia y hasta el sargento Chaves que era casi un delincuente o al teniente Plá que era un buen tipo. Porque la gente como yo re-

¹Recientemente hemos leído el libro de Luis Harss, *Los Nuestros*, escrito originalmente en inglés, en colaboración con Bárbara Dohmann (Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1966). El libro es útil en la medida en que Luis Harss reproduce conversaciones tenidas con Julio Cortázar, Alejo Carpentier y otros, sobre todo ciertos juicios de autocrítica que algunas veces traslucen propósitos secretos de cada novelista. Las declaraciones de Cortázar resultan sorprendentes por la diferencia que existe entre lo que vemos en su obra y lo que él dice haberse propuesto.

Luis Harss, que es chileno nacido en Valparaíso en 1936, se adjudica el derecho —muy natural, después de tanto viaje y de tanto dinero gastado en visitas— de anteponer un prólogo y de intercalar comentarios. Ambas cosas quedarán, de seguro, como testimonios de la indigencia cultural y de la incapacidad irreversible que padece cierta crítica, muy cominera y muy nueva, para sentir y valorar la literatura de habla española.

Harss ha conseguido editar lujosamente sus pintorescas necedades. En su *Prólogo* y, luego adentro, dice que pertenecen a la literatura panfletaria libros como "el truculento *Martín Rivas*, de Blest Gana"; que con Cervantes "termina la historia de la novela española"; que después no ha pasado nada porque ha faltado "el fundamento, la infraestructura cultural que la novela necesita para funcionar"; que "los narradores del 98, supuestamente dedicados a la renovación, lograron poca tracción introspectiva". Finalmente, en la página 284, se lee que entre los libros cursis de la *Maga* —notable personaje de Cortázar— se cuentan los de Galdós.

Luis Harss no sabe de qué está hablando. La tendencia que le domina, a él y a tantos otros, se fundamenta en una vergonzosa necesidad, común y notoria, de los desarraigados: destruir todas las esencias antagónicas. Algo más de lo que muestra habría aprendido Luis Harss, sin moverse de Valparaíso desde 1936.

cuerda lentamente sin que nada nos aflija demasiado porque de todos modos, es igual".

La novela de Marta Lynch es buen ejemplo del nuevo realismo urbano que maneja el instrumental de la ciudad, el tráfico callejero saturado de olores de repostero. Lo dado es cualquier cosa; todo puede servir en la situación adecuada.

El par de licenciados de la milicia se desliza por las calles, afectado por un extrañamiento espectral. La novelista da curso a la fluencia interior en las alternativas habituales que presenta la vida urbana: "En la pizzería hacía aún más calor. Sentí ese fuerte olor a grasa que fuera señal de que estábamos en domingo, la forma como Tulio y yo distinguéramos durante catorce meses el descanso de la ruda semana de instrucción. Generalmente lo pasábamos peor. Vagábamos los dos por las inmediaciones de *Retiro* y nos sentábamos en un cine del bajo que daba películas rusas. Maldito si me importaban a mí las películas rusas, pero lo bueno era estar a oscuras, no tener que contestar a Tulio durante un par de horas y descansar los pies. También recorríamos los negocios de la *Recova* donde mirábamos en silencio siempre las mismas cosas. Por ejemplo: un saco de cuero con forro de cordero que costaba setecientos cuarenta y ocho pesos, un mate de plata en la compraventa de un judío y las camisas de sarga verde oliva que decían en un papel con tinta: muy barato. Tulio me decía siempre: comprátelas. Quizá lo decía sabiendo que no tenía plata. Quizá sería por eso".

"El de la pizzería nos atendió desde el mostrador. Cuando trajeron la cerveza Tulio se la bebió de un trago de modo que el frío del líquido le hizo soltar las lágrimas. Después pidió más. Entró una chica que quería hablar por teléfono. En catorce meses no habíamos tenido una mujer aunque Tulio amenazaba siempre con que iba a llevarme a la casa de una tía para que me acostara con ella. Pero ni la tía ni la casa habían aparecido. Y ya hacía catorce meses que no tocábamos una mujer. La chica pidió el teléfono con una voz extraña, como si hubiera estado gritando toda la mañana. Tenía un trasero grande fuera del cinturón de cuero; la pollera al caminar se subía un poco y mostraba dos grandes pantorrillas blanco azulado. Era rubia, teñida, cara de nena. Digo yo que no tendría más de quince años y se había prendido del teléfono haciéndose la distraída. —Ché, mirá —dijo Tulio con los ojos fijos en el trasero".

La picaresca de estos dos sujetos es muy compleja en la ciudad, y trágica en la remota población perdida en la pampa. Allá también resuenan los engranajes del Estado, indiferente ante la angustia personal, sólo poder ciego, desalmado como el que presiona invisible en las novelas de Kafka.

Marta Lynch se detiene, a veces, ante la chacra raquítica, el pastizal escaso, algún caballo ya muy torcido, algún automóvil oxidado que se aleja entre nubes de polvo. No es ese su tema. Pero cuando su protagonista va a echar una carta al correo, ahí en Balde, en el poblacho terroso; cuando toma contacto con uno de los tentáculos que alarga la gran ciudad porteña, entonces, sin esfuerzo, en el tono de una atroz melancolía, muestra la cara de la desgracia indefensa, sin recursos para quebrantar la incomunicabilidad que corroe la vida de las poblaciones contemporáneas. Sería excesivo citar la irritante escena descrita entre las páginas 152 y 155.

Lukács, ha afirmado alguna vez que el ciclo burgués de la novela ha señalado la totalidad de los objetos. Queda por manifestarse, a su juicio, "la totalidad dramática", que tiene otro contenido y otra estructura, dirigidas ambas a la comprensión total de las imágenes de la vida (*Revista de Occidente*, abril de 1966). Me parece que hay alguna exageración en el juicio del gran pensador. El genial ciclo burgués de la novela puso en evidencia la totalidad dramática de la vida que

manejaba, desde Balzac (que llevaba una sociedad entera en la cabeza) hasta Henry Miller, maestro del *harakiri* literario. El nuevo realismo que postula Lukács expresará, sin duda, la totalidad dramática de una vida distinta, llámese realismo socialista o realismo a secas.

Esta novela de Marta Lynch admite comparación con el extraño y abismante libro de Alexander Solzhenitsyn: *Un día en la vida de Iván Denisovich*.

El escritor ruso reduce a cero la perspectiva vital de su personaje sumergido en el campo de concentración, pero no pretende convertirlo en un caso representativo ni en símbolo trágico de la era staliniana. No encaja mensajes al lector. Ambas novelas respetan el detalle de la vida, su materia peculiar. Muestran simplemente lo que pasa, las formas aberrantes que puede alcanzar la vida sin ilusión que acecha detrás del idealismo revolucionario.

Hay, desde luego, matices y diferencias. El protagonista argentino no sabe muy bien qué le ha pasado, qué fuerzas proyectaron su vida en la desorientación: el hombre de Buenos Aires que esta novela perfila no sabe dónde va, carece de brújula.

Iván Denisovich, en cambio, conoce exactamente los términos de su situación, su origen histórico, su probable futuro, y acepta el reto de una circunstancia atroz que cultiva tenazmente para extraerle, en agobiadora porfía, algunas gotas fugaces de vida feliz.

Acontecimiento y novela

Por mucho que se niegue el peronismo —lo que es muy fácil—, no hay manera de desconocer la importancia social que tuvo para la Argentina, ni minimizar los efectos que el rebalse de ese movimiento produjo en otros países del continente. El terror policial, el atropello institucionalizado son reactivos que prueban con gran eficacia el rango de algunas identidades humanas que, al abrigo de la vida normal, parecían lo que no eran. Es un tema imprevisto; el novelista se lo encuentra a quemarropa, enmarcado en fechas precisas, sin buscarlo. Se le mete violentamente en la vida y llega a partírsela. Se da, también, el caso de pulverizaciones como la de Zweig en el centro de Europa y la de Unamuno en Salamanca. Las numerosas novelas de la guerra civil española son la prueba concluyente de la fertilidad literaria que tiene la vida amenazada. Novelas escritas al filo del terror en el corazón de las ciudades españolas; ficciones de estructura similar por debajo de calidades y talentos. Es el tema que con motivo propio reactualiza Beatriz Guido en su obra *El incendio y las Visperas*, expresión ingeniosa y elegante del asedio que practica el poder ilegítimo en la intimidad personal. La historicidad de los hechos obliga a la escritora a consignar la fecha exacta en que los hechos relatados ocurrieron. José María Gironella hace lo mismo, e Ignacio Agustí ha dado al tercer tomo de su enorme folletón el título *19 de Julio*, día que sigue a la iniciación del conflicto español.

Beatriz Guido acota como subtítulo: 17 de octubre de 1952-15 de abril de 1953. Fueron días en que la vida del argentino alcanzó alteración extrema; quedó trunco su curso habitual y una oleada de vileza la traspasó de arriba a abajo. La vida es lo más importante que hay para cada cual en este mundo; una de sus categorías es la intimidad. Cuando se pierde ésta, cuando la vida es desalojada de sí misma y enajenada, se torna inauténtica, es decir, ilegítima.

El poder ilegítimo crea vida ilegítima, como el demagogo crea dictadura. Nadie puede proyectar lo que no tiene ni es: tener estructura impide crear estructura, ha dicho von Uexküll. En las ciudades argentinas se tuvo, por aquellos días, la sensación de vivir en el vacío, hecho que una generación no puede olvidar.

La descripción, desbordante de matices, que realiza Beatriz Guido de aquellos

días aciagos ha estremecido a sus compatriotas que coparon repetidas ediciones (la primera edición es de noviembre de 1964; la novena, que hemos leído, de junio de 1965. Nueve ediciones en medio año).

Tiene Beatriz Guido, como Cortázar, el gusto por la ironía, por las sugerencias crípticas y por la filigrana. No se apura por dar a su obra una especial significación *anti* o *pro*; no participa, al parecer, en la polémica que mantienen el *arte-instrumente* y el *arte-fin*. Simplemente construye su novela con datos frescos del enorme contexto social, que domina como a un limpio teorema.

El poder ilegítimo se hace presente; apremia el hogar orgulloso de la más rancia aristocracia. Hombres elegantes, cultivados, deben sonreír, eludir, dar largas, conceder de pronto algo. El poder ilegítimo lo penetra todo: se ha visto a Juan Duarte tomando el sol en la piscina exclusiva del Jockey Club, infranqueable hasta entonces para un Duarte; su atrayente hermana Eva ya pisa en Argentina con la fuerza y el desenfado de un Rosas. Grupos de estudiantes complotadores, de Filosofía y Letras, de Medicina, de Leyes se juramentan para jugarse la vida. *Pradere*, aristócrata refinado, asume por imposición de la dictadura la embajada en Uruguay, mientras su mujer juega lances de otoñal erotismo. Entreverada con ellos la hija, *Sofía*, pendula entre un estudiante, que al fin terminará flagelado por la policía, y el mundillo decadente de ricos de todos los cuños. Es una silueta inquietante, generosa en perfiles literarios, tipo humano muy representativo cuyas variantes aprovechan distintos novelistas. *Sofía Pradere* enlaza con *Alejandra*, de *Sobre Héroes y Tumbas*, la desconcertante novela de Sábato; con *Claudia Lavalle* en *Los Premios*, de Julio Cortázar; con *La Maga*, de Rayuela; con *Irma*, la de *El Resentimiento*, último libro de Mallea.

Enrique Lafourcade es un afortunado buscador de temas. Chile no produce, todavía, *perones* que muevan tragedias y, también, buenas novelas. Lafourcade no se interesó por el dictador argentino que tan buenos dividendos aportó a la narrativa bonaerense. Fue a lacear uno más lejano, en el Caribe de los Trujillo. En competencia con la burocracia internacional de viajes y dólares, levantó su propia figura de internacional de la novela en *La Fiesta del Rey Acab*. A diferencia de los escritores argentinos, en vez de novelar la vida como consecuencia de la dictadura, construyó su relato desde el dictador mismo, desde el fondo de su estómago atiborrado de deliciosos manjares.

Las raíces intrahistóricas que alimentan los acontecimientos públicos han sido mostradas entre nosotros cuando la ocasión se presentó. *Sesenta Muertos en la Escalera*, de Carlos Droguett, es una condensación magistral de oscuras vivencias que afluyen, por razones diversas, por canales caprichosos a un azar común en la trágica escalera del edificio céntrico. El libro se publicó hace catorce años y ya fue, por lo visto, olvidado por los que organizan ahora los funerales de la novela chilena. Podría agregar que uno de los sostenedores de nuestra narrativa —tal vez el mayor—, Raúl Silva Castro, ha expresado en su *Panorama Literario Chileno*, que al libro de Carlos Droguett le sobran páginas, que es pueril. Yo no sé cómo se ha de salvar el prestigio de la novela chilena de este *capote* que le propinan amigos y enemigos.

Un formalismo, ya declinante, y ciertos tópicos argumentales cada día más desacreditados, dejaban fuera de la zona de atención novelesca numerosos oficios, profesiones sin brillo, artesanías humildes que hacían falta para completar la totalidad de la vida. Ahora vale todo: carabineros, boxeadores, jinetes, etc.

Pío Baroja manifestó, cierta vez, la molestia que le producía el afán de seleccionar los personajes de novela como si se tratara de un concurso de antecedentes.

Ahora entran todos

A Baroja le irritaban las recetas: "Lo primero que me molesta al pensar en meter mi novela en la férula estrecha de una unidad, es tener que reducir el número de personajes, el hacer una selección de los tipos vistos y pensados y no dar entrada más que a aquellos de buen aspecto. Tendría uno que poner en su barraca un cartel parecido al que solía haber hace años en algunos bailes de Valencia: no se admiten caballeros con manta. Tengo yo pocas condiciones para bastonero de baile o para señor de la burguesía que quiere reunir una tertulia de gente distinguida. Me parece que todos mis tipos, un poco irregulares y tabernarios (es la calificación que han merecido mis personajes de un reverendo padre jesuita), reclaman su puesto en mi tablado. "¡Qué se va a hacer!"

Y agregaba el novelista, sonriente y paternal: "Queridos hijos espirituales: todos entraréis, si no en el reino de los cielos, en mi pequeña barraca; todos pasaréis adelante, los buenos y los malos, los imaginados y los soñados; los de manta y los de chaquet con trencilla, los bien contruidos y los deformes, los muñecos y las figuras de cera. Los más humildes tendrán su sitio al lado de los más arrogantes. Nos reiremos de los retóricos y de las gentes a la moda, de los aristócratas y de los demócratas, de los exquisitos y de los parnasianos, de los jóvenes sociólogos y de los que hacen caligrafía literaria. Seremos antialmanaquegothistas y antirrastacueiros. Saltaremos por encima de las tres unidades clásicas a la torera; el autor tomará la palabra cuando le parezca, oportuna o inoportunamente; cantaremos unas veces el *tantum ergo* y otra el *Ca ira*; haremos todas las extravagancias y nos permitiremos todas las libertades" (*La Nave de los Locos*; prólogo).

*La novela
chilena, des-
deñada*

El entusiasmo despertado por los libros de Cortázar, Fuentes, Carpentier, Vargas Llosa, Sábato, Benedetti y algunos más, ha llevado recientemente a la crítica chilena, atrincherada en periódicos y revistas, a analizar los valores de nuestra producción, aunque no ha existido propiamente análisis sino opiniones muy de hombre a hombre. Ha dominado en el barullo un masoquismo muy sintomático, un regusto por la humillación que encubre sutilmente las secretas apetencias del *parvenu* intelectual. Las excelencias del vecino, a la larga, desazonan al arribista que es siempre un desarraigado de su propia vida.

La vida es el negocio de los novelistas, como —según Kant— viene a ser la metafísica para los filósofos. La vida chilena, en su totalidad, ha sido retenida por la novela; asordinada, es cierto, pero esta es una cualidad de la vida del chileno y de la del novelista. Si se acierta a retener su acontecer siguiendo el ritmo verdadero de su paso, vigilando los contrabandos que suelen introducirse a favor de un buen oído literario y de una memoria inconsciente, se habrá cumplido con un mínimo muy alto. Se tiene presente la docena de buenas novelas escritas en México, Argentina, Cuba o Perú.

¿Y las otras? Bueno, las otras son ... producción, decoroso rendimiento profesional, oficio. La gran novela es una de las cosas más raras del mundo, una increíble casualidad que sobreviene cuando el escritor conjuga su experiencia del mundo y la expresión que le corresponde, en una identidad que responde a la inmanencia, a lo que la vida, en su fugacidad, configura como problema de una época. La auténtica literatura expresa parcialmente modos de existencia peculiares de la colectividad. No tiene sentido lamentarse de que Alberto Blest Gana no narrara vidas a lo *Karamazov*. El gran novelista dio el carácter esencial de la tipología chilena, llevando por primera vez a escena a los mismos seres que en nuestros días pululan en los diversos estamentos. Blest Gana moldeó estéticamente el material básico de nuestra sociedad; fiel a su tema, lo elaboró con segura visión de su inmanencia.

Como la vida chilena no da un *Stavroguin* ni un *Demian*, y es difícil engañar con hipóstasis, no tiene sentido reclamar de la ausencia.

Primero tendría que demostrarse que carecen de valor novelas como *El Roto*, *Va'paraiso*, *la ciudad del Viento*. *La Viuda del Conventillo*, *Un Perdido*, *Más Afuera*; las novelas de Manuel Rojas y sus dos promontorios: *Lanchas en la Bahía* e *Hijo de Ladrón*. Reléanse *Angurrientos*, *La Sangre* y *la Esperanza*, *Ránquil*, *Roble Huacho*, y, todavía, *Coronación*, *Novela de Navidad*, *Caballo de Copas*, *Sueldo Vital*, *El Río*. ¿No hay novela en Chile? ¿Dónde se escribieron *Gran Señor* y *Rajadiablos*, *Frontera*, *Cuero Duro* y la deliciosa *Arenas del Mapocho*, de Puelma?

No voy a estirar la bibliografía. Negar la novela chilena es responder a una pregunta hasta ahora no formulada, ésta: ¿qué debe ser la novela chilena y por qué es como es?

La primera parte de la pregunta se responde mencionando la, para mí, más notoria categoría del género; la novela es el correlato épico de la vida, el calco de su forma real o de sus posibilidades. La novela chilena, naturalmente, cumple la exigencia y expresa los peculiares contenidos del vivir chileno.

La segunda parte de la pregunta nos desvía a un problema mayor, sembrado de incógnitas en torno al tratamiento verbal, técnico, argumental, y hasta estructural que nuestros escritores dan a la realidad. La cuestión engrana directamente con los modos colectivos de decir; con nuestro estilo verbal.

Es evidente que carecemos de facundia expresiva; hablamos poco y mal. En el trato interindividual —sustancia de la novela— usamos de preferencia la alusión, las indicaciones leves, muy significativas, por cierto, que dan a entender callando. Nos singularizamos por el manejo de palabras omniafusivas, famosas por su ubicuidad. Somos mónadas, impenetrables, cada uno en su secreta intimidad, incomunicantes. Los habladores son escasos; los reticentes, legión.

Una teoría de la vida chilena explicaría la opacidad que suele afectar a nuestras ficciones literarias como una *vis a tergo*. En la concepción de ellas y en su elaboración pormenorizada se sienten operar ingredientes profundos, de origen colectivo. Se trata, a mi parecer, de un lastre natural, sedimento de la vida diaria en este *Pais de Rincones*, como lo llamó Latorre. Vida de rincón: novela opaca de gentes que no gesticulan ni parlotean con desenfado como argentinos y mexicanos.

El aspecto negativo de esta tesis prueba, por otra parte, de modo concluyente que nuestra mejor narrativa es auténtica, responsable y capaz de registrar la esencia de la realidad que le es dada. Su asedio a la vida conduce a una forma segura de conocimiento.

Ernesto Murillo Costa: Una flor en el cemento

AL BORDE DE LA MARIHUANA

Deme las especificaciones que quiera y yo le fabricaré un hombre.

B. F. SKINER.

HOY LLEGO al borde de la marihuana
y llamo al mundo del caleidoscopio
donde el hombre anda en nubes de ama-

/ polas

y asciende por los vientos del delirio,
donde subir al cielo es tan sencillo
como reír a un lirio en el infierno,
como arder hacia adentro entre tinieblas
o establecer un pie sobre la lluvia.

Yo vengo al borde de la marihuana
a consultar porqué y de dónde vengo,
porque me han dicho que no soy quien

/ soy

sino un árbol cruzado de venenos
o un hilo angosto de perenne sombra
guiado por efluvios de electrones.

No puedo saber quién, pero estoy cierto
que alguien mató mi enjambre de mila-

/ gros,

mi tibia colección de mariposas,
las mieles y el amor de mis rosarios.

La Química ha venido a despertarme
en un día de nieves y quebrantos,
con la revista LIFE entre las manos,
bebiéndome un café con diccionarios.

Me dijo que si quiero ser amable
debo ser de rawolfia o promazina.

Si un ácido lisérgico me dicta
hacerme sacerdote o ser bombero,
debo cambiar de luna o uniforme,
trasladarme a la misa o al incendio.

II

No debo esperar más, mi pensamiento
está dimensionado en los matraces.
Puedo comprar un kilo de sonrisas
y guiar por su surco mis rosales.

Con un frasco yo creo en Jesucristo,
con el otro, Mahoma es mi Maestro.
Una sustancia me hunde en el abismo,
la otra me abre el cántaro del cielo.

Y yo soy un minúsculo instrumento
movido sin enigmas ni tableros.
Si digo que me gusta la hortaliza
no debe esto tomarse muy en serio.
Si digo que mi amor es un torrente
que aprisiona mis ojos y mi aliento,
debéis pensar que un gramo de productos
cambió de posición bajo mi pecho.

Traed por eso a mí los barbitúricos,
los opios, el alcohol, los sucedáneos.
Si no soy nadie quiero abrir mis copas
hacia un cantar de soles subterráneos.

Dejad que la violencia me destroce.
Permitidme este cielo de alcanfores.

MIEL DE ALTURA EN TOCONAO

En el albor de piedra, en Toconao,
un cunza abandonó su silabario.
Vinieron luego abejas siderales
y urdieron miel de altura entre los pá-
jaros.

El cóndor navegó por los abismos
y abrió senderos negros en el cielo,
pero cuando bajó hasta sus higueras
se sacó el uniforme de hechicero.

La nieve se hizo piedra amanecida,
el vino se hizo néctar de espesura,

la sidra se hizo almendra del almíbar
y el indio se hizo rostro de ternura.

La risa se paseó por sus cuarteles
y abrió secretos soles en el aire,
la minga hizo comicios de alas verdes
y puso en los trabajos amistades.

Y nadie se quedó fuera del tiempo,
crecieron el amor y las edades,
se colgó un nido mudo a ras del cielo
y se llenó de paz, candor y sangre.

AL ASCENSORISTA

I

Bebiendo un aire usado de pulmones
/ ajenos
entre ropas y olores, apreturas y afanes,
pequeño capitán de este enfermo navío,
trasvasijas el negro rumor de las ciuda-
/ des.

No amanece en tu mundo ni hay horas
/ en tus días
ni conduces estrellas ni viaja en ti el
/ crepúsculo.

Es una sombra sola de verticales rieles
uniendo por espasmos la tierra con el
/ humo.

Yo me pregunto, a veces, cuando la luz
te llega,
cuando crujen las piedras bajo tus pies
de lana,
cuando el agua te busca por las calles
/ ausentes
y llegan los clamores del viento y la
/ distancia.

¿Qué puedes decir tú, pastor del tedio,
hacia dónde tu agravio, hijo del vidrio,
roedor de la urgencia y la rutina,
larva del macetero del hastío?

..Hay hormigas en la ciudad.

T. D. RANDOLPH.

¿Qué puedes decir tú, yo me pregunto,
negador de las cuatro dimensiones,
hermano del arriba y del abajo,
funcionario de timbres y botones?

II

Cuando entro hasta tu sombra en las
/ mañanas crueles,
repletando de frío tu alcoba de bostezos,
cuando pongo a tu lado mis opacos di-
/ lemas
y circundan tu espacio mis ansias y mis
/ huesos.

Cuando a tu sombra avanzo, mis ojos
/ van pensando
entregarte mi mano de ignorado viajero,
hablarte largamente del mundo y sus
/ quehaceres
y contarte del aire, del mar y sus mis-
/ terios.

Quiero traer gaviotas a tu jaula de
/ anemia
y llenarte el cansancio de paisajes y
/ peces,
dejarte algunas lunas de plateados ful-
/ gores
y ocuparte el silencio con sueños y le-
/ breles.

O sacarte, tal vez, de tu mundo de azúcar,
de zapatos usados, bufandas y cenizas,
a arder, volar conmigo hacia celestes

/ nervios
y hablar alegremente del oro y sus espi-
/ gas.

III

Quiero darte mi flor de amor y nieve
aunque mi voz se quiebre con tus nú-

/ meros

y una puerta derrote el sortilegio
de este mudo mensaje que te oculto.

Yo me bajo en el quinto. ¡Hasta mañana!
volveré a tu uniforme y a tu gesto
un poco más caído hacia la noche,
un poco más cansado y soñoliento.

Retornaré a tu jaula y sus olores,
te diré buenos días nuevamente
y observaré la luna de tu rostro
midiendo tu distancia hacia la muerte.

MARYLIN

(Algo tenía que ceder).

Porque fue hallada desnuda en una cama
con su teléfono frío sobre la fría mano.

Porque una dosis mortal de barbitúricos
la hizo cruzar callada desde el sueño a la
/ muerte.

Porque no pudo encontrar una flor en el
/ cemento
y se buscó ella misma su último descanso.

Porque en su mundo de cartón mojado
llegar al cielo era llegar a Marilyn,

era entrar al celuloide por la puerta más
/ ancha,

era bailar el twist hasta sudar el alma
y acostarse y despedirse con el tiempo

/ justo
para lavar los calzones y las camisas
/ nylon.

Porque su sangre estaba inmensamente
/ viva

y era tan diminuta, tan de espuma y
/ manzana,
tan tenue de cintura, tan alegre, tan blan-

/ ca.
Y porque pudo ser feliz sencillamente
como la hija sencilla de un feliz botica-

/ rio.
Porque una selva oscura de vicepresi-

/ dentes
(que no han visto dormir a una oveja
/ sobre el pasto)

la condujo a su templo de taciturno
/ chicle

y ha empujado su espiga al vacío sin
/ nombre,

porque algo debió ceder,

esta noche la Estatua

de la Libertad bebe

nembutales con whisky

para poder vivir.

ANDACOLLO LA CODORNIZ DE COBRE

Desde la codorniz, aún más arriba,
abre su copa roja de quemados cerros

y despierta Andacollo a la ansiedad del
/ día

con su estrépito sordo de pasados sucesos.

Un río de relaves ha puesto el tiempo
/ al centro

depositando instantes con callada pacien-
/ cia.

Los estanques lavaron sus cansados colores
y ocultaron las huellas de agresivos es-

/ fuerzos.
Todo vivió y murió, quedó permane-

/ ciendo,
capas de vida y muerte sucesiva,

cayeron extendidas con la boca hacia el
/ viento,

esperando que un lúcido pájaro terrestre

venga a coger la flor perdida en este
/ cuenco.

Un libro de metal que hundió su sable
por entre quebraduras de oscuro sol ar-
/ diendo,

trae hoy su mano torpe y sus anillos
de antigua transparencia y sueños entre-
/ abiertos.

Todo se viene a ti cuando caminas
como en pasos sonámbulos de pretéritos
/ goznes,
todo llega por dentro conversando a la
/ sangre,
abriéndote un misterio de mineral men-
/ saje
de abruptas cosas muertas bajo el nivel
/ del cielo.

Caminas sobre el hierro y sus solares,
penetras por el llampo del terreno,
te canta un testamento de trapiches
moliendo tempestades y proverbios.

Si el cobre sale al paso no es gritando
estaturas gigantes y ordenados procesos,
el cobre viene solo como el trigo
ardiendo en cada mano del minero.

La plata, el oro, están bajo la sombra
abriendo pasadizos al recuerdo.

Ellos abrieron ya su abanico de alcurnia
y dejaron su espuma de paganos incien-
/ sos.

Algo quedó presente, algo camina
por entre curvas calles de tostado silen-
/ cio,
algo en la fe redonda de una virgen
/ minera
que avanza por la noche hacia los piques,
pone celeste pólvora en las grietas,
conduce nuevos sueños a los óxidos
y oculta entre los tules su barreta.

Alguien crece en el sueño,
Alguien abre la puerta del verde labe-
/ rinto
y lleva hacia las celdas del azufre
e inspecciona los mantos del olvido.

Vivió millones de años en la tierra,
Corrió por las veredas del diluvio,
cruzó la dimensión del primer día,
y estuvo en el momento en que nevaba
la gota blanca de metal fundido
sobre esta copa abierta entre las nubes
entre la codorniz y el firmamento.

AL CEREBRO ELECTRONICO

Amigo silencioso, con mis dedos
voy a sembrarte datos en el vientre.
Preñaré tus alambres interiores
y haré sacar un número a tu mente.

Tu binario pensar, tu inteligencia
trabajarán por mí mientras yo duermo,
mientras yo canto o juego o establezco
la ecuación personal de mi cerebro.

Después quiero rogarte que me ayudes
a ver o enamorar o a ser poeta.
Te pediré sufrir con mi alegría.
Te pediré reír con mi vergüenza.

Yo iré disminuyendo el territorio
donde se mueven mis constelaciones,
seré cada vez menos pensamiento,
tendré cada vez menos emociones.

Seré cada vez más un mecanismo,
más medido en la red de tus controles,
entregaré mi ser a tu conciencia,
llenará mi dolor tus transistores.

Pero cuando ya todo sea tuyo,
mi sangre, mi unidad, mi angustia sorda,
cuando esté traspasado a tus enigmas
todo lo que sustenta mi persona,
entonces, déjame ir, hermano frío,
déjame caminar a mi montaña,
déjame ser el hombre que he nacido,
deja que el sol me cruja en las espaldas.

Yo te entregó la herencia que he ganado.
Aloja en mi ciudad con sus venenos,
ocupa las alfombras que abandono,
respírate el smog que yo te dejo.

Estuardo Núñez: Ricardo Palma y los viajes

PRECEDIENDO a su experiencia de viaje por Europa, Ricardo Palma había recorrido intensamente el Pacífico en su juventud. Desde época muy temprana, los viajes han de estimular su actividad intelectual sobre todo en esos años decisivos de su mocedad.

Ricardo Palma en Chile

De tal suerte, Ricardo Palma, máxima y sugestiva figura del romanticismo peruano, no debe poco, en su formación espiritual, a los viajes. Adolescente todavía, entre los 18 y los 25 años, viaja por casi toda la costa del Pacífico, de Guayaquil a Valparaíso, como contador de barcos de guerra (la goleta "Libertad", el transporte "Rímac", el bergantín "Guise" y el barco "Loa"). Palma no ha dejado relato de este lapso de su vida, sino referencias poéticas aisladas y unos cuantos aportes verbales destinados a sus biógrafos, recogidos por su hija Angélica y algunos más consignados en su *Epistolario*.

Se trata de un viaje marítimo prolongado de varios años, con breves escalas en los puertos del litoral de Ecuador, Perú, Bolivia y Chile.

En esa época (entre 1852 y 1858) Palma aprovechaba sus horas libres de a bordo en afianzar su cultura clásica (leyendo la colección de Rivadeneyra) y también para escribir *Poesías* (Lima, Imp. J. M. Masias, 1855), su primer libro, y algunas obras de teatro. Empiezan igualmente en los puertos sus primeras vinculaciones literarias con autores extranjeros.

En esos viajes es protagonista del naufragio del "Rímac" en punta San Juan, en la madrugada del 19 de marzo de 1855. Al naufragio sigue la aventura de cruzar el arenal durante varios días, sin agua, y sin alimentos. No obstante, reanuda su vida marinera por varios años más.

Desde 1858, Palma se entrega activamente al periodismo. Colabora intensamente en la memorable *Revista de Lima*, reducto liberal y en *El Diario* (1860) y encabeza la campaña contra el Presidente Castilla, que ha roto relaciones con los liberales y se ha plegado a los conservadores.

La segunda experiencia viajera de Palma es la del exilio en Chile, a raíz del fracaso del complot liberal para eliminar al Presidente Castilla en 1860.

A bordo del *Florida* que lo llevaba al destierro, ha de escribir aquellos versos que empiezan:

Parto ¡oh Patria! desterrado...

Llegó a Valparaíso en enero de 1861 y residió allí por más de dos años, con algunas interrupciones. Durante su estada compone la mayor parte de los poemas de *Armonías* y colabora intensamente en *Revista del Pacífico* que dirige Alberto Blest Gana, en donde empiezan a publicarse sus primeras "tradiciones" y algunos estudios históricos. Entregado de lleno al culto de las letras, Palma también colabora en la *Revista de Sud América* de Santiago, de la que llega a ser co-director y donde protagoniza varias polémicas sobre problemas americanos de actualidad. Crecen entonces sus vinculaciones literarias con escritores de Chile, Argentina, México, Bo-

livia, Colombia y surge el plan de publicar el *Parnaso Americano* antología que debe reunir lo más significativo escrito por la nueva generación poética americana. Concluye allí, en Chile, su libro *Anales de la Inquisición de Lima* (1863) y publica un folleto titulado *Dos poetas - Apuntes de mi cartera* (Valparaíso, Ed. G. Helfman, 1861). Palma vive "alternativamente en Santiago y Valparaíso desde enero de 1861 hasta mediados de 1863".

Vinculado a los círculos intelectuales de esas ciudades y a la inquietud de los liberales chilenos, Palma aguza su capacidad polémica y la inquietud centrada en los ideales americanistas y democráticos estimulados por la creciente voluntad de intervención de los estados europeos (España y Francia principalmente) en la suerte y soberanía del Nuevo Continente.

Guillermo Feliú Cruz ha estudiado con laudable fervor esos años cruciales en la formación del escritor y ha proporcionado materiales invaluable para su biografía en dos nutridos volúmenes.

Corresponde a Palma —en esa campaña americanista— el mérito de haber promovido la formación en Valparaíso de "La Unión Americana", sociedad destinada a sostener y activar la relación entre los hombres de pensamiento y las naciones americanas y realizar con tales fines el propósito de reunir un Congreso de Plenipotenciarios, que habría de tener lugar años después en 1864 y precisamente en Lima, cuando ya Palma se encontraba en Europa.

Palma desplegó en Chile en abril de 1862 los mismos esfuerzos que su amigo y compañero de generación Manuel Nicolás Corpancho desenvolvía en México, como plenipotenciario del Perú y coincidían en los mismos ideales autonomistas y democráticos. A los pocos meses, en agosto de 1862, enviaba a "la Unión Americana" su adhesión a la causa de los republicanos mexicanos frente a los invasores franceses, que representaba en esos momentos el heroico comportamiento del general mexicano Zaragoza.

Acogiéndose a la amnistía decretada por el nuevo gobierno de San Román (que asumió el mando en octubre de 1862), Palma retorna al Perú y Feliú Cruz afirma que lo hizo "en los primeros días de agosto de 1863", o sea, después del fallecimiento del Presidente San Román ocurrido en abril de ese año.

El viaje a Chile fue singularmente valioso para su evolución espiritual y literaria. Templó su liberalismo y adquirió universalidad en su vida espiritual. En Chile había concluido su libro *Armonías*, pero al lado empezó a escribir las "tradiciones" y también algunos trabajos de investigación histórica como los *Anales de la Inquisición*. El pensamiento se hizo más riguroso y su prosa se volvió más segura y menos retórica. Su espíritu adquirió solidez de criterio y amplitud de visión, lo cual sería un valioso aporte para aprovechar mejor el viaje europeo que le esperaba.

Hay razones importantes para suponer que Palma viajó directamente a Europa, utilizando la ruta de Panamá, y con trasbordo en el istmo. En Colón (o Aspinwall) tomó un barco inglés que lo condujo —haciendo escala en St. Thomas— hasta Southampton, donde ve de lejos a Juan Manuel de Rosas, el tirano argentino, odiado por los liberales y desde luego por Palma, a quien éste hace protagonista de un poema en que lo califica de réprobo. Visita también Londres, pero muy brevemente, pues su meta ansiada es París. En la capital de Francia reside desde fines de 1864 hasta comienzos de 1865.

Palma ha contado en algunas cartas o algún prólogo que en Europa, además de Londres y algunas ciudades de Italia, visitó Bruselas. Pero en ello es parco y, en cambio, son muy nutridas sus impresiones de París y allí queda la huella de sus trabajos para la publicación de la antología sudamericana que venía preparando

*Palma en
Francia e
Italia*

desde Chile, aunque un tanto recortada a sólo los grupos poéticos del Perú, Chile y Bolivia. (*Lira Americana*, colección de las mejores poesías de Perú, Chile y Bolivia, París, Rosa y Bouret, 1865, 656 p. La 2ª ed. es de 1873). También ven la luz en volumen su segundo libro poético: *Armonías - libro de un desterrado* (París, Lib. Rosa y Bouret, 1865), puliendo y organizando poemas que ya había publicado parcialmente en Chile con el título ligeramente distinto: "Armonías del destierro" (véase *Revista del Pacífico*, Valparaíso, 1861).

Palma ha relatado con lujo de detalles su entrevista con Santa Cruz en Versalles, llena de reminiscencias históricas y personales. También su encuentro con Lamartine, su ídolo en la adolescencia: "Me pareció un simple mortal, con levita negra y corbatín de cerda; uno de tantos que pasean en el boulevard de la Magdalena". Ha hecho asimismo referencia a su estado de unos días en El Havre, hospedado en la casa de Luis Benjamín Cisneros, ciudad en la que años después aparecería su tercer libro poético *Pasionarias* (El Havre, Ed. A. Lemale, 1870). Hace contactos con sudamericanos ilustres como el peruano Ignacio Merino, el argentino Hilario Ascasubi, el brasileño Goncalves Dias y el colombiano Torres Caicedo. Con este último sucede el episodio romántico relatado en una epístola a su amigo Francisco Sosa (carta de 21 de diciembre de 1889):

"Desde Londres escribí (a Torres Caicedo) a París, anunciándole el día y hora en que debía yo llegar a esa capital, y me contestó que me esperaba en la estación del ferrocarril, pues deseaba que comiésemos juntos el primer día de mi permanencia en París. Aquí empieza el romance. Llego a París a las cinco de la tarde, no encuentro al amigo en el lugar de cita, envío mi maleta a un hotel, tomo un coche y doy la dirección rue Saint Lazare que era la de Torres Caicedo. Llego, me recibe un criado con aire sombrío, le pregunto por su patrón, me contesta que se halla en casa pero que no está visible. Contéstole con cierta petulancia: para mí no está invisible; pásele esta tarjeta. Vacila el criado, pero al fin me obedece. Un minuto después sale un hombre joven, y se arroja llorando en mis brazos y sin decirme palabra me conduce a otra habitación. En ella alumbrado por cuatro cirios estaba el cadáver de una joven de 22 años. No necesité explicaciones para adivinar lo que pasaba. Era la amada de Torres Caicedo, que había muerto casi repentinamente seis horas antes... con quien había vivido hacía 3 años". (*Epistolario*).

En París visita devotamente la tumba de Musset y conoce de lejos o de cerca a los poetas de la hora como Leconte de Lisle, Sully Prudhomme, Catulle Mendés y a los nuevos parnasianos Gautier, Baudelaire, Banville. Tal vez alguien le muestra al viejo Hugo y a Sainte-Beuve. Frecuenta los cafés literarios, las librerías, los salones de pintura. Alguna vez encuentra al viejo Alejandro Dumas quien se interesa por el Perú. Se aficiona por la poesía de Enrique Heine, a quien empieza a leer o traducir por insinuación del gran poeta brasileño Goncalves Dias. "En nuestras charlas de la rue Laffitte y de la Cité Bergère —cuenta Palma—, Goncalves Dias se empeñaba en hacerme leer las obras del vate israelita" que había muerto en 1856.

De la experiencia italiana quedan algunas huellas poéticas. A Carlos Augusto Salaverry dedica un poema titulado "Venecia":

*Heme aquí, peregrino de la América,
mirando audaz lo que Venecia fue;
y al cruzar sus canales en la góndola
su cementerio me parece ver.*

Otros rastros se advierten en los poemas "En Italia" e "Italia" y en algunas traducciones incluidas en sus libros poéticos.

El viaje a Europa dejó en Palma un saldo positivo. Por lo menos, depuró el romanticismo lacrimoso y sensiblero de sus primeras poesías. Lamartine y Hugo dejaron de ser sus modelos preferidos. Hay cierta desilusión o desencanto por la figura de esos vates que habían enfervorizado su juventud temprana. Reacciona un tanto contra la imitación fiel de los autores que entusiasmaban a su generación y por contraste, se afirma su destino de escritor en doble actitud: en buscar temas de inspiración peruana o americana y en preferir la prosa (de las "tradiciones") a la poesía.

(El fenómeno es similar al advertido medio siglo más tarde (1914) con el viaje europeo de Abraham Valdelomar. También éste habría de retornar curado de la imitación d'annunziana y, a más eso, afirmado en la temática peruanista y en la preferencia por la prosa).

Palma halló en Europa (a los 30 años y Valdelomar a los 26) lo que pocos hubieron esperado: la afirmación de su personalidad literaria y la liberación de influencias que estorbaban esa revelación. Trajo además un gusto depurado en la afición por Heine y otros poetas alemanes, lo cual significa como aporte cierto descrédito de la escuela romántica francesa y el culto de una lírica cabal y, de otro lado, la prosa irónica y la evocación crítica del pasado.

Cuando Palma regresa, no vuelve a escribir más poemas y renuncia públicamente a la poesía. El libro *Pasionarias* de 1872 es tardío, de contenido en su mayor parte producido antes de su viaje. En cambio, toda la energía del creador se empeña intensivamente en producir su definitiva obra en prosa: las "tradiciones peruanas".

Hay en la biografía de Ricardo Palma y a propósito de sus viajes, algunos puntos oscuros (o por él mismo oscurecidos), que sus biógrafos —su hija Angélica Palma, Raúl Porras Barrenechea y el más reciente, José Miguel Oviedo (*Genio y figura de Ricardo Palma*, Buenos Aires, Eudeba, 1965) — no han esclarecido. El más conspicuo y riguroso de ellos, César Miró, (*Ricardo Palma, el patriarca de las tradiciones*, Buenos Aires, Editorial Losada S. A., 1953) los señala en parte con perspicacia sin lograr la definitiva solución. Por eso queremos ofrecer una más documentada aportación que pone en evidencia los ingredientes imaginativos del supuesto viaje al Brasil.

Debemos volver la mirada un poco atrás para esclarecer la verdad en relación con el viaje mencionado. A poco de regresar de Chile, "San Román me nombró Cónsul en el Pará (Brasil) y viajé por Europa y Estados Unidos. A mi regreso entré en la revolución contra Pezet", cuenta el propio Palma (prólogo a *Las mejores tradiciones peruanas*, Barcelona, Edt. Maucci, 1917) y ésta es casi su única referencia concreta al hecho. Deben analizarse sus palabras con cuidado: el nombramiento no supone necesariamente viaje y la proposición siguiente expone concretamente "viaje" pero sólo con relación a Europa y Estados Unidos. En una carta muy posterior al hecho cierto o ficticio, Palma habla de "los pocos días que viví en el Pará". El cargo era en realidad en Belem (do Pará) o en San Luis Maranhao. Palma no hace referencia alguna a Belem, pero sí a San Luis.

■ Aquí hay dos cuestiones en que debe restablecerse la verdad: a) las circunstancias de su nombramiento y la fecha del mismo, y b) el viaje al Brasil y la estada en el mismo país.

■ a) En cuanto al nombramiento, la documentación que he hallado en el archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, permite asegurar que Palma no fue nombrado por el Presidente General San Román, quien gobernó sólo desde el

El viaje imaginario

24 de octubre de 1862 hasta el 2 de abril de 1863, en que falleció casi repentinamente. Ricardo Palma llegó del destierro en Chile, en agosto de 1863, ("en los primeros días de agosto de 1863 —dice Feliú Cruz— el desterrado (en Chile) se embarcaba con destino al Perú") cuando hacía ya varios meses que San Román había muerto y sucesivamente se habían hecho cargo del poder Ramón Castilla (por varias semanas), el segundo vicepresidente General Diez Canseco hasta agosto de 1863 y el primer vicepresidente General Pezet, a partir de dicho mes, en que retornó de Europa, casi al mismo tiempo que Palma de Chile. A raíz de su llegada, Palma debió ocuparse de sus proyectos literarios y sobre todo de dirigir la edición de sus *Anales de la Inquisición de Lima* que apareció en dicho año (1863), en Lima, en la Tipografía de Aurelio Alfaro. La edición de un libro era en esos años, tarea lenta y compleja y por lo tanto, debe suponerse que le ocupó muchos meses. No pudo haber en ese lapso ningún nombramiento de Palma como Cónsul en Pará, pues dicho cargo —como hemos comprobado en el archivo de Relaciones Exteriores— era desempeñado por lo menos hasta octubre de 1863, por don Adolfo Page. Según las fuentes administrativas, el nombramiento de Palma como Cónsul en el Pará sólo se hizo el 14 de julio de 1864 —según Resolución Suprema de esa fecha transcrita al ramo de Hacienda el 18 de julio de 1864, en la cual se fija "el sueldo de 2.000 pesos y demás asignaciones" (Archivos del Ministerio de RR. EE.)— y no antes. En consecuencia, de acuerdo con la fecha anterior, el nombramiento se hizo por el gobierno del General Pezet y no por San Román.

¿Por qué Palma trató de ocultar que su nombramiento fue hecho por Pezet y lo adjudicó a San Román? Tal vez para no aparecer como desleal o inconsecuente con su protector (Pezet) pues a su regreso intervino sin duda en la revolución contra el mismo ("entré en la revolución contra Pezet"), aunque el momento político y patriótico que en ese entonces vivía el Perú ante la agresión española y la ocupación de las islas de Chíncha, y los desaciertos gubernamentales de Pezet, justificaba cualquier inconsecuencia. Además el liberalismo ideológico de Palma —confundido con la causa patriótica— debió exigirle mantener su línea de conducta por sobre escrúpulos de orden personal.

b) Todo lo demás de la historia del viaje, ha sido el aporte de su hija Angélica en la biografía de su padre. (*Ricardo Palma*, Buenos Aires, Ediciones Cóndor, Editorial Tor, 1933). Allí dice Angélica lo siguiente:

"Pocos meses después de la aparición del libro de *Anales de la Inquisición*, a fines del 63 o comienzos del 64, se nombró a Palma cónsul en Pará (...) la impresión que en el literato limeño produjo el Brasil se concreta en dos palabras: deslumbramiento y bochorno; deslumbramiento ante el paisaje maravilloso de Río de Janeiro, ante la ciudad espléndida, ante la hermosísima exuberancia de la naturaleza brasileña; bochorno causado por la humillación y los dolores de la raza esclava, por la añeja pompa imperial, por el calor agobiante. La amistad del poeta Gonçalves Dias y los atractivos de las mujeres señalaron las más gratas horas de Palma en el Brasil; pero no permaneció mucho tiempo desempeñando el consulado en el Pará porque el clima abrasador y húmedo alteró gravemente su salud. Diéronle los médicos por toda receta el consejo de que cambiara de lugar y obtuvo Palma del gobierno peruano un año de licencia, que empleó en viajar por Europa".

Se echa de ver en este párrafo la imprecisión y falta de rigor histórico pues no se precisa la fecha exacta de la partida, no indica tampoco la ruta seguida por el viajero ni la fuente que se utiliza para estas afirmaciones. Además incurre en el

error de considerar que Palma y Goncalves Dias eran amigos desde Río de Janeiro, ya que el conocimiento vendría después, en París. Así refiere el propio Palma su amistad con Goncalves Dias:

"Hace veinte años (1864) que, en Francia, contraje estrecha amistad con Goncalves Dias, el más popular de los poetas contemporáneos del Brasil; la muerte de G. Dias fue duelo nacional para el Brasil, así por el aquilatado merecimiento del hombre de letras como por lo tristísimo de su fin. El poeta pereció en un naufragio, al regresar a la patria, y en poco estuvo que hubiéramos hecho juntos el viaje. Hallábame en San Luis de Maranhao, de tránsito para el Pará, cuando recibí la dolorosa noticia. Tres meses antes nos habíamos dado el abrazo de despedida en Europa, prometiéndonos renovarlo en América. El destino no lo quiso.

Goncalves Dias era entusiasta admirador de Heine y, en nuestras charlas de la rue Laffitte y de la Cité Bergère, se empeñaba en hacerme leer las obras del vate israelita...

Al despedirnos en París, me obsequió Goncalves Dias un ejemplar de las obras de Heine... (prólogo a *Enrique Heine — Traducciones* por Ricardo Palma, Lima, Imp. del teatro, 1886).

La biografía de Palma por su hija Angélica acusa una ejemplar devoción filial, pero en cuanto a exactitud de datos es cuestionable, apenas se analizan sus páginas con exigencia de precisión cronológica e histórica. La ficción novelesca —demostrada en el caso de *Fernán Caballero*, otra obra biográfica de Angélica— arrollaba el rigor cronológico. Por lo demás, había heredado de su padre tanto la aptitud para la ficción como la despreocupación por la exactitud histórica, y seguramente también tomó, de labios de aquél, relatos sobre su vida cuando, en sus últimos años, ya flaqueaba su memoria.

Lamentablemente, Raúl Porras (en su estudio "Palma y Goncalves Dias", en *La Prensa*, Lima, 7 de octubre de 1934) se basa casi fielmente en este testimonio de Angélica Palma, el cual parece que fue algo ampliado epistolarmente ya que Porras agrega que "fue acrecido por la misma escritora en carta particular", no mucho en lo sustancial y sí algo en lo imaginativo.

Dice Porras:

"Palma llegó a Río de Janeiro de tránsito para el Pará. El tradicionista no ha referido, por sí mismo, sus impresiones de Río. Pero su hija Angélica, en la biografía reciente de su padre nos dice algo sobre la estada de Palma en Río y el Pará (...). También estuvo Palma en Petrópolis en el esplendor de las hortensias y la primavera y (...) en sus avenidas vio más de una vez pasar a don Pedro" (...) de Río siguió Palma para el Pará y se detuvo en San Luis Maranhao, donde se hallaba en noviembre de 1964 "y allí le sorprendió la impresionante noticia de la muerte de Goncalves Dias en un naufragio (...). El escritor peruano estuvo en el Pará pocos meses. El clima le hacía daño a la salud. Obtuvo una licencia y regresó a Europa".

Raúl Porras agrega lo de la primavera y lo del encuentro con don Pedro en Petrópolis aunque rectifica a Angélica —y algo a sí mismo— cuando afirma una realidad indiscutible, en el mismo artículo citado:

"El traslado de Lima al Pará requería entonces un viaje previo a Europa. Palma se dirigió a Southampton donde vio a Juan Manuel de Rosas desterrado y huyó de él como de un réprobo".

Al parecer las afirmaciones de Angélica Palma se basan en simples conjeturas y apreciaciones muy subjetivas y sobre tal endeble testimonio elaboró Porras su versión. Se corre gran riesgo al creer al propio Palma, ya que su afirmación: "San Román me nombró Cónsul en el Brasil (Pará)" tampoco es exacta, conforme hemos visto.

Si partió del Perú en el segundo semestre de 1864 y viajó directamente a Europa y estuvo allí un año o poco menos, no pudo regresar sino muy entrado el año 1865 y habiendo estado semanas y tal vez meses, en Estados Unidos, cabe preguntarse en qué momento pudo llegar al Brasil.

En verdad, el nombramiento de cónsul en Brasil fue un pretexto oficial para que el joven liberal recibiera justa compensación por un largo exilio en Chile y pudiera viajar a Europa.

A César Miró —escrupuloso y ágil biógrafo de Palma— le asalta fundadamente la duda de si realmente Palma llegó a desempeñar el cargo de Cónsul en Brasil. Los archivos de la cancillería nada dicen de sus actividades burocráticas en el consulado de Belem y llega Miró a la conclusión de que el nombramiento:

"le sirvió únicamente, si leemos entre líneas en su propia declaración, para viajar por Europa y Estados Unidos, aprovechando las ventajas de unos pasajes y un pasaporte oficial".

(César Miró, *Don Ricardo Palma el patriarca de las tradiciones*, Buenos Aires, Edit. Losada S. A. 1953).

Era normal en esa época —como apunta Porras— que para trasladarse de Perú a Brasil, debía hacerse la ruta indirecta de los barcos hasta Europa y de retorno llegar a la costa brasileña. Palma había viajado en efecto de Lima a Panamá y luego en vapor inglés con escala en St. Thomas, hasta Southampton y Londres. Si el regreso fue por Estados Unidos, se confirmaría la tesis de Miró de que Palma nunca llegó al Brasil ni menos a Pará.

Es importante contestar también esta interrogante ¿hasta qué fecha permaneció Palma en Europa? En el prólogo de *Lima Americana* (París, 1865), afirman los Editores Rosa y Bouret, que Palma entregó los materiales para el libro "hace seis meses", estando en París, y el dicho prólogo lleva fecha 19 de abril de 1865. Según esta afirmación Palma residió en París cuando menos hasta fines de 1864, como lo corrobora también una carta y un prólogo consignados por Feliú Cruz, que están fechados en París, el 6 y el 15 de noviembre de 1864.

La estancia en París hasta comienzos de 1865, se confirma con la cita de J. M. Torres Caicedo en el prólogo de *Armonías*, en donde éste sostiene, con fecha de enero de 1865, que Ricardo Palma "actualmente reside en París".

Para el regreso a América a comienzos (tal vez en marzo o abril) de 1865, Palma escogió el barco de la carrera para Nueva York, en donde reside por lo menos hasta abril o mayo de 1865. En este puerto encontró al poeta colombiano Rafael Pombo y al maestro de los románticos peruanos de años antes, el poeta español Fernando Velarde. En Nueva York debe esperar un barco con destino a Panamá para continuar al Perú. Dentro de esas semanas de Nueva York se había producido el final de la guerra de secesión norteamericana y a poco, en abril de 1865, el asesinato del Presidente Lincoln, que produce en el ánimo de Palma profunda impresión y que tanto conmovió su fibra liberal.

En tal forma, si Palma estuvo en el Brasil sólo pudo hacerlo de paso, al regreso de Europa, y cuando ya lo urgía el retorno al Perú, vencida o estando por vencerse, la licencia de un año que había obtenido para visitar Europa. Cronológicamente no

hubo casi lapso libre para esa visita, pues si conoció a Goncalves Dias en 1864 y estuvo en Francia hasta comienzos de 1865 y en Estados Unidos hasta después de abril de 1865, y este mismo año (y no en sus finales) arribó al Perú, no quedó prácticamente tiempo para una estancia ni siquiera muy breve en el Brasil, ni menos para extender la gira más allá de Río de Janeiro.

La posibilidad de que Palma viajara al Brasil, desde el Perú y antes de visitar Europa, queda descartada. Que hiciera el viaje al Brasil después de haber visitado los Estados Unidos de Norteamérica hasta más allá de abril de 1864, tampoco es posible, pues no había posibilidad de venir al Perú directamente desde Brasil y tampoco hubo tiempo suficiente. Queda entonces una tercera posibilidad: la de que tocó muy brevemente el Brasil de regreso de Europa (entre febrero y abril de 1865) y que en Río de Janeiro tomó el barco que lo llevó a los Estados Unidos y luego desde este país pasó al Perú por la vía de Panamá. O, finalmente, la cuarta posición: la de que nunca llegó al Brasil, o sea, la tesis del viaje imaginario.

La ficción del viaje hasta Pará elaborada por don Ricardo se explicaría para acallar críticas o exigencias burocráticas o acusaciones de orden administrativo, por haber percibido renta o pasajes sin haber desempeñado ni haber tomado posesión del cargo. Los fueros de la cultura nacional justificarían, en todo caso, la liberalidad tomada por el gran escritor. Palma no sólo era merecedor de un viaje que fue intensamente aprovechado y disfrutado, sino de muchas otras compensaciones que la vida y los hombres de su país le negaron como a tantos otros representantes de la cultura nacional.

Si bien el viaje a Europa y Brasil resultó intelectual y vitalmente muy productivo y benéfico —y sin duda trascendental para su destino de escritor— en cambio financieramente no fue brillante. Ricardo Palma quedó deudor del Fisco por un importe de 3.200 pesos, (según liquidación de 14 de abril de 1866, firmada por Juan Vicente Camacho, Oficial intérprete encargado de la Sección Contabilidad del Ministerio de RR. EE. que obra en el archivo de dicho Ministerio) por adelantos de sueldos, descontados gastos de viaje y tres meses de sueldos por licencia, según se dice, obtenida del Plenipotenciario del Perú en Londres.

La última experiencia viajera de Palma que se desenvuelve entre agosto de 1892 y mayo de 1893, coincide con la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América, y se limita a España. Volvía a Europa después de casi 30 años, y a los 60 de su edad y ahora era el escritor maduro y de fama acogido en los más altos círculos de las letras españolas. Muy de prisa estuvo en París para seguir (por Burdeos, Biarritz, San Sebastián y Burgos) a Madrid. Palma tenía investidura diplomática para representar al Perú en las celebraciones del IV Centenario del descubrimiento de América, al Congreso de Americanistas y a un Congreso Geográfico. En Huelva estuvo el 6 de octubre y en Sevilla el 12. Luego sigue a Granada, Córdoba y Madrid. Ha variado su actitud: en la juventud su admiración por las cosas notables era plena, más en esta segunda oportunidad su espíritu crítico se ha afinado y a veces hasta en un tono rezongón. Reprocha en el Congreso de Americanistas "donde imperan los franceses" y poco los españoles y americanos, que haya "mucho de americanismo en los labios y poquísimo en el corazón".

Ricardo Palma en España

Su liberalismo se subleva ante las costumbres monárquicas imperantes en ceremonias y recepciones y rechaza "el hacer gimnasia con la cintura" o "la flexibilidad de la espina dorsal", en los reverentes cortesanos españoles.

Las apreciaciones costumbristas de Palma son un tanto superficiales. Se limitan a establecer el parecido de Madrid con Lima, de españoles con peruanos, y que

"en Cádiz, en Granada, en Málaga, no se ven más que caras limeñas", y que "la andaluza es completa limeña hasta en el rostro".

A partir de noviembre de 1892, después del recorrido por Andalucía, quedó en Madrid varios meses, cultivando nuevas amistades intelectuales. Son interesantes sus contactos personales —e impresiones directas— con José Zorrilla, Cánovas del Castillo, Marcelino Menéndez y Pelayo, Emilio Castelar, Juan de la Pezuela, Campoamor ("que ya no lee ni estudia y le tiene encomendado a Menéndez y Pelayo que lea y estudie por los dos"), Echegaray, Núñez de Arce, Joaquín Dicenta, etc.

Solía concurrir a las "tertulias de los lunes" en casa de la Condesa de Pardo Bazán (en donde encuentra a doña Blanca de los Ríos, Menéndez y Pelayo, Rafael Altamira, etc.) y a las tertulias de los sábados" en casa de Juan Valera (en donde halla a Zorrilla de San Martín, Rubén Darío, Francisco Sosa y José Alcalá Galiano). Afirma allí amistades epistolares antiguas y aproximaciones personales nuevas. Su aislamiento y poca afinidad con los congresistas de Sevilla y Huelva, encuentra compensación en la cálida acogida que le dispensan en Madrid sus gentes de letras.

Con los académicos discute acerca de los americanismos que se empeña en que sean incorporados al diccionario. Encuentra resistencias y Palma reacciona contra el espíritu conservador de la Academia, inflexible en lo que cree ser la defensa de la pureza de la lengua. Pero lo apremia el deseo de retornar y ya en marzo de 1893 se apresta a alcanzar el barco para el Perú en Barcelona, donde le impresiona "el palpitar de la vida" en lo material y lo espiritual.

La travesía le permite detenerse en Puerto Rico, Cuba y Panamá. Es importante —1893— su encuentro en La Habana o en San Juan con liberales cubanos empeñados ya en la lucha autonomista como José Varona, Ricardo Delmonte y Rafael Montoro, con quienes halla más identificación ideológica que con los hombres de letras españoles.

Sus *Recuerdos* y su *Epistolario* no acusan ningún saldo positivo de este viaje en un escritor ya formado y definido. Lejos de eso, se habían disipado muchas imágenes idealistas forjadas antes por la distancia y ahora esfumadas con la cercanía y el conocimiento directo. No era, por lo demás, un momento afortunado para las letras hispánicas, aquel que precedía al desastre del 98.

No obstante que de esta segunda visita a la madre patria ha dejado Palma un minucioso relato (*Recuerdos de España*, Lima, 1893), su significación es mucho menor que aquel anterior viaje a Europa (de 1864 a 1865) del que no escribió relación especial alguna.

Luis Oyarzún: Cosas de Colliguay y Cerro Viejo

CAMINOS FRAGOSOS, polvorientos en el pleno verano, ahitos de sol entre sus montes aún arbolados donde rojean las mutisias de encrespadas estrellas. Aquí se vive la paz de los huertos o "cercos", unida a la leyenda de las minas abandonadas. Silencio de hojazonas tranquilas, rumor de higueras estremecidas por el viento, con la quietud de los cantos de gallos a la redonda, los silbidos del juío, las vibraciones de madera del huidizo chercán. Todo está bien en el andar del día. Las últimas brevas, pálidas de sombra, rajadas de maduras, caen pesadamente con ruido de hojas removidas. Del más viejo peral del cerco cuelgan graciosamente, como en una *predella* de pintor flamenco, tres peras opulentas con sus hojas. Los parrones están cargados de uvas todavía verdes, pero ya frecuentadas de abejas. He dormido estas noches en un cuarto de adobes, al lado de una estancia en que guardan la paja de trigo para retechar la casa en el otoño, debajo de un enorme lagar. Todo parece armonizarse sin excesos ni estridencias ni pestes. Los abejorros zumban en acuerdo feliz con las tencas que se regodean con su propio canto. El tabaco florece en macetas de un rosa infantil de porcelana. La hierba del platero da densidad a la transparencia de las aguas mecidas por la corriente, "entre ovas y lamas". Unos pejerreyes absorben luz y sol, recostados en la roca del estero, como dormidos bajo dos pies de linfa.

La paz de los huertos

Mas, "cada cosa tiene su sombra", "cada árbol su historia" y así como las nueces caen precozmente devoradas por el gusano, las abejas estuvieron a punto de desaparecer en las fauces de lagartijas de pronto enfurecidas. Y así, también, este matrimonio de un anciano huertero y una cándida mujer lunática, que me pareció puro y tan simple como el de Filemón y Baucis, oculta, como todo, "temor y temblor".

Llegamos a la aventura, subiendo difícilmente el camino empinado que se eleva sobre los huertos más frondosos de Colliguay, que recuerdan a los de Caleu, con un paisaje más amplio de montañas y un valle más abierto. Algo tiene también de Mallorca en los colores del cielo y de la tierra, en la apretazón de árboles contra un fondo de cerros más áridos que el valle. Un encanto arcaico de vida en orden y en reposo, en un aislamiento casi completo, defendido por las altas cuevas y por la modestia de sus productos. Dice la tradición que aquí se refugiaron soldados españoles fugitivos después de la batalla de Maipo. Y algo habrá de cierto en eso, pues en el viejo peral del huerto extraje del tronco, donde estaba encarnada bajo pulgadas de corteza, una espuela castellana de guerrero, que me costó horas de sudor y paciencia sacar de su escondrijo. ¿Señalaría un tesoro oculto? ¿Una tumba improvisada? No se oyen todavía sino unas pocas malditas radios a pila y la luz eléctrica existe sólo en unas cuantas casas. Un autobús desvencijado y repleto cada día, que va y viene a Quilpué. No faltan veraneantes, pero, concentrados en las orillas amenas del estero de aguas deliciosas, no alcanzan a alterar la quietud de los huertos. Los árboles frutales alternan tan bien con la flora nativa, y desde tan antiguo, que parras centenarias suspenden sus racimos sobre el bulto oscuro de un bosquecillo de pataguas, florido de campanitas blancas. Los espinos vigilan el silencio aéreo de las teatinas. Los canelos son los custodios de las vertientes. Bandadas de garzas dan elegancia al cielo.

Hospitalidad en Colliguay

Me adelanté al auto que repechaba un recodo del camino y, entrando a una quinta plantada de parrones, me dirigí a un anciano, pequeño, calvo, de ojillos benévulos, que se movía lenta y sutilmente como un hortelano chino.

—¿Podríamos acampar aquí, debajo de este peral? Queremos hacer carpa por una o dos noches.

—¿Qué inconveniente habría, pues, señor?

Pero en ese instante sobrevino su esposa, doña Brígida, toda trémula, trotando a lo que le daban sus piernas, con la corta melena entrecana revuelta, las manos intranquilas, añosas y trabajadas.

—¡No, Juan! Qué vas a hacer. No les des permiso. ¿Cómo sabís si este señor es un hombre bueno cuando podría ser un malhechor?

—Señora, hágame el favor, nadie me ha encontrado nunca tal cara. Míreme bien y se convencerá.

Todo terminó por arreglarse con la llegada del auto y de Oscar, mi compañero de excursión, quien estableció inmediatamente una relación amigable y burlesca con la ceñuda mujer, que cambió de la tierra al cielo.

Ya dulcificada, sonrió y dio un salto con el impulso de una chicuela, brazos en jarra.

—Tiene que perdonarme el caballero porque yo soy loquita... He estado años en la Casa de Orates, pero nunca he sido mala y ya hace tiempo que estoy aquí tranquila con Juanito.

Miró tiernamente al mínimo anciano. Desde ese momento, para Oscar ya no fue Brígida sino Brújula o Bruja.

Hicimos la carpa bajo el peral visitado por pájaros golosos, zorzales, tordos, tencas, pitihues. Subimos al fin a la casa de adobes a compartir su comida en la cocina, en torno a un pequeño fogón.

Cantores a lo divino

Después de unos días nos mudamos a Los Pozos, legua y media más arriba, en el fondo del valle de Colliguay, al pie de los altos cerros que desembocan en Tiltil y Polpaico. Bajo el parrón pesado de racimos escuchamos a un joven tocador de guitarra, René Morales, muchacho de 15 años, que lo ha aprendido todo de su padre, don Alfonso, el príncipe de los cantores a lo divino de esta comarca. Algunos versos son sorprendentes:

*Miraba la desnudez
del balcón
con sus anteojos...*

Como el agua de la roca agrietada brota la poesía de don Alfonso difícilmente, gota a gota. En la calma transida de rumores del mediodía de la Arcadia, canta el gallo y el viejo juglar, de ojillos entrecerrados por decenios de humo, suelta la vertiente de su lamentación. Su mano afinando la guitarra parece una cosa independiente, el animal expresivo de la mano, autor del hombre, sobre las cuerdas que me hacen pensar en Pitágoras y comprender al fin su teoría del arco y la lira. La mano afina las cuerdas y se afina ella misma y se vuelve la fuente de algo tan bien terminado como un fruto. Hay una mata de claveles en una olla colgada del parrón. El viejo se queja de sus dedos, reclama de la vihuela, que el hijo adolescente repasa para acordarla bien. Sale el humo de la cocina por dos ventanucos abiertos en el tabique del rancho. Una gallina cacarea tan fuerte como si hubiera puesto una docena de huevos.

—¿Y los cantos de angelitos, don Alfonso?

—¡Ay, señor, ya no se mueren los niñitos chicos! Habría que matar angelitos para cantarles. Hay que hacer lo del Rey Herodes.

La boca tajada por la aridez de la tierra en este rostro consumido por las vigili-
as del riego y del trabajo sobre terrones cada vez más pobres, apenas sonríe cuando
las manos despiertan la melodía triste de la guitarra. El agua humilde y pura, esta
agua-Virgen-María, sale apenas de la piedra de la imaginación aherrojada, y brota
del canto con la historia de José vendido por sus hermanos. En este cuenco áspero
de las serranías de Chile revive Putifar en ritmos lentos, arábigos, punteados de
calma y de vitalidad contenida. El hijo admira el canto del padre, mientras un nieto
rubio, de ojos inteligentes, observa, como un canario desde su jaula. El Faraón
es evocado entre cantos de gallos revestidos de paramentos de huaso.

—Y estos niños, ¿estudian?

—Sí, van a la escuela de aquí, pero no tienen muchas clases y les enseñan muy poco.

—¿Y después?

—¿Después?

—Esta genticita menuda del Señor no puede seguir educándose. Todo está tan
lejos y es tan caro, señor. Nadie se preocupa de nadie. Salvo el Padre Vicente.

• • •

El valle parece también, como otros de Chile, "el seco riñón de Israel". En lo más
alto de las montañas de la Costa, entre atalayas rocosas que aún pueblan de algún
verdor los últimos quillayes y lingues, vive esta gente retirada del comercio humano,
apacentando sus ganados escasos, a la sombra de sus parrones, cultivando bolsillos
de tierra que producen lo poco y nada que la economía familiar necesita para
sobrellevar los inviernos. La madre, áspera y dulce como una pera membrilla, cuece
en las cenizas del hogar nunca apagado la tortilla de rescoldo, tan pródiga como la
tortilla corredora de los cuentos chilenos. Su nieta Liliana, una rubiecita de 7 años,
huérfana de madre, parece una estampa gótica de catedral del Loira. Sus 7 años
asumen la forma de los dientes que se le van cayendo y, en esta atmósfera de
cantares, ella también entona tonadas y cuecas con la voz destemplada de los niños
que creen que basta pronunciar los versos con alguna cadencia para que eso se
llame cantar.

• • •

El crepúsculo adquiere una calidad de oro negro y verdusco a través del follaje
de las parras. El trovador don Alfonso se hace rogar. No suelta así no más sus
décimas de la Biblia. Sonríe misteriosamente cuando habla del pelícano que se
picotea el corazón. "Al pelícano en Quillota lo sacan en procesión..." Doña Celia,
su mujer, se afana en las últimas tareas de la tarde. El joven guitarrista trepó a los
portezuelos a poner trampas a los conejos, perdices y codornices de las serranías.
Entre los zarcillos de las parras resplandece una tarde de ámbar viejo que va alejándose
sin moverse, pausada, grave, una postrera extremadura de colores. Los perros par-
ticipan del pan y del queso, hasta del vino. Aquí son personas en cuatro patas, con
tanta cara y tanta representación como los niños.

• • •

En la Quebrada Seca, buscamos a don Nolasco Morales, también cantor a lo divino.
De una casa en medio del secadal salí corriendo, casi diría rodando, un enanillo

demente que se ofrece para llevarnos a la represa donde el vate está podando unas parras y cosechando peras chatas y duraznos abollados. En esta bisagra de los cerros crecen con exuberancia sauces, vides, pataguas, perales, todos centenarios testigos de una antigua ocupación humana. En la aridez de la loma, al lado de la casa, la majadilla de cabras se precipita sobre las podaduras de las parras. Entre ellas, avanza a saltos una oveja que nació con las patas delanteras atrofiadas y torcidas y que ha sobrevivido gracias a la piedad un poco mórbida de esta familia montañesa. Hasta sus ojos están desviados y tanto me impresiona, que empiezo a verlo todo en desequilibrio, en imágenes desniveladas.

Don Nolasco es hombre grande y tranquilo, fornido, de gran nariz y de ojos claros. No sale de su pequeña tierra y vive de las parras y del menudo aprisco.

—El zorro nos roba las cabritas, señor. El peuco se lleva los pollos. A veces baja el puma de las serranías de Lepe y se ensaña con los mejores terneros. Aquí hay que pasar las noches con un solo ojo durmiendo.

En un cuaderno astroso de viejas canturías, don Nolasco guarda sus mejores versos a lo divino y a uno de ellos, dedicado al Apocalipsis, lo califica de "muy levantado". Allí es descrito San Juan Evangelista en su isla de *Palmo*, soñando con mundos y antimundos que me confirman y exacerban el desequilibrio de la mirada.

• • •

La vida en estos parajes altos del valle de Colliguay es una sucesión de mínimos afanes, cada uno difícil a su modo, a veces requeridor de verdaderas virtudes que muy pocos poseen en otras tierras. Hoy comenzó nublado el día, el primero de otoño a fines de febrero, con la fumigación de las abejas y la destilación de la miel en grandes depósitos de cinc agujereados bajo vidrio. El día gris no era bueno para fumigar, pero de todas maneras don Alfonso se protegió con una máscara de velo negro como un caballero medieval etíope y emprendió su larga faena, provisto de un fuelle humeador alimentado con fuego de estiércol. Después, bajo el cielo amenazante con nublados que se alzaban sobre los farellones, los hijos techaron la casa con cinc y paja de trigo, como adelantándose la alegría primitiva de la primera lluvia, que no cayó.

El trabajo de don Alfonso y sus hijos es armonioso y pobrísimo como el de unos pescadores de las islas griegas. Producen muchas cosas distintas en pequeñas, pequeñísimas cantidades que no alcanzan a ser comerciables, salvo los racimos que refriegan en su lagar, la miel y la cera de las colmenas, un limonar minúsculo. Uno o dos nogales, unos cuantos duraznos, manzanos, tomates, cebollas, ajíes y papas, un gallinero bien provisto y adornado con una pareja de patos bulliciosos. Es un mundo rústico que engloba sólo a la familia, generosamente aumentada con los nietos huérfanos de madre, los hijos que van y vienen desde sus quehaceres más o menos ocasionales en el valle abajo y los visitantes que suelen pernoctar, después de libaciones en *El Gallito*.

Dofía Celia, con sus trenzas cortas echadas hacia adelante, es la matriarca que mantiene siempre encendido el fogón. A la hora de comer nunca falta la tortilla o "churrasca" enterrada, que cuecen en un brasero. Ella no sabe leer. En verdad, en esta tierra cerrada como una alforja, tan alejada de toda exigencia mundana, nadie alienta mucho el estudio de los demás. El círculo doméstico se satisface tan poderosamente en sí mismo, que el muchacho René, el menor de la familia, llevado por el Padre Vicente a una escuela granja de Puente Alto, no aguantó más de un mes y se volvió. Ahora no quiere oír hablar de estudios ni desea salir de su enclave, un cervatillo que se resiste a abandonar el bosque de sus padres.

Don Armando Morales, también cantor —cuentan que en otro tiempo Colliguay hervía de cantores a lo divino, que cantaban dos o tres días con sus noches—, parece un noble gallo derrengado, con su nariz de General de Gaulle. El vive igualmente de sus chichas y limones y, tradicionalista extremo, añora los tiempos en que no había escuelas y primaban más que hoy las buenas costumbres. Atribuye una influencia nefasta a los preceptores, a diferencia de lo que pasaba antaño, cuando los vecinos pagaban a un maestro privado que enseñaba a sus hijos no sólo las primeras letras, sino las mejores usanzas de la vida.

Esta existencia arcaica tiene algo de la familia indígena, una familia primitiva que puede ser también polinesia y hasta puede asemejarse en su autosuficiencia a un convento o a una colmena. A don Alfonso, hombre de 70 años, enteco, enjuto, en nada se le nota el no practicar el hábito del baño desde hace varios lustros. Hijos y nietos se ven pulcros a pesar de la misma resistencia a las necesarias abluciones. Pareciera que los sucios somos nosotros.

Enrique, el niño canario de 9 años, vivo, listo y liviano como Gavroche, jamás ha salido de estas alturas. Cuando le pregunto:

—¿Has ido alguna vez a Valparaíso o a Quilpué?

—Qué voy a haber ido a Valparaíso si no'ai ido ni al Molino. De aquí no'ai salido nunca.

Nunca. Su mundo, como en los cuentos de hadas, se reduce estrictamente a éste que abarcan los ojos, menor que un condado y que una parroquia, a estos riscos entreverados de huertos en los espolones cordilleranos de la Costa. Pero, a pesar de todo, la cultura como cosa del espíritu y no de la técnica, hace de esta gente un reducto de humanidad mejor, más acordado en sí mismo y más hospitalario que cualquier grupo urbano, no sólo de Chile. Y este infante candoroso es más civilizado y espiritual que los niños educados de Santiago.

• • •

Si las colinas estuvieran plantadas de olivos, el paisaje de Colliguay sería enteramente mediterráneo, con la imaginación de la gente poblada de historias bíblicas. Los personajes folklóricos más familiares son aquí el Faraón, Moisés, José, Jonás. Sobre todo este último, que fascina a los montañeses con su prodigiosa historia de la ballena. En cambio, las estrellas no parecen interesarles mucho. Están demasiado cerca o demasiado lejos y son tan refulgentes que una noche me pareció estar en otro planeta, bajo otro cielo.

Los monarcas financieros de la parte norte del valle de Colliguay son tres ciegos, encabezados por el más hábil, don Pedro Celestino, quien lleva las cuentas de su despacho a donde todo el mundo acude, invierno y verano, con o sin plata. Es blando y generoso, nos dicen. Pero ¡ay del que no le pague! Tiene la memoria y la vista en las yemas de los dedos. Nada se le escapa. Goza de fama de multimillonario y afirman que mantiene una casa llena de mercancías, algunas de las cuales esconde cada vez que sus manos sutiles presienten alzas de precios. Lo cierto es que nadie le pasa gato por liebre. Reconoce los billetes al tacto. Viven los tres ciegos, ya viejos y solterones, asistidos por un joven sobrino, alrededor de su fabuloso padre, geronte de 100 años que ha vuelto a los balbuceos de la infancia y a los dientes de leche. La casa tiene por delante un pequeño corredor sombreado por una bignonia tan frondosa y espesa como una zarza, protectora de esta gente poderosa y sin luz.

Los monarcas ciegos de Colliguay

Cerro Viejo

Era bien difícil llegar a Cerro Viejo, en la hondura extrema del valle, ya cerca de la hacienda El Crucero y de las antiquísimas posesiones de Lepe. No muchos kilómetros, pero sí una cuesta de bruscos recodos y piedras sueltas que nos obligaban a bajarnos para empujar el auto en los repechos. Al fin, después de un largo descenso, llegamos a un camino sombreado de pataguas que viven al hilo de las vertientes y al fundo Cerro Viejo, de casas bien cuidadas, con los corredores colmados de mazorcas.

Nos recibe el dueño, hombre urbano, gentil, de mediana edad, con anteojos de carey y chaquetilla corta de huaso. Nos hace pasar a un recibo amplio con muebles confortables. Una buena copa de vino de la tierra, helado en la cocina blanca de cal, como de cigarral de Toledo. Sorpresivamente nos habla de sus proyectos literarios.

—¿Ud. escribe?

—Bueno, señores, trato de escribir, hago lo posible. Tengo dos libros preparados: "El Cóndor de alas rotas" y "Mi amigo el viento Sur".

Nuestras simpatías se concentran en el viento sur.

—¿Y Ud. es el cóndor de alas rotas?

—Bueno, bueno... Bueno.

Nuestro gentilhombre está aquí desde hace poco tiempo y se ha hecho cargo de un fundo abandonado que ha tenido que rehacer de pies a cabeza, empezando por defender al ganado de los pumas ensoberbecidos que bajaban noche a noche de las crestas heladas, dejando sus huellas en la nieve y en los establos. Pero ya se ha puesto ladino como toda la gente de este valle y nos dice que le cuesta mucho, que le cuesta tanto escribir. En el verano, las cosechas. En invierno, la lluvia, el viento de 8 días. ¿Quién puede concentrarse?

—Y don Fernando, ¿vive por aquí?

—Sí, aquí en el alto, muy cerca.

—Ud., ¿lo ve?

—Muy a lo lejos.

—Es hombre de gran fortuna, ¿no?

—Al contrario, señor. Es muy pobre.

Nos habían hablado en Colliguay —en El Molino— de este caballero de añoso abolengo, uno de los antiguos dueños de la Hacienda Providencia, que decidió mudar sus reales a Cerro Viejo cuando un exceso de civilización mecánica y gente nueva invadió La Jarilla y El Molino, donde él había vivido tantos años, alternando trabajos agrícolas con el piano y la banda de músicos que formó a su costa entre los jóvenes del villorrio.

—¿Será él de los Bravo de Naveda o de los Bravo de Saravia? ¿Descenderá de don Ramiríñez Bravo de Saravia?

—No sé, señor. Apenas lo conozco y yo no soy muy entendido en linajes.

Cualquiera hubiera dicho que mi amigo Oscar era un genealogista, un Rey de Armas recién caído de un naipe, una especie de *joker* en busca de noblezas ocultas.

Seguimos por el mal camino hacia la casa de don Fernando. La ruta se hizo imposible para el auto. Continuamos a pie, bajo un sol de desierto.

Aparecieron unas casas, un palomar desvencijado en el flanco de una loma. Por encima de una quebrada seca divisábamos las paredes desconchadas de barro. La casa del inquilino tal vez. Pero no había ni siquiera un sendero para llegar hasta ahí. Tuvimos que sortear piedras filudas en el suelo polvoriento de estas tierras erosionadas.

¡Una laguna! Una amena laguna entre rocas y bosquecillos de arrayanes.

—¿Ves? ¿Ves? Don Fernando se ha hecho un escenario alpino de Luis II de Baviera, con todo un señor lago a sus pies. ¡Magnífico caballero ha de ser!

Se eterniza el mediodía de arenas caldeadas. Olor a chilcas derretidas. Un trapiche de minerales abandonado, con maquinarias mohosas y un profundo pozo seco. Grandes ruedas de acero con telarañas deshiladas, prensas fundidas por el tiempo, tazas dentadas en medio de las ballicas amarillas. Un establecimiento de metales devuelto a la naturaleza entre las hierbas marchitas del estío. Y más allá la casa desplomada, con niños harapientos como centinelas.

Nos ladran unos perros flacos, furiosos contra nosotros. Detrás sale una mujer joven de un rubio sucio, ya desdentada.

—¿Vive por aquí don Fernando?

—Sí, señor, aquí.

—¿Aquí? ¿Y está él?

—Sí, señor, por ahí está, trabajando en la huerta.

—¿Y ésta es su casa?

—Sí, señor.

El delgadísimo anciano estaba aporcando un papal de tres metros cuadrados. Muy alto y ya muy jibado, llevaba un sombrero raído de paja que sombreaba su rostro de eclesiástico de alto rango en materia de ascetismo. Unos ojos claros, pequeños y distantes, con una chispa aguda que interrumpía a veces su vaga dejadez. Una boca sin dientes, una melena blanca que asomaba por debajo de la chupalla. Una camiseta inverosímil, remendada con pedazos de percala de algún traje viejo de mujer. Pantalones parchados, desflecados abajo, sobre unos botines de La Quimera del Oro, los dos distintos, sin calcetines a la vista.

—¿Don Fernando?

—Sí, señores, con mano sarmentosa, engarfiada, como de cuero.

—Aquí venimos a verlo. ¡Qué lindo por aquí! ¡Qué lindo su campo! ¡Qué maravilla de tomates!

En la aridez circundante, el pequeño huerto no estaba mejor cuidado que el resto. Una hortaliza con perales apestados, zarzas y unas cuantas melgas de tomates, lechugas y achicorias subidas.

El anciano se enderezó pestañeando como delante de una visita de marcianos.

—¡Qué maravilla todo esto, don Fernando! Veo que Ud. cultiva almendros, que es lo que debe plantarse en estas tierras.

Desde su lejanía, don Fernando sonríe:

—No, señor. Aquí no se dan bien los tomates, ni menos los almendros. Una cosa es lo que escriban por ahí y otra la realidad. Estos almendros no han dado nunca fruto.

—Pero Ud. vive feliz aquí, don Fernando, en este aire tan sano.

—Sí, señor. Me gusta vivir aquí. Por eso aquí estoy. ¿En qué puedo servirles?

—Veníamos sólo a saludarlo. Yo soy amigo de muchas personas de su familia.

El caballero, que caminaba con nosotros hacia su casa, nos miró directamente.

—Bien poco me acuerdo, señor, de mis parentescos. ¡Hace tanto tiempo que no veo a nadie de mi familia! Cuando voy a Santiago me alojo lejos del centro, casi en el campo, donde amigos de por ahí, hasta en poblaciones callampas.

—Pero Ud., don Fernando, es Bravo de qué?

—Ya ni me acuerdo de mi segundo apellido.

Al fin mi amigo tuvo que retirarse, genealógicamente derrotado. Pero volvió por otro flanco a la carga:

—Nos han dicho que Ud. es un gran músico. ¿Por qué no nos toca algo?

Ibamos bajo un parrón macilento hacia el palomar descalabrado, de donde habían salido otros rapazuelos.

—¿Un gran músico? Hay que medir las palabras, señor. Me gusta la música, me encantan las óperas. Tengo por ahí muchas partituras. *Mefistófeles*, el *Fausto* de Gounod, *La Condenación de Fausto*, *La sonámbula*. Me entretenía tocando arias. Pero todo lo tengo ahora en desorden. El Padre Patricio trajo un armonio a Collihuay, pero lo dejaron a la intemperie en invierno y quedó inservible. Yo lo trasladé acá y con paciencia lo he ido arreglando. Como las teclas de marfil son caras, le he puesto piecécitas de hueso que he recogido del campo. Y ahora suena bien, pero le fallan algunas notas.

Sacaron el pequeño armonio del interior del rancho.

Don Fernando nos mostró las fallas.

—¿El Si bemol? ¿Escucha? No suena bien.

Tocó primero de pie y acudieron más niños que los que habíamos visto. Esta mañana les proporcionaba una fiesta.

Después de muchos ruegos accedió a sentarse.

—Les tocaré una marcha, señores.

Y tocó, con arrebató, una marcha de *Aida*, tan flaco y tan concentrado en su labor como un monje tibetano sacudiendo un molino de oraciones.

Al final, entramos a su pieza.

—Pero está todo sucio y en desorden. Tengo tantos libros desparramados por el suelo y partituras por montones.

Ahí estaban, y, además, sobre el piso de tierra, un camastro cubierto de ropas viejas, hasta de levitas de comienzos del siglo. Un platillo de humitas mohosas de varios días, un pedazo de carne colgado de un garfío, unos quesos de cabra en una zaranda y montones de álbumes polvorientos de óperas y un estante con libros de agricultura en francés, tratados de astronomía y geología y unos tomos dispersos de las *Obras Completas* de Freud.

El infatigable Oscar descubrió las *Danzas Noruegas* de Grieg.

—Y esto, don Fernando. ¿Por qué no las toca?

—Bueno, señores. Veamos. Son tan lindas.

Y el anciano caballero, bajo ese sol de los extramuros de la tierra, nos tocó en su armonio las *Danzas Noruegas*.

Gerald Warner Brace: La esencia de la novela

TODOS NOS VEMOS igualmente confrontados por lo que Conrad, en su prefacio para "El Negro del Narcissus", llamó el "enigmático espectáculo" del mundo. Los pensadores, dice él, tratan de entender sumergiéndose en las ideas; los científicos, sumergiéndose en los hechos. ¿Qué hace el artista? Su caso es "diferente", dice Conrad: "desciende dentro de sí mismo, y en esa solitaria región de esfuerzo y lucha, siempre que sea afortunado y lo merezca, encuentra la médula de su llamado".

Las palabras y la cadencia de la prosa de Conrad son un tanto místicas, pero una vez que se la lee, es difícil olvidarla. En esta época de duda, tratamos de convertir el arte en religión; muchos ponen la experiencia estética en el lugar de Dios. Una condición de la naturaleza humana es que vivamos de esperanzas y visiones; tomamos parte en los sucesos simbólicos de los libros de Melville, Tolstoi o Conrad en la creencia de que estamos compartiendo una experiencia universal, de que nos aproximamos a una revelación fundamental. El placer espiritual y emocional que nos proporciona la belleza no difiere en absoluto de la emoción que dio lugar a los templos griegos, las iglesias góticas, las pinturas flamencas o la mayoría de los diseños y rituales que consideramos religiosos. Ya sea si el credo o dogma siga o no siga siendo válido para nosotros, lo que llamamos arte sigue siéndolo. La esperanza humana de encontrar orden, significado y revelación continua viviendo sin tomar en cuenta la lógica de los incrédulos o de los escépticos; en esencia, es una emoción inapagable, como lo son el amor y la reproducción. Se trata de la inevitable solidaridad humana, como la llamara Conrad.

"La solidaridad que reside en un misterioso origen común, en la alegría y en el destino incierto, y que une a los hombres unos a otros, y la humanidad con el mundo visible".

El artista, por lo tanto, está menos preocupado que un filósofo por las ideas, y menos preocupado por los hechos que un científico, aunque estas categorías no sean ni restrictivas ni excluyentes.

Platón, filósofo, hizo de la muerte de Sócrates una obra de arte dramático; Zola escribió lo que él llamó novelas científicas, y Voltaire y Samuel Johnson escribieron romances filosóficos. Pero si la tendencia general es la que señala Conrad, resulta que los filósofos y los científicos están mal dotados para ser artistas, y viceversa. Una de las tensiones vocacionales entre los profesores de literatura, por ejemplo, es que se encuentran a medio camino entre el arte y la ciencia; por una parte, practican gruñonamente investigaciones objetivas, mientras que por otra, y secretamente, escriben novelas, y como regla general son temperamentalmente incapaces de tener éxito ni en lo uno ni en lo otro. La verdad de las cosas es que el novelista debe descender totalmente dentro de sí mismo; debe entregarse a sus intuiciones, y debe trabajar completamente solo, sin apoyarse en doctrinas, escuelas ni teorías. Lo más esencial de una novela es algo que se hace irracionalmente; las únicas palabras adecuadas para describir esto suenan frívolas —palabras como impresión, impulso, capricho, noción. Pero son básicas en el proceso. Lo racional como las decisiones lógicas respecto a estructura y tesis viene después. Probablemente, la mejor novela cómica inglesa si no la de todos los idiomas, sea *Pickwick*, y se puede

"El Negro del Narcissus"

suponer con seguridad, que Dickens no estaba realizando cálculos racionales mientras escribía; simplemente abrió las compuertas de las fuentes subterráneas de la experiencia, y la dejó salir. Sam Weller es una de las 'impresiones' más afortunadas de toda la literatura.

"Moby-Dick"

Pocos artistas pueden explicar lo que hacen, y cuando tratan de hacerlo, muchos deseamos que se hubieran mantenido en silencio. Melville se mostró sorprendido cuando alguien señaló que "Moby-Dick" era una alegoría. Cuando un artista se pone solemnemente a viviseccionar el arte, sea el suyo o el de otro, parece estar violentando sus dones. Henry James, por ejemplo, racionalizó hasta tal punto la conciencia de sí mismo, que sus últimas novelas no son arte vivo sino ilustraciones de sus propias fórmulas. El cálculo ha sobrepasado a la inspiración. Cuando un escritor deja de confiar en la suerte de la manera en que confiaron en ella Sterne o Chéjov, por ejemplo, deja de lado parte de su animación, de su espíritu interior, del "Hábil e inexplicable principio de vida", como lo llamara Melville. Y lo que se aplica a los escritores se puede aplicar a todos los artistas. Cuando se leen las exposiciones estéticas de compositores como Stravinsky y Copland en la actualidad, a uno le da la impresión de que han olvidado aquello que originalmente los hizo compositores.

Mi intención no es tratar, como William Jennings Bryan, de detener los ríos de la verdad científica. La estética es provincia tanto de la Psicología como de la Filosofía. Cuando Chéjov se opuso al estudio científico del arte, diciendo que nada bueno podría salir de él, probablemente estaba equivocado; nada que sea humano o suprahumano es ajeno a los medidores o a los calculistas. Podemos estar orgullosos de que nuestras universidades estén desempeñando un papel dominante en la vida nacional: el gobierno, la economía, los armamentos, incluso nuestra moral y nuestros modales son supervigilados por especialistas universitarios. Como lo sugiriera Platón hace mucho tiempo, ellos son los mejores preparados para hacerlo. Los profetas de nuestra época nos advierten severamente que a menos que preparemos científicos para que nos dirijan, estamos perdidos.

"Luz de Agosto"

Pero no estoy tan seguro que el patrocinio de las artes por las universidades sea bueno en todos sus aspectos. Nuestros críticos más importantes son en su mayoría profesores, y los catedráticos son Doctores en Filosofía. En el mejor de los casos, son analistas de gran brillo, pero su enfoque tiende a ser, por una parte, clínico y anatómico, y por otra, teórico y esotérico. Un catedrático nos dice, por ejemplo, que no podremos entender la novela "Luz de Agosto" de Faulkner, hasta que nos demos cuenta de que en ella hay dos áreas del ser, que están simbolizadas respectivamente por líneas rectas y curvas. "La imagen linear discreta", escribe refiriéndose, supongo, a todo objeto de líneas rectas, "simboliza 'modernismo': abstracción, racionalismo, ciencia aplicada, capitalismo, progresivismo, castración, atomización, de la conciencia y sus extensiones atalógicas". "La imagen curva", continúa, y esto citando fielmente, "representa a la conciencia santificante, a la cultura y tradición circundantes, a la vida y muerte cíclicas de todas las criaturas de la tierra". Otro profesor, usando escalpelos diferentes, dice que la misma novela "trata de alcanzar, mediante símbolos, una representación inmóvil de la movilidad, y al mismo tiempo sugerir cuán 'relativa' y arbitraria tendría que ser cualquier versión clara y ordenada de la movilidad". Esto nos recuerda el celebrado estudio sobre el elefante realizado por un comité de sabios ciegos, sobre todo cuando nos enfrentamos a un tercer análisis profesoral de la misma novela. Este erudito doctor descubre que representa una Rueda Budista de la Ley, y continúa de la siguiente manera: "Esta rueda, el símbolo más complejo y más poderoso de la novela, reúne sus símbolos Budista-

Cristianos en una "mandala" Jungiana, figura cuyo 'simbolismo abarca todas las figuras dispuestas en forma concéntrica, todas las circunferencias circulares o cuadradas que tengan un centro, y todas las disposiciones radiales o esféricas'. Con análisis como éstos, los jóvenes profesores ganan cátedras. Una vez que un crítico le pidió a Faulkner que se explicara, éste contestó que no era más que un escritor, no un literato. No creo que a ningún escritor le sea dado esquivar el problema de manera tan fácil, pero le reconozco el derecho a preservar su libertad interior, su cualidad salvaje, si es que podemos definirla así, y su derecho a mantenerse alejado de controles y fórmulas analíticas.

En contraste con la mayoría de los buenos escritores del pasado, los actuales han sido entrenados en la universidad. Siguen un curso de Inglés de primer año, composición en segundo, cursos de creación literaria, de crítica, y muchos otros cursos de literatura. A menudo van a la escuela de postgraduados durante uno o dos años; muchos hacen de ayudantes, de instructores, y terminan como catedráticos. Deciden religiosamente sufrir o no sufrir la tortura del doctorado, con la esperanza de que en un momento a otro su obra literaria repentinamente desencadene aclamación y provecho primario. Pero cualquiera que sea su destino, la atmósfera universitaria los rodea, y sutilmente, las actitudes y valores de la universidad los han formado. Viven en un mundo de clases, conferencias, trabajos escritos, artículos, seminarios, mesas redondas e incesantes rivalidades intelectuales. Se les pide que hablen —a los escritores siempre se les pide que hablen, como si por naturaleza tuvieran poderes oraculares. Se espera que publiquen, desde luego —la presión respecto a esto es sumamente pronunciada—, pero académicamente se prefiere publicar artículos eruditos respecto a las complejidades escondidas que tienen que enfrentar los inocentes lectores en Faulkner —o incluso en Jane Austen, cuya "Emma", según nos dice un celebrado crítico académico, es tan difícil, que no basta leerla doce veces para llegar a entenderla plenamente. El escritor creativo, como se ha dado en llamarlos, mejora su posición profesional si logra colocar un poema o un cuento en alguna publicación académica, pero una popularidad mayor podría transformarse en riesgo. En resumen, aunque las universidades han alimentado, mantenido y absorbido tan admirablemente a los escritores jóvenes, los han llevado por las sendas de la crítica y la erudición y no por las del arte puramente creativo.

"Emma"

Se puede decir que esta tendencia ni es inevitable ni universal. Un genio, como Dickens, es un fenómeno por sí mismo; a los 21 años ya está en camino a transformarse en un gran escritor, a pesar de las influencias a su alrededor. Thomas Wolfe, escritor de poder similar al de Dickens, pasó por las fábricas académicas y llegó a ser un instructor de inglés, pero nadie sugeriría que el mundo universitario lo inhibió; siguió siendo el mismo al comienzo y al final. Se sabe de otros —incluso se sabe de algunos de ellos como Dickens, y Wolfe, que podrían haberse vistos beneficiados por la disciplina académica. Sin embargo, no se trata de ponerse a favor o en contra, de atacar a los profesores porque son efectivamente profesoraes, de acusar a los críticos de ser críticos demasiado efectivamente, o de asegurar que el artista debe vivir de intuiciones. En lo que estamos interesados es en la naturaleza de la realidad presente que rodea al escritor, sobre todo al escritor joven cuyo talento puede ser prometedor, ya que no es absoluto.

Un genio,
Dickens

Me parece que su primera responsabilidad debe ser para con una carrera universitaria, y a pesar de lo peligroso que puede ser esto, no veo ninguna otra alternativa razonable. Vivimos en una época consciente de sí misma, sin intimidación, sin secretos ni aislamientos. Las comunicaciones son más rápidas que el pensamiento, y

el conocimiento es común para todos —así como lo son los gustos, los modales, las modas y los descubrimientos en todas las áreas de la vida, en la interna y la externa. Un escritor debe estar al tanto de lo que pasa; debe hacer todo lo posible por llevarles ventaja a sus lectores, que saben todo respecto a todo. Un resbalón en su vocabulario psicológico puede arruinarlo, lo mismo que una equivocación en física, estética o política. Antes había maneras no académicas de adquirir conocimiento; recordemos que George Eliot, por ejemplo, no gozó de lo que llamamos educación superior, al igual que las hermanas Bronte, Melville, Trollope, James y muchos otros. Pero el complejo mundo moderno casi ha hecho pasar de moda, al autodidacta. Nos agrada recordar esos tiempos más humanos, en que los grandes hombres se criaban en cabañas de troncos y leían a los escritores clásicos a la luz de la lumbre; cuando un Thoreau podía dedicarse a plantar frijoles o a partir leña, y un Sam-Clemens podía comenzar su carrera con un cuento acerca de una rana que daba saltos. En la actualidad nos vemos atrapados en elaboraciones de las que nadie puede escaparse; estamos condenados a lo que podría llamarse sofisticación, de la misma manera en que estamos condenados a servir a las maravillosas máquinas que nos transportan y que trabajan para nosotros, que sólo pueden ser dominadas por científicos. Puede que el alma del hombre contemporáneo no sea diferente a la del hombre de tiempos de Shakespeare, pero la sociedad y la conciencia modernas son realmente diferentes —probablemente igual como la ciencia moderna es diferente a la ciencia de Francis Bacon. Este modernismo que pervade todo, esta envoltura física y realidad psicológica, nos han hecho sirvientes suyos, quizás víctimas suyas. Un chiste profético en un reciente número de la revista *New Yorker* muestra a un sacerdote dictando su sermón semanal: “¿Hemos perdido”, pregunta, “el gozo de hacer las cosas nosotros mismos? ¿Nos hemos transformado en esclavos de las máquinas?” Su oficina eclesiástica se encuentra atiborrada de aquellas máquinas que nos esclavizan, incluyendo la grabadora a la cual se dirige.

Teniendo presentes, entonces, la amplitud del talento humano, y reiterando que a cualquier edad el artista debe encontrar la esencia del llamado dentro de sí mismo —en aquella “solitaria región de esfuerzo y lucha”— podemos reconsiderar algunos de los problemas especiales que el novelista moderno tiene que enfrentar. Supongamos que preserve sus cualidades imaginativas a través de todas las fases del automatismo y de los lavados cerebrales críticos y académicos, ¿qué debe hacer o no hacer para ser un buen novelista?

*Desde Defoe
a Dos Passos
y Farrell*

De partida, él reconocerá que en la última generación —digamos en los últimos veinte o treinta años— una de las funciones más importantes de la novela ha variado fundamentalmente. Durante más de doscientos años, desde Defoe a Dos Passos y Farrell, la novela fue un medio de difusión e instrucción con el cual el mundo se entretenía, espantaba o instruía a través de su propia imagen. Las novelas hacían el papel de las publicaciones especializadas, de las revistas, de las salas de clases, de las conferencias, de las relaciones de casos clínicos, y de los sermones. Aceptamos, desde luego, que Defoe, Richardson y Dickens representan épocas e intenciones diferentes, y hacemos concesiones cuando los leemos; también sabemos que Zola y sus casos clínicos en el naturalismo no forman parte de nuestra época; pero puede que no sea tan claro que las novelas principales de figuras clásicas tan recientes como Dreiser, Lewis, Steinbeck, Farrell y Wolfe, tampoco pertenecen a ella. El poder de estas novelas residía parcial o grandemente en la información que contenían. Después que Defoe descubrió, en 1719, las posibilidades de la novela, ésta se fue orientando cada vez más hacia la información realista: tomó como territorio los hechos de la vida y fue extendiéndose cada vez más en dirección a las áreas descon-

didadas o prohibidas. El mundo de la clase media de la actualidad ha experimentado insaciable apetito de noticias respecto a sí mismo, sobre todo de informaciones de lo que proscibía la sociedad puritana: sexo y pecado. Y en este momento, parece que hemos llegado, como lo dice una famosa canción norteamericana "casi al final del camino". Todo lo que nos queda por informar son algunos de los extremos de la anormalidad y la perversión, y posiblemente tampoco quede mucho de esto.

Un artista nunca está, como el predicador del Sr. Coolidge, contra el pecado. Un artista nunca está contra nada que sea humano, y el pecado le proporciona uno de sus mejores materiales. El problema no es si tal o cual pecado o virtud son deseables o indeseables en una novela; sino si la novela va a existir como obra de arte con recursos propios o va a continuar como adición periodística y educacional, como han sido algunas de nuestras mejores novelas del siglo xx —documentos que ilustran su época, mostrando "condiciones" o defendiendo causas: "Las Uvas de la Ira", o "Una Tragedia Norteamericana", o "Studs Lonigan". Como lo dijera Virginia Woolf hace más de cuarenta años, hay novelas que uno lee con la sensación de que uno debiera formar un comité o extender un cheque— por lo menos, si las leía uno en su época. Puede que no sean leíbles en otras épocas.

No es mi intención, sin embargo, "atacar" esas obras. La historia de casos clínicos de la ficción ha sido un arma poderosa cultural durante los dos últimos siglos: desde "Moll Flanders" a "Calle Mayor". Ha llegado el término de su utilidad esencial, posiblemente debido a que se han descrito casi todos los casos posibles, se han descubierto casi todos los secretos y sobre todo, porque una gran industria de relación no ficcional de casos clínicos se ha apoderado del mercado —me refiero a las revistas, periódicos, y a todas las fotografías que realizan el trabajo de tomos y tomos de palabras. Parece ser obvio que a menos que la novela sea capaz de alcanzar una realización genuinamente artística, área donde goza de oportunidades únicas, será desplazada a un papel de segunda importancia por el periodismo no ficcional, que ya ha usurpado gran parte de su mercado. En los últimos años han surgido un nuevo tipo de escritor profesional, que sin ser ni todo un novelista ni todo un periodista, puede tomar los materiales de un "Hard Times" o un "Doctor Arrow-smith" y producir el tipo de documento eficiente y leíble, por el cual competirán las revistas y los clubes de libros. Las novelas en sí mismas no están bien adecuadas para esta labor; exigen más talento, y generalmente son tendenciosas o demasiado voluminosas. No ha surgido ni una sola novela documental desde la aparición de "Las Uvas de la Ira", en 1939.

Otro tipo de información que en un momento reforzó a la novela, y que en este momento parece casi irrelevante, es la información confesional. Durante cuarenta años repitió una y otra vez sus revelaciones de experiencias sexuales, sus ataques contra la hipocresía puritana, sus rebeliones contra tal o cual situación, y sus clamores especiales a favor del artista incomprendido y frustrado que siempre es el mismo autor: Ernest Pontifex, Paul Morel, Stephen Dedalus, Philip Carey, Eugene Gant. En cierto sentido, todos ellos son facetas del mismo estado mental. El hombre joven tiene que rebelarse contra su padre, su religión, y contra todo su pasado; se ve obligado a revelar sus experiencias sexuales; sobre todo, no debe ocultar nada —su deber fundamental consiste en la confesión total. "Lo hice —lo hice todo— soy culpable, culpable de ser joven, humano, y lleno de deseos. A la vez estoy más bien complacido conmigo mismo, por ser suficientemente sensible como para confesarme públicamente de manera tan elocuente".

La atracción de estas novelas fue muy grande, porque daban información; eran documentos educacionales —todavía lo son; la gente joven todavía las lee y toma

*"Las Uvas
de la Ira"*

notas; pero es muy poco lo que se puede ganar con repetir las o volverlas a escribir. Ahora son comunes las informaciones respecto a rebeldía y a emancipación sexual. Los problemas mismos aún están con nosotros, los dilemas personales y sociales no son menos urgentes, pero la novela de revelación, la confesión del artista como hombre joven, ya no parece necesaria. Ya se ha hecho.

Los que crecieron en las décadas de 1920 y 1930 recuerdan las murmuraciones y rumores que corrían respecto a ciertas novelas: éstas o aquéllas lo decían todo, y todo su significado a menudo se reducía a su documentación con respecto a los hábitos sexuales de las nuevas generaciones, tarea que ha sido llevada a cabo desde entonces por Kinsey y otros informes sociológicos. Todos esos "secretos de trastienda" que se decía que habían revelado las primeras novelas de Joyce, Lawrence y Fitzgerald, o las de una persona en París llamada Henry Miller, suprimidos por censores puritanos, actualmente forman parte del programa básico de los estudios universitarios de los jóvenes, en los cursos de sociología y psicología.

Lo que pasa es que el contenido en sí mismo ya no es el factor que determina a la novela, ni a ningún arte. Quizás nunca lo haya sido: "Hard Times" es una gran novela no porque represente al industrialismo o al utilitarismo, sino porque es brillante y peculiarmente imaginativa —tanto es así, que realmente es un cuento de hadas, una fantasía; y "Ulises" no es valioso porque nos dé información respecto a la vida sexual de Molly Bloom. Los críticos que han estado presagiando la muerte de la novela en las últimas décadas, la han considerado principalmente un documental imperfecto o una forma bastarda de la biografía o la sociología.

El problema se puede apreciar mejor en el campo de la pintura, donde la controversia es más vocinglera. A mí no me parece que los pintores hayan abandonado por perversidad la representación realista, y no creo que se pueda desechar como locuras las producciones no representacionales de la mitad del siglo recién pasado. En nuestros corazones sentimentales, gozamos con los paisajes pastorales de un George Innes, y con la nieve brillante y las marinas de la escuela de Rockport, pero si respetamos las altas aspiraciones del arte, si nos ponemos de acuerdo en que la visión estética tiene una seria responsabilidad contemporánea, sabemos que la retirada a un mundo de pescaderías y graneros rojos no es lo más deseable. Sabemos también que tanto en la pintura como en la literatura, lo "documental" ha ganado inmensa importancia comercial. Un paisaje con un granero rojo puede ser reproducido con la misma rareza o encanto, tanto por una fotografía en colores como por un pintor realista; llega a parecer que las maravillosas habilidades de un lápiz o un pincel, que antes eran la característica del gran artista, estuvieran ahora destinadas a producir portadas de revistas, diseños de modas, y avisos de helados. El artista se ve en el difícil problema de expresar sus irrepetibles visiones sin recurrir a los clisés documentales de sus predecesores. En lo que concierne a los artistas "pop" de nuestra época, su actitud parece ser: "Si no puedes derrotarlos, únete a ellos".

El arte como arte

Volvemos, siempre con grandes esperanzas, al arte como arte y nada más que arte, pero inmediatamente surge la pregunta de si la novela puede existir o ha existido alguna vez totalmente como arte. Su naturaleza parece ser conglomerada, y sus formas, infinitamente variadas: "Tristram Shandy" es una especie de conversación a la luz de la lumbre; "Humphry Clinker" es una humorística relación de viajes; "La Cabaña del Tío Tom" es polémica; "Hacia el Faro" es un poema; y "Finnegans Wake" —no sé cómo llamarlo, pero las bibliotecas la catalogan como novela. ¿Podemos descubrir, o definir al menos, un principio central en toda esta maravillosa variedad?; y si la encontramos, ¿nos será útil como críticos, escritores o lectores, o todo el problema se transformará en algo académico? ¿Hay un concepto

ideal de la novela, y es posible o deseable tratar de definirlo? Puede que no, pero debido a las confusiones del presente y las dudas del futuro podemos arriesgarnos a presentar unas pocas notas clarificadoras —teniendo presentes los riesgos que encierra toda fórmula prescriptiva. La novela es lo que es, ya sea en la forma en que aparece en "Tristram Shandy" o en la de "Finnegans Wake". Hay que juzgar al artista por la manera en que se las arregla.

La novela, además siempre ha sido prima hermana del drama, y me parece que este parentesco se ha descuidado mucho. E. M. Forster, en su "Aspectos de la Novela" hace hincapié en "la gran diferencia" entre ambos. El drama, dice, o "acción", según la definición de Aristóteles, no es apropiado para la novela, cuya característica es que el autor puede hablar respecto a sus personajes, e incluso puede descender al subconsciente. Pero el drama no siempre tiene lugar sobre un escenario, visiblemente, ni tiene que consistir en actividad física o cambio de parlamentos. Hay drama en la esperanza y en la desesperanza, en la memoria, en el deseo, y hasta en el silencio. El drama deriva de la curiosidad respecto al destino —generalmente, desde luego, respecto al destino humano. ¿Lo hará o no?, nos preguntamos. Se indica o bien una lucha, o el más mínimo movimiento potencial y esa es la "acción" que cita Aristóteles. En la novela, puede ser sumamente externa y visible como en "Roderick Random", por ejemplo, o bien interna y casi sin movimiento, como en "La Sra. Dalloway". Pero mientras más se descuide o deseche este drama, mayor será la pérdida de una de las fuerzas esenciales de la novela. Virginia Woolf atacó a Bennett, Galsworthy y a los otros Eduardianos porque se detenían en los detalles externos; aglomeraban detalles respecto a casas y muebles mientras descuidaban la vida interior y la conciencia. Desde ese punto de vista, ella representa toda la impaciencia moderna respecto al dominio del fondo. Pero casi conscientemente, ella pasó por alto que la vida de las mejores de esas novelas yacía no tanto en sus adornos exteriores, sino en el impulso y la emoción de sus dramas, en las tensiones y resoluciones humanas: en otras palabras, en la "acción". El drama interno de "La Sra. Dalloway" es tan implícito, si se pudiera decir así, que sólo existe en un caleidoscopio de reflejos que resulta de las brillantes facetas de su prosa estilo mosaico; en realidad, está metida en el resplandor de ésta. Puede que para muchos haya más placer en leer "La Sra. Dalloway" que, pongamos por caso, "Riceyman Steps", que podría calificarse de clásico en lo que se refiere a su estructura, pero la novela de Bennett descansa en la tierra firme del drama ficcional, y satisface plenamente su contrato para con el lector.

No hay duda que "Ulises" de Joyce ha tenido el éxito crítico más grande de las novelas de nuestra época, pero en su esfuerzo por encontrar métodos nuevos —para romper las ventanas y dejar entrar aire fresco, como lo dijera la Sra. Woolf— ha desechado algunos métodos antiguos muy válidos, y posiblemente esenciales. La escena climática, la más reveladora de "Ulises", la epifanía de mayor importancia, que no es menos que eso, es el encuentro de Stephen Dedalus y Leopold Bloom después de la noche en la ciudad, y por toda la reverencia crítica que ha rodeado este suceso, podemos suponer que se trata de la confrontación literaria de mayor importancia desde que Hamlet se enfrentó al espectro de su padre. El hijo finalmente encuentra a su padre, y se nos dice —se nos ha estado diciendo hace ya cuarenta años— que el motivo simbólico más grande de nuestro tiempo es la búsqueda del padre, y que Stephen Dedalus es el prototipo casi mítico del hijo que va en su busca. Sin embargo, la escena misma no tiene ninguna tensión dramática. Joyce le hace llegar de tal manera que la percibimos intelectualmente. Así vemos que Bloom estaba consciente de ciertos sucesos, que había cocheros y marineros a su alrededor, hablando de una manera absurda; so-

bre todo apreciamos que Joyce se comporta muy graciosamente, desplegando su capacidad a través de parodia, ironía y contrarreferencias, y que luego decide continuar la escena en la forma de un elaborado catecismo teológico. Es interesante comparar esto con la escena en "Los Hermanos Karamazov" en la que arrestan a Mitya por el asesinato de su padre: no necesito señalar la profundidad e intimidad con que nos vemos ligados a las tensiones y movimientos del drama de Dostoievsky —no como en una novela superficial de suspenso, aunque algo hay de eso, sino en una forma mucho más exigente, en la que revela a un hombre en medio de sus circunstancias internas y externas. En "Los Hermanos", no sentimos, como en "Ulises", que algo esté siendo elaborado para nosotros, a la manera de Picasso, en exposiciones dobles y en manipulaciones que excluyen todo involucramiento emocional, sino más bien nos vemos atrapados y arrastrados en el despertar de Mitya— sin realmente compartir su tormento, ya que siempre lo estamos observando con la visión del conocimiento, pero de todas maneras cercanos a él, sintiendo compasión y miedo, y quizás hasta algo similar al amor. En la una tenemos un largo y estilizado catecismo, una secuencia de preguntas y respuestas que Joyce parece haber inventado a manera de despliegue expositivo. En la otra, nos encontramos con lo que Dostoievsky llama candidamente "los sufrimientos de un alma".

Parece que inevitablemente nos vemos envueltos en comparaciones, especialmente en comparaciones que son básicamente injustas. No se trata de expresar preferencia para uno u otro artista, o por éste o aquel tipo de arte, sino de calcular los potenciales de la novela. Me parece que Joyce estuvo a punto de crear un milagro, pero no tanto un milagro de ficción sino de una elaboración joyciana especializada que los críticos y discípulos han considerado un logro evolutivo final. Lo que se ha dado en llamar la supremacía de su técnica parece llevarlo a áreas de verbalizaciones intelectuales en las cuales no se ve al hombre como individuo, ni como protagonista individualizado, sino simplemente como especie de foco semi-abstracto para esa conciencia amplia y algo cómica e irónica que poseía el propio Joyce, o que lo poseía a él. No se trata del éxito de su realización, que es muy grande, sino hasta qué punto sus técnicas son fundamentalmente útiles para una novela de evolución que esperamos progrese. No se puede llegar a una medición exacta, pero mi temor es que la pérdida del drama, de la tensión dramática, la pérdida incluso del contacto y acercamiento emocionales del escritor o el lector, sea una pérdida verdaderamente grave.

Pero si hay error de énfasis, seguramente no es por culpa de Joyce: él obedeció a su genio; hizo lo que hizo. A nosotros nos corresponde juzgar, y estamos confundidos. Arte moderno, decimos —¿Qué se puede hacer respecto a él? ¿Luchar contra él? ¿Unirse a él? ¿Sufrirlo como plaga? La responsabilidad de algunas de estas confusiones le cabe más seriamente a nuestros mentores y críticos que a los artistas mismos. Cuando se pone tanto énfasis en lo que se llama técnica, puede que se descuide y olvide la solidaridad humana, como la llama Conrad. La técnica es una combinación de método y habilidad, y es lo que hace posible los logros en todas las áreas de la vida, pero la realidad es que un especialista de salto alto de técnica perfecta pero con piernas débiles nunca pasará la varilla a siete pies de altura. La técnica en sí no lo es "todo", sino un medio de lograr el todo. La resultante, el algo misterioso que percibimos como novela o cuadro, es el total: idea, contenido, forma y estilo: todo transmutado en una nueva entidad. Pero si se considera la técnica como fin y no como agente, o como valor que tiene derechos de propietario en sí mismo, tendemos a perder de costa sus objetivos; podemos llegar a admirarlo como novedad, maña o rareza —y pienso que podemos

estar de acuerdo en que la búsqueda de novedades en el arte contemporáneo a menudo nos lleva a lo trivial o a lo pretencioso. Entre los pensadores académicos, el descubrimiento y análisis de un símbolo a veces parece ocupar el primer plano de la crítica, tanto así, que puede que no se adviertan valores humanos más esenciales. Un símbolo, a mi entender, es un recurso que le da gran significado a un pequeño suceso; el símbolo visible de una verdad universal. Pero un símbolo aislado, apartado de los motivos y realidades humanas que la obra presumiblemente está tratando de crear, tendrá o poco o ningún valor intrínseco. Un análisis de "Luz de Agosto" puede dar a luz toda clase de posibilidades metafóricas y simbólicas, pero a menos que las reconozcamos en función del trágico drama humano que es el tema y motivo esencial de la novela, dichas posibilidades pueden inducirnos a confusión. Yo diría que lo más importante de "Luz de Agosto" es la tragedia estéril y desesperada de un alma perdida llamada Joe Christmas, en contraposición a la vida de los que encuentra en su camino, a través del caluroso verano sureño. Estos motivos, a través del simbolismo, pueden ganar universalidad y dimensiones reales más amplias —en realidad, podemos terminar por aprehender la Rueda Budista de la Ley o la Mandala Jungiana, pero a menos que tanto nuestro corazón como nuestra imaginación estén participando en el destino de Joe Christmas, lo demás sólo es hojarasca cerebral.

Se verá que, en mi esfuerzo por delimitar los que he llamado factores esenciales de la novela, he llegado a ciertos compromisos, el más obvio de los cuales es que el hombre mismo es el comienzo y el punto final del esfuerzo artístico y aún más, porque debo suponer que el hombre tiene importancia primordial, y que la lucha en pos del orden y la sabiduría es el motivo más importante de su existencia. Esta es la base de toda acción dramática, y descansa en la hipótesis de que el protagonista tiene cierto tipo de valor o significado, y que vale la pena observar y participar imaginativamente en su éxito o fracaso. El valor y el propósito humanos, son los compromisos mínimos que sostengo sin ellos, no puede existir el arte como lo entiendo yo, como tampoco las otras cosas encerradas en la palabra civilización. El disgusto por la humanidad, o su desprecio, el cinismo o el enojo al extremo de la locura, son todos aceptables, y a menudo son armas formidables en manos de artistas decididos, pero el rechazo del predicamento humano por considerarlo demasiado absurdo o demasiado desprovisto de esperanza como para preocuparse de él, no es sino la nada misma. El ambiente filosófico se ha estado riendo durante más de un siglo de la crítica bostoniana Margaret Fuller por haber declarado solemnemente: "Acepto el universo". Yo salgo ahora en su defensa. Puede que la aceptación del universo no sea enteramente posible para una mente finita, pero es un compromiso valiente y noble. Para estar satisfecho me bastaría con poder decir que acepto la humanidad.

Mis preguntas acerca del papel de la novela en el mundo moderno no obedecen tanto a lo que ha hecho hasta ahora sino a lo que no ha realizado. Como forma artística, tiene un potencial ilimitado: puede no sólo proyectar personajes y acciones con una intimidad de efecto casi teatral, sino que también puede efectuar milagros con el tiempo y el espacio, como vemos en Proust, para dar un ejemplo, y desde luego, puede explorar las profundidades psíquicas mejor que cualquier otro arte. Sin embargo, a pesar de toda esa amplitud y maestría puesta a su disposición, parece existir en un estado de inferioridad y eclipse. Hay gran número de novelas que vienen y se van junto con las estaciones, hay novelas precoces, sagaces y probablemente hay demasiadas novelas de todas clases, pero ¿dónde están las grandes novelas, o por lo menos las que se van a seguir leyendo dentro de diez años? Durante muchos años, los profetas nos han estado diciendo que la novela ha dejado de

existir como forma artística, pero podemos descartar esa idea fácilmente. Si la novela ha dejado de existir, todo arte ha dejado de existir también —y volverá a producirse el caos. Entretanto, contamos con un vehículo, un medio espléndido, apropiado para las más grandes comedias o tragedias humanas.

Es inevitable, por supuesto, culpar a la época: no hay fe, esperanza o caridad. Pero podemos culpar en el mismo grado a los hábitos y modas que dirigen a nuestros escritores. Uno se atrevería a decir que el nihilismo que aparece en libros y en exposiciones no se origina tanto en la época sino en una búsqueda competitiva de mostrar novedades o producir "shocks", y posiblemente en el deseo que tienen los críticos y los compradores de contarse en la avanzada de todo en materia de gustos. Yo estoy más al corriente de las extravagancias y confusiones en las artes figurativas, en donde me parece que se han olvidado las características esenciales de la pintura y la escultura, y donde los críticos y los eruditos aprueban solemnemente todo lo que sea nuevo y extraño. La humanidad y los valores que le pertenecen se ven disminuidos a la nada —o la nada virtual: a veces, incluso, la forma y el color se reducen a la ausencia de ambos. Si nuestras artes simplemente se están transformando en artes permisivas, si a todo se le da lugar por el solo hecho de que existe, si el lenguaje, las costumbres y la moral no son sometidos a juicio alguno, significa que los principios de selección y evaluación en que siempre se ha basado el arte ya no tienen efecto, y que hemos renunciado a nuestra vieja esperanza de que la vida humana tenga orden y significado. Al término del "Retrato del Artista Adolescente", Stephan Dedalus se entrega al arte porque es lo único que puede lograr plenitud y armonía. La vida misma, la naturaleza, el mundo exterior, todo en suma, tiene que correr el riesgo de la desintegración y la confusión pero el artista pone orden, ilumina, reúne todas las verdades en un todo visible. Más que ninguna otra persona, puede constituirse en dios, y fue como dios que Joyce luchó con su fondo en su último libro. Sin embargo, es curioso que exactamente al final de "El Retrato", Joyce usara la palabra "conciencia": iba a forjar la conciencia aún no creada de su raza, dijo hablando por boca de Stephen. Y la conciencia nos lleva al hombre mismo —a su corazón y a sus emociones, a la parte de sí que sufre y lucha con su conjunto personal de ángeles y demonios, a todo el drama del alma que Joyce dejó de lado en sus últimas obras.

Siempre volvemos al hombre mismo. El es el actor esencial, y suya es la lucha que compromete nuestra imaginación y nuestra compasión. Ya sea "víctima de la conyugalidad", como dijo Sam Weller refiriéndose a uno de sus padres o "un ángel vestido de acróbata y con polainas", como llamó al otro, sus posibilidades son infinitas.

Eleazar Córdova-Bello: El jacobinismo en América: la revolución haitiana

ES HAITI el segundo Estado independiente que surge en América como consecuencia directa de la *conciencia nacional americana*, madurada al influjo de las ideas del siglo XVIII, culminación de la corriente de la Ilustración que arrastra desde el siglo XV el pensamiento renovador en los órdenes político, filosófico, social, económico, etc., con su base fundamental en la razón.

El motor de todo ese pensamiento renovador es la burguesía, sector social nuevo, pujante, portador de una interesante revolución frente al *antiguo régimen*, matizado éste por el absolutismo de la realeza, que si bien es de cuño moderno, en lo que se refiere a su detentador, el poder seglar, a cuyo afianzamiento coadyuvó directamente la clase burguesa, ésta no se resignó a delegar en el monarca despótico la ducción de su destino, sino que pugnó por participar ella también en los negocios del Estado.

A mediados del siglo XVII, por la Paz de Westfalia, las Provincias Unidas de los Países Bajos logran su independencia de España, después de cruenta lucha. Y es esa república burguesa la primera realización de los ideales de la Ilustración en el orden de la libre determinación de los pueblos, que nos ocupa. A fines de la misma centuria, en Inglaterra, la burguesía colma sus anhelos con la fórmula de la monarquía constitucional estructurada en sus fundamentos jurídicos y filosóficos por John Locke, y el ascenso al trono de Guillermo de Orange, estatúder de Holanda, a quien se le despoja de una buena cuota del poder que va a ejercer el parlamento, integrado por burgueses.

Estas conquistas alcanzadas por la burguesía holandesa e inglesa las van a disfrutar exclusivamente sus respectivos pueblos. Cuando la Ilustración pasa a Francia, sus postulados se universalizan, es decir, las nuevas doctrinas políticas que se producen o las viejas que se reactualizan en la Francia del dieciocho, llevan el sello de ecuménico. Es luz que se difunde. Y más tarde, cuando la Ilustración triunfa sobre el absolutismo —desenlace de la fórmula del despotismo ilustrado, arreglo de la pugna de dos mentalidades muy bien definidas en sus principios y objetivos— la Constituyente Francesa se convierte en el legislador *urbi et orbi* al proclamar la Declaración de los Derechos del Hombre.

Ahora bien, ante el preponderante papel que desempeña Francia, como heraldo de la libertad, en que se ha erigido, el pueblo haitiano es el objeto directo de su más acre tiranía. En su colonia del Caribe se niega la filantropía que a todos los vientos pregonan en la metrópoli los agentes de la revolución. Las conquistas derivadas de ésta no se extienden, en su primer momento, a sus dominios ultramarinos, los cuales continúan bajo los signos de la más repugnante abyección.

Antes de estallar la revolución en Francia, ya en América se ha consumado la emancipación de las Trece Colonias inglesas, la primera realización de las ideas del dieciocho en el área de la cultura occidental, con la decidida colaboración de Francia, España, Holanda, Haití, Nueva España y el respaldo de la simpatía de todo el resto de América y de la Europa, que a la sazón vive bajo los signos del más agudo absolutismo o del despotismo ilustrado.

En el caso de Haití, es en el sector nacional de los *affranchis* ilustrados y de

esclavos de mentes despiertas, que afloran en la segunda mitad del siglo XVIII, en quienes madura el ideal de libertad, informado por el pensamiento de los teorizantes de la Madre Patria.

El colono francés, por las modalidades del sistema de colonización aplicado por Francia en América, para nada cuenta en el fenómeno que estudiamos. Esos individuos consideraron la colonia como un centro de pasantía para enriquecerse y retornar a la Madre Patria a gozar de sus beneficios. Con sobrada razón asentó Francisco Depons este juicio al comparar el citado método francés con el empleado por España en su imperio americano: "...para el francés —dice— ausente de la Patria, el día más feliz es cuando vuelve a ella"¹.

Cuando en 1790 estos colonos proclamaron en la Asamblea de San Marcos el Estado independiente de Haití, lo hicieron como franceses que buscaban convertir la colonia en un predio exclusivo suyo para aislarla de la soberanía gala que entraba en esos momentos a regirse dentro del nuevo orden que imponía la revolución, con el cual no compartían. La prueba de este aserto la ofrece la constitución de diez artículos que se dio, concebidos dentro del más concentrado corte del antiguo régimen. En este intento no se ofrecía ninguna innovación de orden social. Era un acto eminentemente reaccionario².

Régimen de explotación de la colonización francesa en Haití

El régimen de explotación que caracterizó a la colonización francesa en Haití, no dio lugar al desarrollo cultural por el impulso oficial. El explotador europeo sólo se proponía realizar una jornada de enriquecimiento en suelo antillano y regresar con su riqueza a Europa.

La riqueza de las colonias francesas en nada benefició a los conglomerados coloniales, puesto que no se invirtió en el lugar que la producía, fenómeno este que sí se operó en las provincias ultramarinas españolas y colonias inglesas del Norte y portuguesas. A este carácter de explotación por la explotación se debió que en Haití no se establecieran colegios de enseñanza secundaria, ni universidades. Sólo los hijos de los plantadores y mulatos ricos recibían en la colonia rudimentos de una instrucción primaria impartida por preceptores franceses contratados por sus padres.

No obstante el cuadro desolador que nos ofrece el conglomerado haitiano del siglo XVIII, es loable el milagro realizado en un exiguo número de patriotas, mulatos como Ogé, Petión, y esclavos de inteligencia despierta como Louverture, Boukman, Dessalines, Biassou, que, a pesar de la densa cortina de barbarie que rodeaba a esa sociedad colonial, pudo aflorar a la luz de la libertad y romper las cadenas del yugo explotador galo.

Los plantadores haitianos y sus familias pasaban prolongadas temporadas en Francia asistidos por esclavos negros, que en las ciudades francesas gozaban de cierta agilidad civil que les permitía captar las nuevas inquietudes de la sociedad metropolitana y compararlas con sus condiciones de vida infrahumana de la colonia. A su regreso en Haití estos esclavos difundían entre sus compañeros los conocimientos adquiridos, contribuyendo a despertar el cerebro adormecido de sus *hermanos de infortunio*.

Prevalció en la colonia antillana el régimen militarista dirigido por el Gober-

¹Francisco Depons: *Viaje a la Parte Oriental de Tierra Firme*, t. 1, pp. 174 y ss.

²Tomó el nombre de Asamblea General de la Parte Francesa de Santo Domingo y siguió los pasos de la Constituyente francesa en lo que respecta a su actuación soberana. Tuvo como auxiliares las Asambleas Provinciales existentes en la colonia desde el año anterior. En esta reunión se pronunció por vez primera la palabra *independencia*.

nador General, quien disponía de una fuerza permanente de 5.000 franceses destinada a defender la colonia de las incursiones enemigas y colaborar con los explotadores para mantener en estado de obediencia a los numerosos esclavos que trabajaban en las plantaciones de caña de azúcar, algodón, café, cacao, fuente de riqueza rural haitiana. Esta circunstancia revistió al gobierno colonial de un marcado carácter autoritario y violento³. La ausencia del régimen municipal en las colonias francesas, que en sus dominios permitieron, desde un principio, España, Portugal e Inglaterra, para gloria suya y beneficio de los criollos, no dio lugar a la formación de un poder político doméstico que sobrepesara el autoritarismo de los funcionarios metropolitanos.

Para fines del siglo XVIII se distinguían en Haití las tres clases o grupos sociales siguientes: a) la de los esclavos, la más numerosa, que sumaba los siete octavos de la población estimada por el Dr. Madiou para esos momentos en 800.000⁴. Este sector fue intensamente explotado. El trato más o menos humanitario de que pudiera ser objeto el esclavo quedaba sujeto al grado de filantropía de sus propietarios. La legislación francesa en este sentido fue muy floja. Careció del carácter proteccionista de la hispana.

Por dilatado tiempo los esclavos carecieron de conciencia política. En 1787, debido a la influencia y prédicas clandestinas de los mulatos ilustrados y revolucionarios, despertaron de su apatía crónica y engrosaron con grandes contingentes las filas de la sociedad secreta del *Voudú*. Por su parte, la sociedad de los *Amigos de los negros*, organizada en París por el Abate Gregoire, Brissot, Mirabeau, Petión, Condorcet, desplegó una febril propaganda, tanto en la metrópoli como en las colonias, que culminó más tarde en la Constituyente a favor de los esclavos.

Contribuyó a fortalecer el culto del *Voudú*, desde mediados del siglo encauzado hacia un fin de venganza, la persecución de que fueron objeto sus adeptos, quienes pasaron a la clandestinidad, protegidos por las sierras haitianas, desde donde sus directores —los *bocer* o *hougan*— transmitían sus mensajes y consignas a los esclavos de las plantaciones, quienes se entregan a una especie de embriaguez de odio, que desde 1791 rayará en guerra de exterminio contra el elemento europeo, y en parte contra los mulatos, precio sangriento de la libertad de la población de color haitiana.

Sigue en el orden que nos ocupa el grupo de los *affranchis*, integrado por los mulatos y negros libres, que el Dr. Pattée estima en 40.000 para 1789⁵. Al igual que los españoles y lusitanos, pero en menor escala, los franceses fueron muy proclives a la sensibilidad sexual hacia las mujeres esclavas. El mulato que provenía de legítima unión de blanco y negra era libre desde el momento de su nacimiento. El producto de esas uniones no legalizadas por el vínculo del matrimonio, continuaba en el estado de servidumbre. El Código Negro en su artículo IX así lo disponía.

En vista de que el número de libertos aumentaba, se despertó la consiguiente alarma y preocupación tanto en la clase dirigente metropolitana como en sus representantes en la colonia y en los mismos colonos. Es conveniente recordar que ya en el siglo XVII estadistas como Luis XIV habían manifestado su desconfianza a la formación en las colonias de un grupo social de *affranchis* y los posibles cálculos de éstos con miras al separatismo. No estuvieron descaminados esos directores, pues, fue en la clase de los mulatos en la que tomó definición firme la *conciencia nacio-*

³Beabrun Ardouin: *Études sur l'Histoire d'Haiti*, t. I, pp. 29 y ss.

⁴Thomas Madiou: *Histoire d'Haiti*, t. III, p. 83.

⁵*Ibidem*.

nal haitiana, en proceso de elaboración durante la segunda mitad del siglo XVIII, con pronunciado carácter después de 1789.

La presencia del mulato en la sociedad colonial haitiana creaba una serie de problemas. Siendo los mulatos el grupo más destacado de los genuinos haitianos —los criollos— el espíritu de superación despertó muy temprano en ellos y dadas sus cualidades de inteligencia y vivacidad, progresaron intelectualmente.

Todas estas circunstancias hicieron que la minoría de europeos afirmara más su posición antagónica, y agudizó la *pureza de sangre* como medio de defensa más efectivo, por los resultados inmediatos que obtenían.

Fue tan marcada la presión de los europeos en el sentido de reducir o eliminar las uniones lícitas o ilegales entre franceses y africanos y sus descendientes, que la Corona legisló en tal orden y trató por todos los medios de mantener vivo ese prejuicio, con la consiguiente segregación étnica. Un testimonio muy elocuente de esa política tan radical la podemos apreciar en la siguiente disposición dada por el rey Luis xv el 27 de mayo de 1771, por la cual rechaza la intención de dos colonos, de actuar como individuos del grupo de los *affranchis*.

Dice el documento en cuestión: "Se considera que una gracia semejante destruiría la diferencia que, según la naturaleza, existe entre blancos y negros, que el prejuicio político se ha ocupado de mantener, para que los mulatos y sus descendientes no aspiren a los altos puestos... un prejuicio útil, porque contribuye a la tranquilidad de la colonia⁶.

La presión discriminacionista ejercida en la propia sociedad colonial, contribuía a crear odio, incluso dentro de los mismos sectores de procedencia europea. En 1755 el Consejo de Port-au-Prince olímpicamente rechazó el nombramiento de secretario del Rey a favor de Mr. Trutié, por haberse unido éste en matrimonio con una mulata⁷.

El cruce euro-africano fue notable en las colonias francesas del Caribe. El monarca francés dictó medidas para evitarlo. Estuvo presente el prejuicio hacia el producto mestizo, tenido como elemento perturbador del orden. Este cálculo va dirigido directamente a preservar la integridad política de la colonia por parte del elemento criollo, en quien, lógicamente, madurará la *conciencia nacional americana*. El colono francés no era objeto de preocupación para el rey en este sentido, porque la forma como estuvo estructurada la colonización no daba pie para el separatismo.

Por el edicto de marzo de 1685, popularmente conocido con el nombre de *Código Negro*, legalmente sólo se distinguían en las colonias dos clases de personas: libres y esclavos. Los *affranchis* pasaron a disfrutar de los mismos derechos de los blancos.

En virtud de este edicto, adquirieron los *affranchis* posesiones, habitaciones y propiedades en los burgos, villas y ciudades. Ejercían el comercio y se les permitió tener esclavos. Más de un cuarto de las plantaciones y haciendas estuvo en manos de individuos de este grupo para fines del siglo XVIII⁸. Los *affranchis* acaudalados proporcionaban a sus hijos una esmerada educación, encomendada ésta a preceptores europeos contratados por ellos. Esta circunstancia contribuyó notablemente al engrosamiento, dentro de las filas de los libertos, del número de elementos de esta clase poseedores de una sólida cultura y refinada educación, superior a la de muchos blancos de la colonia. Algunos mulatos sirvieron en la corte francesa.

⁶Richard Pattée: *Haiti, pueblo afroantillano*, p. 56.

⁷José L. Franco: *Estudio preliminar*. Documentos para la Historia de Haití en el Archivo Nacional de Cuba, p. 14.

⁸Pattée: *Ibidem*, pp. 56 y ss.

Por su parte los mulatos de aspiraciones y espíritu de superación que no tuvieron la suerte de salir de la colonia, por sus propios esfuerzos —autodidactamente— alcanzaron también dominio cultural, que les permitió seguir de cerca y asimilar la filosofía de la Ilustración y los nuevos dogmas de la revolución francesa.

Mas, en los hechos, el *affranchi* continuaba siendo víctima de su desgraciado origen. Así, fuera instruido y bien educado, no se le confiaba jamás un cargo público. Las profesiones liberales no les eran accesibles. Un mulato no lograba nunca ser abogado, notario, médico... También les estaba vedado el ejercicio de ciertas actividades mercantiles y de oficios. El blanco no perdía la oportunidad de hacer sentir su superioridad sobre el *affranchi*, intención que encontraba su apoyo en la autoridad pública, que siempre desplegaba su poder para confirmar al *affranchi* que no era igual al blanco.

Al *affranchi* le estaba prohibido vestir igual al blanco. En los sitios destinados a espectáculos públicos y en las iglesias estaban demarcadas las zonas que debía ocupar aquél. Les estaba vedado también el uso de los distintivos en el trato social, tales como *sieur* para los hombres y *dame* para las mujeres.

La minoría selecta de mulatos ilustrados fue la mentora de la emancipación, y es esa minoría la que va a formar la élite que reemplazará al grupo de blancos y ocupará las posiciones estratégicas en la futura sociedad haitiana, que se prolonga hasta nuestros días. Los *affranchis* no sólo preparaban el terreno de la revolución en su propio terruño, sino que algunos de ellos, como Vincent Ogé y Julián Raymond, residentes en Francia, trabajaban arduamente para obtener, por las vías pacíficas, la igualdad política y social de los individuos de su clase. Entre los efectivos militares franceses, que bajo el comando del Conde d'Estaing, ayudaron a Washington en 1778 en su lucha por la independencia, se incluyeron 1.500 *affranchis*, que alcanzaron situación destacada en combates contra los ingleses, tal el sitio de Savannah.

El sector social representado por los europeos, incluyendo los efectivos del ejército permanente, se calcula, para 1789, en 30.000⁹, divididos en los siguientes grupos: a) los *grand blancs*, en que se suman los funcionarios públicos, los grandes plantadores y negociantes; b) los *petit blancs* o *manants*, que se dedicaban al comercio, a la industria y ciertos oficios; c) los *pauvre blancs* o modestos empleados públicos y privados.

Los *grand blancs* obtuvieron licencia en 1763 para crear las *Cámaras Agrícolas*. En 1787 lograron de Luis XVI la creación de la *Asamblea*. En las vísperas de la revolución este grupo aspiraba a la autonomía colonial bajo su exclusiva dirección. En las discusiones que este grupo plantea en 1789 en la Asamblea de San Marcos, los *petit blancs* y los *affranchis* se colocaron del lado del Gobernador. Pensaron que al actuar de esta guisa obtendrían la conquista de los derechos que los *grand blancs* les negaban. Idéntico caso se registró en Venezuela por parte de los *pardos* en 1812, quienes desconfiaban de los criollos.

Desde 1787 estuvieron bien definidas las aspiraciones de cada clase social: los *grand blancs* pretendían convertir la colonia en un feudo exclusivo suyo; los *affranchis*, influidos por la Declaración de Filadelfia y las prédicas de los ilustrados franceses, deseaban la igualdad ante la Ley; los demagogos, la igualdad social, y los esclavos anhelaban la libertad.

He ahí cómo en el conglomerado haitiano para ese momento ya se conjugaban, por vías de las aspiraciones de cada grupo social, los tres puntales de la filosofía cristiana, que acogerán de consignas y darán a los cuatro vientos las masas popu-

⁹Madiou: *Ibidem*, t. III, p. 83.

lares parisinas, impulsadas por el calor de la revolución: ¡LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD!, aunque, en verdad, esta última era un mito en esa sociedad colonial, donde el odio dividía a las tres clases sociales y laceraba sus corazones.

Los *grand blancs* se negaron a reconocer a los *affranchis* los derechos civiles que decretó la Asamblea Constituyente francesa. El mulato Lacombe fue ahorcado por haber pedido a la Asamblea Provincial del Norte se le reconociera la igualdad política. Baudière, por la misma causa, sufrió condena de descuartizamiento y su cabeza levantada en el extremo de una lanza fue paseada por las calles de la Ville du Cap el 11 de noviembre de 1790. Al mulato Labadié, hombre de amplia ilustración y de refinada educación, se le condenó a ser arrastrado por las calles de Aquin atado a la cola de un caballo, por haber firmado la representación de Baudière¹⁰.

No menos desgraciado fue el destino de los mulatos, el humanista Ogé y el comerciante Chavanne. Estos precursores de la Independencia haitiana fueron entregados en 1791 por las autoridades españolas, conforme a lo pactado en los tratados vigentes, a las autoridades coloniales francesas, quienes descargaron sobre sus personas el más ruin de los suplicios, el 23 de febrero de ese año.

Todos estos y otros tantos excesos que sería prolijo enumerar, condujeron a imprimir en la conciencia de los patriotas haitianos, incluyendo a los esclavos, la convicción de que sólo obtendrían su libertad con el exterminio del elemento europeo. De esta forma se hizo insalvable la separación entre negros y blancos, carácter dominante de la guerra de emancipación haitiana.

Los mulatos inician la rebelión libertadora sin participación de los esclavos. No sólo los blancos sino también muchos elementos del grupo de los mulatos temían a la emancipación violenta de los sectores sometidos a servidumbre. Entre los *affranchis* hubo esclavistas de mentalidad radical. Un hermano del precursor Ogé fue decidido enemigo de la abolición. Dessalines fue esclavo de un plantador negro.

Las aspiraciones de los *affranchis* no se cumplieron. Los esclavos, capitaneados por los caudillos negros Bouckman, Jean François, Papillon y Jeannot, se levantaron en agosto de 1791 en el Norte y destrozaron, a base del incendio y el saqueo, las hermosas haciendas sembradas de caña de azúcar, café, tabaco, algodón... con saldo de muerte de los propietarios y sus familias.

Entra en acción el jacobinismo negro, con su ola de terror y de exterminio, que no perdona al europeo. Y bajo su cuchilla cayeron también mulatos, no por lo que tuvieran de sangre europea, sino por su significación económica. Es esa la cruzada de la libertad, así entendida por el elemento negro, en quien primó el sentimiento de *revancha*, y no la razón, que no jugó en este penoso proceso.

Mas, los colonos no se quedaron muy atrás en la aplicación de procedimientos draconianos contra los negros. El testimonio del antiguo propietario Malenfant acerca de la conducta de sus colegas es muy elocuente: "Los blancos en su rabia —dice— miraban a todo negro como un enemigo y aumentaron así el número de los rebeldes, pues, a menudo, encontraban apacibles esclavos trabajando en sus talleres, no hacían deferencia alguna y los masacraban indistintamente"¹¹.

Otro testimonio nos lo ofrece el General de Lacroix, quien actuó en la guerra contra los haitianos. Consigna este testigo: "La guerra no fue más que una exterminación en la cual los dos partidos se superaron en furor; los negros sorprendidos ocultándose eran inexorablemente degollados. Cuando los blancos marchaban a los

¹⁰Ibidem, p. 182.

¹¹Malenfant: *Des colonies, particulièrement de celle de Saint Domingue; mémoire historique et politique*.

combates, destruían, en la ceguera de su venganza, todo lo que era negro; a veces el esclavo fiel que se presentaba confiado perecía bajo los golpes del amo irritado del cual buscaba apoyo. Esas crueldades, repetidas a menudo, reclutaban la rebelión, ya que de hecho no había más que los campos donde los negros pudieran esperar alguna seguridad"¹².

Otra atestación valiosa en torno a esta situación se debe a don Francisco de Arango y Parreño, Oidor y Síndico del Real Consulado de La Habana y Asesor del Tribunal de Alzadas, contenida en el *Informe secreto* de su misión especial en Santo Domingo —partes española y francesa— en febrero-julio de 1803, ordenada por el Marqués de Someruelos, Gobernador y Capitán General de Cuba. Es esta *memoria* la fuente documental más completa sobre la fase final de la guerra de emancipación haitiana. En varias partes de su *informe* el Oidor Arango hace referencias, con manifiesto estupor, de los bárbaros procedimientos empleados por los blancos para exterminar en lo posible a los negros. Dejamos la palabra al nombrado emisario: "El General en Jefe me dijo diferentes veces que su opinión era acabar con todos e introducir nuevos negros; y en consecuencia, vemos que no sólo no se da cuartel, sino que con los prisioneros se cometen mil barbaridades. . . Todos mueren, y así sucedía desde los últimos tiempos del General Leclerc: lo más dulce para estos infelices es ser pasados por las armas, y todavía no es lo peor, que espalda con espalda, y de dos en dos, sean arrojados al mar. Lo que me estremece es haber oído de la boca del Jefe de Brigada, Nerau, Comandante de la Guardia del General en Jefe, que la noche antes había echado a los perros una negra prisionera; y otra tarde, que en aquella mañana había sorprendido un destacamento de doce insurgentes, cuyo Jefe fue entregado a la tropa que lo pidió para sacarle, vivo, los ojos. Yo no comprendo cómo puede disculparse, ni a qué pueda conducir tan atroz procedimiento. . ."¹³.

No interesa sumar en este resumen nuevas citas que dan fe de las atrocidades en que incurrieron los europeos, pero, por exigirlo el método que empleamos en la investigación, añadiremos algunos recaudos probatorios de la conducta del otro sector beligerante, y completar así el cuadro de la situación histórica que nos ocupa.

La *Asamblea General de la parte francesa de Saint Domingue* dirigió con fecha 13 de septiembre de 1791 sendas comunicaciones al Rey Luis XVI y a la Asamblea Nacional, en las cuales describen, en tono patético pero realista, el cuadro de dolor y devastación que siguió a la primera revuelta de los esclavos de las plantaciones del Norte. No se engañan los asambleístas al apreciar el deterioro sufrido por la riqueza rural de la colonia y el futuro incierto de ellos, carentes de los recursos materiales suficientes que les permitiera hacer frente a la arrolladora mayoría de las gentes de color sublevadas. Preven el principio del fin de su imperio bajo el *hierro y el fuego de los esclavos*.

Fragmento de la comunicación al Rey: "...La revolución de los esclavos va a sepultar en el olvido tal vez para siempre esta preciosa parte del Imperio; ya al presente la Provincia del Norte no es más que un montón de cenizas; las otras dos partes de la Isla empiezan a sufrir la misma infeliz suerte, la sangre de sus

¹²Pamphile de Lacroix: *Mémoires pour servir à l'Histoire de la Révolution de Saint Domingue*.

¹³El *Informe de la Comisión de Arango* se encuentra en el tomo I, pp. 338-383 de *Obras de Don Francisco de Arango y Parreño* publicadas en La Habana en 1888 y reproducidas por la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, Habana, 1952. Hay también un estudio de dicho documento de Francisco J. Ponte Domínguez: *Arango Parreño, estadista colonial cubano*.

cultivadores riega esta tierra que su sudor hizo fértil: tales son las consecuencias de unos principios inconsiderados que han puesto en arma unos esclavos...^{13-a}.

Fragmento de la comunicación a la Asamblea Nacional: "Cien mil negros se han sublevado en la parte del Norte: más de doscientas haciendas de azúcar han incendiado, los dueños son despedazados, y si alguna triste mujer se encuentra descarriada, su cautiverio es un estado peor que el de la muerte; ya los negros han ganado las montañas; el hierro y el fuego están con ellos; un número de cafeterías es también materia del furor de las llamas; las que restan esperan el momento de su destrucción; de todas partes viejos, mujeres y niños, huyendo del sacrificio abandonan sus casas y retiros, buscando en las embarcaciones el único alivio que les queda para salvar la vida...¹⁴.

En la guerra de exterminio desatada en Haití entre los grupos étnicos, también los *affranchis* descargaron su rigor contra los negros. En la bahía de San Nicolás fueron asesinados, por orden expresa de los mulatos, los 300 negros guerrilleros, denominados burlescamente *los suizos*, quienes los ayudaron al triunfo de 1791 sobre el ejército francés de Port-au-Prince. Más tarde Rigaud y Bauvais, en documento de 6 de julio de 1794, dirigido a Hughes, justifican esta conducta de los *affranchis* como saludable para mantener las conquistas logradas por el acuerdo con los blancos de septiembre de 1791¹⁵.

El caso de Haití en el proceso que estudiamos ofrece originalidad. Los dos sectores de color —los mulatos y los negros— quienes sienten a Haití, movidos por una conciencia verdaderamente nacionalista frente al europeo, coinciden en el separatismo, pero internamente reaccionan por vías diferentes, que los conduce al mutuo exterminio, aunque para librar la batalla final por la libertad, abrieron un paréntesis y juntos marcharon hacia el logro de objetivos comunes.

Dos actores de este drama, Alejandro Petión y Jean Jacques Dessalines, representantes de esas dos mentalidades nacionales, que estuvieron ayer y están hoy presentes en la realidad histórica haitiana. El primero y su grupo luchan por la independencia y formación de una patria para todos los haitianos, e incluso para aquellos europeos que, olvidando el pasado, quisieren trabajar por la restauración de la riqueza nacional destruida y por la felicidad futura.

Otra figura prestante de la revolución haitiana, el negro ex esclavo Toussaint Louverture, concibió también la *patria grande*, madre de todos sus hijos. En la constitución de 1801 se dice: "Artículo 39: No pueden existir esclavos en este territorio. La servidumbre queda para siempre abolida. Todos los hombres en Haití nacen, viven y mueren libres...". "Artículo 49: Todo hombre, sea cual fuere su color, es admisible a todos los empleos". "Artículo 59: No existe más distinción que la de las virtudes y talentos, ni más superioridad que la que da la ley. Esta es igual para todos, sea que castigue, sea que proteja"¹⁶.

Las aspiraciones y los nobles sentimientos de Toussaint se quedaron en proyecto.

^{13-a} Archivo Nacional de Cuba, La Habana: *Correspondencia de los Capitanes Generales*, Legajo 42, N° 8.

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ Franco: *Ibidem*, p. 19.

¹⁶ Toussaint constituyó en protectorado francés a *Saint Domingue*. Sometió esta constitución al Primer Cónsul para su ratificación, quien la rechazó. Como fracasó en su intento de sobornar al patriota haitiano ofreciéndole un puesto en el cuerpo de sus edecanos, despachó la expedición punitiva al mando del General Leclerc con la comisión de restablecer la esclavitud en la colonia. Por la soberbia de Bonaparte, perdió Francia la mejor oportunidad de retener la colonia antillana dentro de la órbita de su imperio.

El caudillo fue hecho prisionero por el General Leclerc y deportado a Francia, donde murió en las heladas masmorras del castillo de Joux.

Triunfó la línea de Dessalines, también antiguo esclavo, radical frente al europeo y los mulatos. Su constitución imperial de 1805 es tajante en este sentido. En el artículo 12 se dice: "Ningún blanco, sea cual fuere su nacionalidad, pondrá su pie sobre este territorio en calidad de amo o propietario y no podrá en el futuro adquirir ninguna propiedad"¹⁷.

El artículo 14 es más limitativo aún del grupo étnico para quien se ha estructurado el nuevo Estado. Reza así: "Toda acepción de color entre los hijos de una sola y única familia, de la cual el Jefe del Estado es el padre, debe necesariamente cesar: los haitianos serán conocidos para siempre bajo la denominación de negros"¹⁸.

El emperador negro confirmó con hechos lo asentado en su constitución. Al sellarse la independencia se constituyeron las *comunidades* en las ciudades y villas haitianas para depurarlas de los franceses que en ellas habitaban. Al amanecer del día 9 de marzo de 1804 se realizó en Jeremie, en el Litoral Sur, la primera masacre de 1.436 blancos¹⁹, dirigida y animada por el propio Dessalines, con la aplicación de los procedimientos más bárbaros. En peregrinación macabra recorrió toda la nación, desatando su odio y sembrando la muerte, bajo su consigna fatídica de *coupez têtes; brûlez cases*. Es esta la justicia de los *jacobinos negros*²⁰. Un superviviente de ese drama, residente de la ciudad de Jeremie, el francés Pierre Etienne Chazotte, escribió la siguiente crónica, uno de los contados testimonios de esa situación:

"... Subí al segundo piso para descansar. Había dormido un poco cuando de repente oí voces estridentes, gritos de desafío, de desesperación y de rabia. Me levanté del sofá con el corazón helado y a la luz de innumerables antorchas vi a más de 400 blancos desnudos, arrastrados violentamente sobre las piedras irregulares de la calle por la soldadesca. Pararon frente al cuartel de Dessalines. Cubrí los ojos con las manos. Miré nuevamente y vi brotar la sangre de las heridas de los moribundos. Me desmayé y caí al suelo. El día 15 Dessalines abandonó la ciudad para proseguir la misma tarea en toda la península del Sur"²¹.

En el conglomerado haitiano la *conciencia nacional* sufre tremendas directrices en sus intérpretes; pero ambas mentalidades, repetimos, comulgan con el ideal nacionalista. Louverture fue el forjador de la nacionalidad. Dessalines, el negro jacobino libertador.

En el lapso de catorce años que abarcó el proceso de la lucha por la Independencia de Haití, se manifestaron tres corrientes orientadoras, muy definidas en sus propósitos y finalidades, a saber: a) la sostenida por los asambleístas de San Marcos, extremadamente exclusivista por parte de los *grand blancs*; b) la de Toussaint Louverture, moderada y armonizadora de los dos grupos étnicos, que sucumbió ante la incomprensión de Bonaparte; c) la de Dessalines —la triunfadora— radicalmente exclusivista por parte del elemento africano y sus descendientes. Con Dessalines la revolución haitiana tomó fuerza dogmática, ejercida en forma de *revancha*. Dejó un saldo positivo en la historia haitiana que ha perdurado a través del tiempo. Nos referimos al reparto de la tierra tipificado por el minifundio.

Así nació Haití a la vida independiente. El segundo Estado americano que rompió los vínculos que lo ataban a potencia europea. Su origen étnico africano,

¹⁷Louis-Joseph Janvier: *Les Constitutions d'Haiti* (1801-1883), pp. 26-41.

¹⁸*Ibidem*.

¹⁹Pattée: *Ibidem*, p. 114.

²⁰P. I. R. James: *Les jacobins noirs*, p. 225.

²¹Pierre Etienne Chazotte: *The Black rebellion in Haiti. The experience of one who was present during four years of tumult and massacre*, pp. 42 y ss.

sus instituciones europeas sobre su geografía americana, forman un todo armónico de nación original.

Haití, foco revolucionario de América

Fue Haití el foco revolucionario más activo de América a fines del siglo XVIII y primeras décadas del XIX, que recibió en su plenitud una avalancha de literatura revolucionaria que en la colonia va a convertirse en literatura de guerra contra los propios franceses.

Francia, emisora de las requisitorias contra las tiranías vigentes en los otros pueblos, va a ser objeto de tremendos anatemas por parte de los haitianos, quienes rechazan su yugo. La literatura revolucionaria francesa sirvió de modelo a los directores de la revolución haitiana para combatir a sus opresores galos.

Por los planteamientos de la revolución haitiana, la Francia revolucionaria, de sujeto de la libertad en que se había erigido, pasa a ser sujeto de la tiranía y Haití su objeto. Esta peculiar situación podemos apreciarla en la copiosa literatura revolucionaria y de guerra que en esos momentos se produjo en Francia y en su colonia antillana en armas contra ella.

Demos lectura al manifiesto que a proposición de Condorcet dirigió la Asamblea Legislativa el 29 de noviembre de 1791 a todos los pueblos oprimidos:

"La Asamblea Nacional declara: que la nación francesa, fiel a los principios consagrados por la Constitución que disponen "no se emprenda guerra alguna con miras conquistadoras ni se empuñen las armas para atacar la libertad de ningún otro pueblo", sólo se arma para defender la libertad y su independencia; que la guerra que se ve obligada a emprender no es guerra de nación a nación, sino de defensa legítima de un pueblo libre contra los ataques de un rey; que los franceses no confundirán nunca a sus hermanos con sus enemigos; que no perdonarán medio alguno para suavizar las calamidades de la guerra, para respetar y conservar la propiedad y para lograr que todos los desastres de la lucha caigan únicamente sobre aquéllos que se conjuran contra su libertad; que en lo sucesivo admitirá a todos los extranjeros, que abandonando la causa de sus enemigos, se agrupen en torno a su bandera y consagren todos sus esfuerzos a la defensa de su libertad; y que favorecerá, por todos los medios posibles, su establecimiento en Francia"²².

El año siguiente (19 de noviembre), la Convención confirmó el *fraternal* ofrecimiento de ayuda a todos los pueblos que quisieran recobrar su libertad.

A la altruista declaración de la Legislativa se opone la siguiente de Dessalines, que si bien contiene una buena dosis de vehemencia, ésta se compensa con la realidad que en esos tiempos se palpaba en Haití, donde el gobierno francés, integrado por los mismos hombres que pregonaban y ofrecían libertad a los otros pueblos, se la negaban al haitiano.

"No es bastante haber expulsado de vuestro país a los bárbaros que lo han ensangrentado durante dos siglos —dice el caudillo negro a sus compatriotas—. No es bastante haber puesto freno a las facciones siempre renacientes que se divertían alternativamente con el fantasma de la libertad que Francia exponía ante vuestros ojos; es necesario, por un último acto de autoridad nacional, asegurar para siempre el imperio de la libertad en el país que os ha visto nacer; hay que arrebatarse al gobierno inhumano que tiene desde hace tiempo a nuestros espíritus en el sopor más humillante, toda esperanza de volvernos a esclavizar; es necesario, en fin, vivir independientes o morir.

"¡Independencia o muerte! Que esas palabras sagradas nos unan y que ellas sean la señal de los combates y de nuestra unión. Ciudadanos, compatriotas míos: he

²²G. Oncken: *Historia Universal*, t. xxxii, pp. 298 y ss.

reunido en este día solemne a estos militares valerosos, quienes, en víspera de recoger los últimos suspiros de la libertad, han prodigado su sangre por salvarla; esos generales que han guiado vuestros esfuerzos contra la tiranía, no han hecho todavía lo suficiente por vuestra felicidad... ¡El gentilicio francés enlobregece aún nuestras comarcas!

"Todo en ellas revive el recuerdo de las crueldades de ese pueblo bárbaro: nuestras leyes, nuestras costumbres, nuestras ciudades, todo lleva todavía la huella francesa. ¿Qué digo...? Todavía existen franceses en nuestra isla, y vosotros os creéis libres e independientes de esa República que ha combatido a todas las naciones, es verdad, pero que jamás ha vencido a aquellas que han querido ser libres. Víctimas durante catorce años de nuestra credulidad y de nuestra indulgencia, vencidos no por las armas francesas, sino por la lastimosa elocuencia de sus agentes, ¿cuándo nos cansaremos de respirar el mismo aire que ellos respiran?"²³.

La siguiente expresión proferida por Boissond-Tonnerre, redactor de la constitución imperial, define los primarios sentimientos de su autor y de un denso sector del cual es el genuino representante: "El Acta de Independencia —dice— debe escribirse sobre la piel de un blanco, usando como tinta su sangre, su cráneo como tintero y un sable por pluma"²⁴.

En la memorable sesión de la Legislativa de 29 de noviembre, el diputado Isnard expuso: "Digamos a Europa que diez millones de franceses armados de la espada y de la pluma, de la razón y de la elocuencia, pueden, si se les irrita, cambiar por completo la faz del mundo y hacer temblar a los tiranos en sus tronos de barro".

El 18 de diciembre el fogoso girondino, mostrando un puñal en la mano, se dirige al ala jacobina de la Asamblea e increpa: "Contemplad, señores, este puñal: siempre saldrá victorioso; el pueblo francés dará un grito y todos los pueblos responderán a su llamado; la tierra se cubrirá de combatientes y todos los enemigos de la libertad serán borrados de las listas de los vivientes"²⁵.

Muy seguros estuvieron los oradores revolucionarios con relación al prestigio y ascendiente de Francia en el ánimo de los otros pueblos. Pero toda esa jactanciosa oratoria de que hacen gala se desvanece en sus efectos ante la realidad que allende el mar exhibe el pueblo haitiano, al cual no sólo se le niega la libertad y la independencia que paladinamente ofrecen a los demás pueblos, sino que se les humilla y se le escarnece.

Esta otra expresión de Dessalines, contenida en la Alocución que venimos comentando, encierra el virus del convencimiento a que sólo conducen los profundos males espirituales y materiales que es menester padecer en sangre propia para poder juzgar con equidad: "Su crueldad —dice— comparada a nuestra paciente moderación: (?) su color comparado al nuestro; la extensión de los mares que nos separan; nuestro clima vengador, nos dicen suficientemente que no son nuestros hermanos, que no lo serán jamás, y que, si ellos encuentran un asilo entre nosotros, serán aún los maquinadores de nuestros tumultos y nuestras divisiones" (?).

El caudillo negro habla de su paciente moderación y expresa que la presencia de los franceses entre los haitianos será la causa de sus tumultos y divisiones. ¡Incierto! Pero debemos de reconocer que para los haitianos de aquel momento histórico, los franceses no podían ser los sembradores de la paz que a los cuatro

²³Horace Pauléus Sannon: *Histoire de Toussaint Louverture*, pp. 203-210.

²⁴F. Morales Padrón: *Historia de América*, t. vi, p. 32.

²⁵Oncken: *Ibidem*, t. xxxii, p. 289.

vientos ofrecían a los demás pueblos, sino los instigadores de la violencia y el odio, porque eran sus tiranos, de quienes ansiaban liberarse.

Los haitianos asimilaron a la perfección las prédicas de los revolucionarios franceses y supieron aprovechar sus motivaciones para esgrimir las contra la misma Francia. En el desarrollo de la guerra demostraron un espíritu jacobinista elevado al máximo.

Es curioso que los paladines de la emancipación haitiana, quienes aborrecieron a Napoleón, fueron seguidores suyos en ciertos aspectos. En Dessalines y Christophe sobresalieron con más fuerza los matices del autocratismo espectacular del emperador de los franceses.

Oratoria especulativa del ciclo revolucionario y napoleónico

La oratoria especulativa del ciclo revolucionario y napoleónico tuvo también sus seguidores entre los patriotas de los pueblos hispanoamericanos, incluyendo a muchos de aquellos que no simpatizaban con su filosofía y procedimientos. Pero hubo más sinceridad en las declaraciones de los libertadores americanos —y así lo corroboran sus obras— que en las de los directores de la revolución francesa y su agente militar de campaña, futuro emperador de los franceses.

En corroboración de nuestro aserto, transcribimos a continuación fragmentos de la proclama que a los italianos dirigió Bonaparte en 1796, después de vencer a Víctor Amadeo III, rey de Cerdeña, y la declaración de principios dada por Bolívar en 1823 antes de emprender la liberación del Perú.

Bonaparte: "... ¡Pueblos de Italia! El ejército francés viene a destruir vuestras cadenas; el pueblo francés es amigo de todos los pueblos: formad nuestra vanguardia. Vuestras propiedades, vuestra religión, vuestras costumbres serán respetadas. Hacemos la guerra como enemigos generosos, y sólo deseamos la ruina de los tiranos que os esclavizan"²⁶.

Bolívar: "... Sí, Colombia hará su deber en el Perú: llevará sus soldados hasta Potosí, y estos bravos volverán a sus hogares con la sola recompensa de haber contribuido a destruir los últimos tiranos del Nuevo Mundo. Colombia no pretende un grano de tierra del Perú, porque su gloria, su dicha y su seguridad se fijan en conservar la libertad para sí, y en dejar independientes a sus hermanos"²⁷.

Ambas piezas oratorias tienen en común el estilo y fines en ellas expresados. Mas, discrepan diametralmente en las consecuencias históricas. Francia, no obstante declarar su jefe expedicionario el propósito único de obtener la "ruina de los tiranos...", en conformidad con los ruidosos manifiestos de la Legislativa (1791) y de la Convención (1792), se contradice descaradamente al anexas a su territorio Niza, Saboya, las islas Jónicas..., al sacrificar a Venecia..., en tanto que Colombia, una vez cumplida su misión libertadora en Perú, retira sus ejércitos.

La *fraternal* ayuda ofrecida por los demócratas franceses a los pueblos tiranizados de Europa, se transformó, en manos de Bonaparte, en verdadera acción imperialista, que si bien es cierto rompió las barreras feudales imperantes en esos pueblos, introdujo nuevos módulos del despotismo y aquéllos sufrieron la acción del saqueo y la expoliación por parte de sus libertadores, que recibió el *beneficio de los franceses*.

¡Cuán diferente fue el proceder de los libertadores americanos en circunstancias análogas! Los adalides de la libertad sudamericana, San Martín y Bolívar —y sus lugartenientes— acuden en auxilio de los pueblos hermanos para librar en su suelo la batalla final contra el enemigo común, bajo los auspicios de un sincero y bien

²⁶Emil Ludwig: *Napoleón*, p. 52.

²⁷Vicente Lecuna: *Proclamas y discursos del Libertador*, p. 282.

sentido *panamericanismo*, el cual va a sufrir resquebrajamiento más tarde —en la República—, cuando surgen entre los nuevos Estados las rivalidades, los problemas fronterizos y el contrapunto por sus héroes, en dioses convertidos, contra los dictados de la historia.

En todos ellos estuvo presente un espíritu de abnegación y desinterés. La Campaña del Sur, la valiosa asistencia de San Martín y su ejército dada a Chile y Perú, no se sujetaron a *rescates* ni se subordinaron a *compensaciones* territoriales a favor de Colombia y Argentina. Alejandro Petión tiende su mano protectora a Bolívar y organiza la Expedición de los Cayos a expensas de los recursos de su pueblo, con el único pedido de que se decrete la abolición de la esclavitud en Venezuela, sublime ideal consustanciado con la razón de ser del Estado haitiano.

En la América española no faltaron discípulos de Napoleón en el sentido político. Iturbide le imitó fielmente. Otros siguieron sus huellas despóticas y personalistas encubriéndose en el sistema republicano dotado de constituciones de corte imperial. Y en Latinoamérica toda han trascendido hasta nuestros días presidentes *ad imperator*.

Haití fue convertido en una especie de sucursal de las ideas revolucionarias francesas, que sirvió de fuente distribuidora de las nuevas corrientes para el resto de América, en especial para las provincias españolas del área circuncaribe. Acertado es el juicio del profesor Tramond de que "*Saint Domingue* fue un laboratorio de las ideas políticas, administrativas, militares, marinas, civiles, económicas..."²⁸.

Las autoridades españolas de las provincias del Caribe no sólo se esforzaron por impedir la introducción en sus territorios de la propaganda revolucionaria emanada de las islas francesas antillanas y por evitar el contacto de sus súbditos con esas colonias, sino que algunos de los personeros del gobierno hispánico en dichas provincias prestaron ayuda pecuniaria a los franceses para combatir las rebeliones haitianas, tales los casos de los Gobernadores y Capitanes Generales de Cuba y Venezuela y el Virrey de Santa Fe. Guevara Vasconcelos, Presidente-Gobernador y Capitán General de Venezuela, facilitó al General Leclerc 400.000 pesos "en dinero efectivo", procedentes del Tesoro de Caracas, y "grandes cantidades de mulas"²⁹.

Con el fin de mantener aisladas estas provincias de los acontecimientos antillanos, el gobierno peninsular dictó disposiciones como la siguiente de 21 de mayo de 1790: "Para evitar los gravísimos perjuicios que podrían causar en esos dominios las sediciosas ideas que han procurado esparcir algunos individuos de la Asamblea Nacional de Francia: ha resuelto S. M. prevenga a V. S., como lo ejecuto, que cele con la mayor vigilancia para que en el Distrito de su mando no se introduzcan negros comprados o prófugos de las Colonias Francesas, ni otra cualquiera persona de casta que pueda influir en los vasallos de S. M. máximas opuestas a la debida subordinación y vasallaje, dando V. S. todas las providencias que considere más eficaces y oportunas para expelerlos de los Dominios de España con otro pretexto, a fin de que no se trascienda en el público el verdadero motivo de su expulsión. Lo que participo a V. S. de Real Orden para su inteligencia y puntual cumplimiento"³⁰.

Es notable el tono cauteloso de esta orden.

Las medidas en el sentido citado fueron ejecutadas rigurosamente por los per-

²⁸Joannes Tramond: *Histoire des colonies francaises*, t. VII, vol. 2, p. 518.

²⁹H. García Chuecos: *Siglo XVIII en Venezuela*, pp. 366 y ss.

³⁰*Ibidem*, pp. 372 y ss.

Haití, especie de sucursal de las ideas revolucionarias francesas

soneros del régimen español asentados en esas provincias. En carta de 13 de julio de 1801 don Manuel Guevara de Vasconcelos informa acerca de la providencia tomada de acuerdo con la Real Audiencia, de prohibir todo trato y comunicación a los habitantes de esta Provincia de su mando con los de la Isla de Santo Domingo, motivado a la absoluta posesión que ha hecho de ella el negro Toussaint Louverture³¹.

En los primeros momentos de los acontecimientos haitianos, España fijó su posición de estricta neutralidad en lo que se refería a las facciones beligerantes de blancos, y muy definida frente a los grupos de color, en el sentido de prestar decidida ayuda y protección a los europeos víctimas de su persecución.

En atención a esta línea se le dio protección a los colonos franceses de Haití y sus familiares, y no se les permitió entrada en las posesiones españolas a sus esclavos, para evitar "las fatales circunstancias que puedan acarrear sucesivamente esos negros en cualquier parte a donde lleguen a residir".

La introducción de negros haitianos por vías clandestinas en los dominios españoles del Caribe fue inevitable, no obstante la vigilancia ejercida por las autoridades respectivas, en conformidad con las instrucciones expedidas por el gobierno metropolitano.

En la Presidencia-Gobernación de Venezuela se extremaron las precauciones tendientes a evitar la participación en las haciendas del elemento de color en ciertas posiciones claves, que pudieran proporcionarles la oportunidad para ejercer ascendiente sobre las masas africanas o de este origen. En circular de 19 de marzo de 1801 dirigida por la autoridad competente a los hacendados de los Valles del Tuy, se les recomienda colocar al frente de aquellos destinos a individuos blancos y tratar de mantener en su estricto lugar a los esclavos y demás miembros de las clases de color, con la especial sugerencia de que desarrollen esos servidores fina política de *relaciones humanas* que salve la posible provocación de descontento entre los citados sectores sociales³².

Era una costumbre muy afinada en las postrimerías de la dominación española que las familias criollas utilizasen en su servicio doméstico y empleos de confianza en sus haciendas (mayordomos, capataces, etc.), negros libres, mulatos, etc., con excelentes resultados para sus intereses materiales y espirituales. Viajeros de la época, como el Barón von Humboldt, recogen en sus crónicas, con frases elogiosas, esta modalidad de la sociedad ultramarina. Ahora bien, como producto de una política recelosa, las autoridades hispanas, en atención a los acontecimientos levantiscos sucedidos en aquellos tiempos en los sectores de color, les obliga a romper aquella peculiaridad social que había marcado un simpático carácter en el ámbito criollo.

Cuba, centro activo de intrigas y espionaje

Cuba fue el centro del imperio español que más se destacó en la vigilancia sobre los acontecimientos haitianos. La Habana se convirtió en uno de los focos más activos de intrigas y espionaje, cuyas proyecciones se extendían a *Saint Domingue*,

³¹Archivo General de Indias, Sevilla: *Audiencia de Caracas*, Legajo 99, N° 371 (copia en manos del Dr. Ildefonso Leal).

³²Archivo General de la Nación, Caracas: *Gob. y Cap. General*, t. xcvi, 1801, f. 156: A todos los dueños de haciendas de los valles del Río Chico, Panaquire y Tapipa, Caracas, 19-3-1801. (El texto de este documento se reproduce en *Documentos del Real Consulado de Caracas*, p. 225, publicado por el Instituto de Estudios Hispanoamericanos de la Universidad Central de Venezuela, 1964, selección de Ildefonso Leal y estudio preliminar de Eduardo Arcila Farías).

Jamaica, Luisiana, Nueva Orleans, La Florida, Filadelfia, Nueva York y demás ciudades de la Confederación donde actuaban hispanoamericanos.

La clase dirigente española de la península y del propio imperio ultramarino, se mostraba muy preocupado por el curso que venían siguiendo los acontecimientos en América desde que las Trece Colonias Angloamericanas del Norte habían logrado su independencia, con la ayuda de España, Francia, Holanda, Cuba, Nueva España y Haití.

La revolución haitiana introducía un nuevo elemento social que conmovía profundamente los cimientos estructurales de la sociedad americana. El levantamiento del pueblo haitiano no sólo significaba la separación de Francia con el consiguiente rescate para él del ejercicio de la soberanía, sino que envolvía la liberación absoluta de los esclavos y su ascenso a clase dirigente, punto neurálgico de la problemática político-social de la misma Confederación, de las provincias ultramarinas hispanas y del Brasil.

A los intereses políticos metropolitanos se suman los intereses esclavistas criollos, que, compactados en un frente común van a oponerse tenazmente a la revolución haitiana. Y es Cuba, en cierto sentido, el centro de gravedad de esa reacción.

Con fecha 26 de noviembre de 1791 el Ministro de Estado español dirige desde San Lorenzo la *Real Orden* al Capitán General de Cuba, don Luis de Las Casas, por la cual lo autoriza a proteger a los colonos franceses de Haití, víctimas de las insurrecciones de los negros, "... con víveres, armas y municiones según se pudiere, y con la demostración de fuerzas marítimas y terrestres que se proporcionaren, poniendo la vista en que el contagio de la insurrección no se comunique a las partes y posesiones Españolas... poniendo todo cuidado en que nuestros soldados y equipados de mar y tierra no se incorporen, mezclen, ni comuniquen con los franceses, para evitar las resultas y consecuencias del mal ejemplo, o de la seducción y soborno"³³.

Como se desprende del texto transcrito es menester evitar a toda costa "el contagio de la insurrección..." y "... el mal ejemplo...". ¡Sublime ilusión de los estadistas hispanos! La revolución haitiana no es un mero ejemplo para las clases esclavizadas del resto de América, sino un estímulo que se hermana con una realidad incontrovertible.

Los esclavistas no tienen sosiego y agotarán todos los recursos por abogar la revolución negra. No se piensa en revisar el *status* de la sociedad colonial. En Hispanoamérica, años más tarde, individuos de espíritu verdaderamente liberal (en minoría) que propugnaban por la independencia, no lograron sino concesiones muy limitadas en favor de los esclavos. Y cuando en Cádiz se planteó el problema, la más fuerte oposición estuvo de parte de la casi totalidad de los representantes americanos.

No caló en la mentalidad de esos señores lo contraproducente que resultaba mantener la esclavitud, no obstante las convulsiones sociales que en esos momentos se venían acentuando en las sociedades esclavistas americanas. Y toma gran significación la siguiente opinión del colono francés, *grand planteur*, de Haití, monsieur De Rouvray, quien, con admirable objetividad aprecia esa realidad: "Una colonia de esclavos —escribe a su hermano en 1783— es una sociedad amenazada de asalto, se camina sobre barriles de pólvora"³⁴.

³³Archivo Nacional de Cuba: *Correspondencia de los Capitanes Generales*. Legajo 43, Nº 2.

³⁴Franco: *Estudio preliminar* a la Compilación de Documentos para la Historia de Venezuela existentes en el Archivo Nacional de Cuba, p. xi.

Las rebeliones de esclavos sucedidas en América bajo la inspiración de la revolución haitiana, fueron numerosas. Y muchos de estos brotes libertarios marcaron huellas profundas en los sectores de las clases de color que más tarde van a dar sus resultados al influjo del odio contra los criollos.

En provincias como Venezuela y Nueva Granada fue aprovechada por esos grupos sociales la brecha abierta por la independencia para desatar la *revancha* contra la clase principal, en cuyos miembros veían ellos sus opresores, quienes mantenían cerradas las compuertas del *igualitarismo*, al cual asimilaban la idea de *libertad* e interpretaban el concepto de *independencia*.

En las masas de esclavos de las plantaciones de Luisiana, con la participación de algunos blancos, surgieron brotes de rebeliones de marcada intensidad *revanchista* en el lapso 1794-95, que fueron reducidas a sangre y fuego. El gobernador, barón de Carondelet, hizo gala de su implacable crueldad ahorcando en los muelles del puerto de Nueva Orleans a veinticinco rebeldes y deportó a La Habana "treinta y siete individuos de color y blancos complicados en una sublevación proyectada en aquella provincia de que los principales autores fueron allí ajusticiados"³⁵.

Este intento de sublevación de esclavos de Luisiana, además de la consternación que produjo en esa provincia del Continente, perteneciente a España desde 1762³⁶, sacudió el ánimo de los hacendados cubanos, quienes se dispusieron a reforzar su campaña en contra del foco productor de esas "infames prácticas", la revolución haitiana.

El mismo año de 1795 los *marrons* de Jamaica, colonia inglesa antillana, amotinados, presentaron un ultimátum a los directores británicos de la isla para que evacuaran el dominio. El Comandante de la plaza, General Palmer, con sus efectivos militares y los refuerzos de *perros cazadores* suministrados por el Capitán General cubano, de Las Casas, a pedido del Gobernador de Jamaica, Lord Balcarres, logró someter a los insubordinados³⁷.

En 1795 estalla en Coro la sublevación de los negros *loangos* o *minas*, muchos de ellos prófugos de Curazao. Es este el movimiento de más caracterizado corte jacobino. Su principal director, el zambo José Leonardo Chirinos, tuvo contacto muy estrecho con los elementos haitianos de esa etnia.

Los negros alzados de Coro abogaban por la *ley de los franceses*, por la libertad de los esclavos y supresión de la servidumbre, por la eliminación de impuestos, contribuciones y alcabala, por la eliminación de la nobleza blanca. En la estrategia a seguirse incluía el suministro de armamento por los barcos *franceses surtos* en La Vela, Maracaibo y Puerto Cabello y propagar la insurrección a la Provincia de Caracas³⁸.

De la popularidad de que gozaba la rebelión haitiana entre las masas de color de Coro, nos da testimonio el Justicia Mayor, Teniente Coronel Andrés Boggiero, en su *comunicación* de 24 de febrero de 1801, por la cual informa acerca de los efectos de dicha revolución en el ánimo de aquellos habitantes, quienes exteriorizaban sus satisfactorias impresiones por medio de una *canzoneta* alusiva al acontecimiento antillano y sus caudillos. Reza el citado documento: "...Ha dado parte don Ariaola, de este vecindario, que corre entre los libres y esclavos de la Serranía (de Coro), muy válida la noticia de la toma de la Isla Española de Santo Domingo

³⁵Boletín del Archivo Nacional, La Habana: a. xi, 1941, p. 59.

³⁶Vid. V. Rodríguez Casado: *Primeros años de dominación española en Luisiana*. (Por el Tratado de Tontainebleau —3 de noviembre de 1762— Francia cedió Luisiana a España).

³⁷Franco: *Estudio preliminar... Doc. Hist. de Venezuela*, p. xii.

³⁸Vid. Federico Brito Figueroa: *La estructura social y demográfica de Venezuela*, cap. iv, pp. 68 y ss.

por el Negro Tusén y que manifiestan gran regocijo y alegría con ella, usando del estribillo de *¡andá, fíete de tisón!* respondiéndolo a quien se lo dicen: *eso es para que lo vean...*"³⁹.

Nos detenemos para formular algunos comentarios en torno al plan insurreccional de Chirinos. Abogaba por la *ley de los franceses*. Por la demostración que se obtuvo, de haber prosperado ese movimiento, no cabe dudas que se aspiraba a aplicar el jacobinismo del molde que se venía desarrollando en Haití: guerra de exterminio de pronunciado contenido étnico.

La jornada del 10 de mayo de 1795 iniciada en la Hacienda *Macanillas* del valle de Curimagua está calcada en el episodio sangriento de la noche del 22 de agosto de 1791 dirigido por el esclavo Buckman en *Bois Caïman*, con la única diferencia de que ésta prosperó en sus estragos y sus efectos y aquella fue cortada a tiempo con las más drásticas represalias.

El foco de la rebelión de los grupos de color de Coro, que trató de arrastrar a los indios, se propagó a otros centros de Venezuela. Y hasta 1799 se mantuvo la agitación, escalonadamente, en localidades como Cumaná, Carúpano, Cariaco, Río Caribe, Maracaibo, que completan los eslabones de la cadena de la insurrección inspirada en las fuentes jacobinas haitianas.

La consecuencia directa de la rebelión de los negros de Coro fue la ruina de las haciendas por la disminución de los efectivos de esclavos especializados en las labores agrícolas, los cuales sufrieron tremendas bajas en la acción bélica o por las sanciones *sumarísimas* aplicadas por las autoridades hispanas. Testimonios de ese deplorable estado del agro de aquella región nos lo ofrecen los informes rendidos en 1801 por los hacendados Francisco de Manzanos y Nicolasa de Acosta, que evidencian la magnitud de los desfavorables efectos por los cuales "... se fue perdiendo todo lo cultivado y se encuentran dichas labranzas convertidas en bosques..."⁴⁰.

En 1795 los esclavos de la colonia holandesa de Curazao demostraron su descontento con una sublevación inspirada también en la revolución haitiana y las consignas de la revolución francesa, que fue reducida con dureza por las autoridades coloniales, pagando con su vida los directores⁴¹.

Las rebeliones de la etnia de color y sus descendientes, agudizadas en América después de 1790, traen consigo, en grados variados, el signo *jacobino negro* ya iniciado en Haití. Como una nota temática uniforme surgen en todo el Caribe, recorren Centro América, Nueva Granada, Venezuela, las Guayanas, Brasil y hasta se dejan sentir en el Río de la Plata⁴².

³⁹Archivo General de la Nación, Caracas: *Gob. y Cap.*, t. xcv, f. 216: *Carta de Andrés Boggiero, Tte. Coronel y Justicia Mayor de Coro, a 24 de febrero de 1801*. (Documento localizado por el Dr. Ildefonso Leal).

⁴⁰*Ibidem*: *Gob. y Cap. General*, t. xcvi, 1801, f. 116: *Carta de Francisco de Manzanos datada en Coro a 13-3-1801 para el Teniente Coronel y Comandante Político-Militar don Andrés Boggiero*. *Ibidem*: t. xcv, f. 71, *Carta de Nicolasa de Acosta, 6-2-1801*. (Ambos documentos se reproducen en *Documentos del Real Consulado*, cit., pp. 225 y ss.).

⁴¹C. Ch. Goslinga: *Emancipatie en Emancipator*, p. 169.

⁴²En abril de 1799 estalló en Cartagena de Indias una insurrección de elementos de color en la cual participó el negro José Diego Ortiz, actor en la rebelión de Coro con José Leonardo Chirinos. Después de la insurrección de Coro se produjo en el Uruguay una insubordinación de africanos y sus descendientes sin mayores proyecciones, pero sí de singular significación en lo que a la inspiración jacobina haitiana se refiere. Esos elementos de color, en número de 60, aproximadamente, se concentraron en una isla del río Yí y proclamaron la república bajo los auspicios de la *ley de los franceses*, con las

El abortivo caso de Chirinos en Coro es la culminación de un estado animoso previo, que durante el siglo XVIII se viene manifestando tímidamente en América y que al influjo del estimulante *jacobino haitiano* toma mayor incremento. Y, aunque no alcanza éxito, por razones obvias, va a tomar su carácter *revanchista* en la guerra de independencia en provincias como Venezuela, donde las condiciones sociales de los sectores de color eran sumamente precarias por la opresión de la clase criolla. Es, pues, el resultado de un proceso social añejo, que se desplazaba, no tan silenciosamente, en la América del dieciocho.

Programa
trazado por
los revolu-
cionarios
haitianos

Las naves que entraron en el puerto de Maracaibo unos días antes del levantamiento ocurrido en esa localidad el 19 de mayo de 1799, que se han atribuido de nacionalidad francesa, resultaron ser de procedencia neta haitiana, las cuales, además de material bélico, transportaban hombres organizados en plan de campaña. Entre estos contingentes había individuos de diferentes nacionalidades.

Esta acción es parte del programa trazado por los revolucionarios haitianos en estrecha combinación con hispanoamericanos, de exportar la revolución negra, por lo menos en el área del Caribe. Y constituía la Presidencia-Gobernación de Venezuela preciado objetivo por razones diversas, de orden estratégico, político, económico y social, ya que en este último aspecto encontraban asidero en la densa población de color las consignas de la revolución haitiana.

Aguda visión demostró el Intendente don José de Abalos cuando en su famoso *Informe* de 27 de septiembre de 1780 manifestó al Secretario Universal de Indias el valor estratégico que para el imperio español americano representaba la Presidencia-Gobernación de Venezuela. En estas frases proféticas quedó asentado el pensamiento del insigne estadista: "... No es este un vaticinio vano sino pronóstico de un conocimiento inmediato de la tierra; y si se perdiera esta parte de la América será para la monarquía la desgracia más lamentable, tanto por las inmensas riquezas que comprenden estos países, como porque con esta puerta en su poder se absorberá fácilmente el que la tuviese todo el resto del Continente. El que dominase las provincias de Caracas y Cumaná e islas de Trinidad, será señor de toda esta parte occidental y con ella tendrá una próxima disposición para intentar también lo demás"⁴³.

Los hechos posteriores se encargaron de confirmar las profecías del Intendente Abalos, no sólo en lo que a los propósitos de los venezolanos y los desfavorables resultados para España se refiere, sino también para los fines de los revolucionarios de otros núcleos coloniales americanos.

En lo que se refiere a la sublevación de Maracaibo ocurrida la noche del 19 de mayo de 1799, atribuida su dirección al Subteniente de Milicias de Pardos, Francisco Xavier Pirela, los testimonios documentales localizados en el Archivo General de Indias, Sevilla, por el investigador venezolano, Dr. Ildefonso Leal, quien gentilmente nos los ha facilitado a los efectos de este estudio, revelan una serie de datos que modifican la interpretación hasta ahora mantenida en torno a dicho acontecimiento por la mayoría de los autores que lo tratan.

consignas de ¡Libertad, Igualdad, Fraternidad! (Vid. Studer: *La trata de negros en el Río de la Plata durante el siglo XVIII* y Machado Rivas: *Movimientos revolucionarios en las colonias españolas de América*).

⁴³Archivo General de la Nación, Caracas: *Intendencia*, t. IX, ff. 109-19: *Carta del Intendente Don José de Abalos al Secretario Universal de Indias, Don José de Gálvez*, fechada en Caracas a 27 de septiembre de 1780.

Del examen de los citados documentos y de los existentes en nuestro Archivo General de la Nación sobre la insurrección de Maracaibo de 1799, encontramos presente el elemento haitiano jacobino, sintetizado en estos aspectos: a) incendio de la ciudad como medida táctica para desarticular los efectivos militares acantonados en la plaza; b) exterminio indiscriminado de los individuos de la etnia europea; c) asesinato de toda la jerarquía de la provincia, con inclusión de varios dignatarios de la Iglesia; d) sustitución de los cuerpos militares, desde la base, por milicianos y comandos jacobinos de color; e) propalar el espíritu de la insurrección jacobina hasta los indios goajiros y centros de esclavos de Nueva Granada y Venezuela; f) imponer la *ley de los franceses* con sus atributos de *libertad e igualdad* al estilo haitiano; g) abolición de la esclavitud⁴⁴.

La salvaje consigna de *coupez têtes; brûlez cases!* estuvo a punto de aplicarse en la ciudad de San Sebastián de Maracaibo la noche del 19 de mayo de 1799. Cuatro años antes, también una noche de mayo, hizo su fatídico efecto en el Valle de Curimagua, enarbolada por el zambo José Leonardo Chirinos, el más destacado intérprete en Venezuela de las enseñanzas de la revolución jacobina negra activa en *Saint Domingue*.

Entre los años de 1810 y 1812 se registraron rebeliones de grupos de color, esclavizados y libres, en Puerto Rico y Cuba. En esta última descuello la conspiración del negro libre José Antonio Aponte, de molde haitiano y con la participación de agentes haitianos.

La conspiración de Aponte, con su epicentro en La Habana, tuvo sus conexiones con grupos revolucionarios de las provincias interioranas; y en varios ingenios de azúcar, entre ellos el de *Peñas Altas*, en Jaruco y el de *La Trinidad*, se agitaron los esclavos y estallaron brotes armados que fueron contra los hacendados, pero resultaron aplastados por las milicias del Marqués de Someruelos, Presidente-Gobernador y Capitán General de la Isla.

En agosto de 1812 se registra en el Santo Domingo español una conspiración del tipo de la de Aponte, promovida por los negros Pedro de Seda, José Leocadio y Pedro Henríquez. La consigna era la de atacar las haciendas y liquidar físicamente a los blancos. El procedimiento: incendiar los campos y sembrar el terror. La hacienda *Mendoza* fue el objetivo. El intento fracasó. También argumentaron los directores de la insurrección que el gobierno local obstaculizaba la libertad de los esclavos dispuesta por las Cortes de Cádiz⁴⁵.

En las masas de color, de esclavos y libres, asentadas en los Estados Unidos, también se sintieron los malestares *revanchistas* contra los blancos. En 1822 se registró en Charleston la insurrección —debelada— de africanos y sus descendientes capitaneada por Denmark Vessey y en 1831 otra por Nat Turner. Rigurosas fueron las sanciones aplicadas a los negros.

Los ingleses no pierden tiempo en afinar sus ataques contra España y su imperio y tratan por todos los medios de *pescar en el río revuelto*. Por una parte "...desean una ruyna (esto es) de bernos en las mismas circunstancias que se ben los franceses...", informa desde Kingston don Manuel González, comisionado especial secreto del Capitán General de Cuba, a la vez que da una pormenorizada relación del traslado de negros haitianos, por embarcaciones de bandera británica, hacia Darién,

Rebeliones de grupos de color esclavizados y libres

Ingleses afinan sus ataques contra España y su imperio

⁴⁴Secciones consultadas del Archivo General de la Nación, Caracas: *Gobernación y Capitania General*, tt. VIII, IX y X; *Correspondencia*, tt. LXVIII, LXXIX; *Diversos*, t. LXIX; *Intendencia*, tt. IX al XIV.

⁴⁵José G. García: *Compendio de la Historia de Sto. Domingo*, t. II, p. 27.

dejándolos, por circunstancias imprevistas, en Honduras, "...a fin de que se tomen las medidas conducentes apresarlos de una ynfectación"⁴⁵.

No obstante todas las medidas adoptadas por la administración real, en el sentido dicho, la influencia de la prédica revolucionaria jacobina, percibida directamente de Francia o por vía de sus colonias antillanas, se dejó sentir en los sectores populares hispanoamericanos, al extremo de traducirse en hechos insurreccionales.

El folleto contentivo de la *Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano*, con varias máximas republicanas y un *Discurso preliminar dirigido a los americanos*, que trajo como pie de impresión "Imprenta La Verdad - Madrid - 1797", el cual circuló por aquellos tiempos en las provincias españolas del Caribe, fue editado por Juan Picornell en una de las islas de La Guadalupe o La Dominica —esta última, a la sazón bajo bandera inglesa⁴⁶.

Documentos
relativos a
insurreccio-
nes reseña-
das

En los documentos que hemos examinado relativos a varias de las insurrecciones reseñadas, además de las tácticas de los jacobinos negros, apreciamos el fervor que en las masas de color inspiran las referencias de los acontecimientos de *Saint Domingue* y la presencia entre ellos de guerreros haitianos, en quienes ven heraldos de la libertad de su etnia. Este fenómeno, lógicamente explicable por la identidad de situaciones y por las realizaciones que ofrecen aquéllos, prosperó en esos tiempos en todos los sectores de color de América.

En algunas oportunidades hubo especulación en torno a este poderoso ascendiente por parte de los organizadores de rebeliones, en el sentido de hacer aparecer entre sus directores a personeros negros haitianos de cuya identidad, en algunas ocasiones, se duda, tal el caso del misterioso personaje *Jean François, el Franzud, Juan Francisco o el Almirante*, que se menciona insistentemente en el expediente de Aponte, que, según las investigaciones del Dr. Quintana, no fue otro que Barbier (de apellido francés), ajusticiado junto con Aponte⁴⁷.

Ahora bien, el discutido individuo pudo ser o no haitiano, pero la especialísima circunstancia de que se exhiba esa procedencia, demuestra la fuerza arrolladora de la revolución negra en los conglomerados americanos de esta etnia. Por otra parte, ¿por qué descartar la posibilidad de que cualquiera de esos directores —haitiano o cubano— hubiera adoptado el nombre *Jean François* en evocación del destacado guerrero de la primera fase de la revolución haitiana, que encendió los corazones de los esclavos en su lucha revanchista contra los blancos?

Impresión
producida
por la revo-
lución hai-
tiana

La impresión producida por la revolución haitiana en los sectores cultos de los pueblos hispanoamericanos fue de estupor, debido al matiz de exterminio que revistió la guerra, con su marcado carácter étnico. Pero sí comprendieron los promotores de la emancipación de las provincias ultramarinas españolas el significado que en beneficio de su causa traía consigo la liberación de Haití de la dominación francesa. Era un golpe más contra el imperialismo europeo en América.

Del Santo Domingo hispano se conoce, por la pasividad observada por sus habitantes —aparte de la conducta de varios colaboracionistas dominicanos— cuando

⁴⁵—Archivo Nacional de Cuba: Legajo 41, N° 5. (Los tres informes del comisionado González están fechados el 18 de enero de 1792).

⁴⁶Instituto Panamericano de Geografía e Historia: *Documentos relativos a la revolución de Gual y España*, p. 154.

⁴⁷Los autos relativos al proceso de Aponte se encuentran en el Archivo Nacional, Habana, Sección: *Asuntos políticos*, Legajo 12, números 1, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27 y 38. Legajo 13, número 1; Legajo 14, números 1 y 19; Legajo 214, números 80, 81, 82, 96 y 100.

la invasión que sufrió por parte de las tropas del General Boyer en 1822, que aún recordaban con estremecimiento las barridas que del grupo europeo realizó Dessalines en su Patria⁴⁸.

En carta de 12 de agosto de 1798 que desde Londres dirige Miranda a su amigo Mr. Turnbull, asienta: "...le confieso que tanto como deseo la libertad y la independencia del Nuevo Mundo, otro tanto temo la anarquía y el sistema revolucionario. No quiera Dios que estos hermosos países tengan la suerte de *Saint Domingue*, teatro de sangre y crímenes, so pretexto de establecer la libertad; antes valiera que se quedaran un siglo más bajo la opresión bárbara e imbecil de España"⁴⁹.

En el N^o III del *Mercurio Venezolano*, editado en Caracas en 1811, cátedra de política doctrinal, del cual órgano publicitario fue redactor el piemontés Francisco Izardi, asimilado a la causa republicana hispanoamericana, se incluye en la columna *editorial* un sereno análisis de las revoluciones realizadas con anterioridad, en el cual se destaca el rechazo a la acción jacobinista francesa y haitiana.

"...Quatro revoluciones ha producido el amor innato de la libertad y la independencia en nuestros días —dice el editorialista— y tres de ellas hacen honor al género humano. ¿A qué, pues, presentar a cada paso el Jacobinismo Francés, la guillotina de Robespierre, el despotismo militar de Bonaparte, los negros horrores del Guarico⁵⁰; y no hacer mención de los Suizos, de los Holandeses y los Americanos del Norte, que han enseñado a los tiranos, que la especie humana lexos de pertenecer a un ciento de hombres, son éstos los que deben ser juzgados y sentenciados por la especie humana? Semejante conducta no tiene otro objeto que el de perpetuar la usurpación por la fuerza y el terror"⁵¹.

Meditemos por un momento la magnitud del horror que los acontecimientos haitianos causaban en el ánimo de los individuos de las élites criollas, cuando un Miranda, un Izardi —actor experimentado el primero en varios eventos revolucionarios mundiales, que habían conmovido en sus cimientos ciertos órdenes políticos y sociales— razonaban de esa guisa. Su opinión la respaldaba el sentir de un denso sector de la sociedad hispanoamericana de aquellos tiempos.

La admiración de Bolívar por Toussaint Louverture y Petión y sus obras es otro testimonio que demuestra cómo en los hombres directores de la emancipación hispanoamericana estuvo clara y distinta la idea de libertad e independencia que los capacitaba para medir, pesar y tasar con justeza las diferentes revoluciones y sus respectivas orientaciones.

El Libertador, a la vez que aprecia en Louverture y Petión sus cualidades de estadistas, de organizadores, de constructores de una patria, repudia la acción destructora de un Dessalines, de un Christophe, de un Boyer, quienes tuvieron emuladores en Hispanoamérica.

⁴⁸René Lepervanche-Parpacón: *Núñez de Cáceres y Bolívar* (El proyecto de incorporación del Estado Independiente de Haití Español a la Gran Colombia).

⁴⁹Francisco de Miranda: *Archivo*, vol. xv, p. 207.

⁵⁰Francois-Xavier Charlevoix: *Histoire de l'île espagnole ou de Saint Domingue, écrite particulièrement sur les manuscrits du Père Jean Baptiste le Pons, jésuite missionnaire à Saint Domingue et sur les pièces originales qui se conservent au Dépôt de la Marine*, t. 1, p. 80, explica que la voz *Guarico* es un apócope formado por los españoles del nombre del cacique *Goacananico*. Bajo esa denominación de *Guarico* fue conocida por los hispanos la zona donde los franceses establecieron en el Norte, en 1670, la ciudad de *Cap Français* (o Cabo Francisco, o Cabo Henrique), confirmado desde 1804 *Cabo Haitiano*.

⁵¹*Mercurio Venezolano*, N^o III, mes de marzo de 1811, p. 5. (Reproducción facsimilar en vol. 25 de Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1960, p. 171).

En carta de 1815 para el Redactor de la *Gaceta Real de Jamaica*, dice Bolívar: "...Los jefes españoles de Venezuela, Boves, Morales, Rosete, Calzada y otros, siguiendo el ejemplo de Santo Domingo, sin conocer las verdaderas causas de aquella revolución, se esforzaron en sublevar toda la gente de color, inclusive los esclavos, contra los blancos criollos, para establecer un sistema de desolación, bajo las banderas de Fernando VII. Todos fueron instados al pillaje, al asesinato de los blancos...".

En carta de 11 de marzo de 1825 para el General Santander, asienta el Libertador: "...la guerra de Haití debe servirnos de modelo en algunas cosas; pero no en el género horrible de destrucción que adoptaron, pues aunque allá fue útil, aquí no sirve para nada, porque lo que se destruye es inútil a todos".

El mismo citado año, en la oportunidad de planificar las bases de la *liga de defensa y confederación* de los Estados Americanos, en las cuales cifraba el Libertador la estabilidad de la América Hispana frente a las ambiciones de potencias europeas y de la propia América, se pronuncia en términos concretos contra la independencia de Cuba por considerar que se repetiría en esa isla una réplica de la *república negra* haitiana. Expuso su criterio al General Santander: "No se olvide Ud. jamás de las tres advertencias políticas que me he atrevido a hacerle; primera, que no nos conviene admitir en la liga al Río de la Plata; segunda, a los Estados Unidos de América, y tercera, no libertar a La Habana. Estos tres puntos me parecen de la mayor importancia, pues creo que nuestra liga puede mantenerse perfectamente sin tocar a los extremos Sur y del Norte y sin el establecimiento de una nueva república de Haití"⁵².

Semejante posición fijaron más tarde prominentes personeros del gobierno mexicano de la administración del General Vicente Guerrero, quien propiciaba la insurrección de la Isla de Cuba con fines emancipistas y de eliminar esa cabecera de puente que mantenía España en América con amenaza de la integridad del Estado mexicano. Lucas Alamán y Lorenzo Zavala, Secretarios de Relaciones y de Hacienda, respectivamente, obstaculizaron el éxito de la gestión del Coronel Ignacio Basadre (1828-30), comisionado del General Guerrero ante el Presidente Boyer, por temor de que la acción independentista cubana con el apoyo haitiano pudiera crear un nuevo foco de la revolución negra en el Caribe⁵³.

Conclusiones

En el sentido intrínseco revolucionario la emancipación haitiana ofrece los contornos más completos. Hubo una transformación política, social y económica desde la base. El orden social fue subvertido radicalmente. Las masas de color oprimidas se transformaron en clase dirigente, con el surgimiento de *élites* dentro de ellas mismas. La tierra se diversificó en pequeñas porciones que fueron a manos de individuos de los otrora sectores desposeídos.

El nacimiento del Estado Haitiano trae consigo, bien configurado, un nuevo orden con su fisonomía propia, en que del pasado poco se conservó. Los módulos sociales conformados por la colonia fueron erradicados.

⁵²Simón Bolívar: *Obras completas*, vol. 1, p. 180: *Carta para el Redactor o Editor de la Gaceta Real de Jamaica*, Kingston, septiembre 1815. Vol. II, p. 101: *Carta para el General F. de P. Santander*, signada en Lima a 11 de marzo de 1825. *Ibidem*, p. 135: *Carta para el General F. de P. Santander*, firmada en Arequipa a 20 de mayo de 1825.

⁵³Archivo Nacional de Cuba: *Asuntos políticos*, Legajo 34, números 34, 39, 40; Legajo 35, números 3, 13; Legajo 215, N° 89. (Vid. Jorge Quintana: *Índice de extranjeros en el ejército libertador de Cuba (1895-1898)*, t. I. Antonio Fernández Castro: *Ensayos cubanos de Historia y de Crítica*.

La presencia del sistema monárquico de gobierno adoptado por Dessalines fue más un módulo de expresión de la tiranía de molde típico latinoamericano —con la variante de la imitación de Napoleón en sus perfiles ostentosos—, que apego a las formas del antiguo régimen.

Durante la revolución, y convertido ya en Estado independiente, Haití fue el foco jacobino de América que mayor ascendiente ejerció en los sectores de color del resto del Continente, que pugnaban por el *igualitarismo*. Sus procedimientos de *guerra de revancha* fueron utilizados por los demagogos jefes españoles contra los criollos.

Agustín Álvarez Sotomayor: Canciones populares religiosas de Chiloé y versos de los ángeles

LA RECOPILOACION intitulada *Canciones populares religiosas de Chiloé*, que presento, consta únicamente de seis de las composiciones que constituían el gran repertorio de los cantores que conocí hace más de medio siglo, porque, debido a mi corta estada en la provincia natal, el presente verano, no me fue posible documentarme como lo deseaba.

De las cuatro primeras piezas incluidas ("Vamos a Belén Pastores", "A Belén ha llegado", "Ya nació Cristo" y "Los Pajarillos"), sólo me limitaré a decir que no han pasado de moda, pues todas ellas se cantan hasta el presente, en las capillas rurales, en la festividad de la Noche Buena.

"Gozos de Nuestra Señora de Gracias" es una canción que los feligreses de la capilla de la aldea de Quinchao entonan, con la mayor devoción, el 8 de diciembre, día destinado a homenajear a la santa patrona de dicha capilla.

Y, los "Versos de los Angeles" encabezan la ceremonia en todo velorio de párvulo ("velorio de ángel"), en razón a que su letra es un conjunto de frases destinadas a consolar a los padres y padrinos del pequeño extinto.

Finalmente, debo consignar que la obtención de todas estas canciones son obra de la colaboración de la señora Encarnación Álvarez de Cárdenas y de don Francisco Culún, mis estimados comprovincianos que me prestaron sus respectivas colecciones de canciones.

A ambos les reitero mis sinceros agradecimientos.

VAMOS A BELEN, PASTORES

Vamos a Belén, pastores,
que ha parido una pastora
un niño que es una flor
y ella de contenta llora.

Coro

Esta sí que es Noche Buena.
Es noche de no dormir,
porque ha nacido el Mesías
que nos viene a redimir.

Vamos a Belén, pastores,
a ver al niño Jesús
que ha nacido en un pesebre
más hermoso que la luz.

Una doncella asombrosa
en esta noche ha parido
un niño que es una flor,
que al verlo, contenta llora.

Sus ojillos son dos soles,
sus labios son dos corales,
sus mejillas agraciadas,
que a todos hacen llorar.

Un hoyito en su barbita
descubre, tan agraciado,
que en él quisiera enterrarme
y allí vivir sepultado.

Gloria in excelsis le cantan
ángeles con melodía,
anunciando también al hombre
en tierra, paz en este día.

Adore toda la gente
al Rey y Dios humanado
que para bien del hombre
la carne humana ha tomado.

Todos a una rendidos
prestemos las adoraciones,
y con un corazón contrito,
pidamos sus bendiciones.

Echanos la bendición,
Dios infante y divino niño,
Te damos el corazón
con alegría y cariño.

A BELEN HA LLEGADO

A Belén ha llegado
una doncella
más hermosa que el cielo
y las estrellas.

Coro

Ay, con el sí, sí.
Ay, con el no, no.
Niño, llévame al cielo,
al infierno, no.

En Belén ha nacido
un tierno infante
desterrando tinieblas,
como un gigante.

Entre las pobres pajas
Dios ha nacido,
como los demás niños,
lleno de frío.

Los reyes del Oriente
ahora han venido,
buscando al Rey de Reyes
que ya ha nacido.

Ya vienen los reyes
Melchor y Gaspar
y, al nacer el sol,
viene Baltazar.

En unas pobres cuevas
te has escondido,
dándonos a entender
que eres mendigo.

Y María Santísima,
en su retiro,
está cuidando al niño,
porque hace frío.

En unas pobres pajas
estás envuelto
por no tener pañales
¡qué desconsuelo!

Dile a tu madre, niño,
dile que dile,
si no tienes pañales,
dile que hile.

El niño que ha nacido
no tiene cuna,
San José carpintero,
le hará una.

Si has nacido pobre,
es por tu gusto,
pues tienes a tu mando
a todo el mundo.

Niño recién nacido,
toma la sopa,
no te parezca mal
porque es tan poca.

Toma la sopa, niño,
tómala, toma;
te la da San José
con gran cariño.

Esta sopita dulce
ya te has servido,
porque eres niño
recién nacido.

Al portal ha llegado,
muy reluciente,
una estrellita que viene
desde el Oriente.

Ya vienen los pastores,
porque han oído,
dando los parabienes
al que ha nacido.

Estaban los pastores,
al nacimiento,
tocando sus arpas
con gran contento.

Si José y María
te están tapando
es porque Herodes
te anda buscando.

Herodes te ha buscado
para matarte,
y tú tienes poder
para salvarte.

A la cuna llegamos
para adorarte,
porque eres en el mundo
sin semejante.

Ya todos te ofrecemos
los parabienes,
porque sabemos que eres
el Rey de reyes.

Dadnos la sopa, niño,
dadnos la buena,
e iremos a dormir,
con tu licencia.

Pastores de Israel,
lágrimas dejad
que ha llegado el día
de libertad.

Al verlo en una cuna
le están meciendo,
mirando al chiquitito
que está durmiendo.

A Belén caminemos.
Vamos ya presto;
vamos a ver al niño
que está contento.

Los pastores ya vienen,
los de Israel.
Vienen a ver al niño
que ha nacido ayer.

Ya todos te ofrecemos
los parabienes,
sabiendo que tú eres
el Rey de reyes.

Al portal ya llegamos
para adorarte;
ya te he adorado,
ya por mi parte.

Dadnos tu paz, niño,
dadnos tu amor,
y, para siempre, dadnos
tu bendición.

YA NACIO CRISTO

Ya nació Cristo
en un portal,
pobre y humilde.
Idle a adorar.

Id con presteza
y ligereza,
idle a adorar,
id a Belén.

Nació, pastores,
aquel que es Rey
del cielo y tierra,
nuestro también.

Vamos, pastores,
dejad el suelo,
canciones suaves
cantadle luego.

Con melodía
entonad luego
al niño Gloria
in excelsis Deu.

Duerme, no llores,
Jesús amante;
duerme, no llores,
mi Redentor.

LOS PAJARILLOS

Pajarillos que en el campo
cantaréis mañana
al nacer el sol.

Fijad los ojos prístinos
mirando lo que ha hecho
nuestro amante Dios:

De la diestra del padre
ha bajado hecho hombre,
con admiración.

A buscar pecadores,
humildes y pobres:
el uno soy yo.

Tiritando entre pajas
te miro llorando
sólo por mi amor.

Sí, Jesús, quien pudiera
sirviéndote siempre
muy de corazón.

Pajarillos, que al rayo primero
que ostenta la aurora
cantáis y reís.

Elevad con acorde
canciones suaves
del triunfo feliz.

Escuadrones celestes,
historias mencionan
de la Emperatriz.

De su triunfo muy noble,
caudillos celestes,
y su sacra salud.

Que publique mi lengua,
María, tus glorias
como un serafín.

GOZOS DE NUESTRA SEÑORA DE GRACIAS

Amable y dulce Señora,
Virgen de consolación,
consuela a los afligidos
con tu amparo y protección.

Coro

El pobre y el desvalido,
en esta triste carrera,
todos hallan el alivio,
la consolación eterna.

Ayuda gran protectora,
que todo el mundo pasmado
con milagros infinitos,
en consolación obrado.

La noble villa de Ustierre,
con justa razón, Señora,
y tener en sus recintos
a la gran consoladora.

Media legua de esta villa,
esta gran perla sagrada,
de la esclarecida orden
de San Francisco de Padua.

Aquí son en este imperio
de toda confortación
de toda misericordia,
de toda consolación.

De las monjas de la ...
es constante tradición,
hiciste veces fugu...
a la gran consolación.

Por tu intersección, Señora,
los muertos resucitaron
...cargado sus mortajas
en este templo sagrado.

A ciegos, mancos y tullidos,
endemoniados, leprosos,
en consolación hallaron
su santidad y reposo.

Todo Quinchao se despuebla
para la consolación.
En el ocho de diciembre
es tu gran consolación.

Aquí son los alborotos,
aquí son los regocijos,
aquí son lágrimas tiernas,
aquí todos son prodigios.

Aquí te piden los ciegos,
aquí los mudos te hablan,
aquí te saludan todos:
todos lloran y te claman.

Tus prodigios nunca cesan,
nunca se acaban, Señora,
para nosotros, María,
de todos consoladora.

Esta Imagen Sagrada
su título lo renovaron
en consolación, Señora,
en Quinchao te colocaron.

Para consuelo y amparo,
para placer y alegría,
para que todos unidos
asistamos a María.

A vos de consolación,
Madre llena de dulzura,
consuela, ampara y defiende
a todas las escrituras.

Para que unidos en vos,
en amor de vuestro hijo,
gocemos vuestro consuelo
por los siglos de los siglos.

Amén, Dulcísima Aurora,
Amén, Fuente de Amor,
Amén, amable, María,
Virgen de Consolación.

Amable y dulce Señora,
Virgen de Consolación,
consuela a los afligidos
con tu amparo y protección.

VERSOS DE LOS ANGELES

Permiso, señores,
yo voy a arbitrarne;
voy a despedirme
de mi triste madre.

A hombres y mujeres
pido con justicia:
delante de un ángel
no se escandaliza.

Silencio, señores,
silencio y favor;
si mi madre llora
esto es con razón.

Mucho premia Dios
las madres queridas
que le ponen hijos
en su compañía.

¡Oh, madre piadosa,
me hallo muy gustoso
el haber venido
aquí en tanto gozol

¡Qué dicha tuvieran
toditos los hombres
al ver a sus hijos
con palmas de olores!

No llores ¡ay, madre,
no llores por mí;
yo estoy en el cielo
rogando por tí!

Mujeres piadosas,
venid a consolar
a mi triste madre
que la ven llorar.

Si lloras, madre,
me verás penando;
ahí esas mujeres
te están consolando.

Padrino querido,
consuelo te pido,
porque me hallo alegre
con palma de olivo.

En el cielo imperio
¡qué dicha tan grande
cuando llega un ángel
con palma de amantes!

Consuelen, señores,
mi madre querida
que está muy llorosa
por la muerte mía.

No llores, ay madre,
no llores por Dios;
yo estoy en el Cielo
rogando por vos.

¡Cuán dichoso, madre,
que me hallo hoy día.
En el Cielo estoy
con mucha alegríal

¡Bien haya la madre
que a mí me parió
y la señorita
que a mí me cargó!

¡Bien haya mi padre,
por él soy ufano,

también el padrino
que me hizo cristiano!

¡Dichoso padrino,
muy querido y bello,
por sus caridades
yo estoy en el cielol

Toquen las vihuelas,
arpas y violines
que yo me hallo junto
con los serafines.

Los versos que anteceden constituyen el canto de rigor en todo velorio de párvulo ("velorio de ángel"), en los campos de Chiloé.

Según opina un vecino del distrito de Quinchao, don Francisco Culún, con quien hablé en el mes de enero último, estos versos no fueron escritos por un sacerdote sino por un poeta popular profano, algún Fiscal de capilla rural, quizás.

Más o menos el año 1887, cuando mi edad no pasaba de la infancia, presencié un velorio de ángel en el paraje de Chaihué, isla de Quinchao.

El fallecido era un parvulito de pocos días, de facciones muy finas y blanco como nieve.

Al solemne acto concurren los padrinos del tierno extinto, los parientes cercanos y varios vecinos. Además, como personas indispensables, asistieron: un Fiscal, individuo que era también violinista y director de canto; un guitarrista y un flautista.

Cuando los músicos empezaron a templar sus instrumentos de cuerda, los asistentes guardaron completo silencio y dirigieron sus miradas arrobadoras hacia la cara, o mejor dicho, a la boca del Fiscal, por cuanto, como lo llevo dicho, éste era el director de canto.

Al cantar en coro todos los concurrentes la segunda estrofa, esa que dice:

...*Delante de un ángel
no se escandaliza,*

parecía que la gente endulzaba la voz en señal de contrición. Y cosa curiosa, la madre del finadito, señora que, como toda mujer campesina, lamentaba profundamente la pérdida de su hijito, y lloraba casi a gritos antes que empezara el canto, al oír las primeras estrofas fue mitigando su angustia; y, cuando los cantores dieron fin a la estrofa:

*No llores, ay, madre,
no llores por mí;
yo estoy en el Cielo
rogando por ti...*

la buena señora recuperó absolutamente la tranquilidad.

Entretanto, el padre, aunque aparentaba resignación, en la gravedad de su rostro revelaba el dolor; pero cuando se cantaron los versos que dicen:

*Bien haya mi padre,
por él soy ufano...*

el hombre levantó el ánimo y casi se sonrió.

Respecto al padrino debo decir que cuando se cantó la estrofa:

*Dichoso padrino,
muy querido y bello,
por sus caridades
yo estoy en el Cielo.*

vertió lágrimas de alegría y parecía que con la mirada quería alcanzar el alto firmamento. Y había suficiente razón para sentirse feliz y enajenado, ya que él, al cargar al niño junto a la pila bautismal, lo había salvado del limbo. Además, sabía perfectamente el discreto hombre que todo padrino, a quien se le mueren veinticinco ahijados en la edad parvularia, tiene "un coro de ángeles en el Cielo que interceden por él ante Dios".

Entusiasmado acaso con esta interesada consideración el amante padrino, cuando en la gran sala del velorio resonaban todavía los versos que dicen:

*Toquen las vihuelas,
arpas y violines,
que yo me hallo junto
con los serafines,*

se levantó para bailar la cueca, invitando, al efecto, a la madre del difuntito; pero esta señora se excusó y fue reemplazada por una mujer extraña.

Este acto fue el comienzo del baile, en el que participaron casi todos los presentes, por deber, según se dijo.

Este no fue un baile de libertinaje ni de distracción, pues no se bebió ni una sóla gota de licor. Se celebraba la entrada del niño al Reino de los Cielos.

Los bailes practicados fueron la cueca, la *sirilla* y la *sajuria*. De la cueca recuerdan únicamente los siguientes versos:

*Estas niñas de agora
usan de mucha fantasía,
una camisa que tienen
la lavan todos los días.*

Otra:

*Con todas las Antonias
soy el primero.
Abre tu puerta, Antonia,
que verte quiero.*

Para el baile de la *sirilla*, el guitarrista, un viejo a quien llamaban Mortero, acaso por lo rechoncho, cantó los siguientes sencillos versos:

*Cuatro patas,
cuatro patas
tiene el gato,
cuatro la zorra,
cuatro la zorra,
cuatro la lagartija,
dos la paloma,
dos la paloma.*

Unos quince años más tarde, a comienzos del presente siglo, cuando servía el cargo de preceptor de la escuela N^o 6 del departamento de Ancúd, ubicada en el encantador distrito de Caipulli, entre los cristalinos ríos Pudeto y Quempillén, asistí al velorio de un niño, hijo de un sujeto oriundo de mi isla natal. Allí se cantaron con la mayor devoción los Versos de los Angeles, con acompañamiento de guitarra y violín.

Esa noche no hubo baile ni se bebió vino ni aguardiente; pero a la noche siguiente fue el angelito trasladado a la casa de su padrino, que era un caipullino con fama de rico, quien quizás por esto, solemnizó la velada con cuecas y otro baile que remedaba a éste.

Téngase presente que este velorio se comenzó cantando los versos de rigor; que durante toda la noche hubo la mayor compostura entre los numerosos asistentes; y que, caso excepcional, se sirvieron dos *corridos* de aguardiente, para "matar el frío", según dijo el dueño de casa.

Los años transcurren sin recordar casi los velorios que llevo mencionados; pero mi capricho de maestro aventurero me ubica 18 años después en el pueblecito de Quinchao, distante 10 kilómetros de Achao, ciudad a la que semanalmente debía ir. Fue así como, una noche que regresaba de esta ciudad a mi hogar, al pasar frente al domicilio del honrado labrador quinchahuano, don Pedro Raín, oí cantar los Versos de los Angeles.

Los cantores eran pocos, pero tenían excelentes voces y obraban de lo más acompasado que podía esperarse entre gente de aquella agreste localidad.

¿A qué se debía tanto éxito? A mi entender, a la calma de la noche, al hecho de que realmente los cantores poseían buenas voces y mejores oídos y a que los dirigía un competente músico de violín.

Atraído por el embrujo del conjunto aludido, até mi caballo en el *quincho* del huerto de mi amigo Raín y entré a la casa. Con mi presencia no se interrumpió el canto ni la música que arrancaba del bien afinado instrumento de cuerdas de Pascual Neún, ciudadano natural de Lliuco (departamento de Ancúd), y en aquel tiempo vecindado en Quinchao.

Terminado el canto tuve oportunidad de examinar el instrumento musical de Neún, que éste tocaba como violín y que me dijo era "su violín", hecho por él mismo. Me informó que también las toscas cuerdas, hechas de tripas de carnero, eran fabricadas por la misma mano.

Como en febrero de 1922, me retiré del villorrio de Quinchao, y, al volver a Achao, en enero del presente año, me informaron que Pascual Neún había muerto. Me trasladé inmediatamente a Quinchao con el propósito de adquirir el famoso instrumento parecido a violín que el citado fabricante y músico había usado. Quería traerlo a Santiago para obsequiarlo al Museo Histórico; pero mi decepción fue muy grande, porque en Quinchao nadie podía informarme acerca del paradero del seudo violín, debido a que la esposa y los hijos de Neún habían emigrado a Osorno. Y otra desventura. En el distrito no se encontraba tampoco la recopilación de canciones del finado, en la que tenía los "Versos de los Angeles".

Este fracaso me obligó a hacer indagaciones, desde Achao, sobre estos versos; y, cuando ya desesperaba de encontrarlos, se me informó que la señora Sara Alvarez Ojeda, vecina de Putique, los tenía. Anduve con suerte, como comúnmente se dice, pues esta gentil señora me permitió copiarlos.

Héctor Fuenzalida: Del criollismo al realismo de Edesio Alvarado

TRAS EL TRIUNFO de su novela *El desenlace* en el Concurso Hispanoamericano de "Zig-Zag", Edesio Alvarado ha hecho unas inevitables declaraciones. Algunas de ellas inciden en un punto largamente debatido en los últimos decenios: *el criollismo*.

Alvarado confiesa que lo detesta. ¿Ligereza?

No es nuestro intento revivir la larga polémica que tan bien condensaron Ricardo Latcham, Ernesto Montenegro y Manuel Vega, en 1954, en sus ensayos sobre el tema —sin contar el tan exhaustivo trabajo de Homero Castillo (1962) y otros— porque ello parece extrañamente inactual ahora. Ha sobrevenido un aluvión de nuevas tendencias e injertos, y hemos asistido, cada cierto tiempo, a nuevas exequias del criollismo. El tema parece agotado, superado. La voz "criollismo" resulta ya tabú.

Alvarado reacciona contra él y esto es lo que importa.

Al formularse una pregunta acerca de que en qué corriente de nuestra literatura se situaría él, ha contestado que no encaja en ninguna. Porque es como no decir nada afirmar que él hace un "realismo sin apellidos". Todo esto está bien. Pero lo que nos parece inexplicable es su formulación de un *jàcusse*, agregando que el criollismo careció de conciencia histórica y fue deformador hasta del paisaje.

*¿Qué fue el
criollismo?
Su conciencia
histórica*

El tema da para largo. Lo que encierra esta corriente no es tan fácil de definir. Y volviendo para empezar con el criollismo y entrar en una probable definición de su literatura —la de Alvarado— creo que es mejor sortear, en lo posible, un planteamiento dilatado de las premisas del viejo debate que tanto ocupara los ocios de la crítica hasta hace diez años. Sólo queremos hacer una observación. Es tal vez una nimiedad, algo que atañe a un vocablo, a un adjetivo: ¿por qué Alvarado acusa al criollismo de falta de conciencia histórica?

Para nosotros tan importante acusación resulta excesiva. Y algo gratuita. La vieja polémica no fue tan categórica en sus afirmaciones y en sus negaciones. Aquellos antiguos enemigos de la escuela de Latorre, se atenían más bien a un punto de vista estético, negando a sus epígonos la virtud esencial de saber construir buenas novelas. Decían que tales novelas "criollistas" sufrían de un mal que cubría de edemas el cuerpo narrativo, desfigurando su anatomía, haciéndola monstruosa e intolerable por el exceso de paisajes y descripciones y cierto deleite por el habla popular que, lejos de avivar el diálogo, tornábalo ramplón y vulgar. Había detestables enumeraciones de árboles, plantas, atuendos, pájaros, animales, alimañas, insectos que atascaban de botánica y zoología sus páginas, interrumpiendo el fluir natural del relato, destruyendo la novela y abultando la realidad. Un exceso de naturalismo.

Se dijo entonces que por este camino se llegaba a desvirtuar la creación, restándole grandeza a la obra, para reducirla a un localismo fotográfico intranscendente. Todo se veía hecho de adrede para exaltar un nacionalismo pueril. Se le confundía con el viejo costumbrismo, en otras palabras. El criollismo, se argüía, ponía

mucho énfasis en la autenticidad del vocablo y su reducción fonética, según fueran los usos de ésta o aquella región. Así podía clasificarse fácilmente a los autores por provincias y áreas geográficas. Quedaban algunas bien o mal tratadas, si no olvidadas, conforme a los dictámenes de una erudita academia del criollismo. Desamparada la del Norte, excesiva la del Valle Central, muy pobre la de la Frontera y del Chile Austral. Fue común a esas obras la ausencia de elementos fundamentales propios de toda gran novela: el profundo y universal conflicto humano, la amenidad, la verdadera construcción novelesca.

Por lo mismo, aquella literatura no podía tocar sino un escaso cuerpo de lectores, una capilla que, en su flujo y reflujo, parecía confinada a las tertulias de la Librería Nascimento, la sobremesa del "Strand" y el Café "La Puñalada", donde brillaba el ingenio alerta de Latorre.

Esta novela estaba condenada de antemano, sin posibilidad de mejoría, de recibir el tónico vivificante de las nuevas corrientes imperantes en la literatura contemporánea. Se repetían los temas campesinos y populares, sin promesa de variación, espiritualidad, poesía y pasión, esterilizando la temática y amenazando el venero de vejez y muerte.

La verdad era que ese criollismo fue víctima de una confabulación que hizo esconder sus alcances y su trascendencia, en la avalancha de erradas acusaciones de los que ignoraron o escondieron sus virtudes. A mansalva se le enfrentó al cotejo de obras, a menudo extranjeras que habían alcanzado la cima de la madurez y el espaldarazo de la consagración.

Sin embargo, yo creo que llegará un día en que volvamos a releer a los clásicos criollistas de América para reconocer todo lo que se les debe, y toda su grandeza. Y acaso para saborearlos con el interés que sólo sabe dar la perspectiva de los años.

El criollismo era mucho más de lo que esa crítica negativa vio —o no vio— en él. Era la búsqueda de una verdad, el intento de un redescubrimiento. Su tónica fue renovadora, revolucionaria, llena de bizarrías. Sus cultivadores quisieron escaparse también, en su hora, de lo mismo desde lo cual, en el presente, emprenden la huida desafortunada los que condenan su caducidad y desvalimiento. Huida de la repetición, la infecundidad, la falsedad; de la ausencia de creación que sufría el viejo costumbrismo endémico de la literatura hispanoamericana a fines del siglo XIX y comienzos del presente. El criollismo dio, tras él, una bizarra batalla llamando a los verdaderos escritores para cubrirse de la invasión del campo literario por autores de pasatiempo, que incursionaban en la narrativa con bodrios de un pasmado romanticismo. El criollismo hizo al verdadero escritor. Y algunos costumbristas, escritores de verdadero talento, dieron en el clavo y dejaron hermosas páginas, relatos verídicos, en que la anécdota se mezcla, a veces, a lo heroico.

Por eso tampoco se puede abominar del costumbrismo, a trueque de negar los grados de una evolución. Era una corriente generalizada en América Española. ¡Fue el siglo XIX americano tan pobre en verdaderas novelas! Pero entonces no se hablaba de conciencia histórica.

La conciencia de este papel en la novela americana, es cosa del siglo que viene, tras los hitos de ciertos nombres precursores. Muy pocos. En tal empeño las corrientes que aquí llamamos criollistas, hasta la muerte de Latorre, son eslabón atado al curso formativo de esa conciencia. ¿Hicieron obra grande? Después de ellos ¿quién, quiénes lograron mejor novela chilena con o sin apellido de nacional? El criollismo se impuso sobre los lectores de su generación. Llegó a ser una realidad literaria y una escuela, un blanco de la crítica, una manera de escribir, una manera de leer. Cuando se habla de criollismo ¿se dice, en alguna parte, que su nombre agrupa una verdadera generación literaria para defender e imponer su credo? Esa genera-

ción caminaba dispersa. Ciertas individualidades que son parte de ella desdeñaron formar en el movimiento; pero ¿quién de ellos puede negar que tuvieron un sino común que los une a fin de cuentas?

*La obra del
criollismo*

El criollismo fue un movimiento vivo y, en su hora, una voz revolucionaria. Tuvo creadores, tuvo repetidores. Fue fuerza y morbo. Sus obras se celebraron y se repudiaron. Todo tiene su fin y llegó la hora de airear la casa, de mirar un poco más allá de fronteras, porque había pasado el tiempo de su lucha. Y la batalla por su autonomía, se había ganado. ¿Acaso ellos disfrutaron enteramente de alguna victoria? Todavía en nuestros días ¿no se les niega aún?

Hubo mudanzas de lecturas que en avalancha extraña caía sobre los jóvenes. Todo pareció de pronto cambiar de rumbos porque vinieron las nuevas influencias. No hay que olvidar el pensamiento de Azorín, tan sabio, que todo renacimiento es fruto de un factor fecundativo extranjero sobre el área estable que deja el pasado.

¿Muerto el criollismo con Latorre? Latorre era sólo un hombre y un nombre. ¿Pasó con su muerte? Recuerdo siempre las palabras tan bellas de Neruda en sus funerales:

“—Los clásicos los produce la tierra o, más bien, la alianza entre sus libros y la tierra, y tal vez hemos vivido junto a nuestro primer clásico, Mariano Latorre, sin estimar en lo que tendrá de permanente su fidelidad al mandato de la tierra. Los hombres olvidados, las herramientas y los pájaros, el lenguaje y las fatigas, los animales y las fiestas, seguirán viviendo en la frescura de sus libros”.

El criollismo agrega a la anécdota y a lo pintoresco de la herencia costumbrista, la epopeya del hombre ante la naturaleza. ¿Cómo negar esta verdad si América es aún eso y nada más que eso: naturaleza? Y creó la casta del escritor.

No hay un autor que tolere una clasificación. No hay escuelas con amplitud para abarcarlo todo, ni nomenclaturas incurables. Para muchos el criollismo se reduce a Latorre, Durand, Jaramillo, Lautaro Yankas, etc. Las fuertes individualidades rehuyen el parentesco, las tareas comunitarias y gregarias. Pero la crítica necesita comparar, unir, separar, enlazar, en una perspectiva superior.

Si esto no se hiciera ¿cuánto nombre, cuánta obra caería pronto en el desorden culpable del olvido? Se pone nombres para explicar, para hacer historia, para dividir el gran océano del tiempo y sus mudanzas.

Lo que defendía el criollismo era simplemente la vuelta a la tierra. Tuvo, bien es cierto, una manera fuerte, retadora, directa. Se hace necesario deslindar sus nombres de batalla, con la extensión que su credo daba a la lucha. Hubo un criollismo de campo y un criollismo de ciudad. Hay un ingenuo simplismo topográfico en estas denominaciones. Los más son los del campo. Fuera de Chile los novelistas que buscaban el escenario natural, son también los más. Son los que dieron la gran batalla y fue aforismo sentar que lo que aportamos a la literatura universal, es la entrada en escena de un nuevo personaje: la naturaleza. El sentido del criollismo chileno se llamó en otras partes regionalismo, nativismo, indigenismo, según los grados geográficos y étnicos comprendidos.

*El paso a las
nuevas ten-
dencias*

Quando Latorre muere algo más que el silencio cayó sobre sus despojos: cayó él, el gran animador, el maestro, el “profesor”, como dijo Manuel Rojas que le negaba altura. Hubo después unas paletadas póstumas sobre la tierra volcada en su tumba. Pareció no contentar a algunos sepultureros el hecho físico de su deceso. Mariano, alegre, vital, “alacranero” y locuaz, parecía inmortal. Y era combatido. No he leído otro estudio de mejor intención sobre él en los diez años seguidos a su muerte, que el de Milton Rossel, publicado recientemente en “El Mercurio”.

Es justo y valiente porque contiene la simplicidad de sus verdades y la facilidad de sus argumentos. Su muerte pareció disolver la fiesta de sus tertulias. Y algunos de los que a su lado formaron, rindiéndole pleitesía, comenzaron a negarlo. Su recuerdo se hizo también tabú, como la muerte del cacique en cierta tribu de la selva venezolana que, al decir de ese fantástico personaje de Gallegos —el Conde Giaffaro en *Canaima*— hace huir a la tribu abandonando la *churuata*, para plantar otra más allá. Latorre ido, se disolvió su *churuata*.

Tenían que venir otros dioses. Se comenzó a leer a Graham Green. Habían pasado treinta años desde los *Cuentos del Maule*. Había que abandonar el estilo recargado de los maestros, dejando la parrafada de castizo español salpicada de localismos y viejas voces castellanas, los inventarios de sensual colorido de sus descripciones, para dar movimiento más veloz a la frase y al trazo enjuto de un *script* cinematográfico. Se entró en un trato directo con la hazaña y la realidad. Se cambió el colorido por lo mágico y novedoso.

Pero, atención: lo que ya no se pudo hacer, fue mistificar, revelarse contra lo que tomó carta de ciudadanía con el criollismo. Fue fácil ver en las nuevas maneras, los antifaces de las modas generatrices del nuevo artificio técnico. Hubo alarde en el descubrimiento de talentos. Ni un solo novel puede ser acusado de mediocre, de vulgar, de repetidor, antes, al contrario, se vio como el deseo de no ser "esto ni aquello". Demostrar talento y buen oficio, fue la norma. Acaso llegó el momento de no ser tan chileno, ni criollista rural ni criollista urbano. Se dio la orden de detestar la palabra. El diálogo se hizo más vivo, con más intención. Se abrieron a toda clase de temas. Otros estilizaron los viejos recursos del criollismo y lograron un lenguaje más sabio.

Pero ya comienza a vislumbrarse, tras el deslumbramiento, lo grande que caracteriza a la anterior generación de *Cuna de Cóndores*, de Latorre y del *Bonete maulino*, de Rojas. (Rojas, el gran solitario, el gran ausente, anduvo siempre aislado de capillas desde su gran período narrativo hasta la estructura poliédrica de *Hijo de ladrón* que dio más ejemplos a la novelística actual que todos los de la nueva ola sin dejar rastro perceptible, sino muchos premios).

Para esa generación producir novelas no fue cosa fácil. Producir y publicar. Ahora parece un juego de lucimientos. Las posibilidades editoriales han mejorado. Los nuevos están llenos de condiciones y una loable inmadurez. Presentan una temática riquísima con audacias que quieren encajar en lo que buenamente podría llamarse una vida chilena, una vida universal, una categoría en la obra de arte.

La querrela, al iniciarse el siglo con la generación del 900, alza las voces de los primeros criollistas: Federico Gana, Baldomero Lillo, Emilio Rodríguez Mendoza, Juan Espinoza. No han recibido todavía bautizo de criollistas, ni éstos, ni los poetas precursores de la misma línea, Diego Dublé Urrutia, Samuel Lillo, Antonio Bórquez Solar, Carlos Pezoa Véliz, Jorge González Bastías.

Ojeada retrospectiva

Se renovará cada cierto tiempo, con obras significativas que vienen a reforzar el aluvión ya incontenible. Los acusadores usarán, de uno y otro lado, los mismos epítetos guerreros que aún reviven: unos serán los provincianos; y estos retribuirán con los nombres de siúticos, europeizantes y rastacueros. Y es curioso; siempre el bullicio se forma merced a una fuerte influencia foránea que ha movido el mundo de las letras. Pero lo importante nos trasciende más allá del conocimiento de cierta élite conductora. Resta sólo lo bueno, lo inevitablemente bueno, aquello que fermenta una creación auténtica.

En 1912, la polémica se desata con *Cuentos del Maule*, de Mariano Latorre, obra en la cual se evidencia y se traduce el delineamiento de un criollismo de nuevos

perfiles, a pesar de la inmadurez del libro mismo. Dieciséis años después, en 1928, repunta y sigue la ruidosa querrela, como anota Latcham, al surgir una nueva promoción de escritores de la tierra y el medio, González Vera, Manuel Rojas, Marta Brunet, Luis Durand y un veterano que, de pronto, publica un libro de fresco encanto criollo, *Cuentos de mi tío Ventura*: Ernesto Montenegro. Los contrarios, son los imaginistas, así llamados, Salvador Reyes, Luis Enrique Délano y Hernán del Solar. Los años que cercan a la muerte de Latorre (1955), traen la configuración de otra corriente innovadora.

La tembladera de la generación del 50

Dibuja ésta su cara con el abandono definitivo del viejo criollismo. Entra en escena la tonante y talentosa generación del 50. Han pasado 16 años y aún se tiene frente a ella una actitud de espera. Siguen siendo demasiado jóvenes para el real cumplimiento de una promesa ambiciosa. Se salvan sólo los que revelan un verdadero talento. Hacen mucha bulla, hacen sonar muchos tarros, se trepan a muchos premios, se transforman en jueces adolescentes. No llegan mucho al gran público que seguirá leyendo sólo novelistas. Sus postulados no parecen claros, constructivos porque, se afirman en la negación de valores. Y, mientras tanto, el buen sentido, sigue proclamando, en el debate del Premio Nacional de Literatura, el principio inmutable de la chilenidad, la permanencia en el ejercicio literario.

Daniel Belmar y el enlace hacia el neocriollismo

Ante estas consideraciones, uno piensa ¿ha muerto el criollismo? No; yo creo que ha rejuvenecido. Ha llegado la nueva sangre; ha cambiado sólo de nombre. Podrá llamarse neocriollismo o realismo, como ahora se dice, pero su corriente se genera en el largo curso del río en que navegaron los viejos maestros.

¿Destruyó el criollismo las individualidades, las verdaderas capacidades, cerró los horizontes? Dentro de la libertad de creación en que cada escritor vive, no se pueden negar sus ideales estéticos. En cada fuerte personalidad, hay un innovador reacio a las clasificaciones. Pero en la literatura, como en toda gesta de cultura, hay un decurso histórico que va dejando el légamo que arrastra su corriente, como el tránsito de un gran río hacia el mar.

Atado a los eslabones postreros del criollismo clásico, surge un escritor provinciano, autor de un formidable libro al que no puede negársele el título de ser una de las grandes novelas americanas de los últimos decenios, Daniel Belmar, con su obra *Coirón* (1952), que tiene un escenario fuera de nuestra geografía, el Neuquén, en la Pampa argentina, donde pulula un Chile peregrino y aventurero, transbordado a la otra vertiente, en los postreros años del XIX. Es una pintura dramática en la que, a veces, vemos emerger sombras míticas de la pampa a semejanza de las de Casiano Orellana o del mismo Facundo, con un poder de evocación alucinador. Belmar, chileno, nació en Neuquén. Hay en este libro el recuento de tradiciones recogidas en la misma infancia o que viven en la memoria de sus mayores. Belmar es farmacéutico y, del ejercicio de la profesión, sale su obrita *Roble Huacho*, retrato de una aldea en toda la sordidez de su pobre vida, con un fuerte colorido. *Los túneles morados*, es otra de sus grandes obras, fruto de la experiencia directa y de la observación, llena de vivencias certeras del medio mundo de la media noche. Belmar ha hecho con ella otra gran novela. Bohemio, algo edonista, Belmar parece alejado de toda tertulia literaria. No tiene agresividades, y su voz queda acallada por la lejanía, provinciana, pero ¡qué valor hay en esa voz!

Gloso aquí lo que Latcham tan bien apunta en su ensayo *Historia del criollismo*: "el Concurso de Novela del Cuarto Centenario de Santiago, revela, por primera vez al gran público, el nombre de Belmar, en 1941, y de otros valores de gran categoría, ya consagrados: Francisco Coloane, Nicomedes Guzmán y Reinaldo Lomboy, que no

se prodiga mucho, pero que deja una obra, *Ranquil*, que ha de recordarse por muchos años. Han aparecido Juan Godoy, el puro estilista de *Angurrientos*, Nicasio Tangol, Juan Modesto Castro, Homero Bascuñán, Carlos Sepúlveda Leyton, Abelardo Barahona, Oscar Castro, fino poeta y estilista de sus cuentos, Baltasar Castro, Andrés Sabella, Mario Bahamonde, Fernando Alegría, que trepa al primer plano apenas aparecido; Leoncio Guerrero, Juan Donoso, Edmundo de la Parra, Gonzalo Drago, Raúl Norero". Hasta aquí la lista de Latcham. Quedan otros. Yo agregaré el nombre de un olvidado, devoto de los viejos maestros, autor de narraciones inolvidables, Hernán Jaramillo; un gran novelista y poeta, Rubén Azócar. Y uno de la última hora, vigoroso, hombronazo, una de las sorpresas de un año literario, 1963, que escala de inmediato el premio municipal: M. A. Padilla.

Es el neocriollismo, el viejo criollismo renovado, el enlace hacia ese otro criollismo, el realismo de Alvarado (creo que se hace un mal uso de este último vocablo. El realismo substantivo a que se alude, con artículo, parece no ser una escuela, sino una manera, un procedimiento, antes que una corriente literaria que haga historia).

Latcham sintetiza en el mismo ensayo: "No ha muerto el criollismo, no; lo que ha muerto es su estatismo y su sentido de escuela cerrada e inmóvil, que mira con hostilidad a las nuevas promociones y a las tendencias alejadas de la anécdota, superrealistas o que son simplemente productos de la imaginación desabrida".

Eso, y lo otro, murieron de su propia muerte.

Pero el neocriollismo es la nueva faz. Y, así, el criollismo sigue con renovada fuerza.

Por tanto, no se formula acusación alguna a Edesio Alvarado por haber incurrido a mi ver, en delito de criollismo, pese a sus mismas convicciones y gustos.

Es riesgoso clasificar. Pero al clasificar no se pretende, en este caso, limitar, someter, encarcelar, sino, al contrario, ampliar y aclarar. En literatura —repito— clasificar es ordenar, entroncar, emparentar, revelar y relevar. Lo que no resta vigor y originalidad. No añadimos ni quitamos amigos y epígonos a Alvarado y a su auto-proclamado realismo. Su obra prometedor desde aquella novela corta *La captura*, no se hubiera podido explicar si no se tuviera en cuenta la larga herencia en que situamos su punto de partida.

Alvarado nace en Calbuco, el 25 de noviembre de 1926. Tiene, en consecuencia, cuarenta años. En su sangre hay colonos, pioneros, como ese formidable tío Ramón, alcalde de Calbuco. Tiene una vitalidad que asombra. Su educación ha sido obra de milagros. En Puerto Montt estudia en un colegio de jesuitas. Después, siempre entre religiosos, en los Hermanos de las Escuelas Cristianas de Temuco. Pero allí lee a Pablo Neruda, su primer iniciador en el pecado literario. Este contacto lo estremece y aprende algo serio: que puede hacer poesía. Terminadas sus humanidades, inicia los estudios de Medicina en la Universidad de Concepción. La poesía, las tertulias literarias, unos ojos que le cautivan, traen el primer descalabro de su vida; deja los estudios y huye con una dama. La pareja furtiva llega a Santiago en busca de nueva vida. Pero acá, junto con terminar la pasión que les ataba, se agotan los medios de subsistencia. Sólo, entonces, inicia una turbulenta vida de vagabundo. Hace toda clase de cosas y de oficios tráfugas, hasta de tocador de "maracas" en un cabaret de la calle Bandera, donde traba conocimiento con toda la fauna nocturna de Santiago y el mundo de la delincuencia. Mal camino que termina por hastiarlo y vuelve a la ciudad natal. Compone entonces un libro de versos cuyos originales prologará más tarde Angel Cruchaga Santa María: *El corazón y el vuelo*, que publica la Editorial Tegualda, mediante una ayuda de \$ 5.000 que obtiene del Ministerio de Educación. La crítica recibe el libro con benevolencia. Además, ahora, es locutor y llega a ser Jefe de Programas de la Radio Prat. Queda lanzado en el medio litera-

Edesio Alvarado

rio de los jóvenes cuando ingresa al grupo "El zócalo de las brujas", en el café Iris, con Jorge Soza, Angel Pizarro, Osvaldo Loyola, Rolando Sánchez y Manuel Guzmán Assan. Este grupo da batallas muy sonadas al propiciar el premio nacional para Pablo de Rokha y atacar a Prado y a Alone. Muerto su padre, en 1951, Alvarado ha vuelto a la ciudad natal porque tenía obligaciones y responsabilidades de familia. Se casa allí, en 1953, con Rosalba Gajardo Montero, admirable mujer, culta, buena compañera. Cuando vuelve a Santiago, es por un llamado de la revista *Vistazo*, que lo invita a incorporarse en su redacción y llega a ser su director. Paréntesis literario. El trabajo duro e intenso del periodismo de batalla, lo hace abandonar temporalmente las letras para entrar en el gran escenario de la política. Pero, de pronto, todo esto le cansa también. Y da el "gran salto al vacío" (1959), para entregarse enteramente a las letras. En el lecho de enfermo, ayudado por Rosalba, no deja de trabajar, mientras convalece lentamente, porque ha tenido otro descalabro: le aqueja una grave afección pulmonar que lo obliga a guardar cama por un año. Termina un libro de cuentos, *Venganza en la montaña*; una novela corta, *El fugitivo* (que más tarde llamará *La captura*) y los relatos de *El caballo que tosía*. En el lecho recibe la primera recompensa literaria por sus *Tres cantos del amanecer*, agraciado con el certamen Gabriela Mistral.

Las largas horas del reposo habían encendido su pasión creadora junto con el renuevo de sus fuerzas. Vuelve a la vida y reasume su posición en la revista *Vistazo*. Y viene la otra tragedia: un reportaje sobre secretos militares que publica el semanario, lo lleva a la cárcel por dos meses con la amenaza de una pena que pudo ser de veinte años. Lo defiende un gran abogado y recupera la libertad.

Esta es una síntesis de su vida. Sus obra: *El corazón y el vuelo*, poemas, 1948, Premio Gabriela Mistral de la Sociedad de Escritores; *Venganza en la montaña*, relatos, 1959; *El canto del brigadier*, poesía, 1961, medalla de oro en el Concurso del Sesquicentenario; *Oratorio del Sur*, 1960; *La captura*, novela corta, 1962, Premio Alerce de la Sociedad de Escritores; *La noche en el mar*, pieza en un acto, premio RUCH, 1960; *El silbido de la culebra*, relatos, 1965; *El desenlace*, 1966, primer premio del Concurso Hispanoamericano de Novela Zig-Zag, 1966.

Vida y estilo

Entremos unos instantes en el curso de la vida del autor. Es una vida formada por ciclos bien definidos que jalonan altos y bajos en los cuales predomina el mandato de la voluntad antes que el del destino. Salta de una etapa a otra como clausurando capítulos, como si compusiera su propia y verdadera novela. El destino se mezcla sólo en el inevitable grado que trae el imprevisto. El encuentro con la poesía de Neruda, la súbita pasión por una mujer que luego abandona, la entrada al periodismo atraído por un llamado que no espera y, finalmente, las obligaciones familiares que le trae la muerte del padre, obliganle a la vuelta a la tierra. Son lo simplemente fortuito. Todo lo demás aparece comandado por la voluntad. Es esa voluntad la que genera los grandes cambios, la que elige los nuevos caminos. En suma, su vida, digámoslo otra vez, es como la composición de su propia novela. Y así son los esquemas de sus obras también.

El compendio biográfico que hemos dado más arriba, deja ver claro este signo. Sus novelas están llenas asimismo de estos avances y represiones a los que le obliga el propósito de componer. Es tan determinante esa voluntad de hacer novelas, tan propia de su manera, que en sus obras se funden a cada instante, la peripecia y la inventiva. Queda visible en ella, en todas sus partes, su biografía, los actos y entre-actos que la estructuran y el medio por donde ha caminado. La vida le da los materiales que sabe combinar en los recuerdos, en el hábil contrapunto de sus relatos.

Cada personaje, cada situación que afronta tiene mucho de autobiografía y se advierte, aquí y allá, el deseo de confesarse, de hablar en primera persona. El río caudal en que sus narraciones se deslizan, toma, por eso, la forma de un monólogo interior de natural cadencia, saturado de un lirismo que pone en escena el buen poeta que hay en él. Este poeta está presente en los actos, las introspecciones, el paisaje, con vigorosas imágenes. Llega un momento en que este caudal parece que va a dominar lo indispensablemente objetivo en que descansa el mecanismo formal de la novela. Se produce como una angustia, un ahogo del lector que, afortunadamente, pasa, porque, el deseo de hacer novela, es en Alvarado una orden superior. Corta entonces con maestría, condicionando los grados del suspenso para renovar el hilo de la narración. Gradualmente y por virtud de esta sola alternativa, va organizando el curso de la acción, para llegar al clímax que jamás elude en todo su dramatismo, como puede apreciarse tan claramente en el relato titulado "El duelo" de *El silbido de la culebra*. Allí, con vivas tintas, cuenta las alternativas de una riña a mano limpia entre los compadres Idelfonso y Demetrio, duelo a muerte que mueve un odio elemental, sórdido e irrazonado. Todo este relato ha sido estructurado sabiamente en grados sucesivos de interés novelesco. Y en el estilo de Alvarado, tan lleno de sonoridades y plasticidad, se percibe como el acento de una construcción musical, con sus andantes, sus allegros, para arribar a un lento final, reconfortante; se corta el hilo de la violencia en el preciso instante en que se esboza el comienzo de otro episodio que entra a jugar en el diálogo seco y tenso del final, un episodio acaso más dramático. Y el tranquilo final deja, no obstante, gracias a este recurso, un nuevo suspenso. ¿Qué sobrevendrá en seguida, más allá de lo escrito?

Salvo contadas excepciones, en toda la obra de Alvarado predomina un sentido dramático de la vida. Y la soledad. Una soledad que es como el término de vidas que analiza y cuenta. Este signo se ve claro, por ejemplo, en su relato que da el título al libro, *El silbido de la culebra*, la soledad que cae sobre Barbarita Montiel; y en la última novela *El desenlace*, la soledad de Laurencia Benavente. Soledad entre soledades. Soledad de final de raza, confinada a un destierro en tierra de destierros. El escenario es rudo, primitivo. Sus pescadores, sus indios, sus braceros, sus pioneros, sus colonos, van derechos a un fin frente a lo inexorable. Y es patética, igual a la muerte, esa soledad de Isolina Colguán, frente al cadáver de Lindor Nahuelhuayque Marimán, su marido, porque nada podrá salvar a la pobre mujer, en *La peste viene del viento*, de un fin que ella sabe impostergable, inevitable. Y después de enterrar al marido en la colina frente al mar, tranca puertas, y, sola, encerrada en el rancho, espera la muerte. Ojalá que le llegue por el contagio del mal que mató a Lindor. Y se tiende sobre los mismos pellejos en que expiró aquél.

El material autobiográfico se advierte también en su obra. Está en *Los Balcázar*. Y no se necesita ser muy zahorí para inferir, para adivinar que en la pintura de Gonzalo el marido de Laurencia de *El desenlace*, hay rasgos exactos de la vida del autor, cuando hace el recuento de su turbulenta etapa santiaguina. Es el mismo Alvarado embutido en la novela y muerto por la mano de un rival.

Desde los cuentos de *Venganza en la montaña* (1959) y más visible en *La captura*, se ve al gran novelista. Los trazos de una técnica novedosa se van perfeccionando y adquiriendo seguridad y audacia. Se asientan en *El silbido de la culebra* (1965) y en *El desenlace* (1966). Podemos vaticinar que esta será su manera permanente de arquitecturar relatos cortos y extensos. Plantear la acción desnuda desde la primera página, con un suceso violento, para captar inmediatamente la atención del lector que, cogido en la trampa, se desconcierta y quiere, de inmediato, avanzar y saber más.

En la promoción inmediatamente anterior del neocriollismo, hallamos como una integración geográfica de la novela chilena, lo que se traduce muy bien en la temá-

tica de Coloane, el descubridor de las praderas magallánicas. Alvarado fija el campo de acción en la cordillera, en el mar y en las islas de dos provincias australes, Llanquihue y Aisén. Como en el anterior, sus personajes están sumidos en la soledad de aquellos parajes. Algunos, muy escasos, unidos a la tierra, son indígenas, como los Pedroza o Calixto Payahuala de *El desenlace*; otros son colonos, otros trásfugas como Arrizaga, bandidos como Carmelito. Aventureros. Pero, en general, no parecen hijos de la tierra, sino seres hundidos en el paisaje, en un destierro último. Difieren, así, de los primitivos personajes de Latorre, cosas del terruño, parte de su naturaleza. En Alvarado, es gente nueva sobre la tierra nueva, gente que llega en busca de fortuna, que ha renunciado a la vida de las ciudades. Es otra promoción que traen los cambios de los tiempos. Es otra cara, otra medida social de Chile. No hablan la lengua del campo, del valle central, porque allí la naturaleza tiene otra cara en el agua y el viento elemental. No es la voz del campesino, precisamente, la que platican sus personajes. Pero, entre estos sureños, Coloane y Alvarado, hay un estrecho parentesco en la manera de unir e identificar el paisaje a las necesidades ambientales del relato. Lo ha dicho muy bien Volodia Teitelboim en su prólogo de *El caballo que tosía*, cuando asevera que Alvarado "concede al paisaje un relieve que no es abrumador como en Mariano Latorre. Lo usa para ubicar y completar al hombre. O sea, sensibiliza el ambiente".

En el hábil contrapunto que emplea Alvarado en forma de avances y retrocesos y la abundancia de monólogos con que desarrolla la novela, se funda, a nuestro juicio, la nota más feliz de sus aciertos de narrador. Es una técnica que maneja muy personalmente. Pero no es ni muy original ni muy exclusiva, porque los trazos de ella, los vemos dibujarse en *Hijo de ladrón* y en las obras siguientes de Manuel Rojas. En Alvarado es una necesidad para componer el interés novelesco y densificar el relato, hacerlo más breve y nervioso. Es una técnica que toca a veces al trazado de un film, recurriendo a situaciones estampadas con el más acertado realismo, el buen uso y yuxtaposición de las imágenes en movimiento. Alvarado ha hecho buenas lecturas y ha sabido aprovecharlas. Sin dañar su originalidad y su fuerza, se ve en la manera de desarrollar la obra, algo que lo emparenta con los mejores novelistas populares de la última hora, al tipo del australiano Morris West.

Eutrapelia

Ahora divaguemos un poco.

Acaso haya muchos caminos para emprender la hazaña de Balzac, pero un medio solamente para llevarla a cabo: su genio. El carácter cíclico y universal que ella entrega en toda su vastedad, es una pintura de la burguesía de Francia y de la eterna condición humana. La escribió en un interminable sueño de esquizofrenia, viviendo la vida de cada uno de sus personajes, sintiendo su rumor golpeando en la puerta de su aislamiento, entre glotonerías sibaritas y empresas alocadas de prosperidad y grandeza que poblaban los ocios de su imaginación.

Balzac creó la novela realista contemporánea. Aquella *Comedia* que nació de sus cuartillas en el encierro de la rue Cassini, deja el daguerrotipo de su tiempo, en interminables descripciones en que ambienta la realidad de sus novelas. En las intrigas que creaba, había lo inverosímil, lo fantástico y lo real, pero tenían todas la verdad necesaria al desenvolvimiento de sus obras. Hizo novela, en una palabra, dándole vida desde sus cimientos sociales y morales en que ella descansa. Lo explicó todo con demasía. Escribía mal y, de pronto, se hace intolerable su lectura por el excesivo barroquismo de sus descripciones, los vicios, descuidos e insistencias de su lenguaje y de su estilo. Porque tenía el desorden y la grandeza del genio. Su obra nos parece ahora pesada, gruesa, obesa como su conformación física. Tuvo infinitos imitadores. Uno en Chile: Blest Gana.

Aún latente su influencia, los que siguieron comenzaron a poner a dieta el estilo y la arquitectura de la novela. En otra parte y en otro tiempo, Galdós y Baroja quisieron componer la vida española y excedieron también la medida, con procedimientos que, aunque diferentes, intentaron abarcarlo todo.

Baroja, no obstante, entra por el camino de la naturalidad. Admirador de Dostoyevsky y de Gorki, no tocó nunca el dramatismo de los resortes y contrastes del primero y buscó la forma de la crónica novelada de su época y de la trastienda histórica de su siglo español, que se avenía más a su temperamento. Pasan por sus obras infinitos personajes menores dibujados con gracia y colorido. Abarca campos extensos de la vida de España. Pero todo él parece aterrorizado por el pudor de hacer grandes novelas martirizadas. Sus personajes conversan antes que actúan, salvo en aquellas novelas en que el joven anarquista va a la materia social de su tiempo. Entonces es un Gorki del Bidasoa que abandona los viejos moldes, después de tanta novelería y folletinería que siguió a Balzac y a Dickens y de la cual aprende mucho.

En la siguiente etapa de este propósito alusivo, la novela busca ambientar y mover personajes sin ánimo de lograr ciclos cerrados, tarea que queda reservada a algunos grandes contemporáneos a quien no asusta la medida y el testimonio total de su generación. La nueva ficción a que nos referimos, hace caminar en sus páginas vidas y actos que ya no es necesario explicar o enlazar muy bien. Se llega a la acción sin recurrir subsidiariamente al minucioso inventario de las horas y de los ambientes, ahorrando la sobrecarga descriptiva. La novela tiende a economizar materiales a ser menos retratista, sin dejar, por ello, de ser documento y testimonio actual. Los personajes se desligan de su compromiso contraído en la arquitectura misma de la novela y comienzan a actuar con más soltura y libertad porque los personajes se están pareciendo, cada vez más, a nosotros mismos, a nuestros amigos y enemigos, a nuestro turbulento tiempo inmediato.

Luego sobreviene el cine. Es un cataclismo. Sus primeras imágenes son muy convencionales, porque, sin recursos propios, al comienzo, entra en la imitación de los viejos modos literarios. Mas, luego se afina, para descubrir su verdadera ruta. Llega a la creación de imágenes de lo rigurosamente cotidiano en la innovadora escuela italiana de Rosellini. El cine, producto fabricado por la luz, el movimiento y el sonido simultáneos edifica planos que van adquiriendo profundidad y realidad, una suerte de estereoscopia de la vida. Nos proporciona una realidad más inmediata, más confidente y fácil para la masa digestiva. No es necesario describir tanto. Ahí están los ojos que todo lo adivinan y perforan todo escrutando rostros, ademanes, movimientos, gestos, expresiones, actitudes, saltando vigorosamente, ágilmente sobre escenas y situaciones, con más recursos que el teatro, restringido al circuito escénico. El cine entra a hacer novelas en que la vida o el episodio sólo ocupa dos horas de atención, el tiempo que nos demoramos en sorber unos cócteles.

Su impacto de luz es inmenso y esa luz ilumina sobre todo. Es la novela *op*. Quieras que no, la vida va copiando entonces al celuloide como antes copiaba a las novelas. El cine entra de pronto con sus recetas en la composición de las novelas, en una medida muy superior a lo que ordinariamente se cree. El lector ya no necesita que le cuenten mucho para entender; al contrario, exige la variedad y la sorpresa que le dan las imágenes. Vienen entonces los estilos cinematográficos que invaden la ficción, a lo Robbe-Grillet que va de uno al otro campo. Se hace el *script* de la vida. Pero este enlace cine-novela, aparentemente tan cómodo, va resultando recurso temporal y habrá que abandonarlo también.

Entonces aparecen en la literatura las técnicas arriesgadas. La novela vuelve a la literatura. Se llega a una suerte de composición en base a suspensos constantes, no sólo en el desarrollo de la intriga, sino en cierta manera de dejar todo a medio

concluir, con procedimientos engañosos que despistan al lector, le hacen perder el hilo del relato, lo hacen sentir la angustia de verse extraviado en medio del aluvión de algo arrollador. Golpe tras golpe, debe volver entonces hasta dar con el hilo perdido en una frase camuflada entre muchas. Los capítulos se cortan en la mitad o en medio de la acción. El final arriba, inesperado, dejando al lector la tarea de atar pedazos y fragmentos, es decir, la tarea asociada e intrínseca de componer la novela misma.

Este procedimiento malicioso, tan fácil aparentemente, es de la más difícil realización. Para llevar a cabo esta asociación se requiere una sola cosa: talento. Ser novelista, el más puro narrador. De esta estirpe es Alvarado. Es novelista por excelencia y por instinto. Su intuición de narrador innato le permitió hallar los novedosos recursos del oficio que el público y la crítica promueven y reclaman ahora.

Pero Alvarado no quiere llegar nunca a crear en sus novelas esa atmósfera enraizada y asfixiante de ciertos relatos-monólogos que conducen la magia de un rico temperamento literario y que parecen responder al trance de un dictado, con el propósito agobiador de la originalidad y el desconcierto de andar solo, de no deber nada a nadie. No. En Alvarado todo está bien aprendido, bien empleado. El novelista goza de lucidez y salud. En su obra hay como una plantilla clásica, común a toda novela, para servir la demanda de un público no comprometido. Su técnica es diáfana, está visible desde sus primeros cuentos y no defrauda nunca. *El desenlace* es su primera novela larga. Los elementos que la constituyen se ven desde *La captura*, obra de dimensión y ambición menor, pero primigenia.

El premio

El azar me hizo saber cómo actuó el jurado que premió esta novela en el Concurso Hispanoamericano. Pasaron los ojos de los jueces sobre cien originales que en su mayoría eran chilenos. Leyeron y releeron incansablemente esos jueces para calificar aisladamente. Pusieron sobre cada uno de ellos una nota escolar: uno, tres, cuatro, un seis, un siete. Se usaron hasta los decimales. Luego los jueces se reunieron en cóncave, cotejaron esas calificaciones y cambiaron ideas. Por una increíble coincidencia fallaron todos con la nota más alta, en favor de esta novela. Casi no hubo discusión. Sólo una excepción: uno de los jurados, que resultó ser amigo del autor, la calificó en escala menor. Hasta la apertura de los sobres, se ignoró el nombre de Alvarado.

Mi informante agregó:

—No hubo vacilación. No hubo margen a una sola discrepancia. El premio fue indiscutiblemente para él.

¿Y quien puede dudar de un jurado que formaron Amanda Labarca, Raúl Silva Castro, Alberto Ostría Gutiérrez, Jorge Herrera Silva, Guillermo Atías y Luis Sánchez Latorre?

Homero Bascuñán: El compañero Monardes

“¿Regreso? ¿Avanzo? ¿Qué hago?
No sé; pero mi casa está muy lejos,
en un barrio de pobres y poco iluminado.
Allí estarán los niños y mi mujer,
cabeceando junto a la olla negra
echada en la ceniza del brasero apagado.
El gato roncará sus sueños anchos,
hecho un ovillo de ronrones.
Ya habrán pasado el grito y el canasto de hallullas
y los quiltros que mean en todas las murallas”.

(Los zapatitos azules).

—...EL COMPAÑERO Monardes, apoyado por nuestro gremio, por la militancia de su partido y por los obreros conscientes de otros sectores del proletariado, que conocen su trayectoria de lucha a través de toda una vida puesta al servicio de los trabajadores, el compañero Monardes —repito—, tiene que llegar al Parlamento. El gremio necesita que elementos de la talla de Antolín Monardes vayan a la Cámara a dar a conocer nuestros problemas y a luchar hasta conseguir su solución. Pero ante todo, es necesario que los compañeros aquí presentes se hagan el firme propósito de trabajar sin descanso por el triunfo del compañero Monardes, en la panadería, en la calle, en sus barrios respectivos, en el seno del Partido y en todas partes.

El orador agita su mano muy cerca de la cara como abanicándose, y, abierta, la estira hacia adelante como ofreciendo un puñado de sustancias etéreas, o cerrada en los momentos de énfasis, cual un martillo de nervios vigorosos golpeando al término de las frases, a fin de clavarlas como cuñas vibrantes en el auditorio.

—Debemos trabajar con entusiasmo —continúa luego—, con perseverancia, con abnegación y sacrificio, sin esperar otra recompensa que ver mañana triunfante el nombre de un elemento de nuestras filas, genuinamente proletario, que conquista un sillón en el Parlamento mediante la voluntad férrea y estrechamente unida de los explotados; un sillón que el compañero Monardes obtendrá sin necesidad de ir a una feria de “carneros” a comprar conciencias, sino que lo ha de recibir como justo premio a su resonera labor de veinte años de lucha al servicio de los trabajadores. ¡Viva el compañero Monardes!

—¡Viva! —corean centenares de voces.

—¡Viva el Gremio de Panificadores!

—¡Vivaaa!

Los asambleístas, de pie junto a sus bancos, aplauden al candidato. Los que están más cerca de él le estrechan la mano y le golpean la espalda, ofreciéndole cooperación.

—Cuenta conmigo, compañero Monardes. Hombres como usted son los que el gremio necesita en el Congreso.

—Usted puede contar con seguro que todos los niños de mi cuadrilla le van a dar su voto.

—Nosotros nos conocimos tanto tiempo, pus, compañero Antolín; así que pa que le digo ná. Usted sabe que yo no *destiño*, y es por eso que mi voto y el de mi hermano puede contarlos desde ahora.

—Gracias, gracias compañeros —responde emocionado Antolín Monardes. Y alzando la mano en medio del grupo que ya lo revienta, agita su índice—. Pido la palabra, compañero presidente.

El compañero que preside la sesión, parado entre la mesa y la muralla, cubriendo en parte la leyenda puesta al pie de una afiche de grandes dimensiones, agita la campanilla para imponer orden.

—¡Silencio, compañeros, por favor! —Y después de breves instantes—: El compañero Antolín tiene la palabra.

Los últimos cuchicheos se apagan, se esfuman, solamente una que otra banca cruje al inclinarse alguno de los asambleístas que la ocupan, en el momento que estira el cogote para enfocar la mirada por el hueco que le ofrecen algunas cabezas inmóviles.

—Compañeros —empieza Antolín Monardes—, me siento hondamente emocionado después de haber escuchado la palabra de tanto compañero que se ha referido a mi modesta persona, para ofrecerme su desinteresada adhesión. Yo jamás llegué a pensar que vosotros pudierais un día tomar mi nombre con el propósito de llevarlo a las urnas. Nunca llegué a imaginarme, compañeros, que aquellos momentos amargos de mi vida de luchador proletario, que aquellos días angustiosos de la huelga del hambre, que los meses interminables del destierro, que todo el dolor que me producía en las prisiones el recuerdo de mi compañera y mis hijos, abandonados, arrojados del conventillo donde vivían, muriéndose de hambre, pudieran verse recompensados con los momentos de tan grata emoción que esta magna asamblea me ofrece.

—Este gesto desinteresado de mis compañeros, me conforta, y afirma más aún mis convicciones de luchador de la clase obrera. Y es por eso que al agradecer vuestro valioso concurso, quiero retribuirlo haciendo el juramento solemne de luchar en la Cámara de Diputados con el mismo tesón de mis mejores años, hasta hacer una bella realidad las justas aspiraciones de nuestro gremio.

—¡Viva el compañero Monardes!

—¡Vivaaa!

—¡Viva el diputado panadero!

—¡Vivaaa!

Los hombres aplauden bulliciosamente, tiran al aire sus sombreros, patean el piso. El presidente llama al orden, tocando largamente la campanilla. Vuelta la calma, Antolín Monardes sigue haciendo uso de la palabra. En diversos pasajes de su discurso menciona el nombre de su maestro: Luis Emilio Recabarren. Lo recuerda en Iquique, en la Federación Obrera de Chile, en su diario *El Despertar de los Trabajadores*, en los sindicatos marítimos, en la Plaza Prat durante su polémica con el cura Merino, en la pampa, en las afueras de las oficinas donde su presencia era temida, en noches de fría camanchaca, erguido sobre los desmontes como un Cristo macizo tallado en dura *costra*, arrojando la simiente que en él —discípulo estudioso—, encontró surco fecundo. Se emociona visiblemente al mencionar los nombres de los mártires del gremio: Víctor Zavala y Castor Villarín, fugados en una débil embarcación, a quienes buscó inútilmente por todos los horizontes de la isla donde estaban relegados, durante atardeceres incontables que le encontraron de pie sobre las rocas estrujando en su pañuelo un adiós arrugado y *desteñido*. Recuerda la lealtad de su compañera y la resignación heroica de sus hijos durante las persecuciones y condenas que regímenes de fuerza le impusieron. Recuerda, también, a todos aquellos compañeros que fueron a verle cuando estuvo en la Cárcel, llevándole té, pan, cocoa, leche condensada y tantas otras cosas que allí no tenía, y que su compañera no le podía llevar. Agradece las erogaciones que se le hicieron en todas las panaderías para ayudar a su mujer y sus hijos, que, llenos de fe y esperanza, rezaban por él pidiéndole a Dios que velara por su vida y porque le devolviera pronto al hogar.

Termina exponiendo brevemente su programa y agradeciendo, otra vez, el apoyo ofrecido por el gremio.

Una salva de aplausos empuja lejos el eco de sus últimas palabras.

El tintín agudo de la campanilla y el "Se levanta la sesión", dan por terminada la asamblea.

Los hombres abandonan los bancos vitoreando al compañero Monardes, y muchos de los que estaban lejos de él durante la sesión, se abren paso para ir a estrecharle la mano y abrazarle.



Los trabajos de su candidatura están bastante adelantados. Se ha pegado afiches en todas partes, se ha repartido volantes, se ha hecho propaganda mural, se ha pedido la cooperación de otros gremios, se ha hecho erogaciones para costear los gastos que origina la propaganda.

Todos los días, al volver del trabajo con su bolsa llena de pan, con su abrigo viejo, con su bufanda desteñida, pálida la cara por las trasnochadas que le impone el trabajo de "hornero con masa", ve en las paredes su nombre en grandes y negros caracteres:

A N T O L I N M O N A R D E S

20 años al servicio
de los trabajadores

VOTE POR EL

Y, sobre todo, en las construcciones, los programas con su foto, entre los afiches de los candidatos burgueses y los diversos artículos que ofrece el comercio. Hay sitios donde caben todas las propagandas; hay rincones donde todo réclame reúne sus títulos, sus líneas y colores. Y ese edificio en construcción a dos cuerdas de la panadería, con tantos afiches comerciales y retratos de postulantes al Parlamento, es una pinacoteca abundante y pintoresca:

UN BACALAO EN CADA GOTA...

De la Parra será diputado

Hágale la +

CONTRA NACISMO:

COMUNISMO

FUME UN CIGARRILLO

DE CALIDAD...

Para el dolor de cabeza: *Aliviol*

VOTE POR MONARDES

Al ver su nombre y su fotografía en todas partes, experimenta la satisfacción del hombre que se siente comprendido. Pero no se envanece, porque está plenamente convencido que si sus compañeros le han elegido para llevarlo al Parlamento, es porque tiene sobrados méritos. Y desde esa tribuna espera poder servir mejor

a sus hermanos de ideal, a sus compañeros de trabajo, a todos los explotados de su patria.

"VOTE POR ANTOLÍN MONARDES", "VEINTE AÑOS AL SERVICIO DE LA CLASE TRABAJADORA", "NO VENDAS TU CONCIENCIA: VOTA POR MONARDES", "DE LA PANADERÍA A LA CÁMARA DE DIPUTADOS", dicen los rectángulos de papel pegados en las paredes de los edificios, en los postes del alumbrado, en los buzones, en el pavimento, en todas partes. Y tanta frase le llena la cabeza, y, como sugerencias tácitas, repercuten más allá de la vigilia; y en sueños ve con frecuencia, afiches multicolores y enormes, con su retrato enmarcado entre las consignas del Partido, las reivindicaciones del gremio, los puntos más interesantes de su programa y los pasajes sobresalientes de sus discursos; desfiles interminables de compañeros con motes y estandartes, marchando al compás de las fanfarrias, portando grandes letreros que cubren toda la calle; camiones repletos de hombres y mujeres gritando: ¡Monardes! ¡Mo... nar... des...! ¡MO... NARDES!..., detrás de los megáfonos; enjambres de manos callosas moviéndose como tentáculos al depositar en las urnas los votos con los nombres de seis candidatos, y donde el suyo resalta porque va precedido por la cruz de preferencia...

Y todas esas impresiones oníricas tienen, a su vez, repercusión más allá de sus fronteras. Por eso al ver su nombre, a la una de la madrugada, en esa cuneta, al llegar a la panadería, siente una sensación anímica que no alcanza a comprender y que sólo logra definir como algo que le agrada. Se detiene. Lee una y otra vez. Camina luego, despacio, sin volver la cabeza. Sin embargo, todo permanece en la retina del recuerdo. Y cuando toca el timbre, y mientras se desnuda, y aun en los momentos que las aspas de la máquina revoladora baten la masa en la larga batea de hierro, él sigue mirando y leyendo allá muy adentro, en los confines remotos de su ser, su nombre entre las consignas de combate y un regocijo manifestado apenas, como descolorido y lejano.

Su mujer y sus hijos están felices; sobre todo su mujer, que parece haberse rejuvenecido, pues las arrugas que llegaron con la soledad y el hambre en los tiempos de grandes represiones, ahora son menos visibles en su rostro pálido. Las vecinas del conventillo la miran con envidia, y hasta doña Santos, la mayordoma, la trata con más consideración y respeto.

La pobre mujer ha empapelado la pieza con los afiches y programas, en los que se destacan la frente amplia, la mirada penetrante, las mandíbulas recias y el bigote negro de Antolín. Y cuando las vecinas le hablan de las elecciones, apenas puede disimular su alegría.

—Nada podemos decir; una no entiende estas cosas. A lo mejor, los compañeros *destiñen* y se venden como carneros, y Antolín sale coleado —suele responder, agachada sobre la artesa, junto a la pileta. Pero en lo íntimo de su ser vibra el regocijo grande de las plazas en días de fiesta, el corazón le brinca de alegría, y todas sus fibras le dicen en los mensajes que la sangre arrastra, que el triunfo de Antolín será rotundo.

Llega, al fin, el día de las elecciones. Antolín, después de sufragar, recorre las mesas con algunos compañeros. Y durante todo el día no tiene un momento de descanso.

Se le solicita en una y otra parte. Y él va y viene por las secretarías y las mesas, dando instrucciones, contestando saludos, estrechando manos amigas, oyendo vaticinios halagadores:

—Vamos como se pide, compañero Antolín.

—Parece que vamos ganando a las riendas, compañero.

—No hay ná que hacer, camarada: el triunfo está asegurado.

En todas partes encuentra optimismo; pero él más que nadie está seguro de triunfar. Y mientras atiende a tanta gente, va preparando, mentalmente, el discurso de agradecimiento que dirá en la secretaría general, después que sus compañeros le hayan llevado en andas por las calles céntricas de la ciudad, vitoreándole después del triunfo abrumador.

Sin embargo, por la tarde, al hacerse los cómputos y conocerse el resultados de las primeras mesas, el nombre de Antolín Monardes acusa cifras muy inferiores a las de otros candidatos. Y a medida que avanzan los escrutinios, su posición no mejora.

Los dirigentes de la campaña de Antolín, en la secretaría general, sentados alrededor de la mesa, ceñudos, silenciosos, anotan cifras en el reverso de los votos, estrujan la cara de Monardes impresa en los programas. Los cigarrillos se consumen como en agonía lenta de volutas y cenizas, junto a los platos con emparedados donde las moscas, disfrutando de un festín poco común, se abotagan.

Al anoecer, ya puede darse por confirmada la derrota de Monardes. Y él, presintiendo esos momentos embarazosos para sus compañeros al darle la amarga noticia, se aleja de la secretaría y se hunde en la calle, abatido, sin ninguna meta precisa. Camina durante dos o tres horas por los más apartados arrabales, concentrado, empequeñecido, como desgarrándose en su mundo doloroso, contemplando el desplome de todo aquello que ya creía realizado y que él había logrado construir con los materiales frágiles e insuficientes que sus compañeros le ofrecieron. Piensa que su mujer también estará viviendo largas horas mortificantes y amargas, y en estos momentos, como deshaciéndose en lágrimas, contemplará otro derumbe tan doloroso como el suyo.

Es tarde. Los pies, transpirados, le duelen, y se decide a regresar a su pieza. A medida que avanza hacia el centro de la ciudad, el tráfago crece y los altavoces agitan pinceladas bulliciosas que decoran los ámbitos. Y entre música que aletea en medio de frases repetidas hasta el cansancio, le llega, casualmente, la noticia presentida que nunca hubiera querido escuchar:

—...“Estamos transmitiendo datos proporcionados por el Ministerio del Interior. Se confirma el triunfo de tres candidatos de la lista número dieciocho. Se perdió el señor De la Parra, de esta lista, quien tenía gran opción y cuyo triunfo se creía asegurado. Lista número veinticuatro: triunfó solamente el señor Bustamante; los otros tres se perdieron. Lista número quince: resultaron elegidos cuatro diputados. No llegaron los señores Octavio Valenzuela ni Antolín Monardes”.

Al llegar a la esquina, se detiene. Parado entre algunas personas que esperan carro, disimula su vergüenza bajando la cabeza, hurgándose la nariz, restregando la suela de los zapatos en el borde de la acera. Está nervioso, cohibido, molesto en medio de esa gente. El carro se detiene casi junto a él. Sube precipitadamente. Paga. Recibe el boleto, que hace papilla antes de haber dado tres pasos hacia el interior. Busca un rincón y allí se acomoda. Agacha la cabeza. Mira por la ventanilla: vitrinas iluminadas, pasos apresurados, taxis veloces, letreros luminosos...

El recorrido le parece eterno. Su tortura es cada vez mayor. Presiente que todos conocen su derrota, que todos saben que es un candidato *coleadado*, que todo el mundo se ha impuesto de que no tuvo el prestigio suficiente para interesar a los de su clase a que votaran por él. El chirrido de las ruedas al ser presionadas por

los frenos, y el nombre de una calle clavado frente a sus ojos, le vuelven a la realidad. Su barrio, al fin. Se baja apresuradamente.

El trayecto hasta la pieza lo hace sin grandes molestias, porque en las tres cuerdas que tiene que recorrer a pie, sólo encuentra unas cuantas personas desconocidas que ni siquiera le miran. Pero junto a la ventana del almacén de "La Gringa" está su nombre impreso en letras grandes y negras. Y su retrato apoyado sobre las quince letras de su nombre, como sobre quince pedestales malditos. Y al sentirse observado por esa mirada tranquila estampada allí al centro del afiche, al sentirse mirado por él mismo, experimenta una sensación de dolor, como si un látigo invisible, al azotarle la cara, esculpiera esos gestos amargos y varios que afloran, se hunden y se multiplican como máscaras innumerables y trágicas.

Y es que todo eso que hasta hace pocas horas le llenaba de satisfacción y que llegó a serle casi indispensable, ahora le avergüenza. Esas consignas impresas alrededor de su retrato, le parecen insultos a su dignidad de luchador obrero. Derrotado, ya nadie creerá en sus sacrificios por los de su clase; nadie creerá que él estuvo meses en las prisiones por mantener en alto su ideal; nadie querrá creer que fue flagelado por defender a sus compañeros, por mantener en secreto las claves que dieron el triunfo a tanto movimiento reivindicativo; todos dudarán que él, pobre panadero derrotado, pudo haber estado desterrado en una isla por ser leal a sus principios. Y todos estarán de acuerdo para tildarlo de impostor y demagogo, porque, ¿cómo, entonces, sus compañeros no lo eligieron diputado?...

Abre la puerta tímidamente. Su mujer está sentada junto al brasero de escasa lumbre. Los niños están durmiendo en un rincón de la pieza, amontonados, formando un solo haz los tres cuerpecitos sobre la *pallasa* tendida en el suelo. Ella se levanta y viene a su encuentro. Lo abraza sollozando, y apoyando la cabeza en el pecho del hombre, dice balbuciente:

—Per... dimos, An...to...lín.

El frunce los ojos, aprieta los dientes que crujen como una maldición de huesos, respira largo el aire tibio de la pieza, y, como tragándose a sorbos el dolor de la derrota, responde con voz teñida de amargura:

—Perdimos, ñatita.

Santiago, 1941.

Fernando Campos Harriet: Las misiones de Alvarez Condarco en la emancipación americana

ALLEGANDO nuevos antecedentes y datos hasta ahora desconocidos, recordamos en este ensayo las misiones que estuvieron a cargo del patriota argentino JOSE ANTONIO ALVAREZ CONDARCO al servicio de la Independencia Americana, en los días turbulentos y luminosos de su gestación, tanto en las Provincias Unidas del Río de la Plata como en Chile.

Empezaba la revolución y el Gobierno de Buenos Aires angustiábase por proveer de pólvora a sus tropas. Las juntas revolucionarias de Chile le habían suministrado este elemento esencial en los años tumultuosos de 1811 y 1812. Pero luego el gobierno argentino empezó a recibir pólvora de Europa y trató de formar una fábrica de armas, creando dos plantas elaboradoras de este material, una en Córdoba, otra en Mendoza. Un oficial originario de Tucumán, don José Antonio Alvarez Condarco, que había estudiado ingeniería y química, fue encargado de beneficiar unas tierras salitrosas que se hallaban en las cercanías de Mendoza, para proveer de salitre a las nuevas fábricas.

Don José Antonio Alvarez Condarco había nacido en 1780 en Tucumán, donde su padre don José Antonio Alvarez de Condarco era Alcalde provincial. Al producirse la revolución de Mayo, adhirió a ella con decisión. En 1812 era capitán de artillería y sus estudios le dieron especiales conocimientos en la fabricación de pólvora y explosivos. Primeramente, aquel año, dirigió la fábrica de Córdoba; y el año siguiente, a instancias del gobierno patriota de Chile, fue enviado a Santiago para dirigir el Arsenal de guerra. Allí conoció e intimó pronto con el coronel don Carlos Balcarce que estaba en Chile al mando de los auxiliares argentinos. Balcarce despachó a Alvarez Condarco con importantes comunicaciones para San Martín, Gobernador Intendente de Cuyo, que encontrábase en Mendoza ocupado en sus afanes libertarios. Empeñado en contar con una abundante provisión de pólvora, encargó a Alvarez Condarco que estableciese la elaboración en una casa que había ofrecido gratuitamente don Tomás Godoy Cruz, vecino de Mendoza. Pronto recibió auxilios de particulares con materiales necesarios para los aparatos y Alvarez Condarco tuvo montada su fábrica en los primeros días de 1816 y empezó a producir pólvora de buena calidad, con moderados costos y en cantidades suficientes para satisfacer las necesidades de ese artículo. Seguidamente, iniciáronse los ejercicios de fuego para adiestrar a los soldados que debían hacer la campaña.

Era Alvarez Condarco un experto dibujante y prestó a San Martín importantes servicios en la confección de mapas para el paso de los Andes. En esta época fue destacado en Buenos Aires ante el Director Supremo Pueyrredón en misión importantísima y confidencial: para que ambos trataran "el plan que ha de regirnos en cuanto al número y clase de artículos de guerra con que el ejército debe ser auxiliado". San Martín, al enviarlo, recomendaba a Pueyrredón que despachase rápidamente a Alvarez Condarco "porque su presencia es importantísima aquí, como que a su inmediata dirección giran las fábricas de pólvora y salitre, delinea-ción de mapas topográficos y otras incumbencias no menos importantes que no hay absolutamente otro a quien confiarlas". Entretanto Alvarez Condarco había prepa-

rado bajo sus órdenes al oficial Manuel Aranda, que le reemplazaría en el cargo, cuando San Martín resolvió encomendarle una misión especialísima, a fines de 1816.

Pero el desarrollo de esta misión es lo que ocupará lo principal de este ensayo. Continuemos, por ahora, la nota biográfica de Alvarez Condarco.

Nombrado Sargento Mayor el 15 de julio de 1815, fue designado inmediatamente como uno de los edecanes de San Martín. Cumplida su misión en Chile (que luego relataremos), estuvo en Chacabuco, donde se comportó valerosamente y sirvió de ayudante de campo a San Martín.

Agente de Chile en Londres, a comienzos del Gobierno de O'Higgins, compró, el año 1818, para la escuadra chilena el navío Cumberland de propiedad de la Compañía Inglesa de las Indias orientales. La venta debía hacerse por intermedio de su capitán Guillermo Wilkinson, cuando arribara la nave a Valparaíso, en la suma de \$ 160.000. Este barco que integró la nascente escuadra, fue bautizado con el nombre de General San Martín.

Cabe a Alvarez Condarco la gloria de haber contratado para dirigir la Escuadra Chilena a Lord Cochrane, uno de los más célebres marinos de todos los tiempos. El oficio de Alvarez Condarco en que anunciaba el feliz resultado de esta misión ha sido varias veces publicado: "Tengo la satisfacción de anunciar a V. S. —escribía al ministro de estado de Chile el 12 de enero de 1818—, que el lord Cochrane, uno de los más acreditados y acaso el más valiente marino de la Gran Bretaña, está enteramente resuelto a pasar a Chile para dirigir nuestra marina y cooperar decididamente en la consolidación de la libertad e independencia de esa parte de América". Y en carta particular dirigida a O'Higgins con motivo de la salida de Cochrane de Inglaterra, Alvarez Condarco decía: "En este buque (la fragata Rosa) va el lord Cochrane y su familia toda a establecerse en Chile. Este hombre es un marino de conocido valor, talento y opinión y a más es un filósofo, hecho que no necesitamos mucho para tenerlo contento".

Durante la estada en Londres de Alvarez Condarco nació su hijo José Antonio, de destacada figuración en la vida republicana argentina.

Consolidada la gesta de la emancipación americana, Alvarez Condarco vivió en Chile muchos años, dedicado a la enseñanza de las matemáticas. Falleció en Santiago, el 17 de diciembre de 1855, al decir de algunos de sus biógrafos "en tal estado de pobreza que sus amigos debieron costearle el entierro".

Pero volvamos a la misión Alvarez Condarco en Chile, en la primavera de 1816...

Gobernaba en Chile don Francisco Casimiro Marcó del Pont, el cual no había aún decidido, perdida como tenía la cabeza de tantos contrastes y ajetreos, a quién nombrar Comandante en Jefe de su Real Ejército.

Mientras Marcó perdía su prestigio, el descontento y la insurrección prendían como el fuego en los campos de Chile.

En vista de estas noticias, San Martín urgió al Gobierno de Buenos Aires que le suministrase los recursos que creía indispensables para abrir la campaña en la primavera de 1816. "La necesidad y sumo interés de la expedición a Chile —escribía al Director Supremo el 13 de mayo, no puede hacerse más evidente. Ella ha de ser la obra que corone la gloria de las provincias de la Unión, inmortalizando a Buenos Aires por los heroicos esfuerzos con que propende a su realización; y es un deber mío hacer presente cuanto puede asegurar su mejor éxito, protestando por mi parte ser infatigable en cuanto conduzca a objeto tan importantísimo". Para sostener estas ideas fue enviado a Buenos Aires, como ya hemos visto, el Sargento Mayor José Antonio Alvarez Condarco.

Apenas San Martín llegó a América en 1812, instó a todos los hombres que tenían incumbencia en los negocios públicos de las Provincias Unidas del Río de la Plata para que hiciesen en la forma más clara y solemne la declaración de la independencia nacional. Al instalarse el Congreso de Tucumán, San Martín encargó vivamente a los diputados de la provincia de Cuyo el cumplimiento de este anhelo. Juzgaba que era un contrasentido acuñar moneda, tener un pabellón nacional y seguir todavía llamándose súbditos de un soberano a quien se le hacía la guerra; y sostenía que sólo la declaración de la independencia podía consolidar la revolución, prestigiándola en el exterior. Encontrábase en Córdoba, cuando con el mayor júbilo supo que el Congreso de Tucumán había hecho esta declaración el 9 de julio. "Ha dado el Congreso el golpe magistral con la declaración de la independencia —escribía con este motivo a su confidente, Godoy Cruz—. Sólo hubiera deseado que al mismo tiempo hubiera hecho una pequeña exposición de los justos motivos que tenemos los americanos para tal proceder. Esta nos conciliaría y ganaría muchos afectos en Europa... La maldita suerte ha querido que no me hallase en nuestro pueblo (Mendoza) para el día de la Independencia. Créame que hubiera echado la casa por la ventana..."

El destino había dispuesto que la soñada declaración de la Independencia argentina la proclamase en Mendoza el Brigadier chileno, O'Higgins, jefe de las tropas allí acantonadas; como la declaración de la Independencia de Chile, años más tarde, el 12 de febrero de 1818, aniversario de la batalla de Chacabuco, la proclamaron a la faz del mundo, O'Higgins y San Martín...

El Diario del Brigadier O'Higgins relata minuciosamente las ocurrencias acaecidas en Mendoza en el mes de julio de 1816, mientras tuvo el mando en jefe de las tropas.

Al recibirse en Mendoza la noticia de la declaración de la independencia, a las nueve de la noche del 18 de julio, se echaron a vuelo todas las campanas de la ciudad y se iluminaron las calles en medio del mayor alborozo. El día siguiente, tres salvas mayores de artillería y una nueva iluminación demostraron la alegría del pueblo. El 20 de julio se celebró una solemne misa de acción de gracias. O'Higgins convocó al ejército en una vibrante proclama, y como Brigadier, que ejercía el mando militar, concurrió a estas fiestas e hizo las salvas de fusil y de cañón, en medio de gritos repetidos de ¡viva la Independencia! El pueblo contestaba con delirante alegría y en la noche de julio, entre fanfarria y luces se celebró con el mayor entusiasmo el magno acontecimiento.

San Martín arribó a Mendoza el 31 de ese mes y dispuso otra nueva y aparatosa ceremonia: la solemne jura de la independencia. El 8 de agosto reuniéronse en Asamblea, bajo su presidencia, todos los jefes militares de ejército y de milicias, de la clase de Brigadier a la de Sargento Mayor inclusive. El Acta de aquella Asamblea firmada por San Martín y por su Secretario de guerra don José Ignacio Zenteno, fue publicada en la Gaceta de Buenos Aires en 28 de septiembre de 1816.

El conocimiento exacto de los caminos de la cordillera era indispensable para decidir por cuál de ellos debía pasar el Ejército Libertador. En el cuartel general de Mendoza se habían recogido bastantes noticias sobre el estado de estos caminos; pero es fácil comprender que no se podía haber hecho un reconocimiento preciso del lado de Chile, si bien se sabía que Marcó había mandado cortarlos a fin de hacer imposible el paso.

¹Don José Ignacio Zenteno y del Pozo, chileno que autorizó esta Acta, fue después célebre Ministro de O'Higgins en las carteras de Guerra y Marina desde el 16 de febrero de 1817 hasta el 13 de octubre de 1821.

San Martín recurrió a uno de sus ingeniosos arbitrios para procurarse ese reconocimiento. No olvidemos lo que decía don Miguel L. Amunátegui: San Martín, como el general de Maquiavello, tenía algo de león y algo de zorro. Y esta astucia es la que desenvuelve ahora, preocupado como estaba del paso de Los Andes. "Lo que no me deja dormir, no es la oposición que puedan hacerme los enemigos, sino el atravesar estos inmensos montes", confesaba San Martín.

Ahora bien: bajo el pretexto de anunciar a Marcó del Pont la declaración de la Independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, envió San Martín un parlamentario a Chile para reconocer los caminos de la cordillera. En ida y vuelta debía imponerse de los accidentes de ambos caminos —Los Patos y Uspallata— y completar las noticias que de ellos se tenían. San Martín eligió para este cargo a su ayudante don José Antonio Alvarez Condarco.

Tenía el Sargento Mayor una extraordinaria memoria visual, retenía a maravilla los accidentes geográficos y luego trazaba los mapas que reproducían sus observaciones. A la postre, ellos sirvieron de guía al Ejército Libertador en el paso de Los Andes, ya que Alvarez Condarco pudo observar la topografía cordillerana en los dos caminos principales.

Alvarez Condarco comenzó su misión saliendo de Mendoza, por el paso de Los Patos, el 2 de diciembre de 1816. Días más tarde le devolvió Marcó del Pont por el paso más corto: por Uspallata.

Anota Barros Arana que en 1810 se había publicado en Londres el excelente plano del camino entre Valparaíso, Santiago y Buenos Aires, levantado por los marinos españoles don Felipe Bauzá y don José de Espinoza, en el que el paso de la cordillera por Uspallata está señalado con bastante precisión. Explica que San Martín no le conocía, "sin duda porque hasta entonces no había llegado ningún ejemplar a estas playas de América. Aun habiéndole conocido, habría necesitado hacer explorar el camino para tener noticias exactas de las cortaduras mandadas ejecutar por Marcó".

Pensaba San Martín que ya era tiempo de dar a conocer a los realistas de Chile que la guerra había cambiado de carácter y que en vez de considerarse como hasta entonces, como una sublevación de súbditos rebeldes, debía estimarse como una lucha de dos naciones soberanas, con igualdad de derechos y de representación internacional. La misión de Alvarez Condarco tenía por lo tanto una doble finalidad: una práctica, como era el reconocimiento de los caminos cordilleranos y otra podríamos llamar psicológica, como era el impacto emocional que en realistas y patriotas iba a producir el conocimiento del Acta de la Independencia argentina.

Alvarez Condarco, temiendo que su título de parlamentario pareciese insuficiente, solicitó y obtuvo cartas de recomendación de algunos vecinos principales de Mendoza, entre otros de don Felipe Castillo Albo. En ellas lo presentaban a sus familias como un hombre bondadoso y tranquilo, "que aunque estaba al servicio del Rey de España, se había dispuesto a servir a los españoles perseguidos".

Por el camino de los Patos, Alvarez Condarco llegó sin tropiezo alguno hasta topar la primera guardia realista del lado de Chile. El piquete de avanzada resguardaba el distrito de Putaendo, y era su jefe el alférez de Carabineros don Antonio Gutiérrez de la Fuente, oficial peruano de origen, que más tarde plegárase al Ejército independiente de su patria, donde alcanzó los puestos de gran mariscal y de Presidente de la República.

Inmediatamente comunicó el comandante del resguardo a Santiago el aviso del inesperado arribo de un parlamentario enemigo y luego dispuso que éste marchase

convenientemente escoltado, en resguardo de su persona y de la seguridad interior del país.

Marcó del Pont pasaba por los días más intranquilos y agitados de su gobierno. La insurrección, como un gran incendio, prendía por todas partes en América, ardía en los trópicos, se esparcía por los campos de Chile. Frecuentes tumultos sediciosos en las ciudades y partidas rebeldes recorrían los fundos interceptando las comunicaciones y hostilizando a guardias y funcionarios. Las noticias que se esparcían por todas partes no podían ser más alarmantes: la próxima invasión del territorio por diversos puntos de la cordillera, con la cooperación de una escuadrilla insurgente.

Marcó del Pont perdía la cabeza. Ya no sabía por dónde iba a pasar el Ejército, si por el Norte, si por el Centro, si por el Sur: si arribaría por algún puerto. ¿Por cuál?

Con febril actividad el gobierno daba órdenes de toda clase, las más de ellas inconsultas; movía rápidamente las tropas de un punto al otro del país; quería estar en todas partes y no estaba en ninguna; parecía resuelto a implantar el régimen del terror.

Marcó del Pont expedía decretos amenazando con la pena de muerte a los agitadores de revueltas. Comenzaron las ejecuciones militares en los campos y el 5 de diciembre hizo levantar en Santiago el patíbulo para castigar a tres patriotas sorprendidos en sus manejos revolucionarios. Al recibir el aviso de Gutiérrez de la Fuente, Marcó y su dorada camarilla creyeron en su soberbia arrogancia que el parlamento de Mendoza no podía traer más que una misión de sumisión y de paz.

¡Viva el Rey! *Gaceta del Gobierno de Chile*. El martes 17 de diciembre de 1816 fueron publicados los documentos relativos a esta misión. Atengámonos a ella².

"El público —decía la *Gaceta*— dio por cierto que San Martín y los pueblos de su mando, desengañados por llegar al logro de su soñada independencia y deseosos de evitar el golpe mortal que se les acerca, dirigen este mensaje con miras pacíficas y juiciosas; que intentasen volver a la debida obediencia del monarca, que le han negado perjueros, restituirse a la unión de la patria madre a quien han abandonado ingratos y que buscasen la protección y garantía de este superior gobierno para alcanzar que el señor virrey de Lima suspendiese las hostilidades del Perú y que el compasivo soberano perdonase sus pasados extravíos".

La camarilla de Marcó del Pont tenía noticias muy halagüeñas sobre la situación militar y económica de las Provincias Unidas del Río de la Plata, y hacíanse con ellas las mejores ilusiones.

Marcó del Pont dispuso que el parlamentario fuese recibido aparatosamente, para hacerle concebir una alta idea del poder y deslumbrarle con los recursos del gobierno de Chile que él ejercía por "gracia" de su Majestad el Rey.

En los suburbios de Santiago, pasados los contrafuertes cordilleranos, Alvarez Condarco encontró esperándolo a un pequeño destacamento de tropas de caballería bien montadas y lujosamente ataviadas. El oficial que lo mandaba, vendó los ojos al parlamentario y así lo condujo al centro de la ciudad y lo presentó a Marcó del Pont, que lo esperaba en el gran salón de su palacio, frontero a la Plaza de Armas.

El Gobernador del Reino de Chile recibió al emisario argentino quien le hizo entrega de sus documentos. *La Gaceta del Rey* describe el acto: "Cuando nuestro dignísimo jefe —dice— no vio que no contenía sino una indecente acta de indepen-

²¡Viva el Rey! *Gaceta del Gobierno de Chile*. Biblioteca Nacional. Colección de antiguos periódicos chilenos. Tomo II, p. 289.

dencia formada entre los desvaríos del crimen y la desesperación, en la ciudad de Tucumán, un celo impetuoso e irreflexivo a vista de rebelión tan declarada y provocación tan insultante, habría tomado providencias ejecutivas que hubiesen sido sensibles y capaces de escarmentar al conductor del pliego y a su mitente; pero nuestro jefe supo temperar sus impulsos de fidelidad; y atendiendo a que el moderno derecho de gentes consagra las personas de los enviados aun en casos de esta clase, dispuso que don José Antonio Alvarez Condarco fuese recibido en casa del señor coronel y comandante de dragones don Antonio Morgado y allí tratado y hospedado con afabilidad, aseó y cortesía"³.

Las recomendaciones de que era portador Alvarez Condarco y el temor que tenía Marcó del Pont de las represalias que San Martín podía tomar al otro lado de los Andes, en los españoles retenidos en Mendoza, decidieron sin duda su prudente conducta.

Antes de dar contestación al provocativo pliego argentino, en la mañana del 13 de diciembre, Marcó del Pont pasó los antecedentes al Auditor de Guerra don Prudencio Lazcano y García de Zúñiga, que aun cuando nacido en Buenos Aires, era un realista furibundo. Apenas pasadas tres horas este funcionario tuvo listo su informe: Era una catilinaria espantable contra la declaración de la independencia en las provincias argentinas.

Don Prudencio Lazcano, Auditor del Real Ejército, recordaba las viejas leyes castellanas "ante las cuales suscribir un documento como el Acta estudiada era el mayor de los crímenes que podía cometer un vasallo del Rey; pedía que este documento fuese reputado por un libelo infame y provocativo; que sus autores y cuantos le obedeciesen se contemplasen traidores y fuera de la protección de la ley, que nadie pudiera prestarles favor y auxilio, que se rompiese toda comunicación con ellos y que todos los leales vasallos de Su Majestad contemplasen la sobredicha declaración de la independencia como una agresión formal, injusta, opuesta al derecho de gentes y a las regalías de la corona, escandalosa, subversiva, y ruinosa a todas las sociedades o imperios, cuya tranquilidad estaría siempre vacilante si se permitiese a una provincia separarse de su cuerpo; que el reino y todo buen vasallo debía armarse para invadir a los rebeldes y reducirlos a deber; y por último que el tal libero SE QUEMASE POR MANO DEL VERDUGO EN MEDIO DE LA PLAZA PRINCIPAL Y A PRESENCIA DEL PUEBLO Y DE LAS TROPAS"⁴.

Marcó del Pont aprobó el informe y dispuso que ese mismo día se ejecutase aquella condena, en que el reo sería el indefenso documento. Debía realizarse con todo el aparato y ceremonial de un antiguo Auto de Fe.

La Gaceta del Rey describe esta ceremonia, destinada a quemar el ejemplar del Acta de la Independencia argentina: Transcribimos su relato:

Dice: "Todo lo cual se ejecutó el viernes 13 del mismo (diciembre) a las seis y media de la tarde; las fieles tropas formaron un cuadro lucido y respetable; gran parte del pueblo atraído por el amor de su Rey y por la novedad del espectáculo venían con ansia al mismo sitio y a su presencia se leyó el acta y el consecutivo decreto de la superioridad y después de tirada aquélla por el suelo, la recogió el verdugo (aunque con asco), forzado del precepto del Sr. Mayor de la plaza que le ordenó extenderla y arrojarla en la grande hoguera prevenida, cuyas flameantes erupciones ya se dirigían al cielo para protestarle su justicia; ya se derramaban por la atmósfera convidando no sólo a los racionales sino a las avencillas y a los alados insectos a ser testigos de la ejecución sagrada de la ley; ya se inclinaban al ver-

³*La Gaceta del Rey*. Ob. cit., Tomo II, p. 290.

⁴*La Gaceta del Rey*. Ob. cit., p. 290.

dugo reprimiendo con amenazador susurro su tardanza, y ya se le retiraban temerosas de que el inmundo pábulo convirtiese su ardorosa claridad en negras sombras. Llegó el momento y apenas se sintieron poseedores de su presa, se aceleraron a convertir en hediondo humo sus borrones y en polvo imperceptible sus lilazas. Los soldados y el paisaje participando del heroico celo del jefe benemérito que ordenó el acto, levantaron su voz unísona gritando ¡Viva el Rey! ¡Mueran los traidores rebeldes! Entre cuyos ecos y militares músicas que duraron toda la tarde en el palacio del M. I. Sr. Presidente, Apolo entró al imperio de Neptuno (textual) excitando a sus sirenas a cantar este triunfo de la lealtad.

Por la noche salió el parlamento llevando la contestación correspondiente a su gobierno, y copia de gacetas que les instruían del fruto que producen en Chile sus malignas sugerencias⁵.

Alvarez Condarco permanecía, aun cuando tratado con muchos miramientos, recluso en la casa del comandante Morgado. En la noche del 13 de diciembre recibió un pliego rotulado para San Martín y la orden de salir inmediatamente de Santiago para Mendoza, acompañado por un escolta. Se le envió por el camino más corto, por Uspallata, lo que permitió al parlamentario conocerlo. El 21 de diciembre arribaba a Mendoza y daba cuenta a San Martín del resultado de su misión.

En su pliego Marcó del Pont decía a San Martín que sólo su urbanidad y moderación lo habían contenido de devolver la comunicación y el documento que la acompañaba, "tanto por ser complemento del más detestable crimen, tanto por tener conocimiento anticipado de él por la vía de Río de Janeiro. Así estimo por frívolo y especioso este motivo para la venida de un parlamentario.

Esto me obliga a manifestar a V. S. que cualquier otro de igual clase no merecería la inviolabilidad y atención con que dejó regresar al de esta misión; y que pueda avisar a su gobierno de Buenos Aires, que la contestación de su pretendida independencia será tan decisiva por las armas del Rey y por el poder de España como la de otros países rebeldes de América ya subyugados; sirviendo igualmente a V. S. de inteligencia que no he podido dejar de condenar ese documento de perfidia y traición a ser quemado por mano de verdugo en la plaza pública a presencia de las valientes y fieles tropas de mi mando".

Terminaba su contestación Marcó del Pont amenazando a los independientes de Buenos Aires con la misma suerte que había cabido a los revolucionarios de las demás secciones de América.

Estas amenazas irritaron profundamente a San Martín y al Gobierno de Buenos Aires. Bajo estos auspicios se abriría la campaña de 1817.

Embelesóse Alvarez Condarco durante su estancia en Santiago con la lectura de una carta anónima, un "Artículo Remitido", firmado por "Perico de los Palotes" que publicaba la Gaceta N^o 108 del viernes 20 de diciembre de 1816⁶.

Decía así:

PADRE EDITOR: cierta casualidad condujo a mis manos una carta que algún patriota escribió al enviado de D. José de San Martín; otra mano se tomó la confianza de agregarle gran número de notas y yo no he querido dejar de ofrecer a Ud. de todo ello una fiel copia para que si le parece le dé algún lugarcito en periódico.

B. L. M. de Ud. su amigo y S. S.

T. F.

⁵"La Gaceta del Rey". Ob. cit., p. 290.

⁶"La Gaceta del Rey". Ob. cit., p. 294.

La copia remitida es como sigue:

"Sr. D. José Antonio Alvarez. Diciembre 13 de 1816.

Muy señor mío: Pareciéndome que Ud. no ha logrado ni logrará sus intentos de hablar entre nosotros con un patriota como nos, es decir de los que jamás abren los ojos, que nada creen de lo que ven y que dan por hecho cuanto imaginan frenéticos, llevando tal vez su obstinación hasta el cadalso, he resuelto dirigirle ésta, tanto porque no se vaya Ud. desconsolado, como para ahorrar un propio que pensaba enviar a mi amigo San Martín dándole para su inteligencia y gobierno noticias exactas que a fuerza de indagaciones escrupulosas he adquirido del estado de este reino y modo de pensar de sus habitantes.

Un travieso ha añadido, contra mi voluntad, al texto algunas notas, pero como son cortas y allende de esto nada dicen que pueda incomodar, no he querido borrarlas y van al pie según sus números para que Ud. las lea o las deje según mejor le acomode.

Sírvase, pues, decirle a San Martín que es mi general⁷ que lo deseamos mucho por acá⁸; que quedamos instruidos de que son independientes⁹; que los sabíamos desde la apertura del Congreso de Tucumán para la reunión de esas provincias¹⁰; y que siempre esperábamos sería éste el término de sus gloriosos esfuerzos y memorables victorias¹¹; etc. etc."

Luego de agotar sin mucha gracia dislates como los transcriptos, síguele una especie de diálogo, de preguntas y respuestas, destinado a ponderar la obra de España en América y execrar la actitud de los insurgentes.

Lo copiado, es sólo un botón de muestra.

Así terminó la misión de Alvarez Condarco ante Marcó del Pont.

¿Fue o no el ejemplar del Acta de la Independencia argentina lo que fue incinerado en la Plaza de Armas de Santiago, como lo ordenó y publicó el Capitán General de Chile don Francisco Casimiro Marcó del Pont?

El ejemplar del Acta que envió San Martín al Gobernador de Chile, ¿fue un original o copia del original?

Porque es lo cierto que con fecha 12 de diciembre de 1816, Marcó del Pont envió sigilosamente al virrey del Perú, en la fragata "Milagro", copia de ese importante instrumento, acompañado de los oficios explicativos.

No sabemos nosotros por arte de qué magia o por cuál sortilegio, ellos se encuentran en nuestro Archivo Nacional, volumen caratulado Ministerio de la Guerra "Ejército Realista y de Los Andes; 1816-19."

⁷No le hable palabra de aventurero, de desertor, ni traidor, o dígame si se le antoja.

⁸Para ahorcarlo.

⁹Lo mismo que Chile, México, Santa Fe, Quito, Caracas, Cuzco, etc.

¹⁰Verificada como la de la Zorra con el León, del Perro con el Gato, de éste con el Ratón, o de Gallos de distintos corrales que se recojan en uno.

¹¹En el Desaguadero, en Vilcapuyo y Viluma.

William Frederick Sater: Arturo Prat, símbolo de ideales nacionales ante la frustración chilena

EN LA MAÑANA del 21 de mayo de 1879, el orgullo de la flota peruana, los acorazados *Huáscar* e *Independencia*, se deslizaron secretamente en el puerto de Iquique. Para enfrentarlos, sólo había tres barcos: el transporte *Lamar*, y los buques más débiles de la Armada chilena: la corbeta *Esmeralda* y la barcaza *Covadonga*. La batalla duró más de 4 horas y al final, Perú había perdido la mitad de sus efectivos de guerra. Chile en cambio, sólo perdió la *Esmeralda*, que fue hundida y a su Capitán Arturo Prat, muerto al abordar el barco enemigo.

Como era de presumir, fue uno de los momentos decisivos de la guerra. De allí en adelante el Perú debería luchar en forma más cauta por haber perdido uno de sus dos acorazados, mientras que Chile, como resultado de esta pérdida, comenzaba a adquirir la superioridad naval, condición previa para su victoria definitiva.

Carlos Condell fue aclamado el héroe del momento, pero es curioso que también Prat, su superior, compartiera estos honores. ¿Por qué Prat fue considerado un héroe y por qué ha sido capaz de conservar esa posición suplantando a Condell?, es una pregunta que no puede dejar de hacerse. Prat no ganó la batalla en Iquique porque su barco fue destruido y su tripulación capturada o muerta. La victoria tuvo lugar en Punta Gruesa. Allí, Condell, en condiciones muy adversas, fue capaz de quebrar la espina dorsal del poderío naval peruano, y por tanto, él, y sólo él, es quien debiera ser el héroe máximo tanto de esta batalla como de la Guerra del Pacífico.

Muchos dirán, sin embargo, que la popularidad de Prat se debe a su muerte, y que este hecho por sí solo, lo hace digno de elogio; pero como la muerte es un común denominador de la guerra, si ésta fuera la única condición para el heroísmo, todos los caídos en la batalla serían héroes.

Así pues, si ni su muerte ni sus actos fueron de tan gran magnitud, ¿por qué fue ensalzado casi desde el día de su muerte? ¿Por qué sigue siendo popular en la historia de Chile, ocupando una de las posiciones más destacadas de la historia de la nación?

La respuesta no se encuentra analizando la calidad de sus actos o de su muerte, sino en el pueblo chileno mismo. Un acto no puede ser heroico si no hay un pueblo que lo considere como tal, si no satisface ciertas necesidades íntimas. Una sinfonía, deja de serlo frente a un auditorio de sordomudos y se convierte en una farsa, porque es el individuo quien posee la capacidad de transformar una experiencia sensorial en una emocional que lo satisfaga.

Lo mismo sucede con el heroísmo: un héroe sólo lo es porque los hombres ven en él algo que admiran y que quizás quisieran llegar a ser. He aquí que la raíz y la causa de la popularidad de Prat, yacen en la sociedad de Chile de 1879 en adelante —aquellos que lo convirtieron en héroe— y si sigue siéndolo, es porque las generaciones que lo sucedieron también encontraron algo en él, algo que les mereció su devoción. El propósito de este ensayo es estudiar la formación de Prat como héroe y las consiguientes razones de su popularidad.

I
Chile pierde
a la "Esme-
ralda" y a su
capitán Artu-
ro Prat

II
El hecho que
precipitó la
guerra

Si Chile hubiese podido elegir las circunstancias y el momento para ir a una guerra, quizás el año 1879 no habría sido considerado el más propicio, porque las condiciones, tanto externas como internas del país, hacían poco probable una victoria y en cambio, las perspectivas de derrota eran numerosas.

El hecho que precipitó la guerra fue un alza de los impuestos del Gobierno boliviano sobre el salitre producido por compañías chilenas. Esta alza contravenía directamente las disposiciones del tratado de 1874 que aseguraba la igualdad de impuestos para las compañías tanto chilenas como bolivianas, a cambio de la cesión de derechos por Chile de la parte del desierto de Atacama en disputa. A pesar de que Bolivia no constituía en sí una seria amenaza militar, el incidente ocurría en un momento crítico, ya que Chile estaba tratando de llegar a un arreglo respecto a sus serios problemas limítrofes con Argentina. Estos problemas territoriales acerca de los derechos en la Patagonia y de la navegación en el Estrecho de Magallanes, habían llevado a ambos países al borde de la guerra¹. Ahora bien, en el momento en que empezó el problema con Bolivia, los diarios estaban dedicados enteramente a las noticias de los movimientos navales argentinos en el Estrecho, y, a pesar de que el tratado Fierro-Sarratea había sido aprobado por el Congreso chileno, no había sido ratificado aún por Argentina y por lo tanto, el problema estaba todavía sin solucionar.

Chile se encontró así frente a las posibilidades de guerra con dos de sus vecinos cuando Perú trató de arbitrar la cuestión limítrofe, no como parte desinteresada sin embargo, ya que estaba unido a Bolivia por una alianza militar secreta. Usando el arbitraje como pantalla, Perú empezó a armarse y cuando rehusó declararse neutral, Chile le declaró la guerra.

Habiendo declarado previamente la guerra a Bolivia, Chile se encontraba ahora frente a una alianza cuya población total era mayor que la suya y cuya fuerza militar era también numéricamente mayor. Además, existía todavía la posibilidad de una intervención argentina, sea por medio de una invasión terrestre o por un ataque desde el mar, operando desde puertos peruanos. Rodeado tanto de enemigos como de elementos hostiles, Chile fue a la guerra².

La decisión de iniciar la guerra primero contra Bolivia y luego contra el Perú, estuvo muy lejos de ser precipitada. El Presidente de Chile, Aníbal Pinto, había vacilado durante muchos meses en declarar la guerra, por lo que fue duramente atacado por sus compatriotas³. El problema estaba relacionado en parte, con diferentes puntos de vista acerca de la expansión chilena. Muchos pensaban que la soberanía de Chile se extendía hasta la Patagonia y por tanto, se oponían a los deseos de Pinto de someter la cuestión a un arbitraje⁴, aunque quizás esta actitud no fuera general, muchos compartían la creencia de Benjamín Vicuña Mackenna que la Patagonia no tenía ningún valor, pero otros sostenían que el área era chilena, llegando incluso al extremo de declarar traidores al honor nacional a todos los que aceptaban el tratado propuesto con Argentina⁵.

El problema de la Patagonia, sin embargo, no era tan delicado como el de • Bolivia. A diferencia de la situación argentina, las áreas salitreras de Atacama

¹Robert N. Burr, *By Reason or Force*. (Los Angeles, 1965), p. 134.

²Burr, pp. 141-142.

³Sesiones secretas de la Cámara de Senadores. 22 de marzo de 1879. Anexo a las sesiones secretas de la Cámara de Senadores. 24 de marzo de 1879.

⁴Sesiones ordinarias de la Cámara de Diputados. 25 de junio de 1878 y 30 de julio de 1878.

⁵Aníbal Pinto, *Apuntes*, Revista Chilena, XIII (1921), 356.

habían sido explotadas, trabajadas y equipadas casi totalmente con capitales y mano de obra chilenos.

Ya en 1872 se planteó el asunto de forma parecida a como había de enfocarse en 1938 la cuestión de los Sudetes; de manera que una parte considerable tanto del Congreso, como de la opinión pública, vio en el aumento de los impuestos, el comienzo de una política de persecución de los nacionales chilenos que habían hecho de Atacama una provincia valiosa. Para ellos, el problema era muy claro: declarar la guerra o considerar traicionados a sus compatriotas y el fin por tanto de la expansión chilena en el norte⁶.

Infortunadamente el problema no era para Pinto igualmente claro. Chile había decaído económicamente debido a la disminución de la exportación de trigo y por la baja en el precio del cobre⁷. Los créditos en el extranjero habían disminuido considerablemente y existían pocas esperanzas de conseguir un préstamo. La nación en consecuencia no se encontraba económicamente en condiciones de soportar una guerra⁸. Existía, por último, la posibilidad de que la acción tomada por el Gobierno boliviano no fuera injustificada. En una carta de Lorenzo Claro, enviada desde La Paz, se informaba a Pinto que este problema no tenía nada que ver con el honor nacional y que quizás sería mejor resolverlo por medio de un arbitraje. Aun en el caso de que Chile ganara la guerra, señalaba la carta, sería considerado un paria por los otros países latinoamericanos, quienes podrían formar algún tipo de alianza para atacarlo destruyendo así los frutos de una posible victoria⁹.

Aníbal Pinto se encontró de esta manera frente a muchos dilemas al tomar la decisión de declarar la guerra. Problemas, desde luego, que quienes lo acusaban de cobardía e indecisión, no tenían que afrontar y que ni siquiera los percibían con claridad. El resultado fue que muchos atacaron a Pinto por haber fallado en la tarea de conducir a la nación como lo dictaba su destino.

Por desgracia, Pinto no gozaba de mucho respaldo. No había sido una figura popular antes de la guerra; había sido elegido Presidente en una campaña en la que se le acusaba de ser un instrumento de su predecesor, o en el mejor de los casos, una nulidad¹⁰. Le había tocado resolver problemas económicos que no habían sido creados por él y que había tratado de solucionar produciendo el enojo de muchos con sus procedimientos. Por si esto fuera poco, tampoco gozaba de la simpatía de los elementos proclericales. Aunque él no era un rabioso anticlerical, no mantenía relaciones muy amistosas con la Iglesia y apoyaba a algunos de sus enemigos como en el caso de Santa María¹¹. Sus relaciones con la Iglesia empeoraron cuando eligió a Francisco de Paula Taforó como Arzobispo de Santiago. Los elementos proclericales chilenos rechazaban a Taforó por ser hijo ilegítimo y por sus tendencias libe-

⁶Sesiones extraordinarias de la Cámara de Diputados, 22 de octubre de 1878, 25 de marzo de 1879. Anexo a las sesiones extraordinarias de la Cámara de Senadores, 24 de marzo de 1879.

⁷Sergio Sepúlveda. *El trigo chileno en el mercado mundial*. (Santiago, 1959), pp. 85, 127. Francisco A. Encina. *Historia de Chile desde la prehistoria hasta 1891*. (Santiago, 1949-1952). xvi, pp. 61-67.

⁸Alberto Blest Gana a Aníbal Pinto, 19 de noviembre de 1878, 29 de noviembre de 1878, 13 de diciembre de 1878, 7 de marzo de 1879. Pinto, pp. 344-45, 357-58. *Cartas*.

⁹Lorenzo Claro a Aníbal Pinto, 26 de diciembre de 1878. *Cartas*.

¹⁰Nicanor G. Escobar. *La cuestión presidencial*. (Santiago, 1876), pp. 15, 21. José Arteaga Alemparte. *Historia del año 1875*. (Santiago, 1876), pp. 31-33.

¹¹Aníbal Pinto. *Apuntes biográficos de don Aníbal Pinto, candidato a la presidencia de la República*. (Valparaíso, 1876), pp. 25, 29, 30.

rales. La oposición a Taforó fue enorme, y se planteó la cuestión del patronato que persiguió a Pinto durante el curso de la misma guerra¹².

Al comienzo de las hostilidades, se ocupó el puerto de Antofagasta y se bloqueó el de Iquique. Una vez hecho esto poco más se realizó y la guerra se estancó. Las críticas a Pinto se hicieron clamorosas, le exigían una actitud más enérgica para proseguir la guerra; pero los temores de Pinto se habían hecho realidad. El aparato guerrero se veía entorpecido por falta de armamento adecuado, y así mientras hombres como Vicuña Mackenna, Domingo Arteaga y Zorobabel Rodríguez exigían la victoria, Pinto pedía desesperadamente a sus representantes diplomáticos en París, armas, municiones y barcos¹³.

Las tropas en el norte se encontraban bajo el mando del general Arteaga, quien, según los informes de los Consejeros de Pinto, no se encontraba en condiciones físicas para emprender una campaña¹⁴. La situación naval no era mucho mejor. La flota, al mando del Almirante William Rebolledo, proseguía el estéril bloqueo en Iquique, con la esperanza de atraer la flota peruana del Callao. El único encuentro naval ocurrió en Chipana el 13 de abril de 1879. Este se consideró como una victoria pues al explotar las calderas de uno de los veleros, *La Unión*, permitió que el *Magallanes* escapara.

Como puede verse, en los primeros meses de la guerra no sucedió gran cosa. Sin tener en cuenta los problemas del Gobierno, muchos acusaban a Pinto de su incapacidad para conducir al país a la victoria¹⁵. Es muy comprensible en consecuencia, frente a las estériles victorias de Antofagasta y Chipana y la declinación general de la actividad militar, que los chilenos sintieran muy vivamente la necesidad de una victoria. Por eso la batalla de Iquique fue muy importante para los chilenos, porque era la primera vez que obtenían un triunfo claro sobre los enemigos, que afectaba materialmente el curso de la guerra.

El alivio fue tal vez una de las emociones engendradas por la batalla. Si esto es así, puede entenderse por qué pudo incluirse a Prat también en la celebración de la victoria, incluso si sus proezas no puedan compararse con las de Condell. Sin embargo, casi desde el principio, Prat fue considerado de un modo diferente a Condell. Este último ganó la batalla, pues consiguió conducir los barcos enemigos hacia las rocas, maniobra que no sólo era cuestión de valor sino de astuta pericia. Prat, sin embargo, se impuso a su adversidad, a su agobiadora inferioridad y se confrontó con ellas cuando era evidente que no tenía la más mínima probabilidad de éxito. Su triunfo fue la aceptación de la lucha con todos los hados en contra, fue el triunfo de lo espiritual sobre lo material y quizás significó para los chilenos la percepción de que los años pasados en la vida de la paz, no habían apagado en ellos el espíritu guerrero. El triunfo de Prat como acto de voluntad significaba la aceptación y el cumplimiento del deber y ponía un ejemplo de valor digno de emulación. Un modelo de lo que era necesario multiplicar en Chile para poder ganar la guerra. Y no menos una gran esperanza para el futuro frente a un ingrato pasado.

La popularidad de Prat fue enorme y su figura quizás, más que la de cualquier otro héroe militar, se impuso en todas las capas de la sociedad chilena. Las calles llevaron

¹²Manuel Guzmán Rosales y Octavio Vio Henríquez. *Don Francisco de Paula Taforó y la vacancia arzobispal de Santiago*. (Santiago, 1964), pp. 95-130.

¹³Blest Gana a Pinto. 4 de abril de 1879, 1º de mayo de 1879, 15 de mayo de 1879, 12 de junio de 1879, and 10 de octubre de 1879. *Cartas*.

¹⁴J. Alfonso a Pinto. 27 de mayo de 1879. Pinto, p. 363. *Cartas*.

¹⁵Sesiones extraordinarias de la Cámara de Diputados. 8 de abril de 1879. "Independiente", 22 de abril de 1879, 13 de mayo de 1879. "La Patria", 2 de mayo de 1879.

su nombre, y lo mismo escuelas como compañías de bomberos. Hubo un gran aumento en el número de niños que llevaban los nombres de Arturo o *Esmeralda*. Se abrió una suscripción con el fin de recolectar dinero para erigirle un monumento y para adquirir otro barco que llevara el nombre de *Esmeralda*¹⁶. Nació el culto de Prat, que siguió actuando en la sociedad chilena durante todo el conflicto.

Después de Iquique, la guerra se estancó de nuevo y como antes, se culpó a Pinto de ello. A pesar de la pérdida del *Independencia*, el *Huáscar* y los restos de la armada peruana continuaron asolando las costas de Chile, llegando a atacar a un escuadrón chileno de noche cuando se encontraba anclado en Iquique. La pérdida del *Rimac*, a fines de julio, fue la señal para que se produjese un estallido general contra el Gobierno, que fue culpado de no haber tomado las precauciones necesarias. Hubo motines en las calles y mientras la muchedumbre gritaba "Fuera el Presidente", Pinto tuvo que abandonar el Congreso¹⁷.

Luego de la batalla de Angamos en octubre, cuando el *Huáscar* fue capturado y muerto su capitán, Chile sólo pudo alcanzar una superioridad naval completa. Ahora que los elementos principales de la flota peruana habían sido destruidos, Chile se encontraba en condiciones de aniquilar lo que quedaba de la armada enemiga y por último, atacar por tierra, ahora que la amenaza de intervención naval era casi nula.

Lo notable, es el hecho de que la popularidad de Prat no se mantuviera constante en los años siguientes a su muerte. Durante el período comprendido entre 1880-1890 varió considerablemente, y aunque la prensa siguió mencionándolo durante todo este tiempo, las fechas más importantes, sin embargo, son las de 1886 y 1888, las cuales deben su carácter culminante a dos motivos: se exhumaron los restos de Prat y los de sus compañeros y se los trasladó a Valparaíso donde fueron enterrados, y se inauguró el monumento en memoria del Combate Naval de Iquique. Fuera de esto, los comentarios periodísticos sobre Prat fueron escasos. *El Mercurio*, de Valparaíso, por ejemplo, no escribió nada acerca de Prat en los años 1882, 1885 ó 1889. *El Ferrocarril* escribió muy poco sobre él durante 1885.

Sin embargo, la década de 1890 a 1900 es la que mejor muestra cómo iba menguando la popularidad de Prat. Aunque muchos periódicos continuaron mencionando a Iquique y a Prat, otros dejaron de publicar editoriales sobre él, limitándose en buen número de casos a comentar las festividades programadas para conmemorar la histórica fecha.

Se podría quizás sostener, que el momento culminante de este fenómeno fue el año 1894, en que ni *El Ferrocarril* ni *El Porvenir* se dignaron mencionar a Prat y *El Mercurio*, *Libertad Electoral* y *El Sur* se limitaron a reseñar los festejos celebrados en esa ocasión.

Algunos de los periódicos comentaron la falta de entusiasmo mostrada en ese día; uno de ellos incluso, fue más lejos, comentando que lo que reunió al público fue únicamente la atracción de los fuegos artificiales¹⁸. Otros manifestaron que la gente sólo iba a ver los uniformes militares¹⁹. Otros declaraban la conveniencia de que el Gobierno tomara medidas para avivar en esa fecha el sentimiento patriótico²⁰.

¹⁶Eduardo de la Barra. *Arturo Prat en el 21 de mayo de 1879*. Homenaje de "La Patria" a los héroes de la *Esmeralda* y *Covadonga* en el primer aniversario del glorioso combate de Iquique. (Valparaíso, 1880), p. 70.

¹⁷British Foreign Office. *Hay to Salesbury*. August 21, 1879. "El Independiente", 24 de julio de 1879 y 31 de julio de 1879. "El Mercurio", 31 de julio de 1879.

¹⁸"El Mercurio", 22 de mayo de 1890.

¹⁹"El Mercurio", 22 de mayo de 1893.

²⁰"El Mercurio", 21 de mayo de 1895.

A partir de 1894 se observa un lento aumento en el espacio concedido a Prat aunque nunca llegó a igualar lo ocurrido en los años 1886 ó 1888. Esta tendencia continuó hasta fines de 1890 y comienzos de 1900.

Lo sorprendente a este respecto es el hecho de que la importancia de Prat parece haber aumentado notablemente a partir de 1900, llegando a superar la que gozó en los años anteriores. Esta tendencia puede apreciarse asimismo cuando se estudian los textos escolares, los diarios militares y los muchos libros y panfletos escritos por entonces sobre Prat y el Combate de Iquique.

El *Memorial del Estado Mayor General*, por ejemplo, que se comenzó a publicar en 1899, y que cambió de nombre en 1915, convirtiéndose en el *Memorial del Ejército de Chile*, no publicó su primer artículo sobre Prat sino hasta 1913. Podría explicarse lo tardío de esta fecha dado que una publicación dedicada exclusivamente al Ejército no tenía por qué prestar su atención a la figura de Prat. Es interesante por el contrario, que la *Revista de la Marina*, no publicara nada acerca de él excepto desde los años 1886 hasta 1889 cuando sería lógico que tomara a Prat como su Santo Patrono y que un artículo inmediatamente posterior sólo apareciera en 1901.

Lo mismo se observa en los libros y panfletos públicos acerca de Prat. La mayoría de éstos se escribieron entre los años 1879-1888, o bien después de 1900.

Existen, desde luego, numerosos factores que pueden aminorar la importancia de estos datos estadísticos. Lo más obvio consistiría en la falta de fuentes. Los textos escolares, por ejemplo, no parecen resistir el desgaste del tiempo, y los que sobreviven a sus estudiantes, son muy difíciles de encontrar. Sin embargo, cabe señalar, que la cantidad de páginas dedicadas a Prat y al Combate de Iquique aumentó con el transcurso de los años, siendo más abundantes en los libros publicados después de 1900.

Cosa semejante puede decirse respecto de los libros y panfletos. El índice de alfabetización aumentó en Chile por esta fecha y como consecuencia, el número de libros publicados fue mayor, siendo de presumir que también lo fueran los dedicados a Prat.

Puede afirmarse asimismo que los diarios militares únicamente representan la opinión de una minoría del ejército y de la armada y que por lo tanto no pueden tomarse como índice de los sentimientos generales en este campo de la opinión pública. Sin embargo, como estos diarios se consideraban a menudo portavoces de los militares, *La Revista de la Marina*, especialmente, la opinión sostenida por ellos vale al menos, sin la menor duda, como la expresión del sentimiento de un poderoso grupo de los elementos militares.

Si el lector acepta las pruebas hasta aquí presentadas, la conclusión parece evidente: Arturo Prat es un fenómeno del siglo xx más que del siglo xix. En cuyo caso es necesario averiguar por qué crece la popularidad de Prat a partir de 1900 y cuáles fueron las causas, que es lo más importante, de semejante hecho.

La respuesta pudiera encontrarse de nuevo en las actitudes fundamentales del pueblo chileno mismo. Podría desde este punto de vista sostenerse tal vez, que Prat vovió a ganar importancia, porque lo mismo que en 1879 existían ciertas necesidades que se formaron en los días que entonces se vivían.

Una de las diferencias fundamentales entre el momento en que la popularidad de Prat estaba en su nadir, y el momento en que comenzó a ganar notoriedad radicaba en la situación en que se encontraba el poder internacional de Chile. En 1890 era una nación próspera, que se enriquecía con los beneficios de sus minas de salitre en el norte. Su armada era una de las mejores de América Latina y los chilenos estaban firmemente convencidos de que no tenía rival. Después de haber estable-

cido los términos de su capitulación el vencedor de la Guerra del Pacífico gozaba de una hegemonía total sobre sus vecinos del norte.

En 1902, hubo sin embargo, un cambio radical. Argentina, engrandecida por la gran cantidad de emigrantes llegados en ese momento y por los beneficios obtenidos con el comercio de la carne y del trigo, había construido su armada con mayor rapidez y superado así a la flota chilena. Este hecho lo admitieron los miembros de la armada chilena dejándola de considerar como la mejor de América Latina y más tarde cuando el Brasil comenzó su expansión naval se dieron cuenta que habían pasado del primero, al tercer lugar²¹. Algunos temieron incluso que también el Perú poco a poco fuera desplazando a Chile cada vez más, porque había comenzado a adquirir nuevos navíos²².

Los Pactos de mayo, aceptados por Chile ante el temor de un desastre económico, redujeron el círculo de influencia de Chile solamente a la costa del Pacífico, situación poco honrosa para la nación que se había considerado en otros tiempos como la dirigente de Sudamérica.

Como consecuencia de esto y aprovechándose de la situación, el Perú y Bolivia consiguieron obtener concesiones en los tratados de paz de 1904 y 1908²³.

La nación había sufrido asimismo un cambio interno. La Revolución de 1891 había destruido virtualmente la figura del Presidente como fuerza política viable, dejando todo el poder en manos del Congreso. Con el paso del poder del Ejecutivo al Legislativo y las Municipalidades, el liderazgo de la nación cayó en manos de todos los que parecían satisfechos en malgastar sus esfuerzos en discusiones políticas estériles.

Se produjo un cambio total en la fisonomía de la nación. Si bien es cierto que se eliminó la intervención presidencial en las elecciones, no lo es menos que su resultado se tradujo en un estado de corrupción. Muchos tenían derecho a voto, pero carecían de cultura cívica y vendían sus votos al mejor postor. En época de elecciones se necesitaba a los muertos y en el campo, el voto del inquilino obedecía a las instrucciones del patrón²⁴.

El gobierno parlamentario gravó a la nación con fuertes préstamos extranjeros y de esta manera la deuda interna aumentó en doscientos por ciento en veintidós años²⁵. Como consecuencia de esta política inflacionaria, la moneda chilena se depreció en el mercado mundial²⁶. Pero lo que quizás fue más catastrófico para la nación, consistió en la tendencia a descuidar el desarrollo de los sectores agrícolas e industriales de su economía, en la medida en que hubo de depender cada vez más de la exportación de la producción salitrera. De esta manera Chile era en 1914, con el 85% de sus divisas derivadas de la minería, mucho más dependiente de un solo producto que en 1870²⁷.

Muchos criticaban al gobierno y los políticos, lamentando que los diputados se limitaran a ser los representantes de los mezquinos intereses de sus distritos o de

²¹A. Browne V. *Nuestras futuras construcciones navales*, "Revista de Marina", xxxii (1902), p. 347. (Hereafter referred to as RM) "Submarino". *¿En qué ha quedado la proyectada reconstrucción de nuestra armada?*, RM, XL (1906), p. 987.

²²E. A. S. *Los armamentos navales en Sudamérica*, RM, xli (1906), p. 338.

²³Burr, pp. 258-59.

²⁴José de la Maza: *Sistemas de sufragio y cuestión electoral*. (Santiago, 1913), pp. 29, 43 y 88.

²⁵*Resumen de la hacienda pública de Chile desde 1833 hasta 1914*. (London, 1915), p. 85.

²⁶Frank W. Fetter: *La inflación monetaria en Chile*. (Santiago, 1937), pp. 15-16.

²⁷*Resumen... hasta 1914*, p. 94.

los "patronos" políticos de quienes llevaban el poder²⁸. Se quejaban de que el Congreso estuviera dedicado a dirimir cuestiones que parecían anacrónicas, para el siglo xx como la de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, mientras descuidaban los problemas reales del bienestar social o los derechos de la naciente clase industrial o de los campesinos²⁹. Se lamentaban de la venalidad y de la corrupción del Gobierno, que parecía favorecer a los intereses extranjeros sobre los nacionales en beneficio de una pequeña plutocracia³⁰.

Muchos creían que la solución a los problemas que enfrentaba Chile, consistía en restaurar la Constitución de 1833 que ofrecía la posibilidad de un poder ejecutivo fuerte, o bien en adoptar un régimen verdaderamente parlamentario con un primer ministro³¹. Pero como la historia habría de mostrarlo, todas estas críticas quedaron en nada, y sólo en 1925 es cuando se enfrentaron los verdaderos problemas del país. Mientras tanto muchos seguían deplorando la condición del país en esos instantes y miraban hacia el futuro con pesimismo.

Es interesante observar cómo Chile, con un presente desgraciado y un futuro brumoso, comenzara a preocuparse por su pasado, buscando en él no sólo las causas de sus fracasos sino la solución quizás de sus problemas. A veces esta actitud se manifestaba a través de un sentimiento de nostalgia por las instituciones tradicionales, el Presidente y la Constitución de 1833. Otros acentuaban un fuerte impulso por restablecer los valores tradicionales chilenos.

Este último sector de opinión tomó dos formas, ambas amparadas en la idea de la "Raza Chilena". Semejante filosofía se basaba en la idea de que existía un rasgo distintivo del chileno, algo que lo situaba aparte del resto de los latinoamericanos y del mundo y que había sido la causa de su grandeza.

Nicolás Palacios fue uno de los exponentes de esta idea, quien sostenía que la clave de la grandeza de Chile se encontraba en la gran influencia que los elementos góticos de España habían ejercido sobre la nación. Para desgracia de Chile, este elemento había sido ahogado por el influjo degenerante de los indios, responsables de la decadencia de Chile. Otro grupo, sin compartir la aversión de Palacios por los indios, llegaba sin embargo, a una conclusión muy parecida. Pensaban, en efecto, que el espíritu araucano una vez fundido con el del conquistador español, constituía la esencia de la nacionalidad chilena. Pero por desgracia, elementos extranjeros habían pervertido ese espíritu y se imponía en consecuencia para salvar a Chile un retorno a los viejos ideales.

Ambas ideas, en apariencia contradictorias, compartían sin embargo, ciertas características: las dos creían en la existencia de algo intrínsecamente chileno, el conjunto de valores que constituían "La Raza Chilena", y que como los mismos eran la esencia de Chile, se imponían como modelo para todos los chilenos.

Este movimiento puede considerarse como un rechazo de la moral del régimen parlamentario y como el intento de que la sociedad chilena volviese hacia sí misma en la busca de los valores que habían de salvarla. Puede explicar por eso el hecho de la nueva importancia que tomaba la figura de Prat, considerada cabalmente como

²⁸Máximo S. Hertel: *Los dirigentes y la ruina de Chile*. (Santiago, 1915), pp. 3, 17.

²⁹Guillermo Ramírez Sanz: *Algo sobre actualidad política y económica*. (Santiago, 1913), pp. 7-9.

³⁰Tancredo Pinochet Le-Brun: *La conquista de Chile en el siglo xx*. (Santiago, 1909), p. 113.

³¹Abraham König: *La constitución de 1833 en 1913*. (Santiago, 1913), p. 81. José A. Alfonso: *El parlamentarismo y la reforma política en Chile*. (Santiago, 1909).

la encarnación de ese espíritu, de una época en que todos los hombres eran patriotas y estaban dispuestos a sacrificarse por su nación.

De esta manera puede interpretarse quizás la figura de Prat como uno de esos elementos tradicionales de la sociedad chilena a los que la nación volvía en un momento de urgencia. Es interesante en efecto percibir en qué forma se tomó a Prat como símbolo del cumplimiento del deber.

Pero más importante aún fueron los cambios que sufrió su imagen. No se le consideraba tan sólo como el mejor exponente de la actitud militar sino como el verdadero representante de una conducta cívica ejemplar. Se le ensalzó por ser un excelente padre y marido, por su capacidad de trabajo y por su carácter de estudioso. Se le exaltó como símbolo de "La Raza Chilena"³², un catalán que ejemplarizaba al mismo tiempo las virtudes españolas o los elementos góticos en Chile, y el espíritu de devoción y resistencia del indio araucano, quien, como Prat, jamás se dejó conquistar y que prefirió la muerte a la rendición.

Ahora bien, aunque pudiera haberse mostrado que Prat fue sobre todo un ídolo del siglo xx, y que su imagen fue cambiando desde el momento de su aparición, queda todavía una interrogante por contestar: ¿Por qué se eligió a Prat entre todos los héroes de Chile? ¿Qué había en él que permitía elevarlo a semejante ejemplaridad? ¿Qué razones explican que se le ensalzara por su devoción al deber, por ser el modelo de la virtud cívica, el símbolo de "La Raza Chilena"?

El autor cree que fue elegido porque él, entre todos los héroes de Chile, satisfacía las necesidades psicológicas del pueblo como una imagen de padre. Prat parecía encarnar la quintaesencia del deber cumplido porque el gobierno en ese momento estaba lejos de cumplir el suyo (proporcionarle al país la supremacía). Se le reverenció como el modelo del buen esposo, del jefe de familia, porque la nación ansiaba inconscientemente un buen marido capaz de proteger a la madre colectiva que era Chile, y de amar sus hijos, los chilenos. Su popularidad se alimentaba en consecuencia de todos esos impulsos, haciendo que la figura de Prat renaciera en toda su gloria y esplendor porque la nación sumida entonces en una postración política, necesitaba aferrarse a algo que fuera representativo de las virtudes que su gobierno era incapaz de proporcionarle en ese instante.

Me propongo en lo que sigue, examinar la imagen de Arturo Prat a la luz de estas ideas. Todos los seres humanos nacen de una madre y para cada uno de nosotros, en su sentido más profundo, una madre es también desde nuestra infancia, la tierra natal; el lugar en donde todo hombre comienza su vida. Valga pues para Chile el papel de patria o madre. En la sociedad europea occidental, por ejemplo, en todas las sociedades de tipo patriarcal, la fuente de todas las normas está en el padre. Asignémosle al gobierno de Chile el papel de padre. Parece lógico considerar, por lo tanto, en este conjunto de hipótesis a los chilenos como a los hijos de esta unión.

En 1876, Aníbal Pinto asumió la Presidencia de Chile. Era considerado por muchos, un hombre débil; tan débil que necesitó el respaldo del nombre de su predecesor y la fuerza del Gobierno para poder ganar las elecciones. Como el Padre de la Patria, fue incapaz de resolver los problemas económicos de su país. Por el contrario, empeoró la situación de algunos elementos tradicionales, y lo que es peor aún, falló en el momento de defender a su patria. Limitó la expansión nacional, comprometiendo a Chile al firmar el tratado de 1878 con Argentina, y por sobre todo, falló también al negar la defensa que los chilenos pedían para Atacama. No pu-

V
Prat, expo-
nente de
ideales na-
cionales

³²El 21 de Mayo, RM, XXX. (1901), p. 547.

diendo llevar a cabo la guerra de modo adecuado, permitió al enemigo tomar la iniciativa, causando gran daño al país.

Por el contrario, Arturo Prat demostró carácter y valor. Como Pinto, también se vio envuelto en una situación comprometedora, como capitán del barco más débil de la Armada y se enfrentó con un enemigo incomparablemente más fuerte. Pero en vez de arriar la bandera, el símbolo de la Patria, prefirió sacrificar su vida, y así, para el pueblo chileno, Prat fue un héroe, el símbolo del sacrificio por la Patria, cuando el Presidente no pudo serlo. Porque fue un líder, capaz de inspirar coraje a su grupo, cuando el Presidente no pudo hacerlo con la nación. Su padre colectivo, Pinto, había fallado y el país, buscando otro, eligió a Prat, quien los había guiado y protegido cuando su padre legítimo había fallado.

La popularidad de Prat decayó después de la guerra. Esto era lógico: había vuelto la paz. Una nación próspera como Chile, con una gran fuerza militar, no se demostraba inquieta. Sus líderes, Santa María y luego Balmaceda, lograron gobernar con benevolencia y al mismo tiempo con firmeza.

Balmaceda gobernó quizás con demasiada firmeza, desde el punto de vista de algunos. Fue derrocado y este fue un deseo infantil cumplido. Los hijos, excediendo en número a su padre, lo depusieron y condujeron al suicidio, y luego, orgullosamente se hicieron cargo de la familia y la protección de sus hermanos menores y su Patria.

Pero la revolución de los pequeños fracasó. Más interesados en la repartición del botín que en la defensa de la Patria y sus hijos, lucharon entre ellos y no enfrentaron su problema común.

Era nuevamente 1879, pero peor. Permitieron al extranjero abusar de la Patria, dejando escapar sus recursos naturales. La entregaron a la esclavitud económica cargándola de grandes deudas externas. Convirtieron su crédito externo y la moneda en algo irrisorio por la inflación que se produjo. La traicionaron al no poder mantener el Ejército y la Armada. Finalmente, permitieron que la nación cediera parte de su territorio y la relegaron a una posición secundaria en la política externa del continente.

Los hijos no lo pasaron mejor en las manos de sus hermanos mayores. Engañados en sus salarios por la inflación, se encontraban mal alimentados, mal alojados, mal vestidos, cruelmente explotados y sólo se les ofrecía el solaz del alcohol.

Tal como un adulto agobiado por sus problemas mira su pasado como una época de seguridad y tranquilidad, el pueblo chileno miró hacia su pasado colectivo para encontrar paz y un padre. Recordaron una Época de Oro, cuando ellos y su Madre se encontraban protegidos, y, como en 1879, eligieron a Prat.

Aunque esta interpretación pudiera parecer extraña, tiene, sin embargo, algún valor. ¿De qué otro modo puede explicarse el resurgimiento de Arturo Prat como héroe popular que empezó a fines de 1890? No había sido popular antes porque no se le necesitaba, porque Chile era próspero y porque el Gobierno se encargaba del liderazgo. Aunque al comienzo el Régimen Parlamentario pudo haber parecido capaz de gobernar, no lo fue, y como el presente no ofrecía esperanza alguna, el pueblo chileno volvió al pasado en busca de ella.

¿De qué otro modo se explica el cambio de la imagen de Prat? ¿Cómo pudo un oficial naval, un militar, llegar a ser el epitome de la virtud cívica? Los cambios de su imagen ocurrieron porque cada una de las cualidades recalçadas en Prat eran aquellas de que carecía la jefatura de la nación.

Para una nación sobrepasada en número por sus enemigos más poderosos, Prat era la encarnación del mando dinámico y la superioridad espiritual. Para una

nación en que la corrupción era cosa frecuente, en que para beneficio de unos pocos se devaluaba el dinero y se compraban los votos, Prat era descrito como un hombre tranquilo y trabajador, un hombre tan dedicado a su deber, que ningún motivo personal, ni aun su instinto de conservación, lo privó de cumplir su misión. En una nación donde el Gobierno miraba cómo explotaban a sus pupilos, se le llamó el padre y esposo perfecto, protegiendo a su esposa e hijos de peligros económicos y físicos. Para un pueblo que vio a sus gobernantes permitir el decaimiento de sus recursos nacionales y su economía caer en las manos de extranjeros para su propio beneficio, él era el hombre que había interpuesto su vida entre la Patria y aquellos que la injuriaron.

No hay duda que su imagen cambió por las necesidades de Chile, que hizo necesario manipular sus virtudes, acentuando lo cívico, pues su propio gobierno carecía de virtudes cívicas. La nación clamó por un Presidente firme, un Gobierno fuerte, y al fallar en conseguirlo, volvió al pasado en su busca. La Guerra del Pacífico se convirtió en la Epoca de Oro de Chile, cuando todos los hombres eran símbolo de coraje, honor y deber en una sociedad corrompida.

Tal vez muchos pensaron que si Prat pudo inspirar a una generación podría inspirar nuevamente a otra. Como símbolo de *La Raza Chilena*, como solía llamársele algunas veces, Prat fue considerado una parte integrante de Chile. Él era su herencia en su sangre. Lo único que se necesitaba era un retorno a sus virtudes, a las tradiciones del viejo Chile, el Chile verdadero, y el pasado se transformaría en presente y el futuro brillaría una vez más.

William I. Oliver: Mi punto de vista sobre el "Marat-Sade"

PARA EMPEZAR, lo que estoy a punto de decirles no tiene nada, o casi nada que ver con la literatura. Mi tópicó es casi independiente del papel, la tinta y las palabras muertas que componen lo que nosotros en el teatro llamamos guión. Una obra de teatro es algo que acontece en un escenario, dentro de un tiempo y espacio reales, y entre personas reales. En la medida en que una obra es literaria, es mala, porque denuncia a los actores como innecesarios. *Marat-Sade*, de Peter Weiss, es una buena obra de teatro precisamente porque es mala literatura. Requiere ser puesta en escena para que su vitalidad y sus intenciones complejas se puedan percibir. Necesita ser puesta en escena para poder hacer resaltar las diversas conexiones temáticas de manera importante y significativa. Por escrito, esta obra parece un interesante, pero largo diálogo platónico interrumpido de vez en cuando por indicaciones de acción, algo innecesarias, para un grupo de locos fantasmales. Ninguna lectura de esta obra es comparable con el efecto que causa como entidad escenificada.

Esto no quiere decir que la puesta en escena del *Marat-Sade*, o de cualquiera otra obra buena, sea más fácil de entender que las páginas impresas de su guión. Toda obra de teatro plantea el terrible problema de forzar a los espectadores a juzgarla en términos de las situaciones; y como todos sabemos por nuestra propia experiencia de la vida cotidiana, las situaciones son las cosas más difíciles de entender. Sin embargo, esta es precisamente la labor del teatro, del dramaturgo y del director. En otras palabras, deben comunicar ideas y perspectivas a través de las situaciones, y *no a través de la exposición literaria*. Ninguna obra de calidad revela en el papel su efecto total, y por lo tanto, requiere un escenario.

El hombre que se proponga dirigir el *Marat-Sade* se enfrenta con dos problemas iniciales. En primer lugar, debe determinar el significado de la obra, lo que quiere decir, y en segundo lugar debe determinar los medios para presentar en un escenario lo que ya he descrito como un largo e interrumpido diálogo platónico. Estas al menos fueron mis intenciones. Tengo que confesar una tercera, y es que quería dirigir al *Marat-Sade* a mi manera y no a la de Peter Brooks. Admito que el éxito que haya obtenido en cualquiera de estas intenciones es relativo, y que estaba dispuesto a aceptar esta relatividad desde el principio. Menciono la producción de Peter Brooks del *Marat-Sade*, porque en mi opinión esta obra había sido puesta en escena demasiado "literalmente" y en forma muy poco "teatral" (incluso por el autor mismo) hasta que Peter Brooks la liberó de los conceptos erróneos de Weiss respecto a su propia técnica. Antes de dirigir esta obra, hice averiguaciones entre mis amigos respecto a la producción del mismo Weiss y su guión, y además presencié una de las representaciones de la versión de Peter Brooks. Quiero dejar establecido, antes de proseguir, que considero que la versión de Brooks fue muy superior a la producción de Weiss desde el punto de vista teatral, aunque no logró la misma claridad temática.

Pero lo primero es lo primero. Después de leer el guión por segunda vez (la primera lectura fue demasiado subjetiva), vi claramente que Weiss no estaba escribiendo una obra de ideales, sino que más bien, una obra que plantea problemas

insolubles. Hace sólo una recomendación, y ésta es tan universal que el hombre que la rechaza es un nihilista con inclinaciones al suicidio: *Pues lo más importante es elevarse... tirándose de los propios cabellos, empujarse a sí mismo desde adentro hacia afuera y ver el mundo con los ojos nuevos.* El no tener este deseo nos convierte en víctimas. Rechazar esta forma de vida es declararse suicida. Y esto es verdadero, no importa cuál sea nuestra filosofía de vida, nuestra ideología política o nuestra religión. Seguramente ningún cristiano que base su cristianismo en la vida de Cristo y no en los dogmas de la iglesia, puede negar esta recomendación.

En segundo lugar, debe afirmarse categóricamente que esta obra es absolutamente imparcial en un sentido político, puesto que nadie gana. El aristócrata, la burguesía, el proletariado, el idealista romántico, el trabajador socialista, el hedonista, el teórico social, el teórico existencial o el anarquista, todos ellos sin excepción, viven plenamente el fracaso que es la condición humana. Sus ideas han de morir tan fatalmente como ellos mismos. En este sentido la obra es también un asalto a toda pretensión metafísica excepto en el sentido del problema metafísico como un fenómeno existencial; el fenómeno que describe al hombre como *algo que desea ser Dios*, pero que por supuesto nunca ha de lograrlo.

En este punto, déjeme acotar que la religión no es un problema fundamental de la obra, o por lo menos, no es un punto de importancia candente. El mundo de Weiss, como el mío propio, no está profundamente interesado en los problemas metafísicos tradicionales. Dios es sólo una connotación a nuestra barrera ontológica. El no tiene otro efecto sobre nosotros que el de circunscribir nuestra existencia. La importancia que tiene la religión en esta obra, es que aparece como una monstruosa institución de dogmatismo ingenua entretrejida con la fibra socioeconómica de una sociedad que se ve en la necesidad de rechazar su presencia, de arrancarla de su tejido.

No, esta obra no es polémica en el sentido que propicie formas de vida o de acción especiales. En esta medida, es una obra existencial que acepta la vida como un esfuerzo absurdo. Esto no quiere decir que la obra le reste importancia a la vida, que sostenga que no merece el esfuerzo que significa vivirla. Por el contrario, ninguna obra de la literatura moderna ha afirmado con más tenacidad la vigorosa fe que nos impulsa a la vida como lo hace el *Marat-Sade*. Este es un drama poblado de seres voraces que devoran la experiencia con el apetito de leones hambrientos. No nos presenta soluciones optimistas, sino que simplemente mide las posibilidades humanas, las cuales están todas unidas por el fracaso absurdo de la muerte. No obstante, esta obra es una afirmación positiva de esa vida y de ese poder limitado que se nos concede.

Un director debe darse cuenta, antes que nada, de que se supone que esta obra fue escrita por Sade. Cualquiera que sea la fascinación personal de Weiss con Marat y el socialismo, fue más honrado y correcto que muchos de sus críticos y directores que creen ver en esta obra una recomendación sentimental de abogar por la causa socialista. La construcción de la obra es un invento de Sade, porque Sade posee el intelecto para definirse a sí mismo y a todos los demás individuos, tanto como entidades separadas como colectivas. Es la lógica despiadada de Sade y su profunda ironía (y no el despiadado idealismo y la moralidad ascética de Marat), la que sirve de base intelectual sobre la cual la obra está construida. Marat, con sus problemas, no está fuera de la comprensión y la perspectiva de Sade *sino que dentro de ambas.*

Cabe preguntarse entonces lo que Sade representa exactamente en esta obra. En primer lugar, debemos olvidar el Sade histórico así como debemos prescindir absolutamente del Marat histórico. Weiss escribió una obra de teatro y no una obra de

historia, y como todo buen dramaturgo, viola la realidad histórica para expresarse a sí mismo y a su época. Cuando el teatro se inclina ante los estrictos límites de la historia, el resultado es seguramente teatro de mala calidad. Tanto Sade como Marat o cualquiera de los personajes de esta obra son simplemente los medios de que se vale Weiss para demostrar los problemas de la existencia humana. Con franqueza, creo que el Sade de la obra es mucho más interesante e importante que el Sade histórico. El Marqués de Weiss es un empirista minucioso que todo lo investiga y que no da nada por sentado. Es un hombre que sigue sus inclinaciones lógicas hasta alcanzar conclusiones extremas. Este hecho en sí y por sí mismo casi lo eleva a niveles heroicos de naturaleza pirandelliana. Las conclusiones de Sade no son falsas —simplemente son extremas; son conclusiones lógicas, pero no son viables justamente porque son extremas. Y lo que es más, Sade es capaz de reconocer que sus conclusiones son extremas y por lo tanto humanamente impracticables. Sade es de hecho, un existencialista, y como tal, no es errado nombrarlo progenitor del individualismo lógico y de la anarquía que descubrimos en mucho del pensamiento existencial moderno. Es el hombre que con mayor claridad representa la más imposible de las autoidentificaciones humanas: ser hombre es *desear* ser Dios. Si en la obra existe alguna pasión metafísica, es la de Sade. Marat desea cambiar el mundo de las cosas y convertirlo en un paraíso ordenado, material y mecánico. A pesar de lo imposible que pueda parecer esta ambición, está sin embargo delimitada dentro del mundo de lo práctico y lo concreto, y por lo tanto, excluye una afirmación metafísica. Una persona que venga a ver esta obra esperando encontrarse con un Sade cortado a la medida de la imagen popular del Marqués de Sade, es decir, un monstruo sensual, tal persona se va a sorprender y desilusionar. El Sade de esta obra es antes que nada un filósofo existencial —sus tendencias sexuales se toman en cuenta, pero no son de enorme importancia. Como dice Sade de sí mismo: *Yo odio a la naturaleza y anhelo superarla. Quiero vencerla, pero con sus propias armas y con sus propias trampas*. En esta frase está resumida la tendencia de los existenciales tanto como la de los metafísicos modernos: ¡el deseo de jugar el juego imposible! Como lo expresa Unamuno: luchar por la muerte de la muerte, y no porque uno pueda ganar.

Debemos saber que Sade en el fondo es un humanista y yendo más lejos, se puede decir que es un humanitario. Esto puede parecer una contradicción a su crueldad, a su humor despiadado, a su aislamiento misógeno, a su asco por la condición humana. Pero nada más lejos de esto, porque Sade hace una confesión de esta cualidad, que él posee, a Marat y al público, de la misma manera que una persona religiosa se confiesa de sus pecados. El desprecia la debilidad, y su humanismo es ilógico, y por lo tanto, censurable ante sus propios ojos. La afirmación más importante que él hace es cuando confiesa su incapacidad para matar. Debido a esta debilidad se ganó el odio de la revolución y en cierta medida su confinamiento en Charenton. No debemos olvidar, que en oposición a Sade *Marat es capaz de matar por miles*.

Sade sabe que el paraíso en esta tierra es un sueño dictado por una estupidez absoluta que se transforma en sangrienta pesadilla en el mismo instante que intentamos realizarlo por medio de la revolución. Pero Sade no carece de sueños paradisiacos. Sin embargo, Sade posee un conocimiento tal de sí mismo y de los demás como para no buscar el paraíso en el cosmos práctico de la sociedad. Más bien, él se esfuerza absurdamente por encontrarlo dentro de su *microcosmos interno*: *El mundo dentro de mí*. Absurdamente porque no ignora que encontrar el paraíso allí es también un imposible.

Por último, y por temor de que este retrato de Sade resulte demasiado simple y sin complicaciones, tenemos que saber que Sade admite completamente, aunque

con absoluta repugnancia, la imposibilidad de vivir a solas consigo mismo. Sade reconoce que una identidad social es inevitable. Está en contacto con otros seres aunque solamente sea por medio de su cuerpo y sus necesidades físicas. Simultáneamente admite y desprecia la fragilidad de su cuerpo, y lucha contra esta debilidad con pasión desenfrenada. Con furia cartesiana se somete al látigo para poder conquistar el dolor de su cuerpo. Su héroe es Damien, quien logró vivir y mantener la razón durante cuatro horas de tortura horrenda, sin perder la conciencia o sucumbir al dolor. Quizás sea este ejemplo de un compromiso apasionado con los propósitos el que llevó a Sade a escribir acerca de Marat, quien también sufre una muerte comparable a la de Damien, resistiendo los asaltos y las torturas más crueles que Sade puede inventar, resistiendo a la muerte, hasta ser vencido finalmente. La muerte de Marat y la de Damien tienen el mismo valor para Sade. Ambos hombres fueron capaces de vivir lúcidamente hasta morir. Y lo que Sade admira no son los ideales que inspiraron a Damien y a Marat sino el coraje y la lucidez de su absurda fe. No importa cuán inevitable pueda ser la conexión de Sade con el mundo social, no quiere decir que él haya sido inducido a aceptar o a aprobar dicha conexión. El se niega a cualquier tipo de determinación externa. Un hombre así sólo tiene una alternativa, y ésta es retirarse del esfuerzo práctico lo suficiente como para permitirle volcar la vida al teatro, en convertirla en algo estético, ensayado, planeado, elegido, y en *mayor o menor grado*, en algo que esté por sobre la invasión de los accidentes y de la coincidencia. *Ser autor, director y actor en una obra propia, es la imitación más completa de Dios que un hombre pueda experimentar.*

Si me he referido a Marat en mi identificación de Sade es porque no podemos considerarlos separadamente, de la misma manera que no podemos describir la cara de una moneda sin referirnos al sello. Están unidos indivisiblemente y sin embargo están separados en nuestra perspectiva: no se puede ver la cara cuando uno está mirando el sello, pero uno sabe que está allí, o por lo menos, que debería estar. Ambos hombres luchan con el mismo problema: cómo superar la angustia y la desesperación de estar vivos. Pero esta lucha está librada de maneras diferentes y en direcciones opuestas.

Si Sade es empírico, Marat es idealista. Si Sade es lógico, Marat es moral. Si Sade es individualista, Marat es un hombre que se niega a sí mismo en un esfuerzo místico de convertirse en el espíritu mismo de la revolución. Si Sade ve las cosas como son para así poder aceptarlas o resistirse a ellas, la visión del mundo de Marat no consiste tanto en tratar de definir el mundo sino en transformarlo. Si Sade es un humanitario involuntario, Marat es un carnicero apasionado. Sade desea apasionadamente matar y no puede; Marat vive por el bien de los demás sin que nada le impida sentenciar a muerte a miles de personas sin que le dé ni frío ni calor. El idealismo de Marat convierte a los hombres en objetos al servicio de los ideales, mientras que la repugnancia y la ironía de Sade surgen de un conocimiento íntimo y verdadero de él mismo y de los demás como entidades vivientes. Se puede describir a Marat como un idealista ingenuo absolutamente poseído por sus ideales sociales y su fervor, en oposición a Sade, quien podría describirse como un hombre sofisticado que carece por completo de fervor idealista, totalmente dominado por su deseo de vivir de acuerdo a sus necesidades privadas. Ambos hombres son agresivamente egocéntricos a su manera. Con esto quiero decir que Marat desea llamar la atención y ser reconocido por los demás de la misma manera que Sade desea reconocerse a sí mismo e imprimir su personalidad sobre el mundo externo. La dedicación de Marat a la sociedad es tan calculada como la dedicación de Sade a sí mismo. En diversas ocasiones se me ha pedido que exprese mi preferencia por uno o por otro de los dos hombres, pero no puedo dar una respuesta que satisfaga a dichas personas. Soy tan complejo como cualquiera de ellos, pero también soy diferente a

ambos. Comparto la desconfianza de Weiss por estos dos gigantes. Puedo medirme por ambos, pero no puedo identificarme por completo con ninguno. Si debo abanderarme con alguno de los personajes de la obra, no es con Marat o con Sade, sino que elijo preferentemente al fracaso absoluto, elijo a Roux.

Roux personifica lo mejor del pensamiento de Marat, y se lanza en el torbellino de la revolución *para crear no un paraíso* sino que un mundo mejor. El se preocupa de las posibilidades en una situación real. Por supuesto fracasa por completo porque es un hombre totalmente moral y los moralistas apasionados muy pocas veces pueden abarcar la moralidad paradójica de los seres menos dedicados, que son morales en algunas oportunidades, y egoístas en otras. No sólo respeto a Roux, lo amo y sufro cada vez que contemplo su derrota.

No se puede despedir a Marat con ligereza. Es significativo que el autor Sade-Weiss haya descubierto en Marat la única recomendación, la única afirmación positiva de la obra. En la pasión de Marat por revestirse de significado ante los demás, en su intenso deseo de alterar el mundo para mejorarlo, encontramos el medio de la fe moderna. La fe de Sade en su habilidad para inventar y controlar la vida por medio del teatro y la ironía, no significa nada para la mayoría de la gente que no pueden evitar vivir en una situación social abierta. La habilidad de Marat para creer en el futuro y en la dirección por la cual se mueve hacia éste, aun cuando las bases de sus creencias han sido aniquiladas por Sade, es el aspecto glorioso de la personalidad de Marat. La persecución de Marat, al igual que la tortura de Damien, es un magnífico documento de los poderes de la fe. La fe irónica de Sade en sus propios recursos es más difícil de percibirse a pesar de tener la misma importancia, aunque su aplicación en la vida cotidiana sea más difícil que la de Marat, y se encuentre con menos frecuencia.

Sade y Marat sufren de la misma desventaja a nuestros ojos: ambos son absolutistas, y por lo tanto, sus ideales aunque distintos son imprácticos porque no se acomodan a los términos débiles y paradójicos y vacilantes que son la medida del ser humano. *Yo sé que para ti, igual que para mí sólo valen los últimos extremos*. Sade acusa a Marat con terrible lucidez. La respuesta de Marat demuestra la inteligencia de Weiss porque nos da la clave, para entender nuestra casi intuitiva preferencia por el personaje de Marat aun cuando reconocemos la imposibilidad de su extremismo: *Si extremos son los míos, son distintos a los tuyos. En vez de tu silencio de la naturaleza existe para mí la actividad. A esa indiferencia natural yo me opongo buscando un sentido. A la contemplación inmóvil opongo yo la acción. Denuncio ciertos hechos como falsos y trato de cambiarlos superándolos*. El hombre que nos dice esto (sean cuales fueren sus verdaderas acciones, sus errores, sus decepciones) es alguien que aprecia y estima la existencia social en la cual la mayoría de nosotros tenemos y queremos vivir. Aunque es posible sentir simpatía por Sade, dicha simpatía no puede dejar de engendrarse en una actitud un tanto irónica y perversa. No cabe duda de que de los dos monstruos, Marat es el que atrae en mayor medida nuestras simpatías.

Ya me he referido a Roux como a un personaje relacionado temáticamente con Marat. En esto tenemos el lado humanitario del pensamiento de Marat. El que Roux encuentre mayor oposición y fracase a la luz de la historia con mayor intensidad que Marat, es una indicación de la perspicacia y la valorización de Sade de la condición humana. Usando la terminología de Jean Paul Sartre, el *grupo* revolucionario es una condición que se da muy pocas veces y que es muy difícil de mantenerse, ya que la mayoría de nosotros vivimos nuestras vidas dentro de *series* sociales. La medida extática del *grupo* no dura mucho y la desconexión objetiva de las *series* se vuelven a establecer con una rapidez desilusionante. Para que los Roux y las revoluciones de este mundo puedan durar, debe existir una medida de comunión

extática en la sociedad. Una comunión que se desmorona en el mismo instante en que nos alejamos del grupo y nos aislamos en nuestro propio sentido de ser persona. La pasión moral de Roux le permite mantener trágicamente el éxtasis de la revolución cuando el grupo revolucionario se ha congelado en series.

La obra nos ofrece otros puntos de identificación. Los cantantes, por ejemplo, son símbolos patentes de la vida hedonista. Existen en función del placer, y como tales, evaden responsabilidades y compromisos que requieren del compromiso personal.

Los locos son el símbolo de la gran mayoría de seres de este mundo. No poseen el poder suficiente para ganar una victoria duradera, y no son lo suficientemente inteligentes como para elegirse a sí mismos eficientemente en el futuro. Están atrapados por las circunstancias de sus vidas, bamboleándose de un lado para otro, sin comprenderse a sí mismos ni a las fuerzas que los determinan.

Los Coulmier representan la burguesía. Se encuentran entre los personajes más difíciles de interpretar dentro de la obra. Existe el grave riesgo de satirizar a la burguesía. Weiss nos los presenta en forma sucinta, sin exageraciones. Son los actores y el director los que deben cuidarse de no hacer más obvia su importancia en la construcción temática de la obra, por medio de un exceso de comicidad. La burguesía es una clase falsa porque debe someterse a la determinación externa para poder conservar su bienestar económico. Contrariamente a los locos, los burgueses están a menudo conscientes de las fuerzas que los falsifican. No se pueden permitir ningún grado de individualidad práctica, porque de hacerlo morderían la mano de la burocracia o el sistema que los alimenta. Se ven forzados a cambiar conjuntamente con los cambios económicos y políticos sin tomar en cuenta sus convicciones personales o morales. Lo que existe tiene que estar bien y ser moral, simplemente porque es y representa el poder. Esta condición es tan irrisoria como natural y patética. La burguesía en esta obra no está para ser destruida con el ridículo, sino para que se la comprenda. Por muy ridículo que parezca esta posición, es no obstante, un acomodamiento humano natural e ineludible a la lucha entre el placer y la necesidad. La constipación material y económica de la burguesía es tan inevitable como su inevitable compromiso autotraicionero con la presión del grupo. Satirizar lo que es cómico por sí mismo es un acto de mal gusto.

También tienen importancia las dos parejas centrales de la obra Marat-Evrard y Duperret-Corday. No se pueden tomar como entidades separadas, como tampoco se puede hacer una disociación entre Marat y Sade. Estas parejas tienen una función conjunta que consiste en revelar los diversos aspectos del problema de la incomunicación y el desajuste a nivel tanto verbal como sexual.

Tanto la Corday como Marat son seres "incorpóreos", pero por razones algo distintas. La loca que interpreta a la Corday es en verdad una muchachita madura sumida en el estado catatónico debido a alguna experiencia sexual. Su idealismo ingenuo y su intensa moralidad se oponen a las exigencias sexuales de su cuerpo. ¡No se debe reconocer su cuerpo! Sade le da el papel de la Corday a sabiendas que dicho papel traicionará la represión sexual psicótica de la niña. La paciente quiere personificar a la Corday porque el papel está lleno de ideales nobles y de autosacrificio. Pero el papel también la involucra con el asesinato y la tortura; situaciones que evidencian su sexualidad latente. Durante las secuencias del asesinato y la escena de los latigazos, la Corday apenas puede reprimir su excitación. Se ríe convulsivamente y con malevolente placer sexual. Lo que es incapaz de expresar en forma normal, le da rienda suelta con perverso placer cuando se le da la oportunidad de castigar la carne. Por otro lado, Marat es un hombre totalmente dedicado a y consumido por sus ideales. La única referencia a la naturaleza sexual de Marat, se encuentra en la escena de la pesadilla. Allí entrevemos los síntomas de un trauma sexual infantil en relación a sus padres. También se le acusa de recibir los

favores de las damas de la alta sociedad cuando era médico del Conde de Artois. En este caso, su definición sexual es más una indicación del deseo de ser socialmente importante, que la de una búsqueda del placer y de la plenitud sexuales. El Marat de la obra de Sade se ha transformado en el símbolo viviente de un ideal. En la medida en que es posible, Marat *es* su pensamiento. Se ha convertido en una abstracción. Su cuerpo, aunque lo mortifica, carece de significado para él.

Sade ha emparejado a estos dos seres antisexuales y antífisicos a dos seres absolutamente físicos y sensuales. Marat está aliado con Simone Evrard, quien no comprende casi nada de los ideales de Marat. Si Marat existe en alguna medida, existe sólo en sus ideales, pero para la Evrard, Marat sólo tiene importancia como un cuerpo, como un hombre-niño. La Corday, por otro lado, está emparejada a Duperrret, quien enuncia toda una serie de beatitudes idealistas, pero que está absolutamente consumido por la pasión sexual. El mundo de Duperrret es enteramente sexual y exhibicionista. Cualquier cosa y todo, se transmuta en su imaginación en un objeto sexual y lo que no le parece atractivo en este aspecto, simplemente deja de existir. Si algo o alguien no sirve o no logra satisfacer su deseo sexual, ese algo o ese alguien son invisibles para él. Mientras la Corday declama apasionadamente su idealismo simplista, Duperrret apasionadamente falsifica ese mismo idealismo a través de su frenesí sexual. El fenómeno de estas dobles parejas no es el de la comunicación, sino que más bien, es el problema de la incomunicación.

Existen en la obra otros dos personajes de importancia temática, porque son demostraciones concretas de ciertos aspectos del pensamiento de Sade. El primero de éstos es el cura que perversamente reza el Padre Nuestro al revés. Este hombre es bastante fácil de entender. Es un sacerdote que ha pecado y se ha vuelto loco, no porque se sienta culpable sino precisamente *porque ha disfrutado su pecado*. Evidencia la mentira del mito de que todo placer es necesariamente moral y sano. Nos recuerda que todos nosotros en alguna medida nos deleitamos en el mal, y que necesitamos cierta cantidad de maldad para intensificar nuestro placer. El segundo personaje es el loco que se ha identificado a sí mismo como una fiera. (Veo en él al hombre que ha cometido un crimen horrible y que ha aceptado la definición de "bestia loca" que la sociedad le ha dado). Esta criatura personifica nuestra necesidad de crueldad y poder. No importa cuáles sean los diques morales que nos impiden aceptar este tipo de violencia. Hemos de ser crueles aunque sólo sea con nosotros mismos.

Esta es en líneas generales la ordenación básica de las fuerzas temáticas como uno las percibe en el texto de Weiss. Estoy de acuerdo con que hay otras fuerzas bajo la superficie del texto, pero estos son problemas que no pueden ser efectivamente claros fuera del escenario. En este punto puedo referirme específicamente a mi trabajo: el montaje de la obra y la dirección plástica del guión.

Ya he dicho que el montaje que hizo Weiss de su propia obra me pareció bastante desilusionante y que Peter Brooks contribuyó enormemente al éxito teatral de la obra. Weiss tenía la impresión de haber escrito una obra al estilo de Brecht, una pieza dramática didáctica que podía aprovechar mucho de la teoría del distanciamiento. La verdad es que, en la medida en que Weiss es, un dialéctico, supera al maestro Brecht. Sin embargo, el sentido intuitivo de Weiss respecto al teatro es mucho más vital y efectivo que el de Brecht, por lo menos en lo que a esta obra se refiere. En esta obra no es capaz de ser didáctico en forma tan fría como su maestro. La producción de Weiss de su propia obra reflejaba su fidelidad a la técnica brechtiana, lo que es un grave error. Toda la producción sufrió debido a una simetría muy poco imaginativa, una excesiva claridad y un orden meticuloso que no reflejaba en ningún momento el hecho vital de su imagen central: el manicomio. El vestuario y la escenografía eran tan limpios y "bien hechos", que

más bien sugerían una producción oficial de Schiller o de alguna ópera formal. Brooks con su interés actual en las teorías de Artaud, persuadió a Weiss para que se liberara del formalismo brechtiano totalmente, y que aceptara algunos cambios integrales en el tono de la obra que alteraban enormemente el efecto del diálogo y la acción conducentes a una experiencia más inmediata, peligrosa y terrible.

Presencé una función del *Marat-Sade* en la versión de Peter Brooks en Nueva York, y debo confesar que en algunos aspectos estoy en deuda con él. Usé su plataforma central de baños en vez de las hileras de cubículos para bañarse que usó Weiss como fondo. También utilicé la idea de Brooks de hacer participar a los locos constantemente e incluso fui mucho más allá que él en este sentido. No pude hacer uso de los locos-músicos de Brooks porque hubiera resultado demasiado caro en Chile. Usé la música de Peasley, la misma de la versión de Brooks, porque no había tiempo para que un chileno compusiera música nueva y además porque la prefiero a la alemana. Utilicé los discursos adicionales de la producción de Brooks como un resumen del mensaje de la obra, y la repetición del discurso fundamental de Marat después del asesinato, aunque en este respecto preferí ponerlo en boca de Roux, porque pensé que hacer que Marat balbuceara el discurso después de haber sido asesinado, resultaba un tanto sentimental.

Sin embargo, no estoy totalmente de acuerdo con la interpretación que Brooks hace de la obra. Creo que ésta fue sentimental y temáticamente ingenua. Brooks a mi parecer, no representó en ningún momento la persecución de Marat, como lo sugiere el título y lo requiere el texto original. Simplemente me mostró el asesinato de Marat. Esta falla se debió, en parte, al actor que encarnó a Sade que resultó frío y anémico en su actuación, y al propio sentimentalismo socialista de Brooks que le impidió darle a Sade su merecido, y lo tentó a sentimentalizar la interpretación de Marat. Encontré que la interpretación de Marat en la obra de Brooks sufrió mucho debido a un error muy simple. Brooks nos dio una caracterización de *Marat* cuando debía habernos dado una *doble* caracterización, es decir, la de un loco paranoico haciendo el papel de Marat que era otro paranoico. Este doble nivel del papel de Marat me permitió una facilidad técnica para demostrar más clara y dramáticamente las debilidades de la posición ideológica de Marat en momentos como la interrupción de la "fiera" o la interrupción del epiléptico. También nos proporciona una medida de desconfianza a los ideales que son apasionadamente defendidos por un hombre que se siente totalmente traicionado por el mundo que lo rodea. Aunque esta condición le quita certeza intelectual al papel de Marat, lo enviste con un enorme valor patético que a la vez no es un valor sentimental.

También me perturbó profundamente la interpretación grotesca de Roux, quien daba una impresión sólo de bullanguería y gran turbación, pero que carecía de algún significado específico. Me molestó el Pregonero porque resultó tan incoloro como él es en el texto de Weiss. Este personaje tiene una función de tanta prominencia que uno debe hacer de él un personaje en vez de mantenerlo como un simple informador. Fracasó en el intento de clarificar este papel, es evadir la responsabilidad del director en cuanto a que éste debe reforzar el texto cuando es evidentemente débil. Más aún, estaba simplemente indignado con la Simone Evrard, de Brooks. Este personaje está claramente delineado por Weiss, y sin embargo fue interpretado de manera disonante en la producción de Nueva York. También encontré que los Coulmier "desaparecieron" como el símbolo de la posición burguesa tanto en el texto de Weiss como en la producción de Brooks. No pensé ni me fijé en ellos sino en aquellos escasos momentos en que el señor Coulmier interrumpe el curso de la acción. Finalmente, debo decir que me impresionó mucho el manejo que hace Brooks de los locos como individuos, pero creo que como grupo no los

usó tan efectivamente como el texto de Weiss requería; por ejemplo, durante el "interruptus" y las escenas de las visitas de Charlotte Corday a París. Quiero que se den cuenta que si he enumerado muchos aspectos negativos de la producción de Brooks, ha sido porque éstos son precisamente los "puntos de desacuerdo constructivo" que ayudaron a moldear mi propio pensamiento acerca del texto de Weiss. La producción de Brooks no sólo fue una gran producción, sino que ha sido una de las noches inolvidables que he pasado en el teatro y que atesoraré hasta el día que me muera.

¿Cuáles eran los objetivos de mi *Marat-Sade*? Quería hacer resaltar todos los matices temáticos y todas las contradicciones que me habían parecido desvaídas en la producción de Brooks. Quería restituirle a Sade la importancia que tiene en el texto. Para poder hacer esto, dirigí a Tenyson Ferrada para que actuara a Sade con cierta pasión intelectual. El Sade de Weiss no es un ser frío y desapasionado. Por el contrario, es un ser cruel y violento que cuando expresa una idea crucial, lo hace con el vigor del hombre que se preocupa enormemente con esta opinión o creencia. Para darle mayor prominencia como asilado de Charenton, inserté en el prólogo de mi producción a la amante de Sade —hecho histórico por lo demás— para que Sade pudiera tener una relación física que le proporcionaría una importancia visual y situacional en la escena, de la que carece por completo en el guión de Weiss. Y lo que me parece aún más importante, me preocupé especialmente en dejar bien en claro que Sade destruye las bases ideológicas de Marat *antes* del asesinato, de tal manera que la persecución de Marat se pueda entender, y su victoria como ser humano sobre su propio absurdo pueda apreciarse en su totalidad.

Revisé la interpretación de Roux, de manera que mi público no lo viera como un loco gritando histéricamente los deshechos trozos de sus antiguos discursos, sino que como un hombre que *se estaba volviendo loco* a causa de sus repetidos fracasos. Hice de la obra entera el esfuerzo último de Roux por despertar la conciencia moral y la responsabilidad de la revolución en los locos de Charenton. Sus constantes fracasos durante el curso de la obra lo llevan al colapso final, haciéndolo caer en la apatía y en la loca desesperación.

Se tuvo que crear el Pregonero casi de la nada, porque ni siquiera Weiss nos da muchas indicaciones respecto a su naturaleza. Decidí que la obra se beneficiaría si se le presentaba como un muchacho compulsivo que ha sufrido un colapso nervioso. Está ansioso de sobresalir y desesperadamente trata de agradar a los símbolos de la autoridad. En este caso es evidente que la autoridad de Charenton es Sade y no Coulmier. El joven se ha aprendido su papel muy bien y es obvio que se ha entregado por completo a la dirección de Sade incluso homosexualmente. Sin embargo, durante el curso de la acción de la obra, lo veo que ocasionalmente al principio, y luego en aumento, se va *interesando* en el *significado* de la acción. Se va intrigando con la persona y los ideales de Marat que también es un compulsivo. Traté, y creo que con bastante éxito, de imprimir el sentimiento de traición que la acción y por consiguiente Sade, va proporcionando al Pregonero. Al final siente que lo han estado usando y engañando. Es el único loco que descubre la naturaleza demoníaca del reparto de Sade.

Para mí Simone Evrard es una mujer enloquecida por su inhabilidad de ser precisamente mujer o madre. Sade la pone en un papel de maternidad ingrata, con un sentido perverso de lo que es la terapia cómica. A Simone le encanta su papel de esposa-madre, aunque ésta le causa un dolor inmenso al exponerla a perder el objeto de su amor. Creo que la absoluta fidelidad de Simone hacia Marat y la crueldad con que lo protege, es una de las actuaciones más conmovedoras de mi producción.

Los Coulmier son un elemento importantísimo en la obra a pesar de que tienen

relativamente pocas intervenciones como grupo. Es virtualmente imposible llamar la atención sobre ellos, incluso cuando uno los coloca en una plataforma elevada a la derecha de la sala de baños, como hizo Weiss en su producción. Yo estaba convencido que ellos no sólo debían expresar el dilema de la burguesía sino que también debían servir como puente entre el público, burgués también en su mayoría, y la acción chocante y grotesca del escenario. No podían hacer esto adecuadamente si se les colocaba en el escenario mismo ya que en este caso es muy fácil que tres personajes se pierdan entre tantos locos como hay, y entre una acción tan violenta como la que se está desarrollando. Por estos motivos, agregué tres personajes más, los Dulac, y coloqué a ambos grupos en palcos que se extienden más allá del escenario frontal quedando casi sobre la platea misma. Conecté a estos dos grupos por medio de situaciones basadas en el deseo de Coulmier de surgir. Se supone que los Dulac son una familia influyente que pueden ayudar a Coulmier a prosperar en su carrera.

Esta colocación de los Coulmier y los Dulac, me ayudó a establecer lo que considero un control necesario y vital de la obra entera. Al público que venga a ver el *Marat-Sade* no se le debe permitir tener la sensación de que está presenciando un espectáculo teatral tradicional. Las distancias estéticas de una obra convencional tienen que ser destruidas en gran medida, pero esto no puede hacerse por medio de irrupciones ocasionales de los locos a la platea, etc. Para asegurar este rompimiento de la distancia estética, insistí en tener una acción continua desde el momento mismo en que se abren las puertas del teatro hasta que la última persona del público abandona la sala. Cuando el público entra oye los gritos de los locos que están detrás del escenario, y más tarde presencia la preparación de la sala de baños para la función. Roux es puesto en su jaula, lo mismo que el loco que se ha identificado a sí mismo con una bestia furiosa. En algunos momentos la frustración de Roux surge a través de declamaciones patéticas de algunos de sus antiguos cursos. Coulmier entra por la platea trayendo a la amante de Sade (ésta estaba en el sanatorio en calidad de "sobrina" de Coulmier). Los Dulac hacen su entrada por el pasillo contrario y lo atraviesan mientras van comentando. Llegan los Coulmier y ambas familias intercambian todas las banalidades acostumbradas antes de que el telón se levante. Todo esto está controlado grotescamente por el enorme enrejado que los separa del escenario y que está colocado en el mismo lugar donde solía estar lo cortina. Tras este enrejado se ve a Sade, se ve a los locos y a los enfermeros no como personajes sino como hombres que esperan el principio de la función. Un rompimiento similar de las convenciones teatrales ocurre en el entreacto. El escenario no queda nunca vacío. Los Coulmier y los Dulac van a sus camarines mezclándose con el público y uniendo sus comentarios con los de éste. Sade no abandona nunca la escena. Detrás de los barrotes, que se han bajado al final del Primer Acto, los locos continúan actuando sus patéticas vidas. Al final de la obra, una vez que se ha hecho retroceder a los locos y el enrejado ha descendido, los locos son conducidos a sus celdas y los enfermeros dejan a Sade y a su amante solos, fuera de los barrotes. Roux, que ha permanecido en un estado de colapso absoluto, vuelve en sí lentamente y voluntariamente se encierra en su jaula. Sade y su amante se rien de esto y luego atraviesan la puerta del enrejado y se retiran a las habitaciones de Sade en algún lugar del sanatorio. Estos son dos actos de autoencarcelación. Los barrotes se han convertido en algo muy sólido y real para Roux, y en cambio para Sade y su amante son invisibles. Este final dejó a la obra "encima" de los espectadores. Salir a saludar a pedido del público, es destruir el efecto de la obra sobre éste y falsificar la atmósfera del manicomio al convertirse nuevamente en un teatro.

Yo deseaba que mis locos fueran tan impresionantes como los de Brooks, pero no

consideré esencial que los actores crearan su locura de sus propias personalidades y desajustes. Todos los locos de mi producción, como yo mismo, mi asistente y mi coreógrafo, visitamos el manicomio de los Olivos donde la Dra. Pollarolo nos ayudó muchísimo. Las caracterizaciones se basaron en observaciones directas. Pero las caracterizaciones individuales constituyen sólo la mitad del problema. Los locos están dirigidos para que participen en algunas escenas de grupo. El problema enorme de hacerlos actuar en actividades como las de la primera visita de la Corday a París y el Interruptus, sin violar las condiciones de sus locuras particulares, fue uno de los obstáculos mayores con que nos tropezamos, Patricio Bunster el coreógrafo, y yo. Yo estaba determinado a usar los locos tanto como efectos temáticos como psicológicos. Deseaba usarlos temáticamente de una manera más acentuada que Brooks, pero no quería sacrificar el impacto de sus locuras personales o individuales. Nuestra solución fue compleja. Algunos locos tenían que participar en secuencias coreográficas en contra de su naturaleza, y por lo tanto, mantuvimos esa resistencia como parte de la coreografía. Por otro lado, algunos de los locos estaban dispuestos a participar en nuestra coreografía con tanta ansiedad que hicieron explotar las líneas coreográficas. Había que utilizar esa energía y a la misma vez, ésta tenía que ser planeada cuidadosamente de la misma manera que la resistencia de los esquizofrénicos y los catatónicos. Deliberadamente utilicé a los locos en comentarios notablemente planeados o coreografiados al principio de la obra, para inducir al público a fijarse en ellos y verlos como fuentes de comentarios temáticos. A medida que la obra iba avanzando, esta coreografía temática deliberada se hacía más sutil y relajada, pero sin perder en ningún momento su aspecto de determinante temático.

El ritmo entrecortado y vacilante de Charlotte Corday, en la producción de Brooks, produjo un fuerte e innegable impacto, justificado plenamente por razones psicológicas. Utilizamos este estilo, pero en forma menos extrema porque el castellano no se ajusta a cortes tan violentos. El significado y la comunicación no se podían sacrificar por obtener un efecto psicológico, por muy justificado que éste estuviera. Me agradó particularmente el aspecto físico de Alicia Quiroga, que es una mujer muy hermosa y bien formada. Su obvio encanto físico le hizo más fácil poder lograr el efecto de una persona sin sensualidad. Ella no le presta la más mínima atención a su cuerpo. En este sentido, creo que nosotros logramos una actuación más efectiva que la de la joven actriz que interpretó a la Corday en Nueva York, en lo que se refiere a una caracterización física más cuidada.

Consideré que el papel de Duperret no se puede determinar efectivamente como un problema sexual si uno le da el papel a un actor joven. La locura erótica de este hombre no es un problema de la juventud. Este es el problema de una persona que vive ante el temor de perder su potencia sexual. Un hombre corrompido por demasiado licor, una orgía sin fin, enfermedades venéreas, este es el hombre al cual el sexo llega a dominar totalmente. Creo que el papel se borra en una forma extrañísima cuando lo interpreta un actor joven como el actor que usó Peter Brooks. El Duperret de Domingo Tessier lo encuentro más interesante, y psicológicamente más claro, y puedo añadir que tales casos no son para mí cosas desconocidas. En lo que respecta a las sugerencias dramáticas de Weiss, me creí en la obligación de cambiar algunos aspectos. El tener actores masculinos interpretando el papel de las monjas tiene ciertas ventajas prácticas, porque físicamente son capaces de dominar a los locos, sobre todo en aquellos momentos en que se descontrolan y se ponen histéricos. Sin embargo, sugieren una crítica a la iglesia que no está en absoluto justificada por su participación en la acción de la obra. Y, lo que es más, debilitan la cualidad patética de las monjas que sirven a los locos devotamen-

te, sin recibir la gratitud de nadie y sin poder hacer nada por mejorar la condición de los locos.

Tampoco me pareció necesario exponer los pechos desnudos de la Corday en la escena final del asesinato, como lo sugiere la representación alemana y la de París. Personalmente encuentro que este momento es temáticamente débil, más bien de efecto que de significado. Preferí darle a Sade el foco dramático y temático en esta escena. A través de toda la obra, Sade saca provecho de la lógica de la crueldad, y también enfatiza su incapacidad para llevar su crueldad al extremo de matar. Habiendo transformado su vida en una forma de ironía dramática, Sade desea "vivir" un asesinato en el contexto impráctico y estético del teatro. El guía la mano de la Corday. El momento es casi hipnótico. De repente el brazo de la Corday se escapa privándolo de su deseo casi sexual de experimentar el asesinato. Ocurrirán accidentes incluso en aquellas acciones humanas más deliberadas como es el teatro.

No me esforcé por recomendar el punto de vista de ninguno de los personajes en base a razones privadas. Cualesquiera que sean los cambios en el guión y todo lo que agregué en esta producción, se hicieron sólo en un esfuerzo por aclarar el texto y su mensaje dentro del contexto de una producción teatral dada. Si los resultados han sido efectivos, me alegro. Pero en último término me preocupa más la claridad temática de estos efectos.

Si no captan todo el sentido de esta obra en la primera función, por favor no sientan que yo los he engañado. Todo gran teatro debe verse varias veces antes de que se pueda afirmar que uno ha dominado sus complejidades. Siento orgullo de haber hecho un buen trabajo como director, y me agrada saber que mi producción no los ha aburrido.

Udo Rukser: Sobre la crítica filosófica*

Para el Sr. Paulino Garagorri

I. EL LIBRO del P. Lira ha sido reseñado en el semanario *PEC* de Santiago, como obra de un "tomista cerrado". El autor del libro ha contestado con una carta polémica publicada en el mismo semanario en su número 155. No se trata en esta discusión de divergencias superficiales, sino de las bases para una posible crítica filosófica. Conviene, pues, estudiar el problema más a fondo.

Puede formularse el tema básico de esta manera: ¿hay un fundamento generalmente aceptable para la crítica filosófica? Hegel, en su *Lógica* discutió este problema, partiendo de una crítica hecha a Spinoza: "La refutación no debe llegar desde afuera, e.d. no debe salir desde suposiciones ajenas al sistema... La refutación auténtica debe entrar en la fuerza del adversario y ponerse en el ámbito de sus fuerzas; agredirle fuera de sí mismo y mantener razón donde él no está, no sirve a la cosa. La única refutación del spinozismo, por lo tanto, no puede consistir sino en aceptar el punto de vista de él, por de pronto, como esencial y necesario"¹.

¿Es realizable la postulación de Hegel de aceptar a modo de ensayo y como punto de partida el punto de vista del filósofo que se está criticando? ¿Puede efectuarse tal operación, por lo menos en la mayoría de los casos?

Parece bastante dudoso, como voy a demostrarlo más adelante. Es verdad, se espera de cada profesor de Filosofía que exponga con lealtad y buena documentación cuanto dicen los filósofos, aunque sean de otra "escuela". Tal lealtad de ninguna manera excluye la crítica, pero sí la animosidad. Se pide, pues, se espera, la serenidad filosófica al juzgar otro pensamiento.

Pero surge la cuestión, si tal serenidad es practicable en todos los casos y, si no, hasta dónde podemos esperar y exigir una objetividad rigurosa. Hay que fijar el límite a la arbitrariedad y hasta a la animosidad que hacen imposible una discusión provechosa.

Para trazar tal línea divisoria, desde el principio, tenemos que tomar en cuenta las decisiones *prefilosóficas*, las cuales, en general, son de gran importancia, pero a menudo permanecen inconscientes. El mismo P. Lira alude a ellas diciendo:

"Si yo estoy convencido de las excelencias del tomismo y de su superioridad sobre los demás sistemas filosóficos, la honradez intelectual me prohíbe abandonar una manera de ver que yo juzgo superior a las demás, para adoptar una de aquellas otras que juzgo inferiores. Igual cosa cabría decir de un cartesiano, de un kantiano, o hegeliano, o bergsonianiano, etc., que así actuara. No se puede exigir de nadie que carezca de convicciones y mucho menos en nombre de la ciencia".

De estas frases se desprende que el P. Lira no ha entendido bien lo que se pide de él en cuanto a crítico y a profesor de Filosofía. Nadie, ni Hegel, exige que él abandone sus convicciones y pensamientos, pero sí se pide que exponga con lealtad el pensamiento de otros, aunque sea contradictorio al suyo. Contesta el P. Lira:

*Notas acerca del libro del P. Osvaldo Lira S.S.C.C.: *Ortega en su espíritu*, vol. I. Metafísica y Estética. Santiago, 1965. Ed. Pontificia Universidad Católica de Chile.

¹Vol. II, p. 218. Ed. Lasson, 1934.

"Pero como yo creo a pie juntillas en ese orden sobrenatural y estoy convencido absolutamente del carácter verdadero de los dogmas revelados porque lo manda nuestra Santa Iglesia, y además, aquello cae de su peso desde el punto de vista de la evidencia histórica, las afirmaciones aducidas de Ortega junto con otras suyas del mismo jaez me parecen de extrema gravedad, fuera de que son irreverentes, chabacanas, calumniosas. Y es por todo eso... por lo que califico duramente su actitud. Como católico que soy considero que la Iglesia es mi madre y quien insulta a mi madre, y, por lo que a mí respecta y en la medida de mis posibilidades, no puedo dejarlo impune".

Es evidente que aquí no habla la serenidad filosófica para juzgar otra doctrina, sino una abierta enemistad e intolerancia contra cualquiera que no comparta las convicciones del P. Lira. Por lo tanto, no se trata de una explicación científica y objetiva, ni de una exposición realista, sino de una polémica partidista que no quiere conceder a cada hombre la libertad de decidir por su propia cuenta, a qué atenerse en cuanto a la religión.

Dicha manera de crítica, evidentemente, hace imposible un diálogo fecundo entre los filósofos. Y esto no es poca cosa: ya vemos que las grandes corrientes de filosofía actual se han aislado de tal modo que cada una de ellas ignora prácticamente a las demás. Así tenemos las filosofías "nacionales", la anglosajona, la de raíz germano-francesa, la de actitud marxista y la de ascendencia confesional apartadas las unas de las otras; sus temas, su tradición y su manera de pensar son diferentes, de tal modo que casi no pueden entenderse aunque todas han salido de la filosofía griega. ¿No deben hacer pensar dichas diferencias especialmente a los partidarios de la filosofía perenne?

De todos modos, dicho aislamiento, todos debemos tenerlo presente cuando se trata de crítica filosófica y de sus posibilidades. Aislarse en vez de buscar la comunicación, no conduce a ninguna parte. Lo que debemos pedir del crítico, es que se pronuncie sobre sus premisas filosóficas y que se dé cuenta de las premisas del filósofo que está criticando. Esto no lo ha hecho en debida forma el P. Lira, ya que condena a Ortega de antemano por su "frivolidad", la cual no es otra cosa que su temperamento vital.

Pero, también, tenemos que concederle al P. Lira cierta razón. Mientras se trata de raciocinios y argumentos, tal vez, una mente equilibrada puede superar las dificultades y conquistar cierta objetividad. El punto crítico es ya señalado por las palabras "convencido de las excelencias del tomismo y su superioridad sobre los demás sistemas filosóficos". Ya que no pensamos sólo con la razón, sino con toda nuestra persona y hasta nuestros sentimientos, todo cuanto toque a la esfera emocional no se presta a la operación exigida por Hegel en la crítica filosófica.

¿Podemos esperar de un católico convencido que deje de tomar en cuenta las bases de su fe? Creo, plantear la pregunta es negarla. *No podemos prescindir de las decisiones prefilosóficas*: tenemos que tomar en cuenta siempre el *factor personal y subjetivo*, tanto del filósofo como del crítico². Además, para el católico el problema se ha complicado bastante por ciertas manifestaciones de su Iglesia. Ya en el año 1864 la Iglesia condenó los supuestos siguientes:

1. "La razón humana, sin importarle nada de Dios, es el único árbitro de lo verdadero y falso, del bien y del mal". (Syllabus, N^o 3), y

2. "La Filosofía ha de ser estudiada sin tener en cuenta para nada la revelación sobrenatural" (ibid., N^o 14)³.

²Vea la advertencia correspondiente de Ortega en oc, v, p. 534.

³J. Roig Gironella, S. J.: *Perfiles*. Barcelona, 1950. Edit. Atlántida, p. 21.

Estas condiciones han sido confirmadas por el primer Concilio Vaticano. El Syllabus del Papa Pius x del año 1907, ha ido más lejos: calificó al "kantismo como la herejía moderna"; luego, la encíclica "Humani generis", del 12 de agosto de 1950, condenó el historicismo, el irracionalismo, el individualismo, el subjetivismo, el pesimismo y el existencialismo, es decir, rechazó toda la filosofía moderna. Prácticamente, quedó como filosofía reconocida por la Iglesia sólo el tomismo: el aristotelismo pareció la única manera de reconciliar el catolicismo con la filosofía. Todo pensamiento nuevo es sospechoso y, más aún, peligroso, por no ser idéntico al aristotelismo.

La consecuencia de dichas condenas ha sido un abismo entre el catolicismo y la Filosofía moderna.

III
Factor personal y subjetivo y factor tiempo

Si hemos dicho antes que debemos tomar en cuenta el factor personal y subjetivo del filósofo, hay que añadir ahora que el *factor tiempo* no es de menor importancia. La escolástica, al contrario, pretende ser la "filosofía perenne". Toda la filosofía moderna sale de la convicción opuesta. Junto con insistir en la autonomía de la Filosofía, reconoce tanto la importancia del individuo como la de la fecha y de la época.

Fichte formuló el axioma: "Qué filosofía se elija, depende de qué clase de persona se es". Nietzsche desarrolló con vigor especial dicho punto de vista, en el prefacio a la "Gaya ciencia": "Se tiene, supuesto que se es persona, también la filosofía de su persona". Y sigue diciendo: "el disfraz inconsciente de las necesidades fisiológicas bajo la envoltura de lo objetivo, lo ideal, de lo puramente espiritual llega hasta a espantarse". Y Dilthey, estudiando el desarrollo histórico de la filosofía con especial cuidado, llegó a convencerse que cada época, y hasta cada generación y persona, inevitablemente, tienen su propia filosofía. Y para Ortega, tan mal comprendido por el P. Lira, "la fecha de una realidad humana, sea la que sea, es su atributo más constitutivo. Esto trae consigo que la cifra con que se designa la fecha pasa de tener un significado puramente aritmético o, cuando más, astronómico, a convertirse en nombre y *noción de una realidad histórica*. Cuando este modo de pensar llegue a ser común entre los historiadores, podrá hablarse en serio de que hay una *ciencia histórica*. . . Cada fecha histórica es el nombre técnico y la abreviatura conceptual. . . de una figura general de la vida constituida por el repertorio de vigencias o usos verbales, intelectuales, morales, etc., que "reinan" en una determinada sociedad. (oc, vii, pág. 60/1). Conviene añadir aquí que para Ortega la idea "es siempre la reacción de un hombre a una determinada situación de su vida. . . La idea precisa y completa aparece sólo, cuando está funcionando, cuando ejecuta su misión en la existencia de un hombre. . ." (oc, vi, pág. 391).

En un párrafo célebre, Nietzsche condensó todo lo relacionado con la Filosofía y con la Historia como el "pecado original de los filósofos", resumiendo sus argumentos en contra las verdades eternas y absolutas. Debido a la enorme importancia de dicho párrafo para el entendimiento de los problemas tratados aquí, juzgo necesario copiarlo in extenso:

"La falta hereditaria de los filósofos.

"Todos los filósofos tienen en común la falta en sus consideraciones que parten del hombre contemporáneo y creen que van a alcanzar su meta analizándole. Instintivamente imaginan "al hombre" como una *aeterna veritas*, como algo invariable dentro del remolino, como medida segura de las cosas. Sin embargo, cuanto dice el filósofo del hombre, en el fondo no es más que el testimonio relacionado al hombre

de una época *muy limitada*. Carencia de sentido histórico es la falta hereditaria de todos los filósofos; algunos de improviso, toman la configuración recentísima del hombre —surgida bajo la influencia de determinadas religiones y hasta de determinados sucesos políticos—, como la forma fija de la cual debe partirse. No quieren aprender que el hombre ha evolucionado, que la facultad del conocimiento también ha evolucionado; algunos hasta dejan salir todo el mundo de dicha facultad de conocimiento. Ahora bien, todo lo *esencial* del hombre se ha realizado en tiempos inmemoriales, mucho antes de los 4.000 años, que conocemos más o menos; es de suponer que en dicho lapso de tiempo, el hombre no ha cambiado mucho. Ocurre, pues, que el filósofo advierte "instintos" en el hombre actual y supone que pertenecen a los hechos invariables del hombre y por tanto, pueden constituir una llave general para entender el mundo: toda la teología se apoya en el hecho de hablar del hombre de los últimos cuatro milenios como de un ser *eterno*, al cual están orientadas de por sí todas las cosas del mundo desde el principio. Sin embargo, todo ha evolucionado; no hay hechos eternos como no hay verdades absolutas. Por lo tanto, ahora en adelante hay que *filosofar históricamente* y practicar la virtud de la resignación".

Evidentemente, Nietzsche con estas consideraciones se refiere a la diferencia básica, entre la filosofía del ser y la del devenir, la cual, desde el principio, fue fundamental para la filosofía occidental, diferencia documentada por los nombres de Parménides y Heráclito. Llama la atención que el P. Lira no dice una palabra sobre este punto.

Obcecado por el concepto de la filosofía perenne, que considera valedera para todos los tiempos, el P. Lira no puede comprender lo que ha pasado en la filosofía de las últimas centurias. Sobre Descartes y Leibniz, leemos en su obra —pág. 41—: "Al matematizar groseramente las más profundas y sutiles nociones metafísicas... se cerraron ipso facto todos los caminos para llegar a una recta estructuración de la Filosofía primera". No sabe mucho de Kant y le deja a un lado con una frase tan pobre como ésta: "El kantismo considerado como actitud doctrinal básica de compromiso entre el realismo y el idealismo... está muerto en definitiva" (pág. 53). Lo que demuestra que no ha captado la esencia del criticismo. Por lo tanto, se aplica lo que Ortega formuló en su *Prólogo para alemanes* (pág. 43): "Es más frecuente de lo que se cree que inclusive filósofos de cierto rango arrastren toda su vida, como una cadena al pie, un insuficiente conocimiento de Kant".

Se hace evidente que el crítico P. Lira, debido a su tomismo, no puede apreciar un pensamiento nuevo; sigue cultivando un pensamiento arcaico, ignorando todo lo que se ha pensado después de la escolástica. De tal modo, pasa por alto el desarrollo de las ciencias naturales. Para él, la materia no ha cesado de ser el último concepto de la realidad. Esto, es extraño, ya que hoy está comprobado que materia y energía son dos modos diferentes de la misma realidad. Se trata de nada menos que del gigantesco proceso de la secularización que tiene su historia memorable. Se trata del desenvolvimiento de un saber mundano y terrenal que se ha independizado del saber religioso. *Toda nuestra historia se basa en este proceso y no basta ignorarlo o silenciarlo.*

FILOSOFIA ANCILLA THEOLOGIAE.

Hay que reconocer que casi siempre hay incompatibilidad entre la Filosofía y la Religión, incompatibilidad que no puede superarse con el pensamiento lógico-analítico. Los dogmas pretenden valer para todos los hombres y todos los tiempos.

IV Filosofía de las últimas centurias

La Filosofía, al contrario, está cambiando siempre. Dichos cambios han sido muy profundos. El conceptualismo escolástico ha sido superado por una filosofía humanizada. Oigamos al mismo Kant: "De la "Crítica de la razón pura" he aprendido que Filosofía de ninguna manera es una ciencia de las representaciones, conceptos e ideas, ni una ciencia de las ciencias... sino una ciencia del Hombre, de sus representaciones, de su pensar y actuar⁴; debe presentar al hombre en todos sus pormenores, cómo es y cómo debe ser... La Filosofía vieja ha puesto al hombre en un lugar falso del mundo, haciendo de él una máquina, la cual, como tal, debía depender enteramente del mundo o de las cosas exteriores y circunstancias; hacía, de tal manera, del hombre una parte meramente pasiva del mundo..." (Der Streit der Fakultäten. Sección 18. Anexo de una mística pura en la religión).

De este modo, se ha producido, andando el tiempo, una secularización del pensar. El hombre no se contenta con aceptar simplemente lo que ofrece la tradición; no quiere solucionar sus problemas consultando libros y doctrinas del pasado: pide autonomía de su pensamiento. No se fía de la autoridad ajena, sino de la actividad de su propio pensamiento. Rechaza, pues, la autoridad de lo pasado, que quiere mandar sin convencer, reclamando la libertad filosófica⁵. Es el advenimiento de la Ilustración en el sentido kantiano: "Ilustración es la salida del hombre de la minoría de edad de la cual él mismo tiene la culpa. Dicha minoría consiste en la incapacidad de servirse de su razón sin ser dirigido por otra persona. Se tiene la culpa de ella, si la causa no reside en defecto de la razón, sino en el defecto de la decisión y del valor de servirse de su razón sin ser dirigido por otro. ¡Sapere aude! ¡Ten valor de servirte de tu propia razón! —es el lema de la Ilustración" ("Was ist Aufklärung?").

Este pensamiento lo encontramos resumido por el P. José Sánchez Villaseñor S. J.: "...el pensamiento actual (e.d. historicista y existencialista), no concibe la filosofía como un sistema lógicamente trabajado de tesis y proposiciones abstractas, definitivamente válidas. Por el contrario, ve en ella una actividad de tipo experimental, una serie de situaciones vitales intransferibles, refractarias a encajar en fórmulas abstractas y universales, que sólo pueden expresarse como confesión personal, esencialmente subjetiva y determinada por el momento histórico del que surge. No existe, en consecuencia, una filosofía indiscutible y objetivamente verdadera, sino tantas filosofías como filósofos... Urge, por tanto, si aspiramos a comprender esta peculiar actitud ideológica, *asomarnos con simpatía y amplio criterio, a la trayectoria vital de un pensador que haya vivido tan sugestiva experiencia*. Hay que escuchar el apasionante relato de su espiritual aventura, y revivir en su compañía las fases de su evolución intelectual. Sólo a este precio tendremos derecho de emitir una crítica leal y constructiva"⁶.

No creo cometer una injusticia al decir que el P. Lira no siguió el consejo de su colega jesuita. No encontramos en su crítica simpatía alguna, ni amplio criterio. Pero sí animosidad y hasta enemistad. No acepta la filosofía individual y personal, la rechaza desde el principio; rechaza también el historicismo filosófico que encierra cierto relativismo e implica la pluralidad de la verdad. Saca hasta la consecuencia errónea de que dicha manera de filosofar carece de metafísica. Lo contrario es la verdad: es auténtica metafísica, ya que cada hombre es una realidad radi-

⁴Lo destacado es mío.

⁵Lo que el jesuita español Joaquín Iriarte ha llamado "la escandalosa libertad de pensamiento". (*La ruta mental de Ortega*, Madrid, 1949).

⁶José Sánchez Villaseñor: *La Crisis del Historismo*. México, 1945. Ed. Jus, pp. 9-10. Lo destacado es mío.

calmente distinta de los demás. Por lo tanto, la verdad filosófica tiene que ser algo subjetivo e histórico. "Subjetivo, por ser producto de un sujeto único, histórico, por la época y lugar metafísicos. Y no obstante, no se podrá hablar de relativismo, porque ha quedado demostrado que no todo historicismo es relativismo. En efecto, siendo la vida la realidad radical, todo le es inmanente. La verdad es inmanente a la vida"⁷.

Quien no ve la viga en su propio ojo, reprocha a Ortega "una tremenda carga de prejuicios" (pág. 114), "una irremediable frivolidad intelectual" (pág. 53) y hasta "su fenomenismo impenitente" (p. 145); habla de las "inepcias" y de la "irreverencia" del filósofo español (pp. 128-228) porque difiere de las convicciones y creencias propias.

Análoga ligereza encontramos en la manera de argumentar el P. Lira. Si declara ingenuamente "muerto en definitivo" al kantismo (p. 53), no deja de atribuir a Ortega "algún fermento idealista que lo perturba todo" (p. 59) o "una inclinación a ciertas actitudes idealistas" (p. 69). ¿Cuáles son? Hasta llega a decir: "Por no creer en la inteligencia Ortega se debate de continuo entre dos extremos igualmente perniciosos: el idealismo y una forma de historicismo o existencialismo que él llama *raciovitalismo*" (p. 129). Nadie ignora que Ortega critica fuertemente al Idealismo y creyó haberlo superado. En estas condiciones, no basta con alusiones vagas. Una crítica seria debiera decir en qué consiste el pretendido idealismo del adversario. Cuanto está dicho en la página 129 no basta de ninguna manera frente a los escritos orteguianos.

Obviamente, el P. Lira no se ha enterado que Ortega parte de otro concepto de la metafísica que él. Es evidente, que para el crítico chileno la metafísica supone la existencia de un Sujeto divino y, por no encontrarlo en Ortega, se lo reprocha sin tomar en cuenta lo dicho por el jesuita Sánchez Villaseñor. Dice: "En su estrechez no sólo no es capaz de concebir un Sujeto divino infinitamente perfecto... sino ni siquiera un sujeto creado absolutamente espiritual, como lo son los ángeles en la teología católica". Nadie objeta que el P. Lira se atenga a la doctrina católica, pero sistemáticamente es inadmisibles plantear argumentos teológicos en una discusión filosófica.

En cuanto al concepto de Historia tenemos otra discrepancia que impide al P. Lira hacer justicia a la filosofía orteguiana. Ya nos hemos referido al famoso párrafo de Nietzsche. Lo peor, en este caso, es que el crítico se encierra en sus conceptos escolásticos, sin ver la causa de su antagonismo.

¿Cómo explicarse dicho antagonismo?

Hay una razón principal: el fanatismo religioso, que no quiere reconocer la libertad del otro en cuanto a religión. Leemos: "porque, por muchas vueltas que le dé al asunto, todo tipo de cristianismo verdadero y adecuado tendrá que fundarse siempre en el respeto profundo, entrañado, práctico, eficaz a la autoridad suprema de la Iglesia como representación y prolongación genuinas de Cristo" (pp. 208-9). Nadie le pide al P. Lira que abandone su fe. Pero no aceptamos que dicha fe sea impuesta como la única manera de pensar. Si la filosofía de Ortega difiere de las premisas del catolicismo, está en su derecho. El mismo Ortega siempre ha insistido que, para él, la filosofía auténtica presupone la pérdida de la fe de los padres, de modo que "el hombre se ve forzado a hacer pie en lo único que le queda, y que es su desilusionado vivir". (oc vi, 49). Esta es una convicción legítima. Es inaceptable para un tomista; pero tampoco es

⁷L. c., p. 110.

aceptable para todos el dictamen del P. Lira. Para nosotros, la Filosofía no se basa sobre una autoridad —aunque sea muy venerable— sino en la comprensión.

Debemos decir con toda precisión y claridad: *lo que no se entiende, no se puede juzgar*. Por lo tanto, la crítica del P. Lira es de escaso valor⁸.

V
 "El hombre
 no tiene naturaleza sino... historia"

Lo que va expuesto nos confirma que, en cuanto a la metafísica, hay pocos puntos donde el P. Lira puede estar de acuerdo con Ortega. La razón es evidente: ambos parten de convicciones opuestas. Conviene, pues, recordar el axioma de Goethe: con el hombre que niega tus premisas no conviene discutir. Ahí podríamos dejar la cosa, si no hubiera una objeción bastante grave contra el crítico de Ortega: su exposición del pensamiento orteguiano a veces es incompleta y por lo tanto, errónea y viciada con malentendidos. Como botón de muestra me refiero a cuanto dice el P. Lira sobre el famoso axioma de Ortega. "El hombre no tiene naturaleza sino... historia". Para explicar el caso no me queda otro camino que presentar sucintamente las doctrinas de ambos autores en citas —con la venia del lector.

Ortega expuso su pensamiento ontológico en el estudio "Historia como sistema" (oc vi, p. 13 ss.). Aquí nos interesa especialmente lo dicho desde la página 25 en adelante, que culmina en la frase: "En suma, que *el hombre no tiene naturaleza, sino que tiene... historia*". Hay pocas afirmaciones de Ortega que han provocado tantos malentendidos como ésta.

La interpretación del P. Lira se apoya en que el pensamiento orteguiano padece el error de negarle identidad al hombre. "El hombre no tiene naturaleza porque no es estático, sino dinámico... ni es, tampoco, lo mismo en dos instantes sucesivos de su existir. Si no tiene naturaleza tampoco puede ser idéntico a sí mismo; porque de lo contrario, entraríamos en el terreno de las contradicciones burdas. Ahora bien, si no es idéntico a sí mismo, es imposible que pueda constar de elementos ciertos y determinados en su estructura; porque... no tiene ni puede tener estructura, o en caso de tenerla, ésta irá variando en cada instante..." (p. 141). Y sigue, en pág. 160: "Si es cierto... que la determinación de cada instante de nuestra existencia corre por cuenta del que inmediatamente la antecede con prescindencia de todo influjo esencial, es evidente que el concepto que tengamos de nuestra vida propia habrá de ir cambiando sin cesar. Por lo mismo, habrán de ir cambiando también las razones de existir. Es evidente, en efecto, que no pueden obedecer a una sola y misma razón de ser sinnúmero de instantes o momentos vitales de los cuales cada cual depende en exclusividad del que le es anterior...". "De esta suerte, el hombre se encuentra vinculado por su vida exclusivamente al instante que pasa. Tal es la resultante de las doctrinas de Ortega" (p. 163). Esta interpretación hecha por el P. Lira es defectuosa porque no se ha fijado en el contexto en el cual desarrolló su argumento el filósofo español. Unas páginas antes de la frase citada Ortega ha dicho claramente cuál es su idea de la naturaleza: "La necesidad de superar y trascender la idea de naturaleza procede precisamente de que no puede valer ésta como realidad auténtica, *sino es algo relativo al intelecto del hombre*, el cual, a su vez, no tiene realidad tomado aparte y suelto... sino funcionando en una vida humana" (oc vi, p. 31). "El hombre es el ente que se hace a sí mismo, un ente que la ontología tradicional sólo topaba precisamente cuando concluía y que renunciaba a entender: la *causa sui*... Pero el hombre no sólo tiene que hacerse a

⁸Vaya un ejemplo ilustrativo: "Todo es un puro engendro de una fantasía desbordada en el sentido de una hostilidad irreconciliable hacia el Catolicismo". O. Lira p. 170. ¿Qué es eso, crítica o arbitrariedad?

sí mismo, sino que lo más grave que tiene que hacer es determinar *lo que va a ser*. Es *causa sui* en segunda potencia. Por una coincidencia que no es casual, la doctrina del ser viviente sólo encuentra en la tradición como conceptos aproximadamente utilizables los que intentó pensar la doctrina del ser divino. Si el lector ha resuelto ahora seguir leyéndome en el próximo instante será, en última instancia, porque hacer eso es lo que mejor concuerda con el programa general que para su vida ha adoptado, por tanto, con el hombre determinado que ha resuelto ser. Este programa vital es el Yo de cada hombre, el cual ha elegido entre diversas posibilidades de ser que en cada instante se abren ante él" (p. 33).

"Se olvida demasiado que el hombre es imposible sin imaginación, sin la capacidad de inventarse una figura de vida, de "idear" el personaje que va a ser...

"Entre esas posibilidades tengo que elegir. Por tanto, soy libre. Pero, entiéndase bien, *soy por fuerza libre*... la libertad no es una actividad que ejercita un ente, el cual aparte y antes de ejercitarla, tiene ya un ser fijo. *Ser libre quiere decir carecer de identidad constitutiva*⁹, no estar adscrito a un ser determinado, poder ser otro del que se era y no poder instalarse de una vez para siempre en ningún ser determinado. Lo único que hay de ser fijo y estable en el ser libre es la constitutiva inestabilidad" (p. 34)¹⁰.

De ahí saca Ortega *expressis verbis* la importante consecuencia: "Para hablar, pues, del ser-hombre tenemos que elaborar un concepto no-eleático del ser, como se ha elaborado una geometría no-euclidiana. Ha llegado la hora de que la simiente de Heráclito dé su magna cosecha" (p. 34).

Lo explica más adelante: "Si hablamos de ser en el sentido tradicional, como *ser ya* lo que es, como ser fijo, estático, invariable y dado, tendremos que decir que lo único que el hombre tiene de ser, de "naturaleza", es lo que ha sido. El pasado es el momento de identidad en el hombre, lo que tiene de cosa, lo inexorable y fatal. Mas, por lo mismo, si el hombre no tiene más ser eleático que lo ha sido, quiere decirse que un auténtico ser, el que, en efecto, *es* —y no sólo "ha sido"— es distinto del pasado, consiste precisa y formalmente en "ser lo que se ha sido", en un ser no-eleático. Y como el término "ser" está irresistiblemente ocupado por su significación estática tradicional, convendría libertarse de él. Pero el hombre no es, sino que "va siendo" esto y lo otro. Pero el concepto "ir siendo" es absurdo: promete algo lógico y resulta, al cabo, perfectamente irreal. Ese "ir siendo" es lo que, sin absurdo, llamamos "vivir". No digamos, pues, que el hombre *es*, sino que *vive*" (p. 39).

Anticipándose a la crítica del P. Lira, Ortega ha insistido en que el ser de lo viviente, siendo un ser siempre distinto de sí mismo "tendrá que ser pensado mediante conceptos que anulen su propia e inevitable identidad". Se refiere a conceptos que algunos denominan "ocasionales". Así el concepto "aquí", el concepto "yo", el concepto "éste". "Tales conceptos tienen una identidad formal que les sirve precisamente para asegurar la no-identidad constitutiva de la materia por ellos significada o pensada... mientras en los otros conceptos la generalidad consiste en que, al aplicarlos a un caso singular, debemos pensar siempre lo mismo que al aplicarlo a otro caso singular... en el concepto ocasional, la generalidad actúa invitándonos precisamente a no pensar nunca *lo mismo* cuando lo aplicamos..." (p. 36).

⁹Lo destacado es mío.

¹⁰Para interpretar estos textos, hay que tener presente el ensayo "Vitalidad, Alma, Espíritu" (oc II, 451), donde Ortega expuso unas ideas antropológicas.

Llama la atención que el P. Lira no diga nada sobre estas especificaciones importantes de Ortega, las cuales echan abajo toda su crítica, mal urdida y superficial. Aunque parece increíble, no encontramos ninguna referencia a lo enunciado por Ortega en su ciclo de conferencias "¿Qué es filosofía?", lección IX, pág. 199, donde declara decididamente: "Anuncio jaque mate al ser de Platón, de Aristóteles, de Leibniz, de Kant y, claro está, también al de Descartes. No entenderá, pues, lo que voy a decir, quien siga terca y ciegameamente aferrado a un sentido de la palabra "ser", que es justamente el que se intenta reformar".

Evidentemente, se trata aquí de un concepto de la metafísica que difiere del concepto tradicional de la misma, ya que la metafísica orteguiana se acerca mucho a la ontología. Quisiera recordar en este contexto a la distinción que se encuentra en el "Sophistes" de Platón: la de descendientes de la tierra y amigos de las ideas. Pero hay más todavía. Para evitar malentendidos, Ortega ha explicado lo que él llama "naturaleza". Si el P. Lira hubiera leído con más atención el ensayo "Historia como sistema", habría encontrado la definición: "La llamada naturaleza, por lo menos lo que bajo este nombre escruta el físico, resulta ser un aparato de su propia fabricación que se interpone entre la auténtica realidad y su persona... De esta naturaleza forma parte el intelecto, y el hombre, obligado a atenerse a él, se forja la fe en la razón físico-matemática..." (oc VI, pp. 48-49).

Además, encontramos en "Origen y Epílogo de la Filosofía" un capítulo intitulado "Las Posibilidades permanentes del Hombre", donde leemos: "La historicidad parece traer consigo que toda cosa propiamente humana nace un buen día y muere otro. Nada propiamente humano si es algo real y, por lo tanto, concreto, puede ser permanente. *Esto no significa que en el hombre no haya algo constante.* De otro modo no podríamos hablar del hombre, de la vida humana, del ser humano. Es decir, *que el hombre tiene una estructura invariable a través de todos sus cambios*¹¹. Pero esta estructura no es real porque no es concreta sino abstracta. Consiste en un sistema de momentos abstractos que, a fuer de tales, reclaman ser integrados en cada caso e instantes con determinaciones variables para que la abstracción se convierta en realidad..." (oc IX, p. 396)¹².

Habla, pues, Ortega con bastante cautela cuando afirma "el hombre no tiene una "naturaleza", un modo de ser único e invariable en su última contextura, como creía aún el siglo XVIII¹³, sino que sólo tiene historia... El hombre es histórico en el sentido de que no tiene una constitución efectiva que sea inmutable, sino que, al revés, se presenta en las formas más variadas y diversas" (oc VI, 198).

Ya hemos dicho más arriba que se trata del problema del Yo, de la identidad y del cambio de la persona que vive ciertas experiencias y que tiene la conciencia de su identidad. En realidad existe una diferencia básica entre el Yo activo y "primero" y el "Yo constructivo"¹⁴. El Yo activo no puede pensar su realidad

¹¹Lo destacado es mío.

¹²En otros lugares Ortega explicó su diferencia tanto con el pensamiento de Hume como el de Aristóteles en cuanto a la "naturaleza del hombre" (oc IV, pp. 107-9 y VI, p. 198). También conviene tener presente aquí lo que Heidegger dijo sobre el concepto de la "unidad analógica" en Aristóteles (Sein und Zeit, p. 3).

¹³Y hasta Schopenhauer: "Der Charakter des Menschen ist konstant; er bleibt derselbe, das ganze Leben hindurch... Der Mensch ändert sich nie..." (Über die Freiheit des menschlichen Willens", Cap. III) = "El carácter del hombre es constante: queda invariado por toda la vida... El hombre no cambia nunca...".

¹⁴La mejor explicación del problema la he encontrado en Hugo Dingler: "Das Physikalische Weltbild", Ed. Anton Hain, Meisenheim, 1951, p. 17 ss. "Para el hombre de las ciencias es difícil dar al Yo activo su importancia, porque dicho hombre tiene la tendencia de hacer

sino como un hacerse, una actividad que tiene que contar con el mundo y el contorno. El Yo constructivo, en cambio, es contemplativo y pasivo. Ahí tenemos una diferencia fundamental que divide la filosofía. La filosofía vivida y activa es la contradicción de la filosofía contemplativa y pasiva como el escolasticismo.

Se trata, pues, de puntos de vista opuestos para entender la verdad y la realidad. Por dicho antagonismo la crítica del P. Lira queda inefectiva. Pero aparte de este punto básico, uno se pregunta con asombro: ¿cómo es posible omitir los argumentos aducidos por Ortega, sin incurrir en el reproche de haber falsificado la exposición de su pensamiento?

Finalmente, no alcanzo comprender que el P. Lira como sacerdote puede objetar la tesis de Ortega sobre el hombre como ser histórico con sus cambios. ¿Acaso el pecador convertido no es la misma persona como antes, aunque cambiada por una resolución emanada de su Yo activo? Y si hay cambio, conservando la identidad del hombre, ¿qué objeción hay contra la tesis histórica aludida?

Además, debemos insistir en que el problema del cambio ha sido un tema muy discutido por los escolásticos. Parece que Aristóteles entendía el cambio como movimiento, luego, después de *Averroes*, se discutía, si el movimiento era un "fluxus formarum" o una "forma fluens" que debía entenderse como una "realitas sucesiva". Todo esto cambió cuando el *Oresmus* logró establecer el concepto de la forma variable, entrando el tiempo como un accidens de las formas. Esta doctrina de los cambios era el paso decisivo para armonizar el pensamiento griego con el hecho del desarrollo. Es dicho pensamiento en que se apoyó Ortega para explicar lo que significa el ser histórico del hombre con los cambios correspondientes.

Cuanto va dicho hasta ahora se refiere a la primera parte del libro del P. Lira, dedicada a la Metafísica con todas sus implicaciones. En la segunda parte, que trata de la estética, tenemos el agrado de encontrarnos con una apreciación mucho más equilibrada de Ortega. Aquí, el P. Lira —sin dejar sus principios y convicciones— se revela como un crítico agudo y competente, quien sabe evaluar los méritos de Ortega, sin pasar por alto sus flaquezas y contradicciones. Para él, la estética es la "dimensión más interesante del pensamiento orteguiano" (p. 248).

Insiste con toda razón, en que el sentido del arte es "el presentar y no el representar —es decir, no el representar a las creaturas, sino el presentarse a sí mismo a través y en virtud de la representación de las creaturas (pp. 305-6). Encontramos observaciones acertadas y competentes tanto sobre lo lírico y lo épico, como sobre la arquitectura; tanto sobre el arte moderno como sobre los grandes artistas del pasado. Hace justicia a Ortega, diciendo, que en ninguna otra dimensión se ha mostrado tan agudo como en la estética" (p. 314).

El núcleo de la crítica hecha a la teoría estética de Ortega se encuentra en las páginas dedicadas a la "Deshumanización del arte". Dicho ensayo que ha tenido un éxito tan estrepitoso, por cierto, es uno de sus trabajos menos logrados. La

VI
Teoría estética de Ortega

la naturaleza objeto de una explicación. Muy a menudo se confunde el Yo primero con el Yo constructivo de la psicología... el cual —naturalmente— es una construcción explicativa de la parte del Yo activo y nunca puede reemplazarlo. El Yo activo mantiene su posición lógica invariablemente antes de toda actividad; el Yo constructivo, en cambio, es un concepto de la fisiología y de la psicología explicativa... Confundirlos hiere el orden lógico y pragmático de los conceptos. El Yo activo nunca se puede "explicar" —porque la explicación la establecería como objeto, cambiando su carácter activo en pasivo. Por la misma razón, por ejemplo, es libre la activa voluntad, mientras la voluntad pasiva queda determinada" (Lo destacado es mío).

apreciación del P. Lira de dicho ensayo merece una atención especial, ya que, hasta la fecha, no ha habido un estudio bien fundado sobre dicha teoría. Con mucha razón, advierte que lo que Ortega llama "deshumanización" debería denominarse con mayor exactitud "formalización, intelectualización e... incluso poetización del arte" (p. 349).

En su examen detallado de la argumentación orteguiana el P. Lira no deja de llamar la atención sobre los extraños juicios de Ortega referente a Beethoven, Debussy, Mallarmé y otros. Objeta que Ortega "ha confundido los valores formales o perfectivos del arte y del poema con los temáticos o materiales y que no logró una visión de conjunto" (p. 351-2). Hay que fijarse en que esto no ha sido dicho por un reaccionario y enemigo del arte moderno, sino que va dicho por una persona culta. Citamos: "La deshumanización del arte de nuestros días aparece así en su verdadera fisonomía de un movimiento que, útil y provechoso bajo muchos aspectos no dio de sí todo lo que se esperaba por no haberse desarrollado bajo el signo de un concepto adecuado, profundo, de la actividad creadora" (p. 378). Y luego: "al identificar la actualidad de una obra bella con su problematismo, Ortega ha puesto indudablemente el dedo en la llaga (p. 393) (porque) tiene el mérito decisivo de haber orientado las miradas del espectador y del pensador hacia los valores específicos y formales del arte (y por esto) Ortega resulta en estos dominios un benemérito" (p. 438). Sin embargo, procediendo precipitadamente y enfrentándose con el romanticismo en general, Ortega, a pesar de sus aciertos, se quedó en intuiciones aisladas, tal vez, debido a su circunstancialismo.

No es sorprendente que en esta segunda parte nos encontremos también con críticas dudosas, donde se habla del "idealismo" de Ortega que se opone a la "realidad tomista" (p. 318). El P. Lira se queda con lo suyo. Ahí él. Y, sin embargo, no deja de llamar la atención que entre las dos partes haya una diferencia tan enorme: la primera, partidista y reñidora; al contrario mucho más equilibrada la segunda. Es evidente, debemos buscar la razón de esto en la naturaleza de las materias: la metafísica es mucho más compleja que la estética, de modo que las creencias y convicciones son de mucho más peso en la primera que en la segunda.

Sea como sea, con todas las reservas que debemos hacer: el libro del P. Lira es una obra importante y sugestiva, que nos incita a repensar los problemas tratados.

Versión castellana: Gloria V. Koch.

R. W. B. Lewis: La novela norteamericana actual: Pícaro y Peregrino*

A PARTIR de la Segunda Guerra Mundial la novela norteamericana ha sido bastante rica en cuanto a cantidad; pero su calidad resulta más bien contradictoria y desconcertante. Han aparecido más novelas de evidente valor artístico que en cualquier otro período previo de quince años; pero no estamos en condiciones de reconocer en éstas el poder concluyente de un Faulkner o un Hemingway, ni siquiera un Scott Fitzgerald, tal como uno podía discernir la estatura de estos escritores quince años atrás, después de la aparición de su primera obra. La capacidad de la actual generación novelística hasta cierto punto es admirable y sugiere en qué medida las realizaciones narrativas de Faulkner y otros autores han sido estudiadas y absorbidas; en qué forma lo que estos escritores lograron originalmente a través de sus experimentos con la forma, el lenguaje y el ritmo narrativo, ha sido consolidado y en la actualidad es un artículo corriente. Los escritores más jóvenes indudablemente han ido a la escuela pero, con excesiva frecuencia, nunca han egresado de ésta. A menudo, en realidad se han quedado literalmente en las universidades de su elección estudiando aun a Faulkner e imitándolo, enseñando literatura a una generación aún más joven y haciendo clases de eso que en Norteamérica se llama en una forma más bien extraña "literatura creativa". Pero poco que sea auténticamente creativo parece generarse en esos cursos, excepto trabajos aún más bien escritos, más cuidadosamente contruidos, más sabiamente pergeñados, pero autoprotectores y generalmente carentes de vida.

Sin embargo, mientras tanto, una clase diferente de novela ha empezado a surgir: distinta, aunque, a su manera, no menos tradicional. Esta clase de novela representa lo mejor de este género en la literatura norteamericana de postguerra. Tiende, por oposición, al trabajo de mera competencia imitativa, a ser aparentemente descuidado en cuanto a forma, episódico y hasta desigual en su construcción, con una buena dosis de vida accidentada y difícil y un conjunto fresco de analogías literarias. Dentro de este género tampoco detectamos un Faulkner o un Hemingway y tal vez no deberíamos tener esa pretensión. Pero los nombres que señalaremos han mantenido el arte de novelar vivo en los Estados Unidos durante una época difícil en lo artístico al realizar lo que novelistas mucho más grandes que ellos siempre han hecho: darnos de inmediato un cuadro reconocible de las confusiones vitales de la vida contemporánea y una forma novelística provisional dentro de la que podemos descubrir alguna significación vital dentro de estas mismas confusiones. Entre los nombres que merecen destacarse mencionaremos especialmente los que vienen a continuación: Saul Bellow, J. D. Salinger, Ralph Ellison, Jack Kerouac, James Purdy y Norman Mailer, sobre cada uno de los cuales tengo algo que decir.

Existen, por supuesto, extremas variaciones entre estos escritores. Para empezar, provienen de distintos puntos del país y tienen formaciones diferentes. Encontramos entre ellos judíos y protestantes, negros y blancos, hombres de ciudad y campesinos. Su trabajo exhibe una gran variedad de temas, de énfasis, de inten-

*Traducción de Lucy Ercilla.

ción y de tono. Como los escritores más talentosos de toda generación literaria norteamericana, ellos revelan una especie de testaruda idiosincrasia. Al contrario que sus colegas de una generación europea característica, no se les puede agrupar fácilmente bajo una etiqueta definidora. Pero en su caso la idiosincrasia testaruda es, paradójicamente, uno de los rasgos comunes más acentuados, como lo demuestran los asuntos que enfocan en sus novelas y lo que pretenden con mayor determinación sus personajes y ellos mismos como autores. Sus novelas evidencian un espíritu abierto a la experiencia; una deliberada vulnerabilidad frente a la vida, junto con un sentido de inquietud y un agudo, pero curiosamente no especificado apremio. Es como si estos novelistas y los personajes que crean, hubieran sido remecidos por la cantidad de los hechos y la intensidad de la violencia por la que ha pasado la historia de los Estados Unidos (Hay que tener presente que hasta hace muy poco los Estados Unidos no estaban acostumbrados a su historia). Pero, al mismo tiempo, el mundo en que se mueven sus personajes es, en realidad, una combinación muy extraña de caos y de acatamiento; un caos en que las bases culturales se tambalean y un sometimiento o conformismo que es la respuesta corriente de los intimamente débiles a la experiencia del caos. Ambos fenómenos, caos y sometimiento, son los grandes enemigos de aquello que nuestros escritores de postguerra han apreciado preferentemente; vale decir, aquello que Walt Whitman llamó "personalismo" y que él definió elocuentemente como "el principio de individualidad, el orgullo y el aislamiento centrípeto del ser humano dentro de sí mismo: la identidad, el personalismo". Si llamo a este personalismo "idiosincrasia testaruda" es porque en nuestros días una individualidad requiere una auténtica testarudez, y la individualidad que uno adquiere y a la cual se aferra es probable que aparezca ante la mirada de párpados caídos de los conformistas como un rasgo distintivo puro.

Con respecto a esto último es oportuno citar a Walt Whitman, ya que uno de los aspectos más sobresalientes de Bellow y Salinger y sus contemporáneos, ha sido su instinto para retornar en busca de finalidad y sustento artístico a alguno de los grandes escritores del siglo pasado, a Whitman mismo, pero también a Mark Twain y a Herman Melville. Bellow y Salinger se han sentido atraídos antes que nada por el astuto heroísmo y los ritmos coloquiales de *Huckleberry Finn* y Holden Caulfield, el muchacho de 17 años de Salinger en *El Vigilante Oculto* es un Huck de nuestros tiempos, un Huck urbanizado y de clase acomodada y con dinero en el bolsillo, pero, al mismo tiempo, igual que Huck, un adolescente afanoso que enfrenta nuevamente los shocks y tentaciones de la vida con idéntica ingenuidad y astucia y profunda e inmovible fe. Ralph Ellison, por su parte, ha encontrado en Melville el oscuro y vigoroso desorden que coincide con su propia visión de lo que es la experiencia moderna y ha hallado allí también el simbolismo extremado con que expresa esta visión. Jack Kerouac y Norman Mailer han retornado al siempre expansivo espíritu, a la vez visionario y sensual, de Whitman. En realidad, uno de los poemas más famosos de este último —*La Canción del Camino Abierto*— virtualmente proporciona el título, así como también proporciona el ímpetu, a una de las más conocidas obras de ficción de Kerouac: *En el camino*. Para decir la verdad, varias de las novelas de mi breve lista podrían denominarse *En el camino*, con bastante exactitud. Y el hecho es que, aún más, si los novelistas contemporáneos han retrocedido en busca de inspiración a Whitman, Melville y Mark Twain, es porque pueden descubrir en ellos, antes que nada, versiones ejemplares e incluso arquetípicamente estadounidenses del sentido de la experiencia en nuestra época de postguerra; experiencias de la vida errática, una vida que a veces es como un viaje aventurado a lo

largo de un distante, traicionero y prometedor camino abierto cuyo término está fuera del alcance de la vida de todo ser humano; un viaje posible sólo para aquellos que conservan una receptividad vulnerable a la experiencia. Y en Whitman, Twain y Melville también los contemporáneos pueden ver presente esa cualidad esencial, ese personalismo, esa libertad que es, en la novela contemporánea, o bien el requisito previo del viaje o bien su propósito más sagrado.

Es la elección del *viaje* como acción representativa de sus novelas lo que explica en gran parte la relativa flojedad de construcción a la que nos hemos referido anteriormente. Las novelas de Bellow y los demás son episódicas por naturaleza, se desenvuelven a lo largo de una serie de encuentros humanos que con frecuencia no tienen casi ninguna relación entre sí. En el sentido más amplio del antiguo término son novelas picarescas, tal como lo fuera *Huckleberry Finn* y, cuando se mira a este poema con la perspectiva actual, *Canto a mí mismo*, de Whitman. Son narraciones con una vena cómica que tienen que ver con las aventuras al azar que acaecen a ciertos jóvenes llenos de vitalidad durante sus viajes.

No pretendo insinuar que en los Estados Unidos la novela más importante de postguerra, sin excepción, sea picaresca. Varios escritores de indudable talento han continuado con la modalidad más tradicional de explorar en profundidad una determinada situación o comunidad y de ocuparse, también a la manera tradicional, no de viajes extensos sino de intrigas, de la formación y ruptura de las relaciones dentro de círculo humano cerrado. Tal fue el método que utilizó James Jones en su fuerte y escabrosa historia de intriga militar y de amor en una base del ejército: *De aquí a la eternidad*. Es el método también del altamente talentoso William Styron en su cuadro de los oscuros embrollos de la sociedad sureña de los Estados Unidos en *Yace en la Oscuridad*. Es el método típico, además, de Norman Mailer, tanto en su excesivamente ponderada y recargada novela sobre los hombres en la guerra en el Pacífico, *Los Desnudos y los Muertos*, como en su cuento *The Barbary Coast*, menos conocido pero más auténtico, y en el cual la acción se limita a las tensiones y anomalías en una pequeña e insignificante casa de pensión en Brooklyn.

He incluido a Mailer en la lista de escritores representativos y, por ende, picarescos, justamente porque él constituye la excepción a la regla. La obra de Mailer que realmente está a la altura de lo que él promete como escritor, no es en absoluto una novela. Es un volumen titulado *Autopropaganda* (publicado en 1959), una especie de autobiografía literaria; una serie cronológicamente ordenada de anotaciones hechas al azar, de memorias íntimas, críticas literarias, ensayos periodísticos y fragmentos y capítulos de novelas inconclusas o por publicar. Mientras que en los libros que técnicamente son novelas Mailer es más tradicional y menos satisfactorio, en *Autopropaganda* es decididamente picaresco y, al serlo, encuentra la forma que mejor calza con su excepcional capacidad. En su relato autobiográfico sobre un enérgico joven buscavidas que pasa a través de una variedad de experiencias y que alterna con muchísima gente (principalmente en los desordenados medios literarios neoyorquinos), nosotros nos enfrentamos nuevamente con una narrativa al menos análoga a la de Kerouac en *En el camino*. Y ciertamente el título de Mailer es un eco de Whitman, tan intencionado como la frase de Kerouac. Y nos recuerda el largo poema *Canto a mí mismo*.

Pero si *Autopropaganda* y *En el camino*, junto con las principales novelas de Saul Bellow, Ralph Ellison, J. D. Salinger y James Purdy son picarescas en un sentido amplio, en el de ser narraciones episódicas de viajes sin itinerario fijo, también son picarescas en un sentido más restringido, puesto que enfocan las

aventuras de personas que, en una u otra forma, son *pícaros**, es decir, bribones, hombres al margen de la ley. Sus personajes nos parecen de punta con las instituciones y hábitos de la clase media de la sociedad moderna; son individuos a los que el ciudadano corriente, convencional y temeroso de la ley, miraría con desconfianza y perplejidad. Pueden ser, incluso, delincuentes, como los ladrones de autos de Bellow y Kerouac o como el héroe innominado de Ellison en *Hombre Invisible*, que actúa como agitador de una organización política subversiva. O pueden ser proscritos espirituales, personas cuya cualidad definidora es su inhabilidad o resistencia a comportarse de acuerdo con la estricta moral y el código social del momento, como ocurre con el sensible y desafiante estudiante del campo de centeno o con el héroe titular de *Malcolm*, la novela de Purdy, un muchacho singular que no tanto desafia las convenciones como permanece bienaventuradamente inocente con respecto a ellas.

La pléthora de proscritos, ya sean literales o espirituales, equivale a un comentario bastante explícito sobre nuestra época, al menos tal como ésta se presenta ante la vista de los novelistas contemporáneos. Es bastante evidente que ellos consideran con escepticismo los valores a los cuales la mayoría de sus compatriotas adhieren públicamente y las instituciones que propician y estiman y la conducta que aceptan también públicamente. Pero hay que destacar dos cosas: En primer lugar, que el tono prevaleciente en la novela picaresca contemporánea es de franca comicidad y que los mismos personajes distan de ser cruzados; no son héroes trágicos ni propiciatorios, tampoco son reformadores. Más bien parecen tipos al estilo de Charlie Chaplin, comediantes en gira, ridículos y conmovedores a la vez en su desafiante pillería. En segundo lugar, no son únicamente pillos y rebeldes. Emergen, en última instancia, también como peregrinos. Viajan a través de un mundo misterioso y hostil, un mundo tanto caótico como conformista, en sus diferentes peregrinajes excéntricos, hacia algún santuario de honor, coraje y fe. El santuario en esas novelas generalmente permanece fuera del alcance de la vista, pero da un sentido de propósito no revelado a las luchas de los personajes y da un sentido de forma —de una forma no siempre lograda— a las novelas en que estos pícaros alientan.

Se debe al hecho de que sus hombres errabundos evidencian muy poco o casi ningún sentido de propósito el que las novelas de Jack Kerouac presenten la menos lograda de las formas y tengan así la calidad literaria menos decisiva de todos los trabajos que integran nuestra lista. Esto es tal vez lo que Mailer quiso decir a propósito de Kerouac en *Autopropaganda* al escribir que aun cuando este último poseía una energía enorme y un amor "extático" por el idioma, sin embargo, "carecía de disciplina, inteligencia y sentido de la novela". La energía se halla presente en todas las líneas de *En el camino* y es el éxtasis lo que presta a esa energía el aura de lo sagrado. *En el camino* es el libro que no sólo estableció la palabra "beat", famosa en la actualidad, sino que, además, la asoció —en una forma no del todo convincente— con beatitud o con el sacro estado de la bienaventuranza. Pero hasta los muchachos y muchachas que emprenden estos viajes frenéticos, que beben vino tinto, bailan y se hacen el amor mientras van precipitadamente de un extremo a otro del país, de Nueva York a San Francisco, incluso ellos expresan la elaborada insubstancialidad de sus actividades. La única y noble función de la época, dice uno de ellos, es simple y únicamente *moverse*. Y el narrador recuerda: "A solas en la noche, yo tenía mis propios pensamientos y acercaba el auto a la línea blanca del bendito camino. ¿Qué estaba haciendo? ¿Hacia

*En castellano en el original.

dónde iba?". Esta extática falta de dirección se atribuye no sólo a las personas que aparecen en las historias sino también a los mismos Estados Unidos. "¿Hacia dónde vas tú, América, en la noche —pregunta el héroe como un oráculo— en tu automóvil brillante?".

Un tono igualmente inquisitivo llena *Las Aventuras de Augie March*, de Saul Bellow, pero esta recia y expansiva novela se las ingenia para crear, aunque en una forma un tanto paradójica, un positivo sentido de propósito a través de la fuerza misma de la negación reiterada. Parte del vigor artístico de Bellow surge de su hábil fusión de las tradiciones literarias angloamericanas con las yiddish, y Augie March es lo que en el folklore yiddish se llama un schlemazl, es decir, la víctima risible de una serie de contratiempos. Sin embargo, en todos ellos Augie persiste en decir "No" a las tentaciones que lo acosan. Las personas con las que se encuentra en Chicago, en México, en el Pacífico durante la guerra, constantemente tratan de apoderarse de él. Quieren ganarlo para su causa, convertirlo a su fe, adoptarlo como hijo, casarse con él. Augie se las arregla para salir del paso esas ocasiones puesto que, aunque no logra definir ni dar forma a su ideal, puede reconocer y rehusar toda versión falsa e inadecuada de éste. En un mundo demoníacamente ansioso por reclutar a los demás, Augie March es el hombre que no puede ser reclutado, y a pesar de todas las peleas jocosas en que se ve envuelto, retiene lo que Whitman llamó "el orgullo y el aislamiento centrípeto del ser humano dentro de sí mismo". Un hombre resume esto último cuando le dice a Augie: "De repente he caído en la cuenta de algo que se relaciona contigo. Tienes la contradicción dentro de ti". Y era cierto, reflexiona Augie: "Tenía la contradicción dentro de mí y el gran deseo de ofrecer resistencia y decir: ¡No!".

El mundo también trata de reclutar al joven Holden Caulfield en *El Vigilante Oculto*, mientras éste vaga durante tres días y sus respectivas noches a través del caos y el conformismo de Nueva York. Y este adolescente desgarbado que usa expresiones del "slang" constantemente es tan ágil como March para escapar a los insinuantes tentáculos de aquellos que quieren apoderarse de él, ya sea una prostituta o una convencional dama de sociedad, ya sea el mesonero de un bar o un profesor. Pero, aunque resulta raro, el incierto jovencuelo de Salinger posee una noción mucho más clara del deseo real de su vida que la que tienen los héroes de más edad y más seguros de sí mismo de Bellow y Kerouac. Esto se debe principalmente al hecho de que su ambición no se limita a su propia persona, a su propia identidad privada. La suya es, más bien, una vida basada en la compasión. Evasivo y desaprobándose a sí mismo, Holden describe su idea a su hermana Phoebe como una especie de sueño repetitivo: "Me paso imaginando a todos esos mocosos —dice— jugando en un gran campo de centeno. Miles de mocosos... y nadie por ahí cerca, nadie grande quiero decir, excepto yo. Estoy parado en el borde de un condenado precipicio. Lo que tengo que hacer es detener a cualquiera que le dé por aventurarse hacia el precipicio; quiero decir, cualquiera que corre y no se fija hacia dónde va. Yo debo aparecer de alguna parte y pillarlo. Eso es lo que hago durante todo el día. Soy el que pilla en el centeno. Sé que es idiota, pero es la única cosa que me agrada realmente ser". Holden casi cae en el condenado precipicio varias veces, pero nosotros sentimos que él cumple su ambición, que se convierte en "el que pilla en el centeno".

Esta nota de piedad, de interés, de compromiso total con los demás, es relativamente escasa en la novela contemporánea de los Estados Unidos, tal como siempre lo ha sido por tradición en el país. El énfasis sobre el personalismo, sobre el aislamiento centrípeto del ser humano como la aspiración más valerosa en un mundo de caótica desorganización y de conformismo, ha constituido la respuesta norteamer-

ricana corriente a los dilemas de la experiencia. Recordemos que esta aspiración se exterioriza en *Malcolm*, de Purdy, cuando un personaje dice airadamente a otro: "¡No me pongas las manos encima del alma!", y vemos esto expresado al final de *Hombre Invisible*, de Ralph Ellison, cuando el narrador negro repentinamente abandona su larga lucha por mejorar a la especie humana a través del esfuerzo político colectivo y aprovecha la oportunidad, durante una violenta lucha racial en las calles de Harlem, para colarse en una alcantarilla y quedarse bajo la superficie, hibernando. Abandonado a sus propios recursos, medita sobre el colapso total y amargamente risible de sus elevadas aspiraciones socialistas.

Por otra parte, tanto *Malcolm* como *Hombre Invisible*, compensan, por así decirlo, el rechazo de ambas obras a tantos aspectos de la vida contemporánea, con la identificación y luego la explotación de los aspectos más significativos de esa misma vida. Tanto Purdy como Ellison —aunque de manera radicalmente distinta—, enfrentan a sus cómicamente mal equipados jóvenes héroes no sólo con una variedad de individuos y situaciones, sino también con individuos y situaciones que son claramente representativos de las grandes fuentes de poder y de control de nuestra época. En el caso de *Malcolm*, una novela sorprendentemente original que linda con la alegoría irónica, las personas con las que alterna el personaje representan respectivamente al arte, al dinero, a la religión (mejor dicho, a la beatería), al sexo, al destino y hasta a la muerte. Ralph Ellison, pintando un cuadro más vasto, mantiene a su protagonista corriendo a través de situaciones extraordinariamente complicadas que revelan la fuerza que revisten en nuestros días la raza, la educación, la tecnología, el sexo y la política. En ambos libros existe una especie de orden lógico en los elementos que se conjugan y, por lo tanto, una pauta de clases dentro de las experiencias. No es un diseño fijo y concluyente; es, en todo caso, un diseño obscuramente coloreado de ironía. Sirve para explicar las fatalidades del héroe al hacer evidente su incapacidad para entregarse moralmente; para someterse a lo menos a las fuentes contemporáneas del poder y del control. Pero esa manifestación hace que la entrega moral de estos héroes cómicos e, implícitamente, la de sus creadores, sea mucho más decidora. En su manera de tratar los asuntos paradójicos, los escritores como Purdy y Ralph Ellison revelan cómo, aun en un mundo en el cual el orden moral ha sucumbido ante lo destructor y lo pasivo, la novela puede todavía alcanzar ese orden narrativo, ese orden artístico interno que es la *forma* y del cual debe siempre depender la vida de ficción.

A la inversa, a través de la forma y el orden en que los escritores han creado su narrativa, somos más capaces de medir los desórdenes del mundo en que, de un modo o de otro, debemos continuar viviendo.

Ariel Dorfman: En torno a "Pedro Páramo" de Juan Rulfo

A LOS DIEZ AÑOS de la publicación de *Pedro Páramo*, que ya se ha convertido en un clásico contemporáneo de nuestras letras hispanoamericanas, se justifica plenamente una literatura erudita subsidiaria, aunque importante, que se alimenta de la interpretación del mundo rulfiano. A pesar de algunos excelentes ensayos que han aparecido, especialmente el de Carlos Blanco Aguinaga¹, hacía falta un libro que sirviera para explorar los modos mediante los cuales el gran escritor mexicano consigue crear sus horizontes fantasmagóricos, donde la imaginación vertebrada cada detalle, cada objeto, cada concreción. Un libro de Hugo Rodríguez-Alcalá, *El Arte de Juan Rulfo*², viene a suplir, en gran medida, esa necesidad. Debemos, sin embargo, señalar los límites del nuevo estudio e intentar desde él una nueva interpretación de la obra de Juan Rulfo.

En general, Rodríguez-Alcalá trata de dilucidar el peculiar "arte" de Juan Rulfo, cómo están contruidos la novela y el relato rulfianos. Logra adentrarse con claridad imaginativa en aquel difícil mundo, combinando un comentario de textos que guía al lector novato, con una profundización mayor para el especialista. A veces parece faltar una síntesis trabajada: el ensayo cae en una innecesaria morosidad intelectual. Otras veces rehuye ciertos abismos que se vislumbran aleteando oscuramente en esas obras de arte, prefiriendo un pedagogismo fácil que no captura plenamente al objeto sino que lo simplifica. Tampoco toma en cuenta la tradición, nacional o extranjera, dentro de la cual todo autor está inserto y desde la cual es posible comprender su vital relación con el pasado que lo conformó.

Estos defectos disminuyen el valor del libro, pero no lo descalifican. Los aciertos, la seriedad con que el autor se ha dedicado al estudio intrínseco de la obra (aunque no establece las bases metodológicas con que ha trabajado), la forma en que se ha descubierto paso a paso el cosmos estético que anima Rulfo, permite decir que estamos ante una obra que, aunque no señala rumbos, es el mejor y más completo estudio de Rulfo de que disponemos.

El libro se divide en dos partes, una dedicada a cuatro relatos de *El Llano en Llamas*, la otra, a *Pedro Páramo*.

Cada uno de los cuatro cuentos estudiados sirve para destacar otro aspecto del arte del mexicano.

Rodríguez-Alcalá explora "En la Madrugada", para mostrar el peculiar método que utiliza Rulfo con el fin de dejar a sus personajes en una constante niebla, con una interioridad y un pasado apenas entrevistos. Esto se une a una multiplicidad de enfoques temporales, "incompletos, de vislumbres fragmentarios". Los personajes siempre quedan en la ambigua penumbra de lo desconocido. Esto crea, en el lector, una proyección imaginativa, que rellena detalles y evoca sensaciones, creando en "aquello que se calla", para citar a Heidegger, la esencia de la obra.

"En la Madrugada"

¹En "Realidad y Estilo de Juan Rulfo".

²Hugo Rodríguez-Alcalá: *El Arte de Juan Rulfo (Historias de vivos y difuntos)*. Instituto Nacional de Bellas Artes, Departamento de Literatura, México, 1965.

"No oyes ladrar los perros"

En "No oyes ladrar los perros", se estudia el mundo dramático, exterior e interior, de Rulfo, creado por una tendencia a condensar estilísticamente, enfocando en un instante misterioso toda la tragedia vivida durante una vida. El paisaje se ve, además, como algo creado desde la obsesión de los personajes, una especial atmósfera enraizada en los movimientos psicológicos de los seres ficticios.

"Luvina"

Rodríguez-Alcalá ve el cuento "Luvina" en función de *Pedro Páramo*. El ensayista traza un paralelo entre el pueblo de Luvina (el Purgatorio) y el de Comala (el Infierno que fue una vez el Paraíso). Analiza excelentemente los diferentes recursos y temas que caracterizan a ambos mundos en descomposición, producto ambos, según apunta el autor de *El Arte de Juan Rulfo*, de "la experiencia trágica del desvalimiento, del desamparo, de la desesperanza", suscitados en Rulfo por su propia condición de hombre arrojado en un mundo triste y violento. Sin embargo, las características purgatorias del pueblo de Luvina no convencen, a pesar de que Rulfo las ha señalado en el cuento mismo.

"El Llano en Llamas"

En *El Llano en Llamas* se busca el problema del lenguaje que utiliza Rulfo, y que siempre ha creado problemas a autores que, como Faulkner, han intentado novelar seres que no disponen de recursos lingüísticos cultos o complicados pero que necesitan expresar estados de ánimo enmarañados y tensos, bordeando la muerte y la culpa. Como todos los protagonistas del mundo rulfiano son seres rústicos, de aparente simplicidad, que hablan en un estilo espontáneo, llano, pero plásticamente gráfico y metafórico, importa preguntarse sobre los secretos de ese estilo, clave para una futura novelística latinoamericana de arraigue popular. Rodríguez-Alcalá sostiene que lo inculto y lo rústico están controlados, manejados sutilmente, por la refinada mano del autor. De esta manera, el lenguaje salta imperceptiblemente, desde un tipo de lenguaje a otro, fundiéndolos finalmente en un todo unívoco. Esto se consigue al sumergir al personaje en un mundo circunstancial, inmediato, regional, hasta el punto de que "parece hablar sólo para otros igualmente inmersos en aquél". Esto explica algo que es, a mi juicio, el mayor acierto de Rodríguez-Alcalá: descubrir en Rulfo algo que se ha estado señalando hace ya varios años. El ensayista lo llama "regionalismo a ultranza", que es "un regionalismo que, al revés del tradicional, prescinde de lo que en el mundo exterior pueda destacarse como pintoresco o típico, o 'interesante', y carga el acento sobre lo que pasa en las almas de una región dada, en lo que ellas son. Este regionalismo definido como a ultranza, nos instala entonces, en lo que es universal en lo regional, en lo que es humano, y en lo que es demasiado humano, en esa región o en cualquiera otra. En suma: "nota resultante es la universalidad" (pp. 87-8).

Este fenómeno, que he definido en otra parte con el nombre de "criollismo interior o psicológico", permite unir a Rulfo a otros autores hispanoamericanos de su misma generación, con los cuales parecía tener poco en común.

"Pedro Páramo"

El autor pasa a estudiar *Pedro Páramo*. La novela está estructurada por la tensión que existe entre dos mundos: Comala, el Infierno de los muertos, lleno de horrores, y Comala, el Paraíso Perdido, "un pueblo hermoso, lleno de vida, de luz, de fragancias". El contraste entre estos mundos, el Paraíso evocado desde el Infierno, el Paraíso perdido, pero jamás olvidado, sirve también para apuntalar la lucha básica entre vida y muerte que recorre toda la novela. El autor va a mostrar la misma dualidad en el personaje Pedro Páramo, que se debate entre la ensoñación y la violencia.

La parte más interesante del ensayo es la referente a la estructura (que Rodríguez-

Alcalá no entiende en su sentido kayseriano, sino más bien con el significado de organización unitaria de la secuencia cronológica desordenada, es decir, la relación entre la fábula y el sujet). Algunos críticos (José Rojas Garcidueñas, Ali Chumacero), creen que la estructura temporal de la obra es censurable y que denota una composición confusa, meramente lúcida. Otros, entre los cuales se encuentra el autor del libro que comentamos, justifican la estructura fragmentaria, de mosaico, de gran mural episódico, ya que "la mente del lector se llena de hipótesis, de figuraciones múltiples, de sospechas acertadas o erróneas que, inevitablemente, se traducen en un despliegue adicional de la actividad psíquica hasta el logro final de la búsqueda, cabal comprensión del relato". Tiene razón el autor, pero existe aquí una confusión de parte suya. El cree que el *sujet* está logrado porque permite, a pesar de su aparente dispersión, reconstruir a la perfección una *fábula*, es decir, que la bondad del libro radicaría en la posibilidad de ir ubicando cada incidente dentro de un orden cronológico que existiría sólo en la cabeza del lector. Leer *Pedro Páramo* sería entonces un juego, armar un rompecabezas cuyos límites y pedazos ya estarían dados. Pero una novela no es un *puzzle*. En *Pedro Páramo* no existe una fábula. Esta obra de Rulfo demuestra la falsedad de los conceptos de *sujet* y *fábula*³, que sirven como adecuados instrumentos de análisis, pero que no existen como fenómeno artístico esencial, es decir, no existen como epifanía en la obra, en el autor o en el lector, no forman parte de la experiencia estética o de la existencia ontológica de una obra narrativa. Suponer o deducir otro orden que el existente en la obra es deformarla más allá de todo reconocimiento. La forma en que ocurren los fenómenos en *Pedro Páramo*, ese extraño marasmo temporal de acciones entrecruzadas, es la única manera posible en que pudieron haber ocurrido. Es decir, es la única manera en que están ocurriendo, ahora mismo, para siempre. El método seguido por Rulfo permite la creación de ese "eterno presente" de que ha hablado F. Alegría⁴ al referirse a la novela. Esa pesadilla de los cadáveres, ese rememorar el pasado anclados en su propio presente de tumba, es la manera en que son y serán las acciones para siempre jamás. No hay diferencia entre pasado, presente o futuro en *Pedro Páramo*. Pero la mezcla ilumina la ambigua relación entre vida y muerte, los temas fundamentales de Rulfo.

Por un lado, se narra desde la perspectiva de los muertos, para quienes ya todo, menos su remordimiento y angustia, da lo mismo. La forma narrativa crea un tiempo deforme para poder destruir el tiempo habitual en que está aprisionado el hombre, porque, en mi opinión, Rulfo cree que el tiempo regular, el del reloj, el cronológico, el ordenado acontecer lógico, es un tiempo falso, un tiempo en que no se tiene efectiva conciencia de la muerte. Es decir, en nuestra vida cotidiana tampoco habría "fábula": todo es una ilusión de la falsa racionalidad.

Pedro Páramo es una alegoría sobre la omnipresencia de la muerte. Tal como

³Véase Kayser: *Interpretación y Análisis de la Obra Literaria*. Gredos, Madrid, 1958, y especialmente René Wellek and Austin Warren, *Theory of Literature*, Harcourt, Brace and Company, New York, 1956 (p. 208), donde dice: "The Russian formalists distinguish the "fable", the temporal-causal sequence which, however it may be told, is the "story" or story-stuff, from the "sujet", which we might translate as "narrative structure". The "fable" is the sum of all the motifs, while the "sujet" is the artistically ordered presentation of the motifs... "Sujet" is plot as mediated through "point of view", "focus of narration". "Fable" is, so to speak, an abstraction from the "raw materials" of fiction; the "sujet" is an abstraction from the "fable"; or, better, a sharper focusing of narrative vision".

⁴F. Alegría: *Breve Historia de la Novela Hispanoamericana*. Ediciones de Andrea, México, 1959, p. 244.

en los cuentos de *El Llano en Llamas*, aquí los seres humanos mueren todo el tiempo, a cada instante, en cada rincón. Al morir, al tener que morir, ya han muerto, ya recuerdan su muerte futura, anticipan su muerte pasada, mueren su vida presente. El modo narrativo de Rulfo apunta hacia la estructura real de la experiencia humana, hacia la fantasía mortuoria que ahoga nuestro mundo aparcial. El acto imaginativo penetra y objetiva estas realidades.

Pero esas bocas enterradas que fueron sonoras, esa piel pudriéndose y recordándose fresca, esos ojos entumbados mirando siempre hacia atrás, no constituyen, no pueden constituir, la única perspectiva de la novela. Para recordar algo desde la muerte, se tiene que recordar algo que se vivió alguna vez, ese algo real y ficticio que es la vida viviéndose, desarrollándose ciega a la muerte, ignorando que hay muertos que ya recuerdan, que ya retroexaminan cada acción, cada gesto, cada actualidad, muertos que recuerdan lo que es presente para los vivos, muertos que miran ese ahora de los vivos, que miran cómo esos seres vivos aman, odian, hablan, luchan. Muerte y vida, para Rulfo, se entrelazan en un irónico acto de amor, que es el correlato de la ironía trágica en la vida del protagonista, que veremos más adelante.

Para los vivos, la muerte es algo lejano, imposible, algo que no vendrá, que nunca existirá. ¿Cómo puede existir la muerte, si estamos vivos? Pero las voces de los cadáveres susurran en cada rincón, acompañantes, eternos compañeros, doppelgangers de los vivos. Y para esos muertos, la vida es un espejismo, un único, definitivo espejismo, un espejismo que no sabe que se lo está mirando, un espejismo que se alimenta de la estéril arena del desierto y que no sabe que los nómades de la muerte lo tratan de tocar y beber. Así, la existencia del hombre es la yuxtaposición de vida y muerte: omnipresencia de vida, omnipresencia de muerte. El tiempo existe y no existe. Es la categoría que permite al hombre construir en el hielo de la eternidad arquitecturas de sentido, fijarlas ahí para siempre. Pero al fijarse el hombre niega la fluidez del tiempo, niega la vida, niega el movimiento, es decir, el hombre niega al hombre, y muere.

El modo narrativo y la secuencia anticronológica han sido, así, la forma que nos ha permitido penetrar en el mundo muerto y vivo del autor. Por eso, aunque Rodríguez-Alcalá muchas veces, con una sensibilidad fina, logra desentrañar esencias artísticas fundamentales, se queda en el formalismo, en la mera constatación de armazones frecuentemente inútiles y huecos, sin buscar la visión profundamente humana que se encuentra detrás de esas formas.

Generalmente se piensa equivocadamente que la forma de un objeto es algo impuesto a una materia o a un fondo ya dados. Naturalmente que esto conduce a reducirla, esquematizarla, hacer de ella un mero esqueleto deshumanizado, descarnado. Esta esquematización es necesaria como primer intento metodológico, como instrumento de sistematización. Pero esa temprana y cómoda aproximación es sólo el primer paso. Lo importante es buscar el sentido de la forma, la visión que permite tal forma. La forma no es algo impuesto al objeto: es el objeto mismo, es su sentido, es su humanidad, es su específica individualidad.

Rodríguez-Alcalá comprende esto al relacionar la estructura temporal con la motivación torturada de los personajes. Argumenta, acertadamente, que una obra que trabajara con absoluta transparencia no podría comunicarnos la incertidumbre laberíntica que Rulfo logra en las silenciosas habitaciones interiores de sus personajes.

El examen de los personajes mismos es valioso, especialmente en lo que se refiere al protagonista. Pedro Páramo contiene, según Blanco Aguinaga, las características esenciales del alma mexicana: "la violencia exterior y la lentitud interior".

Es decir, por un lado es un "rencor vivo", un cacique que domina y, finalmente, destruye un pueblo; pero, por el otro, es un poeta, un enamorado ensoñador que desea a la mujer que nunca le corresponderá. B. Aguinaga explica la necesaria relación entre ambas: "Toda su violencia y crueldad exteriores no son más que el esfuerzo inútil por conquistar el intocable castillo de su sueño y dolores interiores". Pero Rodríguez-Alcalá agrega a este análisis de Aguinaga la idea del "trauma psíquico" de Pedro, para explicar por qué tuvo esa voluntad de poderío. Aunque hay que desconfiar en general de las explicaciones psicoanalíticas de personajes (muchas veces no ayudan en absoluto a comprender mejor al personaje y, en último caso, qué nos importa si el complejo de Edipo no manifiesto en la obra, es el origen de lo que está sucediendo: importa motivar la novela desde adentro y no desde teorías ajenas a ella), la visión de Rodríguez-Alcalá agrega mucho a la obra: la muerte del padre de Pedro y la pérdida de Susana San Juan eran acontecimientos que el niño no podía controlar. Se sentía víctima. Su reacción fue vengarse contra el mundo.

Desafortunadamente, el ensayista se queda solamente con esta visión, que de profundizarse es la que permitiría comprender a Pedro Páramo como una tragedia americana moderna.

El niño, a mi modo de ver, se apoderará de la región para así *controlar* su mundo. Para que nunca más le maten a alguien que ama, para que nunca más se vaya la mujer que adora.

Pero hay cosas que no se controlan. Pedro se va a dar cuenta de esto, a medida que transcurre su vida. Todos los seres de Pedro Páramo están movidos desde afuera, son marionetas. Los habitantes de Comala están en manos de Pedro Páramo, que hace y deshace sus vidas. Ellos viven o mueren según determine el cacique. Están enajenados en vida, económica y socialmente. En la muerte, están enajenados mentalmente, ya que todos sus recuerdos también giran en torno suyo.

La ironía trágica está en el hecho de que ese hombre que los domina a todos, es incapaz de realizar y controlar su propia vida, es incapaz de resolver la dualidad que existe entre ilusión y realidad, es incapaz de convertir su personalidad dividida en una integrada individualidad. No toma en cuenta el destino. No toma en cuenta la muerte.

Comala no es sólo un Infierno en el sentido que dice Rodríguez-Alcalá, en un sentido casi exterior, de rasgos demoníacos: es el Infierno, porque Pedro Páramo es Lucifer, que aspira a ser Dios, que arrastra a sus huestes hacia la muerte eterna, la omnipresencia de la tierra oscura. Ese pueblo estaba muerto antes de que sus habitantes murieran físicamente. Está muerto porque no se ha rebelado, porque se ha puesto en manos de otro, ha sido el sueño de otro.

Todos los cuentos de Rulfo tienen una estructura similar, que aún no ha sido relacionada esencialmente con su novela. Se nos hace vivir la interioridad de un personaje, identificándonos plenamente con él. Somos esa persona, intensa y emocionadamente, durante unos minutos. Después asistimos, desde adentro y desde afuera, al relámpago de su muerte. Pero nosotros no hemos muerto; él, aquel que conocíamos, con el cual hemos convivido, ha muerto. Se nos da una experiencia de la cercanía y la lejanía de los hombres, separados y reunidos por la muerte. Anticipamos nuestra disolución final; al mismo tiempo, experimentamos la solidaridad de los solitarios.

La muerte en estos cuentos es siempre violenta y, lo que es más importante, es fruto de la venganza. En el lejano pasado, el protagonista hizo algo. Nosotros asistimos al momento en que debe enfrentarse a ese pasado encarnado en el

vengador. Es el destino que mata a través de una persona, que restaura el equilibrio primordial que la víctima quebró hace tantos años.

Esta ley fatal, a la cual no puede escapar el hombre, es esencial para entender la novela *Pedro Páramo*. En la primera parte de su vida, Pedro es el vengador, es el instrumento de un destino que lo usa contra otros seres humanos. Pero no sabe que toda acción trae una reacción, que toda muerte debe pagarse con otra muerte, futura. No sabe que hay un destino por encima de él.

Como Pedro es el que venga dominando, el que toma venganza con orgullo satánico, no puede ser otro hombre el que lo destruirá. La venganza del destino se hará a través de una mano ciega, implacable, certera. Pedro Páramo comprenderá que hay cosas que no se pueden controlar.

El mata a otros. Como contrapartida, su hijo Miguel muere. Pero no se inicia aquí una violenta persecución de los asesinos. No hay asesinos contra quienes tomar venganza: lo mató su caballo. Es el azar que interviene. Pero la intervención es justa, exacta, impersonal.

Pedro viola a todas las mujeres de la comarca; de una de esas uniones saldrá el moderno Edipo, Abundio Martínez, que matará a su padre, vengando inconscientemente a toda su clase social. Pero de nuevo se trata de una casualidad. Abundio está borracho cuando mata a Páramo. No hay mensaje político o social en la obra. Las energías se cruzan y entrecruzan en un universo sin rebeldes.

El cacique domina un pueblo, tergiversa el sentido de la Revolución, compra gente, posee almas; pero no puede tocar el alma de la única mujer que le importa, Susana San Juan, que sueña a su vez con un muerto, que vive en un mundo interior alejado de esa violencia externa que Pedro controla.

Pedro Páramo es la historia de un hombre que creía que podía dominarlo todo y que se dio cuenta, al final, que no controlaba nada esencial, que lo único que poseía eran fantasmas, muertos que lo conmemorarían.

En esto consiste justamente el criollismo interior o psicológico, que Rodríguez-Alcalá mencionaba antes como la visión rulfiana del lenguaje. Hay aquí un fenómeno americano típico: el cacicazgo. Pero no interesan los rasgos costumbristas, casi turísticos, de una realidad dominada por un cacique. No es un relato explorador de tierras exóticas ni estamos exportando tarjetas postales pintorescas o guías de viaje. Las costumbres de un pueblo no son el conjunto de actos habituales exteriores, superficiales, que los hombres realizan porque sí. Las costumbres son el resultado de la lucha del hombre por sobrevivir, su intento de comprender su realidad y superarla, su intento de hacer historia de sus necesidades naturales y humanas, su intento de hacer humana la naturaleza. Una realidad es así siempre la actitud de los hombres hacia ella, es una forma cultural exterior e interior, una forma ineludible que siempre apunta hacia la totalidad de lo humano.

En *Pedro Páramo* se novela una de esas formas culturales, se historian las consecuencias, especialmente psicológicas, que tiene el cacicazgo para los hombres, para el explotador y los explotados, es decir, la forma en que una específica situación americana determina actitudes, determina vida y muerte, determina una tragedia universal, una tragedia americana que toca a todos los hombres, que toca la estructura misma de la vida. Rulfo busca y encuentra uno de los arquetipos de la vida americana; le da proyección intemporal, mítica, lo hace significativo, comunica América a todo el mundo.

Por último, veamos la muerte misma de Pedro Páramo, su significado trágico.

Rulfo crea dos tipos de personajes: los fríos, indiferentes, que matan sin sentir remordimientos, sin mostrar una actitud moral, y los otros, los que se sienten constantemente culpables, angustiados, responsables.

Durante toda su vida, Pedro Páramo ha sido el dominador inmoral, descargando sus culpas en el pueblo mismo, convertido en un hervidero de ánimas que buscan la redención y que deben deambular eternamente sin encontrarla. Estas son las voces que pueblan la novela; las voces de los que estuvieron vivos y ahora están muertos; las voces de los que reconocen su culpa y gritan su remordimiento.

Al vivir, Pedro ha estado siempre por encima de estas voces, de estas vidas. En la muerte, también lo está. Guarda silencio, es el único que no habla. ¿Por qué? ¿Acaso porque reconoce por fin la inutilidad de todo esfuerzo? ¿O porque su frialdad e indiferencia aún persisten? ¿O porque, de hecho, es el único muerto verdadero, el único que acata el destino humano de ser polvo sin lamentos, sin recuerdos? ¿O es su modo de pagar su culpa? Su modo de manifestar que reconoce los límites del ser humano, su incapacidad para controlar la estructura esencial de todo hombre: la vida y la muerte.

No sabemos. Pedro nada dice. En su silencio están implícitas todas estas actitudes, todos los significados. Pedro nada dice. Aun en su muerte es diferente a los demás. Es el cacique, es el cacique americano, aun en la muerte. Tal vez es su último intento de dominar la eternidad, de subyugar el infinito.

Con ojos de piedra y muda carne de tierra, deja que el narrador y los otros personajes, cuenten su historia de ambición y fracaso.

Ramón Domínguez: Nuestro sistema de inquilinaje en 1867

(HACE UN SIGLO)

Agricultura y minería

EL ASPECTO de esta faja de tierra colocada al sur de la América meridional y entre los Andes y el Pacífico, revela por todas partes que la agricultura y la minería son sus verdaderas fuentes de riqueza. En los valles, en las colinas, en los montes y en las selvas diseminadas por todo el territorio, el hombre encuentra los elementos que puede necesitar en la explotación de la misma tierra que las produce. Los innumerables ríos y riachuelos sabiamente colocados por la Providencia, dan vitalidad y hermosura a esa importante industria que sin ellos no existiría.

Latitud del territorio

La latitud misma del territorio y de consiguiente la carencia de ríos y de lluvias hace que en las provincias del norte la agricultura esté muy perfeccionada, principalmente en Atacama y Coquimbo. Y si el suelo de estas provincias está desprovisto de las bellísimas galas de la naturaleza, pues el cultivo se reduce a muy estrechos límites, en recompensa las entrañas de la tierra poseen minerales, cuya riqueza sorprendería si no existiese Chañarillo, Tres Puntas, Carrizal y Tamaya. En el espacio comprendido entre el Choapa y las márgenes del Imperial, es donde la agricultura es verdaderamente conocida y explotada y donde también ha recibido mejoras y adelantos. Más al sur el campo desaparece debajo de los bosques y de las selvas impenetrables, de tal manera que la feracidad misma del terreno viene a ser el mayor enemigo del agricultor.

Dividido así el territorio en tres zonas perfectamente bien deslindadas, es fácil concebir el estado de nuestra agricultura. En la región del norte donde el agua para regar y aun para beber es tan escasa, no puede por menos que explotarse el campo en una escala muy reducida. El hombre ahí, no puede ir más allá de lo que la naturaleza le permite por muy grandes que sean sus esfuerzos. Las funciones del campesino en Atacama y Coquimbo, se reducen a sacar de la tierra el forraje necesario para la manutención de las bestias ocupadas en las faenas de los minerales. Sin embargo, en esta última provincia los hacendados hacen siembras, particularmente de cebada, esencialmente mineras; la mayor parte de la gente pobre, la gente de trabajo, se ocupa en las faenas de minas; otros, que son pequeños propietarios, se dedican al *pirquineo* y las demás al campo bajo el nombre de inquilinos. Este inquilino, como todos los sirvientes domésticos, desempeña todas las obligaciones del fundo por un sueldo mensual y por un rancho que se le da para que viva. La suerte de esta gente no será muy lisonjera si se quiere, pero a lo menos tiene un porvenir, una esperanza, como la tienen todos los que reciben periódicamente un salario, sobre todo allí donde la fortuna puede estar tan cerca del que la persigue.

Provincias mineras y agricultoras del norte y sur

Así como las provincias del norte son esencialmente mineras, las que ocupan la región media del territorio son esencialmente agricultoras. El campo en ellas es la verdadera riqueza y único porvenir, y por esta razón se explota en grande escala y en todo sentido, dando ocupación a millares de brazos. Fuera de los centros de población, los habitantes de esta comarca inmensa, viven desparramados por los campos formando dos clases diferentes: propietarios e inquilinos. Estos son los ver-

daderos inquilinos que forman una clase numerosa y cuya suerte es digna de atención y de estudio.

En las provincias del sur la agricultura está circunscrita a un número muy reducido de plantaciones y siembras. La excesiva cantidad de lluvias por una parte y los tupidos bosques por otra que cubren el territorio, impiden la explotación en grande escala. Generalmente el resultado de las siembras y plantaciones no guarda relación con los costos que se hacen para preparar el terreno quemando bosques y destroncando después la tierra que ha de recibir la semilla. La misma imposibilidad en que se encuentran los propietarios de obtener de sus fundos otros productos que excelentes maderas de construcción, hace que todos los trabajos los ejecute por medio de peones que viven fuera del fundo y que como él son por lo general pequeños propietarios. Esto unido al poco valor de los terrenos que están al alcance aun de los más pobres, coloca al obrero en aptitud de trabajar para otro, y al mismo tiempo, poder ser propietario, es decir, desempeña el papel de nuestros inquilinos, pero bajo condiciones muy diversas.

Existen, pues, en la República tres clases de inquilinos o individuos que se dedican a las faenas de la agricultura: unos que son muy semejantes a los sirvientes domésticos y que residen en las provincias del norte; otros, los verdaderos inquilinos, que participan de libertad y de servidumbre; y por último, los del sur, que aun cuando desempeñan obligaciones muy parecidas a las de los verdaderos inquilinos, son pequeños propietarios enteramente dueños de sus acciones.

A más de esta división bastante notable, puede aún hacerse otra, no tan sensible, ni primordial como la anterior, pero que demuestra de una manera patente la triste condición de los trabajadores del campo. Tal es la que existe entre los inquilinos que habitan en haciendas de cordillera y aquellos que residen en hacienda de costa. Entre unos y otros hay diferencias notables en las obligaciones, en el modo como se le remunerar los servicios que prestan, en las concesiones que les hace el patrón, en la manera de vivir, etc. Basta haber visitado alguna vez la posesión de unos y otros, para ver en el acto la miseria en que viven los inquilinos de la costa (*costinos* como se les llama vulgarmente), miseria que espanta y que conmueve, y el estado de felicidad en que relativamente se encuentran los inquilinos del interior.

Con estos datos, creemos que no nos será muy difícil estudiar la condición en que se encuentra, después de tantos progresos, la gente destinada a los trabajos del campo, los inquilinos, y ver si es posible mejorarla.

Aquellos que por fortuna o por desgracia han tenido la suerte de nacer de padres pobres que sólo cuentan con lo necesario para mantener a sus hijos durante la menor edad; aquellos que carecen de bienes y no poseen profesión, arte, ni oficio de que subsistir; y aquellos, por último, que ni sus méritos, ni su edad, ni sus enfermedades o dolencias los hacen acreedores a la asistencia de la caridad pública, todos ellos están condenados a trabajar, a buscar por doquiera su alimento, so pena de ser víctimas de las crueldades del hambre. Esta verdad es tan antigua como el mundo, y tan conocida, como son las necesidades que el hombre siente desde la cuna hasta el sepulcro. Fuera del círculo eterno de la conservación propia, el hombre es enteramente libre, para adquirir más o menos de lo necesario para su existencia, eso depende de las condiciones en que vive.

Desde luego, podemos colocar al individuo en dos estados diferentes, salvaje y civilizado. Como salvaje y bajo un clima benigno, su trabajo puede reducirse a buscar frutas silvestres o raíces de árboles que satisfagan su hambre; en lo demás puede seguir la naturaleza o las inclinaciones de su instinto, siendo él sólo el único responsable de sus actos. Como civilizado la cuestión es diferente: el individuo por

La miseria de los inquilinos de la costa

Fortuna o desgracia de nacer pobre

el hecho sólo de formar parte de una reunión de hombres, ya no es libre dueño de sus actos; por precisión tiene que someterse a voluntad ajena y su existencia no se concibe sin el trabajo. En ambos casos, puede decirse, que las condiciones de la vida animal son idénticas y que aparentemente es más dura la existencia del hombre bajo el punto de vista social, que suponiéndolo en los montes y en las selvas. Al lado de las grandes ventajas que se reportan de la cooperación social, desaparece la pena que pudiera causar la carencia de esa libertad del salvaje que muchos envidian. ¿Qué importa que el hombre trabaje e invente para sí y para la comodidad de sus semejantes, cuando sabe muy bien que todos trabajan e inventan para él?

Lo que debe procurar un individuo que vive en una sociedad medianamente ilustrada y que tiene en vista su felicidad y la de su patria, es tratar de adquirir con el menor esfuerzo posible todos los objetos que le sean necesarios, sin esperar jamás que otro se los suministre. Quien, por desidia, falta de medios o por otros motivos, se entrega a la ociosidad, abandonando al acaso su porvenir, comete un verdadero crimen, cuyas consecuencias no se dejan esperar mucho tiempo. No son las clases sociales aisladas, ni cada individuo por sí, los que deben atender a la satisfacción de aquellas necesidades generales inherentes a las naciones y a los pueblos, la sociedad misma, personificada en el gobierno de cada país y que tiene cifrada su felicidad en la cooperación de sus miembros, es la encargada directamente de repartir con justicia y equidad las cargas y los beneficios, consolidando la paz y la tranquilidad de las familias y desterrando los gérmenes de discordia que pudiesen originarse en perjuicio de la comunidad, dejando a cada cual en el gozo de la libertad que relativamente le corresponde. Las clases pobres y principalmente las que están entregadas a trabajos duros y pesados, como el de las minas y el de la agricultura, y los individuos que viven desamparados sin apoyo de ningún género, tienen perfecto derecho a recabar la protección del gobierno, cuando por falta de garantías y de medios suficientes se hallan estacionarias fuera del alcance de los adelantos de la civilización.

Nuestro sistema de inquilinaje

Veamos ahora hasta qué punto son aplicables a Chile y particularmente a nuestro sistema de inquilinaje los principios que dejamos sentados. Examinemos primeramente sus ventajas y después nos posesionaremos de sus defectos y más notables inconvenientes.

Ya en otra parte hemos hecho ver quién es patrón y quién inquilino con relación a los trabajos del campo; estudiemos ahora las ventajas que tanto el patrón como el inquilino y en general la agricultura reportan del actual sistema planteado en tiempo de la conquista y perpetuado hasta nosotros. Con respecto al patrón las ventajas son notorias: en primer lugar, estando completa la dotación de inquilinos de una hacienda cualquiera, el patrón cuenta con el número de brazos suficientes para emprender todos los trabajos ordinarios del fundo, salvo el caso en que el patrón persiguiendo mayor lucro, aumente considerablemente las siembras o dé otro giro a la explotación de terrenos no cultivados, pues entonces tiene que echar mano de peones sueltos. En segundo lugar: baratura de trabajos. Efectivamente, mediante ciertas concesiones que el patrón hace, el inquilino está obligado a ejecutar ciertos trabajos de balde y otros remunerados, pero con una remuneración que no está expuesta, como todas, a la alza y baja de la concurrencia; casi siempre el salario del inquilino es fijo o depende de la conciencia, del capricho o de la avaricia del patrón. A lo que debemos agregar que, en muchos fundos del sur, el patrón goza también de la gran prerrogativa de pagar a sus peones en especies en lugar de dinero. Otra ventaja bastante útil del actual sistema, es la guarda o vigilancia que los inquilinos deben hacer en la hacienda en que viven de todo el espacio de te-

terreno que está contiguo a su posesión y de todas las cosas comprendidas en él, como son cercas, acequias, árboles, etc.

Fuera de estas ventajas insignificantes al lado de los graves inconvenientes del actual sistema, el patrón goza de otras muchas prerrogativas que pudieran llamarse morales y que, a primera vista, no aparecen, pero que en realidad existen. De todas ellas trataremos más adelante. Desde luego lo que conviene para nuestro asunto es concretarnos a estudiar la suerte de los inquilinos tal como se encuentran desparrramados por todo el suelo de la República.

En otros tiempos la tierra fue cultivada por los esclavos y por los siervos de la gleba, ahora lo es entre nosotros por los inquilinos, que, a decir verdad, tienen muchos puntos de semejanza. Si nuestros inquilinos han nacido en un país cuya Carta fundamental condena la esclavitud, y de consiguiente los patrones no tienen, como los antiguos amos, ningún derecho peculiar sobre los inquilinos, en recompensa, siguen prácticas tan punibles, ejecutan actos tan monstruosos, que por precisión se tiene que reconocer que aquel bárbaro derecho ha desaparecido de las ciudades, es cierto, pero ha quedado existente en los campos. ¿Qué son sino actos de servilismo los que ejecuta el inquilino cuando sirve al patrón, cuando labra el campo, cuando se le manda que ejercite sus derechos de hombre libre y cuando por último se le arroja de la hacienda tal vez por un capricho? Verdad es que el inquilino no se llama siervo, y sin embargo, como siervo es azotado por el patrón; como siervo se le queman los ranchos en que vive, porque ha tenido la torpeza de irritar al señor y no ha abandonado tan pronto el hogar; como siervo se le hace trabajar de balde más allá de lo equitativo, y como siervo, en fin, tiene que soportar todos los caprichos y todas las majaderías del patrón. Mucho podríamos decir a este respecto, mucho que por desgracia ha sucedido y sucede en nuestras haciendas, pero hay cosas que más vale callarlas, que publicarlas; sobre todo son hechos que existen en la conciencia, tanto de los que son dueños de fundos de campo, como en la de los que no poseen ni una pulgada de terreno.

La semejanza es aún más exacta respecto de los antiguos vasallos de los señores feudales. El inquilino se pone al servicio de un hacendado cualquiera, por tener un rancho en que vivir y un pedazo de terreno en que sembrar, y también buscando el apoyo moral y material de un patrón tan importante en las cuestiones con la justicia y con el gobierno. Por estas ligeras concesiones el inquilino se obliga a servir de balde en ciertos trabajos del fundo, a dar un peón siempre que la hacienda lo exija, a ejecutar todos los mandados que se le encomienden por lejos y difíciles que parezcan, y, en una palabra, hacer todo aquello que el patrón le indique de cualquier género que sea.

Estas obligaciones no son las únicas de nuestros inquilinos, son tantas y tan variadas, como haciendas y fundos se encuentran en el territorio. En unos se exige a los inquilinos que no puedan contraer matrimonio sin el consentimiento del patrón; en otros se les priva de la facultad de requerir a otros judicialmente sin el mismo consentimiento; en otros los inquilinos deben comprar todo lo que necesitan en el despacho de la hacienda, so pena de ser expulsados; en otros están obligados a limpiar cierta longitud de acequia o cauce, o cierto espacio de terreno o a plantar un número determinado de árboles. En las haciendas de costas, los inquilinos deben recoger sal y vendérsela al patrón; y en las de cordillera es obligación del inquilino matar uno, dos o más leones por año, según la cantidad y llevar los despojos al patrón. En casi todos el patrón es preferido por el tanto, si el inquilino quiere deshacerse de alguno de sus animales o de los productos que ha sacado de la tierra o de las semillas que ha cosechado. Y para que no falte nada de aquellos afamados tiempos caballerescos tan notables en extravagancias y ridiculeces, en al-

gunas haciendas los inquilinos que desean hablar con el patrón deben presentarse sin sombrero y sin espuelas; en otros deben dar al patrón el tratamiento de usía; en otros, los inquilinos deben formar escolta al patrón cuando llega a la hacienda o cuando se retira. Asimismo, la caza, tan apreciada en aquella época, lo es igualmente ahora, en los fundos que se prestan a este género de diversión, los inquilinos están expuestos a las mismas pérdidas y a las mismas contingencias de entonces. Como se ve y sin temor de exagerar, puede decirse, que nuestras haciendas son los feudos, los patrones los señores feudales y los inquilinos sus vasallos con obligaciones tan multiplicadas y tan raras como las que hemos dejado apuntadas en la primera parte.

Para ser propiamente inquilino de una hacienda cualquiera, no se exigen condiciones fijas de ninguna clase: en algunos fundos se requiere que el inquilino tenga hogar o familia que pueda dedicarse a los quehaceres de la casa mientras aquél se ocupa de las faenas del campo; sin embargo, esto no obsta a que un mismo patrón en su hacienda dé mayor o menor latitud a aquel principio admitiendo inquilinos bajo todas condiciones. Lo indispensable, en general, consiste en que el aspirante a tener una posesión en la hacienda, sea un hombre capaz de trabajar y de sostener una casa en que vivir. Las dotes más o menos sobresalientes que posea, como las recomendaciones favorables que pueda presentar, valen muy poco ante los patrones que tienen por sistema rodearse de servidores ignorantes para no acarrear compromisos, como ellos dicen; y sobre todo tratándose de la adquisición de fuerzas y no de inteligencias.

Al instalarse el inquilino debe saber ya cuáles son sus obligaciones. En el invierno asistir a las aradas; en la primavera a los rodeos y a las trasquilas; en el verano a los riegos, a las cosechas y a las trillas, y en el otoño a las vendimias y a las podas. Los rodeos y las trillas son servicios que el inquilino debe hacer gratuitamente sin remuneración de ninguna clase; en los demás la obligación consiste en salir a trabajar o presentar un peón que lo supla; estos trabajos son pagados con salarios que fija el mismo patrón. Por todos estos servicios el inquilino tiene un pequeño cerco en que levanta su rancho, un pedazo de tierra de media cuadra o una cuadra de extensión, más o menos, según las proporciones del fundo y pasto para uno, dos o tres animales, pero esto no sucede en todas partes.

Salario del inquilino y regalías

Hemos hablado de ciertos trabajos del inquilino que son pagados con salarios que el patrón fija; vamos a esclarecer este punto por suponerlo muy importante y porque tal vez habrá muchos que creen que a este respecto no es tan miserable la suerte del inquilino. Después de las grandes operaciones de la agricultura, como son las aradas, las siembras, las cosechas, etc., el patrón fija un día para hacer los pagos y entonces se le arregla a cada peón su cuenta según los días que ha trabajado o las tareas que ha llenado y todo según las listas presentadas por los mayordomos. En los fundos de las provincias del norte no existen las épocas fijas de pago, como en el sur; cada inquilino percibe al fin de cada mes un salario cuya tasa es de ocho a diez pesos, en la misma forma que los sirvientes domésticos. Por este sueldo mensual, como ya lo hemos dicho, el inquilino debe ejecutar todos los trabajos del fundo sin ninguna otra clase de remuneración. A los alrededores de Santiago, los hacendados y chacareros pagan a sus peones con dinero. En el sur la cosa es diferente; los hacendados para hacer sus pagos siguen prácticas muy diversas, según la localidad en que se encuentran. Así, en unas partes, los inquilinos perciben su salario en especie; en otras en género; en otras en bonos, y en otras en bonos y en dinero, pero esto ya es raro. De aquí resulta que el inquilino después de haber trabajado

una semana, un mes o dos, ha obtenido por su trabajo o unos cuantos almudes de trigo, de maíz, de fréjoles, o unas cuantas varas de género blanco, o un rebozo para su mujer, o un pequeño papel que dice: —"Don Fulano, Sutano, ha ganado tanto, dele de la tienda lo que necesite y cárguelo a mi cuenta", o por último, este mismo papel y unos cuantos centavos.

Para sostener sistemas de pago tan particulares, los dueños de fundos se valen de una especie de bancos *sui generis* que ellos mismos establecen y que se conocen con el nombre de la Tienda-Despacho de la hacienda tal. Estas tiendas-despachos surtidas con objetos necesarios y propios para los campesinos, aunque de pésima calidad, desempeñan un papel trascendental en este asunto, por lo que se nos permitirá que nos ocupemos de ellas, aunque sea a la ligera. No creemos exagerar al decir que las tales tiendas son el verdadero sepulcro de todo lo que gana y de todo lo que pudiera ahorrar un inquilino. Si se le paga en dinero, que rara vez sucede, ese dinero por precisión tiene que ir a parar a la tienda; ya porque el patrón prohíbe expresamente que se introduzca nada de afuera o ya porque el inquilino buenamente compra ahí por estar más cerca y por permitírsele sacar al fiado; de todas maneras el resultado es el mismo. Pagándoseles en bonos contra la tienda, es evidente que el inquilino necesite o no los objetos los tendrá que tomar, a trueque de quedarse con un papel inútil o de perder miserablemente su trabajo. A lo que debemos agregar que siendo de muy mala calidad los artículos que se expenden, el inquilino recibe un doble gravamen al tomarlos.

Poco se necesita reflexionar para penetrarse de todos los males que acarrea una negociación de esta naturaleza. Por muy estúpido que se suponga a un inquilino jamás llegará hasta el punto de desconocer la mala fe del patrón que lo obliga a recibir papel por dinero y luego que invierta ese papel en artículos de la tienda. Ese huaso ignorante, que se llama inquilino, sabe muy bien que el despacho de la hacienda, pertenece exclusivamente al patrón aun cuando sea otro individuo el que figura en él como sucede generalmente, de tal manera que el patrón que paga es el mismo que recibe. Y quién no ve en esta clase de manejos un motivo de inmoralidad. Si laudable es el fin que los patrones se han propuesto al establecer sus tiendas-despachos en beneficio propio y en el de sus inquilinos, también son muy perjudiciales las consecuencias que resultan de negociar en todo sentido precisamente con la gente más pobre. Atraso para la agricultura, descrédito para el patrón, miseria e inmoralidad para el inquilino, he aquí los resultados lógicos de un sistema como el que deploramos. Pero estos no son los únicos inconvenientes. Los males van más allá, son más trascendentales los perjuicios. Como un bien para los inquilinos, se les permite en estas tiendas tomar artículos al fiado, es decir, adquirir por su trabajo futuro, por una cosa que no tienen. De una manera indirecta se les obliga a desprenderse anticipadamente, no sólo de una entrada que puede ser eventual, sino también del producto de un trabajo que es el sostén y el único porvenir de una familia. ¿Qué extraño es entonces, que la miseria en que esa gente vive no sea pasajera, sino un mal crónico que aniquila su existencia?... ¿Cómo pueden adelantar los inquilinos y con ellos la agricultura, cuando lejos de enseñarles a practicar el trabajo de ahorro y demás ideas económicas, se les acostumbra a desbaratar las riquezas tanto adquiridas, como futuras, colocando un aliciente en su casa? De esta manera es como el inquilino que se ve siempre empeñado, debiendo el salario de uno o dos meses, trabaja mal, con fastidio y hasta con horror. ¿Y cuántas veces llevado de la necesidad de sus hijos y de su misma ignorancia se lanzará al crimen y quizá su patrón es el blanco de sus asechanzas?... ¿Y es posible que todos estos males, que provienen nada más que de la avaricia de los patrones, sigan en aumento de día en día y que los gobiernos tan solícitos por la cosa pública, se muestren tan indiferentes con la suerte de los campesinos?

Contrato común entre patrón e inquilino

Ya que tratamos del trabajo de ahorro permitásenos aquí hacer mención de un contrato muy común en nuestros campos y que, como la negociación de que hemos hablado, tiende a desarraigar aun los más leves gérmenes de aquel precioso trabajo, fin de todas las sociedades constituidas. Este contrato que se efectúa entre patrón e inquilino consiste: en que éste vende a aquél por un precio muy reducido cada fanega del trigo o de los fréjoles que están creciendo o que todavía no se han sembrado bajo condición de entregarlos inmediatamente después de la cosecha. Si en éste como en todos los contratos aleatorios estuviesen expuestas las partes recíprocamente a las contingencias de ganancia o pérdida, nada tendría de particular que el inquilino vendiese una cosa de su exclusivo dominio por un precio reducido, puesto que cada uno es dueño de hacer el uso que quiera de lo que le pertenece. De la misma manera, si el patrón adquiere a bajo precio una fanega de trigo o fréjoles corre el riesgo de perder su dinero si se arruinan las cosechas. Pero no sucede así: el contrato de que vamos hablando, envuelve un negocio positivo y claro como la luz del día para el patrón, como una pérdida segura para el inquilino. En primer lugar: el hacendado adquiere a ciencia cierta, como se dice, y a bajo precio la fanega de un producto que cuando menos importa el doble o triple; no tiene que hacer ningún desembolso para cosecharlo: se le entrega el producto puesto en graneros; si los productos cosechados son de mala calidad, siempre gana, por lo menos la mitad más de lo que ha dado por ellos, y por último si la cosecha se pierde enteramente, el contrato no termina, el inquilino queda obligado a cumplirlo en el año inmediato. ¿Puede llevarse a más alto grado la estafa que se comete prevaliéndose de la ignorancia y de las necesidades del inquilino? Y éste ¿qué ha sacado del negocio? unos cuantos pesos que al día siguiente de haberlos recibido ya no posee; como pobre, al fin, y como pobre miserable, la plata está en sus manos momentáneamente. Y mientras tanto queda con la obligación de trabajar y de cosechar de balde, y al fin cuando ha recogido el trigo o los fréjoles que había sembrado tiene que conducirlos a donde su patrón le indique. Este contrato es conocido en los campos con el nombre de compra en yerba o en verde de los productos de la tierra.

Tan frecuente como el anterior, es el contrato de sociedad que se establece cuando el patrón da al inquilino unas cuantas fanegas de trigo o cebada para que las siembre y las coseche por su cuenta. Por este contrato en que el patrón pone únicamente la semilla, el inquilino, que carga con lo demás, queda obligado, primero a devolver el mismo número de fanegas que se le dio; segundo, a partir con el patrón las utilidades, y tercero, a devolver doblado el número de fanegas en el año siguiente si la cosecha se pierde, y así sucesivamente. Lo mismo sucede cuando el patrón da al inquilino cierta cantidad de ovejas para que las cuide y al fin del año le devuelva un número determinado de crías. Creemos excusado comentar esta clase de negociaciones, porque los abusos y las consecuencias que de ahí se siguen están de manifiesto.

Después de lo dicho, nada más fácil que estudiar las desventajas e inconvenientes notables del actual sistema; desventajas que constituyen el atraso de nuestra agricultura, que forman el descrédito de los hacendados, y que, por último, dan origen a la miseria y abandono de los inquilinos. Veamos los hechos. El campo se labra en la actualidad como se labraba treinta o cuarenta años atrás. Las máquinas, instrumentos de labranza que ahora se usan, son los mismos de entonces¹. Los

¹En honor de la verdad debemos decir, que aun cuando la generalidad de los fundos se encuentran bajo el pie que indicamos, hay muchos otros en Santiago y en las provincias vecinas, cuyos dueños son dignos de recomendación y de elogio por la constancia y celo que muestran por los adelantos de la agricultura, adaptando a su explotación arados ex-

procedimientos que emplean los hacendados para obtener tal o cual resultado son los mismos procedimientos, que con corta diferencia, empleaban los hacendados de aquella época. Entonces ¿qué ventajas o adelantos se han obtenido en un espacio de tiempo como el que hemos indicado? ¿Se explota mejor la tierra? ¿Se obtienen mejores resultados? ¿Se han plantado nuevas industrias? ¿Se hace uso de las máquinas y de los instrumentos modernos? Nada de esto. Al revés de lo que sucede en las ciencias y en las artes, que cada día adelantan con nuevos descubrimientos e invenciones, nuestra agricultura, o más bien dicho, la manera de explotar el campo en Chile, permanece estacionaria fuera de los adelantos de la civilización. Las mejoras que aquel arte ha recibido, las máquinas e instrumentos que se han inventado, los procedimientos que diariamente se emplean en todas partes para obtener mejores resultados, son inaplicables a los campos de la República. Los hacendados creen, como una utopía insostenible, que en Chile es imposible hacer uso de las máquinas y de los instrumentos que se emplean en Europa y Norteamérica. Nuestros campos, dicen, no son lo mismo que los de aquellos países, las costumbres son diferentes, como también las necesidades, el atraso de la industria hace que sean muy costosos los arreglos de los instrumentos descompuestos, y por último, los huasos que han de manejar los instrumentos y las máquinas son muy estúpidos. ¡Ah! por aquí debían principiarse; este es el verdadero eje de la dificultad. En manos de un obrero que comprende el mecanismo de una máquina, que entiende su movimiento, que puede armarla y desarmarla a voluntad, ni se descomponen ni se rompen las piezas de que consta. Si por una circunstancia casual se paraliza la máquina o el instrumento que maneja, le es mucho más fácil acomodarla conociendo todo su mecanismo, que ignorándolo. Y sobre todo, este obrero, que comprende la inmensa economía de fuerzas y de tiempo que reporta una máquina, a más de trabajar con gusto se encuentra en las mejores disposiciones para inventar. Pero póngase la misma máquina en manos de uno de nuestros huasos que a su ignorancia añaden frecuentemente la estupidez y se verá qué sucede; muchas veces antes de funcionar, cuando apenas le ha dado unas cuantas vueltas al manubrio, o ha roto ya una pieza o ha hecho soltar una tuerca o ha aflojado un tornillo, de tal manera que, si no ha inutilizado el aparato para siempre, ha hecho retardarse el trabajo una o dos horas por lo menos. Este resultado es consiguiente. Un individuo que sólo ve en una máquina un conjunto de ruedas y de palancas que se mueven, pero que no puede darse cuenta de ese movimiento, por precisión, la echará a perder tan pronto como quiera hacerla funcionar. Un niño haría lo mismo si tomase en sus manos un reloj. Y téngase presente que las máquinas de agricultura son muy simplificadas como que han de trabajar a manos de gente ignorante.

Muchos hacendados ha habido que llevados, sin duda, de un espíritu emprendedor y benéfico, han tratado de utilizar en el laboreo de la tierra las máquinas y los instrumentos empleados en otros países, y al efecto, invirtiendo grandes sumas se han hecho de máquinas y de instrumentos de todas clases. Resultados que no esperaban y que por supuesto han sido altamente desengañadores, han hecho desesperar aun a los más entusiastas por los adelantos agrícolas y los demás que nada

Máquinas e instrumentos para el laboreo de la tierra

trajeros de todas clases y máquinas perfeccionadas de labranza. Ojalá todos los hacendados imitasen el buen ejemplo de éstos, que, más ilustrados y previsores, no han invertido en balde ni su dinero ni su paciencia, con los felices resultados que han obtenido.

²²El aumento de productos se debe únicamente al transcurso del tiempo, a la circunstancia de explotarse más campo y al aumento de población.

²³Nos referimos a la nota anterior.

bueno preveían se han reído de las máquinas europeas y norteamericanas, diciendo que para nada sirven y que son inaplicables a nuestro suelo. Nosotros mismos hemos tenido ocasión de ver con harta pena, una cantidad considerable de arados de todas clases, de instrumentos de agricultura y de máquinas, enteramente destruidos, hacinados en un galpón como objetos inútiles, que en otro tiempo labraron la ruina de un hacendado poco pensador y que ahora sirven de ejemplo a sus sucesores. Y cuántos habrá como éste que después de haber gastado capitales no despreciables en máquinas y en instrumentos de agricultura, han tenido que abandonarlos por inútiles, y volver vergonzosamente a hacer uso del antiguo arado para romper la tierra, y a la pata de la yegua para trillar.

Todo lo dicho no es más que una consecuencia lógica de nuestro primer aserto. Las máquinas son malas, se dice, se rompen, no dan los resultados que en otras partes, cuestan muy caro y no pueden componerse: lo mismo sucede con los instrumentos, y con los arados principalmente. Y ¿por qué sucede todo esto? ¿Acaso el suelo de Chile es diferente al suelo de Francia, de España o de Estados Unidos? ¿Es diverso el trigo o la cebada? ¿Lo son los árboles o las plantas? ¿Los motores que se emplean son más potentes allá que aquí? No lo creemos. Diferencias habrá en el nombre de los árboles y de las plantas, tal vez mayor o menor dureza en el terreno, pero de ninguna manera pueden ser tan contrarios los efectos que lleguen a hacer ilusorios los resultados de los instrumentos y de las máquinas. Si ésta se rompe con facilidad y se descompone como sucede efectivamente, atribúyase a falta de ciencia del patrón o del hacendado, que con tanta ligereza deja el instrumento en manos de gente que no tiene los conocimientos necesarios para manejarlo; cúlpese también a la industria que poco adelanta en este sentido, pero no se diga que el atraso proviene de vicios de la máquina o del instrumento, o que el suelo de Chile es tan duro o tan pedregoso que un arado extranjero no puede romper, o que los árboles están más arraigados aquí que en ninguna otra parte; quien así habla revela muy poca cordura y una carencia absoluta de conocimientos.

Lo mismo podríamos decir del mal resultado que se atribuye a las máquinas. Los infinitos ensayos que se han hecho de las máquinas para trillar, aventar, etc., y de los muchos instrumentos de agricultura, particularmente arados norteamericanos, que casi todos han sido favorables, dan a conocer el poco fundamento de las razones de algunos hacendados que han caído en el error.

A más de esta imposibilidad en que, por falta de conocimientos previos, se encuentra el inquilino para hacer uso en el laboreo de la tierra de aparatos extranjeros y que redundaría directamente en perjuicio de la agricultura, hay otros muchos casos que demuestran el atraso que vamos haciendo notar. Nada más que por ignorancia el inquilino chileno se dedica únicamente al cultivo del trigo, de la cebada y de las legumbres, siendo así que existen muchos otros artículos, como el nabo, que se prestan a las pequeñas explotaciones, y que a no dudarlos rendirían grandes sumas. Sólo basta echar una mirada sobre el cerco de un campesino, para convencerse de lo que decimos. El nabo que nace espontáneamente en las sementeras de trigo o de cebada, deja un brillante resultado a los hacendados que saben aprovecharse de él.

Los malos resultados del actual sistema no sólo se extienden a la agricultura, como lo hemos hecho ver, sino también influyen en el descrédito del patrón, que se consolida y se hace mayor a medida que los abusos son más trascendentales. Sensible es que los hacendados hayan hecho hasta ahora tan poco caso de la opinión pública ya tan pronunciada, y que apagando los gritos de la conciencia y de la razón, persistan siempre en un sistema tan contrario a nuestro modo de ser social. En fuerza de los muchos hechos que existen a favor de nuestra opinión, es necesario creer que, sólo la ignorancia y un interés exagerado dan margen a todos los abusos de que adolece la administración de los campos.

Usura y tiranía: he aquí la base del actual sistema; el principio y fin de todos los procedimientos que encadenándose dan por resultado la miseria del inquilino. Muy distinta sería la suerte de estos infelices si en el patrón encontrasen un padre, pero desgraciadamente éstos son muy pocos al lado del inmenso número, que creen que el campesino es una bestia y que como a tal debe tratarsele. Ignorantes son, es verdad, y quizás más de lo natural, pero esta ignorancia invencible para ellos, por cuanto no tienen medios con que proporcionarse ilustración, debe achacarse únicamente a los hacendados que pudiendo, jamás han dado un paso tendiente a sacar el inquilino de ese estado de abandono. Se nos dirá que hay muchos fundos que tienen escuelas; y ¿de qué sirven esas escuelas? ¿Cuántos niños, hijos de inquilinos, se educan en ellas? ¿Qué lecciones prácticas se dan sobre agricultura, sobre higiene, etc.? Da vergüenza decirlo, no pasan de ocho a diez y a los alrededores de Santiago; ¡qué sucederá a cincuenta o setenta leguas de distancia! Importantes son las escuelas que existen en algunos fundos, no lo negamos, y muy dignos de recomendación sus fundadores; su existencia sólo demuestra por parte del patrón los deseos de hacer el bien; pero esta importancia sería aún mayor si la voluntad no desmayase, si fueran más ardientes los deseos del patrón por la felicidad del prójimo. Comúnmente se ve que al poco tiempo de fundada una escuela, la abandonan para siempre o la entregan a un hombre que se titula maestro porque sabe de memoria tal vez el *musa, musae* y el *templum, templi*, y que en realidad es más torpe que sus mismos discípulos. Si se quiere hacer el bien, nada más fácil que principiar por hacer ir a aquellos que buenamente no quieren asistir, empléese la coacción, el consejo y si fuere necesario la fuerza, quien vence la ignorancia no ataca la libertad. Después que un niño sepa leer y escribir y antes también, dénselos algunas nociones prácticas sobre agricultura, sobre el uso de los nuevos instrumentos de labranza, en lugar de las lecciones sobre geografía y gramática que para ellos no tienen importancia práctica. La religión y la moral deben también ocupar un lugar preferente tratándose de la gente del campo que tanto abusa consigo mismo por carecer absolutamente de aquellas ideas. Si no se emplean medios como éstos u otros análogos, si se persiste siempre en enseñarles geografía y urbanidad, en lugar de los conocimientos que indicamos, las generaciones se sucederán y la ignorancia irá pasando de padres a hijos hasta el infinito.

La existencia del inquilino guarda perfecta relación con las entradas de que puede disponer: quince o veinte centavos diarios más o menos y el producto de una cuadra de siembras, que es lo que se le da casi siempre, no son suficientes para mantener a una familia que por lo general consta de cuatro personas. Para satisfacer las necesidades de esta familia que por mucho que se reduzcan siempre son algunos, el inquilino echa mano de otros medios no muy lícitos. He aquí un grave mal ocasionado por la avaricia del patrón, cuyos resultados van contra él. Si a esto se agregan los negocios o contratos de que ya hemos hablado, se tendrá la condición fiel del inquilino. Esto no es todo. Los servicios que el inquilino hace de balde, como los de trillas, rodeos, etc.; los mandados a todas partes; el uso de sus caballos y bestias de carga en trabajos de la hacienda, y mil otras cargas que por lo menos ocasionan pérdida de tiempo y abandono de negocios propios, ¿no son otras tantas economías para el patrón y pérdidas para el inquilino?; y todo esto ¿se cree pagado con el uso de una cuadra de terreno que queda barbechada?

Los abusos que notamos tienen su razón de ser: tanto el patrón como el inquilino parten de un error ocasionado por la ambición y por la ignorancia. Aquél vive penetrado de que permitiéndole al inquilino que more en su hacienda le hace un gran favor, y éste a su vez lo cree así también. De esta manera puede concebirse que el patrón crea que abusando, es decir, obrando a su capricho, lo haga dentro de su derecho, y que el inquilino sufriendo cumpla con su deber. Conocidas son las

consecuencias de todo sistema que tiene por base un error. Así, no debe extrañarse que la condición del inquilino sea tan anómala. Estúdiense como se quiera la cuestión examínese la bajo cualquier punto de vista y siempre se encontrará que el campesino, o más bien dicho el huaso, es menos aun que el más infimo habitante de la ciudad más pequeña.

¿Quién es el inquilino bajo el punto de vista social y político, qué papel desempeña, qué relaciones tiene, qué influencia, qué deberes y derechos, etc.? Dos palabras: nadie y ningunos. Es un individuo sin nombre, sin relaciones y sin porvenir; es un ser parásito que nace muchas veces del vicio, que vive en la ignorancia y que muere en el olvido; como hombre tiene fuerzas físicas, pero carece de inteligencia; es la mofa de los habitantes de las ciudades, y el instrumento de sus patrones. En la escala social ocupa la última grada, y como ciudadano es conducido por el patrón a las urnas electorales a depositar el voto que le ha dado.

Tiranzado en todo sentido por el patrón y subyugado enteramente a su voluntad el inquilino no conoce la libertad. Encerrada su inteligencia en un círculo tan estrecho como el valle o la serranía en que vive, carece de aquellas ideas que llevan al espíritu a otros horizontes. Y ¿por qué siendo hombre y hombre capaz de recibir las mejoras de la civilización se le mantiene sin ella? La empresa es difícil, no lo negamos, pero alguna vez se ha de principiar. Téngase presente que se trata de la suerte de la gente más pobre y miserable; de ese gremio de obreros que se dedican a las pesadas faenas de la agricultura, y que constituyen el verdadero poder productivo de la República.

Y no se diga que lo que sucede es más aparente que real, que hay mucho de novelesco en lo que narramos o que es exagerado. ¡Ojalá fuese así, qué felices serían entonces los inquilinos! Desgraciadamente los hechos están de manifiesto y no sólo de manifiesto sino que existen, estamos seguros, en la conciencia de todos aquellos que piensan y estiman en algo la felicidad de sus semejantes; cualquiera puede acercarse a una de esas grandes haciendas de las provincias vecinas y convencerse de lo que decimos.

Bajo un régimen como el actual no es difícil imaginarse cuál podrá ser la suerte del inquilino en el porvenir. En pocas palabras, como ha sido en el pasado y como es en el presente. Suponer otra cosa equivale a salir de la estricta lógica de los hechos. Mas, los motivos que han militado en aquella época y que han dado resultados como los que ya conocemos, existen ahora por circunstancias idénticas y no emprendiéndose ninguna reforma deben existir también después. Sólo la civilización que todo lo varía y a cuyo influjo es difícil resistir, es la única que tal vez con el tiempo puede hacer algo útil en beneficio de esta clase obrera. Es indudable que todo aquel que como nuestros inquilinos, carecen de aquellos conocimientos necesarios para labrarse por sí mismos un porvenir, necesitan más que nadie de la protección ajena; de auxilio que los saque de la ignorancia, que los aconseje, que les haga ver el buen sendero; en una palabra, que les proporcione los elementos necesarios para alcanzar algún día una posición cualquiera con tal que sea fija y duradera. Pues bien, esa protección no existe ni ha existido jamás: su principal apoyo, el patrón, ya sea el propietario, el arrendatario o el administrador es su primer enemigo, tiranizándolo en todo sentido, escatimándole los salarios, haciéndolo trabajar de balde, vejándolo, castigándolo severamente, negociando, arrojándolo del fundo las más veces por capricho y por fin desacreditándolo, si se ofrece, ante otros hacendados donde pudiera tener colocación. Si la protección la busca en la ley, esa ley no existe; si la busca en la sociedad, la sociedad lo desconoce; si trata de encontrarla entre sus amigos, amigos tan pobres como él, le prestan lo que pueden, pero es insuficiente; si en otros inquilinos, las más veces no pueden darle ni alojamiento porque su patrón se los prohíbe; en una palabra, el desamparo

es completo. No es nuestro ánimo que el inquilino deje de ser alguna vez inquilino, no; es natural que el hijo siga hasta cierto punto la condición del padre; lo que deseamos y desearemos siempre, es que desaparezca el atraso y la miseria en que vive el inquilino.

Para poner fin a esta parte, daremos a conocer el modo cómo sale el inquilino de la hacienda en que ha vivido muchos años o pocos días. El inquilinaje concluye cuando el patrón lo encuentra por conveniente. Para arrojar al inquilino no necesita expresar motivos de ninguna clase: si el patrón quiere, el inquilino puede seguir sirviendo en la hacienda, si no le gusta puede expulsarlo el día que quiera. Las razones más o menos fundamentales o convincentes que pueda alegar el inquilino para quedarse, nada valen ante la voluntad inflexible del patrón. Ante el capricho inhumano de un patrón no importa que el inquilino diga: señor, estoy recién venido, acabo de levantar mi rancho, las chacras están saliendo, es invierno, mis cosechas las tengo desparramadas en el campo, tengo tantos hijos, etc. Salga, se le contesta; aquí no se tienen a hombres pícaros y ladrones que estafan al patrón; deshaga su rancho y lléveselo; arranque sus chacras o véndalas, recoja sus cosechas; si es invierno que se ha de hacer, lo mismo sucedería en el verano; si tiene tantos hijos, mucho mejor, en todas partes encontrará trabajo; el huerto queda a beneficio de la hacienda: por fin, tiene Ud. dos días para salir y llevarse todo lo que le pertenece; si no lo hace se le quemará el rancho y se echarán animales a la chacra: queda notificado.

Efectivamente, dos días después, en una carreta alquilada o prestada, amontona el inquilino la cosecha que ha recogido, los trastos de la casa y las aves domésticas que ha criado, toma en brazo a su hijo pequeño y seguido de su mujer y de sus hijos mayores y arriando a unos cuantos animales, da principio a la marcha seguido de un mayordomo o de un vaquero que ha asistido a aquel acto como un ministro de fe.

En este momento supremo de la partida, el inquilino no puede por menos que verter una lágrima al abandonar para siempre un lugar tan querido, tal vez su único patrimonio, su porvenir; al dejar ese cerco en que han nacido y muerto sus antepasados; ese nogal o ese sauce plantado por el abuelo y que ha visto crecer el padre y ha servido para que jugasen los nietos; ese rancho levantado por sus manos; esa pequeña acequia abierta por él mismo y que servía para regar el huerto plantado y acomodado por su mujer; esa colina que resguarda a la casa de los vientos, ese valle que le da vista, esa alameda que le da fresco y sombra. ¡Ahl en todo hay atractivos, sobre todo, para un pobre que no posee otra cosa que esos objetos insignificantes y que al abandonarlos no sabe a dónde va ni qué alimentos darles a sus hijos que lloran de hambre.

¿Qué falta tan grave ha cometido ese individuo para que se le castigue tan severamente, haciéndole perder en pocos instantes el trabajo de muchos años, las esperanzas que había concebido sobre la chacra que acababa de plantar o sobre la siembra que pensaba recoger? ¿Por qué de una manera tan cruel se arroja al sufrimiento a una familia que se consideraba feliz poseyendo un pequeño cerco, habitando un rancho miserable, y con la sombra de un nogal? ¿Acaso ese inquilino ha cometido algún asesinato, algún robo, un abuso de confianza? ¿Ha insultado al patrón, ha expuesto los intereses de la hacienda, ha incendiado alguna sementera, ha roto las cercas o las paredes, ha cortado árboles? No, de ninguna manera. Estos serían crímenes enormes que el inquilino jamás podría expiar suficientemente. Sin embargo, ha cometido faltas tal vez mayores que las enumeradas, puesto que son de aquellas que irritan y que exasperan al patrón y que le hieren en lo más delicado de su amor propio, como hijas al fin, del capricho y de la extravagancia.

*El inquilino
es despedido
luego de to-
da una vida
de trabajo*

Ese inquilino es arrojado ignominiosamente de la hacienda, porque un caballo que le pertenecía estando amarrado dentro de su cerco se soltó y pudo comerse unas cuantas matas de alfalfa de un potrero vecino por donde casualmente pasaba el patrón. Es arrojado, porque a cuatro o cinco cuadras de su posesión, unos ladrones abrieron un portillo en la tapia y por ahí extrajeron unos cuantos animales. Es arrojado, porque bajo la expresa prohibición del patrón, el inquilino alojó una noche en su rancho a un forastero que, yendo de tránsito, le pidió hospitalidad y el patrón lo supo. Es arrojado de la hacienda, porque estando a buen precio el trigo, la cebada o los fréjoles, el inquilino no quiso venderle al patrón su pequeña cosecha por el precio que le ofrecía.

Ese inquilino ha salido de la hacienda, porque habiéndosele mandado que fuese a calificarse, a votar por tal lista o que entregase su calificación, no hizo ni lo uno ni lo otro y el patrón faltó a un compromiso. Ha sido arrojado, porque dos días seguidos no ha salido a trabajar y ni ha echado un peón que lo supla; porque se embriagó un día de trabajo; porque no fue al rodeo o a la trilla; porque recogió de los potreros leña para su uso particular. Ha salido, da vergüenza decirlo, porque a pesar de las reiteradas instancias, de las promesas y aun de las amenazas, el inquilino no ha querido prostituir a una de sus hijas, segundando las miras infames que el patrón había concebido por una de ellas. Por último, ha salido el inquilino, porque, sin quererlo tal vez ha tenido que faltar a una de esas prohibiciones o mandatos generales de la hacienda, que son tantos y tan variados como los fondos de la República y que enunciándolos no terminaríamos jamás.

Así termina el inquilinaje. Tal es el último resultado de ese sistema incomprendible inventado por la tiranía y por la avaricia. Su fin guarda perfecta relación con los hechos que dejamos apuntados. Exigir otra cosa sería atacar directamente la libertad del patrón. Recomendarle la equidad y justicia sería dar pábulo al inquilino para que cometiera mayores abusos.

Si el patrón no recompensa al buen servidor, al servidor honrado y digno, cargado de familia, que ha envejecido en los trabajos de la hacienda, que como hombre al fin ha cometido una pequeña falta, la de embriagarse, que por enfermedad no ha salido a trabajar, que por un descuido o por no verla no ha amarrado a tiempo la bestia que se comía el pasto de la hacienda, que por el deseo de hacer algo no ha vendido el trigo al patrón por el bajo precio que le ofrecía; si por estar ocupado no ha ido a calificarse o a votar, si por dignidad propia y también por repugnancia no ha consentido la prostitución de su hija; si no lo recompensa, decimos, permitiéndole que se quede en la hacienda, o que se vaya después del invierno, o dos o tres días después del plazo prefijado, razones poderosas tendrá para ello; el inquilino no tiene jamás ninguna. La recompensa de tantas privaciones, de tantos sacrificios, de tantos servicios prestados a la hacienda, debe esperarla el inquilino de su patrón que lo arroja del fundo ignominiosamente, diciéndole que es un ladrón, un pícaro...

Y ¿qué hace el inquilino insultado injustamente, autor de un crimen que no ha cometido, desposeído de todos sus objetos más queridos, sin ilusiones y sin esperanzas? ¿a quién clama, a dónde se dirige? ¿quién le hace justicia? nadie. El subdelegado más próximo, que es el que pudiera conocer en el asunto, si no es el mismo patrón, es su amigo íntimo, quien, al conocer la queja, lo echaría sin oírlo. Estaba en su derecho, se le contesta: no hay ninguna ley que lo favorezca; y basta.

Relativo a este punto y tratándose del arriendo de los fundos, suelen los propietarios estipular con los arrendatarios la prohibición de arrojar de la hacienda a tales y cuales inquilinos, dejándolos en libertad respecto a los demás. En el

mismo contrato se estipula también: que el arrendatario no se deshaga de tales o cuales caballos porque son muy mansos, o de tales arados porque son muy buenos, o de tales carretas porque son muy firmes. Tanto lo primero como lo segundo es una estipulación lícita; en ambos casos se trata únicamente de cosas.

Si como algunos contratos terminan por muerte de uno de los contratantes, así también el inquilinaje termina por muerte del inquilino. ¿Qué hace la viuda cargada de familia una vez que le falta su marido? Se ve con el patrón y le suplica le permita quedarse en la hacienda. ¿Tiene esa viuda algún hijo varón que pueda trabajar? No tiene ninguno, todos están pequeños y son seis u ocho. Pues entonces es imposible quedarse; en la hacienda hay muchos inquilinos, no pueden mantenerse bocas inútiles y sobre todo esa posesión ya está dada; tiene uno o dos meses para mudarse. Y al cabo de ese tiempo la familia sale de la hacienda o se reparten los hijos y la viuda entre los conocidos o parientes... ¡Esta es la condición del pobre; esta es la última paga que recibe el inquilino!

Felizmente no todos los hacendados hacen lo mismo: hay algunas nobles excepciones. Conocemos sujetos respetables que abren escuelas en sus haciendas y tienen un corazón benigno y siempre dispuesto a socorrer a sus pobres servidores y a las familias de éstos que se ven reducidas a la orfandad y a la miseria; sujetos respetables que lejos de acudir a medios vedados para enriquecerse, ponen de su parte cuanto pueden por ilustrar a sus inquilinos y por mejorar su condición. Pero éstos son una excepción, como ya hemos dicho.

En vista de lo que acabamos de exponer, a nadie se ocultará la necesidad de una reforma pronta y enérgica en nuestro sistema de inquilinaje. La Carta fundamental en su artículo 12 asegura a todos los habitantes de la República la igualdad ante la ley y niega los privilegios de una clase respecto de otra. Bajo el imperio de esta disposición no se concibe, pues, cómo en medio siglo Chile, que tanto ha progresado, haya desatendido completamente, olvidado, por decirlo así, a la clase pobre que se dedica a la agricultura y que vegeta tristemente en desiguales condiciones, bajo el poder absoluto que la costumbre, más fuerte que la ley, ha dejado en manos del hacendado, del rico propietario. Tiempo es ya de que la mejora de nuestras instituciones practicada en varios ramos con felices resultados, se abra lugar también en la agricultura. Si hoy se ha mejorado la condición de los empleados públicos, la de las personas que se dedican a las diversas carreras científicas, la del minero, del artesano, del jornalero, ¿por qué no ha de suceder lo mismo con la del agricultor? Si el servicio público mejora y ensancha su esfera de acción; si los empleados reciben buenos sueldos, si las oficinas se reglamentan; si en el Instituto y en los liceos se abren nuevas clases de enseñanza, se facilita el aprendizaje y la opción de carreras; si se ha concluido un código de comercio y se trabaja en uno de minas y se dan facilidades a esta industria, a la del carbón que tanto le sirve; si se dictan reglamentos para el bienestar y organización de los jornaleros; si se abren escuelas especiales finalmente, para que el pobre obrero reciba la ilustración que necesita, y se protegen también las asociaciones que forma, ¿por qué el inquilino, que rompe la tierra con sus brazos, que la hace producir a fuerza de trabajos y fatigas, para dar a las demás clases el pan de que todos necesitan, ha de permanecer abandonado, siempre pobre, siempre desgraciado y sin gozar ni un momento siquiera de la libertad concedida a todos? Si se dictan leyes para proteger los intereses de las otras clases sociales, ¿por qué no ha de hacerse lo mismo con la de los campesinos? ¿Por qué si la ilustración y el bienestar penetran por todas partes, la choza del inquilino ha de ser el único lugar adonde ellas no se extiendan?

Necesidad de una pronta reforma al sistema del inquilinaje

Aparte de estas consideraciones, que nadie pondrá en duda, hay otras de no menos importancia, y que por el buen nombre de la República interesa a todos hacer desaparecer si se quiere que la disposición constitucional no sea una fórmula vana y sin aplicación.

Ahora bien, ¿cuáles serán las reformas que deben introducirse, cuáles las leyes que deben dictarse para mejorar la condición del inquilino, para asegurarle un porvenir? Cuestiones son éstas de alta importancia, tanto por los resultados que importan, cuanto por los grandes intereses y arraigadas preocupaciones que van a herir. Los inquilinos no se quejan, se nos dirá, y los hacendados o patrones están contentos con el sistema actual, ¿por qué variarlo? A los que tal digan contestaremos: "Si el inquilino no se queja es por no tener los medios necesarios para hacerlo y por el ningún resultado que darían sus quejas teniendo que sostenerlas con personas poderosas, de grande influencia y que tienen en sus manos mil facilidades para aumentar la desgracia de esas pobres gentes". También agregaremos, que la supina ignorancia en que viven, los hace desconocer sus derechos, las garantías que las leyes conceden a todos los ciudadanos y el modo cómo pueden reclamarlas.

¿De cuándo acá, por otra parte, el hecho de sufrir en silencio una persona, da derecho para que otros aumenten sus sufrimientos y sus desgracias? ¿De cuándo acá puede considerarse como máxima moral y política en una república el abandono de los desgraciados oprimidos por los poderosos? ¿No es más cuerdo y previsor proteger con igualdad el bienestar de todas las clases sociales, que dejar desamparada a la más numerosa de ellas, víctima de una infinitamente más reducida? Andando el tiempo y viniendo circunstancias propicias ¿no puede haber un instante en que esa clase numerosa se cansa de sufrir, e ignorante y sin medios para hacer respetar sus derechos, obedezca a la voz de personas ambiciosas que en nombre de sus intereses trastornen la República y enciendan una guerra civil de funestas consecuencias? La historia nos presenta ejemplos sangrientos de esta triste verdad. Evitemos, pues, que ellos puedan ser imitados en Chile y ahorremos a nuestra patria y a nuestros hijos espectáculos que está en nuestra mano y en nuestro deber evitar. La generación presente no sólo debe contentarse con procurar su bienestar, necesario es también que deje cimentado el orden y la felicidad del porvenir. Todas las reformas han costado mucho, el provecho no se ha sacado al instante y a veces han transcurrido años y años para poderlo conseguir. Los autores han sido perseguidos, también asesinados; pero, al fin, sus ideas han triunfado, la humanidad ha recibido un beneficio y los nombres de los mártires se han immortalizado.

Por otra parte el hombre público, que emprendiera en estas circunstancias una reforma, tendría, desde luego, el reconocimiento de millares de familias, que, aunque ignorantes, sabrían perfectamente sostener a su bienhechor, al obrero de su porvenir.

Mientras ese hombre aparece, necesario es prepararle el camino popularizando las buenas ideas y cumpliendo así con el deber que todos tenemos de ayudar con un grano de arena al remedio de los males sociales. No será pues permitido aventurar la exposición de algunas ligeras ideas que servirán para llamar la atención a esta importante materia y para someterla a inteligencias más ilustradas que la nuestra.

La primera dificultad que se presenta es la de conciliar el respeto a la propiedad con los derechos inherentes a los inquilinos. Si bien es cierto que el propietario tiene el libre uso de lo suyo y la facultad de emplear en su servicio a las personas que quiera, no lo es menos de que sus relaciones con esas personas y ese derecho de propiedad necesitan reglamentarse dentro de los límites de lo justo y de lo

conveniente. No es equitativo que el inquilino sea privado de lo suyo sin motivo alguno; tampoco que se deje explotar su ignorancia en beneficio del patrón; preciso es que tenga garantías en lo que le pertenece para que así pueda dedicarse tranquilo al trabajo y asegurar un porvenir a sus hijos. También es necesario prestar protección a los hacendados de manera que no sufran sus intereses. Los servidores pueden abusar y abusan con frecuencia y no podría dejársele a merced de ellos. Finalmente, no es posible que los hacendados tengan la vara levantada sobre los inquilinos, sin que haya para éstos amparo en las leyes, y en la justicia, procedimientos sencillos y eficaces.

Aun podríamos pedir garantías para el libre uso del sufragio político; pero ellas son materia de la ley especial de elecciones y ajenas por lo tanto de nuestro propósito.

Basta sólo enunciar las anteriores dificultades para hacer ver la importancia de cualquiera reforma en el sentido que indicamos y las grandes consecuencias que puede tener. Esto mismo nos hace formular algunas ideas que creemos convenientes dejando su desarrollo al estudio posterior de inteligencias más ilustradas y más familiarizadas con la cosa pública.

La primera medida que creemos necesaria es la creación de una policía rural. A nadie se oculta lo urgente que es crear un cuerpo que vigile los intereses de la gente que se dedica al cultivo de la tierra, que impida los frecuentísimos hurtos y robos de cosechas y animales y aprehenda a los delincuentes de los campos y preste auxilio a las personas que en ese mismo campo se lo exijan. ¿Por qué las ciudades sólo han de gozar de este beneficio?

Creación de una policía rural

En el estado de nuestras rentas se nos dirá que es imposible satisfacer esta necesidad. No lo creemos así. Bastaría recargar la contribución agrícola con un dos por ciento y dictar un reglamento de policía rural, fijando pequeñas multas a los infractores para atender con ambos productos a los nuevos gastos que se ocasionarían. ¿Y quién no se prestaría gustoso a contribuir de este modo a la defensa de sus intereses, a la protección de sus propiedades y a la seguridad pública? A cuántos hacendados y pequeños propietarios arrebatara hoy el abigeato mayores sumas que las que por los medios indicados tendrían que suministrar en beneficio propio.

Además ¿quién pondría en duda la justicia y necesidad de un reglamento de policía rural? Si en una ciudad se prohíbe galopar bajo la pena de cuatro pesos de multa, ¿por qué en los campos no ha de prohibirse romper el cercado ajeno bajo la misma pena? Si en Santiago se prohíbe botar agua a la calle, ¿por qué en las llanuras inmediatas se ha de permitir soltar las aguas y echarlas sobre los caminos públicos dificultando el tránsito?

No es este el lugar de fijar los puntos o las bases de tal reglamento, el plan de esta memoria y los estrechos límites en que se encierra no nos permiten hacerlo.

La segunda medida que creemos necesaria a nuestro propósito es la creación de juzgados especiales en los campos; juzgados que se encomienden a personas que tengan la suficiente independencia para no ser la expresión de los intereses de los propietarios. En el estado actual de cosas, quienes entienden en las demandas de los campesinos son: o el hacendado colindante que hace las veces de subdelegado o el mayordomo o posadero del mismo fundo en que viven. Fácil es comprender que entre tales jueces el inquilino muy pocas veces tiene razón para sus quejas o demandas y que los patrones pueden burlar a su antojo a esos infelices.

Creación de juzgados especiales en los campos

Para remediar este mal sería conveniente establecer en los campos y a distancias proporcionadas jueces rentados a quienes estuviese prohibido tomar empleos de

los hacendados. Con pequeños sueldos para estos funcionarios el gasto no sería mucho y los beneficios inmensos. Así habría por todas partes una justicia eficaz y protectora tanto del propietario, como del inquilino.

Y no sería difícil formar jueces a propósito estableciendo en la Escuela Normal de preceptores y en la de Agricultura, un curso especial en que se enseñase las nociones del derecho público y del código y reglamentos rurales.

Ley que fije bases de contrato entre patrón e inquilino

La tercera medida que proponemos, es una ley en que se fijen las bases a que debe sujetarse el contrato del hacendado con el inquilino. Si el Código Civil fija reglas especiales para el arrendamiento de criados domésticos en el párrafo 7º del título xxvi del Libro iv, ¿por qué el Congreso no habría de dictar otra para el arrendamiento de criados rurales?

Conveniente sería que la ley fijara: 1º la naturaleza de los servicios que pueden arrendarse en el campo; 2º el tiempo de la duración del contrato y de las prórrogas a que puede sujetarse; 3º los motivos de rescisión y la responsabilidad que en consecuencia pudiera afectar a cada una de las partes; 4º el modo cómo debe hacerse el desahucio y las penas que por la contravención pueden imponerse; 5º el modo de terminarlo; 6º las penas que deban imponerse a hacendados e inquilinos en caso de abusos por fraude, dolo o engaño; 7º la enumeración de los actos prohibidos a unos y a otros y de las penas que por ellos se impongan, y 8º finalmente, los procedimientos a que deben sujetarse los reclamos o demandas de los contratantes.

Respecto al primer punto, enumerando la ley los servicios del campo susceptibles de arriendo de una manera limitativa, se conseguiría el gran resultado de excluir todos aquellos que observamos en el día establecidos por la costumbre y que son incompatibles con la dignidad y libertad individual. Debería prohibirse a nuestro juicio que se celebrara el contrato de inquilinaje como se hace en el día. En lugar de que el inquilino reciba un pedazo de terreno para su uso en cambio de tales o cuales servicios, sería conveniente que el dueño del terreno le fijase un valor como canon y que los servicios del inquilino tuvieran siempre su precio que sería el corriente en cada villa o hacienda. Así se evitaría el origen de la mayor parte de los abusos que se cometen.

Fijando la duración del contrato entre el hacendado y el inquilino, se da a éste garantías en su trabajo y se le estimula a redoblar sus esfuerzos en pro del porvenir de su familia sin dejarlo sujeto al capricho del hacendado. Y señalando como máximo del tiempo del contrato un quinquenio, creemos, que se salvarían otras muchas dificultades notadas en el actual sistema.

Una vez fijados los puntos de rescisión del contrato de inquilinaje y la responsabilidad que en consecuencia pudiera afectar a cada una de las partes que en él intervienen, fácil es comprender que tal contrato adquiriría la estabilidad y formalidad de que carece hoy; permitiendo al patrón deshacerse de inquilinos que dieran motivos legales para ello, y a éste separarse del servicio de su patrón en ciertas y determinadas circunstancias, pudiendo pedir cada cual las indemnizaciones que según los casos les correspondieran. Esto es justo y equitativo. Nadie podría decir lo mismo al ver en el día un pobre campesino arrojado de la hacienda en que nacieron sus antepasados, yendo a buscar otro asilo y siendo despojado hasta de la siembra que acababa de hacer y de la choza que construyeron sus padres, y esto sin motivo serio como sucede con frecuencia.

En caso de no celebrarse contrato de inquilinaje por tiempo determinado, es conveniente también que la ley se encargue de fijar las reglas del desahucio; ella las ha fijado para el criado doméstico en el Código Civil y para el factor y depen-

diente en el Código de Comercio, ¿por qué no las extendería según las circunstancias al pobre inquilino? De la misma manera que en todo contrato se fija la forma, el objeto o materia, los medios para la prosecución de él y el modo cómo se concluye o termina, así también debe hacerse con el de inquilinaje, fijando los casos en que puede terminar de hecho, como por ejemplo, la muerte del campesino y lo que en tal circunstancia y otras análogas puede reclamar la viuda o la familia conciliando los intereses del patrón. No sería posible que la ley permitiera ni que las autoridades toleraran por más tiempo el que la familia del inquilino que muere sea despojada de lo que le pertenece. Y no sería justo tampoco de que se autorizase a ésta a título de pobreza para que dejase sin pagar o las deudas del difunto o algunas prestaciones de servicios urgentes y que podrían gravar los intereses del hacendado. Materia es ésta sumamente delicada y que convendría estudiar hasta en sus menores detalles, para evitar en lo posible los abusos que, a la sombra de la ley, pudieran cometerse por una u otra parte.

Enumerados, en otro lugar de esta memoria, los males que se notan bajo el actual sistema por dolo, engaño y fraude, nada más natural para remediarlos que fijar en cada caso una pena con su máximo y mínimo para las diversas responsabilidades, a fin de que la acción de la justicia tenga un campo en que castigar al culpable. No basta prohibir tales o cuales actos, la experiencia ha hecho comprender que las mejores leyes, si no tienen una sanción penal, se burlan fácilmente o se eluden sin dar los resultados que se tuvieron en vista al dictarlas.

La misma observación haremos respecto de la otra medida propuesta, es decir, de enumerar los actos prohibidos al patrón y al inquilino y las penas que deban recaer sobre los contraventores. Entre esos actos se comprenderían naturalmente los abusos que hemos enumerado en otra parte de esta memoria. Y tocaría al legislador fijar las penas que en caso de cometerse debieran aplicarse según las circunstancias más o menos agravantes del abuso.

Finalmente, siendo los procedimientos para reclamar una parte tan esencial en el resultado que nos proponemos, pues de ellos dependerá casi siempre que se respeten o no las prescripciones de la ley, creemos excusado detenernos sobre este punto. A la simplificación de los trámites, al descubrimiento de la buena fe, al ningún costo de las actuaciones y a la prontitud del despacho, deben dirigirse las disposiciones de la ley. De otro modo se quita tiempo al que tanto lo necesita, se le grava con exacciones que, en muchos casos, no podrá satisfacer y cuyo temor le hará abandonar sus más justos reclamos, y no se conseguirá en fin el resultado que se busca.

La redacción de un código rural se ha hecho ya una necesidad que reclaman imperiosamente el estado de cultura del país y el desarrollo de los grandes intereses a que está vinculado el bienestar presente y el porvenir de la República.

La emisión de estas ligeras ideas en favor de una clase social abandonada hasta el presente, nos ha parecido más digna de servir de tema a una memoria que el desarrollo de cualquier artículo del código civil o del de comercio. Así creemos haber cumplido con la prescripción del reglamento de grados y haber hecho algo por nuestra patria.

Las ideas emitidas son un grano de arena, bien lo sabemos; pero ahí están; que sirvan de punto de discusión a inteligencias más elevadas que la nuestra y a individuos de más experiencia que nosotros.

Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional

Segundo semestre de 1966

EN ESTE PERIODO hubo en total cincuenta y una conferencias, dos actos académicos, veintisiete recitales de música y cinco exposiciones.

Entre las conferencias debemos anotar o computar en primer término las de los profesores señores Arturo Aldunate Phillips y Mario Sepúlveda Bustos, quienes, los días 19 y 5 de julio dieron término a sendos ciclos iniciados en el semestre anterior y de los cuales se informó en la crónica respectiva.

El día 6 el Sr. Antonio R. Romera disertó sobre "Franz Hals, pintor clave del siglo barroco", con motivo de haberse enterado el tercer centenario de su muerte. Al día siguiente el Sr. Mario Planet, director de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, dio comienzo a un ciclo de tres conferencias que enfocaron algunos aspectos de la política mundial, como la guerra del Vietnam, la "revolución cultural china" y "De Gaulle en el marco de la política actual".

El centenario del nacimiento del filósofo, historiador y esteta italiano Benedetto Croce fue conmemorado con dos conferencias, a cargo de los señores Francesco Borghesi, quien, el 19 de julio, ofreció un estudio biográfico y un análisis de conjunto del pensamiento de Croce, y de Fernando Durán, el cual, el 25 de octubre, bosquejó las ideas estéticas del escritor italiano.

Con ocasión del aniversario patrio del Perú, se realizó un acto de homenaje a la república hermana, en el cual el internacionalista Sr. Conrado Ríos Gallardo trazó a grandes rasgos la historia política, económica, diplomática y cultural de esa nación, y el Sr. Luis Benoit, adicto cultural de la Embajada acreditada ante nuestro Gobierno, disertó sobre el desarrollo industrial de la región costera peruana, ilustrando su exposición con una película en colores.

En dos actos se prestó atención al folklore en este semestre. El 29 de julio el profesor Sr. Jorge Urrutia Blondel habló sobre "Las danzas rituales en San Pedro de Atacama", en una conferencia realizada con proyecciones de diapositivas en colores y grabaciones musicales folklóricas, y el 13 del mismo mes el Departamento de Arte y Cultura de la Consejería Nacional de la Promoción Popular realizó una entrega de diplomas a los que participaron en el *encuentro* de grupos folklóricos del 24 de abril.

Con la eficaz colaboración de la Universidad de Concepción, y muy particularmente de su Rector Dr. Ignacio González Ginouvés y de su catedrático de Historia del Arte, Sr. Tole Peralta, se inauguró el 2 de agosto una exposición pictórica intitulada "La pintura de Occidente", en la que fueron exhibidas algunas de las obras más representativas de la pintura de todos los tiempos, desde la prehistoria a nuestros días. Obviamente, no fueron los originales los exhibidos, sino reproducciones pertenecientes a la pinacoteca de la Universidad de Concepción y realizadas con suma perfección técnica. Las seleccionó un Comité de Expertos de los grandes Museos del mundo, por encargo de la Agencia Central de la UNESCO, de París, entre las reproducciones más primorosas que año a año entregan los talleres especializados de Europa y América. La colección de la Universidad de Concepción fue adquirida en la UNESCO por el Dr. Emilio Aldunate Phillips, encargado para ello por la institución penquista.

Esta exposición, que tuvo miles de visitantes, permaneció abierta al público de Santiago desde dicha fecha del 2 de agosto hasta el 5 de septiembre. El día de su inauguración se dio comienzo a un ciclo de conferencias destinadas a presentar aspectos de la historia de la pintura en relación con las telas expuestas. La primera de tales conferencias, sobre "Cómo se mira la pintura", estuvo a cargo del profesor Sr. Jorge Elliott, cuya disertación fue precedida por una introducción general al ciclo a cargo del Sr. Armando González Rodríguez, Jefe de la Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional, quien realizó además, la presentación de cada uno de los conferencistas de este ciclo. Las conferencias restantes fueron: "El paso de la pintura medieval a la pintura del Renacimiento", por Antonio R. Romera (5 de agosto); "El clasicismo italiano", por el profesor Ettore Rognoni (día 12); "Flandes y Holanda: la pintura burguesa en los siglos xv y xvi" (día 16); "En torno a las meninas de Velázquez", por Antonio R. Romera (18); "La pintura impresionista", por Tole Peralta (23); "La pintura informal contemporánea", por José Ricardo Morales (26); "Discusiones en derredor de la pintura contemporánea desde 1940", por Luis Oyarzún (31 de agosto), y "Botticelli, madurez y nostalgia del primer Renacimiento", el 2 de septiembre.

El centenario del nacimiento del dramaturgo Jacinto Benavente fue recordado con una conferencia y una exposición bibliográfica. La primera, dada el 11 de agosto, estuvo a cargo del periodista y crítico de teatro Sr. Luis Fernández Navas. La exposición bibliográfica comprendió la totalidad de las obras de Benavente, en las diversas ediciones pertenecientes al repertorio de la Biblioteca Nacional, y una valiosa colección de manuscritos del dramaturgo —comedias, dramas, monólogos, poemas, cartas, etc.—, facilitados por su dueño, Sr. Sergio Fernández Larrain, quien los adquirió en España mientras desempeñó la representación diplomática de nuestro país. En la ceremonia inaugural de la exposición el Sr. Fernández Larrain ofreció al público asistente una reseña del contenido de los manuscritos.

El 6 de septiembre se verificó un acto conmemorativo de la hazaña del marino chileno piloto Pardo, quien el 30 de agosto de 1916 salvó a los náufragos de la expedición polar del explorador inglés Shackleton, atrapada entre los hielos de la isla antártica del Elefante. En ese acto, después de unas palabras introductorias del Sr. Guillermo Feliú Cruz, Director de la Biblioteca Nacional, dio una conferencia sobre la historia de la hazaña del piloto Pardo el Almirante (R) Sr. Rafael Santibáñez. En seguida se abrió al público una gran exposición conmemorativa, la que comprendía: Varios recuerdos personales del piloto Pardo (su espada, uniforme, etc.) y objetos (artefactos de navegación y documentos) que pertenecieran a la nave chilena "Yelcho" y a la británica "Endurances"; fotografías de naves, personas y parajes; libros chilenos y extranjeros; diarios de la época; numerosos mapas de las regiones por donde discurrieron ambos navegantes y una enorme maqueta en colores de la Antártida, con indicación de las rutas de Shackleton y Pardo. Esta exposición, que se mantuvo desde el 6 de septiembre al 6 de octubre, fue visitada por incesante público.

El 8 de este mismo mes de septiembre se inauguró un ciclo de nueve conferencias sobre diversos aspectos (físico-matemático, industrial, médico, jurídico, político, etc.) de la energía nuclear, que estuvieron a cargo de los señores Dr. Jorge Zamudio, Dr. Jorge Litvak, Mario Zenteno, Dr. Hernán Oyanguren, Joaquín Serra, Armando Uribe Arce, Efraín Friedmann y Sergio Alvarado.

El eminente catedrático español Dr. Pedro Lain Entralgo dio tres conferencias —los días 26, 28 y 30 de septiembre— sobre los dramaturgos contemporáneos Becket, Sartre y Camus, que le permitieron analizar algunos de los aspectos éticos del teatro actual.

El doble aniversario del nacimiento (1867) y de la muerte (1916) de Rubén Darío dio ocasión a la Biblioteca Nacional para rendir su homenaje al gran poeta nicaragüense, con un ciclo de conferencias y una exposición bibliográfica. He aquí la nómina de las conferencias: "Vida y apreciación global de Rubén Darío", por Raúl Silva Castro (2 de noviembre); "Metro, estilo y tema en Rubén Darío", por Eleazar Huerta (día 9); "Rubén Darío, prosista", por Raúl Silva Castro (16); "Rubén Darío y España", por Germán Sepúlveda (30 de nov.); "Rubén Darío y Francia", por Fernando Durán (7 de diciembre); "El sentimiento y la emoción en Rubén Darío", por Roque Esteban Scarpa (13); "Rubén Darío y América", por Mario Rodríguez (14) y "Las ideas de Rubén Darío", por Roberto Meza Fuentes.

La exposición bibliográfica de Rubén Darío, que se mantuvo abierta los meses de noviembre a enero inclusive, comprendió: 1) Ediciones chilenas, americanas, españolas, francesas y otras de las obras de Rubén Darío, y las escritas como biografías o análisis crítico de su obra; 2) Revistas chilenas, americanas y otras con artículos de o sobre Rubén Darío; 3) Diarios chilenos, desde 1886, con artículos de y sobre Rubén Darío, y 4) Manuscritos originales de Rubén Darío (poemas, cartas, discursos, etc.) y de otros (Juan Ramón Jiménez, Pérez Galdós, Valle Inclán, Vargas Vila, Lugones, etc.).

Como conferencias sobre temas aislados, mencionaremos las de Yolanda Montecino (14 de septiembre) sobre "el ballet de Leningrado"; de James Michelov (15 de noviembre) sobre "La lógica y la estructura de la matemática"; de Carlos Vicuña Fuentes (17 de noviembre) sobre "La lógica y la paralogía"; de Ernesto Montenegro (días 21 y 24 de noviembre) con impresiones de viajes por América y Europa; de Domingo Piga (19 de diciembre) sobre el teatro de Berthold Brecht y del internacionalista Sr. José Miguel Barros Franco sobre "el arbitraje británico recaído en la cuestión limitrofe chileno-argentina de Palena".

Queda un ciclo de cuatro conferencias sobre "El hombre, sujeto del cambio", ofrecidas por expertos de la Consejería Nacional de Promoción Popular a los agregados culturales de las misiones diplomáticas latinoamericanas, a comienzos del mes de diciembre.

El arte musical estuvo representado por 27 conciertos, de los cuales cinco fueron corales (días 4, 19, 21 y 28 de octubre y 26 de noviembre), tres de solos de canto, a cargo de los artistas soprano Zdenka Liberon, Patricia Brockmann, Santiago Villablanca y alumnos del curso de la Sra. Lila Cerda. Hubo ocho conciertos de música de cámara, dos de violín y uno de acordeón. Finalmente, ocho conciertos de piano, en que los ejecutantes fueron Roberto Eyzaguirre, Carla Hübner, Elisa Alsina, Giocasta Corma, Flora Guerra, Mitrofan Zverev, María Iris Radri y Fernando Torm.

Tomás P. Mac Hale: Bibliografía de la revista "Mapocho"

La revista fue fundada por el Director General de Bibliotecas, Archivos y Museos, Prof. don Guillermo Feliú Cruz, actuando como Secretario de Redacción el Prof. don Juan Uribe Echevarría.

Los 15 números que se publicaron en 4 años han contenido 15 obras de teatro, 14 cuentos, 15 conjuntos de poesía, 233 ensayos, 182 reseñas bibliográficas y 29 varios. Total general: 491 títulos. Las colaboraciones de las que se hicieron apartados van indicadas con un asterisco (*).

DESCRIPCION BIBLIOGRAFICA

Año I. Tomo I. Nº 1. Vol. 1. 1963. vi + 312 págs. + VIII. Ed. Universitaria, S. A.

Año I. Tomo I. Nº 2. Vol. 2. 1963. VIII + 304 págs. + XII. Ed. Universitaria, S. A.

Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. 1963. VIII + 360 págs. + XIV. Ed. Universitaria, S. A.

Con un Anejo: 208 págs. y 70 láminas.

Año II. Tomo II. Nº 1. Vol. 4. 1964. VIII + 304 págs. + VIII. Ed. Universitaria, S. A.

Año II. Tomo II. Nº 2. Vol. 5. 1964. VIII + 336 págs. + VIII. Ed. Universitaria, S. A.

Año II. Tomo II. Nº 3. Vol. 6. 1964. VIII + 300 págs. + VIII. Ed. Universitaria, S. A.

Año III. Tomo III. Nº 1. Vol. 7. 1965. VIII + 240 págs. + VIII. Ed. Universitaria, S. A.

Año III. Tomo III. Nº 2. Vol. 8. 1965. XII + 232 págs. + XII. Ed. Universidad Católica.

Año III. Tomo III. Nº 3. Vol. 9. 1965. VIII + 240 págs. + VIII. Ed. Universitaria, S. A.

Año III. Tomo IV. Nº 1. Vol. 10. 1965. XII + 240 págs. + XII. Ed. Universidad Católica.

Año III. Tomo IV. Nº 2. Vol. 11. 1965. XII + 272 págs. + XII. Ed. Universidad Católica.

Año IV. Tomo IV. Nº 3. Vol. 12. 1966. XVI + 388 págs. + XII. Ed. Universidad Católica.

Año IV. Tomo V. Nº 1. Vol. 13. 1966. XVI + 288 págs. + XII. Ed. Universitaria, S. A.

Año IV. Tomo V. N.os 2-3. Vol. 14. 1966. XVI + 340 págs. + XII. Ed. Universitaria, S. A.

Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. 1966. XVIII + 378 págs. + IX. Ed. Universitaria, S. A.

Los trabajos publicados en la revista *Mapocho* han sido clasificados en el orden siguiente:

I. Obras teatrales; II. Cuentos; III. Poesía; IV. Memorias, viajes y epistolarios; V. Ensayos sobre literatura; VI. Antología de antaño; VII. Ensayos científicos; VIII. Ensayos filosóficos y religiosos; IX. Ensayos sobre sociología y urbanismo; X. Ensayos históricos y de ciencias afines; XI. Ensayos jurídicos; XII. Ensayos folklóricos y cos-

tumbristas; XIII. Ensayos filológicos; XIV. Ensayos didácticos; XV. Ensayos sobre medicina y salubridad. XVI. Ensayos sobre artes plásticas; XVII. Ensayos sobre música; XVIII. Ensayos sobre televisión y cine; XIX. Notas bibliográficas; XX. Biblioteca Nacional; XXI. Notas y Documentos; XXII. Bibliografía chilena; XXIII. Referencias bibliográficas de los colaboradores.

Se ha agregado al final un índice onomástico.

INDICE DE MATERIAS DESDE EL Nº 1 AL Nº 15 INCLUSIVE (1963-1966).

I. OBRAS TEATRALES

1. AGUIRRE, ISIDORA: *Los papeleros*. Sátira en dos partes. Año II. Tomo II. Nº 4. Vol. 4. Págs. 57-93. (+).
2. BELLO, ANDRÉS: *Teresa*. Drama en 5 actos. Año IV. Tomo IV. Nº 3. Vol. 12. Págs. 187-230. (+).
3. DEBESA, FERNANDO: *El Guardapelo*. Obra en 1 acto. Año III. Tomo IV. Nº 1. Vol. 10. Págs. 57-66. (+).
4. DÍAZ, JORGE: *El velero en la botella*. Obra en 3 partes. Año I. Tomo I. Nº 1. Vol. 1. Págs. 53-84. (+).
5. — *El lugar donde mueren los mamíferos*. Obra en 2 actos. Año III. Tomo III. Nº 3. Vol. 9. Págs. 107-142. (+).
6. HEIREMANS, LUIS ALBERTO: *Buenaventura*. Trilogía compuesta por *El año repetido* - *El mar en la muralla* - *Arpeggione*. Año III. Tomo III. Nº 1. Vol. 7. Págs. 67-106. (+).
7. MOLLETO, ENRIQUE: *La confesión*. Obra en un acto. Año IV. Tomo V. Nº 1. Vol. 13. Págs. 102-105. (+).
8. MORALES, JOSÉ RICARDO: *Prohibida la reproducción*. Obra en 1 acto. Año II. Tomo II. Nº 2. Vol. 5. Págs. 78-87. (+).
9. SIEVECKING, ALEJANDRO: *Animas de día claro*. Comedia en 2 actos. Año I. Tomo I. Nº 2. Págs. 40-66. (+).
10. — *El cheruve*. Obra en 8 escenas. Año IV. Tomo V. N.os 2-3. Vol. 14. Págs. 41-56. (+).
11. SILVA, JAIME: *La princesa Panchita*. Comedia en 2 actos. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 125-152. (+).
12. — *Arturo y el ángel*. Obra en 1 acto. Año II. Tomo III. Nº 2. Vol. 8. Págs. 103-116.
13. VODANOVIC, SERGIO: *Los fugitivos*. Drama en 2 actos. Año II. Tomo II. Nº 3. Vol. 6. Págs. 114-154. (+).
14. — *El delantal blanco*. Obra en 1 acto. Año III. Tomo IV. Nº 2. Vol. 9. Págs. 32-41. (+).
15. — *La gente como nosotros*. Obra en 1 acto. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 92-100. (+).
3. BASCUÑÁN, HOMERO: *El compañero Monar-des*. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 235-240.
4. CID, TEÓFILO: *Merceditas*. Año III. Tomo III. Nº 1. Vol. 7. Págs. 44-58.
5. CHAIGNEAU, RAIMUNDO: *La rebelión de las manos*. Año I. Tomo I. Nº 1. Vol. 1. Págs. 140-144.
6. DEBESA, FERNANDO: *Los netzukes*. Año IV. Tomo V. N.os 2-3. Vol. 14. Págs. 169-179. (+).
7. EDWARDS, JORGE: *Después de la procesión*. Año III. Tomo IV. Nº 1. Vol. 10. Págs. 89-98.
8. GODOY, JUAN: *Sombras*. Año IV. Tomo V. Nº 1. Vol. 13. Págs. 50-52. (+).
9. JARAMILLO, HERNÁN: *De la Quintrala su linaje*. Año II. Tomo II. Nº 2. Vol. 5. Págs. 195-204.
10. PALAZUELOS, JUAN AGUSTÍN: *La visitadora*. Año II. Tomo II. Nº 1. Vol. 4. Págs. 230-233.
11. SANTIVÁN, FERNANDO: *La mujer que mató su hijo*. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 199-205.
12. TEJEDA, JUAN: *Dos cuentos alcohólicos y burocráticos*. Año III.

II. CUENTOS

1. AGUIRRE, MARGARITA: *La vida no es así*. Año III. Tomo III. Nº 2. Vol. 8. Págs. 174-180.
2. AVARIA DE LA FUENTE, ANTONIO: *En traje de noche*. Año III. Tomo III. Nº 3. Vol. 9. Págs. 143-148.

Vol. IV. Nº 2. Vol. 11.
Págs. 120-128.

13. URIBE ECHEVARRÍA,
JUAN: *Yo soy dueño
del Barón*. Año IV. To-
mo V. Nº 5. Vol. 15.
Págs. 118-125. (+).

14. VARAS, JOSÉ MIGUEL:
Tía. Año I. Tomo I.
Nº 2. Vol. 2. Págs.
194-196.

III. POESIA

1. ALCALDE, ALFONSO: *El
panorama ante nos-
otros*. Año III. Tomo
III. Nº 2. Vol. 8. Págs.
134-137.

2. ANGUITA, EDUARDO:
*Mester de clerecía en
memoria de Vicente
Huidobro*. Año III.
Tomo IV. Nº 2. Vol.
11. Págs. 88-90.

3. BARRENECHEA, JULIO:
Sonetos paralelos. Año
I. Tomo I. Nº 2. Vol.
2. Págs. 137-138.

4. DARÍO, RUBÉN: *Canto
a las glorias de Chile*.
Año IV. Tomo V. Nº
4. Vol. 15. Págs. 22-27.
(+).

5. GARCÍA, LAUTARO: *Ro-
mancero de pájaros*.
Año III. Tomo IV. Nº
1. Vol. 10. Págs. 139-
146. (+).

6. LIHN, ENRIQUE: *Ra-
quel*. Año I. Tomo I.
Nº 1. Vol. 1. Págs.
121-124.

7. MURENA, HÉCTOR A.:
El juego peligroso.
Año II. Tomo II. Nº
1. Vol. 4. Págs. 36-38.

8. MURILLO, ERNESTO:
*Una flor en el cemen-
to*. Año IV. Tomo V.
Nº 4. Vol. 15. Págs.
162-165. (+).

9. NAVARRO, ELIANA: *Poe-*

mas. Año II. Tomo II.
Nº 1. Vol. 4. Págs.
132-135.

10. NERUDA, PABLO: *Poe-
sia*. Año I. Tomo I.
Nº 3. Vol. 3. Págs.
19-29. (+).

11. PARRA, NICANOR: *Ma-
nifiesto y Defensa de
Violeta Parra*. Año III.
Tomo III. Nº 3. Vol.
9. Págs. 164-166.

12. QUIÑÓNEZ ALVEAR,
GUILLERMO: *Balada de
la galleta marinera*.
Año IV. Tomo V. Nº 1.
Vol. 13. Págs. 106-111.
(+).

13. RIVERA, RAÚL: *Poe-
mas*. Año IV. Tomo V.
N.ºs 2-3. Vol. 14. Págs.
265-270. (+).

14. SABELLA, ANDRÉS: *Re-
tratos quiméricos*. Año
I. Tomo I. Nº 3. Vol.
3. Págs. 211-219. (+).

15. TEILLIER, JORGE: *Los
trenes de la noche y
otros poemas*. Año II.
Tomo II. Nº 2. Vol.
5. Págs. 132-142. (+).

IV. MEMORIAS, VIAJES Y EPISTOLARIOS

1. DOMEYKO, IGNACIO: *La
fiesta del aniversario
de la Independencia
de Chile. 18 de Sep-
tiembre de 1810*. Año
I. Tomo I. Nº 3. Págs.
5-18.

2. — *La apacible vida
santiaguina a media-
dos del S. XIX*. Año
III. Tomo III. Nº 3.
Vol. 9. Págs. 32-57.

3. FERNÁNDEZ LARRAÍN,
SERGIO: *Algo de Una-
muno a través de un
epistolario*. Año II. To-
mo II. Nº 2. Vol. 5.
Págs. 205-254. (+).

4. — José María Blanco
White y Andrés Bello.
Año IV. Tomo IV. Nº
3. Vol. 12. Págs. 288-
308. (+).

5. FUENZALIDA, HÉCTOR:
*Recuerdos de la Uni-
versidad. Manuel Ro-
jas*. Año III. Tomo IV.
Nº 2. Vol. 10. Págs.
203-210.

6. HUERTA, ELEAZAR: *Se-
mana Santa en Toba-
rra*. Año IV. Tomo V.
Nº 1. Vol. 13. Págs.
53-63. (+).

7. NORTH, MARIANNE: *Es-
tancia en Chile*. Año
II. Tomo II. Nº 2. Vol.
5. Págs. 67-77.

8. NÚÑEZ, ESTUARDO: *Ri-
cardo Palma y los via-
jes*. Año IV. Tomo V.
Nº 4. Vol. 15. Págs.
166-174. (+).

9. ORREGO LUCO, LUIS:
*Un Idilio Nuevo y
Casa Grande. De sus
memorias inéditas*. Año
IV. Tomo V. N.ºs 2-3.
Vol. 14. Págs. 5-16.
(+).

10. — *Rubén Darío en
Chile*. Año IV. Tomo
V. Nº 4. Vol. 15. Págs.
5-21.

11. PICÓN SALAS, MARIANO:
*Las nieves de Antaño.
Pequeña añoranza de
Mérida*. Año III. To-
mo III. Nº 2. Vol. 8.
Págs. 19-24.

12. QUIROZ, ABRAHAM:
*Epistolario inédito de
su campaña como sol-
dado raso durante to-
da la guerra del Paci-
fico*. Año IV. Tomo
V. Nº 1. Vol. 13. Págs.
175-216.

13. REYES, SALVADOR:
*¡Qué diablos! la vida
es así (I)*. Año III. To-
mo IV. Nº 2. Vol. 10.
Págs. 173-188.

14. — ¡*Qué diablos! la vida es así* (II). Año IV. Tomo v. Nº 4. Vol. 15. Págs. 73-91. (+).
15. ROCUANT, MIGUEL LUIS: *Paisajes del Evangelio*. Año II. Tomo II. Nº 2. Vol. 5. Págs. 43-49.
16. WORMALD CRUZ, ALFREDO: *Putre, donde el tiempo se detuvo*. Año III. Tomo IV. Nº 2. Vol. 11. Págs. 197-202.
- V. ENSAYOS SOBRE LITERATURA
1. ABALOS, CARMEN: *Carlos Drummond de Andrade y Cecilia Meireles, dos poetas del Brasil*. Año II. Tomo II. Nº 1. Vol. 4. Págs. 157-167. (+).
2. ABDEL BADI, LUFTI: *Un dramaturgo egipcio: Tawfik al Hakim*. Año IV. Tomo V. Nº 1. Vol. 13. Págs. 239-246. (+).
3. ANDERSON, DAVID, A.: *La literatura norteamericana en su contexto cultural*. Año IV. Tomo V. Nº 1. Vol. 13. Págs. 233-238.
4. ANZOÁTEGUI, VÍCTOR Y OTRO: *Vulgarización de Lacunza y el lacuncismo*. Año III. Tomo III. Nº 3. Vol. 9. Págs. 81-106. (+).
5. BARCELÓ, JOAQUÍN: *La Divina Comedia como poema del amor*. Año III. Tomo III. Nº 2. Vol. 8. Págs. 54-76.
6. B.(ARROS), J.(OSÉ) M.(IGUEL): *Un poema de Yevtushenko*. Año I. Tomo I. Nº 2. Vol. 2. Págs. 249-251.
7. BELTRÁN GUERRERO, LUIS: *Tres facetas de don Andrés*. Año IV. Tomo IV. Nº 3. Vol. 12. Págs. 309-314.
8. BOPP, MARIANNE O. DE: *Schiller y sus traductores en México*. Año I. Tomo I. Nº 2. Vol. 2. Págs. 123-136.
9. CONCHA, JAIME: *Interpretación de Residencia en la Tierra de Pablo Neruda*. Año I. Tomo I. Nº 2. Vol. 2. Págs. 5-39. (+).
10. DECKER, DONALD M.: *Bibliografía de Luis Durand*. Año II. Tomo II. Nº 2. Vol. 5. Págs. 272-275.
11. — Raúl Silva Castro, *historiador crítico de las letras chilenas*. Año III. Tomo III. Nº 3. Vol. 9. Págs. 214-225. (+).
12. DORFMAN, ARIEL: *En torno a Pedro Páramo de Juan Rulfo*. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 289-295.
13. EDWARDS, JORGE: *De Flaubert a la antinovela*. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 248-249.
14. ESCUDERO, ALFONSO M.: *Pedro Antonio González*. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 84-102. (+).
15. — *Fuentes para el conocimiento de Neruda*. Año II. Tomo II. Nº 3. Vol. 6. Págs. 249-279. (+).
16. FELIÚ CRUZ, GUILLERMO: *Palabras a Pablo Neruda* (al inaugurar y clausurar el Symposium en su honor al cumplir 60 años de edad). Año II. Tomo II. Nº 3. Vol. 6. Págs. 178-179 y 280-281. (+).
17. FERRADA P., GUILLERMO: *Unamuno y el Cristo de Velázquez*. Año III. Tomo III. Nº 1. Vol. 7. Págs. 151-166. (+).
18. F.(ERRADA) P., G.(UILLERMO): *Unamuno a Baldomero Lillo: una carta inédita*. Año III. Tomo III. Nº 1. Vol. 7. Págs. 167-168.
19. FILEBO: *Agenda Paulina*. Año II. Tomo II. Nº 3. Vol. 6. Págs. 195-201. (+).
20. FUENZALIDA, HÉCTOR: *Uslar Pietri. Reportaje a una pasión venezolana*. Año IV. Tomo V. N.os 2-3. Vol. 14. Págs. 248-264. (+).
21. — *Del criollismo al realismo de Edesio Alvarado*. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 224-234.
22. GARCÍA, ELADIO: *Don Miguel de Unamuno y don Américo Castro*. Año III. Tomo III. Nº 1. Vol. 7. Págs. 144-150. (+).
23. GIORDANO, JAIME: *Introducción al Canto General*. Año II. Tomo II. Nº 3. Vol. 6. Págs. 210-226. (+).
24. GRASSES, PEDRO: *Bibliografía sumaria de Andrés Bello*. Año IV. Tomo IV. Nº 3. Vol. 12. Págs. 332-354. (+).
25. — *Las ideas fundamentales de Mariano Piñón Salas*. Año IV. Tomo V. Nº 1. Vol. 13. Págs. 217-232. (+).
26. IBÁÑEZ LANGLOIS, JOSÉ

- MIGUEL: *Sobre la creación poética*. Año III. Tomo III. Nº 3. Vol. 9. Págs. 5-22.
27. IBÉRICO, MARIANO: *El sentido del tiempo en la poesía de César Vallejo*. Año II. Tomo II. Nº 1. Vol. 4. Págs. 25-35.
28. KAYSER, WOLFGANG: *Origen y crisis de la novela moderna*. Año III. Tomo III. Nº 3. Vol. 9. Págs. 58-80. (+).
29. LAÍN ENTRALGO, PEDRO: *Menéndez y Pelayo y el mundo clásico*. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 56-68.
30. LAMBERG, FERNANDO: *Vida y obra de Pablo de Rokha*. Año I. Tomo I. Nº 1. Vol. 1. Págs. 145-185.
31. LASTRA, PEDRO: *Notas sobre el cuento hispanoamericano del Siglo XIX*. Año I. Tomo I. Nº 2. Vol. 2. Págs. 197-217. (+).
32. LATCHAM, RICARDO A.: *Una crónica del Barroco Hispanoamericano: "El Carnero" de Juan Rodríguez Freile*. Año III. Tomo III. Nº 1. Vol. 7. Págs. 5-10. (+).
33. LEAVITT, STURGIS E.: *Lope de Vega y el nuevo mundo*. Año I. Tomo I. Nº 2. Vol. 2. Págs. 225-230.
34. LEFEBVRE, ALFREDO: *Guía de las noches de Lope*. Año I. Tomo I. Nº 1. Vol. 1. Págs. 253-261.
35. LEWIS, R. W. B.: *La novela norteamericana actual: Pícaro y peregrino*. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 283-288.
36. LIRA URQUIETA, PEDRO: *Las poesías de Bello*. Año IV. Tomo IV. Nº 3. Vol. 12. Págs. 163-174. (+).
37. LOYOLA, HERNÁN: *Summa bibliográfica de la obra nerudiana*. Año III. Tomo III. Nº 3. Vol. 9. Págs. 178-213.
38. LLOSA, JORGE GUILLERMO: *Dante en su tiempo y en el nuestro*. Año IV. Tomo V. Nº 1. Vol. 13. Págs. 131-139.
39. MAC HALE, TOMÁS P.: *Notas sobre Luis Alberto Heiremans*. Año III. Tomo III. Nº 1. Vol. 7. Págs. 59-66. (+).
40. MARTÍNEZ CHACÓN, ELENA: *Una "comedia chilena" de Lope de Vega*. Año I. Tomo I. Nº 1. Vol. 1. Págs. 5-33. (+).
41. MONTES, HUGO: *Acerca de las alturas de Machu Picchu*. Año II. Tomo II. Nº 3. Vol. 6. Págs. 202-209. (+).
42. MUÑOZ, DIEGO: *Pablo Neruda: vida y poesía*. Año II. Tomo II. Nº 3. Vol. 6. Págs. 183-194. (+).
43. MUÑOZ G., LUIS: *La muerte, tema poético de Antonio Machado*. Año II. Tomo II. Nº 2. Vol. 5. Págs. 88-96. (+).
44. NERUDA, PABLO: *Algunas reflexiones improvisadas sobre mis trabajos*. Año II. Tomo II. Nº 3. Vol. 6. Págs. 179-182. (+).
45. OLIVER, WILLIAM I.: *Mi punto de vista sobre Marat-Sade*. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 260-271. (+).
46. ORTIZ VEAS, HILDA: *Contribución al estudio del surrealismo en Chile*. Año IV. Tomo V. Nº 1. Vol. 13. Págs. 30-49. (+).
47. OSORIO, NELSON: *El motivo del amor en los Versos del Capitán*. Año II. Tomo II. Nº 3. Vol. 6. Págs. 227-237. (+).
48. — *Wolfgang Kayser y la ciencia de la literatura*. Año III. Tomo III. Nº 2. Vol. 8. Págs. 117-133.
49. OYARZÚN, LUIS: *Una mística chilena*. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 227-230.
50. — *Rafael Maluenda*. Año III. Tomo IV. Nº 2. Vol. 11. Págs. 189-196. (+).
51. PÁEZ ROMERO, FRANCISCO: *Breves apuntes sobre don Andrés Bello, el sabio y la obra*. Año IV. Tomo IV. Nº 3. Vol. 12. Págs. 315-327.
52. PICÓN SALAS, MARIANO: *Interpretación de Andrés Bello*. Año IV. Tomo IV. Nº 3. Vol. 12. Págs. 29-30.
53. RODRÍGUEZ, ORLANDO: *El significado de Bello en el teatro chileno*. Año IV. Tomo IV. Nº 3. Vol. 12. Págs. 175-186. (+).
54. RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, MARIO: *Reunión bajo las nuevas banderas o de la conversión poética de Pablo Neruda*. Año II. Tomo II. Nº 3. Vol. 6. Págs. 238-248. (+).

55. ROJAS PIÑA, BENJAMÍN: *La sociedad y la educación en Chile según los viajeros del período 1740-1850*. Año I. Tomo I. Nº 2. Vol. 2. Págs. 154-193. (+).
56. ROSENTHAL, M. L.: *Nuevas voces y nuevos cantos en la poesía norteamericana*. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 206-210.
57. ROSSEL, MILTON: *Pedro Antonio González, poeta de transición*. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 103-109.
58. RIVANO, JUAN: *La América ahistórica y sin mundo del humanista Ernesto Grassi*. Año II. Tomo II. Nº 1. Vol. 4. Págs. 114-131. (+).
59. RUKSER, UDO: *Heine en el mundo hispánico*. Año I. Tomo I. Nº 1. Vol. 1. Págs. 202-249. (+).
60. SALAS ERRÁZURIZ, JUAN R.: *El primer canto de la Divina Comedia*. Año III. Tomo IV. Nº 1. Vol. 10. Págs. 21-33. (+).
61. SINICROPI, GIOVANNI: *El arte nuevo y la técnica dramática de Lope de Vega*. Año I. Tomo I. Nº 1. Vol. 1. Págs. 125-139.
62. STAIGER EMIL: *El estilo épico*. Año IV. Tomo V. N.os 2-3. Vol. 14. Págs. 219-247. (+).
63. TIENKEN, ARTURO: *Las obras históricas de Shakespeare*. Año II. Tomo II. Nº 2. Vol. 5. Págs. 5-20. (+).
64. URIARTE, FERNANDO: *Temas y problemas de dos novelistas: Hesse y Pérez de Ayala*. Año I. Tomo I. Nº 1. Vol. 1. Págs. 262-271. (+).
65. — *La Tía Tula*. Año III. Tomo III. Nº 1. Vol. 7. Págs. 121-127. (+).
66. — *La novela proletaria de Chile*. Año III. Tomo IV. Nº 2. Vol. 11. Págs. 91-103. (+).
67. — *El criollismo alucinante de Alejo Carpentier*. Año IV. Tomo V. Nº 1. Vol. 13. Págs. 90-101. (+).
68. — Julio Cortázar, novelista de Buenos Aires. Año IV. Tomo V. N.os 2-3. Vol. 14. Págs. 57-67. (+).
69. — *Aspectos de la novela hispanoamericana actual*. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 147-161. (+).
70. URIBE ARCE, ARMANDO: *La dura espina de Saba*. Año I. Tomo I. Nº 1. Vol. 1. Págs. 272-278.
71. — *Cajón desastre*. Año III. Tomo III. Nº 2. Vol. 8. Págs. 141-164.
72. URIBE ECHEVARRÍA, JUAN: *El Romance de Sor Tadea de San Joaquín sobre inundación que hizo el río Mapocho en 1783*. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 159-198. (+).
73. — *Tipos y cuadros de costumbres en la poesía popular del siglo XIX*. Año IV. Tomo V. N.os 2-3. Vol. 14. Págs. 76-158. (+).
74. WARNER, GERALD: *La esencia de la novela*. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 183-192.
75. YÁÑEZ MARÍA, FLORA: *Sentido de la novela moderna*. Año III. Tomo IV. Nº 1. Vol. 10. Págs. 120-122.
76. ZAMORANO, MANUEL Y OTRO. *El crimen como destino. Crimen y literatura*. Año III. Tomo IV. Nº 1. Vol. 10. Págs. 99-119. (+).

VI. ANTOLOGIA DE ANTAÑO

1. AMUNÁTEGUI, MIGUEL LUIS: *La justicia de antaño*. Año IV. Tomo V. Nº 1. Vol. 13. Págs. 140-156.

2. BARROS GREZ, DANIEL: *El político metido a agricultor*. Año III. Tomo IV. Nº 1. Vol. 10. Págs. 177-179.

3. DOMÍNGUEZ, RAMÓN: *Nuestro sistema de inquilinaje*. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 296-313.

4. GIGOVICH, ARTURO: *El valdiviano*. Año IV. Tomo V. Nº 1. Vol. 13. Págs. 140-156.

5. VICUÑA MACKENNA, BENJAMÍN: *Los árboles indígenas de Chile y los árboles aclimatados de Europa*. Año IV. Tomo V. N.os 2-3. Vol. 14. Págs. 271-290.

VII. ENSAYOS CIENTÍFICOS

1. ALDUNATE PHILLIPS, ARTURO. *Andróides, robots y máquinas inverosímiles*. Año I. Tomo I. Nº 2. Vol. 2. Págs. 139-153.

2. — *Los Premios Nobel de Física y la inmortalidad*. Año III. Tomo

- III. Nº 3. Vol. 9. Págs. 167-173.
3. CAMURRI, ANTONIO R.: *La estructura física del universo*. Año II. Tomo II. Nº 1. Vol. 4. Págs. 5-15. (+).
4. COHEN, DANIEL: *Debate sobre la luna y los planetas. Opiniones de 200 astrónomos*. Año IV. Tomo V. Nº 1. Vol. 13. Págs. 243-246.
5. JARAMILLO BARRIGA, RODOLFO: *El Abate Juan Ignacio Molina, primer evolucionista y precursor de Teilhard de Chardin*. Año III. Tomo III. Nº 2. Vol. 8. Págs. 39-53. (+).
6. KRUMM S., CARLOS: *Viajes espaciales: tiempo y relojes*. Año IV. Tomo V. Nº 1. Vol. 13. Págs. 13-19. (+).
7. OSSA S. M., GASTÓN: *Raúl Sáez y la aventura del Riñihue*. Año III. Tomo III. Nº 2. Vol. 8. Págs. 16-18.
8. PÉREZ DE ARCE, CAMILO: *Raúl Sáez y el Instituto de Ingenieros*. Año III. Tomo III. Nº 2. Vol. 8. Págs. 14-15.
9. ROUSSEAU, PIERRE: *¿Se pueden prever los temblores?* Año II. Tomo II. Nº 1. Vol. 4. Págs. 221-229.
10. — *En las avanzadas de la vida*. Año II. Tomo II. Nº 3. Vol. 6. Págs. 155-176. (+).
11. — *¿Está habitado el universo?* Año III. Tomo III. Nº 3. Vol. 9. Págs. 23-31. (+).
12. — *Vida y muerte de los inventos*. Año IV.
- Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 53-59. (+).
13. SÁEZ, RAÚL: *El ingeniero y el desarrollo de los pueblos*. Año III. Tomo III. Nº 2. Vol. 8. Págs. 5-13. (+).
- VIII. ENSAYOS FILOSOFICOS Y RELIGIOSOS
1. BULTMANN, RUDOLF: *Mitología y Nuevo Testamento*. Año III. Tomo IV. Nº 1. Vol. 10. Págs. 147-176. (+).
2. CASTELLI, ENRICO: *Existencialismo teológico*. Año I. Tomo I. Nº 1. Vol. 1. Págs. 97-120.
3. CIUDAD, MARIO: *La "repetición creadora" en Pascal*. Año I. Tomo I. Nº 1. Vol. 1. Págs. 34-52. (+).
4. CORDUA, CARLA: *La contradicción en Nietzsche y Unamuno*. Año III. Tomo III. Nº 1. Vol. 7. Págs. 128-143. (+).
5. ESPINOSA, GERARDO: *El mito de la ciencia*. Año III. Tomo III. Nº 1. Vol. 7. Págs. 107-113.
6. GARRAGORI, PAULINO: *Unamuno y la filosofía*. Año III. Tomo III. Nº 1. Vol. 7. Págs. 114-120. (+).
7. GIANNINI, HUMBERTO: *De la tolerancia*. Año II. Tomo II. Nº 2. Vol. 5. Págs. 143-154.
8. GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, ARMANDO: *El pensamiento filosófico-religioso de Unamuno*. Año III. Tomo III. Nº 1. Vol. 7. Págs. 169-199. (+).
9. HEIDEGGER, MARTIN: *Logos y Moira*. Año II. Tomo II. Nº 1. Vol. 4. Págs. 194-220.
10. HERRERA CAJAS, HÉCTOR E.: *El tiempo, presente de la acción*. Año I. Tomo I. Nº 1. Vol. 1. Págs. 279-284.
11. HOURTON, JORGE: *Teilhard de Chardin ¿ciencia o filosofía?* Año III. Tomo III. Nº 2. Vol. 8. Págs. 25-36. (+).
12. — *Diálogo católico-marxista*. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 28-39.
13. HUSSERL, EDMUND: *La fenomenología*. Año II. Tomo II. Nº 2. Vol. 5. Págs. 50-66.
14. JIMÉNEZ B., JULIO: *Andrés Bello visto en cuanto filósofo*. Año IV. Tomo IV. Nº 3. Vol. 12. Págs. 31-47. (+).
15. MARCHANT, PATRICIO: *Esencia y existencia en la ontología de Nicolás Hartmann*. Año IV. Tomo IV. Nº 1. Vol. 13. Págs. 112-130. (+).
16. ORTEGA Y GASSET, JOSÉ: *Temas del Escorial*. Año III. Tomo IV. Nº 1. Vol. 10. Págs. 5-21. (+).
17. RIVANO, JUAN: *Dialéctica y situación absoluta*. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 103-124. (+).
18. — *Religión y seguridad*. Año III. Tomo III. Nº 2. Vol. 8. Págs. 165-173.
19. RUKSER, UDO: *Sobre la crítica filosófica*. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 272-282. (+).

20. STAHL, GEROLD: *Análisis científico de la religión*. Año II. Tomo II. Nº 2. Vol. 5. Págs. 161-174. (+).
21. — *Mito, ciencia y religión*. Año III. Tomo III. Nº 2. Vol. 8. Págs. 198-200.
22. URIARTE, FERNANDO: *Xavier Zubiri en el problema de la realidad*. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 69-83. (+).
23. VIAL IZQUIERDO, ALFREDO: *Criterio de verdad y filosofía*. Año I. Tomo I. Nº 2. Vol. 2. Págs. 231-236.
24. VICUÑA FUENTES, CARLOS: *El concepto positivo de libertad*. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 220-226.
25. — *Discurso sobre la paralógica*. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 60-72. (+).
- IX. ENSAYOS SOBRE SOCIOLOGIA Y URBANISMO
1. ATROPOS: *El inquilino en Chile. Su vida. Un siglo sin variaciones. 1861-1966*. Año IV. Tomo V. N.os 2-3. Vol. 14. Págs. 195-218. (+).
2. BANDE, JORGE: *Adán, ¿dónde estás?* Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 250-259. (+).
3. COX BALMACEDA, RICARDO: *Desarrollo y mentalidad subdesarrollada*. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 126-146. (+).
4. ENCINA, FRANCISCO A.: *La capital de Chile y las provincias*. Año III. Tomo IV. Nº 2. Vol. 11. Págs. 23-31. (+).
5. ENCINA, FRANCISCO A. Y OTROS: *La subdivisión de la propiedad rural en Chile en 1919*. Año IV. Tomo V. Nº 1. Vol. 13. Págs. 20-29.
6. GUZMÁN, LEONARDO: *En el 45º aniversario de la muerte de Valentín Letelier*. Año III. Tomo III. Nº 3. Vol. 9. Págs. 159-163.
7. ROMERO, HERNÁN: *La ciudad, organismo vivo*. Año IV. Tomo V. N.os 2-3. Vol. 14. Págs. 24-40. (+).
8. RUIZ URBINA, ANTONIO: *Las clases sociales en América Latina*. Año III. Tomo IV. Nº 2. Vol. 10. Págs. 104-119. (+).
9. SEGALL, MARCELO: *Biografía social de la ficha salario*. Año II. Tomo II. Nº 2. Vol. 5. Págs. 97-131. (+).
10. SIEVERS, HUGO K.: *La expansión urbana de Santiago y sus consecuencias. 1541-1960*. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 30-55. (+).
11. VIAL E., CARLOS: *Radioscopia de una enferma: la Alianza para el Progreso*. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 231-247. (+).
12. VIEL, BENJAMÍN: *Algunos cambios sociales derivados del crecimiento poblacional*. Año IV. Tomo V. Nº 1. Vol. 13. Págs. 5-12. (+).
13. VIVEROS, ROBERTO Y OTROS: *Abastecimiento alimentario del Gran Santiago y su relación con la comunidad*. Año II. Tomo II. Nº 1. Vol. 4. Págs. 136-156.
- X. ENSAYOS HISTÓRICOS Y DE CIENCIAS AFINES
1. BARRÍA SERÓN, JORGE: *Historia sindical de Chile*. Año III. Tomo IV. Nº 1. Vol. 10. Págs. 67-88.
2. BARROS, JOSÉ MIGUEL: *Don Estanislao Zeballos y el incidente del Baltimore*. Año I. Tomo I. Nº 2. Vol. 2. Págs. 218-230.
3. BLACKEMORE, HAROLD: *Agentes revolucionarios en Europa (1891)*. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 101-117. (+).
4. CAMPOS HARRIET, FERNANDO: *Las misiones de Alvarez Condarco en la emancipación americana*. Año IV. Tomo V. Nº 4. Págs. 241-248.
5. CERDA, HUGO: *Orígenes de los títeres en Hispanoamérica*. Año III. Tomo III. Nº 3. Vol. 9. Págs. 174-177.
6. CÓRDOVA-BELLO, ELEAZAR: *El jacobinismo en América Latina*. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 193-215. (+).
7. DENEGRI LUNA, FÉLIX: *Los primeros años del Mariscal Andrés de Santa Cruz*. Año IV. Tomo V. Nos 2-3. Vol. 14. Págs. 159-168. (+).
8. EDWARDS, ALBERTO: *La extremidad austral del mundo y la audaz aventura de Sir Ernest Shackleton*. Año IV. Tomo V. N.os 2-3. Vol. 14. Págs. 17-23.
9. ENCINA, FRANCISCO A.: *100 años de la vida económica e indepen-*

- diente de Chile (1912).*
Año III. Tomo IV. Nº 2. Vol. 11. Págs. 11-22. (+).
10. ESPINOSA MORAGA, OSCAR: *El precio de la paz chileno-argentina.* Año IV. Tomo IV. Nº 1. Vol. 13. Págs. 64-75. (+).
11. EYZAGUIRRE, JAIME: *Breve historia de las fronteras de Chile.* Año III. Tomo IV. Nº 2. Vol. 11. Págs. 42-78. (+).
12. FELIÚ CRUZ, GUILLERMO: *Francisco Antonio Encina, historiador.* Año III. Tomo IV. Nº 2. Vol. 11. Págs. 5-10. (+).
13. —*Andrés Bello y la historiografía chilena.* Año IV. Tomo IV. Nº 3. Vol. 12. Págs. 231-263.
14. —*Patria y chilenidad.* Año IV. Tomo V. Nº 1. Vol. 13. Págs. 157-174.
15. HANKE, LEWIS: *La historia de la Villa Imperial de Potosí y Bartolomé Arzans de Orsúa.* Año IV. Tomo V. N.os 2-3. Vol. 14. Págs. 180-194. (+).
16. KELLER, CARLOS: *América en la historia universal.* Año I. Tomo I. Nº 1. Vol. 1. Págs. 85-96.
17. MARÍN MADRID, ALBERTO: *Un viejo problema: el caso fronterizo de Río Encuentro.* Año II. Tomo II. Nº 3. Vol. 6. Págs. 5-18. (+).
18. MÁRQUEZ, BERNARDO Y OTRO: *Andrés Bello en la guerra de la Confederación Perú-Boliviana.* Año IV. Tomo IV. Nº 3. Vol. 12. Págs. 264-287. (+).
19. ORELLANA RODRÍGUEZ, MARIO: *Las pinturas rupestres del Alero de Ayquina.* Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 153-158. (+).
20. SANTIBÁÑEZ, RAFAEL: *Una hazaña en la Antártida.* Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 40-52. (+).
21. SATER, WILLIAM E.: *Arturo Prat, símbolo de ideales nacionales ante la frustración chilena.* Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 249-259. (+).
22. ZAPATER EQUIOIZ, HORACIO: *Las culturas indígenas de América durante la dominación española.* Año III. Tomo III. Nº 2. Vol. 8. Págs. 185-197. (+).

XI. ENSAYOS JURIDICOS

1. BRICE, ANGEL F.: *Bello y el ejercicio abusivo del Derecho.* Año IV. Tomo IV. Nº 3. Vol. 12. Págs. 100-106.
2. ESCUDERO G., JULIO: *La nacionalidad chilena de Bello.* Año IV. Tomo IV. Nº 3. Vol. 12. Págs. 328-331.
3. EYZAGUIRRE, JOSÉ MARÍA: *Andrés Bello y el sentido jurídico de la nación chilena.* Año IV. Tomo IV. Nº 3. Vol. 12. Págs. 70-82. (+).
4. FUEYO LANERI, FERNANDO: *Hacia una moderna ley de adopción.* Año III. Tomo III. Nº 2. Vol. 8. Págs. 181-184. (+).
5. —*Reforma de nuestro Código Civil bajo la inspiración de Bello.* Año III. Tomo IV. Nº 3. Vol. 12. Págs. 83-99.
6. MÁRQUEZ, BERNARDO: *La obra internacional de Andrés Bello.* Año III. Tomo IV. Nº 3. Vol. 12. Págs. 128-140. (+).
7. MÉNDEZ G. DE LA H., ALEJANDRO: *Inconstitucionalidad de las leyes y la Corte Suprema de los Estados Unidos.* Año IV. Tomo V. N.os 2-3. Vol. 14. Págs. 68-75. (+).
8. ORREGO VICUÑA, FRANCISCO: *La labor internacional de Andrés Bello.* Año IV. Tomo IV. Nº 3. Vol. 12. Págs. 141-162.
9. REYES VICUÑA, TOMÁS: *Bello: piedra angular de la estructura jurídica de Chile.* Año IV. Tomo IV. Nº 3. Vol. 12. Págs. 107-110.
10. SILVA FERNÁNDEZ, PEDRO: *Homenaje de la Corte Suprema a Andrés Bello.* Año IV. Tomo IV. Nº 3. Vol. 12. Págs. 111-113.
11. STITCHKIN, DAVID: *Los contenidos esenciales del Derecho de Propiedad.* Año III. Tomo IV. Nº 2. Vol. 11. Págs. 79-87.
12. TERPELLE, GERMÁN: *El asilo diplomático en la historia de Chile.* Año III. Tomo III. Nº 2. Vol. 8. Págs. 77-102. (+).

XII. ENSAYOS FOLKLORICOS Y COSTUMBRISTAS

1. ALVAREZ SOTOMAYOR, AGUSTÍN: *Canciones populares religiosas de Chiloé.* Año IV. Tomo

- v. Nº 4. Vol. 15. Págs. 216-223. (+).
2. BARROS, RAQUEL Y DANNEMANN, MANUEL: *Guía metodológica de la investigación folklórica*. Año II. Tomo II. Nº 1. Vol. 4. Págs. 168-178. (+).
3. OYARZÚN, LUIS: *Cosas de Colliguay y Cerro Viejo*. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 175-182. (+).
4. PEREIRA SALAS, EUGENIO: *Pancho Falcato en la historia y en la leyenda*. Año III. Tomo III. Nº 3. Vol. 9. Págs. 149-158.
5. PLATH, ORESTE: *Folklore alimentario*. Año IV. Tomo V. Nº 1. Vol. 13. Págs. 76-89. (+).
6. SIEVERS, HUGO K.: *Los Ramos del Domingo en Conchali*. Año I. Tomo I. Nº 1. Vol. 1. Págs. 250-251.
7. URIBE ECHEVARRÍA, JUAN: *La Tirana de Tarapacá*. Año I. Tomo I. Nº 2. Vol. 2. Págs. 83-122. (+).
8. — *Cancionero de Ahué*. Año II. Tomo II. Nº 3. Vol. 6. Págs. 25-113. (+).
9. — *Folklore de Colliguay*. Año III. Tomo IV. Nº 2. Vol. 11. Págs. 129-172. (+).
- XIII. ENSAYOS FILOLOGICOS
1. ARAYA, GUILLERMO: *Hombre y lenguaje*. Año I. Tomo I. Nº 2. Vol. 2. Págs. 67-82. (+).
2. — *Dimensiones semánticas del lenguaje*. Año II. Tomo II. Nº 1. Vol. 4. Págs. 179-193. (+).
3. CAMUS, EMILIO: *A propósito de la glosemática*. Año II. Tomo II. Nº 2. Vol. 5. Págs. 155-160.
4. FERRECCIO PODESTÁ, MARIO: *La Real Academia Española. Teoría e historia*. Año II. Tomo II. Nº 1. Vol. 4. Págs. 234-244. (+).
5. MORALES PETTORINO, FÉLIX: *Actualidad de la Gramática de Bello*. Año IV. Tomo IV. Nº 3. Vol. 12. Págs. 59-69. (+).
6. VICUÑA FUENTES, CARLOS: *Bello, gramático de nuestra lengua*. Año IV. Tomo IV. Nº 3. Vol. 12. Págs. 48-58. (+).
- XIV. ENSAYOS DIDACTICOS
1. FELIÚ CRUZ, GUILLERMO: *El Instituto Pedagógico bajo la dirección de Domingo Amundégui Solar. 1892-1922*. Año III. Tomo III. Nº 1. Vol. 7. Págs. 11-43. (+).
2. GONZÁLEZ GINOUVÉS, IGNACIO: *Reflexiones acerca de la misión universitaria*. Año II. Tomo II. Nº 1. Vol. 4. Págs. 16-24. (+).
3. LABARCA, AMANDA: *El arte y la ciencia de ser maestro*. Año II. Tomo II. Nº 1. Vol. 4. Págs. 39-50. (+).
4. OROZ, RODOLFO: *El Instituto de Chile*. Año III. Tomo III. Nº 2. Vol. 8. Págs. 138-142. (+).
5. PEREIRA SALAS, EUGENIO: *Amanda Labarca, maestra*. Año II. Tomo II. Nº 1. Vol. 4. Págs. 51-56. (+).
6. PRIETO B., LUIS F.: *Andrés Bello, educador*. Año IV. Tomo IV. Nº 3. Vol. 12. Págs. 114-127.
- XV. ENSAYOS SOBRE MEDICINA Y SALUBRIDAD
1. ALESSANDRI, HERNÁN: *La obra del Dr. Víctor Manuel Avilés*. Año III. Tomo IV. Nº 2. Vol. 11. Págs. 216-220.
2. AVILÉS, VÍCTOR MANUEL: *La operación cesárea en la solución del parto*. Año III. Tomo IV. Nº 2. Vol. 11. Págs. 221-231.
3. GUZMÁN, LEONARDO: *Labor social de la medicina en Chile y la contribución del Dr. Sótero del Río*. Año III. Tomo IV. Nº 1. Vol. 10. Págs. 49-56. (+).
4. RÍO, SÓTERO DEL: *La medicina social en Chile*. Año III. Tomo IV. Nº 1. Vol. 10. Págs. 34-48. (+).
5. ROMERO, HERNÁN: *La salud mental en la vida social contemporánea*. Año III. Tomo IV. Nº 1. Vol. 10. Págs. 123-138. (+).
- XVI. ENSAYOS SOBRE ARTES PLASTICAS
1. BINDIS, RICARDO: *La pintura chilena contemporánea*. Año II. Tomo II. Nº 2. Vol. 5. Págs. 21-42. (+).
2. CARVACHO, VÍCTOR: *Camilo Mori*. Año II. Tomo II. Nº 3. Vol. 6. Págs. 19-24. (+).
3. ORREGO BARROS, CARLOS: *Alberto Orrego Luco*. Año II. Tomo

II. Nº 1. Vol. 4. Págs. 94-113. (+).

4. URIBE ECHEVARRÍA, JUAN: *Arturo Alcayaga Vicuña: poesía y pintura del supercosmos*. Año II. Tomo II. Nº 2. Vol. 5. Págs. 255-264. (+).

XVII. ENSAYOS SOBRE MUSICA

1. GALIANO, ERNESTO: *Festival Claude Debussy en la Biblioteca Nacional*. Año I. Tomo I. Nº 1. Vol. 1. Pág. 252.
2. PEREIRA SALAS, EUGENIO: *La música en el periodo de la Independencia*. Anejo del Vol. 3 (Año I. Tomo I. Nº 3). Págs. 65-69.
3. SALAS VIÚ, VICENTE: *La formación musical de Debussy*. Año I. Tomo I. Nº 1. Vol. 1. Págs. 186-193.
4. — *Tomás Luis de Victoria*. Año II. Tomo II. Nº 2. Vol. 5. Págs. 175-194. (+).

XVIII. ENSAYOS SOBRE TELEVISION Y CINE

1. AICARDI, RAÚL: *La televisión en Chile*. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 260-270.
2. ARANEDA, HILDA CATALÁN DE: *Censura cinematográfica*. Año I. Tomo I. Nº 2. Vol. 2. Págs. 237-248. (+).
3. GALLARDO, MANUEL F.: *El Cine Club Universitario*. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 279-284.

XIX. NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. ABARZÚA, HÉCTOR FERNANDO: *La pintura informalista*, de Jean Cassou y otros. Año III. Tomo III. Nº 2. Vol. 8. Págs. 212-213.
2. ABASCAL BRUNET, MANUEL: *Geografía de Chile*, de Pedro Cunill. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 301-302.
3. ALLIENDE G., FELIPE: *Los trabajos y los días*, de Hesíodo. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 312-313.
4. ANZOÁTEGUI, VÍCTOR: *Los trabajos y los días*, de Hesíodo. Año II. Tomo II. Nº 1. Vol. 4. Págs. 248-249.
5. ARAYA, GUILLERMO: *Shakespeare y su época*, de Marchette Chute. Año II. Tomo II. Nº 2. Vol. 5. Págs. 276-278.
6. ARAYA NOVOA, LUIS: *Esta rosa negra*, de Oscar Hahn. Año I. Tomo I. Nº 2. Vol. 2. Págs. 272-273.
7. — *La ciudad que fue*, de Eliana Navarro. Año III. Tomo IV. Nº 2. Vol. 11. Págs. 244-246.
8. — *Antología de Andrés Bello y Don Andrés Bello*, de Raúl Silva Castro. Año IV. Tomo IV. Nº 3. Vol. 12. Págs. 379-380.
9. — *Andrés Bello educador*, de Luis F. Prieto. Año IV. Tomo IV. Nº 3. Vol. 12. Págs. 381-382.
10. — *Hijo de hombre*, de Augusto Roa Bastos.

Año IV. Tomo V. N.os 2-3. Vol. 14. Págs. 315-318.

11. — *Antología de la poesía nortina*, de Mario Bahamonde. Año IV. Tomo V. N.os 2-3. Vol. 14. Págs. 322-324.
12. — *El Tile Vallejo y sus cuentos*, de Sady Zañartu. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 350-352.
13. — *El caballero de la piel de tigre*, de Shota Rustaveli. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 362-364.
14. BRICEÑO G., ROBERTO: *Los defraudados*, de Salvador Reyes. Año II. Tomo II. Nº 1. Vol. 4. Págs. 257-258.
15. — *El mundo impresionista de Wallace Stevens*, de Hernán Galilea. Año III. Tomo IV. Nº 2. Vol. 11. Págs. 246-247.
16. BROUSSE, FERNANDO: *La Revista Antropología*. Año II. Tomo II. Nº 2. Vol. 5. Págs. 296-297.
17. BUENO, SALVADOR: *El siglo de las luces*, de Alejo Carpentier. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 305-306.
18. CAMUS, EMILIO: *Teoría de Castilla la nueva*, de M. Criado del Val. Año II. Tomo II. Nº 1. Vol. 4. Págs. 252-253.
19. CERDA, MARTÍN: *El Púgil y San Pancracio*, de Juan Uribe Echevarría. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 369-370.

20. CONCHA, JAIME: *Cantos ceremoniales*, de Pablo Neruda. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 294-296.
21. — *Marx y su concepto del hombre*, de Erich Fromm. Año II. Tomo II. Nº 1. Vol. 4. Págs. 258-259.
22. — *Pablo Neruda*, de Raúl Silva Castro. Año II. Tomo II. Nº 3. Vol. 6. Págs. 292-293.
23. DEBESA, FERNANDO: *Dos libros sobre Lord Cochrane*. Año IV. Tomo V. Nº 1. Vol. 13. Págs. 269-271.
24. DÉLANO, POLI: *Eleven kinds of loneliness*, de Richard Yates. Año II. Tomo II. Nº 2. Vol. 5. Págs. 287-288.
25. DODDIS MIRANDA ANTONIO: *Sistema de rítmica castellana*, de Rafael de Balbín. Año III. Tomo IV. Nº 2. Vol. 11. Págs. 235-236.
26. ERCILLA, LUCY: *El centauro*, de John Updike. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 364-366.
27. FELIÚ CRUZ, GUILLERMO: *Trayectoria y estructura del movimiento sindical chileno 1946-1962*, de Jorge Barria Cerón. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 287-289.
28. — *Las biografías de Generales*, de Manuel de Mendiburu. Año II. Tomo II. Nº 1. Vol. 4. Págs. 245-246.
29. — *Documentación histórica relativa a Cuyo existente en el Archivo (y Biblioteca) Nacional de Santiago de Chile*, de Edverto Oscar Acevedo. Año III. Tomo III. Nº 2. Vol. 8. Págs. 207-209.
30. — *Compañías holandesas de navegación, agentes de la colonización holandesa*, de Eleazar Córdova Bello. Año III. Tomo IV. Nº 1. Vol. 10. Págs. 183-187.
31. FERNÁNDEZ DE LA MORA, GONZALO: *Cartas Inéditas de Miguel de Unamuno*, de Sergio Fernández Larraín. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 355-357.
32. FERNÁNDEZ LATOUR, OLGA: *Cantos a lo divino y humano en Aculeo*, de Juan Uribe Echevarría. Año IV. Tomo V. Nº 1. Vol. 13. Págs. 271-273.
33. FERNÁNDEZ MOLINA, ANTONIO: *Exploración de la poesía*, de Gabriel Celaya. Año III. Tomo IV. Nº 1. Vol. 10. Págs. 197-198.
34. — *Abierto a todas horas*, de Rafael Alberti. Año III. Tomo IV. Nº 1. Vol. 10. Págs. 204-206.
35. — *Raza de dioses*, de Mario Abgol Marrodán. Año IV. Tomo V. N.os 2-3. Vol. 14. Pág. 307.
36. — *La familia del héroe y nuevas escenas matritenses*, de Camilo José Cela. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 353-355.
37. FERRADA P., GUILLERMO: *82 cuentistas chilenos del Siglo XX*, de Antonio de Undurraga. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 319-321.
38. — *Orfeo*. Números 1-2-3. Año II. Tomo II. Nº 1. Vol. Págs. 263-264.
39. — *Sobre héroes y tumbas*, de Ernesto Sábato. Año III. Tomo IV. Nº 1. Vol. 4. Págs. 264-266.
40. — *Un influjo germanista en Bécquer*, de Rafael de Balbín. Año II. Tomo II. Nº 2. Vol. 15. Págs. 282-283.
41. — *Recreo sobre las letras*, de Alfredo Cardona. Año II. Tomo II. Nº 2. Vol. 5. Págs. 295-296.
42. — *Pablo Neruda y otros ensayos*, de Alfredo Cardona. Año II. Tomo II. Nº 3. Vol. 6. Págs. 282-285.
43. — *Bresciani, Valdés, Castillo, Huidobro*, de Ricardo Braun Menéndez. Año III. Tomo III. Nº 1. Vol. 7. Pág. 233.
44. — *Revista del Pacífico*. Nº 1. Año III. Tomo III. Nº 1. Vol. 7. Pág. 234.
45. — *Monólogos de Pin y Pina*, de Mimi Garfias. Año III. Tomo III. Nº 2. Vol. 8. Págs. 205-206.
46. — *Europe*. Marzo/abril 1964. Año III. Tomo III. Nº 2. Vol. 8. Págs. 206-207.
47. — *Contra la muerte*, de Gonzalo Rojas.

- Año III. Tomo IV. Nº 1. Vol. 10. Págs. 190-191.
48. — *Colecciones Hacia*. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 357-360.
49. FERRECCIO P., MARIO: *La Gaya ciencia de P. Guillén de Segovia*, de José M. Casas Homs. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 306-310.
50. — *Comedia de Calisto e Melibea*. Año II. Tomo II. Nº 1. Vol. 4. Págs. 253-255.
51. — *Poema de Fernán González*. Traducción de Erminio Polidoro. Año II. Tomo II. Nº 2. Vol. 5. Págs. 281-282.
52. — *Obras en verso del Homero Español: Luis de Góngora*. Edición de Juan López de Vicuña. Año III. Tomo III. Nº 3. Vol. 9. Págs. 231-232.
53. — *Fonética y fonología del español*, de Antonio Quilis. Año III. Tomo IV. Nº 1. Vol. 10. Págs. 210-211.
54. FILEBO: *Arte de pájaros*, de Pablo Neruda. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 345-346.
55. FUENZALIDA MALDONADO, GUILLERMO: *Biblioteca Hispano-Americana* (1493-1810), en 7 vols., de José Toribio Medina. Año III. Tomo IV. Nº 1. Vol. 10. Págs. 189-190.
56. — *Andrés Bello y la Administración Pública de Chile*, de Guillermo Feliú Cruz. Año IV. Tomo IV. Nº 3. Vol. 12. Págs. 378-379.
57. — *Geología y yacimientos metalíferos de Chile*, de Carlos Ruiz Fuller y otros. Año IV. Tomo V. N.os 2-3. Vol. 14. Pág. 318.
58. — *Historia de Chile ilustrado* de Walterio Millar. Año IV. Tomo V. N.os 2-3. Vol. 14. Pág. 324.
59. — *Un bibliógrafo español del siglo XVIII: José Rezabal y Ugarte*, de Guillermo Feliú Cruz. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 344-345.
60. FUENZALIDA V., HÉCTOR: *Rubén Darío a los veinte años*, de Raúl Silva Castro. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 371-375.
61. GARCÍA, ELADIO: *El lenguaje y la visión del mundo*, de Heinz-Schulte Herbrüggen. Año I. Tomo I. Nº 2. Vol. 2. Págs. 257-260.
62. — *Diccionario de la lengua castellana*, del Dr. Rodolfo Oroz. Año II. Tomo II. Nº 2. Vol. 5. Pág. 280.
63. — *La Ontología de Miguel de Unamuno*, de François Meyer. Año II. Tomo II. Nº 3. Vol. 6. Págs. 288-290.
64. — *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno*, de Sergio Fernández Larrain. Año IV. Tomo V. N.os 2-3. Vol. 14. Págs. 304-306.
65. — *Creaciones huma-*
- nas. El Drama, de Raimundo Kupareo, seguido de La vida que te di*, de Luigi Pirandello, de Radoslav Ivelic. Año IV. Tomo V. N.os 2-3. Vol. 14. Págs. 319-321.
66. — *Manual de Bibliografía de Literatura Española*, de José Simón Díaz. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 352-353.
67. GARCÍA DE LA HUERTA, MARCOS: *Hacia Ortega*. Vol. 1, de Francisco Soler. Año IV. Tomo V. Nº 1. Vol. 13. Págs. 260-263.
68. GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, ARMANDO: *Chile: su futura alimentación*, de Carlos Keller y otros. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 313-316.
69. — *El debate de los hombres comunes*, de René Montero. Año IV. Tomo V. Nº 1. Vol. 13. Págs. 263-264.
70. HUERTA, ELEAZAR: *En torno al poema del Cid*, de Ramón Menéndez Pidal. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 292-293.
71. IÑIGO MADRIGAL, LUIS: *Rayuela*, de Julio Cortázar. Año III. Tomo III. Nº 1. Vol. 7. Págs. 220-221.
72. LASTRA, PEDRO: *10 Conferencias*. Depto. de Castellano de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Concepción. Año I. Tomo I. Nº 2. Vol. 2. Págs. 262-263.

73. LAVÍN CERDA, HERNÁN: *El nuevo cuento realista chileno*, de Yerko Moretí y Carlos Orellana. Año I. Tomo I. Nº 1. Vol. 1. Págs. 287-289.
74. — *Sonetos temporales*, de Mario Ferrero. Año II. Tomo II. Nº 1. Vol. 4. Págs. 255-257.
75. — *Porai*, de José Miguel Varas. Año II. Tomo II. Nº 2. Vol. 5. Págs. 293-295.
76. — *Pájaros de greda y Linares a puro mimbre*, de Rubén Campos Aragón. Año III. Tomo III. Nº 2. Vol. 8. Págs. 209-210.
77. — *Canciones para que el mar juegue con nosotros*, de Andrés Sabella. Año III. Tomo IV. Nº 1. Vol. 10. Págs. 206-207.
78. — *Para saber y cantar*, de Floridor Pérez. Año III. Tomo IV. Nº 2. Vol. 11. Págs. 250-252.
79. LOYOLA, HERNÁN: *Versos de salón*, de Nicanor Parra. Año I. Tomo I. Nº 2. Vol. 2. Págs. 260-262.
80. LLOSA, JORGE GUILLERMO: *Lima la horrible*, de Sebastián Salazar Bondy. Año III. Tomo III. Nº 1. Vol. 7. Págs. 221-225.
81. LUIGI LEMUS, JUAN DE: *La capacitación del personal bibliotecario mediante el trabajo y La Biblioteca privada del profesional*, de Georges Litton. Año III. Tomo III. Nº 2. Vol. 8. Págs. 201-202.
82. MAC HALE, TOMÁS P.: *La amortajada y La última niebla*, de María L. Bombal. Año I. Tomo I. Nº 1. Vol. 1. Págs. 290-291.
83. — *La educación económica y el liceo. La reforma agraria. El momento sociológico mundial y los destinos de los pueblos hispanoamericanos*, de Francisco A. Encina. Año I. Tomo I. Nº 1. Vol. 1. Págs. 291-292.
84. — *La responsabilidad del escritor*, de Pedro Salinas. Año I. Tomo I. Nº 2. Vol. 2. Págs. 265-268.
85. — *El príncipe y las ovejas*, de Enrique Lafourcade. Año I. Tomo I. Nº 2. Vol. 2. Págs. 268-270.
86. — *El dramatismo en la poesía de Federico García Lorca*, de Roque Esteban Scarpa. Año I. Tomo I. Nº 2. Vol. 2. Págs. 270-272.
87. — *El sótano*, de Enrique Molleto. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 316-318.
88. — *Chile y Bolivia, esquema de un proceso diplomático y Ventura de Pedro de Valdivia*, de Jaime Eyzaguirre. Año II. Tomo II. Nº 1. Vol. 4. Págs. 259-261.
89. — *La política económica del Presidente Balmaceda*, de José Miguel Yrarrázabal. Año II. Tomo II. Nº 1. Vol. 4. Págs. 261-263.
90. — *Nuevo humanismo y tecnocracia*, de Arturo Piga. Año II. Tomo II. Nº 2. Vol. 5. Págs. 278-280.
91. — *Destierros y tinieblas y La otra orilla*, de Miguel Arteche. Año II. Tomo II. Nº 2. Vol. 5. Págs. 289-291.
92. — *Palabras en Española*, de Sergio Fernández Larrain. Año III. Tomo III. Nº 1. Vol. 7. Págs. 230-231.
93. — *Bello en Londres*, de Alone. Año III. Tomo III. Nº 1. Vol. 7. Págs. 231-232.
94. — *Valparaíso y Crónicas*, de Joaquín Edwards Bello. Año III. Tomo III. Nº 2. Vol. 8. Págs. 202-209.
95. — *En torno a la filosofía en Chile. 1541-1810 y La filosofía de don Juan Egaña*, de Walter Hanisch. Año III. Tomo III. Nº 3. Vol. 9. Págs. 232-233.
96. — *Veleros franceses en el Mar del Sur*, de Fernando Campos Harriet. Año III. Tomo III. Nº 3. Vol. 9. Págs. 233-234.
97. — *Historia de Chile. Génesis de la nacionalidad*, de Jaime Eyzaguirre. Año III. Tomo IV. Nº 2. Vol. 11. Págs. 242-244.
98. — *Calicó*, de Valerio Quesney Langlois. Año III. Tomo IV. Nº 2. Vol. 11. Págs. 247-248.
99. — *Actualidad de Bello*, de Pedro Lira Urquieta y *La labor in-*

- ternacional de Andrés Bello, de Francisco Orrego Vicuña. Año iv. Tomo iv. N.º 3. Vol. 12. Págs. 382-383.
100. — *Tres dimensiones del pensamiento de Bello: religión, historia y filosofía*, de Walter Hanisch. Año iv. Tomo v. N.º 1. Vol. 13. Págs. 265-266.
101. — *Antología del árbol*, de Alone. Año iv. Tomo v. N.ºs 2-3. Vol. 14. Págs. 309-310.
102. — *Interrogaciones: 94*, de Benjamín Subercaseaux. Año iv. Tomo v. N.ºs 2-3. Vol. 14. Págs. 321-322.
103. — *Historiografía de la Independencia de Chile y Los prejuicios sociales en Chile al terminar el siglo xviii*, de Gonzalo Vial Correa, Año iv. Tomo v. N.º 4. Vol. 15. Págs. 349-350.
104. — *En defensa del patrimonio artístico-religioso*, de Salvador Valdés Morandé. Año iv. Tomo v. N.º 4. Vol. 15. Págs. 366-368.
105. MARCILESE, MARIO: *Nota sobre Rafael Arévalo Martínez*. Año iii. Tomo iii. N.º 3. Vol. 9. Págs. 234-235.
106. MÁRQUEZ, BERNARDO: *Panorama General de Historia de la Ciencia*, de Aldo Mielo, Desiderio Papp y José Babini. Año i. Tomo i. N.º 1. Vol. 1. Págs. 285-287.
107. MATELLA, ALFREDOS: *Hemos perdido el sol*, de Angel M. de Lera. Año iii. Tomo iv. N.º 1. Vol. 10. Págs. 198-199.
108. MATTE, ESTER: *Según el orden del tiempo*, de Juan Agustín Palazuelos. Año i. Tomo i. N.º 2. Vol. 2. Págs. 263-265.
109. MAZZEI, LEONARDO: *Viajes relativos a Chile*. Compilación de José Toribio Medina. 2 vols. Año iii. Tomo iv. N.º 1. Vol. 10. Págs. 194-196.
110. — *Recuerdos de Andrés Bello*, de Guillermo Feliú Cruz. Año iv. Tomo v. N.º 4. Vol. 15. Págs. 368-369.
111. MONTESINO, JOSÉ: *Curso de lógica moderna y antigua*, de Juan Rivano. Año iii. Tomo iii. N.º 3. Vol. 9. Págs. 234-235.
112. NEALE-SILVA, EDUARDO: *La literatura chilena en EE.UU.*, de Homero Castillo. Año iv. Tomo v. N.ºs 2-3. Vol. 14. Págs. 302-303.
113. NEVES, EUGENIA: *La tierra que les di*, de Mercedes Valdivieso. Año i. Tomo i. N.º 3. Vol. 3. Págs. 318-319.
114. OCQUETEAUX, LEÓN: *Príncipe de Naipes*, de Waldo Rojas. Año iv. Tomo v. N.º 4. Vol. 15. Pág. 360.
115. ORELLANA R., MARIO: *Más allá de la historia*, de William Howells. Año iii. Tomo iii. N.º 2. Vol. 8. Págs. 210-211.
116. ORREGO VICUÑA, FRANCISCO: *Memorias militares del coronel Jorge Beauchef*, de Guillermo Feliú Cruz. Año ii. Tomo ii. N.º 3. Vol. 6. Págs. 290-292.
117. PEREIRA SALAS, EUGENIO: *Impresos chilenos. 1776-1818*. Año i. Tomo i. N.º 3. Vol. 3. Págs. 285-286.
118. PETIT, MAGDALENA: *Bellone o la pendiente de la guerra*, de Roger Caillois. Año iii. Tomo iii. N.º 1. Vol. 7. Págs. 226-230.
119. RIVANO, JUAN: *Lo demoníaco en el arte*, de Eugenio Castelli. Año ii. Tomo ii. N.º 1. Vol. 14. Págs. 249-252.
120. — *David Hume. A Symposium*. Año ii. Tomo ii. N.º 2. Vol. 5. Págs. 283-285.
121. — *Locke, Berkeley, Hume*, de C. R. Morris. Año ii. Tomo ii. N.º 2. Vol. 5. Págs. 285-287.
122. ROJAS PIÑA, BENJAMÍN: *Las furias y las vírgenes*, de Lautaro Yankas. Año i. Tomo i. N.º 2. Vol. 2. Págs. 252-256.
123. RUKSER, UDO: *En busca del Perú*, de Jorge Guillermo Llosa. Año i. Tomo i. N.º 2. Vol. 2. Págs. 273-274.
124. — *Angloamérica - Hispanoamérica*, de Edmund S. Urbansky. Año iv. Tomo v. N.ºs 2-3. Vol. 14. Págs. 312-314.

125. SANDOVAL G., NOEMÍ: *La cuestión del Lauca*, de Oscar Espinosa Moraga. Año II. Tomo II. Nº 3. Vol. 6. Págs. 287-288.
126. — *Africa ambigua*, de Georges Balandier. Año III. Tomo III. Nº 1. Vol. 7. Págs. 232-233.
127. — *Nueva sociedad, vieja constitución*, de Jorge Guzmán Dinator. Año III. Tomo III. Nº 2. Vol. 8. Págs. 204-205.
128. — *Eugène Ionesco y su teatro*, de Marta Gluckman. Año III. Tomo IV. Nº 1. Vol. 10. Págs. 207-208.
129. — *Los buscadores de prestigio*, de Vance Packard. Año III. Tomo IV. Nº 1. Vol. 10. Págs. 211-213.
130. — *Le meilleur de Planete*. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 361-362.
131. SANDOVAL OLIVA, JUAN: *Nostálgicas mansiones*, de Teófilo Cid. Año II. Tomo II. Nº 2. Vol. 5. Págs. 299-300.
132. SANTA CRUZ, ANTONIO: *Urdimbre afectiva y enfermedad*, de Juan Rof Carvallo. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 370-371.
133. SAYAGO, SOFÍA: *Andanzas por el Desierto de Atacama*, de Salvador Reyes. Año III. Tomo IV. Nº 2. Vol. 11. Págs. 248-250.
134. SIEVECKING, ALEJANDRO: *Milagro en el mercado viejo*, de Osvaldo Dragún y *El atentado*, de Jorge Ibarguengoitía. Año II. Tomo II. Nº 2. Vol. 5. Págs. 297-299.
135. SIEVERS, HUGO K.: *Atlas de Chile*. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 342-343.
136. — *Flores silvestres de Chile*, de Carlos Muñoz Pizarro. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 343-344.
137. SILVA ACEVEDO, MANUEL: *Orfeo*, N.os 11-12. Año III. Tomo IV. Nº 2. Vol. 11. Págs. 252-253.
138. SILVA CASTRO, RAÚL: *Modernism in Chilean Literature. The second period*, de John M. Fein. Año III. Tomo IV. Nº 2. Vol. 11. Págs. 233-235.
139. — *La evolución de la crítica literaria en Chile*, de John P. Dyson. Año IV. Tomo V. Nº 1. Vol. 13. Págs. 273-277.
140. *Premios Nacionales de Literatura*, de Mario Ferrero. Año IV. Tomo V. N.os 2-3. Vol. 14. Págs. 294-302.
141. SOLAR, CLAUDIO: *La ciudad y los perros*, de Mario Vargas Llosa. Año II. Tomo II. Nº 2. Vol. 5. Págs. 291-293.
142. SORIA Y PUIG, ARTURO: *Rimas y sonetos rezagados. Duendecitos y coplas*, de José Bergamín. Año III. IV. Nº 1. Vol. 10. Págs. 109-202.
143. TEILLIER, JORGE: *Los nómades del mar*, de Joseph Emperaire. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 304-305.
144. *La herida del tiempo*, de Carlos Morand. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 310-312.
145. *Obras Completas de Vicente Huidobro*. Año III. Tomo IV. Nº 1. Vol. 10. Págs. 180-183.
146. *El peso de la noche*, de Jorge Edwards. Año III. Tomo IV. Nº 1. Vol. 10. Págs. 193-194.
147. *Registro*, de Sergio Hernández. Año IV. Tomo V. Nº 1. Vol. 13. Págs. 264-265.
148. *Los expedientes de Filebo*, de Luis Sánchez Latorre. Año IV. Tomo V. N.os 2-3. Vol. 14. Pág. 308.
149. *Dos revistas de poesía*. Trilce Nº 10. Marzo 66 - Arúspice. N.os 3-4. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 360-361.
150. TORRES, NOELIA: *El enigma micénico*, de John Chadwick. Año III. Tomo IV. Nº 1. Vol. 10. Págs. 202-204.
151. URIARTE, FERNANDO: *La Revista de Occidente* (2ª época). Nº 1. Abril 1963. Año I. Tomo I. Nº 1. Vol. 2. Págs. 252-253.
152. *Entre Hegel y Marx*, de Juan Rivano. Año I. Tomo I. Nº 2. Vol. 2. Págs. 256-257.

153. *Pound*, de Armando Uribe Arce. Año II. Tomo II. Nº 1. Vol. 4. Págs. 246-248.
154. *Historia política y parlamentaria de Chile*, de Manuel Rivas Vicuña. Año III. Tomo III. Nº 3. Vol. 9. Págs. 226-231.
155. *Novela de navidad*, de Enrique Lafourcade. Año III. Tomo IV. Nº 1. Vol. 10. Págs. 187-189.
156. *Notas de literatura*, de Theodor W. Adorno. Año IV. Tomo V. Nº 1. Vol. 13. Págs. 253-256.
157. *París era una fiesta*, de Ernest Hemingway. Año IV. Tomo V. N.os 2-3. Vol. 14. Págs. 303-304.
158. *Léataud y el otro*, de Armando Uribe Arce. Año IV. Tomo V. N.os 2-3. Vol. 14. Págs. 311-315.
159. *Revista de Occidente*, Nº 38 (2ª época). Mayo 1966. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 347-349.
160. URIBE ARCE, ARMANDO: *La poesie d'Andrés Bello*, René L. F. Durand. Año III. Tomo IV. Nº 2. Vol. 11. Págs. 232-233.
161. URIBE ECHEVARRÍA, JUAN: *Repertorio del teatro chileno*, de Julio Durán Cerda. Año I. Tomo I. Nº 1. Vol. 1. Pág. 287.
162. *Baroja y su mundo*, de Fernando Baeza y otros. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 293-294.
163. *Folklore Tachireense*, de L. F. Ramón y Rivera e Isabel Artez. Año III. Tomo IV. Nº 1. Vol. 10. Págs. 191-193.
164. *Vaquero Turcios*, por José Manuel Moreno Galván. Año III. Tomo IV. Nº 1. Vol. 10. Págs. 209-210.
165. *Once cuentos de fútbol*, de Camilo José Cela. Año III. Tomo IV. Nº 2. Vol. 11. Págs. 239-240.
166. *Arturo Pacheco Altamirano: vida y obra*, de Jacobo Nazaré. Año IV. Tomo V. N.os 2-3. Vol. 14. Págs. 310-312.
167. *Historia del arte en el Reino de Chile*, de Eugenio Pereira Salas. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 339-342.
168. *Diccionario del folklore ecuatoriano*, de Paulo de Carvalho Neto. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 346-347.
169. VALLEJO DÍAZ, MANUEL: *Phänomenologie der religion*, de Gerardus van der Leeuw. Año III. Tomo IV. Nº 2. Vol. 11. Págs. 238-239.
170. VARAS, JOSÉ MIGUEL: *El Gran Duque de Gandía*, de Calderón de la Barca (edición checoslovaca). Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 302-304.
171. VARGAS SAAVEDRA, LUIS: *Motivos de San Francisco*, de Gabriela Mistral. Año IV. Tomo V. Nº 1. Vol. 13. Págs. 256-260.
172. *Lyrisme de Dante*, de Georges Mounin. Año IV. Tomo V. Nº 1. Vol. 13. Págs. 266-269.
173. VERA, PEDRO JOSÉ: *Novela italiana de la segunda postguerra*, de Edmundo Ribadeneira. Año II. Tomo II. Nº 2. Vol. 5. Págs. 301.
174. *Por qué Jesús no vuelve*, de Benjamín Carrión. Año II. Tomo II. Nº 2. Vol. 5. Págs. 302.
175. *La acción escrita*, de Genaro Carnera Checa. Año III. Tomo III. Nº 1. Vol. 7. Págs. 225-226.
176. VIDAL MUÑOZ, SANTIAGO: *Evolución del pensamiento social*, de Tulio Lagos V. Año III. Tomo IV. Nº 2. Vol. 11. Págs. 240-242.
177. VULLIAMY, LUIS: *Don Judas Romero*, de Miguel Angel Padilla. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 302-304.
178. WACQUEZ, MAURICIO: *Puerto de salida*, de Luis A. Heiremans. Año II. Tomo II. Nº 3. Vol. 6. Págs. 286-287.
179. WAGNER, CLAUDIO: *Los nuevos atlas lingüísticos de la Rumania*, de Manuel Alvar. Año III. Tomo IV. Nº 2. Vol. 11. Págs. 236-238.

180. WALKER LINARES, FRANCISCO: *Los incas*, de Alfred Métraux. Año III. Tomo III. Nº 1. Vol. 7. Págs. 214-220.
181. YANKAS, LAUTARO: *Colección de cuentos chilenos*, de Lucía Yanikova. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 299-300.
182. ZAMUDIO, JOSÉ: *Impresos chilenos*. 1776-1818. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 289-292.
- XX. BIBLIOTECA NACIONAL
1. ANÓNIMO: *El Sesquicentenario de la Biblioteca Nacional*. (Crónica de los actos). Anejo del Nº 3. Vol. 3. Págs. 11-16.
2. — *Editorial de "El Mercurio" de Santiago* (19 de agosto de 1963) sobre el Sesquicentenario de la Biblioteca Nacional. Anejo del Nº 3. Vol. 3. Págs. 52-53.
3. — *Editorial de "El Diario Ilustrado"* (19 de agosto de 1963) con el mismo motivo. Anejo del Nº 3. Vol. 3. Págs. 54-55.
4. — *Editorial de la Revista "Museo Nacional de Historia Natural"*. Nº 85, agosto 1963, con el mismo motivo. Anejo del Nº 3. Vol. 3. Págs. 56-57.
5. — *Homenaje a Eduardo Barrios, con ocasión de su fallecimiento*. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 271-273.
6. — *Crónica de los actos de inauguración de nuevos servicios de la Biblioteca Nacional en agosto de 1964*. Año III. Tomo III. Nº 1. Vol. 7. Págs. 200-203.
7. — *La Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional*. 2º Semestre 1963 y 1º de 1964. Año II. Tomo II. Nº 2. Vol. 5. Págs. 264-271.
8. — *La Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional*. 2º Semestre de 1964 y 1º de 1965. Año III. Tomo IV. Nº 1. Vol. 10. Págs. 214-218.
9. — *La Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional*. 2º Semestre de 1965. Año IV. Tomo V. Nº 1. Vol. 13. Págs. 247-252.
10. — *La Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional*. 1.º Semestre de 1966. Año IV. Tomo V. N.ºs 2-3. Vol. 14. Págs. 291-293.
11. — *La Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional*. 2º Semestre 1966. Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 314-316.
12. ARLEGUI, VICENTE: *Informe sobre la primera historia de la Biblioteca Nacional mandada escribir por Andrés Bello en 1857*. Año IV. Tomo IV. Nº 3. Vol. 12. Págs. 24-28.
13. ARRIAGADA HERRERA, JULIO: *Un hogar para el Libro y el estudio creó en 1813 la Biblioteca Nacional*. Anejo del Nº 3. Vol. 3. Págs. 149-158.
14. BARRIOS, EDUARDO: *Discurso al despedir los restos de don José Toribio Medina*. Año I. Tomo I. Nº 3. Vol. 3. Págs. 273-274.
15. BARROS ALEMPARTE, PATRICIO: *Discurso en el acto oficial de celebración del Sesquicentenario de la Biblioteca Nacional*. Anejo del Nº 3. Vol. 3. Págs. 19-20.
16. BRISEÑO, RAMÓN: *Noticias históricas, estadísticas y orgánicas de la Biblioteca Nacional hasta 1813*. Anejo del Nº 3. Vol. 3. Págs. 95-104.
17. — *Exposición que, en defensa de injusticias gubernativas y de algunos detractores míos, escribí en 1886*. Anejo del Nº 3. Vol. 3. Págs. 105-117.
18. — *Recuerdos de la antigua Biblioteca Nacional*. Anejo del Nº 3. Vol. 3. Págs. 173-176.
19. CIFUENTES ARCE, MANUEL: *Catálogo de la Exposición Retrospectiva Bibliográfico-Histórica de la Cultura Chilena*. Anejo al Nº 3. Vol. 3. Págs. 72-91.
20. — *Catálogo de la Exposición Retrospectiva Bibliográfica, iconográfica y de objetos personales de Andrés Bello*. Año IV. Tomo IV. Nº 3. Vol. 12. Págs. 355-377.
21. DONOSO, RICARDO: *Los primeros años de la*

- Biblioteca Nacional*. Anejo al N° 3. Vol. 3. Págs. 140-148.
22. FELIÚ CRUZ, GUILLERMO: *Discurso en el acto oficial de celebración del Sesquicentenario de la Biblioteca Nacional*. Anejo del N° 3. Vol. 3. Págs. 21-25.
23. — *Introducción al Catálogo de la Exposición Retrospectiva Bibliográfica - Histórica de la Cultura Chilena*. Anejo al N° 3. Vol. 3. Págs. 71-72.
24. — *Discurso al despedir los restos de Eduardo Barrios*. Año I. Tomo I. N° 3. Vol. 3. Págs. 274-275.
25. — *Los ideales de un editor* (de la Revista *Mapocho*). Año II. Tomo II. N° 1. Vol. 4. Págs. I-VII.
26. — *Andrés Bello y la Biblioteca Nacional*. Año IV. Tomo IV. N° 3. Vol. 12. Págs. 13-23.
27. FRANCIS, SIR FRANK: *Carta del Conservador del Museo Británico al Director de la Biblioteca Nacional*. Año IV. Tomo IV. N° 3. Vol. 12. Pág. 13.
28. GALDAMES, LUIS: *La Biblioteca Nacional*. Anejo del N° 3. Vol. 3. Págs. 121-126.
29. GALLIANO, ERNESTO: *En la vieja Biblioteca* (Recuerdos). Anejo del N° 3. Vol. 3. Págs. 189-199.
30. GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, ARMANDO: *La Extensión cultural de la Biblioteca Nacional*. 1958-1962. Año I. Tomo I. N° 1. Págs. 194-201.
31. — *La Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional*. Primer Semestre de 1963. Año I. Tomo I. N° 3. Págs. 276-278.
32. — *La Cátedra Andrés Bello de la Biblioteca Nacional*. Año IV. Tomo IV. N° 3. Vol. 12. Págs. 5-12.
33. HOMENAJE DEL CONGRESO NACIONAL: *Discursos de los H. Senadores señores Chelén, González Madariaga y Pedro Ibáñez y de los H. Diputados señores Eguiguren, Reyes, Hübner, Teitelboim, Juliet, Naranjo, De la Presa, Donoso y Pantoja con motivo del Sesquicentenario de la Biblioteca Nacional*. Anejo del N° 3. Vol. 3. Págs. 29-51.
34. IGLESIAS, AUGUSTO: *Recuerdos de la Biblioteca Nacional*. Anejo del N° 3. Vol. 3. Págs. 168-188.
35. MAC HALE, TOMÁS P.: *Bibliografía de la Revista Mapocho*. Año IV. Tomo V. N° 4. Vol. 15. Págs. 317-338. (+).
36. MONTT, LUIS: *Reseña histórica sobre la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile hasta 1900*. Anejo del N° 3. Vol. 3. Págs. 118-120.
37. NIETO DEL RÍO, FÉLIX: *Entre millares de libros: la Biblioteca Nacional*. Anejo del N° 3. Vol. 3. Págs. 127-139.
38. SILVA CASTRO, RAÚL: *Reseña histórica de la Biblioteca Nacional*. Anejo del N° 3. Vol. 3. Págs. 159-170.
39. SILVA CRUZ, CARLOS: *Recuerdos de la Biblioteca Nacional*. Anejo del N° 3. Vol. 3. Págs. 177-185.
40. SCOTT FOX, SIR DAVID: *Andrés Bello, el Museo Británico y la Biblioteca Nacional*. Año IV. Tomo IV. N° 3. Vol. 12. Pág. 11.

XXI. NOTAS Y DOCUMENTOS

1. *Conclusiones de la XI Semana de la Geografía, de la Sociedad Geográfica de Chile*. Año II. Tomo II. N° 1. Vol. 4. Págs. 267-269.
2. *Donación del Prof. Julio Escudero G. a la Biblioteca Nacional*. Año I. Tomo I. N° 3. Vol. 3. Págs. 335-336.
3. *Felicitaciones recibidas con motivo del Sesquicentenario de la fundación de la Biblioteca Nacional*. Anejo del N° 3. Vol. 3. Págs. 58-60.

XXII. BIBLIOGRAFIA CHILENA

- Enero-junio 1962: Año I. Tomo I. N° 1. Vol. 1. Págs. 293-308.
- Julio-diciembre 1962: Año I. Tomo I. N° 2. Vol. 2. Págs. 275-301.
- Enero-junio 1963: Año I. Tomo I. N° 3. Vol. 3. Págs. 322-336.
- Julio-diciembre 1963. Año II. Tomo II. N° 1. Vol. 4. Págs. 270-292.

- Enero-junio 1964: Año II. Tomo II. Nº 2. Vol. 5. Págs. 303-322.
- Julio-diciembre 1964: Año III. Tomo III. Nº 2. Vol. 6. Págs. 214-225.
- Enero-junio 1965: Año III. Tomo IV. Nº 1. Vol. 10. Págs. 219-237.
- Julio-septiembre 1965: Año III. Tomo IV. Nº 2. Vol. 11. Págs. 254-266.
- Octubre-diciembre 1965: Año IV. Tomo V. Nº 1. Vol. 13. Págs. 278-284.
- Enero-junio 1966: Año IV. Tomo V. N.os 2-3. Vol. 14. Págs. 325-337.
- Año III. Tomo III. Nº 2. Vol. 8. Págs. 226-227.
- Año III. Tomo III. Nº 3. Vol. 9. Págs. 238-239.
- Año III. Tomo IV. Nº 1. Vol. 10. Págs. 238-239.
- Año III. Tomo IV. Nº 2. Vol. 11. Págs. 267-268.
- Año IV. Tomo IV. Nº 3. Vol. 12. Págs. 384-386.
- Año IV. Tomo V. Nº 1. Vol. 13. Págs. 285-286.
- Año IV. Tomo V. N.os 2-3. Vol. 14. Pág. 338.
- Año IV. Tomo V. Nº 4. Vol. 15. Págs. 376-377.

II. INDICE ONOMASTICO

- Abalos Carmen v: 1.
- Abarzúa Héctor Fernando XIX: 1.
- Abascal Brunet Manuel XIX: 2.
- Aguirre Isidora I: 1.
- Aguirre Margarita II: 1.
- Aicardi Raúl XVIII: 1.
- Alcalde Alfonso III: 1.
- Aldunate Phillips Arturo VII: 1 y 2.
- Alessandri Hernán XV: 1.
- Alliende G. Felipe XIX: 3.
- Alvarez Sotomayor Agustín XII: 1.
- Amunátegui Miguel Luis VI: 1.
- Anderson David A. v: 2.
- Anguita Eduardo III: 2.
- Anzoátegui Víctor v: 3; XIX: 4.
- Araneda Hilda Catalán de XVIII: 2.
- Araya G. Guillermo XIII: 1 y 2; XIX: 5.
- Araya Novoa Luis XIX: 6 al 13.
- Arlegui Vicente XX: 12.
- Arriagada Herrera Julio XX: 13.
- Atropos IX: 1.
- Avaria de la Fuente Antonio II: 2.
- Avilés Víctor Manuel XV: 2.
- Badi Lufti Abdel v: 4.
- Bande Jorge IX: 2.
- Barceló Joaquín v: 5.
- Barros Alemparte Patricio XX: 15.
- Barros Grez Daniel VI: 2.
- Barros José Miguel v: 6; x: 2.
- Barros Raquel XII: 2.
- Barrenechea Julio III: 3.
- Barría Serón Jorge x: 1.
- Barrios Eduardo XX: 14.
- Bascuñán Homero II: 3.
- Bello Andrés I: 2.
- Beltrán Guerrero Luis v: 7.
- Bindis Ricardo XVI: 1.
- Blackemore Harold x: 3.
- Brice Angel F. XI: 1.
- Briceño G. Roberto XIX: 14 y 15.
- Briseño Ramón XX: 16 al 18.
- Brousse Fernando XIX: 16.
- Bueno Salvador XIX: 17.
- Bultmann Rudolf VIII: 1.
- Campos Harriet Fernando x: 4.
- Camurri Antonio R. VII: 3.
- Camus Emilio XIII: 3; XIX: 18.
- Carvacho Víctor XVI: 2.
- Castelli Enrico VIII: 2.
- Cerda Hugo x: 5.
- Cerda Martín XIX: 19.
- Chaigneau Raimundo II: 4.
- Cid Teófilo II: 5.
- Cifuentes Arce Manuel XX: 19 y 20.
- Ciudad Mario VIII: 3.
- Cohen Daniel VII: 4.
- Concha Jaime v: 9; XIX: 20 al 22.
- Córdova Bello Eleazar x: 6.
- Cordua Carla VIII: 4.
- Cox Balmaceda Ricardo IX: 3.
- Dannemann, Manuel XII: 2.
- Darío Rubén III: 4.
- Debesa Fernando I: 3; II: 6; XIX: 23.
- Decker Donald M. v: 10 y 11.
- Délano Poli XIX: 24.
- Denegri Luna Félix x: 7.
- Díaz Jorge I: 4 y 5.
- Doddis Miranda Antonio XIX: 25.
- Domeyko Ignacio IV: 1 y 2.

- Domínguez Ramón vi: 3.
 Donoso Ricardo xx: 21.
 Dorfmann Ariel v: 12.
- Edwards Alberto x: 8.
 Edwards Jorge ii: 7; v: 13.
 Encina Francisco A. ix: 4 y 5; x: 9.
 Ercilla Lucy xix: 26.
 Escudero Alfonso M. v: 14 y 15.
 Escudero G. Julio xi: 2.
 Espinosa Gerardo viii: 5.
 Espinosa Moraga Oscar x: 10.
 Eyzaguirre Jaime x: 11.
 Eyzaguirre José María xi: 3.
- Feliú Cruz Guillermo v: 16; x: 12 al 14; xiv: 1; xix: 27 al 30; xx: 22 al 26.
 Fernández de la Mora Gonzalo xix: 31.
 Fernández Larraín Sergio iv: 3 y 4.
 Fernández Latour Olga xix: 32.
 Fernández Molina Antonio xix: 33 al 36.
 Ferrada P. Guillermo v: 17 y 18; xix: 37 al 48.
 Ferreccio Podestá Mario xiii: 4; xix: 49 al 54.
 Filebo v: 19; xix: 54.
 Francis Sir Frank xx: 27.
 Fuenzalida Maldonado Guillermo xix: 55 al 59.
 Fuenzalida V. Héctor iv: 5; v: 20 y 21; xix: 61 y 62.
 Fueyo Laneri Fernando xi: 4 y 5.
- Galdames Luis xx: 28.
 Gallardo Manuel F. xviii: 3.
 Galliano Ernesto xvii: 1; xx: 28.
 García Eladio v: 22; xix: 61 al 66.
 García Lautaro iii: 5.
 García de la Huerta Marcos xix: 67.
 Garragori Paulino viii: 6.
 Giannini Humberto viii: 7.
 Gigovich Arturo vi: 4.
 Giordano Jaime v: 23.
 Godoy Juan ii: 8.
- González Ginouvés Ignacio xix: 2.
 González Rodríguez Armando viii: 8; xix: 68 y 69; xx: 30 al 32.
 Grasses Pedro v: 24 y 25.
 Guzmán Leonardo ix: 6; xv: 3.
- Hanke Lewis x: 15.
 Heidegger Martín viii: 9.
 Heiremans Luis Alberto i: 6.
 Herrera Cajas Héctor E. viii: 10.
 Hourton Jorge viii: 11 y 12.
 Huerta Eleazar iv: 6; xix: 70.
 Husserl Edmund viii: 13.
- Ibáñez Langlois José Miguel v: 26.
 Iberico Mariano v: 27.
 Iglesias Augusto xx: 34.
 Iñigo Madrigal Luis xix: 71.
- Jaramillo Barriga Rodolfo vii: 5.
 Jaramillo Hernán ii: 9.
 Jiménez B. Julio viii: 14.
- Kayser Wolfgang v: 28.
 Keller Carlos x: 16.
 Krumm S. Carlos viii: 6.
- Labarca Amanda xiv: 3.
 Laín Entralgo Pedro v: 29.
 Lamberg Fernando v: 30.
 Lastra Pedro v: 31; xix: 72.
 Latham Ricardo A. v: 32.
 Lavín Cerda Hernán xix: 73 al 78.
 Leatitt Sturgis E. v: 33.
 Lefebvre Alfredo v: 34.
 Lewis R. W. v: 35.
 Lihn Enrique iii: 6.
 Lira Urquieta Pedro v: 36.
 Loyola Hernán v: 37; xix: 79.
 Llosa Jorge Guillermo v: 38; xix: 80.
 Luigui Lemus Juan de xix: 81.
- Mac-Hale Tomás P. v: 39; xix: 82 al 104; xx: 35.
 Marchant Patricio viii: 15.
- Marcilese Mario xix: 105.
 Marín Madrid Alberto x: 17.
 Márquez Bernardo x: 18; xi: 6; xix: 106.
 Martínez Chacón Elena v: 40.
 Matella Alfredo xix: 107.
 Matte Ester xix: 108.
 Mazzei Leonardo xix: 109 y 110.
 Méndez G. de la H. Alejandro xi: 7.
 Molleto Enrique i: 7.
 Montes Hugo v: 41.
 Montesino José xix: 111.
 Montt Luis xx: 36.
 Morales José Ricardo i: 8.
 Morales Pettorino Félix xiii: 5.
 Muñoz Diego v: 42.
 Murena Héctor A. iii: 7.
 Murillo Ernesto iii: 8.
- Navarro Eliana iii: 9.
 Neale Silva Eduardo xix: 112.
 Neruda Pablo iii: 10; v: 44.
 Neves Eugenia xix: 113.
 Nieto del Río Félix xx: 37.
 North Marianne iv: 7.
 Núñez Estuardo iv: 8.
- Ocqueteaux León xix: 114.
 Oliver William E. v: 45.
 Orellana Rodríguez Mario x: 19; xix: 115.
 Oroz Rodolfo xiv: 4.
 Orrego Barros Carlos xvi: 3.
 Orrego Luco Luis iv: 9 y 10.
 Orrego Vicuña Francisco xi: 8; xix: 116.
 Ortega y Gasset José viii: 16.
 Ortiz Veas Hilda v: 46.
 Osorio Tejada Nelson v: 47 y 48.
 Ossa S. M. Gastón viii: 7.
 Oyarzún Luis v: 49 y 50; xii: 3.
- Páez Romero Francisco v: 51.
 Palazuelos Juan Agustín ii: 10.
 Parra Nicanor iii: 11.

- Pereira Salas Eugenio XII: 4; XIV: 5; XVII: 2; XIX: 117.
- Pérez de Arce Camilo VIII: 8.
- Petit Magdalena XIX: 118.
- Picón Salas Mariano IV: 11; V: 52.
- Plath Oreste XII: 5.
- Prieto B. Luis F. XIV: 6.
- Quiñónez Alvear Guillermo III: 12.
- Quiroz Abraham IV: 12.
- Reyes Salvador IV: 13 y 14.
- Reyes Vicuña Tomás XI: 9.
- Río Sótero del XV: 4.
- Rivano Juan V: 58; VIII: 17 y 18; XIX: 119 al 121.
- Rivera Raúl III: 13.
- Rocuant Miguel Luis IV: 15.
- Rodríguez Orlando V: 53.
- Rodríguez Fernández Mario V: 54.
- Rojas Piña Benjamín V: 55; XIX: 122.
- Romero Hernán IX: 7; XV: 5.
- Rosenthal M. L. V: 56.
- Rossel Milton V: 57.
- Rousseau Pierre VII: 9 al 12.
- Rukser Udo V: 59; VIII: 19; XIX: 123 y 124.
- Ruiz Urbina Antonio IX: 8.
- Sabella Andrés III: 14.
- Sáez Raúl VII: 13.
- Salas Errázuriz Juan R. V: 60.
- Salas Vía Vicente XVII: 3 y 4.
- Sandoval G. Noemí XIX: 125 al 130.
- Sandoval Oliva Juan XIX: 131.
- Santa-Cruz Antonio XIX: 132.
- Santibáñez, Rafael X: 20.
- Santiván Fernando II: 11.
- Sater William E. X: 21.
- Sayago Sofía XIX: 133.
- Scott Fox Sir David XX: 40.
- Segall Marcelo IX: 9.
- Sievecking Alejandro I: 9 y 10; XIX: 134.
- Sievers Hugo K. IX: 10; XII: 6; XIX: 135 y 136.
- Silva Acevedo Manuel XIX: 137.
- Silva Castro Raúl XIX: 138 al 140; XX: 38.
- Silva Cruz Carlos XX: 39.
- Silva Fernández Pedro XI: 10.
- Silva G. Jaime I: 11 y 12.
- Sinicropi Giovanni V: 61.
- Solar Claudio XIX: 141.
- Soria y Puig Arturo XIX: 142.
- Stahl Gerold VIII: 20 y 21.
- Staiger Emil V: 62.
- Stitchkin David XI: 11.
- Teillier Jorge III: 15; XIX: 143 al 149.
- Tejeda Juan II: 12.
- Terpelle Germán XI: 12.
- Tienken Arturo V: 63.
- Torres Noelia XIX: 150.
- Uriarte Fernando V: 64 al 69; VIII: 22; XIX: 151 al 159.
- Uribe Arce Armando V: 70 y 71; XIX: 160.
- Uribe Echevarría Juan II: 13; V: 72 y 73; XII: 7 al 9; XVI: 4; XIX: 161 al 168.
- Vallejo Díaz Manuel XIX: 169.
- Varas José Miguel II: 14; XIX: 170.
- Vargas Saavedra Luis XIX: 171 y 172.
- Vera Pedro José XIX: 173 al 175.
- Vial E. Carlos IX: 11.
- Vial Izquierdo Alfredo VIII: 23.
- Vicuña Fuentes Carlos VIII: 24 y 25; XIII: 6.
- Vicuña Mackenna Benjamín VI: 5.
- Vidal Muñoz Santiago XIX: 176.
- Viel Benjamín IX: 12.
- Viveros Roberto IX: 13.
- Vodanovic Sergio I: 13 al 15.
- Vulliamy Luis XIX: 177.
- Wacquez Mauricio XIX: 178.
- Wagner Claudio XIX: 179.
- Walker Linares Francisco XIX: 180.
- Warner Gerald V: 74.
- Wormald Cruz Alfredo IV: 16.
- Yankas Lautaro XIX: 181.
- Yáñez María Flora V: 75.
- Zamorano Manuel V: 76.
- Zapater Equioiz Horacio X: 22.
- Zamudio José XIX: 182.

Notas Bibliográficas

JUAN URIBE ECHEVARRÍA

Historia del Arte en el Reino de Chile, por Eugenio Pereira Salas. Ediciones de la Universidad de Chile. Impreso en offset en los "Talleres Gráficos de la Compañía Impresora Argentina". Buenos Aires, 1965. 497 pp. Proyectó la edición D. Mauricio Amster.

Erudito, historiador, folklorista, musicólogo, autoridad en arte hispanoamericano y chileno, la extensa y variada labor de Eugenio Pereira Salas culmina en tres obras de importancia capital, en tres pilares de la historiografía chilena: *Los orígenes del arte musical en Chile* (1941); *Historia de la música en Chile* (1957), y la *Historia del Arte en el Reino de Chile*, que ahora nos ocupa.

En la *Introducción*, Pereira Salas analiza los diversos estilos arquitectónicos, mudéjar, isabelino, plateresco y herteriano que se adaptaron a las necesidades de la realidad geográfica americana como una imposición estética hispánica-occidental, con propósitos de albergue y defensa en la inmensidad del continente.

El autor caracteriza el arte colonial chileno en cuatro periodos: 1541-1647 de soluciones provisorias; 1647-1700, período barroco de influencia peruana; 1700-1756, hegemonía jesuita; 1756-1810, reacción neoclásica.

"Los españoles trajeron consigo la imagen de la ciudad medieval forjada a través de su historia como evolución del concepto grecolatino de convivencia social y administrativa. No fue, por esta razón, la ciudad americana una creación espontánea sino un corte en el paisaje con determinadas miras de defensa y albergue... Un cuadrado central: plaza con lienzos homogéneos para los futuros edificios de la Catedral, el Cabildo y los portales, fue el primitivo núcleo funcional. La cruz ondeaba en el costado Este; el escudo que debía lucir en los edifi-

cios públicos; el estandarte real, la picota y el rollo eran los símbolos objetivos de esas relaciones entre lo humano y lo divino que definen a una ciudad" (Pág. 1).

En América, España logra el rechazo de la ciudad árabe, desordenada y mágica.

Pereira Salas comenta las investigaciones de Edwin Palm. La ciudad americana a compás de cordel, en forma de juego de ajedrez, la ciudad de "planta de damero" fue un triunfo de la voluntad cristiana ordenancista frente al laberinto de las ciudades árabes.

Nuestro autor inicia su trabajo con la historia fidedigna, pormenorizada y cambiante de los templos chilenos de los siglos XVI al XVIII.

Es una historia de incendios y terremotos. La Iglesia Mayor cuya construcción fue iniciada en 1541 sufrió el primer derrumbe en 1552. En 1558 el edificio se encontraba semidesplomado y se proyectó una nueva fábrica. En 1561 adquiere la categoría de Catedral y en 1647 la destruye el famoso terremoto descrito por Fray Gaspar de Villarreal. En la construcción y el asentamiento definitivo de la Catedral de Santiago intervino, a partir de 1870, el extraordinario arquitecto romano Joaquín Toesca y Ricci, realizador también de la Real Casa de Moneda y de otras obras mayores y menores como los Tajamares del río Mapocho, la planificación de la ciudad de Los Andes y la vigilancia del trazado del camino de Santiago a Valparaíso.

La primitiva iglesia de San Francisco, de adobes y tapias, cuya primera piedra fue colocada en 1572, sufrió tres incendios. El temblor del 7 de agosto de 1583 la echó a tierra. En 1618, después de 46 años de labor fue reconstruida la iglesia, "bella y capaz" como la nombra el Padre Alonso Ovalle, con su espléndido y celebrado artesonado mudéjar y la famosa puerta de tres hojas móviles, de madera de ciprés, totalmente talladas a mano.

Humildes y accidentados fueron tam-

bién los comienzos de Santo Domingo que en 1587, según documento citado por Pereira, "no tenía iglesia cómoda pues la que se habría hecho antiguamente era de prestado, humilde, baja y pequeña, muy mal truncada a causa de los temblores, y el sitio que tiene para edificar todavía está yermo".

Esta iglesia se vino abajo por el temblor de 1595. Tres años después se inició la construcción de otra de más categoría que constaba de tres naves y quince capillas interiores, pero el famoso terremoto del 13 de mayo de 1647, la derribó como a la mayor parte de los edificios de Santiago.

La primitiva iglesia de San Agustín fue quemada intencionalmente en 1595. La volvieron a levantar en 1608 y terminada acompañó a sus hermanas en el desplome de mayo de 1647.

Pereira Salas dedica algunas páginas a los primeros artistas conocidos de nuestro siglo xvi. Reproduce y destaca los notables dibujos del fraile Jerónimo Diego de Ocaña, y los que ilustran el manuscrito de Francisco Pineda y Bascuñán, autor del *Cautiverio Feliz*. Mención especial le merecen *La cena de Santo Domingo*, de Miguel de los Reyes, propiedad de don Carlos Peña Otaegui, y el famoso *Cristo de Mayo* del escultor agustino Pedro de Figueroa. Obra inspirada, según Pereira, en el *Taitacha Temblores*, del arte cuzqueño. Tomamos también conocimiento de la vida novelada del jesuita Luis Berger "imaginero, músico, platero, maestro de danzas, boticario y pintor".

En el capítulo II, *Del terremoto de 1647 en la iniciación de un nuevo siglo* (1647-1700), Pereira Salas hace minucioso recuento de los efectos del terrible terremoto y los prolongados aguaceros que asolaron a Santiago: "por más de un año la atemorizada población de Santiago habitó en ramadas de carrizo y totora levantadas provisionalmente por los vecinos". Poco a poco dolorosamente, con mil sacrificios, la arquitectura civil y religiosa fue reconstruida.

A fines del siglo xvii los gremios han adquirido una notable organización. "Estaban constituidos, en forma oficial, los siguientes: caleseros y carroceros, herreros, espaderos, carpinteros, zapateros, botoneros, sombrereros, silleros, sastres, flebotomos y plateros. Entre ellos los más estrechamente relacionados con la obra artística eran los silleros que trabajaban, zurraban y estampaban el cuero y los

cordobanes. La materia prima venía de las "matanzas" y de los obreros de "tenería" sujetos al control oficial del Cabildo. La clase más apetecida eran los "cordobanes de capado" y los de cabra, que salían de las "pelambreras", a base de la lejía de pangué de los obreros especializados, entre otros el del capitán Manuel Hernández o el de los jesuitas en Bucalemu... Trabajando la materia prima señalada, el gremio de los silleros los aplicaba a diversos usos artístico-industriales; bien para la fabricación de sillas jinetas y de brida o en el arte de los guademeciles. La técnica de este oficio derivaba de los talleres de Córdoba, herederos de la tradición oriental que habría adquirido gran auge en los siglos xvi y xvii" (Pág. 55).

Capítulo de extraordinario interés es el que Pereira Salas dedica a la "Pintura y la Escultura de la época Barroca-Americana" (Cap. III, Págs. 59-79).

Los pintores americanos de la Escuela Cuzqueña emplearon un lenguaje plástico-simbólico, con soporte teológico.

"Todo pasaba a ser símbolo: el rosario, las quince estaciones de la pasión; el año, los doce apóstoles; los evangelistas, las cuatro estaciones; el ave, la inocencia; la envidia, un perro negro como pez. Por igual en las flores y las joyas: la perla, es la gracia, el diamante expresa la soberbia. Y hasta en la vida diaria, como lo demuestra Huizinga, los zapatos representan la diligencia; las medias, la constancia; las ligas la firmeza; la camisa, la honestidad, y el corsé, la castidad.

La figura de cada santo tenía carácter individual, gracias a su imagen fija y definida, y la fundación específica de su intervención; Santa Cecilia y la música; San Roque y la langosta; San Crispín y los zapateros; San Eloy y los plateros, etc. . . .

La temática de los cuadros cuzqueños no está inspirada únicamente en los Evangelios sino en los libros apócrifos, episodios folklóricos de la tradición judeo-oriental, que arraigaron profundamente en tierra americana; entre otros, citaremos la escena del pesebre con los animales populares que no se encuentran en los libros canónicos; la historia de los parientes de la Virgen; los episodios del embarazo y del parto de María acompañada por las matronas que lavan los pañales en los cancos de greda; la caída de los ídolos a la entrada de la Sagrada Familia en Egipto, etc.

El colorido responde también a esta

función religiosa; se usaban en colores en relación mística para dar la sensación de la irrealidad y del otro mundo. Los cánones ordenaban la gama de los trajes sagrados; la Inmaculada vestida de azul y blanco; San José, de verde y ocre; San Juan, verde y rojo, etc." (Pág. 61).

Al estudiar los lienzos que componen la *Vida de San Francisco*, en la iglesia del mismo nombre, Pereira Salas rechaza las opiniones de Luis Álvarez Urquieta y Alfredo Benavides, quienes sostuvieron que la serie franciscana fue pintada en Chile por manos diferentes, entre ellas las del peruano Juan Zapaca Inga. Pereira sostiene que los cuadros fueron pintados en el Cuzco posiblemente por el fraile mestizo Basilio San Cruz y sus discípulos. Las telas del convento de San Francisco son réplicas de otra serie dedicada a la vida del santo que existe en la iglesia de San Francisco, en el Cuzco.

El siglo XVIII asiste el extraordinario impulso que imprime la Compañía de Jesús a la arquitectura religiosa, a los oficios, y a las artes plásticas en general. El primer jesuita artista que adquiere celebridad en Chile fue el hermano Juan Bitterich, quien en carta a Europa describe sus primeros trabajos.

"En cuanto a mi oficio, tengo aquí trabajo excesivo para toda la provincia de Chile; porque nuestros superiores de las casas me piden con insistencia estatuas, altares y edificios; porque en estas regiones no se encuentran ni escultor ni arquitecto que entienda a fondo su arte". (Pág. 81).

En 1722 llegan a Chile, desde Cádiz, Carlos Haymbhausen, José Sbridt, Miguel Herre y Antonio Millet.

A este primer grupo se añadieron, en 1748, 38 coadjutores germánicos portadores de una infinidad de cajones con libros y herramientas, material religioso y diversos utensilios, procedentes de Roma, Nápoles, Venecia, Munich, Lyon, Barcelona, Segovia, Milán, Génova, Hungría.

En Calera de Tango se crea un taller-escuela de enorme importancia en la que laboran los hermanos plateros, herreros, campaneros, relojeros, loceros, tejedores, brosladores ebanistas, escultores, pintores y arquitectos.

"El centro principal de las diligencias arquitectónicas eran los dilatados patios del Colegio de San Miguel, cerebro mágico de donde salían, entre el murmullo de oraciones y los cantos litúrgicos —"a Dios rogando y con el mazo dando"—

las inteligentes directivas de trabajo... Nada quedaba entregado al capricho del azar, y el vestuario de los sacerdotes, estudiantes y aun de los peones, era confeccionado en el quinto patio del Colegio, donde afanosamente desplegaban su actividad, el maestro Murga, el sombrerero Velasco, el zapatero limeño Miguel Cachete y los tintoreros Nicolás Tutal y Alfonso Alvarado.

Era un tipo de vida íntima de relación artesana directa, y fue la misma Petronila, la codiciada cocinera de los jesuitas, y las hermanas Astudillo que bautizaron con su nombre el pan de la Colonia, las que guisaron una dieta reponedora desconocida en las faenas agrícolas, a base de escabeche de pejerreyes, empanadas, y abundante luchicanes, amén de las tortas y bizcochuelos para los días de asueto" (Pág. 82).

La rejería chilena alcanzó también categoría y refinamientos en el siglo XVIII.

Los primeros en modernizar las rejas fueron maestros franceses establecidos en Concepción y Valparaíso. Los padres jesuitas impusieron el estilo barroco de Baviera y Austria, pero en definitiva se impuso la escuela vascongada de Elgoibar, con su creador Antonio de Elorza.

El autor de *Apuntes para la historia de la cocina chilena* (1943), *Juegos y alegrías coloniales de Chile* (1947), y *Guía bibliográfica para el estudio del folklore chileno* (1952), luce su insuperable información ergológica en el capítulo XVI dedicado a "Las artes populares".

Pereira Salas nos hace la historia de las alfombras de Chillán y Colina; de los tejidos de crin de Rari; de la cerámica de Quinchamalí, Pomaire, Chocalán y Talagante; de la cerámica de las monjas; de los "ponchos" de Valdivia, Chiloé y el Partido del Maule. Rastrea la evolución estilística del atuendo y arreos del jinete chileno:

"Los modelos primitivos de sillas de montar, desde la simple y funcional descrita por el Padre Rosales, de raigambre andaluza; los géneros individuales de lujo que exhibían los caballeros en los desfiles y cabalgatas, la silla del arriero, del huaso, del capataz y del patrón, son el producto de un intuitivo proceso de aculturación, en que las formas, las dimensiones y el colorido alcanzan validez nacional, con variantes regionales.

La armazón, recubierta de espesos paños o peleros, está decorada en sus tapas por adornos metálicos o por labores de

cuero, en que se puede advertir el influjo de la técnica mudéjar del damasquinado". (Págs. 302-303).

Glosa las opiniones de Tomás Lago, autor de *El Huaso Chileno*, quien señaló la influencia del barroco jesuita en la elaboración del estribo chileno. Por su parte, Pereira destaca la evolución de las espuelas: "La espuela de los ejercicios a la jineta del siglo XVI era pequeña, de escasos dientes. Ha predominado, en cambio, la inmensa rodaja sonora y tintineante en los bailes criollos que adoptan variadas formas, decoradas con adornos rectilíneos, circulares o arabescos, que le dan una fisonomía incomparable". En el capítulo XVII, "Los últimos artistas coloniales", sobresale la novelesca biografía de Ignacio Andía y Varela, extraordinario pintor, escultor, calígrafo, agrimensurero y herbolario, padre de 18 hijos, cuñado de Joaquín Toesca y primo del Padre Lacunza de quien copió con hermosa letra los tres densos volúmenes de *La Venida del Mesías en Gloria y Majestad*. Andía, autor del magnífico Escudo Español que adorna el cerro Santa Lucía, se ordenó de sacerdote a los 62 años y cantó su primera misa en las Monjas Rosas.

Reseñar capítulo a capítulo una obra de la extensión y méritos que comentamos supera las dimensiones de una simple nota bibliográfica. El libro de Pereira Salas, profusamente ilustrado, se hará de lectura deliciosa e indispensable no sólo para los historiadores, sino para toda persona interesada en los orígenes y evolución de la cultura artística chilena.

HUGO K. SIEVERS W.

Atlas de Chile, Ediciones Instituto Geográfico Militar. Santiago, 1966.

Editado por el Instituto Geográfico Militar de Chile, ha sido entregado al público en gran formato (41 por 61 cms), cuidadosamente empastado en cuero, en ejemplares de color negro y azul. Su aspecto es lujoso a la vez que sobrio. Hay que insistir en que ha sido íntegramente hecho en Chile para orgullo nacional y sin envidiar las mejores obras similares editadas en Europa y USA. Constituye una muestra de nuestro progreso.

Su confección ha ocupado los períodos de tres Directores del I. G. M., los ingenieros (A. P. M.) Eduardo Saavedra Rojas, Alejandro Forch Petit y Tomás Opa-zo Santander.

Ha contado con la colaboración de los profesores universitarios Reinaldo Børgen Olivares, Jorge Muñoz Cristi, Oscar González F., Eusebio Flores Silva, Pedro Cunill Grau, Roberto Montandón P. y otros. La dirección estuvo a cargo del Tte. Coronel Ing. Pedro Medina Arriaza; las ilustraciones y diagramación a cargo del cartógrafo Francisco Leiva Mella y los textos bajo la dirección del Ing. Roberto Loyola Barrera. Un Consejo integrado por once oficiales estuvo atento en la planificación y ejecución de la obra. La gran cantidad de fotos en blanco y negro y a todo color contó con la colaboración de una treintena de expertos calificados y de talleres fotográficos seleccionados. El fotocolor fue ejecutado por Offset Service. Fototonista, Carlos Schubiger J.

La obra consta de 121 páginas y está dividida en tres capítulos. El mapa físico de Chile, a escala 1:1.000.000, ocupa el anverso de 14 hojas, por regiones que cubren tres paralelos. Cada región lleva un muestrario ilustrado de las principales características de sus tierras, de sus hombres y de sus industrias. Láminas a todo color, insertadas en buena distribución, exhiben la belleza de nuestros paisajes típicos: la fundación de Santiago con un fragmento del cuadro de Pedro Lira Rencoret; el Valle del Loa, en el norte; una visión aérea de Plaza Baquedano y el sector oriental de la capital con la cordillera nevada de fondo; el Salto del Laja en todo su esplendor y majestad, y, como muestra de nuestros lagos sureños, el Conillo de la provincia de Malleco; Angelmó en Puerto Montt y el camino de Aisen a Coyhaique en toda la bazarria de su aspecto orográfico; finalmente, los emblemas nacionales que Chile ha tenido durante su vida independiente.

En la tercera parte están los mapas temáticos a escala de 1:4.300.000; a saber, clima, etnografía, población, geología, geomorfología, hidrografía, energía eléctrica, vías de comunicación y transportes, industrias, pesca, minería, agricultura, parques y reservas nacionales y turismo, muestran lo que es Chile desde el paralelo 18 hasta el polo Sur. Dos mapas históricos completan la obra.

El *Atlas de Chile* reúne características que hacen de la obra un conjunto completo; en efecto, es de estudio, de consulta, de enseñanza, de recreación y, además, es portadora de un mensaje elocuente y de una invitación cordial al

exterior los que, ciertamente, serán atendidos, promoviendo el interés de los estudiosos y del turismo internacional hacia nuestro país.

El extraordinario sentido didáctico con que ha sido concebido asombra desde sus primeras hojas. Está el aspecto cósmico de nuestro sistema solar. Luego, nuestra ubicación geopolítica en el Pacífico aparece como privilegiada y nos sugiere las insospechadas perspectivas de nuestra situación geográfica con las múltiples posibilidades de vías de comunicación directas con el nudo de Tahití, con Nueva Zelandia, Australia, China, Japón, Canadá, USA y países latinoamericanos de la extensa costa occidental y los múltiples enlaces con las rutas aéreas, marítimas, fluviales y terrestres del mundo todo. Esta visión panorámica asombrará a quienes no han reparado en esta realidad, mostrándoles las incalculables proyecciones hacia el futuro de un país yacente en el extremo del hemisferio sur y, al parecer, inalcanzable desde el Atlántico, aislado por el inhóspito cordón andino, infranqueable durante largos meses del año.

Si el propósito, en la primera parte, ha sido el que señalamos, debemos reconocer que ha sido logrado con extraordinario acierto gráfico.

Quien profundiza en estas páginas, en las que la enseñanza se hermana con lo conceptual y artístico, no puede dejar el Atlas en un anaquele, como joya bibliográfica, porque se siente el irresistible deseo de continuar solazándose espiritualmente en la exploración minuciosa de todo el texto, sin sufrir decepción, porque sus hojas por el anverso y el reverso van mostrando a Chile como en un film de variado contenido. Desiertos, estepas, valles, ríos, lagos, hondonadas, bosques, islas, fiordos, canales, glaciares y montañas van pasando con sus pueblos, sus ciudades y aglomeraciones humanas que explotan los inagotables recursos naturales. Cualquier aumento demográfico aparece, entonces, como una bendición.

En el *Atlas de Chile* está vivo el moderno concepto de lo que es la geografía. El extranjero será movido a respeto y admiración por lo nuestro. El chileno, desde el escolar al adulto, terminará henchido de legítimo orgullo y con la inefable sensación íntima de saber que, con laboriosidad y empeño, se le abre un ilimitado horizonte de esperanzas a muchas generaciones.

Si hojear el *Atlas* significa deleitarse en la perfección lograda, estudiarlo significa cumplir con el más patriótico deber.

Síguese, que ya entregada la obra, el I.G.M. tiene en preparación el complemento indispensable como lo es el diccionario geográfico, reactualizando y perfeccionando los de Risopatrón y Astaburuaga.

El *Atlas de Chile* es un broche de oro al cumplir el I.G.M., setenta y cinco años de existencia laboriosa y al celebrar el vigesimoquinto aniversario de su creación legal. El I.G.M., además de ser una institución de disciplinada organización militar, nos muestra su alta jerarquía en los órdenes técnico, cultural y científico, con un brillante equipo idóneo y eficiente que planifica con esmero y luego ejecuta con precisión.

El *Atlas de Chile* ha sido prologado, en conceptos llenos de justedad y acierto, por el profesor Guillermo Feliú Cruz y recomendamos su lectura por ser de quien es.

HUGO K. SIEVERS W.

Flores Silvestres de Chile, por Carlos Muñoz Pizarro. (Ediciones Universidad de Chile). Santiago, 1966.

Carlos Muñoz Pizarro, ingeniero agrónomo, botánico, hombre apasionado por el estudio de nuestra flora y catedrático, en 1959, entregó a los talleres de la Editorial Universitaria, S. A. su libro *Sinopsis de la Flora Chilena*, cuya publicación fue ordenada por la Universidad de Chile. El texto de 840 páginas in 89, con más de 200 ilustraciones en otras tantas hojas, originales de Eugenio Sierra Ráfol y F. Sudzuki, fue prontamente agotado y circuló con brillo en el exterior. Desafortunadamente la edición fue limitada no alcanzando a cubrir las necesidades de nuestros establecimientos de enseñanza. Hay una 2ª edición (1966).

Ahora, con el esfuerzo aunado de la Universidad de Chile y del Ministerio de Agricultura, Carlos Muñoz P. nos asombra con *Flores Silvestres de Chile*, in 49, artísticamente impreso en los talleres de F. Bruckmann KG, Graphische Kunstanstalten, Munich, Alemania; composición Monotype Walbaum; proyectada por Mauricio Amster, encuadernada en Alemania con empaste en tela. Consta de 245 páginas y exhibe 50 láminas

en color, originales de E. Sierra Ráfols. La cubierta del libro nos muestra la flor típica de la provincia de Coquimbo en una variedad de los lirios del campo (*Alstroemeria gayana* var. *humilis*); parece intencionalmente elegida como una advertencia a su probable extinción, acompañada hacia tal destino por *Alstroemeria sierrae*.

Muñoz dedica la obra a la memoria del ilustre naturalista Claudio Gay, seguramente impresionado por el atlas floral con 83 láminas en colores, de su libro *Historia Física y Política de Chile* (1854, París). El homenaje es justo.

El prólogo, en su original en inglés, es de George Taylor, Director del Jardín Botánico Real de Kew; tiene el valor de un documento porque en él se deja constancia de algunos hitos históricos en la materia, dándonos una verdadera nómina de ilustres botánicos británicos que han visitado nuestro país, recolectando especies y llevando otras para aclimatarlas, como en el caso de nuestra araucaria en 1796.

Con verdadera pericia docente, Carlos Muñoz, introduce al lector en la historia botánica de Chile, en cuanto a la descripción de especies y fitotaxonomía de nuestras plantas, desde el ilustre desterrado Abate Juan Ignacio Molina, hasta nuestros días.

Las láminas iluminadas de Sierra Ráfols constituyen una verdadera fitopinacoteca, complemento indispensable de los herbarios, imprimiéndole vida y colorido a las plantas secas, celosamente recolectadas y conservadas por los botánicos.

Muñoz nos advierte que recorriendo las láminas, recorreremos el país de norte a sur, ordenación que tiene un valor didáctico para el amante de las flores que se recrea en su belleza genuina, porque los modelos son las plantas en su habitat. No nos sorprendería que el infatigable estudioso e investigador que es Muñoz, nos brinde, en tiempo más, un texto en el que cada ejemplar de nuestra flora aparezca enclavado en el panorama ambiental que le es propio y nos regale con un mapa floral de Chile; mapa temático que se busca en el Atlas del Instituto Geográfico Militar, que comentamos en este número de MAPOCHO y no se encuentra.

Al describir cada flor del hermoso conjunto seleccionado, el autor da su familia, sus nombres vernacular y científico con la sinonimia correspondiente; agre-

ga las diagnósis genérica y específica con las bibliografías de género y especie. La descripción es rigurosa y se atiene estrictamente a las normas científicas, agregando anotaciones personales adecuadas, en un verdadero esfuerzo por conquistar-se adeptos en el anhelo de conservar nuestra riqueza autóctona. Ya en su introducción aparece una sugerencia clara y definida, en este sentido, porque para cada provincia señala la flor más típica, como si quisiese insinuar que figuren en los escudos de armas de las cabeceras. La flora, en efecto, está representada en sólo 8 de los 25 escudos de las capitales de provincia.

Finalmente, el libro lleva los índices alfabéticos de los nombres vernáculos y científicos.

Flores Silvestres de Chile es una joya de inapreciable valor; en la obra todo es sugerente y nada nos decepciona; ella rellena una solución de continuidad en los trabajos iniciados hace pronto casi dos siglos, en Chile, por los observadores de la naturaleza y continuados incansablemente por los botánicos del país y del exterior. La solución de continuidad estaba precisamente entre los herbarios y los esfuerzos clasificadores y fitotaxométricos y radicaba en llevar al libro, cada flor en su aspecto natural y lozano, adornando el verde de la planta en todo su esplendor.

GUILLERMO FUENZALIDA MALDONADO

Un bibliógrafo español del siglo XVIII, José de Rezabal y Ugarte. Estudio biográfico, bibliográfico y crítico, por Guillermo Feliú Cruz. Editorial Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile, 1967.

Llama la atención que en un país como el nuestro, donde casi todas las manifestaciones intelectuales encuentran expresión, la bibliografía hoy en día tenga tan pocos cultivadores. Las obras de este tipo, se puede decir, sólo son conocidas por algunos iniciados. La extrañeza que nos produce la comprobación de este hecho se acentúa aún más si recordamos que en el último tercio del siglo pasado y primero de éste se dedicaron a esta actividad hombres como Ramón Briseño, a quien se considera el fundador de los estudios bibliográficos y J. T. Medina, el primero que concibió la bibliografía como ciencia, con fines objetivos

y métodos propios, y a quien Luis Montt llamó en tono de burla "el más grande bibliógrafo de la cristiandad", aserto que con el correr del tiempo se convertiría en realidad al alcanzar esta disciplina con Medina su máxima expresión. Los propios historiadores clásicos no fueron ajenos a las labores bibliográficas, pues comprendieron que de su dominio dependía enriquecer enormemente sus propias obras. Sin ser bibliógrafos Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna y los hermanos Amunátegui, Miguel Luis y Gregorio Víctor, más de alguna vez, impulsados por la necesidad que les imponía sus propios trabajos históricos, hubieron de desempeñar el papel de tales.

Esta ausencia de afición por la bibliografía, al igual como lo deja señalado Guillermo Feliú Cruz en *Un bibliógrafo español del siglo XVIII*, José de Rezabal y Ugarte, claro que basado en otras apreciaciones, ¿se deberá a que esta disciplina requiere de condiciones intelectuales singulares, de una disposición especial del espíritu, de un deseo insaciable de saberlo y conocerlo todo, de una laboriosidad sostenida e inquebrantable, en fin, de una actitud propia del científico? ¿Se deberá a que la bibliografía en sí misma ha alcanzado tal volumen que resulta poco menos que imposible emprender una obra de esta índole sin correr el riesgo de que, al poco tiempo de aparecer, envejezca por obra de la incesante investigación, llegando a ser éste por naturaleza su trágico destino?

Sea lo que fuere, la verdad es que ahora nos encontramos frente a una de esas escasas obras dedicadas a la bibliografía, tan importante para iniciar cualquier investigación que deseemos realizar en cualquier campo del saber. De aquí que la recibamos con tanto énfasis. *Un bibliógrafo español del siglo XVIII*, si bien es un estudio biográfico y crítico es, sobre todo, la obra de un bibliógrafo, que se puede presentar al mismo tiempo como un modelo de erudición. Sin embargo, debemos hacer notar que esta obra apenas representa un hito en la vasta labor bibliográfica de Guillermo Feliú Cruz, considerado uno de los más fieles continuadores de la tradición heredada de los bibliógrafos clásicos, a cuyos nombres, principalmente al de Medina, está tan indisolublemente unido.

Olvidado José de Rezabal y Ugarte,

tenido por los historiadores sólo como un hábil funcionario español en sus cargos de Oidor Regente de la Real Audiencia y Presidente interino de la Capitanía General de Chile, surge en la obra de Feliú Cruz en sus reales dimensiones de bibliógrafo clásico, calidad que alcanzó en su libro *Biblioteca de los Escritores que han sido individuos de los seis Colegios Mayores de San Ildefonso de la Universidad de Alcalá, de Santa Cruz de la de Valladolid, de San Bartolomé de Cuenca, San Salvador de Oviedo y del Arzobispo de la de Salamanca*, publicado en Madrid, en la Imprenta de Sandra, en 1805. Rezabal y Ugarte tiene, además, el mérito de ser el introductor de los tipos con que, después de 1776, se imprimieron diversas esquelas e invitaciones para asistir a actos oficiales y académicos que se celebraban en la capital del Reino de Chile.

FILEBO

Arte de Pájaros, por Pablo Neruda. Ediciones Sociedad de Amigos del Arte Contemporáneo. Santiago de Chile, 1966.

Hedonista, lujoso, pastoril, capaz de aniquilar con la elegancia de un libro (o con una colección de caracoles) las chabacanerías de la "cultura de masas", Pablo Neruda entra ahora —como el Pobrecito de Asís— en el universo natural de los pájaros.

Ayer no más nos felicitábamos por haber arrancado su talento de la seducción malacológica. Hoy ya existe en el poeta el influjo de una nueva "animalidad". Residente en la tierra, parece ir dando tumbos entre los placeres que Gide ha designado como *los nourritures terrestres*. En efecto, si, vulnerando ciertos hábitos, nos situamos en el mundo de los pájaros para apreciar el paso de este hermano Francisco, concluiremos en que el autor de *Extravagario* recorta abusivamente el vuelo de la poesía entre las aves.

No hay dimensión espiritual (como en el santo de Asís) en la obra de Neruda. Los pájaros son aquí mero espectáculo en el que el poeta pasea su "yo" mediante la ortopedia de versos pobres y cansinos:

*Y se trasladó de paisaje:
su larga cola vertical,*

*con las plumas recalcitrantes
que señalan el mediodía
enarboladas en el culo.*

Poesía sin alas, no obstante desarrollarse entre pájaros, ésta de Neruda acusa sólo una cosa firme: la definitiva periclitación de un poeta por falta de auto-crítica.

Para dar la sensación de que su ornitología es profunda, metafísica, Neruda ensaya el artificio de un "Pájaro Yo" y un "Pájaro Ella" en la sección final de su libro:

*Me llamo Pájaro Pablo,
ave de una sola pluma,
volador de sombra clara
y de claridad confusa.*

Describiéndose de este modo el poeta se esfuerza por alcanzar la imagen espléndida de un humilde volátil. Acaso la sospechosa originalidad de sus versos sea el único rasgo de modestia en esta estrofa.

Anacrónico, todavía apela al cisne, gastada figura retórica de los tiempos de Darío:

*Sobre la nieve natatoria
una larga pregunta negra.*

Y el tordo le sirve para confirmar la indigencia de una utilería:

*Tengo el alma de palo quemado,
plumaje puro de carbón:
tengo el alma y el traje negros:
por eso bailo en el aire blanco.
Yo soy el negro Floridor.*

¿A cuento de qué estos poemas y este suntuoso libro donde no cantan ni vuelan los pájaros?

*Con mi pajarita terrestre,
cántara del territorio,
descadeno cantando
la lluvia de la guitarra¹.*

El hecho de anotar no implica "producir" la particularidad del canto en el poema. Neruda, "ebrio (otra vez) de trementina y largos besos", ha perdido ahora la facultad auditiva.

La fama, pésima consejera del hom-

bre, se venga del poeta que la conquistó temprano. Al caer la tarde, lo ciega, lo ensordece. Lo emborracha con palabras.

Edición de bibliófilos. Precio para "caballeros solos" o para padres de familia exentos de achaques financieros.

Notables ilustraciones de Nemesio Antúnez, Mario Carreño, Héctor Herrera y Mario Toral. Esto último, en suma, lo mejor de un libro escrito con la "cabeza a pájaros" y el corazón desalado.

JUAN URIBE ECHEVARRÍA

Diccionario del Folklore Ecuatoriano, por Paulo de Carvalho Neto. Editorial Casa de la Cultura. Quito, 1964. 488 pp.

Paulo de Carvalho Neto, diplomático brasileño destacado en Quito, Asesor del Instituto Ecuatoriano de Folklore y Profesor de Investigación Folklórica en la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la Universidad Central de Quito, es un caso aparte en la línea de los grandes investigadores del folklore de Brasil formada por Gustavo Barroso, Basilio de Magalhães, Leonar-do Motta, Francisco Das Chagas Baptista, Luis Da Camara Cascudo y Arthur Ramos.

El autor de *Danzas Populares de Aracaju*, *Folklore y Psicoanálisis* y *Concepto de Folklore*, ha investigado no sólo en el riquísimo folklore de su tierra sino que además, en una loable y magnífica tarea de integración cultural iberoamericana, ha incursionado en las tradiciones populares de otros países hermanos. A obras como *Folklore del Paraguay*, *La magia en Montevideo*, agrega ahora su monumental y primer *Diccionario del Folklore Ecuatoriano*, obra comparable al *Diccionario Folklórico del Perú* (1945), de Carlos Camino Calderón; al *Diccionario Folklórico Argentino* (1948) y *Diccionario del Folklore Americano* (1954), de Félix Coluccio, y al *Diccionario de Folklore Brasileiro*, de Luis Da Camara Cascudo (1954).

En la *Introducción*, rica en sugerencias y hallazgos de todo orden, Carvalho Neto nos descubre el método que ha utilizado para ordenar el vasto repertorio de su *Diccionario* que comprende en las

¹A los doctos tratadistas del nerudismo les será útil comparar estos versos con algunos "poemas campesinos", publicados por Pablo de Rokha hacia 1920.

diferentes categorías y secciones del Folklore Factual: Calendario Folklórico, Folklore Poético, Narrativo, Lingüístico, Mágico, Social, Ergológico.

Folklorólogo muy atento a las conquistas metodológicas de la Antropología Cultural, rechaza los aportes de algunos escritores costumbristas como José Antonio Campos, celebrado autor de obras como *Rayos catódicos y fuegos fatuos* (1911), *Cosas de mi tierra* (1929) y *Linterna Mágica* (1944). "El hecho de que ellas traten temas populares y tradicionales no les da derecho a integrar la bibliografía folklórica del país, pues repito, lo más importante no radica en tratar dichos temas, sino en saber cómo tratarlos" (pág. 62).

Carvalho Neto hace una minuciosa revisión de las descripciones folklóricas que hicieron los viajeros de los siglos XVIII y XIX, algunas de las cuales eran plagios de obras anteriores.

Así *El nuevo viajero universal en América o sea historia de viajes sobre la provincia y antiguo reino de Quito*, escrito por M. E. y L. C. (Barcelona, 1833), es plagio de *Il costume antico y moderno* (1817-1834), del italiano Julio Ferrario. Este último, por su parte, había plagiado, la colaboración del Padre Coletti para *Il Gazzettiere Americano y la Relación histórica del viaje a la América Meridional*, de Antonio de Ulloa.

Caso más extraordinario y desvergonzado es el que cita Carvalho Neto sobre Antonio José Pernetty quien dio por vista y oída, en Montevideo, una danza antillana descrita por Jean Baptist Labat en su *Nouveau voyage aux Indes de l'Amérique*.

Comentario especial merecería la sugestiva interpretación del demonio como símbolo de la rebeldía indígena contra el conquistador blanco.

"Diablos y brujos eran sinónimos de rebeldes a la catequesis... Procedían por sugestión, es cierto, pero en el fondo eran líderes de los movimientos contraculturativos, transformando sus sesiones secretas en reacciones al opresor, en poemas de libertad" (*Redención del Diablo o apuntes sobre el Diablo-héroe*. Págs. 46-48).

El objeto final de este *Diccionario*, según el autor, es hacer un balance estricto del folklore ecuatoriano, "para alcanzar la meta final de la ciencia folklórica: comprender al hombre ecuatoriano".

FERNANDO URIARTE

Revista de Occidente. Nº 38, Madrid, mayo de 1966.

Los focos movedizos y alertas de la egregia revista madrileña no se cansan de registrar, mes a mes, las expresiones más significativas de la vida intelectual de nuestro tiempo. Cada treintena entra en sus páginas caza mayor: ensayos, artículos, notas, rarezas que consigue directamente de los dioses mayores en cada saber.

El Nº 38 (Año iv, 2ª ép., mayo de 1966), viene dedicado a Hispanoamérica con mención extraordinaria. El *Índice*, provocativo, abarca un repertorio de temas y problemas no siempre bien conocidos ni resueltos. La *Dirección*, ha dejado la palabra a hispanoamericanos y españoles; algunos de estos últimos *trasterrados*, como dice José Gaos.

Escriben Gabriela Mistral, Pedro Laín Entralgo, G. Kubler (norteamericano), José Gaos, Julián Marías, Guillermo de Torre, Leopoldo Zea, D. F. Rubín de la Borbolla, J. P. Arrarte, Fernando Chueca Goytia, Luis Diez del Corral, Rafael Lapesa: doce perspectivas, doce verdades relativas o *modi res considerandi*, en la línea de las que ofreció, durante cuarenta años, el que fuera inolvidable fundador de la *Revista*.

La riqueza del *Sumario* y la variedad de enfoques especializados (Indianismo y mestizaje; Arte y artesanías mexicanas; El destino económico; Invariantes en la arquitectura), nos obligan a considerar sólo dos trabajos en este comentario: el de Gabriela Mistral, sobre *La Lengua de Martí*, trabajo inédito que encabeza el sumario, y el de Guillermo de Torre, sobre *La Originalidad de la Literatura hispanoamericana*.

A nuestro juicio, la poetisa de Vicuña alcanza su mayor altura y plenitud en la prosa; en ella toda su persona encontraba la audiencia adecuada. El caudal meditado de su espíritu colmaba el verso; lo desbordaba. Para andar cómo- da tuvo que estirarlo, desarticularlo; ajustarlo, prosificándolo, a su vasto registro de humanidades sentidas como mujer irremediamente triste, y pensadas con precisión, fuerza y tono varonil. No le cabían en el verso las cosechas de su gran curiosidad intelectual, la austera elegancia de las ideas transidas de intencional polémica, sus manejos de gran literata. En artículos y Recados armó su prosa

sabia, sonora, fundida en pensamiento y poesía, tocada en su médula por el lejano acento teresiano.

La exégesis de José Martí sacada a luz por la *Revista de Occidente*, nos muestra a Gabriela Mistral pulsando todas las teclas de su poderoso instrumento literario. Sonata grave, de fraseo ceremonioso, va articulando el contorno y el entorno del prócer cubano en sus perfiles significativos: imitación, originalidad, el orador, trascendentalismo y énfasis, lengua, tropicalidad, metáfora, la persona fascinante. Cada paso cuajado en conceptos y sugerencias, analogías y contrastes que tienen la consistencia, el retocado de un viejo medallón.

El elogio de la poetisa no tiene penumbras: es absoluto. ¿Imitación? En Martí no la hay. Gabriela Mistral lo dice bellamente: "La imitación cubre en América la época anterior y posterior a Martí: cien años de calco romántico y cincuenta de furor modernista son los cortes en que aparece dividido nuestro suelo literario. Tenemos que confesar que la imitación aparece en nosotros más que como un gesto como una naturaleza: nuestra piel toda poros es lo mejor y lo peor que nos ha tocado en suerte y a causa de ella vivimos a merced de la atmósfera. Por esto, la originalidad adquiere en Indoamérica el aspecto de un asa salvadora de nuestro decoro y el escritor sin préstamos o con un mínimo de préstamos vale por el golpe seco de una afirmación".

Gabriela Mistral defiende donosamente la abundancia tropical del escritor cubano, como derivación coherente de naturales premisas. Lo tropical, para ella, no es solamente fauna y flora supeditadas al ornato: "La verdad es que la naturaleza, que en otras partes cumple su obligación de alimentar, aquí se da el gusto de servir deslumbrando. El árbol de la goma, el cocotero, el mismo plátano llevan vitalidad suficiente para dar mucho y les quedan todavía jugos para follajes superlativos. No sé qué hay de propietario, de asalariado en la naturaleza europea donde el sembrado se ciñe a la utilidad y no le sobra nada para fantasía y locura".

Martí le resulta un milagro en raza de *probidades dudosas*. El juicio de Gabriela Mistral dejará por ahí algunos machucones. ¿De dónde salen las excelencias de Martí? "Veremos por contestar, y si erramos la intención nos valga. El viril nos viene de la sangre catalana

que es fuerte y activa, muy diversa su acción a la de Castilla, correa de cuero de la historia, y terror de pueblos flacos. El tierno le viene del limo y del ambiente antillanos donde la piel del toro se suavizó hasta volverse una badana dulce".

Sobre el texto de la poetisa podría pensarse —en otra cuerda— que Castilla, flaca ella misma y creadora de ilustres flaquezas, maneja generosas potencias capaces de trocarse, al arrimo de circunstancias propicias, de correa de cuero en dulce badana. No es el caso de otros imperios en la historia.

El libro que Gabriela Mistral proyectaba dedicar a la figura de José Martí, quedó reducido a este excepcional ensayo apologético en poder de Guillermo de Torre desde 1941.

Una colaboración de Guillermo de Torre —ensayista, crítico y maestro en las dos orillas—, no podía faltar en este polifacético enfoque de Hispanoamérica.

Se ocupa de la originalidad en la literatura hispanoamericana. Ensayo sistemático, definitorio. Mide y articula los siguientes temas: interrogantes, el concepto de originalidad, el hombre y la cosa, continuación y no inauguración, asincronismo y discontinuidad, mestizaje, la cuestión de las influencias, crisol de culturas. Todos tratados con seguridad, nitidez y sapiencia propia de un gran catador de literatura. Al término de su especulación, salvando abismos en que alientan todavía candorosos orgullos, nos dice: "En último extremo, originalidad equivale a calidad...".

En el paso *Asincronismo y Discontinuidad*, hay una aguda intuición del concepto americano del tiempo y del espacio, cuya metódica aplicación despejará brumas y aportará evidencias en la investigación de nuestras narrativas.

Cotejando fechas nos señala cómo a la hora de surgir *Martín Fierro*, en Europa, Nietzsche escribía *El Origen de la Tragedia*; Rimbaud, *las Iluminaciones*; Ibsen, *Casa de Muñecas*. "¿Cómo no sentirse asombrados y aun desconcertados si se ponen, en el mismo plano *simultáneamente*, por un lado a Homero, al Romancero y a la épica medieval española con el ensayo histórico-sociológico y la exaltación de lo vernacular, productos estos últimos muy inconfundiblemente siglo XIX; por otro, con la literatura nada rústica, y antiprimitiva del máximo refinamiento simbolista?".

Guillermo de Torre busca apoyo en un juicio inesperado del escritor argentino Miguel Alfredo Olivera, quien ha negado exactitud a la comparación del *Martin Fierro* con el *Poema del Mio Cid*.

"No estoy hablando —dice Olivera en la cita de Guillermo de Torre— de la calidad sino del fenómeno histórico-literario... Nada de *pueblos en formación*, etc. Los argentinos tenemos, exactamente como los españoles, nuestro *Poema del Mio Cid*; y ese es, precisamente, el *Poema del Mio Cid*, pues no nacimos por generación espontánea y la tradición de nuestra lengua no tiene por qué quebrarse por el hecho de que el imperio español se haya disgregado en un puñado de naciones". Insólita sensatez.

Una invitación al diálogo, abierto y exigente, parece desprenderse de este envío de *Revista de Occidente*, redactado por autoridades tan serenas como combativas.

TOMÁS P. MAC HALE

Historiografía de la Independencia de Chile y Los prejuicios sociales en Chile al terminar el Siglo XVIII, de Gonzalo Vial Correa. Santiago de Chile, 1966.

Gonzalo Vial Correa es un joven y prestigioso historiador, formado en la severa escuela de Jaime Eyzaguirre, que ha contribuido a la historiografía nacional con diversas obras, sólidas, respaldadas documentalmente, reveladoras de enfoques personales, esclareciendo lo que su autor se propuso desentrañar.

Así por ejemplo, *Decadencia y ruina de los aztecas* (1962), examina las causas del derrumbamiento del imperio, ya corroído por la barbarie cuando llegaron a México los conquistadores españoles. En *Teoría y práctica de la igualdad en Indias* (1964), aborda un tema peliagudo, cual es el enfrentamiento en diversos campos de la actividad de castellanos y criollos, con las consecuencias que pueden suponerse.

Hace poco ha brindado *Historiografía de la Independencia de Chile*, pues a su juicio se comienza a renovar en las investigaciones sobre tal período.

Y es claro, abundan los criterios interpretativos. No obstante que ha pasado más de siglo y medio desde que se verificaron los acontecimientos, aún hay mu-

cha pasión y animosidad en los juicios que se vierten al respecto. ¡No resulta ocioso recordar que últimamente la pugna entre o'higginistas y carrerinos ha experimentado auge y repunte.!

Los historiadores del siglo pasado enfocaron la emancipación chilena con ciertas limitaciones, que hoy sólo se justifican por los prejuicios que flotaban en el ambiente. La odiosidad al hispanismo era frecuente, produciéndose una distorsión en absoluto ejemplarizadora.

Hoy se ha superado en parte esa situación, por lo que cabe afrontar el examen de la Independencia con otro criterio. Además con la publicación de documentos inéditos y de monografías sobre diversos tópicos se han abierto perspectivas que no cabe desatender.

El profesor Vial Correa había emprendido esta labor en 1960, cuando publicó *La nueva bibliografía sobre las causas de la Independencia de Chile*, prestando un señalado servicio a quienes desearan conocer los motivos que produjeron tan importante fenómeno. Con mayor amplitud ha vuelto sobre el tema, llegando a novedosas conclusiones que le han permitido trazar las bases para una nueva concepción de la Independencia.

Acredita el autor cabal comprensión del asunto, juicio equilibrado y capacidad crítica para discernir el aporte efectuado por otros publicistas. Entre ellos hay mistificadores profesionales, sectarios, superficiales, toda una gama que dificulta y entorpece el examen de los hechos.

También somete a prolijo análisis las ideas tradicionales sobre el proceso emancipador, advirtiendo su falta de fundamentos científicos, para, finalmente, insinuar algunos problemas que aún no han sido esclarecidos en forma, a que los historiadores deberían abocarse.

A pesar que este estudio ha sido situado como análisis de bibliografía de terceros, resulta de utilidad indudable para conocer el fruto de una moderna visión de la Independencia y de las causas de toda índole que la produjeron. El propósito modesto del profesor Vial Correa ha sido desbordado por los antecedentes que ha hecho valer, lo que debe ser subrayado, en honor a su competencia y espíritu analítico.

Para incorporarse a la Academia Chilena de la Historia, que le distinguió a temprana edad, llamándole a colaborar a su seno, Gonzalo Vial pronunció un

discurso sobre *Los prejuicios sociales en Chile al terminar el Siglo XVIII*. En la corporación sucedía al eminente historiador D. Tomás Thayer Ojeda, quien se dedicó a la investigación con tal ahinco que perdió la vista, logrando brindar antes obras de valor científico perdurable. Después de ese triste suceso colaboró con él, D. Carlos J. Larraín de Castro, meritorio historiador y genealogista.

El autor de esta alocución cree que las sociedades hispanoamericanas se caracterizaban a fines del siglo XVIII por su extrema rigidez, causa de múltiples roces entre los distintos sectores que cohabitaban en ella. A su juicio reviste especial interés la pragmática sobre el matrimonio de los hijos de familia, dictada por Carlos III de España en 1776, en virtud de la cual se prohibía a aquéllos contraerlo sin el asentimiento previo del padre, de la madre o de ascendientes inmediatos, si los primeros faltasen.

Con este procedimiento los progenitores pudieron objetar las nupcias de sus hijos por motivos fundados "si el matrimonio en proyecto ofendía de manera grave el honor de la familia o bien perjudicaba al Estado".

Conócense, de esta suerte, numerosos juicios, no pocos pintorescos, donde se advierte el fervoroso anhelo de evitar algunos matrimonios invocándose argumentos que evidencian los prejuicios de la época. De las informaciones que suministra el profesor Vial Correa queda en claro que tanto la sangre africana como la indígena eran en aquel entonces motivo de oposiciones tenaces; capítulo aparte le merecen los llamados oficios viles, a despecho de la sabia sentencia que el trabajo no deshonra a nadie.

El breve tema escogido por Gonzalo Vial Correa nos parece de inequívoca trascendencia. Ahí está la clave de desencantos y resistencias que desembocaron en la Independencia, portadora, ciertamente, de una mayor liberalización de las costumbres sociales. La abolición de los títulos de nobleza y los escudos de armas decretadas por O'Higgins y la libertad de vientre por Freire, concluyeron con las diferencias que se advertían en la ciudadanía.

Tanto su obra anterior como el presente discurso, refuerzan la idea que nuestro ilustre amigo D. Tomás Thayer Ojeda encontró un digno sucesor en la Academia Chilena de la Historia en la persona de Gonzalo Vial, distinguido maestro en las aulas universitarias. En

ese sentido los ahora colegas del joven académico no pudieron haber realizado mejor elección.

LUIS ARAYA NOVOA

El Tile Vallejo y sus cuentos. (Vida del Buscón Copiapino), por Sady Zañartu. Ediciones Fantasía. Santiago de Chile, 1963.

Mucho de la novela *Don Catrín de la Fachenda*, del mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827), hay en esta serie de dieciocho relatos recogidos en Copiapó o extraídos de "un cuaderno de copia del año 1905 del Club Musical Obrero de Taltal" (*Noticia Biográfica*, pág. 6).

Su recolector, Sady Zañartu (hombre de vasta y conocida labor literaria: Taltal 1893: *Llampo Brujo, Piedras y Sol, Mar Hondo, Lastarria, el hombre solo, Los Copa de Oro*, etc.), nos dice en la *Noticia Biográfica*, págs. 5, 7 y 8, respectivamente, lo que sigue: "...era Cayetano Vallejo (El Tile) el personaje destinado a avivar el relato de los malandrines y perdularios... Era don Cayetano Vallejo de regular estatura, más siempre se veía grande porque levantaba la barba y movía los ojos asollamados por la ventisca con muchos gestos, según las circunstancias que pasaba, aunque estuviera susceptible a un cambio de fortuna. Sus orejas podía utilizarlas en sus visajes o fruncimientos naturales... Vallejo comienza su vida de pícaro por el año 1855, cuando aparece la poesía jocosa en el valle y sus hazañas son memorables por su gracia en la improvisación durante los festejos de santos. Llevaba un buen vestidón grueso, largo, y cuidaba mucho su cuello con corbata. Podía pasar por todo lo que sueña un hombre rico, desde que hablaba bien, y sabía halagar a los paisanos".

Tales datos, creemos nosotros, sirven para asemejar al personaje de Fernández de Lizardi (por su picardía, su ingenio de raíz popular, su captación del momento oportuno y de la ingenuidad de la posible víctima), con Cayetano Vallejo, el Tile. Pero también sirven, por otra parte, para diferenciarlo ostensiblemente de éste. En efecto, el Catrín de la Fachenda —el pícaro mexicano—, es un personaje literario, un ente ficticio, que se ha inmortalizado gracias al carácter de maestría que le dio su creador;

el Tile, en cambio, fue un hombre de carne y hueso, un titiritero, un guitarrista y un charlador jocoso que se hizo leyenda, fama y asombro, no por el talento de un artista, visionario, excelentemente dotado, sino por sus hechos y realizaciones llenas de originalidad y picardía. Más aún: el Tile es una especie de creador atrabiliario que sólo se inventa a sí mismo, que en cada nueva aventura, presentación o derroche de gracejo e inteligencia populares se va haciendo imagen inolvidable, tradición cotidiana, anécdota y humor inimitables, en la mente de sus admiradores, sobre todo mineros.

La misma diferencia vale también para una potencial comparación entre este embustero y travieso personaje, y Lázaro (Lazarillo) de Tormes, por ejemplo. Eso sí, y en la medida en que una nota bibliográfica lo permite, habría que hacer el alcance de que Lázaro, como niño, no es un bellaco consciente, que actúe en forma malévolamente porque él lo desea. Si él actúa de este modo, es simplemente porque las situaciones que vive y porque las actitudes a que lo obliga su azarosa existencia así lo determinan. Para él no hay otra salida. Y la prueba de que él no es un pícaro consumado está al final del libro, cuando, normalizado su existir, se adapta decididamente a la vida social de su tiempo. En este sentido es totalmente opuesto a Cayetano Vallejo. El Tile no es un ser que actúa obligado por las circunstancias. Más bien habría que decir que su propia idiosincrasia, su temple humorístico, comediente, lo impele a engañar, a hacer de la vida una continua broma.

En este sentido, quizás, su actuación tenga más relaciones con la picaresca de Quevedo, que con otra picaresca anterior o posterior al gran vate conceptista. De aquí el motivo, entonces, que Sady Zañartu haya tenido en mente para titular su recopilación *Vida del Buscón Copiapino*.

Desde un punto de vista más técnico, el estilo conserva en la mayor parte de los cuentos la gracia, la espontaneidad y la habilidad innata del narrador popular. Casi todos los relatos presentan un comienzo de corte costumbrista, lo cual, estilísticamente, no indica que los distintos narradores hayan conocido en su cabal profundidad el costumbrismo, sino que éste desde su culta y penetrante visión de lo popular, ha extraído muchos de sus recursos narrativos directamente

de lo folklórico, de lo juglaresco. Por lo general, el narrador empieza situando la anécdota en un mundo en que lo social y lo individual se funden históricamente. A partir de este momento del discurso, la ambientación, como en cualquier otro relato, depende de la actividad del personaje, es decir, está supeditada a la función de éste. ¿Pero hasta qué punto es costumbrista el recurso empleado al comienzo del relato? Precisamente lo es en el modo en que dicho comienzo entrega una visión más sociológica que psicológica, a la manera del costumbrismo, en sus certeros detalles. Veamos, para corroborar, algunos ejemplos: ... *En el verano la sociedad calderina abría sus salones con bailes y tertulias a las familias copiapinas que iban a pasar la temporada de mar. Los baños en su playa arenosa, los paseos a Calderilla y Puerto Viejo, y las reuniones que se ofrecían a los extranjeros llamaban mucho la atención del veraneante...* (Relato iv, pág. 27) ... *El tren que conducía pasajeros a Chañarcillo el año 1860 partía desde el pueblo llamado Pabellón y los pasajeros que iban al mineral tenían que alojarse en este lugar para seguir viaje al día siguiente por la mañana...* (Relato v, pág. 34)...

Por otra parte, la astucia que demuestra en sus fechorías el pícaro copiapino destaca mucho más cuanto mayor es el bagaje de costumbres y tradiciones de la sociedad minera de ese tiempo (principios de la segunda mitad del siglo xix). Por ejemplo, el Relato iv: *Don Cayetano vuelve a sus correrías y hácese ladrón de gallinas en Caldera y de lo que acaeció con el Gobernador Cardoso*, presenta méritos sobresalientes como para hacerse digno de ser seleccionado entre lo mejor del cuento-tradición, justamente por la habilidad con que el Tile, aprovechando su gran conocimiento de las costumbres de los calderinos, sabe salir adelante en lo que se ha propuesto, y cómo luego, al ser detenido en fraganti en sus alevosas correrías, sabe utilizar la zoncera asombrosa del Gobernador Cardoso a su favor. También son notables, ya en relación con este último motivo, los relatos: *De la manera que se averiguó el Tile para enseñar a volar a un arriero cuyano* y *De la venta fulera que hizo el Tile de los potreros de Escuti a los arrieros de Catamarca*.

Pero otro aspecto en el que se muestran relevantes estas narraciones humorísticas es el que se refiere a la situación

final de las anécdotas. En tales momentos, el Tile se alza por sobre el hecho mismo —de suyo muy importante— como un verdadero artifice de la bribonada. Destacan, en este sentido, los relatos VII, VIII, IX y XVII.

En síntesis: interesante y minuciosa labor de recopilación ésta que nos ha entregado Sady Zañartu, y gracias a lo cual hemos podido conocer, como otros innumerables lectores, la no menos interesante y prodigiosa vida de pícaro chileno de Don Cayetano Vallejo, el famoso Tile. Puede ser que el texto, en sí mismo, presente algunos detalles de impresión poco extraordinarios; pero la personalidad y el vigor vital del protagonista echan por tierra cualquiera indicación al respecto.

ELADIO GARCÍA C.

Manual de Bibliografía de la Literatura Española, por José Simón Díaz. Barcelona, Edit. Gustavo Gili, 1963.

Conocíamos dos fuentes muy importantes para el estudio de la literatura española: Homero Seris, *Manual de Bibliografía de Literatura Española* y la monumental de José Simón Díaz, *Bibliografía de la Literatura Hispánica*. Comentaremos aquí el *Manual de Bibliografía*.

Don José Simón Díaz es una de las figuras más notables de una generación de importantes filólogos españoles. Sus publicaciones, cargos y títulos son el respaldo de un trabajo que traduce las condiciones de su autor. Es profesor de Bibliografía Hispánica de la Universidad de Madrid, Catedrático de Lengua y Literatura Españolas del Instituto de "Isabel la Católica", Jefe de la sección de Bibliografía Literaria del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de los Servicios Bibliográficos del Instituto Nacional del Libro Español, Miembro de la Comisión de Expertos de la UNESCO para la ordenación de estadísticas bibliográficas. No caben mayores antecedentes.

El propósito y composición del libro es la siguiente. El propio autor lo explica en la introducción. "Para facilitar los primeros sondeos de aquellos que deciden estudiar con alguna profundidad la literatura española y las consultas ocasionales de los iniciados, se ha compuesto este *Manual*, fruto —ante todo—

de amables e incesantes requerimientos que, desde 1950 hasta hoy, me han venido haciendo pública y privadamente numerosos colegas.

La *Bibliografía de la Literatura Hispánica*, comenzada a publicar en dicho año por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, tiene por su mismo carácter y amplitud una serie de limitaciones: extensión, costo, lenta salida, etc., que reduce su ámbito de aplicación a un determinado tipo de profesionales y de bibliotecas, fuera de los cuales queda un inmenso sector, menos exigente en cuanto a número total de datos, pero más necesitado aún de información accesible y segura. A este público de estudiantes universitarios, doctorandos, opositores, jóvenes hispanistas, etc., pretende ayudar especialmente el *Manual*".

De más de un millón de fichas que suman los ocho tomos ya publicados de la ya aludida *Bibliografía*, se seleccionaron finalmente dieciséis mil, "valorando muchos factores complejísimo, importancia real y aparente del autor y del estudio, fecha, accesibilidad, idioma, validez actual".

En el tiempo, el *Manual* comprende desde los orígenes hasta el año 1961, de autores españoles con excepción de Rubén Darío y se entiende por españoles a los autores nacidos en Hispanoamérica antes de la independencia. Entre ellos, al Inca Garcilaso de la Vega.

La clasificación de las obras obedece a períodos fundamentales, criterio sustentado en la *Bibliografía*. Fuentes generales, Edad Media, Siglos de Oro, Siglo XVIII, Siglo XIX y Siglo XX.

Hay una primera sección de Fuentes Generales que encabeza como tal al *Manual*, en su totalidad y a cada uno de los períodos que se enumeran. En muchos casos, la bibliografía particular de un autor se cruza con estas fuentes generales.

Además de considerar cada época, para cada autor se toman en cuenta tres factores: bibliografía, estudios, ediciones. Así se consideran las ediciones: obras completas o escogidas, obras sueltas, antología, epistolarios. En ediciones sueltas se toman en cuenta, además, primera edición, ediciones críticas, anotadas, escolares, de bibliófilos, etc., selecciones o antologías.

De la maraña de estudios y de la multiplicidad de alusiones se seleccionan aquellos que significan un aporte real.

Dentro de este marco, la labor del señor José Simón Díaz es ejemplar e impecable. Hemos seguido con detención la bibliografía de Unamuno, por ejemplo, donde una posible elección personal era muy factible y hemos visto que se respeta todo libro que pueda realmente contribuir a ganar una visión objetiva. Si hay apreciaciones implícitas sobre la importancia de un autor dentro de su grupo, si hay algún desnivel, hay que atribuirlo más bien a la subjetividad del que lea y no a una renuncia frente al criterio general expuesto. Es un libro utilísimo que rebasa en mucho los propósitos relativamente modestos de su autor en relación con su ámbito y alcance.

Ante la rigurosidad de método y la sobriedad general, contrasta un poco los numerosos errores ortográficos en fichas de libros alemanes, si bien no llegan a extraviar.

Hemos seguido con singular interés el aprovechamiento, con el afán de contribuir con algún detalle, de las aportaciones chilenas a la literatura española planteada en los términos ya conocidos. Emerge, digna de admiración, la figura de don José Toribio Medina. En todos lados, en aportaciones decisivas sobre Ercilla, en preocupaciones múltiples sobre Cervantes. No hemos visto citada su *Historia de la Literatura Colonial de Chile*, Santiago, 1878, obra básica para el estudio del período que se enuncia. Esta omisión está compensada con la referencia a muchos esfuerzos hechos aquí por el estudio de la literatura española. En el tiempo, se incorporan a Andrés Bello, Federico Hanssen, Solar Correa, Julio Saavedra Molina, Mariano Latorre, Ricardo Latcham, los trabajos del Dr. Rodolfo Oroz sobre Pedro de Oña, a Eleazar Huerta, una referencia incompleta a la Colección Hispana y a las recopilaciones, de las cuales se citan también sólo algunas de Antonio Doddis y Juan Uribe E. De éste último, además, su libro sobre Cervantes y la literatura Hispanoamericana. Las omisiones en nada dañan una preocupación tan atenta y tan abarcadora. El señor José Simón Díaz hace esfuerzos meritísimos por el conocimiento estricto de una gran literatura, que todos agradecemos con sinceridad.

ANTONIO FERNÁNDEZ MOLINA

La familia del héroe, por Camilo José Cela. Colección "A la pata de palo". Editorial Alfaguara, Madrid, 1965. *Nuevas Escenas Matritenses*, por Camilo

José Cela. Colección "Fotografías al minuto". Editorial Alfaguara, Madrid, 1965.

Hacia 1944 C. J. C. comienza a publicar en la prensa algunas colaboraciones de género literario preceptivamente no definido que el autor bautiza con el título general de Apuntes carpetovetónicos. Estos apuntes, que por lo demás están en el germen de casi toda su obra, ahora, en estos últimos años, se han definido más extensamente y se han desarrollado dando lugar a una serie de obras que participan del cuento, de la novela corta y del cuadro de costumbres, en los que da rienda suelta a su posibilidad de ironizar, a su humor, a su visión aguda y certera de una parte de la realidad que presenta aparentemente distorsionada. Satiriza sin darle una importancia aparente y como si no fuera eso lo que está haciendo, como si en realidad contara una historia divertida para pasar el rato, servida con un lenguaje rotundo y francamente castellano, un lenguaje para decir las cosas con propiedad y entre amigos, un lenguaje que no se supedita nada más que a la expresión directa y a la cuidadosa limpieza de su real significado. Cela no divagó nunca con las palabras y ahora aún menos. Con frecuencia de un párrafo a otro, como si el autor nos obligase a darnos cuenta de que lo que hay que decir ya lo han dicho los personajes con sus gestos, se salta sobre una descripción que podría haber y se va rectamente al grano.

Este libro de *La familia del héroe*, relativamente breve, tiene, como por ejemplo, también *Historias de España*, aparecido hace unos años pero incorporado ahora a la misma colección, una gran concentración. Dice todo lo que quiere decir y todo lo suficiente para que la historia esté completa, incluso en ella se podrían contar más cosas pero no dice nada que esté de sobra.

La historia que se narra en este libro es la historia de una familia, y es al mismo tiempo la historia más aparentemente oculta, pero tan significativa, de una tertulia en la que se narra esta historia y es, también, una sátira de la palabrería, de la vaciedad de muchos ambientes, un cuadro de la limitación de los hombres que tienen que recurrir a llenar sus horas vacías con insignificantes y timoratos entretenimientos.

Por otra parte, y esto por la magia de la palabra, C. J. C. nos dice, implícitamente, que todo en definitiva tiene un

sentido, que no sirve juzgar, que el mundo está ahí y por algo será y en todo caso eso es con lo que contamos y a lo que hemos de atenernos. De la lectura de este libro también se desprende que el mundo evoluciona y que no todo es así, pues el mundo cambia y nosotros con él. Este ambiente podría ser historia pasada o en definitiva, va para ello.

Técnicamente, este libro está directamente emparentado con *Tobogán de hambrientos* la novela de las múltiples historias, engarzadas unas en otras y de los otros tantos desenlaces. Los iniciales apuntes carpetovetónicos de C. J. C. se desarrollan en el espacio y en el tiempo. Aunque el cuerpo material de *La familia del héroe* es bastante más pequeño que el de aquella novela, nos comunica una gran sensación de densidad, densidad artística, de dominio y de seguridad.

C. J. C. ha conseguido una obra que discurre, dando vueltas con sus personajes, pero dentro de una lógica lineal. Podría decirse de ella que es un cuento porque la historia está contada. También podría decirse de ella que es una novela porque el contar esta historia sucede dentro de un ambiente, la tertulia de un café, podría de ella con unas muy leves aclaraciones publicarse como una pieza teatral. Sí, cada una de estas cosas es, podría considerarse como cualquiera de ellas sin forzar mucho la idea que actualmente tenemos de estos géneros.

Pero creo que además, este libro se queda aparte de estas clasificaciones y es en definitiva lo que el autor ha querido que sea: un florilegio de carpetovetonismos.

C. J. C. dice, sobre lo que él entiende por apuntes carpetovetónicos: "En realidad, el apunte carpetovetónico no es necesario que sea ni literatura, si bien es cierto que, hasta hoy, no han aparecido apuntes carpetovetónicos fuera de la literatura o de la pintura y el dibujo: ni en la escultura (¿y los verracos ibéricos?, ¿y los toricos de Guisando?, ¿y los Cristos de Montañés?), ni en la arquitectura, ni en la música. El apunte carpetovetónico pudiera ser algo así como agrídulce bosquejo, entre caricatura y aguafuerte, narrado, dibujado o pintado, de un tipo o de un trozo de vida peculiares de un determinado mundo lo que los geógrafos llaman, casi poéticamente la España árida. Fuera de ella no puede darse el apunte carpetovetónico, por la misma razón que no se pueden dar porcelanas chinas en el Japón o en la India.

Pero pueden crecer y desarrollarse géneros paralelos, géneros parientes próximos de este nuestro de hoy: Alfonso Castelao, con el lápiz, y José Pla, con la pluma, nos reflejaron certeramente los cordiales planetas gallego y ampurdanés. Más lejos, y con idéntico sentido, Lautrec pintó el París de su tiempo en la intención —Goya, y Lucas, y Regoyos y Solana y Zuloaga, nos retrataron, mojando los pinceles en la más pura tinta carpetovetónica, el militante carpetovetonismo que les tocó mirar".

Ahora bien *La familia del héroe* supera la condición de apunte y es una obra de más aliento. Es apunte carpetovetónico, pero desarrollado. Libro escrito bajo los presupuestos que condicionan estos escritos de C. J. C., sí, pero que se ha desarrollado como el hijo que crece más que el padre, que le supera en todos los órdenes aunque conserva sus inconfundibles características.

Esta faceta definida de C. J. C., está dentro de su más genuina naturaleza de escritor, y muy dentro de una constante que se mantiene en la literatura española a lo largo de los siglos, si bien actualizada y personal.

Toreo de Salón e Izas rabizas y colipoterras son los dos libros anteriores al presente, en los que Camilo José Cela, basándose en el documento fotográfico, ha dado rienda suelta a su imaginación y ha escrito sus prosas partiendo de las sugerencias que le suscitaban las fotografías. Estos libros, dentro de la órbita de toda su obra, basada en la realidad española, pero vista a través de su peculiar personalidad corresponden a una etapa reciente que aún está en desarrollo pues las *Nuevas escenas matritenses* que ahora se han publicado en libro son únicamente una primera serie a las que seguirán otras.

El título del libro nos puede confundir, en un aspecto, pues parece que no sólo hace alusión a una manifestación literaria bastante cultivada en la literatura española del siglo XIX y cuyo más importante representante fue Ramón de Mesonero Romanos sino que va a seguir por los cauces que aquéllos marcaron, pero el resultado actual muy distinto. Las escenas matritenses de C. J. C. no tienen de común con las de antaño nada más que son efectivamente escenas tomadas de la vida madrileña. Pero mientras aquéllas se limitaban a ser cuadros de costumbres populares éstas, siguiendo en

el área de lo popular, son, además de escenas matritenses, obra de creación y entre los géneros literarios clasificados, a lo que más se acercan, aunque no coinciden exactamente con las normas preceptivas de los manuales, es al relato. Esto es secundario pues en definitiva lo que interesa en la obra literaria es su capacidad de expresión y de sugerencia. Y el poder de sugerencia van en C. J. C. al par de su poder de observación. Colocado ante una fotografía tomada en un lugar de Madrid interpreta cada detalle y crea todo un mundo novelesco coherente con la realidad que representa la fotografía en el lugar y en la época en que fue tomada. Estos escritos son al par obras testimoniales, pues el escritor no se aparta de una actitud consecuente con el tono impuesto por el tema. Lo que cuenta, lo que dice, es verdadero desde el punto de vista de su posibilidad, de su consecuencia con la realidad, un aspecto, un sector de toda la realidad, pero precisamente con eso al que ha dirigido el fotógrafo su objetivo y sobre la que el escritor ha mirado y reflexionado. Sus personajes no existen efectivamente con el nombre que se les ha impuesto en estas nuevas escenas matritenses y nunca pronunciaron esas palabras, que son reales y posibles.

Y hay en ellas una veracidad más profunda que la que se puede captar con una cinta magnetofónica.

Nueve son las escenas que se recogen en este libro y todas ellas tienen como protagonistas a gentes que luchan para subsistir, a cuentas con sus ilusiones y con sus derrotas, pero con todos los deseos de seguir viviendo sus ilusiones, sus imaginaciones, como por ejemplo Nicasio Alcoba ante el escaparate de una peluquería de la calle de las Huertas para pasar, casi sin transición, a la realidad.

"Nicasio Alcoba, aquella mañana, se apartó pesados del escaparate de la peluquería Ramos, señores y caballeros. En La Mezquita, vinos, solían darle un vaso de vino a cambio de abrir la honda lata de las almejas.

—¿Puedo pinchar una?

—Ande, pinchele usted.

En el restaurante Guría le obsequiaban con un plato de macarrones, o unos huesos de pollo, o unas croquetas de bacalao, según lo que sobraba y se terciaba. Nicasio Alcoba correspondía desatascando el retrete de caballeros que los clientes atoraban casi a diario,

o partiendo leña, o abriendo las cajas de las botellas".

La ternura y el humor con que C. J. C. elabora a sus personajes alcanza en estas escenas muchos momentos que están entre los más logrados de su extensa obra. Estas breves escenas pertenecen a un mundo por el que C. J. C. ha paseado su mirada captando muchas cosas que a los demás suelen escapárseles. En cualquiera esquina de Madrid o en cualquier rincón de una de sus tabernas está ese (uno de ellos) personaje que lo mismo que Epipodio Murciego Muñoz, alias *Jesusin Alpedroches*, *Niño de la Tángana*, *habla sin puntos ni comas ni mayores miramientos*. Los puntos y las cosas están sustituidos por la palabra *coño*, que se repite, con absoluta precisión, en el lugar que le corresponde.

"—Coño el triciclo es para los jóvenes, coño uno ya no está para dar pedales, coño que den pedales los jóvenes, coño el Bahamontes, coño qué tío, coño ese es de Toledo, coño a mí que no me aparten el borrico, coño el borrico, etc".

Un acierto así sólo puede conseguirlo quien como C. J. C. está en posesión de una acusada sensibilidad y de muchos de los recursos de nuestro idioma.

GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA

Cartas inéditas de Miguel de Unamuno, por Sergio Fernández Larraín. Ed. Zig-Zag. Santiago de Chile. 1965. 456 págs.

Sergio Fernández Larraín, erudito escritor chileno, que fue excelentísimo embajador de su país entre nosotros, ha contribuido al centenario unamuniano con la publicación de las cartas dirigidas por don Miguel, entre 1890 y 1920, a don Pedro de Múgica, filólogo vasco residente en Berlín. También se incluye el epistolario de Unamuno y el joven estudioso Luis Ross, natural de Chile y gran admirador del rector salmantino. Fernández Larraín ha enriquecido su edición con un extenso prólogo, que constituye una introducción a la figura y al pensamiento unamuniano. Las cartas, que ahora ven la luz, contienen abundantísimos materiales de carácter lingüístico cuyo interés general resulta ya bastante limitado. Prescindiré, pues, de ellos y centraré el análisis sobre la biográfica e intelectualmente más vivo.

19 Datos para la psicología unamuniana. Ya se ha iniciado el estudio de don Miguel desde la perspectiva de su neurosis. Nuevos textos enriquecen el acervo de los ya conocidos: "Me ha atacado una pertinaz hipocondria con una tendencia a la pereza casi invencible; no hago nada, y me consumo en las ansias de un paso que no me resuelvo a dar", escribe en 1890. Dos años después confiesa un "estado de incoherencia y caotismo". "Mis murrias, mis tristezas, lejos de disminuir aumentan. Tal vez me pasa lo que Pindaro decía de Tántalo y es que no pudo digerir su felicidad. Tampoco yo puedo digerir la mía", revela en 1909. Y todavía en 1913 dice vivir "lleno de preocupaciones y, según los médicos, de puras manías". Pero estos estados de angustia y depresión alternan con otros de arrolladora impetuosidad: "Hay que pelear y en la pelea desparramarse, prodigarse, acudir a todas partes, agitar más que enseñar". En su "Vida de Don Quijote y Sancho", cree haber puesto "más pasión, y más vehemencia" que en cualquiera otra obra anterior. De 1906 es la siguiente declaración: "Yo me encuentro excitadísimo y he abandonado todos mis trabajos de índole literaria para meterme a luchar".

29 Ideología política. Se confirma ahora la temprana inclinación de Unamuno hacia el socialismo: "Yo hago propaganda francamente socialista — escribe en 1892—, desde un periódico de aquí embisto a la burguesía"; pero llama "pedantesco e insufrible" a Carlos Marx. Sus diatribas contra los monarcas —Guillermo II, sobre todo— son constantes, así como sus confesiones de republicanismo: "Y ojalá podamos echarle", dice en 1920 refiriéndose a Alfonso XIII. Sería, sin embargo, un error considerar a Unamuno como un demoliberal; era autoritario y aristocratizante: "Yo soy antidemócrata, creo que el pueblo es pueblo y no puede dar ni quitar patentes de talento".

39 La cuestión religiosa. Tajante en 1890: "Consideramos la vida de Cristo como una hermosa leyenda... Yo, hoy por hoy, no creo en dogma religioso alguno". En ocasiones sus vituperios bordean el jacobismo como cuando arremete contra los jesuitas y el culto al Corazón de Jesús. Pero eso no obsta para que su obsesión por el tema de Dios y de la inmortalidad sea creciente. El famoso episodio de su "llamada" a la acción apostólica lo vuelve a contar en una importantísima carta de 1903. Allí pro-

clama: "Desde hace algún tiempo, desde que pasé honda crisis de conciencia, se va formando en mí una profundísima persuasión de que soy un instrumento en manos de Dios y un instrumento para contribuir a la renovación espiritual de España... Y siento mi obra, veo mi camino futuro y me siento llevado a él por una fuerza consciente y personal, superior a mí".

49 El problema de España. Unamuno cultiva tenazmente el patriomasoquismo. Espigo, entre innumerables, algunos testimonios: "Vamos de mal en peor... da pena esto", "esta pobre soberbia española y el espíritu sanguinario y terco que nos distingue están produciendo sus frutos", "la enorme mentira en que vivimos los más de los españoles", la patria "decaída y torpe", "este es un pueblo de pordioseros, de ladrones y de envidiosos", "este pobre reino de España se está hundiendo en la abyección". Se siente como un exilado espiritual en su propia tierra: "no sé adaptarme bien al país en que vivo", "cuánta bilis, pero cuánta bilis tengo tragada". Y lo increíble: "Aquí hace estragos la imbecilidad de Cuba. Ojalá la perdiéramos".

59 Aversión a la ciencia. Este es el acompañamiento infatigable de las melodías unamunianas: "prefiero remover cuatro o cinco grandes lugares comunes", "la ciencia es labor de muchos, lenta, pausada, persistente, colectiva, oscura, pero la verdad, no es para mí eso, me ahoga", "suelo preferir un libro plagado de errores de detalle, pero con alma, a un irreprochable", "cada día siento, con mi creciente amor a la literatura, desvío a la ciencia", "ni soy un hombre de ciencia, ni he querido jamás hacerme pasar por tal; es más, que me c... en la Ciencia. Y si leo cosas de ciencia es para divertirme, para burlarme de ellas, para convertirlas en materia prima de metáforas". Consiguientemente, abomina del "racionalismo", la "especialización", el "progreso", la técnica ("tecniquerías"), la "erudición" y hasta el sentido común: "No me da la gana de sujetarme a la lógica, yo no pretendo razonar sino sentir, me chiflo en la ciencia y en la lógica".

Esta antología breve, pero enjuiciosa, pone de manifiesto que las cartas a Múgica, escritas con una sinceridad abrasadora, y para que un día fuesen impresas ("cuando publiquen mi correspondencia", le dice en 1914) es un documento de primer orden para perfilar el talante

de Unamuno, quizá el más convincente y nítido de que disponemos. En la intimidad, Unamuno se despoja de convencionalismos y nos ofrece sus posiciones en hiriente desnudez. ¿Qué decir de su mensaje?

Yo estoy convencido de que la vida y la obra de Unamuno sólo se explican cabalmente desde la psicopatología. Lo mismo sus rasgos genialoides, que sus contradicciones, su erostratismo, sus vehemencias, sus altibajos y su espectacularidad son síntomas de un complejo síndrome de desequilibrio. Pocos autores españoles de la edad contemporánea exigen con mayor rotundidad que Unamuno, un constante paralelo entre el hombre y la obra, entre la biografía y la crítica literaria. Todo, don Miguel, se quintaesencia en ese apóstrofe de 1901: "Aún les falta ver, amigo Múgica, aquí en España quien es Unamuno". Este era todo su problema, mostrarse a sí mismo. El resto de la realidad, que es el clásico objeto de la ciencia, apenas tenía importancia.

Unamuno, como la mayoría de los noventaiochistas, no era ni liberal ni demócrata. Que ello era perfectamente compatible con un espíritu iconoclasta y de rebeldía social, no cabe la menor duda. Don Miguel se dejó utilizar como bandera, primero por el socialismo incipiente, luego por la República y, finalmente, por la contrarrevolución. No fue un hombre de partido sino de partidos. Le ocurrió en la cosa pública lo mismo que en casi todos los demás ámbitos: frecuentó orillas opuestas, sin afincarse en ninguna definitivamente.

El patriomasoquismo es una corriente que tiene remotos precedentes en la psicología hispana, pero que sólo adquiere volumen y carta de naturaleza en el siglo XIX. Creo que su verdadero restaurador fue Giner de los Ríos y, tras él, los institucionalistas y los escritores del 98. Todavía no nos hemos liberado de este complejo que me parece patológico. El hombre normal asume positivamente su circunstancia y también esa parte de ella que es la patria como realidad física e histórica. Pero casi tan responsables del patriomasoquismo eran los escritores que, con evidente exageración e injusticia se ensañaban con su pueblo, como la sociedad que se complacía en verse denigrada y que llegó a entender que era de buen tono decir pestes del propio país. Esto es lo grave del patriomasoquismo: no su

aparición aislada, sino su conversión en norma y en uso social. Una de sus más penosas consecuencias ha sido y es la de convertir en expatriado en el interior y, por tanto, en inadaptados y en socialmente enfermos a cuantos lo padecen. Una cosa es el enérgico propósito de perfeccionamiento colectivo, y otra el morboso regodeo, o el distanciamiento insolidario ante los males nacionales.

Pero el color que monopolizaba la bandera unamuniana, lo que todos sus lectores ven cuando entornan las pupilas y reflexionan sobre los textos de Unamuno, es el irracionalismo, el espíritu anticientífico y la exaltación de lo pasional. Esto es, a mi juicio, lo más negativo, porque cayó sobre un pueblo patético y especialmente sensibilizado por dolorosas y recientes crisis interiores. Lo que necesitamos es precisamente lo contrario de lo que preconizó Unamuno. Y en este sentido su mensaje antilógico, antiprogresista, antitécnico, antiobjetivo y anticientífico resulta ejemplar por reflejo: el unamunismo es la más amenazadora epidemia contra la que hay que vacunar a la mente hispana. En esto cifraría la más urgente campaña de salud intelectual.

Resplandece, además en este epistolario el estilo martilleante e incisivo, la vasta inquietud especulativa, el desafiante valor, el personalismo erizado, la agresiva fortaleza, la capacidad de incitación y el pendular radicalismo de Unamuno. Hay que agradecer a Sergio Fernández Larraín la cuidadosa edición de tan reveladores papeles, los índices completísimos y aclaratorios, y el cordial y mesurado estudio preliminar que ilumina tantos pasajes decisivos.

GUILLERMO FERRADA PARTARRIEU

Colecciones *Hacia*. La Tierra. El Hombre. La Poesía. Antofagasta. 1955-1966.

Andrés Sabella, ensayista, poeta y novelista, es el animador entusiasta y laborioso de los cuadernillos *Hacia*. La última entrega —septuagésimo cuadernillo— lleva el título evocador de *Mi Antofagasta*. Como homenaje a la labor tenaz y generosa de Andrés Sabella quiero historiar aquí, sin demasiado rigor bibliográfico, la vida fructífera y larga de *Hacia*. Tiene la revista dos épocas, la primera algo lejana. Se inició en noviembre de 1933 con el epígrafe "Camino para las

Ideas". Se editaron doce números de diversos colores y tamaños. Colaboraron allí Huidobro, Neruda, Lomboy, Agrella, Danke, Rojas Giménez... De franco carácter político y beligerante pacifismo, atacó, en su primer editorial, a la guerra del Chaco. En su número 7-8-9 tributó homenaje a D'Halmar, quien retornaba a Chile después de veintisiete años de ausencia. A la muerte de Rojas Giménez rindió *Hacia* su homenaje. Duró esta época hasta enero de 1955.

Empieza la segunda época, exactamente, el 31 de mayo de 1955. Se editan de cada número 300 ejemplares. Y como a juicio de Andrés Sabella la poesía no es objeto de comercio, *Hacia* no se vende, se regala. El financiamiento ha sido poético y de milagros: dineros de su editor, ayudas de los amigos, aportes de instituciones.

Señalo, para no indicarlo cada vez, que todos los números llevan prefacio o estudio inicial de Andrés Sabella.

1. *Homenaje a Vicente Huidobro*. Poemas de Gerardo Diego, Juan Negro y Mario Ferrero. 2. *Dos poetas peruanos: José María Eguren y César Vallejo*. 3. *Clara ternura*. Prosa inédita de Romeo Murga. Artículo de Berta Murga Sieralta, su hermana. 4. *Proverbio del infierno*, de William Blake. Un poema de Manuel Segalá y dibujos de Blake. 5. *Breve antología de Omar Cáceres*. Nota de Luis Merino Reyes y dibujo de Romera. 6. *Pensamientos* de Baudelaire y *Aforismos* de Braque. Ilustraciones de niños del American Country Day School. 7. *Poemas*, de Juan Gana. 8. *Tres poemas inéditos de Augusto d'Halmar*. Glosa de Víctor Castro. 9. *Conmemoraciones*. Homenaje a Félix Arvers, Heine, García Lorca y Juan Ramón Jiménez. Grabado en madera de Käthe Kollwitz. 10. *Luis Herrera Guevara*. Caricatura de Romera, reproducciones del pintor y un retrato del mismo.

11. *Ocho poemas* de Oscar Sepúlveda. 12. *Homenaje a Gabriela Mistral y Luis Durand*. Poema de Antonio de Undurraga, retrato de la poetisa y un grabado de Aquiles Castro. 13. *Carlos Baudelaire en las alturas*. Homenaje al centenario de la publicación de *Las flores del mal*. Dibujo y texto del poeta. Caricatura de Romera y portada de Víctor Delhez. 14. *Pequeño ideario* de Federico Hoebbel. Dos dibujos del poeta Alfredo de Musset. 15. *Novia del aire*, poemas de Marta Brunet. Soneto de Eduardo González Lanuza y un dibujo de Ma-

nuel Angeles Ortiz. 16. "U", dedicado a la Universidad de Chile. Textos de Barros Arana, Bello, Sanfuentes y Gómez Rojas. Apéndice: reproducción del volante que circuló, en 1920, en los funerales del poeta. 17. *El vendedor de canciones*, poemas de Nefthalí Agrella. 18. Carlos Pezoa Véliz: verso y prosa de ambiente nortino. Fotos de la época y un dibujo de Raúl Finsterbusch. 19. *Apollinaire, aventurero del pensamiento*. Textos del poeta, un poema de Huidobro y dibujo de Picasso. 20. *Cabezas de la pintura y la poesía*. Textos de Vlamínck, Sandburg, Prévert, Lagos Lisboa y Samuel A. Lillo.

21. *Poesía y tiempo*. Antología de Juan Florit. Poema de Eugenio Florit y caricatura de Romera. 22. *Deporte y poesía*. Textos de Pedro Pascual de Córdova y Figueroa, Pablo de Rokha, Manuel Rojas, Juan Parra del Riego y Henri de Montherlant. 23. *Madre América*. Homenaje a Bolívar. Textos de Martí, Neruda, Uslar Pietri. Cabeza del Libertador dibujada por el venezolano Pedro Centeno. 24. *Saint-Pol-Roux*. Textos del poeta traducidos por Angel Cruchaga. Dibujo de Francisco Otta y un cuadro de Camilo Mori. 25. *A nivel de los pájaros*, poemas de Luisa Johnson. Dibujos de Carmen Johnson. 26. *Siempre el mar*, poemas de Juan Negro. 27. *La mano del hombre*, antología dedicada a las herramientas. 28. *Los románticos chilenos*: Guillermo Blest y Guillermo Matta. 29. *Con una lluvia apenas*, poemas de Jorge Mario Quinzio. Cuadro de Albino Quevedo. 30. *Las pampas salitreras*, poema de don Clodomiro Castro. (La primera edición de este canto a la industria salitrera data de 1896).

31. *El corazón transparente*, de Matías Rafide. Dibujos de Andrés Sabella. 32. *Cielo, mar y tierra de Chile*, homenaje al Sesquicentenario con textos de Diego Barros Ortiz, Jacobo Danke y Lautaro Yankas. 33. *Poemas*, de María Tagle y Armando Blin. 34. *Documentos*: artículo de Eugenio González sobre la Generación del 20 y un poema de Moisés Cáceres. 35. *Rotos de alto rango*: textos de "El huaso Perquenco", Antonio Bórquez Solar, Roberto Hernández, Pablo de Rokha, Lautaro Yankas y Andrés Sabella. 36. *Poemas inéditos*, de Aldo Torres Púa. Dibujos de Luis Seoane. 37. *Ideario*, de Luis Emilio Recabarren. Texto de Neruda y dibujo de Osvaldo Salas. 38. *Desnudeces*. Antología del des-

nudo. Textos de Pedro de Oña, Pedro A. González, Leopoldo Lugones, Vicente Aleixandre, García Lorca, Juan Ramón Jiménez, Nicolás Guillén y Rogelio Sinán. 39. *María Antonieta Le Quesne*, antología. Dibujo de Luis Meléndez. 40. *Jotabeche*, textos, retrato y autógrafo.

41. *Pórtico del pensamiento*, antología de la boca humana. Textos de Góngora, Agustín de Rojas, Quevedo, Velázquez de Cárdenas, Bécquer, Juan Ramón Jiménez, Huidobro, D'Halmar, Miguel Hernández, Gómez de la Serna, Benjamín Subercaseaux. Dibujo alusivo tomado del *Código de Rolando de Parma*, del siglo XII. 42. *Jean Arthur Rimbaud*, breve antología. Versiones de Julio Meza T., Angel Cruchaga, Braulio Arenas, Mauricio Bacarisse, E. González Trillo, L. Ortiz Behtey y Vicente Gaos. 43. *Valparaíso*. Textos de Pérez Rosales, Carlos M. Urian, Daniel de la Vega, Joaquín Edwards Bello, Manuel Rojas, Salvador Reyes, Zoilo Escobar, Augusto d'Halmar, Pedro Plonka, Nefthalí Agrella, Genaro Winet, Enrique Díez-Canedo y José M. Souviron. Dibujo de Camilo Mori. Grabado de Carlos Hermsilla Álvarez. 44. *Gaspar de la noche*, poemas de Aloysius Bertrand. 45. *Hacia: teoría de una palabra*, de Mario Ciudad. Caricatura de Romera. 46. *Antología del león*. Textos de Esopo, del *Calila y Dimna*, de La Fontaine, de Juan Ignacio Molina, Juan Aicardi, Rubén Darío, Lugones y Gómez de la Serna. 47. *El retorno*, novela breve de Homero Bascuñán. Caricatura de Romera. 48. *La luna*. Antología con textos de Li-Tai-Po, Sou Chen, Baudelaire, Verlaine, Pierre Louys, Pío Baroja, Milosz, Francisco Contreras, Luis C. López, Gómez de la Serna, D'Halmar, Gerardo Diego, Eloy Blanco, Nalé Roxlo, García Lorca, Horacio Rega Molina, Quasimodo, Barrenechea, Juan Negro. Más dos cuentos, uno zulú y otro sandé. 49. *Los hermanos Grimm*, ensayo. Dos ediciones. 50. *El hombre, la tierra, la poesía*. Textos de Yankas, Merino Reyes y Juvencio Valle. Un soneto firmado por varios poetas y dedicado al Director de *Hacia*. Dibujos de Sabela.

51. *Poesía ácrata*. Textos revolucionarios de Alejandro Escobar y Carvallo, Luis Olea, Magno Espinoza, Francisco Pezoa. Facsímile de la portada del *Cancionero ácrata*, de Policarpo Solís Rojas (1904). 52. *Ramón*. Homenaje a Gómez

de la Serna. Dibujos de Romera y Carso. Retrato autografiado de Ramón. Soneto inicial de Juan Negro. 53. *Ardiente poesía*, con ocasión de las Jornadas de Poesía en Piriápolis, marzo de 1963. Textos del Marqués de Santillana, Francisco Martínez de la Rosa, Baudelaire, Emerson, Whitman, Mallarmé, Apollinaire, Renard, Valéry, Emilio Oribe, Aníbal Ponce, León Felipe, Saint John Perse, Quasimodo. 54. *Una palabra ha perfumado el mundo*. Breve antología de homenaje a Angel Cruchaga. Texto de Hernán Cañas. 55. *Diego de Rosales, capellán esforzado*. Homenaje al 3609 aniversario de su nacimiento. 56. *La útil primavera*, poemas de Víctor Franzani. 57. *De la palabra y el silencio*. Cuadernillo dedicado al Primer Festival de Coros de América celebrado en Antofagasta en septiembre de 1963. Textos de Gusdorf, Azorín, Daniel de la Vega, Alfonsina Storni, Gómez de la Serna, Juan Ramón Jiménez, Eugenio D'Ors, Miguel Antonio Caro, Eugenio Florit, Emilio Prados y Rafael Alberto Arrieta. 58. *Poetas rioplatenses*. Material inédito de Atilio Jorge Castelpoggi, Manuel de Castro, Felipe Novoa, Mariano Olvera Ubios, Hugo Emilio Pedemonte, Cipriana Santiago Viturcira y José Portogalo. 59. *Barco ebrio*. Segunda edición del libro de Salvador Reyes; la primera, de 1953. 60. *La creación del mundo continúa*, de Jules Renard.

61. *Las cuatro patas del vino*, de Alberto Rojas Giménez. Antología. 62. *Los Luises de América*. Luis Carlos López y Luis Herrera Guevara. Selección poética de Luis Carlos López. Dibujo de Lamaitre y caricatura de Romera. 63. *Tras un sol enarbolado*, poemas de Carlos Hermsilla Álvarez. En la portada, "Autorretrato", grabado de Hermsilla. 64. *Tiempo y herencia en Toulouse Lautrec*. Soneto de Sabela y ensayo de Antonio R. Romera. Caricaturas de Romera y Carso. 65. *Unamuno*. Carta a la Federación de Estudiantes de Chile. Para un "ideario" de Unamuno. 66. *Las sienes*, de Heriberto Rocuant. 67. *Zoológico para soñadores*. Textos de Mahoma, Abel Bonnard, José María Eguren, Guy Lavaud, Francis Picabia, Augusto Roa Bastos, Adriano del Valle, Ramón del Valle Inclán, Giuseppe Ungaretti y un cuento subirja. 68. *Dadá, Homenaje a Federico Gana*. Poemas de Hans Arp, Picabia, Tzara. Textos de Gana. 69. *La piedra*. Textos de Quevedo, Angel Cruchaga, Luis Vidales, Manuel

del Cabral, Prevert, Jorge Enrique Ramponi, Alfonso Cortés, Gabriela Mistral, Hans Arp, León Felipe, Neruda y Julio Barrenechea. 70. *Mi Antofagasta. Primeras evocaciones*. Prosas de Augusto Iglesias y Salvador Reyes.

LEÓN OCQUETEUX

Príncipe de Naipes, de Waldo Rojas. Ediciones Mimbres, 1966.

Entre los más importantes libros de poesía publicados durante el año 1966, sobresale sin discusión *Príncipe de Naipes* del joven poeta Waldo Rojas.

Para los que ya estamos hastiados de encontrarnos con autores que tratan de resucitar cadáveres de hace 40 años para pasarnos gatos por liebres, nos resulta grato descubrir la presencia de un nuevo poeta que lejos de toda "literatura" y decadente fantasmismo, entregue sus propias experiencias impregnadas de esa emoción que caracteriza a la auténtica poesía.

La principal labor del poeta consiste en colocar al hombre en el corazón del universo. Waldo Rojas con certera intuición así lo ha comprendido. Por eso sus poemas nos hablan del hombre de aquí y de ahora con todos sus problemas de incomunicación y soledad.

El único medio de romper esas barreras para establecer un contacto más directo con el lector es el uso de un lenguaje ajeno a todo malabarismo y oscuridad, tarea que ha sido la constante preocupación de una serie de poetas con Nicanor Parra a la cabeza, que pretende hablar claro y llamar a las cosas por su nombre, tendencia a la que Waldo Rojas se encuentra adscrito.

Aunque la producción publicada del poeta es escasa, ella nos habla de la aparición de un vigoroso temperamento, el cual no debe quedar al margen de un estudio serio y valorativo de nuestra poesía.

Poemas como "Vid" (acaso el mejor del libro), "Ajedrez", "Arbol", "Pájaro en Tierra", "Página de Album", "Pez", así nos lo aseguran y sin antesalas lo ubican junto a los logros ya definitivos de autores como Enrique Lihn, Raúl Rivera, y Hernán Lavín Cerda, de los *Neuropoemas*.

Es visible tal vez en sus poemas descubrir una bien asimilada lectura de la poesía inglesa moderna, en especial de

T. S. Eliot, lo que en ningún momento menoscaba su propia personalidad, pero que señala una afinidad que es preciso no perder de vista en un futuro y más extenso estudio.

Waldo Rojas, camino de una sólida formación, deberá sí, superar en el futuro algunas impurezas expresivas, e imágenes de fácil hermetismo, que lo hacen, a veces, desembocar en el mal gusto.

Una característica digna de mención en este pequeño comentario es la vigorosa tensión emocional con que esta poesía ha sido escrita ya que muchas de sus vivencias caen en el dramatismo y la confesión desgarrada que suele acercarlo peligrosamente al borde del tremendismo.

Creemos que esta posición vitalista, aun dentro de su aparente pesimismo, no es sino la preparación para escribir cantos de afirmación que amplíen la órbita de lectores que se reconcilien con el papel escrito.

Waldo Rojas, con este breve y hermoso libro, ha conquistado un lugar inamovible entre los más destacados poetas de las nuevas generaciones.

JORGE TEILLIER

Dos revistas de poesía: *Trilce* N° 10. 40 pp. Valdivia, marzo de 1966. *Arúspice*. 24 pp. Concepción. N.os 3-4. Verano-otoño, 1966.

Para el criterio de nuestras editoriales, bien se sabe, la poesía es la pariente pobre. Es lugar común el decir que en Chile están los mejores poetas del habla hispana, y nombrar con orgullo una docena de nombres que prestigiarían cualquiera poesía. Sin embargo, salvo dos o tres nombres, los poetas no encuentran editores. Se debe recurrir entonces al triste expediente de la publicación por cuenta propia, que reduce el libro al semisilencio, pues sin difusión está condenado a no acceder sino a un limitado grupo compuesto de amigos o conocidos del poeta. Las editoriales se defienden expresando que la poesía no se vende. Hemos oído decir a uno de sus personeros que de un libro-disco de un autor que recibió hace algún tiempo el Premio Nacional, sólo se venden 250 ejemplares en un año. Y que de un poeta excepcionalmente elogiado por la crítica, sólo 300 ejemplares en el

mismo lapso. En estas condiciones las editoriales, entidades comerciales y no filantrópicas, desdeñan el producto llamado poesía. Los poetas, entonces, guardan durante años sus originales, en espera de tiempos mejores, o se reúnen para publicar revistas de poesía, más o menos efímeras. Pues la revista cuenta con la ventaja de ser una especie de laboratorio en donde los jóvenes prueban sus fuerzas, a la vez que por su precio y contenido variado, es más atrayente para el público de poesía, que ciertamente existe en nuestro país, por muy reducido que sea. En el curso del año, además de *Orfeo*, se mantienen en nuestro país dos revistas de poesía: *Trilce* y *Arúspice*, sin contar con las ediciones *Hacia*, en donde predomina lo poético, y que tan esforzadamente mantiene Andrés Sabella desde hace ya diez años en Antofagasta.

Tanto *Trilce* como *Arúspice* son órganos de expresión de dos grupos homónimos, y que tienen además otros niveles de parentesco: están compuestos en su gran mayoría por jóvenes profesores y estudiantes universitarios. No se crea, sin embargo, que estos grupos significan capillas, en la acepción peyorativa de la palabra. No, se caracterizan, al contrario, por su espíritu abierto, por la explícita declaración de luchar contra la incomunicación incluso entre los propios poetas, de abrir cauces para el diálogo.

Trilce que empezó hace tres años como un pequeño pliego, ahora es una hermosa revista de gran formato, muy bien diagramada y con vasto contenido. No sólo publica poemas, sino que además crítica y discusión sobre poesía, y está adecuadamente ilustrada. Para nuestro gusto, se ha puesto a la cabeza de las revistas poéticas del país, y entre las mejores del Continente, pero nos gustaría una mayor apertura hacia la poesía de otras lenguas, ojalá presentada en forma bilingüe. Hay ciertamente entre los integrantes del Grupo *Trilce* muchos poetas capaces de realizar esta labor de difusión. En el número que comentamos nos parece grato —antes que nada— señalar la presencia de voces jóvenes que van cobrando personalidad y llaman a pensar en forma optimista en el futuro de nuestra poesía. Ronald Kay, Gonzalo Millán, Enrique Valdés son gratas revelaciones. En Gonzalo Millán, sin embargo, reparamos en que aún no hay una definición. Mientras su poema "Un tipo extraordinario" no da evi-

dentemente en el clavo del humor ni del sentimiento, "Ladrones de uvas" es una estampa perfecta. Oscar Hahn confirma su prestancia, su empleo de la forma, extraño entre nosotros, como igualmente Carlos Cortínez. Federico Schopf no sólo entrega poemas, sino una ejemplar crítica "La ingenuidad poética" a los poemas de Hernán Valdés. Waldo Rojas, que tiene mucho que decir, pierde tal vez presión poética por un exceso de tono discursivo, cierta dispersión formal. Completan esta entrega Omar Lara (verdadero promotor de *Trilce*), Enrique Lihn, Francisco Colombo, Jorge Naranjo, con dos poemas de noble tono amoroso. En *Arúspice* predomina el tono puramente lírico, mientras que en *Trilce* hay más protesta y experimentación. Destacamos la diáfana prosa de Jaime Quezada, los microgramas de Floridor Pérez, Raúl Barrientos con un poema de gran tono: "Y el cielo, duro". Otros poetas: Alonso Alcalde, Edgardo Jiménez, Sergio Lidid, Jorge Narváez, Jorge Salgado, Tito Jara, Silverio Muñoz (aun cuando se exprese formalmente en prosa), Sofía Cáceres. Se presenta asimismo un fragmento de una charla de Gonzalo Rojas.

Es grato hablar de estas dos revistas que cuentan ya con un sólido respaldo y buena difusión. Sobre todo, cuando han nacido en el medio de provincia que suele ser si no hostil, por lo menos indiferente a las manifestaciones poéticas. Que dos grupos de jóvenes lo superen y trabajen constructivamente es un indicio de mejores tiempos, ciertamente.

NOEMÍ SANDOVAL GRÜNBERG

Le meilleur de Planete. Editions Planete, 1966.

Desde *El retorno de los brujos* una marea mágica está invadiendo a los lectores de todo el mundo. Pawels y Bergier, los autores, han pasado a convertirse en jefes de un verdadero imperio editorial que difunde día a día nuevas publicaciones sobre el tema. La revista *Planete*, ahora profusamente editada y traducida ha pasado a convertirse en una verdadera Biblia de quienes han aceptado los conocimientos pseudoiniciáticos que Pawels y Bergier difunden y, para quienes no comulgan con tales enseñanzas, es de todas maneras punto de refe-

rencia para muchas discusiones y reflexiones.

La revista se agota con rapidez. Así, los primeros doce números, resultan en Francia prácticamente inencontrables. Reimprimir indefinidamente una revista no pareció apropiado a los editores, quienes decidieron realizar esta antología, esta selección de los artículos más representativos del primer año de la revista. La tarea de selección fue encomendada a Gabriel Veraldi, que presenta el volumen.

Separados en ocho temas fundamentales, "Crónica de nuestra civilización", "Las civilizaciones desaparecidas", "El movimiento del conocimiento", "La historia invisible", "Las aperturas de la ciencia", "El arte fantástico de todos los tiempos", "Los misterios del mundo animal" y "El amor en cuestión", aparecen cincuenta y un artículos que pueden dar una idea bastante cabal del aspecto e intenciones de los ejemplares agotados.

Hay para todos los gustos: "Los cosmonautas en la antigüedad" acompañan a "La muerte de Mussolini ¿misterio?" y el volumen se cierra con "El andrógino: un mito confirmado por la biología". Naturalmente hay varios artículos originales de Pawels, otros de Berger y unos cuantos del antologador, Gabriel Veraldi. Lamentablemente el formato de la revista y su aspiración a presentar una gran variedad de temas en cada ejemplar, limitan mucho la extensión de los artículos y por ende la posibilidad de profundizar en el tema.

Para el lego los artículos resultan sumamente interesantes. Dan una visión rápida y sintética de asuntos por lo general poco tratados en periódicos y revistas de circulación corriente. Para el que por uno u otro motivo se ha informado antes sobre el tema resultan, por lo general, superficiales; además, se insiste exageradamente en los aspectos más o menos esotéricos y misteriosos. En general los trabajos parecen tener un propósito de divulgación a nivel elemental (sin pecar de irreverentes, casi podría decirse que se trata de un "Readers Digest" para uso de universitarios).

Sin embargo, hay algunos temas que sobresalen. Tal es el caso de "Por o contra la publicidad", de Francois Richaudeau, que constituye un análisis bastante a fondo de uno de los principales fenómenos de la vida moderna y su incidencia en todas las actividades humanas; "Cosmonautas en la antigüedad", de M.

Agrest, científico armenio que hace una aventuración bastante fundamentada sobre la posibilidad de viajes interplanetarios en la alborada de la civilización humana. Consecuencia de estas visitas podría ser tanto la vida del hombre sobre la tierra como muchos de los conocimientos de las civilizaciones antiguas.

"Si, hay un problema de platillos voladores", de Aimé Michel tiene el mérito de hacer un recuento minucioso de las manifestaciones de ovnis (objetos visuales no identificados), como prudentemente se acostumbra llamarlos en la prensa, aventurando además varias hipótesis sobre su origen y propósitos. Más interesante que un buen número de novelas de ciencia-ficción, logra inquietar al lector.

"El amor y los mitos del corazón", de René Nelli, constituye un buen recuento de los decires pseudopsicológicos que transitan con abundancia sobre el acto sexual y el deseo femenino y masculino.

Sobresale la presentación gráfica del volumen. Abundantes grabados, algunos realizados expresamente, otros extraídos de todos los lugares y todas las épocas, deleitan al curioso lector. Este solo aspecto bastaría para convertirlo en una obra digna de ser mirada y vuelta a mirar.

En síntesis, si no un descubrimiento excepcional, si no ensayos profundos, si no novedades científicas o filosóficas, un conjunto de trabajos amenos, una distracción grata y, en ocasiones, inquietante.

LUIS ARAYA NOVOA

El Caballero de la Piel de Tigre, por Shotha Rusthaveli. Traducción española de Gustavo de la Torre. Santiago de Chile, 1964.

¿Cuál es el carácter épico de esta obra georgiana del siglo XII? ¿En qué medida, por ejemplo, ella es centro de una exaltación considerable del espíritu georgiano de aquella época? ¿Entrega ella una visión precisa de la raíz propiamente nacional de Georgia? ¿Dónde están presentes en el héroe del poema los rasgos que lo convierten en símbolo, en arquetipo de todo un grupo social?

Si se intenta enfocar la obra cumbre de la literatura georgiana (cuyo autor vivió en el siglo XII, en la Corte de la Reina Tamara) bajo las perspectivas

anteriores, tradicional y estructuralmente consideradas épicas, difícil sería determinar qué es lo que de heroico posee dicho poema. Se vería por una parte que la acción (básicamente fundamental en lo épico) casi no se presenta en esta obra tan plagada de conversaciones informativas, de entrevistas amorosas y de descripciones físicas que redundan en una especie de artificioso muestrario (desde nuestra actual perspectiva, se entiende) de los estados anímicos de los personajes. Se observaría también que en la mayor parte de las estrofas (notablemente traducidas por el literato y abogado chileno Gustavo de la Torre, ayudado por el editor del texto, georgiano residente en Chile, Avthandil Merabachvili) lo lírico se impone con denodado vigor sobre lo narrativo. Por último, se vería que los héroes de este poema se mueven en una atmósfera de fatalidad más propia de lo trágico que de lo heroico, lo que estaría indicando, a nuestro modo de ver, que el poema es una especie de producto híbrido que fluctúa entre lo trágico y lo épico. Porque desde el momento en que Tariel, el Caballero de la Piel de Tigre, mata al virtual prometido de Nestán, su amada, por insinuaciones de ella misma, y desde el momento que este tremendo error lo lleva a cumplir —a modo de expiación de culpa— una vida de asceta y proscrito en remotísimas regiones, lejos lo más posible de su enamorada, los personajes empiezan a actuar (épica) determinados por un sino (tragedia) más poderoso y más unánime que ellos. En este sentido el proceder de los personajes se muestra tanto trágico como épico.

Pero si la estructura y la tradición de lo heroico no pueden ser aplicadas aquí en su integridad, dejando de lado a lo trágico, fallando, por lo mismo, en algunos aspectos, justamente de esta hibridez de comportamiento de los héroes enfrentados a su sino trágico, a su hacer de suyo determinista, surge el carácter épico del poema. Podría pensarse, entonces, por esto que afirmamos ahora, en una contradicción (Este poema, ¿o es épico o trágico?). Mas no hay tal. Ocurre que la lucha que se entabla entre los héroes de la obra y su omnipotente sino es una brega de dimensiones superhumanas que va más allá de lo que tales héroes, como humanos (ya que no se muestran como arquetipos), puedan conseguir. Y este conflicto, en su senti-

do genérico, no es sólo personal (en la medida en que afecta más o menos profundamente al héroe —lo que estaría más cercano de lo trágico—), sino que por el contrario también es colectivo (épico-trágico): tanto Tariel como Avthandil sufren del mismo mal (el amor), y tanto Nestán como Thinathin son creadoras de desdichas (peregrinaciones y sacrificios de sus amantes).

Shotha Rusthaveli (traducido al castellano por Gustavo de la Torre) dice en la estrofa 11, p. 39 de su poema: *Habla el hombre contento con los dones que el Destino le depara. Es atributo del obrero, la labor, y del guerrero, la valentía. Así también el amante ama el amor y lo distingue...* Luego en la estrofa 23, p. 41, agrega: *Son precisas al amante la hermosura, la belleza del Sol, la sabiduría, la riqueza, la generosidad, la juventud, la holganza, la elocuencia, la inteligencia y la paciencia; y debe ser un vencedor de vencedores. Quien no tiene todas estas cualidades carece de la idiosincrasia que a él atañe...* Finalmente, en la estrofa 31, p. 42, expresa: *Si el amante llora por su amada: lágrimas son su deuda. Son de su agrado la vagancia y la soledad, y debe ser considerado un caballero andante. No tendrá tiempo sino para dedicarle a ella sus pensamientos. Es mejor, si está entre hombres, que no manifieste la existencia de su amor...*

De todo lo anterior se deduce que el vencer a ese ineluctable Destino es una empresa verdaderamente heroica, épica (Ahora nos referiremos sólo a este aspecto de la dicotomía épico-trágico). Para enfrentarlo, no sólo se necesita tener disposición y deseos de triunfo. Es menester, además, poseer ciertos atributos (ver estrofa 23 citada más arriba); en caso contrario, únicamente el fracaso espera. Sin embargo, en la estrofa 31 se dice que *son del agrado del amante la vagancia y la soledad, y debe ser considerado por ellas un caballero andante (?)*. Nos asalta, como a Ariel Dorfman, *Ercilla 1.625*, la siguiente pregunta: ¿Es *El Caballero de la Piel de Tigre* una novela de caballería? En ciertos aspectos parece serlo: Tariel y Avthandil viven diversas aventuras de situación épica (estamos tratando de abarcar sólo este aspecto de la dicotomía) por causa inmediata del amor dedicado a sus respectivas damas. Es casi, casi —podríamos decir— lo que acaece en el *Amadís de Gaula*, por ejemplo (De modo que lo hero-

co a través de esto se confirmaría fehacientemente). Pero si en esta novela (*Amadis...*) el héroe supedita todo su actuar al afecto por su dama, en el *Caballero de...* también los héroes, junto al amor, dan todo lo que está de su parte por la lealtad hacia el amigo. Inclusive posponen su amor por la amada por esto último. Tal es el caso de Avthandil, que, en el capítulo xxxi, decide abandonar los regalos espirituales que la cercanía de Thinhathin puede proporcionarle por acudir al lado de Tariel, inconsolable en su tremenda desgracia. Es decir, en la obra de Rusthaveli hay aspectos (pero sólo aspectos, no líneas esenciales) que hacen pensar de inmediato en las novelas de caballería. Pero es indudable que tales aspectos no son lo suficientemente consecuentes consigo mismos como para llegar a hacer creer que ellos determinan en profundidad una clasificación de la obra entre las novelas de caballería. Sobre todo que hay que tener en cuenta que en el poema falla considerablemente el aspecto principal de las novelas de caballería: el vasallaje insustituible e incondicional a la amada.

Pero volviendo a lo nuestro, y en lo central, debemos decir que la composición del poeta georgiano del siglo xii es épico-trágica. También lo es (eso sí más épica que trágica) en algunos detalles lingüísticos que bien pueden considerarse (aunque someramente) porque ayudan a confirmar el carácter heroico de la obra. Dice Rusthaveli "... ¡Por tinta he usado un lago de azabache, y por pluma, un doblegado bambú! (estrofa 4, p. 39) ... Su magnanimidad era como una tormenta de nieve arremolinándose hacia abajo desde el cielo..." (estrofa 55, p. 45); "Yo estaba ardiendo: inextinguibles hornos me quemaban por el amor de mi padre..." (Estrofa 337, p. 84); "... La Reina derramó lágrimas suficientes para hacer surgir un mar..." (Estrofa 352, p. 87); "El baño de lágrimas transformó el cristal al color de azafrán, diez mil cuchillos hirieron aún más mi corazón..." (Estrofa 358, p. 88); "... Ella, cuyo rostro era como el destello del sol, tenía ojos de lagos de tinta que hermosamente me miraron..." (Estrofa 394, p. 93). Como se puede notar a simple vista, las figuras literarias anteriores (hay muchísimas más en el poema) jamás empuñan los hechos; por el contrario, las hiperbolizan, exagerándolos hasta dimensiones

cósmicas. Esto es, se emplea en ellas (figuras literarias) el mismo procedimiento que se utiliza en las acciones realizadas por los héroes épicos en dicho género literario. De manera, pues, que también en lo lingüístico se da el carácter heroico de la obra. Pero sin lugar a dudas, como ya se dijo antes, de la lucha desesperada, agobiante, que los héroes sostienen contra el Destino, brota ese hábito trascendental, en que heroísmo y fatalismo se integran en un solo comportamiento: ¡Ay, oh Destino! ¿Qué eres tú? ¿Por qué giras con nosotros? ¿Qué hábitos posees? Todos los que en ti confían lloran incesantemente como yo. ¿Adónde conduces al nativo? ¿Dónde desmejoras sus raíces? Pero Dios no abandona al hombre abandonado por ti (Estrofa 951, p. 171). De todo lo dicho, pues, se concluye que *El Caballero de la Piel de Tigre* es una obra épico-trágica, que mantiene en sus versos "sonoros y vibrantes" (según información del traductor) una visión deísta de la felicidad: Dios salva al abandonado aun por el inflexible Destino. Lo interesante, en todo caso, en esta obra es que se demuestra, consciente o inconscientemente, una vez más que los géneros literarios —estéticamente y, en algunos casos, estilísticamente— se tocan, se presionan, se funden y se unifican en un solo todo: *La Poesía*.

LUCY ERCILLA

El Centauro, por John Updike. Alfred A. Knopf, New York, 1963.

"Caldwell se dio vueltas y, al hacerlo, una flecha se le clavó en el tobillo. Los alumnos prorrumpieron en carcajadas".

Así comienza la novela en que John Updike recrea, a través de las palabras y recuerdos de su hijo Peter, la figura de un profesor de ciencias que, en virtud de sus limitaciones y también de su sabiduría y comprensión, se le aparece, además, como Kuiron. En la mitología griega este último era el centauro-maestro, el que enseñaba a los jóvenes héroes y semidioses. Herido por casualidad por una de las flechas envenenadas de Hércules, sentía que sus fuerzas flaqueaban y deseaba morir. Pero, como era inmortal, esto no le fue permitido sino después de haber traspasado su propia inmortalidad a Prometeo.

La novela, pues, se desenvuelve en dos planos. El de la realidad, en que Cald-

well se mueve en una atmósfera de frustraciones y tensión, y el de la metáfora en que lo sitúa Peter; un plano en que, a pesar del respeto de que le rodean sus discípulos del Olimpo y de la gracia poética y armoniosa de los bosquecillos por entre los cuales deambula, el Centauro no deja de experimentar temor ante los ex abruptos de Zeus y la belleza tentadora e inalcanzable de Afrodita.

El Olimpo doméstico de Caldwell se llama Olinger y es un liceo situado en un pueblo de New Jersey, en donde encontramos los equivalentes terrenales de los dioses. El Director representa a Zeus; Vera, la profesora de educación física a Afrodita; la profesora de Latín, a Diana, etc. Y pese a que sus alumnos no son héroes ni semidioses sino muchachos corrientes, un poco vulgares y no del todo despiertos, que lo estiman a su manera pero le hacen objeto de su malignidad y de sus bromas, ellos son los que, real y simbólicamente, hieren al centauro-maestro y le hacen desear la muerte.

Caldwell, que se convirtiera en profesor a raíz de la Depresión, es un farmacéutico frustrado que mira con nostalgia hacia los años en que trabajaba como tendero de cables en una compañía telefónica. La fatalidad lo persigue; pero una fatalidad hecha de pequeñas contrariedades y mortificaciones. Nada ha resultado como él lo hubiese querido, aunque lo que él hubiese querido ha dejado de tener importancia. Su reserva de ilusiones parece agotada. A los cincuenta años siente que se está sobreviviendo. Es un hombre de textura recia, aunque gastado interiormente por el exceso de actividad, que alimenta ideas hipocondríacas; una especie de viejo jamelgo que continúa arrastrando el carro a pesar de su extenuación y sin tener siquiera el aliciente de una buena bolsa de pienso. Hijo de un pastor presbiteriano que dejara sólo deudas, Caldwell ha sobrellevado la estrechez económica durante toda su vida. Vive en el campo —que le sugiere disolución y podredumbre— por imposición de su esposa; teme al celo pedagógico y burocrático de Zimmermann, el director del colegio; no puede cludir la idea de que ha privado a su hijo, por su propia mediocridad, de numerosas posibilidades y sufre con estoicismo las inesperadas e inoportunas "pannes" de su viejo automóvil.

Pese a ello, Caldwell no es un fracasado. Crec en los demás; no ambiciona

nada para sí mismo; como profesor resulta estimulante e inspirador. Como padre, da una lección constante de desinterés y bondad a su hijo.

Las páginas en que el joven Caldwell —un adolescente grave, ponderado, necesariamente retraído, que oculta púdicamente una psoriasis rebelde, admira a Vermeer y quiere, claro está, ser pintor; un muchacho que se siente un tanto perplejo por sus afinidades con su madre ("Mi padre a menudo era un chiste entre mi madre y yo...")— enjuicia a su padre y analiza sus propias reacciones frente a este último, son muy logradas. Peter quiere a su padre, a pesar de que se siente enervado ante su desarmante humildad, su cordialidad fácil, su descuido en el vestir. Se siente ansioso y hasta responsable ante este hombre maduro que no ha aprendido a defenderse. El hijo critica, advierte, amonesta; Caldwell se justifica con blandura, guarda silencio.

Cuando hombre ya, al filo de la amanecida, en su taller neoyorquino, Peter confía a su adormilada amante negra lo que él sentía frente a su padre, sus palabras tienen una especie de lírica y exasperada ternura que anuda la garganta:

"El irritante tráfico picotea con dulzura las ventanas de nuestro desván, esas ventanas cuyos delgados cristales han necesitado una sacudida durante tanto tiempo que su delicado gris de grafito parece interno y sugiere un vidrio de catedral. El letrero neón de la fuente de soda del primer piso tinte rítmicamente los cristales de rosa. Mis amplias telas, tan desusadamente caras como materia prima, tan inusitadamente desprovistas de valor cuando se convierten en arte, destacan sus agudos hombros rectangulares contra la luz. Tu aliento se acompaña a la lentitud del color rosa del letrero. Tu boca solemne se relaja en el sueño y el labio superior luce la pequeña carnicidad racial extra que es como la ampolla de una herida. Tu sueño contiene inocencia así como la noche contiene rocío... Estoy feliz de haberte encontrado; feliz, orgulloso, contento. Solamente echo de menos y con cierta usura, en las tardes, cuando ya ha oscurecido, la repentina risa de los blancos que es como un relámpago que revienta en una atmósfera donde los espíritus están tratando de cumplir lo imposible. Papá, no obstante toda su pesadumbre, se desplazaba en la atmósfera de esa

risa. El te habría desconcertado. Me intrigaba a mí también. Su mitad superior estaba oculta para mí. Conocí mejor sus piernas.

¡Eh! Escucha. Escúchame, lady. Te quiero, quiero ser un negro de verdad para ti... Pero no puedo; de verdad. No puedo desempeñar ese papel en absoluto. Una membrana final me refrena. Soy el hijo de mi padre. En las tardes, mientras el día se demora en una luz que se estira... recuerdo a papá e, incluso, me imagino, con los ojos tímidos por la duda, el mostacho indeciso y claro a su padre antes que a él, a ese abuelo que no conocí. Predicador, maestro, artista: la clásica decadencia...

Perdóname. Porque te quiero, porque nos avenimos. Como un lama tibetano me evado de mí mismo por sobre el lecho y veo como formamos, yin y yang, una sola persona entre los dos. Pero a esa hora del atardecer en que mi padre y yo solíamos ir de regreso a casa, en el auto, doy una mirada a lo que nos rodea... y siento miedo. Considero nuestra vida en común... y me pregunto a mí mismo: *¿Fue para esto que mi padre sacrificó su vida?*

En último término, *El Centauro* es una elegía en prosa. Tiene una emoción diestra y honestamente manejada. Tiene, además, sentido del humor, ese acierto en los pequeños detalles, en la precisión exquisita de las descripciones, de las impresiones fugitivas que ha hecho famoso a John Updike. A los treinta y cuatro años, Updike, que perteneciera durante varios años a la redacción de la revista "The New Yorker", ha publicado varias obras (*Rabbit, run, On the Farm, Telephone Poles, The Poorhouse Fair, Pigeon Feathers and Other Stories, The Same Door, Assorted Prose*, etc.). Es, indudablemente, uno de los escritores norteamericanos actuales con más sentido del oficio. Se le critica sí el hecho de que no haya, hasta ahora, empeñado su talento a fondo en el sentido de enfocar grandes problemas. Updike reconoce paladinamente que su experiencia aún es limitada. Sin embargo, sus personajes centrales y secundarios son siempre convincentes. En *El Centauro* insiste en la línea antihéroe, tan usual en la literatura americana de estos últimos años. Pero Caldwell es antihéroe en la medida en que lo somos todos los seres humanos. Su gran virtud es sacar fuerzas de su propia flaqueza.

Hay personajes que se corporizan y

terminan observándole a uno de hito en hito. Indudablemente, Caldwell es uno de ellos. Sólo que en vez de mirar de frente, mira por sobre el hombro del lector, se lleva inadvertidamente la mano manchada de verrugas a la cabeza, se saca el gorro azul de lana que tanto odiaba su hijo y sonríe con gentil cansancio. De su bolsillo sobresalen muchas plumas-fuentes que no escriben y el sobretodo, comprado de segunda mano, le queda estrecho. Aunque uno quisiera devolverle la sonrisa no puede. Preferiría tal vez estirar la diestra, rozar la tela gastada de su manga y compartir con él un largo, significativo silencio.

TOMÁS P. MAC HALE

En defensa del patrimonio artístico religioso o el ataque contra los iconoclastas chilenos, de Salvador Valdés Morandé. Santiago de Chile, 1966.

El prestigioso publicista don Salvador Valdés Morandé ha reunido en un opúsculo un conjunto de artículos publicados en las columnas de "El Diario Ilustrado", en los que denunció las lamentables depredaciones de que han sido objeto algunos templos católicos.

El señor Valdés Morandé ha reaccionado con singular energía en contra de quienes no han titubeado en destruir y enajenar a vil precio no pocos tesoros del más alto valor artístico, creyendo que las disposiciones del Concilio Vaticano II, hechas valer a cada momento, a menudo irresponsablemente, autorizarían tales proceder, que el autor califica con los términos más vehementes y no por ello irrespetuosos o injustos.

La venta en nuestro medio de altares, púlpitos, pinturas, sagrarios, imágenes sagradas, cálices y ornamentos es, o demostrativa de la incultura de ciertos clérigos, incapaces de valorar el patrimonio artístico que se les ha confiado —y no para que lo negocien—; o del intento neojansenista de volver a la "sencillez primitiva del culto religioso", creyéndose contraindicado para ese propósito la suntuosidad y magnificencia de edificios, altares y paramentos, que distanciarían a los fieles, política populista errónea en sus fundamentos y catastrófica en sus consecuencias, ya que nunca en materia de apostolado se han obtenido resultados tan desalentadores.

Por lo demás en Chile no se ha tenido por las manifestaciones artísticas del

pasado respeto ni veneración. En otra oportunidad sostuvimos que al parecer el espíritu aniquilador de las realizaciones artísticas demostrara que se siente por ellas una secreta vergüenza. Lo que en otros países llenaría de orgullo a la ciudadanía toda, aquí es aniquilado sin escrúpulos de ninguna índole. La Casa Colorada donde residiera el Conde de la Conquista está convertida en un sordido bazar; se pretendió por un Alcalde de triste memoria demoler el templo de San Francisco porque no seguía la estricta línea de edificación. Las aberraciones criminales son numerosas en esta materia.

En consecuencia, no debe causar sorpresa la decisión de algunos obispos, sacerdotes y frailes en orden a liquidar valiosas reliquias del culto sagrado. En todo caso esta conducta ha enardecido el ánimo de don Salvador Valdés, llevándole a iniciar una campaña que ha tenido el mérito de alertar sobre la furia iconoclasta y aun paralizar negociaciones escandalosas.

Nos imponemos en esta obra de que "en Santiago están a la venta numerosos sagrarios en el Mercado Persa, de mármoles, maderas, etc. Indagado el objeto a que son dedicados por los compradores, el vendedor manifestó que los adquirirían para casas de muñecas y de perros". Esto es lisa y llanamente abismante.

"El culto Párroco de San Isidro vendió la valiosa reja de hierro de 80 mts. de extensión, por 2,60 mts. de altura en E° 800. Tal reja es de la fundición de Barbedienne, de París, de hace un siglo. El comprador nos contaba regocijado de que la adquisición hecha en sólo su transporte le costó otro tanto. Nunca sospechó, ni menos le importó al Párroco, de dónde procedía la reja, ni indagó de personas entendidas su valor. Sencillamente estorbaba... ¿A quién estorbaba? Como estorbaban hoy los altares, a juicio del Ilmo. Arzobispo de Santiago, que quiso sacar el de la Catedral, el de las Agustinas y otros, según nos consta, y de cien párrocos y jóvenes sacerdotes, más frailes ignorantes, todos pletóricos de audacias, como de carencia de respeto y aun de fe. Mañana les tocará el turno a los vitreaux, por no dejar

pasar la luz ni el aire renovador mundano... Ya los órganos con sus arpeggios grandiosos y los armonios han sido plantados por la guitarra. Todo esto acusa una atroz chabacanería; una inmensa carencia de amor por el arte; una falta absoluta de fe y de respeto al culto. Algo insensato que merece nuestras censuras y por tales razones las dejamos estampadas en este libro, para conocimiento de las generaciones futuras y escarmiento de los iconoclastas chilenos".

Fundadas objeciones hace el señor Valdés Morandé a las actividades ideológicas partidistas que se realizan en las iglesias y a la inversión de gruesas sumas de dinero en fines que no tienen nada que ver con la propagación de la fe y la moral católicas. Sobre esto último, si el autor no respaldara sus afirmaciones, indudablemente su juicio pecaría de temerario, llegando a sostener que la "Iglesia Católica, en Santiago, con sus finanzas abundantes, está sembrando la inmoralidad en centenares de miles de lectores y corrompiendo las mentes de la juventud, del pueblo todo de Chile. No dudamos en calificar estos manejos de escandalosos contubernios con la inmoralidad. El Arzobispado de Santiago ha burlado las leyes divinas y civiles que nos rigen; audazmente, impávidamente, sin temor a Dios y con mofa de los Mandamientos".

En verdad el furor iconoclasta que ha alarmado con justa razón al señor Valdés Morandé, no es sino una de las anomalías progresistas visibles en la cristiandad contemporánea, tan elocuentemente criticadas por Michel de Saint Pierre en *Santa Cólera*: naturalismo, espíritu de indisciplina con relación a Roma, agitación político-religiosa, práctica de dialéctica y la amalgama de conceptos, apostolado selectivo y falta de caridad (abajo el paternalismo!), adhesión a una lucha política social con desprecio de las tareas apostólicas, extravagancias litúrgicas, a las que cabría agregar todavía el diálogo como instrumento de penetración marxista (aunque no lo crean algunos ingenuos), las teorías de Teilhard de Chardin, la interpretación torcida de las enseñanzas pontificias, lo que se pone en evidencia en materia de control de natalidad y educación sexual, etc.¹

¹Juan Agustín Palazuelos ha bosquejado un cuadro certero en su novela *Muy temprano para Santiago* (Zig-Zag, 1965, p. 191): "La misa traducida al castellano, cuecas en las iglesias, curas en pantalones, monjas en bicicletas, obispos en sindicatos ofreciendo el reparto de las tierras, cruces abstractas, imágenes sagradas cubistas; niñas educadas en colegios de monjas

Lamentablemente este opúsculo ha sido escrito con descuido; por su parte, los errores de imprenta menudean. Se lee que "el precursor de los iconoclastas chilenos", el Pbro. don Fidel Araneda Bravo —que fuera Párroco de San Isidro—, nació en Putaendo en 1900. Desde luego don Fidel no es Presbítero sino Monseñor; nunca ha sido Párroco de San Isidro —lo fue en cambio de San Francisco Solano y de San Saturnino— y nació en Santiago en 1900. En otra parte, refiriéndose a una venta de cuadros en una suma irrisoria, dice el autor que "por cierto que hay lesión enorme", lo cual no es exacto, pues el artículo 1.891 del Código Civil prescribe expresamente que no habrá lesión enorme en las ventas de bienes muebles. Tampoco es efectivo que José vendiera su primogenitura por un plato de lentejas, sino que fue Esaú.

Haciendo abstracción de estos defectos, la obrita que comentamos —prácticamente silenciada por la crítica—, es un cabal testimonio del coraje moral y celo apostólico del señor Salvador Valdés Morandé, cuya saludable rectificación en defensa del credo y del arte tradicional católicos compromete la gratitud de los fieles de recta posición.

LEONARDO MAZZEI

Recuerdos de Andrés Bello, por Guillermo Feliú Cruz. Editorial Universitaria, 1967.

El centenario del fallecimiento de Andrés Bello, en 1965, ocasionó una reactualización de la figura del humanista a nivel nacional, tanto en Chile como en Venezuela, sacándolo de la órbita puramente intelectual y pedagógica en donde su valor trascendente nunca perdió vigencia. Manifestación de esta preocupación por el insigne venezolano, fue la creación, en Santiago de Chile, del Fondo Andrés Bello, destinado a publicar y difundir las obras de quien fuera primer Rector de la Universidad de Chile.

Estos *Recuerdos*, tirada aparte del pró-

logo a los *Estudios sobre Andrés Bello*, son parte de esa labor. Una parte íntima, pero no por eso menos interesante. Como su nombre lo indica son recuerdos personales: los contactos del autor con la personalidad recordada. ¿Pero cómo fueron estos contactos, ya que materialmente, por disposición del tiempo, resulta imposible unir al autor con Bello? Esa es precisamente la urdimbre del folleto: establecer la relación entre uno y otro. No es un contacto estrictamente histórico-científico. Se trata de algo mucho más simple, que se inicia en la niñez. "¿Cuándo comenzó nuestra frecuencia con Bello?", se pregunta Feliú, y se responde: "Tendríamos que referirla ciertamente a la edad de la tierna niñez. Porque hacia esa época, entonces como ahora todavía, quizá con menos persistencia ahora, en nuestros hogares, en los de mi generación de hace más de medio siglo, nuestras abuelas y nuestras madres, recitaban emocionadas las estrofas más patéticas de "La Oración por Todos". Con estas palabras se inicia el Capítulo 1 intitulado *Frecuencia con Bello*. En él pasa de ese primer contacto, al conocimiento de Bello cogido en el colegio, en el Instituto Nacional, y luego al encuentro emotivo con la estatua de Bello, obra del escultor Nicanor Plaza.

El Capítulo II está dedicado al dolor del venezolano. Lleva por título *La Tragedia Intima de Bello* y se refiere a las muertes sucesivas de sus hijos y de su primera esposa. Como dice el autor, es amarga la lista. Carlos Bello Boyland murió a los 39 años; Francisco Bello Boyland, a los 25; Juan Bello Dunn, a los 35; Ana Bello Dunn, a los 22. En total los hijos que vio morir Bello alcanzan a la increíble suma de 9. El impacto del dolor quedó reflejado en su obra poética.

El capítulo siguiente, consulta otros antecedentes de la frecuencia con Bello. Aquí se establece una relación a través de generaciones: "Por desgracia, la generación que tuvo la suerte de conocerlo, de recibir sus lecciones, de tratarlo en sus múltiples funciones públicas, había desaparecido. Un poco más de medio

usando bikini, autorizadas por la madre superiora; jesuitas futbolistas, planificadores económicos o enemigos del dogma de la autoridad papal; presbíteros partidarios del divorcio, el psicoanálisis y el control de la natalidad; misioneros luchadores en Sierra Maestra y partidarios de Fidel Castro... ¡aún ahora!; ¡niñitas de la Acción Católica y de la Cruz Roja vagando por las poblaciones callampas en tiempo de elecciones!... El caos, pues hombre".

siglo la distanciaba de la nuestra desde la muerte de Bello, en 1865, hasta 1916. Quedaba, sin embargo, la que la había seguido, la intermedia entre aquella y la nuestra". Los hombres de esa generación intermedia, fueron los que brindaron a Feliú Cruz el conocimiento del sabio venezolano. Entre esos nombres se anotan los de Enrique Mac Iver, Medina, Amunátegui Solar y Amunátegui Reyes, Paulino Alfonso y Enrique Matta Vial, y el testimonio de ellos es el que da "la visión del hombre a través del recuerdo" en el capítulo final.

MARTÍN CERDA

El Púgil y San Pancracio, por Juan Uribe Echevarría. Empresa Editora Zig-Zag S. A. Santiago de Chile, 1966. 169 págs.

Profesor de literatura, crítico literario, ensayista e investigador del folklore desde hace dos o tres décadas, Juan Uribe Echevarría debuta ahora como novelista con *El Púgil y San Pancracio* —novela de ring, de golpes rápidos, de pegadores a los que el destino, fatal e irremediabilmente, termina anonadando, después de tres, seis o doce rounds afortunados. Breve historia bifronte de una *luminaria* —de uno de esos dioses efímeros de los estadios— en la hora crepuscular del boxeo nacional.

"Todo ello —recuerda el relator— era historia brillante, pero lejana. *Sonrisita* estaba decepcionado. Su vejez coincidía con la decadencia del pugilismo nacional y aumentaba su amargura. Peleadores profesionales, que diez años atrás sólo podrían haber actuado como preliminaristas, ostentaban ahora flamantes títulos de campeones. Desconocidos boxeadores extranjeros, de segunda serie, barrían con lo mejor del país en las veladas del Caupolicán..."

Desde esta hora menguante del pugilismo relata Juan Uribe Echevarría el paso por el ring de Pedro Caucamán. Un paso iniciado en la pampa salitrera —cuna afiebrada, honesta e incitante de la más recia vena del pugilismo criollo—, sobre la que, respuntada por el autor, sobrevuela el gran crepúsculo de la vida pampina, para terminarse, irónicamente, en esa misma pampa que, al final, como decía su padre, el *cachuchero* Caucamán, "se lo come a uno..."

Juan Uribe Echevarría es un *sportman* del ojo.

El destino de Pedro Caucamán —que, como todo destino novelesco efectivo, termina en un fracaso— transcurre, gracias a la mirada perita del autor, por un nivel social desde el cual es posible vislumbrar la fisonomía interna de la sociedad chilena. Esta sociedad chilena que se esboza en cada uno de los "descubrimientos" santiaguinos del púgil pampino, desde la enumeración telegráfica del centro de la urbe hasta la animita de Marina Jara, desde los anuncios del Caupolicán hasta los prostíbulos de los callejones de Licantén, desde los devotos de la Virgen de Pompeya hasta los adivinadores inmediatos al Teatro Balmaceda.

Estos hechos recobran, en la pupila asombrada del pampino Caucamán, su íntima animación cotidiana. No son elementos de un *decorado* neutro, externo e indiferente sino, más bien, son jirones de esa piel cálida, atractiva o repulsiva, desde la que se muestra, recatada o impudicamente, el pulso de la vida santiaguina. Pulso que, de un modo u otro, contrapuntea al ritmo austero, recio e ingenuo del nortino.

"El paseo —piensa Caucamán— con sus verdes prados ondulantes, la belleza de las mujeres y de los edificios, el aire azul y distinguido de la mañana, todo se le precipitaba en un sutil veneno que lo dejaba triste. Sentíase pobre y profundamente pampino, de aquella tierra dura, sin árboles ni casas suntuosas. El Parque y sus habitantes eran lo que nunca llegaría a ser él..."

Observador atento, Juan Uribe Echevarría ha sabido clavar el ojo en el alma del nortino.

El nortino es un ser amasado de *lejanías*. Un hombre hecho de distancias, comprometido, en la raíz de su vida, por la rosa de los vientos, memorioso de los rumores del mundo que, en la edad de oro del salitre, les llegaban en los grandes *clippers*, en los brazos de las cortesanas de otras latitudes, en las historias fraternas de esas falanges de aventureros de la tierra que, después de haber abandonado sus hogares de Dalmacia, Galicia, Pomerania o..., se internaban, un buen día, en la mano embrujada de la pampa.

El mundo recorre, omnipresente e incitante, las venas de los chilenos del Norte.

Los afanes de Caucamán —dice Uribe— no eran meramente deportivos. "Su ideal era recorrer mundo. Actuar en Santiago

o Valparaíso frente a las multitudes, y tal vez, con un poco de suerte, cruzar la cordillera rumbo a Buenos Aires, Montevideo o Río de Janeiro...".

Pero, al mismo tiempo, este hombre echado a correr mundo, siempre añora, prisionero de la distancia, retornar al solar nativo, al terreno seco, embrujado de ese paisaje peinado por la muerte. En su delirio, Caucamán no quería saber nada con periodistas, ni con entrenadores, ni con nadie. "Renunciaba —dice el relator— al box... El era del norte... Allí quería volver... La pampa... Poco a poco se fue hundiendo en un sueño pesado, como en una ciénaga...".

Es con estas frases abiertas, ineludibles, que Juan Uribe Echevarría pone término al paso por el ring de Pedro Caucamán. Es con frases similares que siempre, de un modo u otro, el hombre del Norte desea poner término a su itinerario terrestre. "Esas regiones áridas —ha escrito el más fino, penetrante y representativo escritor nortino, Salvador Reyes—, esas tierras peladas tienen para nosotros un encanto insuperable. Yo quisiera morir en un sitio como Papos, por ejemplo, en un pueblo como ese, apenas atravesado por un débil latido de la vida...".

Miembro de la prole chilena de Baroja —abonado al gran escritor vasco como decía hace unos años—, Juan Uribe Echevarría nos ha entregado, con *El Púgil y San Pancracio*, una novela madura, sencilla, pero, al mismo tiempo, sustantiva, sin vacilaciones ni retorcimientos. La frase bien recortada, desnuda de florituras, limpia como los músculos del púgil Caucamán, golpea segura, tranquila, varonil en el plexo del lector. No es una novela de *derechos empolvados*, ni de quiebras de cintura, sino, más bien, un combate novelesco franco por rescatar a la novela chilena del espacio truculento de frivolidad, amaneramiento e impotencia en que la han encerrado algunos narradores de blanca e insípida escritura.

En uno de los estudios reunidos, hace diez años, en *Mythologies*, Roland Barthes señalaba, tal vez con un pesimismo excesivo, que el culto superlativo del *sport vedette* envuelve, en nuestros días, una moral de la vanidad. Esta indicación del gran crítico francés puede servir de hilo conductor para comprender el sentido último de *El Púgil y San Pancracio*, como de todas aquellas otras novelas que, motivándose en los ruedos de los estadios, intentan su *desmitologización*.

Pedro Caucamán, pampino recio, boxeador *derecho*, promesa imbatida de *luminaria*, es derrotado, al término del libro, fuera del ring por una junta de sombras, por una junta obscura de fuerzas que, viviendo del tráfico de los dioses del estadio, representan el otro rostro de cada victoria, la otra cara de cada derrota: la fatalidad anónima que, disuelta en la sociedad, termina siempre golpeando, por la espalda, al individuo problemático que, en la vida real como en la imaginaria, se sueña o se inventa, tal vez inútilmente como un héroe de la vida cotidiana, como un hilo singular en la textura lisa, brutal e implacable de la existencia mundana.

ANTONIO SANTA CRUZ

Urdimbre afectiva y enfermedad, por Juan Rof Carvallo. Editorial Labor.

Esta obra nos lleva a la temática de la enfermedad considerada antropológicamente. Nos muestra cómo la enfermedad corresponde a la totalidad del individuo integrado por los planos fisiológicos, biográficos y socioculturales. La clave de muchas situaciones patológicas, o, por lo menos, su peculiaridad, la daría todo el contexto vital, no una perturbación local, que se subsanaría en principio también con una acción local. Pero con esto tampoco pretende el autor abogar por esas corrientes de la medicina de fundamentos religiosos, cosmológicos, psicológicos o mágicos, que se mueven en el plano de la generalidad de sus principios, con una mayor o menor prescindencia de la enfermedad y del caso mismo.

La relación entre médico y enfermo debe ser de alguna manera de índole personal, dialéctica. Lo que nos parece demasiado obvio respecto al trato psiquiátrico, por lo menos es conveniente y necesario en los otros campos de la medicina; no sólo por humanitarismo sino para comprender lo que ocurre, puesto que el curso de la enfermedad y la curación suele estar fuertemente influido por el curso biográfico. La situación moderna al respecto es cada día más adversa. En los servicios modernos asistenciales, el enfermo ingresa como un caso, un número, un expediente, al que se incorporan exámenes. Circula de un lado para otro sin haber trabado un real contacto interpersonal.

Este es un texto de antropología médico-psicológica. El Dr. Rof Carvalho con una ingente información expresada en un lenguaje literario con rigor conceptual de cátedra, nos conduce a una temática psicofisiológica y de antropología cultural. Empieza explicando la fijación o "troquelado" de las pautas de conducta, incluso las instintivas, según los más recientes logros de la neurología. Aquí ya se acusa lo que será el libro, un intento talentoso de explicación ecléctica, desde las fuentes biológicas a las psicológicas y viceversa.

La obra se derrama por muchas vertientes. En unas el autor aparece como un biólogo, en otras como un antropólogo psiquiatra que, por ejemplo, al abocarse al gran tema del complejo de Edipo—tan disminuido y simplificado groseramente por el psicoanálisis ortodoxo—con una hermenéutica erudita nos lleva a su casi inefable significación y se insinúa en procesos sociales modernos como el del resquebrajamiento de la estructura familiar patriarcal.

Esta obra podría llevar como subtítulo "Un Acceso a la Medicina Antropológica". Una calificación tan moderna de la medicina adquiere su sentido cuando se considera la otra, la oficial, la de fundamento biológico, físico-químico, al modo de ciencia natural, que desde hace un tiempo ha obtenido tan rotundos triunfos. No obstante, se ha sospechado que las pretensiones exclusivistas de orden científico no tenían la validez pretendida. Pero, para limitar o impugnar tales fundamentos era preciso disponer —y sólo recientemente se ha llegado a ello— de sistemáticas conceptuales tan amplias como el psicoanálisis, las filosofías de la existencia y las corrientes escépticas sobre la omnipotencia de la ciencia natural.

La obra no corresponde precisamente a una escuela. El autor se desenvuelve con una información amplísima, buena parte de la cual es ajena a nuestro medio por ser de lengua alemana.

HÉCTOR FUENZALIDA

Rubén Darío a los veinte años, segunda edición corregida y aumentada, por Raúl Silva Castro. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1966.

Dos aniversarios principales cubren, en poco menos de un año, el tránsito de

Rubén Darío por este mundo. El 7 de febrero se cumplieron los cincuenta años de su muerte en León; el 18 de enero último, el centenario de su nacimiento en Metapa, hoy Ciudad Darío, en Nicaragua. Chile al que el poeta llamó más de una vez su segunda patria, le ofreció homenajes dignos de una gloria nacional. De ellos se ha dado copiosa información.

Muertos sus amigos y algunos de los más destacados dariístas chilenos, otros desaparecidos ya largos años, la repercusión de su memoria se hizo presente sin embargo en diversos actos académicos, en que se oyó la voz de sus últimos estudiosos y la de otro "liróforo" que parece revivir y ocupar con la magia de su obra más joven y su enorme peso en el mundo internacional de las letras, el mismo sitio que Darío tuvo hasta hace medio siglo en el ruedo iberoamericano: Pablo Neruda.

Pero el más infatigable de sus memorialistas, Raúl Silva Castro, tal vez el más joven heredero de la tradición dariísta chilena, que vive y goza de una excelente salud y potencial de trabajo y a quien nadie distrae de su devoción al maestro, se hizo presente antes que los acontecimientos y los homenajes académicos se desbordaran, con la reedición de su obra *Rubén Darío a los veinte años*, por la Editorial Andrés Bello, en noviembre último. Lleva esta obra un subtítulo: "Segunda edición corregida y aumentada". La primera vio la luz pública en Madrid por el sello de Gredos, en 1956.

Parece increíble la historia de esta pasión, cuyo primer testimonio es la publicación hace 37 años de sus *Apuntaciones bibliográficas* precedidas de una *Introducción sobre Rubén Darío en Chile* que apareció en el Boletín de la Biblioteca Nacional, con una tirada aparte.

Le sigue, en 1934, *Obras desconocidas de Rubén Darío escritas en Chile y no recopiladas en ninguno de sus libros*; al año siguiente, *Rubén Darío y su creación poética*, como comentario al libro de Arturo Marasso, publicado en La Plata en el año precedente, con el mismo título. Cinco años después publica en Los Angeles, California, su *Esbozo de un programa de estudios sobre Rubén Darío*; le siguen diversos artículos publicados en *La Nación* de Buenos Aires; el estudio sobre *Azul*... que edita la serie de la Academia Nicaragüense, en 1958; *El ciclo de lo "azul" en Rubén Darío en*

la Revista Hispánica Moderna (Nueva York, 1959); *El Modernismo y otros ensayos literarios*, Santiago, 1965; *Obras escogidas de Rubén Darío*; su *Antología poética*, etc.

La que ahora con el sello de la Editorial Andrés Bello se edita en Santiago para conmemorar los cien años de su nacimiento, lleva, aparte de nuevas notas y addendas, una espléndida Antología Chilena del poeta (1886-1889). La llama así el recopilador porque en ella se reproducen o se insertan composiciones ligadas al ambiente nacional (entre otras el notable cuento de ambiente porteño *El jardo*, de un tinte realista precursor) y, además, "desde el espectáculo callejero del manto hasta la semblanza del escritor, pasando por el relato y el poema en prosa, a condición de que todo esté allí ennoblecido por la magia del estilo", como lo expresa Silva Castro. "Es, en suma, una antología más que documental, artística".

Pero no es éste el valor más alto del libro que, a nuestro juicio, reúne calidades pocas veces alcanzadas como esfuerzo para señalar, como él lo declara en el prólogo a esta edición, "cuales son los efectivos rasgos de permanencia de Darío en Chile, de 1886 a 1889, sin embellecer nada, sin inventar, sin aceptar fábulas, y también sin injuriar a nadie".

Y su propósito de lograr un "estudio imparcial, objetivo, acucioso", eliminando "de su estilo toda suerte de chocarrerías, exageraciones, tropicalismos y tópicos de manida retórica", queda, en esta obra, enteramente cumplido. Silva Castro aquí es una autoridad.

En tal sentido es una obra perfecta. No conozco sino en parte, el *Rubén Darío Criollo* del dariista argentino Diego Manuel Sequeira, tan elogiado por Silva Castro, pero creo que la obra del chileno puede figurar, sin desmedro, en el límite de la provincia chilena que comprende, en superior nivel al que alcanza este notable devoto transandino. Son en cierto sentido, obras hermanas, gemelas en altura y profundidad, en la objetividad, en la búsqueda exhaustiva y en la ordenación. Son el producto de luengos años de trabajo. Trabajo y pasión: una vida, una religión.

Me remito a las palabras de Diez-Canedo, invocadas por Méndez Plancarte en la ordenación de las *Poesías completas* de Rubén Darío, de la popular edición de Aguilar: "Convendría que se

diera a Rubén Darío, sobre todo en una edición con pretensiones de completa, definitiva y *ne varietur*, trato de clásico. Toda precisión, toda minuciosidad erudita, son pocas" ... Precisión y erudición, ha de ser la norma, consiguientemente, tras la huella de Darío, como lo fuera para todos los grandes valores y sus comentaristas.

En esta tarea, Silva Castro, desde hace más de treinta años, no ha variado en la intensidad de su empeño, limitándose a la etapa chilena del poeta que es la que, a todas luces, compete a un erudito de la casa. Ha ido más allá de todos los esfuerzos y de todas las huellas dejadas por los coetáneos del poeta como Eduardo de la Barra, Barrantes, Francisco Contreras, Jorge Huneeus Gana, Luis Orrego Luco, Samuel Ossa Borne, Alfredo Irrazábal, Pedro Balmaceda Toro, Narciso Tondreau, Pedro Nolasco Préndez, Carlos Toribio Robinet, Eduardo Poirier, Manuel y Emilio Rodríguez Mendoza y los estudiosos que siguieron a la generación de los amigos: Roberto Hernández, Julio Saavedra Molina, Arturo Torres Ríosco, Armando Donoso, Eugenio Orrego Vicuña, hijo de don Luis Orrego Luco.

Ha tenido tal vez Darío mejores y más elegantes antologistas. Pero nadie ha ganado a Silva Castro en la batalla por la revisión y confrontación documental, la compulsión agotadora de los archivos, colecciones públicas y privadas, la correspondencia, todo, en fin, que dé cuenta o derrame posteriormente alguna rica luz sobre su vivir en Chile. Cotejando fechas, hechos o testimonios, redime del error o del olvido etapas inciertas de esa vida chilena, singularmente, en detalles sobre los que no poco se ha conjeturado — que son simples conjeturas sin base alguna— como es, por ejemplo, acertar con una efectiva explicación sobre su regreso a Valparaíso para servir el modesto cargo de Guardador Inspector de la Aduana. ¿Por qué dejó Santiago y sus brillantes amigos que tanto aprecio y admiración le demostraban? Y en Valparaíso ¿por qué abandonó su modesta función que, aunque incompatible con sus aspiraciones y muy lejana a sus ideales de vida, le representaba un medio de ganar su subsistencia? ¿Por qué trabajando para *El Herald*, gozando de la cariñosa y abnegada amistad de Poirier, prefiere a veces seguir la ruta de ese extraño Doctor Galleguillos Lorca, que lo lleva apostólicamente por los subterráneos del hampa

más peligrosa del puerto? ¿Por qué su rebeldía de no querer volver al trabajo, cuando se le conminó que regresara, y su porfía hasta declararle vacante en el puesto?

La contestación parece fluir fácilmente: Darío odiaba la vida burocrática. Pero... ¿sólo eso? Silva Castro extiende sobre estos hechos y su explicación humana una nube jupiteriana que apenas deja entrever la triste verdad para no manchar la memoria del poeta. Eran "sus costumbres nocharnegas, su inclinación a los éxtasis alcohólicos y la irregularidad de sus hábitos". Son los mismos que "le hacen perder el favor de los poderosos que habían acudido a distinguirlo" respondiendo a ellos "en forma esquiva y torpe".

Este comentario algo elusivo es el que estampa el autor cuando trata de explicar la conducta posterior del poeta, cuando formula sus malos recuerdos de Chile que jamás vertiera en obra alguna, sino, circunstancialmente, al través de escasa correspondencia (v. gr., la carta dirigida a Emilio Rodríguez Mendoza, desde Buenos Aires) y los recuerdos orales, la mayoría inciertos, lo que no autoriza para crear la leyenda negra de Chile en la memoria y el corazón del poeta. Silva Castro aborda en forma delicada este tema. Generaliza. No da detalles. Sin pronunciarse, sin recoger versiones discutibles, prefiere creer que el poeta cuando se muestra ingrato con Chile, es que quiere echar un manto, una coartada que cubra sus propias faltas.

—El poeta —hombre al cabo— necesitando olvidar, olvidó, termina Silva Castro.

Olvídó su culpa, agregaremos.

Y bástenos sólo estos ejemplos que todo lo explican sin desmedro de su memoria.

La tesis principal de la obra tiene mayor altura y queda muy bien explicada en el punto segundo de la introducción: "Fijar, también con pruebas, cómo el Modernismo se incubó en Chile (la cursiva es mía), gracias a la acogida literaria brindada a Rubén Darío por sus amigos chilenos, quienes alentaron al nuevo colega no sólo con su amistad sino también con lecturas comunes de libros nuevos, algunas sumamente reveladoras del estado de la sensibilidad literaria de Chile en ese tiempo. Y así como se incubó, que el Modernismo na-

ció en tierra chilena, bajo la forma de libro en *Azul...* y como artículos y poemas sueltos en algunos que hubieron de quedar para ser recogidos años después de la muerte de su propio autor, por este investigador y otros daristas chilenos".

Tomemos lo aseverado por Angel Balbuena Prat en su notable *Historia de la Literatura Española* (tomo III, cap. LXIX, "Rubén Darío y el modernismo"). En él concede que el movimiento tiene su origen en América. La hipótesis de otro español, Gerardo Diego, que hace partir el movimiento del mexicano Manuel Gutiérrez Nájera, en 1880, con sus primeras poesías, no son sino teorías que no echan sombras sobre el hecho irredargüible que es *Azul...*, publicado en agosto de 1888, en Valparaíso, partida auténtica de bautismo de esta escuela que se desborda en América y en la Península con sus seguidores: Lugones, Amado Nervo, Herrera Reissig, Ricardo Jaimes Freyre, en nuestro continente; Rueda, Villaespesa, Manuel Machado, los comienzos de su hermano Antonio y de Juan Ramón Jiménez, por no contar sino los grandes poetas en España. En la prosa, Rodó y Valle Inclán, dos, uno de este lado y el otro de allende el mar. Y multitud de más, de igual o menor significación. Sus últimos coletazos llegan hasta nuestro Neruda en el exordio de *Crepusculario* (primera edición) donde se ve clara la huella dariana, muerto tres años antes, en plena gloria universal, pero sin Premio Nóbel:

...que si no son pomposas, que si no
| son fragantes,
son las primeras rosas, hermano cami-
| nante,
de mi desconsolado jardín adolescente.

Parece una invocación al Maestro.

No. Darío fue el creador de esas "pie-dras preciosas". Retroceder de su límite sería llegar a las fuentes primigenias del parnaso y el simbolismo franceses si no a Ovidio y Anacreonte. Darío estaría sólo en deuda con la Francia de Gautier, Leconte de Lisle, Verlaine, Catulle Mendès, etc., y Víctor Hugo que llena toda la escena poética de su siglo.

Aceptando la hipótesis indudable de la influencia francesa sobre Darío, tan rebatida por Torres Riosco en su polémica con Mapes, el modernismo es crea-

tura hispanoamericana y su nacimiento, específicamente, chileno, en la voz del gran nicaragüense. En su nacimiento no sólo es Darío sino el ambiente y la *élite* de Santiago que versó al poeta. Darío apenas dominaba el francés cuando llegó en 1886 a Santiago. Sus principales lecturas habían sido los clásicos latinos y griegos y los españoles accesibles en la Biblioteca Nacional de Managua, dirigida por don Modesto Barrios, pequeña y notable colección enriquecida con los volúmenes que seleccionaba en España, don Emilio Castelar.

La revelación de los poetas franceses llegó a Darío en Chile, en la Biblioteca de Samuel Ossa Borne, escritor y funcionario, *postalógrafo* ejemplar —según el pintoresco vocablo de don Pedro Pablo Figueroa al referirse a su indiscutida erudición profesional del entonces Director de Correos—; en la Biblioteca de Pedro Balmaceda Toro, enamorado de Francia; los oropeles orientales tan notorios en sus poemas (v. gr. *Divagación*), se adueñan entonces de su imaginación contemplando la rica colección de chinerías y de japonerías del saloncito de *A. de Gilbert*. La impronta francesa de sus poemas que también acusara en sus cartas don Juan Valera, las adquirió del mismo modo en Chile. En Valparaíso conoció al Cónsul de España don Antonio Alcalá Galiano, hijo del gran don Antonio y sobrino de Valera, y, por su intermedio, hizo llegar a éste, por valija diplomática, su *Azul*... recién aparecido. Lastarria le da las primeras credenciales para Mitre que le abren las columnas de *La Nación*.

Apenas llegado a Chile halla Darío el apoyo de Poirier en Valparaíso. Con buenos oficios también entra a la redacción de *La Epoca*, en Santiago, este pequeño, esmirriado, mal vestido y silencioso vate de 18 años, para hallar de inmediato abierta la amistad de sus brillantes redactores y las columnas del diario. Va de triunfo en triunfo. Se le abren los salones más inaccesibles. Las mujeres santiaguinas, que ve tan elegantes como las de París, avivan su fantasía y el bullir pagano de sus sueños. Es el amigo dilecto del hijo del Presidente, que vive en La Moneda y éste lo distingue invitándolo a su mesa. Aquí, por eso, va transformándose el acento de su lira en la que aparecían, tan visibles, las puerilidades galantes a lo Campoamor y el romanticismo a lo Bécquer. Las va substituyendo por una viva sensualidad que toca al sentido y al

sonido de las palabras; va construyendo una poesía más *mi en mí*, como lo proclama su fórmula, sin miedo a los avances, llena de confesiones, sonora en su expresión, ya visible en *Primavera!*:

*Amada, ven. El gran bosque
nos espera...*

*...Es el dulce
tiempo de la primavera.*

Le aparecen al poeta patas del chivo. Hay un poeta nuevo en sus *Sonetos áureos* y en los *Medallones*, un poeta que mueve el idioma con giros y voces nunca antes oídas. Ha madurado en Chile este poeta de veinte años que va a dar al cabo sólo de ocho, en Buenos Aires, los acentos de sus *Prosas profanas*, para hacer escuela con sus 33 escasos poemas de la primera edición. (¿Por qué *Prosas profanas*? Copio lo que aclara la nota de Balbuena: ...Berceo llamaba "prosas" a sus poemas "sacros" de vidas de santos. A la vez en evocación y contraste surge el título rubeniano de "prosas profanas").

El libro de Silva Castro es la obra de un investigador. La biografía completa de Darío está todavía por escribirse y en su *Autobiografía* abundan los errores causados por las fallas de su propia memoria. Sequeira ha añadido algo sobre su infancia y hay no poco de su etapa de Buenos Aires.

Pero quedan mitos y sombras que rodean la verdadera vida del poeta en esa ciudad, en Madrid, en París. El libro de Silva Castro cierra ahora el ciclo trienal de Chile en forma exhaustiva a la luz de pruebas y hechos, muchos de ellos desconocidos o que permanecían enmalezados por los mitos orales transmitidos en el curso inseguro e irresponsable de las versiones y reversiones. Queda tras la lectura amena de este libro, el poeta en toda su grandeza y el hombre desnudo del aura de sus mitologías mostrando todas sus humanas flaquezas (hay cosas increíbles en su vida en Chile: ¿Por qué no llegó a la ceremonia de la entrega del premio del Certamen Varela?).

Queda el testimonio más completo de su periplo en Chile, en esta obra, y un fiel retrato del medio que le dio la esencia de su credo para la formación de su estética. Queda la hora de sus triunfos de juventud que bien pocos alcanzaron en Chile: el Certamen Varela y la publicación de *Azul*...; las cartas consagratorias de Valera.

Ni Chile ni América podían darle lo que le dio más tarde España y París: el mundo de sus marquesas, la satisfacción de su sed de lujo, el refinamiento pagano de la Francia de sus sueños y divagaciones.

Era un americano; pero sintió en sus venas de indio chorotega el fluir que sólo Europa podía darle. El origen de su arte venía de allá. Su esencia, como tan bien lo anotó Amado Alonso, era materia ya elaborada por el arte, toda su poe-

sía es reelaboración. Su poesía no está en las cosas sino en las culturas y en sus mitos. Lo que es original en él es su emoción y el instrumento con que canta. El mismo lo explica a propósito de *Azul*. . .:

—*Qui pourrais-je imiter pour etre original?* me decía yo. Pues a todos. A cada cual le aprendía lo que me agradaba, lo que cuadraba a mi sed de novedad y a mi delirio de arte; los elementos que constituirían después un medio de manifestación individual. Y el caso es que resulté original.

Noticias Bio-bibliográficas sobre los colaboradores de la revista

HOMERO BASCUÑÁN

Poeta, cuentista y periodista de vida variada y aventurera, nacido en el mineral de Tamaya el 8 de octubre de 1901. Ha sido profesor de escuela rural, músico, ilusionista, artista de circo, panificador y obrero del salitre (bodeguero, herrero, calderero, costero, corrector y estadístico de pampa). Experto en teosofía. Discípulo del yogui Ramacharaka. Notable conocedor de la poesía popular chilena y española.

Autor de *La Rebelión de los Árboles* (Ediciones "Flor Nacional", 1948). Prepara una colección de cuentos pampinos y tiene en prensa su *Metafísica del Eros*.

ANTONIO FERNÁNDEZ MOLINA

Español. Poeta, novelista y crítico literario. Secretario de Redacción de la revista "Son Armadans".

CARLOS PANTOJA GÓMEZ

Catedrático de Gramática Sistemática y Gramática Histórica Inglesas de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. Director del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile de Valparaíso y del Centro de Idiomas Modernos, del mismo establecimiento. Profesor Asesor de Lengua Japonesa, Director de la *Revista del Pacífico*, Colaborador de la *Revista Mapocho* y de los *Anales de la Universidad de Chile*. Obras: *Colloquial Phrasal Verbs; Algunos aspectos gramaticales del idioma japonés* (*Rev. del Pacífico*, Nº 1); *Sobre lo implícito en Estructura Proposicional* (*Rev. del Pacífico*, Nº 3); Traducción del alemán de *Johan Moritz Rugendas*, de Gertrud Richert.

LEONARDO MAZZEI DE GRAZIA

Profesor de Historia y Geografía, titulado en la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile en 1964. Bibliógrafo, funcionario del Fondo His-

tórico y Bibliográfico José Toribio Medina, colaborador de la *Enciclopedia Chilena* y de la *Rev. "Mapocho"*.

RICARDO COX BALMACEIDA

Nació en Santiago en 1900. Estudió en el Liceo Alemán de la capital y posteriormente en Friburgo y Ginebra (Suiza). Luego en la Escuela de Derecho de la Universidad Católica de Chile.

Fue profesor en ese mismo plantel de Política Económica y de las cátedras de Moneda y Bancos y Geografía Económica en la Escuela de Economía de esa Universidad.

En 1942 fue elegido Regidor por Santiago. Un año antes fue coautor con el Dr. Jorge Mardones Restat del libro *La alimentación en Chile*.

Colaborador habitual de "El Mercurio" de Santiago con artículos sobre doctrina económica, derecho, política internacional, sociología, etc. Ha escrito también en "La Unión" de Valparaíso y en la Revista "Economía y Finanzas", en la que apareció últimamente su estudio "Nuestra Política Económica".

Ha viajado extensamente por Europa, Estados Unidos y América.

En la actualidad prepara su libro *Coloquio sobre la libertad*, de próxima aparición.

HAROLD BLAKEMORE

Historiador inglés. Funcionario de Educación en la Escuela de Estudios Africanos y Orientales de la Universidad de Londres.

GERALD WARNER BRACE

Escritor y educador norteamericano, Gerald Warner Brace, que obtuvo su doctorado en la Universidad de Harvard, se ha dedicado durante largos años a la educación universitaria. Ha enseñado en famosas instituciones, generalmente en Nueva Inglaterra, como Williams, Mount Holyoke, Darmouth, Universidad de Bos-

ton y el mismo Harvard. Entre sus libros, se destacan *Light on a Mountain* (*Luz en la Montaña*) 1941, *The Spire* (*El Campanario*) 1952 y *La Edad de la Novela*, 1957.

En la actualidad se desempeña como profesor en la Universidad de Boston.

R. W. B. LEWIS

Autor de *The American Adam* y *The Picaresque Saint*, es catedrático de Inglés y Estudios Americanos en la Universidad de Yale. Se ha desempeñado, además, como Decano del Seminario de Estudios Americanos en Salzburgo, ha hecho clases y dado conferencias en Munich, y ha sido Profesor de Literatura Creativa y Crítica Literaria en las Universidad de Princeton y Rutgers.

WILLIAM FREDERICK SATER

Nació en Nueva York el 17 de noviembre de 1937.

Cursó sus estudios universitarios en la Universidad de Stanford, obteniendo el título de Profesor de Historia.

Actualmente se desempeña como Profesor Ayudante de la Cátedra de Historia Latinoamericana en la Universidad de California, Los Angeles.

Vino a Chile becado por el Convenio Universidad de Chile - Universidad de California a realizar investigaciones sobre la vida y obra de Arturo Prat, para escribir la tesis con la cual obtendrá el Doctorado en Filosofía (Ph. D.).

ERNESTO MURILLO

Celebrado poeta chileno. Autor de *Mi patria es difícil* (1962) y *La otra ribera* (1964).

WILLIAM I. OLIVER

Nació en Panamá el 6 de noviembre de 1926.

Estudió en el Carnegie Institute of Technology, Drama Department en Pittsburgh.

Obtuvo el Diploma de Ph. Doctor en el año 1959 en la Universidad de Cornell. Su Tesis para obtener el grado se basó en: *Un estudio sobre el Teatro Español*.

El señor Oliver es Catedrático de la Universidad de California. Actualmente se desempeña como Profesor de Arte Dramático en dicha Universidad en el campus de Berkeley.

En el año 1966 viajó a Chile becado por el Convenio Universidad de Chile - Universidad de California. Durante su permanencia en el país dictó clases en la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile. Actuando además como Director de la obra "Marat-Sade" presentada por el ITUCH que obtuvo el premio de la crítica como la mejor obra del año 1966.

Obras de teatro: *Aprender a amar* y *El potro*.

Prepara una trilogía teatral: *La antifarsa de Don Juan y Leporello*, *Las mascaradas de Bárbara Blomberg*, *Las pantomimas del Rey*.

MARTÍN CERDA

Crítico literario. Estudió Filosofía en la Facultad de Letras de la Universidad de París. Codirigió el suplemento literario de "La República" de Caracas. Colaborador de "Revista Nacional de Cultura" de Venezuela, revista "Umbral" de París, "Zona Franca" de Caracas y de los suplementos literarios de "El Mercurio" de Santiago de Chile, "La Razón" de Caracas, "Panorama" de Maracaibo, "El Tiempo" de Bogotá, etc: Jurado del Premio Nacional de Literatura de 1965. Jurado Nacional del Premio Internacional de Novela "Rómulo Gallegos". Prepara la publicación de un libro sobre Salvador Reyes y otro sobre Drieu la Rochelle.

ARIEL DORFMAN

Ensayista y Profesor de Literatura de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. Crítico literario de la revista "Ercilla".

INDICE

	PÁGS.
Luis Orrego Luco: <i>Rubén Darío en Chile</i>	5
Rubén Darío: <i>Canto Épico a las Glorias de Chile</i>	22
Jorge Hourton P.: <i>Diálogo católico-marxista acerca de la religión</i>	28
Rafael Santibáñez: <i>Una hazaña en la Antártida</i>	40
Pierre Rosseau: <i>Vida y muerte de los insectos</i>	53
Carlos Vicuña Fuentes: <i>Discurso sobre la Paralógica</i>	60
Salvador Reyes: <i>¡Qué diablo! La vida es así</i>	73
Sergio Vodanović: <i>La gente como nosotros</i>	92
Harold Blakemore: <i>Los agentes revolucionarios chilenos en Europa, en 1891</i>	101
Juan Uribe Echevarría: <i>Yo soy dueño del Barón</i>	118
Ricardo Cox Balmaceda: <i>Desarrollo y mentalidad subdesarrollada</i>	126
Fernando Uriarte: <i>Aspectos de la novela hispanoamericana actual</i>	147
Ernesto Murillo Costa: <i>Una flor en el Cemento</i>	162
Estuardo Núñez: <i>Ricardo Palma y los viajes</i>	166
Luis Oyarzún: <i>Cosas de Colliguay y Cerro Viejo</i>	175
Gerald Warner Brace: <i>La esencia de la novela</i>	183
Eleazar Córdova-Bello: <i>El jacobinismo en América: La revolución haitiana</i>	193
Agustín Álvarez Sotomayor: <i>Canciones populares religiosas de Chiloé y versos de los ángeles</i>	216
Héctor Fuenzalida: <i>Del criollismo al realismo de Edesio Alvarado</i>	224
Homero Bascuñán: <i>El compañero Monardes</i>	235
Fernando Campos Harriet: <i>Las misiones de Alvarez Condarco en la emancipación americana</i>	241
William Frederick Sater: <i>Arturo Prat, símbolo de ideales nacionales ante la frustración chilena</i>	249
William I. Oliver: <i>Mi punto de vista sobre el "Marat-Sade"</i>	260
Udo Rukser: <i>Sobre la crítica filosófica</i>	272
R. W. B. Lewis: <i>La novela norteamericana actual; Picaso y Peregrino</i>	283
Ariel Dorfman: <i>En torno a "Pedro Páramo" de Juan Rulfo</i>	289
Ramón Domínguez: <i>Nuestro sistema de Inquilinaje en 1867</i>	296
<i>Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional</i>	314
<i>Notas Bibliográficas</i>	339
<i>Noticias bio-bibliográficas sobre los colaboradores de la revista</i>	376

Publicaciones del Servicio para el Canje Internacional de la Biblioteca Nacional

(CREADO POR DECRETO DEL 12 DE MAYO DE 1871)

(Sólo para el exterior)

Lista Nº 4 - 1966

- Abascal, B. Manuel.* Pepe Vila. La zarzuela Chica en Chile. 1955. (Teatro musical). 4 ejemplares.
- Academia Chilena de la Lengua.* Estatutos de la Academia Chilena de la Lengua, correspondiente de la Española. 1916. 30 ejemplares.
- Acevedo Hernández, Antonio.* La Cueca. 1963. (Folklore). 18 ejemplares.
- Aguirre, Margrita.* Cuadernos de una muchacha muda. 1951. (Literatura). 3 ejemplares.
- Alessandri P., Arturo.* La Reconstrucción de un Pueblo. 1938. (Ciencias Sociales). 72 ejemplares.
- Alone (Hernán Díaz Arrieta).* Gabriela Mistral. 1946. (Biografía y crítica). 13 ejemplares.
- Alvarez.* "Aritmética Elemental". 1911-12. 96 ejemplares.
- Banco Central de Chile.* Trigésima sexta, séptima, octava y novena Memoria Anual. 1961, 1962, 1963 y 1964. - 24, 20, 40 y 20 ejemplares.
- Barceló Lira, Luis.* "Compendio de la Historia Antigua de los Pueblos Orientales". 1903. 15 ejemplares.
- Barquero, Efraín.* La Piedra del Pueblo. 1954. (Poesía). 7 ejemplares.
- Barrios, Eduardo.* Gran Señor y Rajadiablos. 1960. (Novela). 11 ejemplares.
- Bello Codesido, Emilio.* Recuerdos Políticos de la Junta de Gobierno de 1925. 1954. 11 ejemplares.
- Biblioteca Nacional.* Anuario de la Prensa Chilena. 1877-1885; 1915; 1916; 1917-1921; 1922-1926; 1927-1931; 1932-1936, 1ª y 2ª parte; 1937-1941, 1ª y 2ª parte; 1942-1946; 1947-1951; 1952-1956; 1957-1961; 1962 y 1963. Números variables de ejemplares. 28 ejemplares. (Bibliografía).
- Anuario de Publicaciones Periódicas Chilenas.* Años 1952, 1953, 1954, 1955, 1956, 1957, 1958, 1959, 1960, 1961, 1962, 1963. Número de ejemplares variables. 630 ejemplares.
- Cartilla Elemental de Catalogación y Clasificación.* Nº 1. 1963. (Biblioteconomía). 36 ejemplares.
- Cartilla Elemental sobre el Vocabulario del Bibliotecario.* Nº 2. 1963. (Biblioteconomía). 36 ejemplares.
- García Lyon Virginia y Viña Fuentes, Carlos.* Centenario de Los Miserables (1862-1962); 1963. (Literatura y crítica). 40 ejemplares.
- Catálogo de la Exposición Bibliográfica e Iconográfica de Diego Barros Arana.* 1957. Organizada por el Director de la Biblioteca Nacional, don Eduardo Barrios y el Decano de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, don Guillermo Felíu Cruz. (Bibliografía). 41 ejemplares.
- Chile: Su futura alimentación.* 1963. (Autores: Carlos Keller R.; Julio Santa María; Hugo K. Sievers W.; Osvaldo Quinteros Cerda. Introducción de Guillermo Felíu Cruz). (Nutrición). 40 ejemplares.
- Colección de Historiadores y de Documentos Relativos a la Independencia de Chile.* Publicada bajo la dirección de Guillermo Felíu Cruz. 1957-1959. Tomos xxxix y xl. Biógrafos e Historiadores del Ministro de O'Higgins, Doctor José Antonio Rodríguez Aldea. 39 ejemplares.
- Ensayo de una Bibliografía de la Historia de Francia.* s/f. 74 ejemplares.
- Colección de Antiguos Periódicos Chilenos.* Publi-

- cada bajo la dirección del Profesor Guillermo Feliú Cruz. Volúmenes editados: 19.
- ¡Viva el Rey! Gazeta del Gobierno de Chile. Ilustración Araucana sacada de los Arcanos de la Razon. El Augurio Feliz.* (1813-17). 1952. 28 ejemplares.
- ¡Viva el Rey! Gazeta del Gobierno de Chile. Tomo II.* (1813-1817); 1954. 33 ejemplares.
- ¡Viva la Patria! Gazeta del Supremo Gobierno de Chile. Semario de Policía. Clamor de la Justicia e Idioma de la Verdad; El Patriotismo; La Justicia en Defensa de la Verdad; El Amigo de la Ilustración* (1817). 1951. 33 ejemplares.
- Gazeta de Santiago de Chile.* Nos 1-37. (1817); 1952. 33 ejemplares.
- Gazeta Ministerial de Chile.* Nos 38-72. (1818); 1952. 36 ejemplares.
- Gazeta Ministerial de Chile.* Nº 73-100 (1819); 1954. 36 ejemplares.
- Gazeta Ministerial de Chile.* Tomo II, Nos 1-55. (1819-1820); 1958. 36 ejemplares.
- Gazeta Ministerial de Chile.* Tomo II, Nos 56-78, y 33 números extraordinarios (1820-1821) 1963. 28 ejemplares.
- Gazeta Ministerial de Chile.* Tomo II, Nos 79-100 y Tomo III, Nos 1-16. Números extraordinarios: 34 a 48 (1821); 1964. 28 ejemplares.
- Gazeta Ministerial de Chile.* Tomo III, Nos 17-38. 1821-1822. 1966.
- Cartas Pehuenches. El Telégrafo.* (1819-1820); 1958. 28 ejemplares.
- El Argos de Chile. El Duende de Santiago. El Sol de Chile. El Chileno.* (1818); 1955. 28 ejemplares.
- El Cosmopolita, El Diario de la Convención. El Observador Chileno. El Tizon Republicano. El Clamor de la Patria y Apéndice: Correspondencia entre la Junta Gubernativa y el Mariscal de Campo don Ramón Freire.* (1822-23); 1962. 28 ejemplares.
- El Imparcial de Chile. El Interrogante y Respondente. El Corresponsal del Imparcial. El Amigo de la Verdad. El Amigo de los Militares. El Despertador Araucano. El Nuevo Corresponsal. El Apagador. El Redactor del Senado. Actas del Senado Conservador y Legislador. El Observador de Chile. El Observador Eclesiástico. Apéndice.* (1823); 1963. 28 ejemplares.
- El Censor de la Revolución. Colección de Noticias. La Miscelánea Chilena. El Independiente. El Mercurio de Chile.* (1822-1823); 1960. 30 ejemplares.
- Correo de Arauco. Registro Oficial de la Suprema Junta Interior Gubernativa.* (1824-1825); 1965. 58 ejemplares.
- El Liberal. Redactor de las Sesiones del Soberano Congreso. Redactor Extraordinario del Soberano Congreso. Notas sobre las Operaciones en el Congreso de Chile.* (1823-1824); 1965. 58 ejemplares.
- Bombal, María Luisa. La Amortajada.* 1962. (Novela). 11 ejemplares.
- La Última Niebla.* 1962. (Novela). 15 ejemplares.
- Brandau, Valentín. Al Servicio de la Verdad.* I, II y III Serie. Ejemplares variables. 1953, 1954 y 1955. (Política). 450 ejemplares.
- El Legado Político de Atenas y las Democracias Modernas.* 1956. (Sistemas políticos). 55 ejemplares.
- Bulnes, Alfonso. Juan Francisco González.* 1933. (Bellas Artes). 16 ejemplares.
- Bunster, Enrique. Mar del Sur.* 1951. (Relatos). 15 ejemplares.
- Campos Menéndez, Enrique. Sólo el Viento.* 1964. (Novela). 18 ejemplares.
- Castillo, Homero. La Literatura Chilena en los Estados Unidos de América.* 1963. (Hist. de la Lit.). 40 ejemplares.
- Castro, Juan Modesto. Froilán Urrutia.* 1942. (Novela). 11 ejemplares.
- Cejador y Frauca, Julio. Epistolario de Escritores Hispanoamericanos. Recopilación, introducción y notas de Sergio Fernández Larrain. Prólogo: La Integración de la Literatura Hispanoamericana en la Castellana por Guillermo Feliú Cruz.* Vols. I y II; 1965. 40 ejemplares.
- Coloane, Francisco. Tierra del Fuego.* 1963. (Relatos). 18 ejemplares.
- Condal, Lucía. Presencia de Otoño.* 1946. (Poesía). 6 ejemplares.
- Contraloría General de la República. Recopilación de los Decretos con Fuerza de Ley.* Tomo 48.

- Vols. I y II; 1960. 41 ejemplares.
- Recopilación de Leyes. Tomo 47. 1960; Tomo 49, 1961; Tomo 50, 1963; Tomo 51, I y II Vols. 1963-1965; ejemplares variables. 155 ejemplares.
- Recopilación de Reglamentos. Tomo 15. 1963. 38 ejemplares.
- Coolidge*. Tacna y Arica. 1925. (Derecho Internacional). 46 ejemplares.
- Chile. Congreso Nacional*. Manual del Senado. Santiago, Chile. 1923. 10 ejemplares.
- Congreso Nacional*. Sesiones Extraordinarias Cámara de Senadores. Años: 1888-1889; 1889-1890; 1902-1903; 1903-1904; 1904-1905; 1905-1906; 1918-1919; y 1919. 8 ejemplares.
- Congreso Nacional*. Sesiones Ordinarias Cámara de Senadores. Años: 1888; 1889; 1892; 1904; 1905 y 1906. 6 ejemplares.
- Darío, Rubén*. Obras Escogidas. Publicadas en Chile. 1939. (Poesía). 12 ejemplares.
- D'Halmar, Augusto*. Juana Lucero. 1961. (Novela). 18 ejemplares.
- Diario Oficial de la República de Chile*. Años: 1945 a 1965. 3 colecciones de cada año.
- Díaz Garcés, Joaquín*. A la Sombra de la Horca. 1964. (Relatos). 18 ejemplares.
- Páginas de Angel Pino. 1927. (Relatos). 7 ejemplares.
- Díaz Meza, Aurelio*. Leyendas y Episodios Chilenos. En Plena Colonia. Tomo III, 1930. (Crónicas). 15 ejemplares.
- Drago, Gonzalo*. El Purgatorio. 1951. (Novela). 13 ejemplares.
- Dublé Urrutia, Diego*. Fontana Cándida. 1953. (Poesía). 18 ejemplares.
- Durand, Georgina*. Mis Entrevistas. 1945. (Relatos). 10 ejemplares.
- Edwards Bello, Joaquín*. Crónicas. 1964. 18 ejemplares.
- Egaña, Juan*. Escritos Inéditos y Dispersos. 1949. (Historia). 26 ejemplares.
- Tractatus de re Logica, Metaphisica, Et Morali. 1827. (Filosofía). 58 ejemplares.
- Encina, Francisco Antonio*. La Cuestión de Límites entre Chile y la Argentina desde la Independencia hasta el Tratado de 1881. 1959. (Derecho Internacional). 18 ejemplares.
- Las Relaciones entre Chile y Bolivia. (1841-1963). (Derecho Internacional). 18 ejemplares.
- Espejo, Juan Luis*. La Provincia de Cuyo en el Reino de Chile. Tomos I y II; 1954 (37 tomos de c/u). (Historia). 74 ejemplares.
- Espinosa Moraga, Oscar*. El Aislamiento de Chile. 1961. (Historia Política). 15 ejemplares.
- Bolivia y el Mar. 1965. (Historia Política). 11 ejemplares.
- La Cuestión del Lauca. 1964. (Política Internacional). 18 ejemplares.
- Eyzaguirre, Jaime*. Chile y Bolivia. Esquema de un Proceso Diplomático. 1963. (Derecho Internacional). 14 ejemplares.
- Feltrá Cruz, Guillermo*. Correspondencia de Claudio Gay. 1962. (Biografía). 40 ejemplares.
- El General don Manuel Bulnes. 1937. (Biografía). 10 ejemplares.
- Historiografía Colonial de Chile. Tomo I, 1957. (Historia). 98 ejemplares.
- José Toribio Medina, Historiador y Bibliógrafo de América. 1952. (Biografía). 18 ejemplares.
- Las Publicaciones de la Biblioteca Nacional. (1854-1963). 1964. (Bibliografía). 10 ejemplares.
- Fogh, Anamaria*. 29 Hombrés en la Vida de una Mujer. 1957. (Novela). 11 ejemplares.
- Gallardo, Eudomilia*. La Canción de la Campana. 1925. (Teatro). 8 ejemplares.
- Garay, Félix*. Una Vida para que vivió David Mendel. 1949. (Novela). 5 ejemplares.
- García, Ramón V.* Tratado de la Verdadera Religión. 1948. 15 ejemplares.
- Garfias, Domingo A.* El Proceso Plebiscitario de Tacna y Arica. 1926. (Derecho Internacional). 8 ejemplares.
- Garrido Merino, Edgardo*. El Barco Inmóvil. 1928. (Cuentos). 10 ejemplares.
- El Hombre en la Montaña. 1933. (Novela). 10 ejemplares.
- La Saeta en el Cielo. 1934. (Novela). 10 ejemplares.
- Giacomi, Claudio*. El Sueño de Amadeo. 1959. (Novela). 20 ejemplares.
- Góngora, Luis de*. Poesía Escogida. 1939. 5 ejemplares.
- González, Angel C.* El Cautiverio Feliz. 1948. (Relatos autobiográficos). 5 ejemplares.

- González Vera, José Santos.* Algunos. 1959. (Biografías). 9 ejemplares.
 .—Cuando era Muchacho. 1964. (Novela). 18 ejemplares.
- Grassel, Armin.* Manual del Bibliotecario. Tomo II, 1914. 6 ejemplares.
- Greve, Ernesto.* El Conquistador Francisco de Aguirre. 1953. (Biografías). 70 ejemplares.
- Guzmán P., Jorge.* Cumbres Oceánicas. 1951. (Novela). 11 ejemplares.
- Guzmán, Nicomedes.* La Luz viene del Mar. 1963. (Novela). 18 ejemplares.
- Hanke, Lewis. Fr.* Bartolomé de Las Casas. 1954. (Bibliografía). 66 ejemplares.
- Heiremans, Luis Alberto.* Puerta de Salida. 1964. (Cuentos). 14 ejemplares.
- Hernández, Horacio.* El Periodismo. 1949. 7 ejemplares.
- Himno Patrio de la República de Chile.* 1910. 37 ejemplares.
- Huneeus, Jorge.* Producción Intelectual de Chile. 1910. (Biblioteca de Escritores de Chile). Tomo I, 10 ejemplares.
- Iris.* Fue el Enviado. No lo Olvidemos. 1951. (Biografía). 16 ejemplares.
- Jara, Marta.* Surazo. 1963. (Novela). 18 ejemplares.
 .—El Vaquero de Dios. 1949. (Cuentos). 11 ejemplares.
- Jaramillo, Hernán.* La Buenamoza y el toro. 1951. (Novela). 38 ejemplares.
 .—Cuero Duro. 1958. (Novela). 8 ejemplares.
- Lafourcade, Enrique.* Ase dio. 1956 (Novela). 15 ejemplares.
 .—El Libro de Karen. 1950. (Novela). 18 ejemplares.
 .—Fábulas de Lafourcade. 1963. (Cuentos). 18 ejemplares.
 .—Pena de Muerte. 1964. (Novela). 18 ejemplares.
- Lagarrigue, Luis.* Disciplina Intelectual. 1925. (Ciencias Sociales). 5 ejemplares.
 .—Incorporación del Proletariado a la Sociedad Moderna. 1920. (Ciencias Sociales). 6 ejemplares.
 .—Positivismo y Comunismo. 1925. (Ciencias Sociales). 9 ejemplares.
 .—Question Sociale. 1920. (Ciencias Sociales). 54 ejemplares.
 .—San Pablo según sus Epístolas. 1949. (Ensayos). 12 ejemplares.
 .—Sociocracia. s/f. (Ciencias Sociales). 12 ejemplares.
- Latorre, Mariano.* La Isla de los Pájaros. 1959. (Novela). 24 ejemplares.
 .—Zurzulita. 1964. (Novela). 18 ejemplares.
- Laval, Ramón.* Memoria Presentada sobre la Biblioteca Nacional. 1921. 14 ejemplares.
- Lazo Baeza, Olegario.* Hombres y Caballos. 1951. (Cuentos). 18 ejemplares.
- Letelier, Valentín.* Sesiones de los Cuerpos Legislativos. Tomos I a X. (1811-1845). 20 ejemplares.
 .—Dictámenes. 1924. (Derecho Administrativo). 250 ejemplares).
- Leyton, Vidal.* Araucanía, Rostro de una Raza Altiva. 1945. (Arte Araucano). 41 ejemplares.
- Lillo, Samuel A.* Primaveras de Antaño. 1951. (Poesía). 34 ejemplares.
- Lindo, Hugo.* Movimiento Unionista Centroamericano. 1958. (Política). 42 ejemplares.
- Marín, Juan.* Paralelo 53 Sur. 1955. (Novela). 18 ejemplares.
 .—Viento Negro. 1944. (Novela). 18 ejemplares.
- Medina, José Toribio.* Actas del Cabildo de Santiago. 1810-1814). 1960. (Historia). 130 ejemplares.
 .—Los Aborígenes de Chile. 1954. (Historia). 62 ejemplares.
 .—Bibliografía de la Imprenta en Santiago de Chile (hasta 1817). 1960. 130 ejemplares.
 .—Biblioteca Hispanoamericana. Tomo I. 1958. (Bibliografía). 103 ejemplares.
 .—Cartas de Pedro de Valdivia. 1953. (Historia). 68 ejemplares.
 .—Colección de Documentos Inéditos. Tomos III, 1959; IV, 1960; V, 1962; VI, 1963. (Historia). 97 ejemplares de c/t.
 .—Cosas de la Colonia. 1952. (Historia). 65 ejemplares.
 .—León Pinelo Antonio. Discurso sobre la Importancia, Forma y Disposición de la Recopilación de Leyes de las Indias Occidentales. Estudios Biobibliográficos por José Toribio Medina. 1956. (Bibliografía). 97 ejemplares.
 .—Ensayo Biobibliográfico sobre Hernán Cortés. 1952. (Bibliografía). Introducción de Guillermo Feliú Cruz. 68 ejemplares.
 .—Estudios Cervantinos. 1958. (Historia). 96 ejemplares.
 .—Historia de la Imprenta en América. 1958. (Historia). Introducción de Guillermo Feliú Cruz. 95 ejemplares.
 .—Historia de la Inquisición en Chile. 1952. 60 ejemplares.

- Historia de la Inquisición en Lima. 1956. 71 ejemplares.
- Melfi, Domingo.* Tiempos de Tormenta. 1945. (Relatos). 7 ejemplares.
- Méndez C., Armádo.* Juan Firula. 1948 (Cuentos). 8 ejemplares.
- La Mala Intención. 1958. (Novela). 15 ejemplares.
- Mendoza, Humberto.* Socialismo, camino de Libertad. 1945 (Política). 10 ejemplares.
- Merino Reyes, Luis.* Muro de cal. 1946. (Novela). 5 ejemplares.
- La Vida Adulta. 1962. (Novela). 18 ejemplares.
- Ministerio de Agricultura.* La Agricultura Chilena en el quinquenio 1956-1960. 50 ejemplares.
- Ministerio de Relaciones Exteriores.* El Alegato de la República de Chile presentado al Señor Presidente de los EE. UU. (Tacna y Arica). 1924. (Derecho Internacional). 20 ejemplares.
- Anexos del contra alegato de la República de Chile. (Tacna y Arica). (Derecho Internacional). 15 ejemplares
- Montt, Luis.* Bibliografía Chilena. Tomo II, 1904. 20 ejemplares.
- Montenegro, Ernesto.* Mi tío Ventura. 1963. (Cuento). 18 ejemplares.
- Mundt, Tito.* De Chile a China. 1964. (Relatos) 18 ejemplares.
- Mundy, Evangeline.* Joaquín Díaz Garcés. 1944. (Biografía). 16 ejemplares.
- Nabuco, Joaquín.* Balmaceda. 1914. (Biografía). 211 ejemplares.
- Orrego V., Eugenio.* Ensayos. 1947. 7 ejemplares.
- Oviedo, Benjamín.* Las Logias de San Juan. 1930. (Filosofía). 38 ejemplares.
- Fundamentos Masónicos. 1930. 6 ejemplares.
- La Masonería en Chile. 1929. 9 ejemplares.
- Ritos Masónicos. 1930. 38 ejemplares.
- Osses, Mario.* Filosofía del Quijote. 1947 (Crítica literaria). 18 ejemplares.
- Oyarzún, Mila.* Estancias de Soledad. 1946. (Poesía). 2 ejemplares.
- Padilla, Miguel Angel.* Don Judas Romero. 1963. (Novela). 8 ejemplares.
- Palma Riesco, A.* Índice de los Discursos de la Real Academia Española. 1920. 34 ejemplares.
- Pereira Salas, Eugenio.* Juegos y Alegrias Coloniales en Chile, 1947. (Folklore). 10 ejemplares.
- Pinilla, Norberto.* La Controversia Filológica de 1842. 1945. 10 ejemplares.
- Biografía de Gabriela Mistral. 1946. (Biografía). 8 ejemplares.
- Pino Saavedra, Yolanda.* Antología de Poetas Chilenos del siglo XX. 1940. (Biblioteca de Escritores de Chile. Tomo XVI). 28 ejemplares.
- Pinto, Aníbal.* Finanzas Públicas, Mitos y Realidades. 1951. (Economía Política). 3 ejemplares.
- Pissis, A.* Atlas de la República de Chile. 1875. (Cartografía). 25 ejemplares.
- Plath, Oreste.* Baraja de Chile. 1946. (Relatos). 7 ejemplares.
- Prado, Pedro.* Un Juez Rural. 1964. (Novela). 10 ejemplares.
- Prats de S., T.* Educación Doméstica de las Jóvenes. 1909. 10 ejemplares.
- Presidencia de la República.* Primer Mensaje del Presidente de la República don Eduardo Frei Montalva. 1965. 40 ejemplares.
- Reyes, Salvador.* Amistad Francesa. 1954. (Ensayos). 8 ejemplares.
- Los Defraudados. 1963. (Cuentos). 18 ejemplares.
- Ruta de Sangre. 1964. (Novela). 18 ejemplares.
- Riquelme, Daniel.* Cuentos de la Guerra y otras Páginas. 1931. (Biblioteca de Escritores de Chile. Tomo XII). 92 ejemplares.
- Risopatrón.* Diccionario Geográfico de Chile. 1924. 194 ejemplares.
- Rivas Vicuña, Manuel.* Historia Política y Parlamentaria de Chile. Introducción de Guillermo Feliú Cruz. Vols. I, II y III; 1964. (Historia política). 40 ejemplares.
- Rojas, Manuel.* Punta de Rieles. 1963. (Novela). 18 ejemplares.
- Sombras contra el Muro. (Novela). 18 ejemplares.
- Sánchez A., V.* Angol, Ciudad de los Confines. 1953. (Monografías). 6 ejemplares.
- Santiván, Fernando.* Bárbara. 1964. (Novela). 18 ejemplares.
- Sarah, Roberto.* Mi Querido Infierno. 1951. (Novela). 14 ejemplares.

Seguel, Gerardo. Continuación del Horizonte. (Poesía). 1944. 7 ejemplares.

Silva, Victor Domingo. Golondrina de Invierno. 1964. (Novela). 18 ejemplares.

Silva Castro, Raúl. Alberto Blest Gana. 1941. (Biografía). 20 ejemplares.

— Bibliografía de don Juan Egaña (1768 - 1836). 1949. 200 ejemplares.

— Eduardo de la Barra. Páginas Escogidas. 1952.

(Biblioteca de Escritores de Chile. Tomo XVIII). 108 ejemplares.

— Poemas y Poesías de José Antonio Soffía. 1950. (Biblioteca de Escritores de Chile. Tomo XVII). 97 ejemplares.

Silva Cruz, Carlos. Balmaceda. 1925. (Biografía). 7 ejemplares.

— Luz de Intimidad. 1946. (Novela). 12 ejemplares.

Silva de la F., Alejandro. Cuestiones Constitucionales. 1953. 27 ejemplares.

Silva L., Luis. El Conquistador Francisco de Aguirre. 1953. (Biografía). 70 ejemplares.

Silva Vildósola, Carlos. Discurso de la Academia Chilena de la Lengua. 1935. 47 ejemplares.

Sófocles. Antígona. 1951. (Teatro). 68 ejemplares.

Fondo Histórico y Bibliográfico

José Toribio Medina

Ley N° 10.361, de 28 de junio de 1952.

DIRECCION: BIBLIOTECA NACIONAL

OBRAS PUBLICADAS DE JOSE TORIBIO MEDINA

- 1.—*Una Excursión a Tarapacá. Los Juzgados de Tarapacá.* 1880-1881. Reimpresión en un volumen de las ediciones de 1880 y 1881, respectivamente. Homenaje de la Ilustre Municipalidad de Iquique a J. T. Medina en el Centenario de su nacimiento 1852 - 1952. 1952. Agotado.
- 2.—*Los Aborígenes de Chile.* Introducción de Carlos Keller. Reimpresión de la edición de 1882. 1952. Precio: E° 12,00.
- 3.—*El Capitán de Fragata Arturo Prat, El Vicealmirante Patricio Lynch.* Estudio y Prólogo de Roberto Hernández. Reimpresión en un volumen de las ediciones de 1879 y 1910, respectivamente. Homenaje de la Armada de Chile a J. T. Medina en el Centenario de su nacimiento 1852-1952. 1952. Precio: E° 6,00.
- 4.—*Cosas de la Colonia. Apuntes para la crónica del siglo XVIII en Chile.* Introducción de Eugenio Pereira Salas. Reimpresión en un volumen de la Primera y Segunda Series, editadas en 1889 y 1910, respectivamente. 1952. Precio: E° 12,00.
- 5.—*Ensayo acerca de una Mapoteca Chilena.* Introducción de Elías Almeyda Arroyo. Reimpresión de la edición especial de 1889. Homenaje del Ejército de Chile a su autor en el Centenario de su nacimiento 1852 - 1952. 1952. Precio: E° 6,00.
- 6.—*Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Chile.* Prólogo de Aniceto Almeyda. Reimpresión en un volumen de la edición en dos tomos de 1890. 1952. Precio: E° 15,00.
- 7.—*Tres Estudios Históricos. I - El Escudo de Armas de la ciudad de Santiago. II - El Acta del Cabildo Abierto de 18 de Septiembre de 1810. III - ¿Quiénes firmaron esa Acta?* Publicadas en 1910. Homenaje de la Ilustre Municipalidad de Santiago de Chile a J. T. Medina en el Centenario de su nacimiento 1852 - 1952. 1952. Precio: E° 3,00.
- 8.—*Las Matemáticas en la Universidad de San Felipe.* Reimpresión de la edición de 1927. Homenaje de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile a J. T. Medina en el Centenario de su nacimiento 1852-1952. 1952. Agotado.
- 9.—*Ensayo Biobibliográfico sobre Hernán Cortés.* Obra póstuma. Introducción de Guillermo Feliú Cruz. 1952. Precio: E° 10,00.
- 10.—*Cartografía Hispano-Colonial de Chile.* Reproducción en fototono de la edición de 1925. Homenaje del Ejército de Chile a J. T. Medina en el Centenario de su nacimiento 1852-1952. 1953. Precio: E° 50,00.
- 11.—*Cartas de Pedro de Valdivia que tratan del descubrimiento y conquista de Chile.* Introducción de Jaime Eyzaguirre. Anotaciones Bibliográficas sobre Pedro de Valdivia, de Víctor M. Chiappa, puestas al día por Rafael Méry. 1953. Reimpresión ordenada conforme a la de Sevilla de 1929. Precio: E° 24,00.
- 12.—*Historia del Tribunal de la Inquisición de Lima (1569-1820).* 2 tomos. Prólogo de Marcel Bataillon. Reimpresión de la edición de 1887. Apéndice Documental de Raúl Porras Barrenechea. 1956. Precio: E° 20,00.
- 13.—*Estudios Biobibliográficos sobre Antonio de León Pinelo.* Discurso sobre la importancia, forma y disposición de la Recopilación de Leyes de las Indias Occidentales. Recopilación. Prólogo de Aniceto Almeyda. 1956. Precio: E° 10,00.

- 14.—*Estudios Cervantinos*. El Disfrazado autor del "Quijote" impreso en Taragona fue fray Alonso Fernández - Novela de la Tía Fingida - El Lauso de "Galatea" de Cervantes es Ercilla - Escritores americanos celebrados por Cervantes en el "Canto de Caliope" - Cervantes Americanista - Cervantes en Portugal - Cervantes en las letras chilenas - Recopilación. Prólogo del Dr. Rodolfo Oroz Scheibe. 1958.
Precio: E° 12,00.
- 15.—*Historia de la Imprenta en los antiguos dominios españoles de América y Oceanía*. Dos tomos. Con prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Complemento bibliográfico de José Zamudio Z. 1958.
Precio: E° 30,00.
- 16.—*Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile. Segunda Serie*:
Tomo I (1558 - 1572) - Rodrigo de Quiroga - M. Bravo de Saravia. 1956.
Tomo II (1573 - 1580) - M. Bravo de Saravia - Rodrigo de Quiroga. 1957.
Tomo III (1577 - 1589) - Martín Ruiz de Gamboa - Alonso de Sotomayor. 1959.
Tomo IV (1590 - 1594) - Alonso de Sotomayor - Martín Oñez de Loyola. 1960.
Tomo V (1599 - 1602) - Pedro de Vizcarra - Francisco de Quiñones. 1961.
Tomo VI (1561 - 1603) - Informaciones de méritos y servicios.
Precio: E° 15,00 c/u.
- 17.—*Biblioteca Hispanoamericana*. Reimpresión facsimilar.
Tomo I (1493 - 1600). 1958.
Tomo II (1601 - 1650). 1959.
Tomo III (1651 - 1700). 1960.
Tomo IV (1701 - 1767). 1961.
Tomo V (1768 - 1810). 1961.
Tomo VI (sin fechas). 1962.
Tomo VII (títulos nuevos y descripciones complementarias). 1962.
Precio: E° 200 la colección.
- 18.—*Biblioteca Hispanochilena*. Reimpresión facsimilar. 3 vols. (1523-1817).
Precio: E° 90,00.
- 19.—*Actas del Cabildo de Santiago durante el periodo llamado de la Patria Vieja (1810-1814)*. Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Reimpresión facsimilar de la edición de 1910. Homenaje al Sesquicentenario de la Independencia Nacional. 1960.
Precio: E° 15,00.
- 20.—*Bibliografía de la Imprenta en Santiago de Chile desde sus orígenes hasta febrero de 1817 y Adiciones y Ampliaciones*. Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Reimpresión facsimilar de las ediciones de 1891 y 1939, respectivamente. Homenaje al Sesquicentenario de la Independencia Nacional. 1960.
Precio: E° 15,00.
- 21.—*Viajes Relativos a Chile*. Tomo I - J. Lemaire y G. Schouten - H. Bróuwer y E. Herckmans - A. M. Fanelli - M. Brizuela - J. F. de Sobrecasas - S. B. Johnston.
Tomo II - J. F. Coffin - R. L. Vowel - E. H. Appleton - G. F. Mathison. Recopilación y Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Homenaje al Sesquicentenario de la Independencia Nacional. 1960.
Precio: E° 70,00.
- 22.—*Estudios sobre la Independencia de Chile*. Tomo I - Un precursor chileno de la Revolución de la Independencia de América.
Tomo II - Un libro de familia: Los Errázuriz.
Tomo III - El Acta del Cabildo Abierto del 18 de Septiembre de 1810 - Los que firmaron el Acta del Cabildo Abierto del 18 de Septiembre de 1810 - D. Manuel Antonio Talavera - Un folleto de propaganda hasta ahora desconocido sobre la Revolución de la Independencia de Chile - Las Medallas de la Revolución de la Independencia - Ensayo de una Biografía de las obras de don José Miguel Carrera.
Tomo IV - La Expedición de corso del Comodoro Guillermo Brown en aguas del Pacífico - Biografía del General de Brigada don José Rondizzoni - Para la biografía de don Antonio de Quintanilla - La Crónica de 1810, por don Miguel Luis Amunátegui.
Recopilación y Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Homenaje al Sesquicentenario de la Independencia Nacional. 1960.
Precio: E° 80,00.

DE OTROS AUTORES

- 23.—Armando Donoso. *José Toribio Medina (1852-1930)*. 1952.
Precio: E° 3,00.
- 24.—Sergio Villalobos. *Medina, su vida y sus obras (1852-1930)*. 1952.
Precio: E° 3,00.
- 25.—Carlos Stuardo y Luis E. Olave. *Medina y sus aficiones entomológicas*. 1952.
Precio: E° 3,00.

- 26.—Carlos Stuardo. *Indice de autores y nombres del Ensayo acerca de una Mapoteca Chilena*. Homenaje del Ejército de Chile a su autor en el Centenario de su nacimiento 1852-1952. 1952. Precio: E° 3,00.
- 27.—Luis Silva Lezaeta. *El Conquistador Francisco de Aguirre*. Reimpresión de la edición de 1904. 1953. Precio: E° 5,00.
- 28.—Ernesto Greve. *El Conquistador Francisco de Aguirre. Comentarios y Complementos*. 1953. Precio: E° 5,00.
- 29.—Juan Luis Espejo. *La Provincia de Cuyo del Reino de Chile*. Dos volúmenes, 1953. Precio: E° 10,00.
- 30.—Lewis Hanke y Manuel Giménez Fernández. *Bartolomé de las Casas 1474-1566. Bibliografía crítica*. 1954. Precio: E° 15,00.
- 31.—Humberto Burzio. *Diccionario de la Moneda Hispanoamericana*. Tres volúmenes I y II texto, III láminas. 1956. Precio: E° 80,00.
- 32.—Guillermo Feliú Cruz. *Historiografía Colonial de Chile*. Tomo I (1796-1886). 1957. Precio: E° 15,00.
- 33.—Sturgis E. Leavitt. *Revistas Hispanoamericanas. Índice Bibliográfico 1843-1935*. Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Homenaje al Sesquicentenario de la Independencia Nacional. 1960. Precio: E° 25,00.
- 34.—Augusto Capdeville. *Arqueología de Taltal*. Tomo I, texto; II, láminas. Prólogo, recopilación y notas de Grete Mostny. 1964. Precio: E° 25.—

En preparación:

Gerónimo de Bibar. *Crónica copiosa y verdadera de los Reinos de Chile*, escrita en 1558 y publicada por primera vez.

José Toribio Medina. *Estudios sobre la literatura colonial de Chile*. Recopilación.

José Toribio Medina. *Colectión de Documentos inéditos para la Historia de Chile*. Tomo VII (1595-1598).